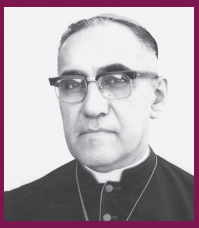
Homilías

Monseñor Óscar A. Romero



TOMO

II

CICLO A

27 de noviembre de 1977

28 de mayo de 1978

UCA editores

H O M I L Í A S

Tomo II

Homilías

Monseñor Óscar Romero

TOMO

II

CICLO A

27 de noviembre de 1977

28 de mayo de 1978

© UCA Editores. TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Colección *Teología Latinoamericana*

Volumen 32
ISBN 99923-49-44-1

Consejo Asesor
Monseñor Ricardo Urioste
Francisco Andrés Escobar
Rodolfo Cardenal, sj
Rafael de Sivatte, sj
Jon Sobrino, sj

Editor
Miguel Cavada Diez

Asistente de editor y diagramadora
Claudia Perla Campos

Corrección de estilo
Ana María Nafría Ramos
Carmen Álvarez

Esta publicación ha sido posible gracias
al aporte financiero de la Agencia Católica
para el Desarrollo, CAFOD, Londres.

UCA Editores
Universidad Centroamericana
José Simeón Cañas
Apartado Postal 01-575
San Salvador, El Salvador,
Centroamérica
Teléfono y fax: (503) 22 10 66 50
www.uca.edu.sv/publica/ued/ucaeditores.html

Primera edición 2005

251
R763h Romero, Óscar A., Monseñor, (1917-1980)
Homilías : tomo II ciclo A, 27 de noviembre de 1977 - 28 de
slv mayo de 1978 / Óscar A. Romero. -- San Salvador, El Salvador :
UCA Editores, 2005.
558 p. ; 21 cm -- (Teología latinoamericana ; v. 32)

ISBN 99923-49-44-1

1. Romero, Óscar A., Monseñor, (1917-1980). 2. Oratoria sagrada. 3. Iglesia católica y problemas sociales-El Salvador. I Título.

Hecho el depósito que manda la ley.
Impreso en El Salvador por Talleres Gráficos UCA, 2005.

Índice general

Introducción **13**
Nota del editor **19**
Siglas **23**

La Iglesia de la esperanza **25**
Primer domingo de Adviento, 27 de noviembre de 1977
Noticiero 27
Una meta luminosa 35
Un camino hacia la meta luminosa 36
La gran sorpresa a donde nos lleva este camino 37

A las madres, por sus hijos desaparecidos **41**
1 de diciembre de 1977
Presencia-denuncia 43
Todas esas injusticias se convertirán en bien para ustedes 44
María, símbolo del pueblo que sufre 45

Cristo, centro y fin de toda la historia humana **49**
Segundo domingo de Adviento, 4 de diciembre de 1977
Hechos de la semana 51
Vida de la Iglesia 52
Cristro, centro y fin de toda la historia humana 54

La confirmación **59**
Citalá, Chalatenango, 5 de diciembre de 1977
Los sacramentos, vida de Dios en el desierto de los hombres 60
Los sacramentos, exigencia de conversión 63
Necesidad de la catequesis presacramental 64

Inmaculada Concepción de María **67**
La Libertad, 8 de diciembre de 1977
El pecado original 68
La redención de María 69
María, principio e imagen de la Iglesia 72

El servicio de la palabra, del perdón y de la eucaristía **77**
Ordenación sacerdotal, 10 de diciembre de 1977
Cristo, el eterno y único sacerdote 78
El servicio de la palabra 79
El servicio del perdón 81
El servicio de la eucaristía 81

La Iglesia de la salvación **85**
Tercer domingo de Adviento, 11 de diciembre de 1977
Hechos de la semana 85
Vida de la Iglesia 89
Solo Dios puede salvarnos 92
Dios salva en la historia de cada pueblo 95
La misión de la Iglesia es hacer que la historia de su pueblo sea historia de salvación 96

La Iglesia en América Latina **99**
Nuestra Señora de Guadalupe, 12 de diciembre de 1977
El espíritu de pobreza 100
Su inserción en la historia de nuestros pueblos 100
El connubio inseparable entre la evangelización y la promoción 101

La vida religiosa **103**
San José Villanueva, La Libertad, 17 de diciembre de 1977
Pobreza 105
Castidad 105
Obediencia 106

Dios viene a salvarnos **109**
Cuarto domingo de Adviento, 18 de diciembre de 1977
Hechos de la semana 110
Vida de la Iglesia 113
Hay un plan de Dios para salvar al mundo 115
La Iglesia es la encargada de prolongar ese plan de Dios en la historia 119
La reacción de los hombres, lo que Dios espera para salvar al mundo 119

La Iglesia, conjunto jeráquico para transmitir la vida de Cristo **123**
Solemnidad de San José, Quezaltepeque, 19 de diciembre de 1977
La Iglesia es un conjunto jerárquico 126
La Iglesia transmite la verdad sobre Cristo 128
La Iglesia es el instrumento de Cristo para transmitir su vida 129

Hoy os ha nacido un Salvador **133**
Vigilia de Navidad, 24 de diciembre de 1977
Se le llegó la hora 133
Os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor 136
Lo que Dios espera de los hombres 137

Cristo, manifestación de Dios y del hombre; la Iglesia manifestación de Cristo **139**
Navidad, 25 de diciembre de 1977
Hechos de la semana 140
Vida de la Iglesia 142
Cristo que nace en Belén es la manifestación de Dios ante los hombres 143
Cristo es la revelación del hombre 146
La Iglesia es la manifestación de Cristo 148

Todos los hombres somos instrumentros de Dios **153**
Santos Inocentes, Antiguo Cuscatlán, 28 de diciembre de 1977
Todos los hombres somos instrumentos de Dios 154
Cómo la verdadera inocencia que salva es la que da Jesucristo 157
Cómo hasta los errores y crímenes de los hombres nos llevan al triunfo de Jesucristo y al desarrollo de los designios de Dios 159

Acción de gracias y súplica de perdón **163**
31 de diciembre de 1977
Acción de gracias 164
Súplica de perdón 165

La Virgen, Madre de Dios **171**
Santa María, Madre de Dios, 1 de enero de 1978
Hechos de la semana 172
Vida de la Iglesia 173
Dios presenta su pensamiento acerca del Viejo Testamento 176
María, instrumento de Dios para encarnar a su Hijo en la historia 180
María, signo de la presencia de Jesús 182

No a la violencia, sí a la paz **185**
Epifanía del Señor, 6 de enero de 1978
Sin distinción alguna 187
Unas orientaciones de carácter social 188
Una orientación de fe en las relaciones Iglesia-Estado 190

Cristo, manifestación universal de salvación **193**
Epifanía del Señor, 8 de enero de 1978
Mensaje del padre Robert Drinan 194
La universalidad del llamamiento de Cristo 196
La igualdad de todos los hombres 198
La trascendencia es la luz de Dios 200

Dios salva a todos los hombres como pueblo 203
Segundo domingo del Tiempo Ordinario, 15 de enero de 1978
Hechos de la semana 205
Vida de la Iglesia 207
Dios quiere salvar a todos los hombres 211
Dios quiere salvar haciendo un pueblo ya en esta tierra 212
Dios salva en el pueblo, quitando los pecados del mundo 214

La Iglesia, germen segurísimo de unidad para el género humano 217
Tercer domingo del Tiempo Ordinario, 22 de enero de 1978
Hechos de la semana 219
Noticias y avisos de esta Iglesia 223
Dios se hace presente en la historia de los hombres en Cristo 225
Cristo llama a todos los hombres a convertirse y a colaborar 227
La desunión de los cristianos, el estorbo del reino de Cristo 229

La Iglesia de las bienaventuranzas 233
Cuarto domingo del Tiempo Ordinario, 29 de enero de 1978
Hechos de la semana 234
Vida de la Iglesia 235
El resto de Israel se prolonga en la Iglesia 239
El día del Señor nos abre a perspectivas escatológicas,
a la esperanza cristiana 241
Cristo es la fuerza de la Iglesia que peregrina en fe y esperanza 243

La Iglesia cuya debilidad se apoya en Cristo 247
Quinto domingo del Tiempo Ordinario, 5 de febrero de 1978
Vida de la Iglesia y hechos de la semana 250
La Iglesia, sal de la tierra y luz del mundo 254
Las buenas obras son el esplendor de la Iglesia 256
La debilidad de la Iglesia tiene su apoyo sublime en Cristo 258

La historia de la salvación 261
Primer domingo de Cuaresma, 12 de febrero de 1978
Hechos de la semana 262
Hechos eclesiales 265
La historia de la salvación tuvo su origen en Adán 267
La historia de la salvación culmina en Cristo 268
La historia de la salvación se prolonga en nosotros 271

La Iglesia, Israel espiritual 275
Segundo domingo de Cuaresma, 19 de febrero de 1978
Hechos de la semana 276
Vida de la Iglesia 280
Dios salva a los hombres constituyendo un pueblo de Dios 281
Cristo transfigurado es el heredero de todas las promesas salvadoras de Dios ... 283
La epístola de San Pablo nos recomienda traducir,
en solidaridad con Abraham y con Cristo, nuestra vida cristiana 285

La redención, iniciativa de Dios, Cristo la trae a los hombres 289
Tercer domingo de Cuaresma, 26 de febrero de 1978
Hechos de la semana 290
Vida de la Iglesia 292
Moisés, instrumento de Dios para la liberación de su pueblo 295
La redención que Cristo trae al mundo 296
La salvación es iniciativa de Dios 301

El bautismo, vocación y participación en la vida divina 303
Cuarto domingo de Cuaresma, 5 de marzo de 1978
Reflexión a propósito de los aniversarios del padre
Rutilio Grande y del desalojo de la Plaza Libertad 303
Vida de la Iglesia 308
El bautismo es una vocación 310
El bautismo es una participación en la vida divina 313
El bautismo provoca una crisis entre el bautizado
y la sociedad en que vive 315

Rutilio Grande como hombre, cristiano y sacerdote 319
Primer aniversario de la muerte del padre Rutilio Grande
El Paisnal, 5 de marzo de 1978
Rutilio Grande como hombre 320
Rutilio Grande como cristiano 321
Rutilio Grande como sacerdote 323

La entrada de Cristo en Jerusalén, alegría y pasión 327
Domingo de Ramos, 19 de marzo de 1978
¿Qué encuentra Cristo cuando entra en Jerusalén
y qué encuentra Cristo ahora aquí? 328
¿Quién es el que entra a Jerusalén y el que va a cargar con esa cruz
y el que va a morir entre ignominias tan espantosas? 333
¿Qué compromiso supone para nosotros, su pueblo, esa fe y en ese
Cristo que vive redimiendo todavía nuestra patria y a todo el mundo? 334

El Espíritu Santo unge al presbiterio y al pueblo de Dios 337
Misa crismal, Jueves Santo, 23 de marzo de 1978
La unción personal de Cristo 338
La unción del sacerdocio ministerial 339
La unción del Espíritu de Dios a todo el pueblo 342

La cena pascual 345
Cena del Señor, Jueves Santo, 23 de marzo de 1978
Una historia de Israel 345
Cristo encarna toda la historia de la salvación 347
Prolongación eucarística hasta la consumación de los siglos 348

La humillación y exaltación del Hijo de Dios 353
Pasión del Señor, Viernes Santo, 24 de marzo de 1978
El siervo de Dios cargó sobre sus espaldas las iniquidades de todos los hombres 354
Las siete palabras de Jesús en la cruz 356
Cristo no ha muerto 359

El misterio pascual se hace nuestro por el bautismo 361
Vigilia pascual, Sábado Santo, 25 de marzo de 1978
El sufrimiento, la pasión del Redentor el Viernes Santo 362
El silencio de la tumba, la esperanza del sepulcro 363
El triunfo de la resurrección 364

¡Cristo ha resucitado! ¡Cristo vive! 367
Domingo de Resurrección, 26 de marzo de 1978
Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, Dios está con Él 368
La Iglesia completa en el mundo la obra de Cristo 371
La responsabilidad de creer en un Redentor que murió, pero que ha resucitado ... 376

El resucitado vive en su Iglesia 379
Segundo domingo de Pascua, 2 de abril de 1978
Los sucesos de San Pedro Perulapán 379
Cristo vive 388
Cristo vive no solo en su cielo, sino en su comunidad de creyentes en la tierra 390

El misterio pascual 397
Tercer domingo de Pascua, 9 de abril de 1978
Hechos de la semana 399
Vida de la Iglesia 403
¿Qué es el misterio pascual? 404
¿Qué es la Pascua? 406
¿Qué significa para los cristianos la Pascua que Cristo nos dejó? 408

El Buen Pastor 415
Cuarto domingo de Pascua, 16 de abril de 1978
Las circunstancias en que se proclama la resurrección de Cristo 416
Hechos de la semana 418
Vida de la Iglesia 422
Cristo resucitado se presenta hoy bajo la figura de un pastor 424
El mensaje se dirige al pueblo como una vocación, un llamamiento 427

La Iglesia, retorno de Cristo en el Espíritu 431
Quinto domingo de Pascua, 23 de abril de 1978
Hechos de la semana 432
Vida de la Iglesia 434
Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, retorna en el Espíritu 436
Presencia de Cristo en la Iglesia como construcción, pueblo y comunidad 439

Cristo vive, Cristo ha resucitado **447**
Sexto domingo de Pascua, 30 de abril de 1978
Hechos de la semana 448
Vida de la Iglesia 451
Cristo vive y es Dios 455
¿Cuál es el dinamismo de Cristo? 458
La salvación de Cristo 460

La hora de la glorificación **463**
Ascensión del Señor, 7 de mayo de 1978
Vida de la Iglesia 464
Cristo es glorificación de Dios 470
Cristo es glorificación del hombre 473
Cristo es glorificación del universo 476

Un llamamiento a la unidad, a la verdad y a la santidad **479**
Primer aniversario de la muerte del padre Alfonso Navarro
11 de mayo de 1978
Un llamamiento a la unidad 480
Un llamamiento a la verdad 481
Un llamamiento a la santidad 482

El sacramento de la confirmación **485**
Vigilia de Pentecostés, 13 de mayo de 1978

Pentecostés, cumpleaños de la Iglesia **489**
Pentecostés, 14 de mayo de 1978
La Iglesia es siempre acontecimiento 489
El Espíritu de Dios es el que hace de la Iglesia una nueva creación 491
El Espíritu Santo, renovación del mundo actual 496

El Dios de nuestra fe **507**
Santísima Trinidad, 21 de mayo de 1978
Los falsos conceptos del Dios de nuestra fe 508
El Dios de Moisés 511
El Dios de Cristo 513
El Dios de San Pablo 516
Vida de la Iglesia 518
Hechos de la semana 519

Cristo, el pan vivo que da vida al mundo **523**
Cuerpo y Sangre de Cristo, 28 de mayo de 1978
Las intervenciones de Dios a través de la peregrinación
del desierto prefiguran la eucaristía 525
La prefiguración del Viejo Testamento se realiza plenamente
en Cristo, presente en la hostia 528
La eucaristía, alimento y fuerza de cohesión de la comunidad 532
Vida de la Iglesia 534
Hechos de la semana 536

Índice de citas bíblicas 541
Índice de citas del magisterio de la Iglesia 547
Índice de nombres 549
Índice de temas 551

Introducción

"Si Jesucristo hubiera sido el arzobispo de San Salvador en esta hora, le lloverían mucho más que a mí los insultos, las calumnias". Estas palabras, llenas de audacia y gracejo, y llenas de verdad, que monseñor Romero dijo en Citalá el 5 de diciembre de 1977, revelan el grave conflicto con el que tuvo que cargar durante todo su ministerio. La razón fue su radical identificación con Jesús de Nazaret. Eso le convirtió, en obras y palabras, en "pastor de un pueblo que sufre la injusticia". Es lo que aparece en las homilías que presentamos en este segundo tomo, que corresponden al periodo del 27 de noviembre de 1977 hasta el 28 de mayo de 1978.

El hecho más destacado de este periodo es, sin lugar a dudas, *la creciente y sistemática represión contra el pueblo,* y las homilías muestran dos rasgos fundamentales de la reacción de monseñor. En primer lugar, monseñor Romero no da un rodeo para pasar de largo, sino que, empleando sus propias palabras, "sale al encuentro del pobre herido en el camino", se acerca al pueblo, lo consuela, anima y, al mismo tiempo, levanta su voz firme contra las fuerzas represoras: el gobierno, la Corte Suprema de Justicia, los medios de comunicación social, los ricos. En segundo lugar, aparece —y es importante subrayarlo—la honda espiritualidad personal de monseñor Romero y el esfuerzo permanente por marcar el camino de la verdadera religión y el seguimiento de Jesús en los pobres. Veámoslo, concentrándonos en algunos momentos claves de sus homilías.

La denuncia de la represión y la compasión hacia el pueblo sufriente. El 24 de noviembre de 1977 fue aprobada la Ley de Defensa y Garantía del Orden Público que, entre otras cosas, suspendía varios de los derechos constitucionales, como el derecho a la organización y la libre expresión, y avalaba la captura de las personas consideradas como "sospechosas". Monseñor

Romero rechazó esta ley y, para justificarlo teóricamente, recordó la doctrina de Santo Tomás de Aquino, para quien toda ley debe estar ordenada al bien común, de lo contrario ya no es ley, "sino corrupción de la ley". Pastoralmente la denunció porque no tenía otro fin más que legitimar la represión contra el pueblo.

Los temores de monseñor respecto de esta ley desgraciadamente se confirmaron durante la semana santa de 1978, cuando la población de San Pedro Perulapán fue violentamente reprimida. Los hechos tuvieron su origen el 15 de marzo, cuando los campesinos organizados en la Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños (FECCAS) y en la Unión de Trabajadores del Campo (UTC) fueron citados por el Banco de Fomento Agropecuario para negociar los precios del arrendamiento de tierras, abonos e insecticidas; los campesinos acudieron a la cita pero se econtraron con las puertas del banco cerradas. Entonces, los campesinos decidieron allí mismo realizar una manifestación de protesta por la "burla" de que habían sido objeto. La manifestación fue reprimida; pero las cosas no terminaron ahí. El gobierno estaba empeñado en cortar de raíz la protesta y, por eso, persiguió a los campesinos hasta sus lugares de vivienda. Durante la semana santa, efectivos de la Organización Democrática Nacionalista (ORDEN) y de la Guardia Nacional realizaron un operativo en San Pedro Perulapán y sus cantones, que dejó una estela de muerte y tragedia: seis personas muertas, cuatro de ellas decapitadas, catorce personas heridas y sesenta y ocho desaparecidas.

Era el comienzo de la semana santa. Monseñor Romero, en su comentario del Evangelio de la pasión, ya había dicho: "Sentimos en el Cristo de la semana santa, con su cruz a cuestas, que es el pueblo que va cargando también su cruz; sentimos en el Cristo de los brazos abiertos y crucificados al pueblo crucificado" (*Homilía* del 19 de marzo de 1978). Pero el comunicado oficial de lo ocurrido, divulgado por los principales medios de comunicación, convertía a las víctimas en culpables de los hechos violentos y acusaba a la Iglesia de instigar a los campesinos a la violencia. La reacción de monseñor Romero fue clara y firme: denunció a los medios de comunicación por cooperar a justificar esta acción represiva, por fomentar la confusión y —lo que repeterirá muchas veces— por "reprimir la verdad". Esta fue su denuncia: "Es lástima, hermanos, que en

estas cosas tan graves de nuestro pueblo se quiera engañar al pueblo. Es lástima tener unos medios de comunicación social tan vendidos a las condiciones. Es lástima no poder confiar en la noticia del periódico o de la televisión o de la radio porque todo está comprado, está amañado y no se dice la verdad" (*Homilía* del 2 de abril de 1978).

Monseñor Romero aclaró también que las organizaciones populares no representan a la Iglesia, aunque acepta que en ellas militan muchas campesinas y campesinos católicos, y deja claro que "tienen derecho a inscribirse como ciudadanos en la organización que les dé la gana". Insistió en que "la violencia no la está sembrando la Iglesia. La violencia la están sembrando las situaciones injustas, la situación de instituciones que, como las leyes injustas, solamente favorecen a un sector y no tienen en cuenta el bien común, la mayoría sobre todo. Y aquí la Iglesia no se podrá callar" (*Homilía* del 2 de abril de 1978). Finalmente monseñor Romero fue a la raíz: la injusta distribución de la riqueza que condena a las mayorías a mal vivir en la pobreza y, por eso, hizo un llamado a los ricos para que depusieran su egoísmo y cerrazón: "Hay que combatir el egoísmo que se esconde en quienes no quieren ceder de lo suyo para que alcance a los demás; hay que volver a encontrar la profunda verdad evangélica de que debemos servir a las mayorías pobres" (*Homilía* del 2 de abril de 1978).

Las homilías alrededor de los sucesos de San Pedro Perulapán son programáticas: identificación con el pueblo sufriente, denuncia de los opresores y desenmascaramiento de las leyes que lo facilitan y los medios que encubren la verdad.

Monseñor Romero mostraba su amor a *todas las víctimas* y denunciaba *todos los atropellos.* Unas semanas más tarde, dos policías fueron asesinados. Monseñor Romero, quien en varias ocasiones había sido acusado de parcialidad en su condena de la violencia, respondió con una admirable reflexión, que solamente puede ser fruto de una enorme sensibilidad hacia el sufrimiento y de amor hacia su pueblo. Monseñor Romero llamó a los policías "hermanos nuestros", y profundizó su denuncia, afirmando que son víctimas de un sistema que divide y enfrenta a los pobres: "Tenemos que lamentar esta semana también la muerte de dos policías. Son hermanos nuestros. Ante el atropello y la violencia, jamás he parcializado mi voz. Me he puesto, con

compasión de Cristo, al lado del muerto, de la víctima, del que sufre [...]. He dicho que dos policías que mueren, son dos víctimas más de la injusticia de nuestro sistema que denunciaba el domingo pasado. Entre sus crímenes más grandes: lograr confrontar a nuestros pobres. Policías y obreros o campesinos, pertenecen todos a la clase pobre. La maldad del sistema es lograr el enfrentamiento del pobre contra el pobre" (*Homilía* del 30 de abril de 1978).

En la misma homilía, monseñor Romero hizo también una denuncia que suscitó una de las mayores polémicas en el país. Estas fueron sus palabras: "Yo pienso, hermanos, ante estas injusticias que se ven por aquí y por allá, hasta en la Primera Cámara, y en muchos juzgados de pueblos ya no digamos: ¡jueces que se venden! ¿Qué hace la Corte Suprema de Justicia?" (*Homilía* del 30 de abril de 1978). La Corte Suprema de Justicia respondió en un campo pagado y exigió a monseñor Romero que le entregara la lista de los "jueces venales"; de otra forma amenazó con demandarle por falsas acusaciones. Monseñor Romero respondió con un extenso comunicado, que se hizo famoso. En él aclaró que nunca había empleado el término "jueces venales", sino "jueces que se venden". Y prosiguió citando, uno a uno, todos los artículos de la Constitución y de la Declaración Universal de los Derechos Humanos que diariamente eran pisoteados en el país sin que la Corte Suprema de Justicia hiciera nada por impedirlo. Y concluyó: "Esta denuncia, que se inspira en un positivo *'animus corrigendi'* y no en un mal espíritu de maledicencia, creo un deber hacerla en mi condición de pastor del pueblo que sufre la injusticia; me lo impone el Evangelio, por el que estoy dispuesto a enfrentar el proceso y la cárcel aunque con ello no se haga más que agregar otra injusticia" (*Homilía* del 14 de mayo de 1978). La Corte Suprema de Justicia guardó silencio.

Ya había pasado un año de homilías y era imposible que pasaran desapercibidas para nadie. Unos mostraban su gozo por la buena nueva que comunicaban, pero otros no ocultaron su enojo y sembraron la confusión entre el pueblo, acusando a monseñor Romero de abandonar la predicación del Evangelio. Tales acusaciones no le hizo perder la paz a monseñor; al contrario, las rebatió con serenidad y con claridad. De aquí provienen muchos admirables textos en los que monseñor Romero escla-

reció en qué debe consistir la predicación de la homilía. Citemos solo uno de ellos: "Una Iglesia que no provoca crisis, un Evangelio que no inquieta, una palabra de Dios que no levanta roncha —como decimos vulgarmente—, una palabra de Dios que no toca el pecado concreto de la sociedad en que está anunciándose, ¿qué Evangelio es ese? Consideraciones piadosas muy bonitas que no molestan a nadie, y así quisieran muchos que fuera la predicación" (*Homilía* del 16 de abril de 1978). Monseñor Romero solía decir que las predicaciones que no hablan de la realidad desde la fe, son "palabra espiritualista", "una palabra que puede sonar en cualquier parte del mundo porque no es de ninguna parte del mundo" (*Homilía* del 10 de diciembre de 1977). "Predicación que no denuncia el pecado no es predicación del Evangelio" (*Homilía* del 22 de enero de 1978).

La verdadera religión y el seguimiento de Jesús. Junto al amor al pueblo sufriente y la denuncia de la represión, aparece en estas homilías una tema que acompañará a monseñor Romero en todo su ministerio: la verdadera religiosidad que tiene estos pilares, el culto al verdadero Dios en contra de la idolatría del dinero, y su amor al pobre en contra del egoísmo de personas y estructuras; en una palabra: el seguimiento de Jesús. Hay una reiterada preocupación en monseñor Romero por desenmascarar una falsa religión que, lejos de expresar la fe, sirve para encubrir las injusticias.

En sus palabras resuena la voz de los profetas de Israel: "Una religión de misa dominical pero de semanas injustas, no gusta al Señor. Una religión de mucho rezo pero con hipocresías en el corazón, no es cristiana. Una Iglesia que se instalara solo para estar bien, para tener mucho dinero, mucha comodidad pero se olvidara del reclamo de las injusticias, no sería la verdadera Iglesia de nuestro divino Redentor y por eso tiene que padecer, tiene que sufrir, tiene que ser perseguida, porque muchos no comprenderán, instalados en sus comodidades. Aun sacerdotes pueden ser el estorbo de este auténtico reino del Señor" (*Homilía* del 4 de diciembre de 1977).

Y denunció también que muchos dan un rodeo para evitar al pueblo que está explotado, reprimido y botado en el camino, pero es inútil porque "cuanto más se rodea, más se encuentran porque llevan su propia conciencia que no les dejará en paz mientras no enfrenten la situación. El compromiso cristiano es

muy serio y, sobre todo, nuestro compromiso sacerdotal y episcopal nos obliga a salir al encuentro del pobre herido en el camino" (*Homilía* del 2 de abril de 1978).

Monseñor Romero fue a la raíz de de la verdadera y de la falsa religiosidad. La raíz de todos los atropellos a la dignidad de los pobres es el olvido y el rechazo del verdadero Dios y la idolatría del poder y del dinero: "Un pueblo, un hombre, donde la ternura de Dios se ha disipado, donde interesa que no exista Dios para hacer injusticias, para cometer el pecado que Dios castiga, es inspiración de un ateísmo práctico. Y por eso, ateo no solo es el marxismo, ateo práctico es también el capitalismo. Ese endiosar el dinero, ese idolatrar el poder, es poner ídolos falsos para sustituir al Dios verdadero. Vivimos tristemente en una sociedad atea" (*Homilía* del 21 de mayo de 1978).

Pero monseñor Romero insistió, positivamente, en el criterio para discernir una auténtica religión. "Hay un criterio para saber si Dios está cerca de nosotros o está lejos, el que nos está dando la palabra de Dios hoy: todo aquel que se preocupa del hambriento, del desnudo, del pobre, del desaparecido, del torturado, del prisionero, de toda esa carne que sufre, tiene cerca a Dios. 'Clamarás al Señor y te escuchará'. La religión no consiste en mucho rezar. La religión consiste en esa garantía de tener a mi Dios cerca de mí porque le hago el bien a mis hermanos. La garantía de mi oración no es el mucho decir palabras. La garantía de mi plegaria está muy fácil de conocer: cómo me porto con el pobre, porque allí está Dios" (*Homilía* del 5 de febrero de 1978).

Monseñor Romero vivió en medio de los grandes sufrimientos del pueblo, lo que le ocasionaba un sufrimiento personal. Pero siempre le acompañó una honda paz y un hondo gozo. En la homilía del 9 de abril de 1978, alegrándose porque el pueblo llenaba la catedral para escucharle con atención y porque otros muchos lo escuchaban a través de la radio, dijo: "Esta palabra nunca se quedará sola". Por eso la publicamos, para que nunca se quede sola, y siga siendo fuente de inspiración y motivo de esperanza para nuestro pueblo.

Miguel Cavada y Jon Sobrino
San Salvador, agosto de 2005

Nota del editor

En este segundo tomo presentamos la edición de cuarenta y cuatro homilías de monseñor Óscar Arnulfo Romero, pronunciadas desde el primer domingo de Adviento, el 27 de noviembre de 1977, hasta la fiesta del Cuerpo de Cristo, el 28 de mayo de 1978, homilías que corresponden al ciclo A de la liturgia de la Iglesia.

En la edición de estas homilías hemos confrontrado nuevamente el texto escrito con las grabaciones de las homilías, para garantizar la integridad del mensaje. Para ello nos hemos servido de una reproducción de las cintas magnetofónicas originales obtenidas en los estudios de la *YSAX La Voz Panamericana,* emisora de la Arquidiócesis de San Salvador, unos meses después del martirio del pastor y profeta. Posteriormente, hemos sometido la transcripción al ejercicio paciente de la corrección de estilo. En este segundo tomo, la reproducción magnetofónica de catorce homilías está incompleta, como indicamos oportunamente al pie de página, aunque pensamos que se ha conservado lo central del mensaje. Las homilías incompletas o interrupciones en el transcurso de la grabación son señaladas con tres puntos entre corchetes. La homilía del quinto domingo de Cuaresma, 12 de marzo de 1978, no aparece en el libro porque ese día monseñor Romero no celebró misa en catedral, debido a que se encontraba en Costa Rica.

Resulta admirable que monseñor Romero no llevara por escrito previamente sus homilías; solamente se auxiliaba de un guión manuscrito con los tres pensamientos principales de la predicación y algunos documentos que leía en el momento oportuno, por ejemplo, la fotocopia de algún texto del Vaticano o Medellín, informes de derechos humanos, cartas que le enviaba la gente, etcétera. Con esto queremos subrayar que sus homilías son originalmente palabra oral y no palabra escrita.

Esto, sin lugar a dudas, las reviste de una fuerza, originalidad y belleza incomparables. Sin embargo, para efectos de la transcripción no deja de crear dificultades. Por ejemplo, es frecuente que monseñor Romero comience una oración que deja incompleta para exponer una nueva idea; estos casos lo señalamos con puntos suspensivos. Cuando hemos observado algún *lapsus linguae*, lo indicamos en una nota al pie de página. También hemos respetado los salvadoreñismos. En algunos casos, por tratarse de lenguaje oral, podremos encontrar párrafos un tanto oscuros, que bien podríamos haber simplificado para hacerlos más comprensibles. Sin embargo, nos hemos cuidado mucho de no quitar ni añadir nada a sus palabras. Con todo esto, queremos dar fe de que presentamos la homilías de monseñor Romero tal y como él las pronunció verbalmente.

Un aspecto importante de la edición son los títulos y subtítulos de las homilías. A este respecto hay que recordar que monseñor Romero tenía la buena costumbre de presentar al comienzo de la homilía el título de la misma y las ideas principales; lo cual facilita la labor de edición. Monseñor Romero también incluye en sus homilías un elemento que hace que su predicación sea tan original; nos referimos a lo que él mismo llamaba "el marco de la homilía": las noticias de la vida de la Iglesia y las denuncias, comentarios o juicios teológico-pastorales de los hechos de la realidad más importantes de la semana. Señalamos esta parte de la homilía bajo los subtítulos: "Vida de la Iglesia" y "Hechos de la semana".

El orden usual de las predicaciones en este periodo es el siguiente: luego del saludo, monseñor Romero hace una breve introducción sobre todo para presentar el contexto litúrgico de su predicación. Después, monseñor Romero presenta las principales noticias o actividades eclesiales de la semana y posteriormente emite su juicio pastoral y teológico sobre los principales hechos de la realidad nacional acaecidos en esa semana. A esto monseñor Romero lo denomina "el marco de la homilía", del cual no se puede prescindir sin riesgo de caer en una predicación espiritualista e intrascendente. Finalmente, monseñor Romero expone los tres pensamientos anunciados, en los que de una manera muy original condensa las enseñanzas contenidas en los textos litúrgicos del domingo. Un lectura del índice general nos permite comprobar que en esta parte de la homilía, la catequesis

eclesiológica prevalece sobre otros temas. La homilía concluye con una síntesis y una exhortación a pasar a la liturgia eucarística. Con todo, monseñor Romero no está encerrado en su propio esquema y en algunas ocasiones lo altera para subrayar más lo que quiere comunicar.

Nos ha parecido necesario acompañar la extraordinaria riqueza de la predicación de monseñor Romero con algunas notas. Todas las notas, tanto al margen como al pie de página, son del editor. Y para ello hemos seguido los siguientes criterios:

Los textos bíblicos y del magisterio de la Iglesia que monseñor Romero comenta en su predicación, sin aducir la cita explícitamente, se han buscado y anotado al margen del texto homilético. Monseñor Romero emplea en muchas ocasiones el recurso oratorio de la paráfrasis, sobre todo de textos bíblicos, para presentar el mensaje. En estos casos no entrecomillamos el texto, pero siempre señalamos al margen la cita bíblica correspondiente. Los textos bíblicos citados literalmente, de la traducción del leccionario litúrgico, sí los señalamos entre comillas.

En algunos textos del magisterio u otros documentos citados por monseñor Romero en sus homilías, se podrá observar el signo de corchetes; con ello aplicamos la norma convencional para indicar que monseñor Romero, en esos casos, omite algunas partes del texto original. En algunas homilías, muy pocas, la cita de un documento determinado es textual, pero en la lectura monseñor Romero incluye un brevísimo comentario personal. Estos casos, que no consideramos propiamente una paráfrasis, incluimos el comentario entre corchetes.

Al pie de página se incluyen algunas notas explicativas. Hemos procurado incluir las notas imprescindibles, que ayuden a ubicar el contexto histórico su predicación, a completar la información sobre algún hecho que monseñor Romero da por sabido entre sus oyentes, o a identificar el origen de algún texto o documento mencionado por monseñor Romero. En el presente tomo, no hemos podido identificar el origen de dos citas de San Agustín (véase las páginas 345 y 466), por la bastedad de la obra y predicación agustiniana; sin embargo, consultando a expertos en la materia, nos aseguran que las citas tienen un indudable origen agustiniano.

Dada la amplitud de temas y situaciones que monseñor Romero trata en sus homilías, nos pareció imprescindible incluir al

final varios índices, cuyo propósito es facilitar la localización de información referente a aspectos específicos.

El *índice bíblico* contiene todos los textos bíblicos citados y comentados por monseñor Romero en sus homilías.

Así mismo, el *índice del magisterio eclesial* nos permite localizar todas las citas de los documentos del magisterio de la Iglesia que monseñor Romero menciona prácticamente en todas sus homilías.

El *índice onomástico* contiene los nombres de todas las personas que fueron mencionados en las homilías.

En el *índice de temas* se incluyen los temas más importantes que monseñor Romero abordaba en sus homilías, por ejemplo: "desaparecidos", "persecusión a la Iglesia", "derechos humanos", etcétera. A veces, en temas como "Dios", "Iglesia", "pueblo" y otros, de los que hablaba abundantemente, hemos elegido los pasajes más significativos. En este índice temático hemos incluído también la entrada: "Romero, monseñor Óscar", en la que remitimos a las páginas en las que monseñor Romero expresa sus sentimientos, su personalidad, lo que piensa de su ministerio. Lo hemos considerado oportuno porque en todo predicador y, sobre todo, en monseñor Romero, el mensaje y la persona son inseparables.

Miguel Cavada Diez
San Salvador, agosto de 2005

Siglas

Documentos del Concilio Vaticano II

AA *Apostolicam actuositatem*. Decreto sobre el apostolado de los seglares.

AG *Ad gentes*. Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia.

DV *Dei Verbum*. Constitución dogmática sobre la divina revelación.

GS *Gaudium et spes*. Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual.

LG *Lumen gentium*. Constitución dogmática sobre la Iglesia.

OT *Optatam totius*. Decreto sobre la formación sacerdotal.

SC *Sacrosanctum concilium*. Constitución sobre la sagrada liturgia.

UR *Unitatis redintegratio*. Decreto sobre el ecumenismo.

Documentos del magisterio de la iglesia

EN *Evangelii nuntiandi*. Exhortación apostólica de Pablo VI acerca de la evangelización en el mundo contemporáneo, 1975.

M Medellín. Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 1968.

OA *Octagesima adveniens*. Carta apostólica de Pablo VI, 1971.

PP *Populorum progressio*. Carta encíclica de Pablo VI sobre el desarrollo de los pueblos, 1967.

La Iglesia de la esperanza

Primer domingo de Adviento
27 de noviembre de 1977

Isaías 2, 1-5
Romanos 13, 11-14
Mateo 24, 37-44

[...] invita[1] hoy el apóstol en la segunda lectura, que nos demos cuenta del momento que vivimos. ¡Qué hermosa exhortación para decirles, hermanos, que el momento litúrgico, el paso de este domingo de la Iglesia, marca su año nuevo: primer domingo de Adviento! El sacerdote viste ornamentos morados, señales de un llamamiento a penitencia para prepararnos a la venida del Señor. Color morado que también en el oriente significa opulencia, riqueza de la gracia de Dios que se ofrece, en esta hora, a aquellos que esperan, como cuando uno tiene hambre, la venida del Señor.

Es un domingo de esperanza, es una temporada, pues, que comienza hoy con la preparación de Navidad. Se llama año litúrgico toda esa peregrinación espiritual que comenzamos hoy y que, pasando por la Navidad y por la Epifanía presentándonos la gran verdad de un Dios que se hizo hombre para salvarnos, sigue recorriendo el año con las enseñanzas de su Evangelio, de su mensaje. Y se detiene atónita y contemplativa la Iglesia, después de las preparaciones de Cuaresma, ante su Cristo muerto en la cruz el Viernes Santo y resucitado al tercer día, la gran temporada de Pascua, durante cincuenta días cantando aleluyas para

[1] El saludo y las palabras iniciales no están registradas en la reproducción magnetofónica de la homilía.

grabar en la mente del cristiano que su Cristo vive. Y en Pentecostés, cincuenta días después de la resurrección, el Espíritu Santo que Cristo ha prometido, que Él compró con su sangre divina, se desparrama sobre esta Iglesia que desde entonces comienza su peregrinación. Veinte siglos de esta historia.

Año con año, la Iglesia retorna a esa fuente. Y al presentar cada año este despliegue de los misterios redentores de Cristo, durante el año litúrgico, no es simplemente un recuerdo. Yo quisiera, hermanos, que quedara bien clara esta idea. La celebración litúrgica no es una memoria que se hace, como cuando celebramos el 15 de septiembre, ese mismo día en 1821, que ya quedó atrás, sino que la liturgia es presencia, dice el Concilio Vaticano
SC 102 II, —yo copié para ustedes esta frase— . En el ciclo del año litúrgico, la Iglesia "desarrolla todo el misterio de Cristo [...]. Conmemorando así los misterios de la redención, abre las riquezas del poder santificador y de los méritos de su Señor, de tal manera que se hacen presentes, en todo tiempo, para que puedan los fieles ponerse en contacto con ellos y llenarse de la gracia de la salvación". Así como los israelitas cuando conmemoraban, al celebrar la Pascua, su salida de Egipto, aunque habían pasado los años y los siglos, los padres y abuelos en la reu-
Ex 12, 25-27 nión de familia decían: esta noche estamos saliendo de Egipto. Es un presente, es la liturgia. Ese es el sentido litúrgico de la Iglesia: hacer presente hoy, en este 26 de noviembre, 27 de noviembre de 1977, la expectativa del Viejo Testamento, el Cristo que llega a cumplir esas promesas.

Nosotros estamos ahora presentes a ese misterio, para que toda persona cristiana de buena voluntad entre, este domingo, en contacto personal con ese Cristo, que vino hace veinte siglos, pero que sigue viniendo por el misterio de la liturgia de la Iglesia. Esta es la misa de cada domingo. Y las festividades litúrgicas del año, la fiesta del 6 de agosto en nuestra catedral, son presencias del misterio de Cristo.

¡Qué hermoso sería que viniéramos así a nuestra Iglesia!, y entonces, sí tiene sentido este noticiero que yo comienzo en mis homilías, no simplemente por satisfacer curiosidades, sino para decirles que esta hora de este domingo, la celebración litúrgica, Cristo presente en nuestra catedral o en las ermitas donde están reflexionando con nosotros, ilumina estas realidades salvadoreñas y las realidades familiares y las realidades íntimas de cada

uno de nosotros. No podemos segregar la palabra de Dios, de la realidad histórica en que se pronuncia, porque no sería ya palabra de Dios, sería historia, sería libro piadoso, una Biblia que es libro de nuestras bibliotecas; pero se hace palabra de Dios porque anima, ilumina, contrasta, repudia, alaba lo que se está haciendo hoy en esta sociedad. Por ejemplo, no son más que ejemplos, cada uno de ustedes tiene mil cosas más que podrían enumerarse aquí, y es bueno que las ilumine con la palabra de este domingo.

Noticiero

Queremos expresar un saludo de hospitalidad a todos los deportistas, los jóvenes de Centroamérica que se encuentran en esta Segunda Olimpíada Centroamericana. Ojalá captáramos, en estas horas de desconcierto, esa voz juvenil que nos llama a la unidad y a la paz. El deporte es un mensaje. Yo alabo esta verdadera hora de anuncio de Dios a través de ese mensaje del deporte en nuestra ciudad y en nuestra república. Sean bienvenidos, pues, los jóvenes de Centroamérica y que El Salvador haga honor a su tradicional hospitalidad.

Ha llenado los comentarios de toda clase de gente, estos últimos días, la publicación de la Ley de Orden Público[2]. No soy experto en leyes, no soy abogado, pero yo invito a los abogados que hagan honor a sus conocimientos jurídicos y den su juicio también sobre la ley, porque las leyes... Yo, como pastor, quiero iluminar una doctrina clásica, teológica, de lo que debe ser una ley. Yo, pues, no me meto en la técnica jurídica —aunque he oído a algunos abogados encontrar pecados jurídicos en esa ley; toca a los abogados hacer honor a su profesión y ver si se nos ha dado una verdadera ley técnica o no—, pero desde el punto de vista teológico, sacerdotal, iluminador de la palabra de Dios, sí tengo el derecho y el deber de iluminar este acontecimiento de nuestra patria.

Y voy a sacar una página de nuestro máximo teólogo, Santo Tomás de Aquino en su *prima secundae*. La *Suma Teológica* de

2 La *Ley de Defensa y Garantía del Orden Público* fue aprobada por la Asamblea Legislativa el 24 de noviembre de 1977. *Cfr. Diario Oficial,* 25 de noviembre de 1977, tomo 257, pp. 2-5.

Santo Tomás tiene una parte que se llama la primera de la segunda parte: "*prima secundae*". La cuestión 90 estudia la ley y la define así: "Ley es una prescripción de la razón, en orden al bien común, promulgada por aquel que tiene cuidado de la comunidad"[3]. Es breve y aquí encontramos cuatro elementos de la verdadera ley.

Prescripciónde la razón, "*ordinatio rationis*", quiere decir que no debe ser fruto de la arbitrariedad o del capricho. Ya los paganos distinguían este elemento racional de la ley del elemento caprichoso del dictador que dice el famoso dicho: "*Sic volo, sic juveo, sic pro ratione voluntas*"; quiere decir: "Así lo ordeno, así lo quiero, por única razón sea que así lo quiero". Esto no es racional. El hombre se rige por la razón, no por la arbitrariedad y el capricho. Por eso, la primera característica de una ley tiene que ser racional, ordenación de la razón.

Segundo, encaminada a conseguir un auténtico "bien común". No es el provecho de un gobernante o de un grupo privilegiado el que arranca una ley para seguir oprimiendo, reprimiendo, sino que tiene que ser el bien común el que se busca, que todos vean, en esa ley, que se ha procurado la felicidad, el bien, la libertad, la dignidad de todos los hombres: ricos y pobres.

Tercer elemento, dictada por "aquel que tiene cuidado de la comunidad". O sea que el que dicta la ley, tiene que sentirse mandatario de la comunidad. Ya que la comunidad entera no puede darse las leyes, sino que nombra un representante, una Asamblea Legislativa, esos legisladores, esos gobernantes tienen que sentirse eco de la comunidad porque, solo si es eco de la comunidad, tiene fuerza de ley.

Y por último, cuarto elemento, que "sea promulgada". La ley es una medida y la medida solo tiene eficacia cuando se aplica al objeto que se mide. Por eso, si la ley es para el bien de una sociedad, tiene que promulgarse, darse a esa comunidad que la conozca, que la analice, que la acepte y entonces es ley. Solo entonces, puede decirse que una ley dada por los hombres es reflejo de la ley natural y solo la ley natural es fuente de toda ley. Por eso, San Agustín en otro artículo dice esto: "La ley que no es justa, no debe llamarse ley"[4]. "La fuerza de la ley depende del

3 Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, 1-2 q. 90 a. 4.
4 San Agustín, *Del libre albedrío,* Libro primero, c. 5; PL 32, 1227.

nivel de su justicia. Y, tratándose de cosas humanas, su justicia está en proporción con su conformidad a la norma de la razón. Pues bien, la primera norma de la razón es la ley natural; por consiguiente, toda ley humana tendrá carácter de ley en la medida en que se derive de la ley de la naturaleza. Y si se aparta de un punto de la ley natural, ya no será ley, sino corrupción de la ley"[5].

La ley natural, la que llevamos escrita en el corazón, nos dicta muchos derechos, por ejemplo: derechos de agrupación, derecho a la libertad, derecho a defendernos en juicio, derecho a no ser torturado para que le saquen la "verdad" entre comillas. Si todas estas leyes naturales quedan pisoteadas por una pseudo-ley, Santo Tomás dice claramente: "No será ley, sino corrupción de la ley".

Santo Tomás analiza también cuáles son los cuatro actos de la ley[6]. En función a los actos humanos que son su objeto, regular los actos humanos de una sociedad, primero dice: mandar los actos virtuosos; segundo, prohibir los actos pecaminosos; tercero, permitir los actos indiferentes; y cuarto, castigar para inducir a la obediencia de una ley justa. Estamos de acuerdo, entonces, que una ley estimule la virtud, prohíba las injusticias de todos. Hemos dicho muchas veces que existe en Latinoamérica una injusticia que ya se hizo institución, y, si una ley no tiene M 2, 16
en cuenta esa injusticia que hay que ordenar, es injusta. No debe de ser el eco de esa clase que está instituyendo una opresión, sino que tiene también que ser el eco de esa clase que está recibiendo la represión, la opresión. Solo entonces, cuando premien lo bueno de los de arriba y de los de abajo, y cuando castiguen lo malo de los de abajo y de los de arriba, solo entonces será ley justa.

Por su parte, la Iglesia, al terminar el Sínodo de los obispos, el Papa mismo dijo —allí en *Orientación*[7], en "La palabra del arzobispo", pueden leer las frases del Papa y de los obispos reunidos en el Sínodo— que denuncian el atropello de ciertos gobiernos que no dejan libertad a la Iglesia para proclamar su mensaje integral. La Iglesia, pues, podrá ser callada por la fuerza. Dios

5 Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, 1-2 q. 95 a. 2.
6 *Cfr*. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, 1-2 q. 92 a. 2.
7 *Cfr*. "La palabra del arzobispo. Libertad para la catequesis", *Orientación*, 27 de noviembre de 1977.

quiera que no nos vayan a quitar estos micrófonos que tanto bien están haciendo; pero si un día desapareciera por la fuerza la voz de la Iglesia, hermanos, hay algo que no se puede callar: la conciencia de un pueblo que lleva como micrófono de Dios la obligación de proclamar, aunque no haya emisoras, a todas partes, la libertad del mensaje de Cristo, para promover a los hombres, para hacerlos verdaderamente hijos de Dios. Si un día no tuviéramos la dicha de entendernos como ahora estamos, queridos hermanos, a través de la radio, allá en regiones lejanas, no importa, yo desde ahora digo, a cada católico, que trate de ser un eco fiel, su vida, su palabra, como se los acabo de decir en Apopa, ante su patroncita, Santa Catarina de Alejandría: mártir quiere decir "testigo"; cada católico tiene que ser un mártir, un testigo del mensaje que Dios tiene que proclamar libre, ante los hombres.

Otra noticia que ilumina hoy la palabra de Dios y es esperanza. Se ha creado una asociación de madres de capturados y
Lc 17, 12 desaparecidos[8]. Así como les dije un día de los diez leprosos que se unen en su dolor, las madres que sufren esta angustia indecible, indefinida, tienen derecho a agruparse para consolarse, para ayudarse, para ver qué hacen por sus hijos. Yo las felicito. Y lamento que la prensa haya rechazado esta noticia. ¿Por qué será tan miedosa nuestra prensa? ¿Por qué no hace eco a este dolor inmenso del corazón de una madre? Esta asociación de madres de desaparecidos va a celebrar aquí en catedral, el próximo jueves 1 de diciembre, día de la Divina Providencia, al mediodía, a las 12:00, la misa votiva por sus hijos y por su consuelo. Con mucho gusto, celebraré esta misa solidarizándome una vez más con esta justa asociación del dolor.

Tengo también otras denuncias. Nos ha extrañado mucho la captura del licenciado César Valle, mientras estaba trabajando en nombre de Vivienda Mínima para llevar veintiseis familias que allá, en Colima, están ya llegando a la inundación del Cerrón Grande y que urge instalarlos en otras casas. Vivienda Mínima les ha dado lugar allá en la colonia de Usulután, y César Valle andaba en este trabajo. La Guardia lo captura y hasta anoche todavía no sabíamos más que estaba en la Guardia Nacional. Ojalá se comprenda que se está trabajando por el bien del pueblo. ¡Que no se estorbe siquiera! También hay una denuncia de una profe-

[8] Se refiere al Comité de Madres y Familiares de Presos, Desaparecidos y Asesinados Políticos de El Salvador (COMADRES).

sora migueleña, Iris Idalia Portillo de Arévalo, que encontró torturado a su hijo en el Hospital Rosales y lamenta la desaparición de su esposo, Efraín Arévalo.

Esta es la hora, hermanos, por donde va pasando la Iglesia en esta hora en que el Adviento nos quiere llenar de esperanza. Por otra parte, la Iglesia... Hermanos, yo quiero que cada día nos sintamos más satisfechos de ser Iglesia y que, a pesar de las dificultades del ambiente, la Iglesia vaya solidificándose, haciéndose más comprensiva de su propia grandeza y de su propia dignidad.

En esta semana, la Iglesia de la arquidiócesis ha recibido satisfacciones muy grandes, por ejemplo: fui invitado como participante y observador al séptimo Congreso Latinoamericano de Trabajadores, que se celebró en Costa Rica del 21 al 26 de noviembre. No pudiendo ir, supliqué al presbítero, doctor Jesús Delgado, que llevara mi representación. Y me cuenta, con honda emoción, la ovación de que fue objeto el nombre de la Iglesia de El Salvador por aquellos obreros venidos de todos los países del continente latinoamericano y uno de ellos dijo: "Ah, si la Iglesia hubiera sido así, auténtica Iglesia del Evangelio, sin temor a los poderes de la tierra, no tuviéramos que lamentar el alejamiento de la clase obrera ni tampoco existiera el ateísmo". Es triste, hermanos, pensar que hemos tenido la culpa porque hemos querido apoyar una Iglesia en las fuerzas de la tierra; pero la Iglesia que no se apoya en su propia debilidad y en la fuerza omnipotente de Cristo lo pierde todo.

Recibí también aquí la visita del señor obispo de Cleveland, monseñor Heaky, que anda visitando a sus sacerdotes. Aquella diócesis tiene la bondad de atendernos la parroquia de La Libertad y allá en San Miguel, la parroquia de Chirilagua y La Unión. Le he agradecido, en nombre de la arquidiócesis, tan hermosa colaboración con sus sacerdotes norteamericanos. He tenido también la visita de dos prominentes jesuitas norteamericanos, el padre Carter y padre Simon Smith, los cuales también han dado palabras de elogio y aliento a la posición de nuestra Iglesia.

Ayer también tuve el honor de saludar al padre general, superior general de los pasionistas, padre Pablo Boyle. Fue a visitar el trabajo inmenso que están haciendo en Jiquilisco los pasionistas y, por mi parte, le agradecí la obra que los pasionistas han hecho aquí en la arquidiócesis. Me dio mucho gusto oírlo. Venía recorriendo todos los países de América Latina, y decir que la Iglesia en América Latina, en todos los países, pero principal-

mente en algunos, entre ellos El Salvador, es una Iglesia viva, es una Iglesia que da aliento, una Iglesia que se siente verdaderamente Iglesia de un pueblo. Conservemos, hermanos, estos prestigios que son los verdaderos prestigios de la Iglesia.

También el padre vicario general de los de Maryknoll, padre Breen, estuvo a visitarnos y agradecí también la colaboración que aquí hacen los padres y que nos van a seguir prestando, sobre todo pedíamos para Chalatenango, y apoyamos el deseo de monseñor Rivera, de tenerlos también en Santiago de María.

Noticias agradables como las que tenemos con los hermanos separados. Hermanos, esta semana tuvimos una reunión con hermanos de las confesiones Bautista Episcopal e Iglesias Centroamericanas. Ellos creen que un Evangelio, en el cual ellos ponen su fe y la Iglesia católica también, no tiene que ser un Evangelio mutilado, acomodado, desencarnado. Ellos, lo mismo que la Iglesia católica, han lamentado la instrumentalización de que está siendo objeto en estos días la Iglesia protestante. Se les da amplia acogida en el gobierno, se les instala en el estadio Cuscatlán y se hace ver que es la única Iglesia que mantiene el mensaje de Cristo, mientras que la Iglesia católica ya se metió a política y a comunista. O sea, una excomunión del protestantismo a la Iglesia católica. ¡Qué hermoso es oír, entonces, que hay hermanos protestantes que no están de acuerdo con esa manipulación y que, inspirados por el mismo espíritu de la Iglesia católica, saben que un Evangelio que no tiene en cuenta los derechos de los hombres, que un cristianismo que no construye la historia de la tierra, no es la auténtica doctrina de Cristo, sino simplemente instrumentos del poder! Lamentamos que algún tiempo nuestra Iglesia también haya caído en ese pecado, pero queremos revisar la actitud y, de acuerdo con esta espiritualidad auténticamente evangélica, no queremos ser juguetes, ni nosotros católicos ni los verdaderos creyentes del Evangelio aun fuera de los limites de la Iglesia; no queremos ser juguetes de los poderes de la tierra, sino que queremos ser la Iglesia que lleva el Evangelio auténtico, valiente, de nuestro Señor Jesucristo, aun cuando fuera necesario morir como Él, en una cruz.

Queremos también referirnos a noticias sacerdotales. Ya regresó de Roma nuestro querido hermano monseñor Revelo. No hay cisma entre monseñor Revelo y el arzobispo de San Salvador, hay amistad desde mucho tiempo y ahora también, cuan-

do ambos cumplimos misiones muy delicadas. Ya dije a todos ustedes, queridos católicos, que me ha alegrado la sensatez con que el catolicismo actúa ante estos acontecimientos que los enemigos quisieron aprovechar para separarnos. Les invité desde el principio, y lo hago ahora, vamos a escuchar a monseñor Revelo[9], no juzguemos por adelantado; pero sepamos que es un obispo en comunión con el Papa y en comunión con la jerarquía también de la arquidiócesis. Por tanto, nada podrá romper esta alianza y esta amistad del verdadero mensaje de Dios. Y aun cuando hubiera diferencias accidentales, que las ventilamos con toda libertad, en lo sustancial somos servidores de esta Iglesia que no quiere traicionar ni al Evangelio ni al pueblo.

Para el 15 de diciembre, los sacerdotes nos vamos a reunir para evaluar nuestras actuaciones del año y proyectarnos hacia el año nuevo.

Mañana a las 5:00 de la tarde, en la iglesia de San Juan, Cojutepeque, se va a conmemorar la muerte trágica, el asesinato de que fue víctima el padre Nicolás Rodríguez, allá en 1970. Ese crimen se quedó en el misterio y el padre también sufrió una muerte anónima. Es justo que ahora, cuando recogemos el heroísmo de nuestros sacerdotes, recordemos —yo fui a recoger ese cadáver, ya estaba putrefacto— venía de una confesión, traía los instrumentos de despedir un alma para la eternidad, ministro que murió, pues, en el servicio de su sacerdocio, honor a él. Una oración especial por él mañana, a las 5:00 de la tarde. Nos unimos a la iglesia de Cojutepeque.

Por las comunidades, lo de Quezaltepeque ya lo saben todos. Simplemente, las declaraciones del padre Quinteros ya por sí solas exhiben de qué clase de gente se trata. La lástima es que los enemigos de la Iglesia no les importe la categoría humana del instrumento con tal de hacer mal a la Iglesia. Pero el saldo es triste. Padre Quinteros se ha excomulgado él solo, yo

9 El obispo auxiliar de Santa Ana, monseñor Marco René Revelo, que asistió al Sínodo de los Obispos en el Vaticano, del 30 de septiembre al 29 de octubre de 1977, sobre el tema "La catequesis de nuestro tiempo", hizo unas controversiales declaraciones cuestionando la actuación de algunos catequistas y sacerdotes de El Salvador, a quienes acusó de estar siguiendo orientaciones de "grupos extremistas". Estas declaraciones fueron presentadas de forma incompleta y tendenciosa por la prensa escrita del país. *Cfr.* "Revelaciones del obispo santaneco", *El Mundo,* 4 de octubre de 1977.

no le he excomulgado. Yo simplemente le he dicho que hay una ley que castiga con excomunión automática al que comete ese crimen que él cometió[10]. Por tanto, no es ni odio ni mala voluntad. Si fuera mala voluntad, no le hubiera dado para su curación, está tísico y lo tuvimos en el sanatorio de Los Planes. Tampoco lo hubiera recibido en Santiago de María, ni hubiera dialogado con él ofreciéndole toda la buena voluntad de un pastor. Lástima, sí, que personeros de la política de aquel pueblo se aprovechen de esta circunstancia para molestar a la Iglesia. Otro triste saldo en Quezaltepeque es el desconocimiento, como católica, de la Hermandad del Santo Entierro. Sus actitudes rebeldes, malcriadas, con la autoridad de la Iglesia, usurpadoras, merecen que la Iglesia también la desconozca, no se considere católica, aun cuando tiene personería jurídica civil. Los efectos civiles, lo mismo que el templo material de Quezaltepeque, no interesa; lo que interesa es la Iglesia viva, los que viven en comunión con los pastores verdaderos, y el verdadero pastor allá es el padre Roberto Van Den Henden, que, junto con las hermanas belgas, han sido víctimas del atropello, pero que, gracias a Dios, han hecho honor a su fidelidad, a la comunión con la Iglesia.

En Cojutepeque, se celebró el aniversario de la entronización de la Virgen. ¡Qué satisfacción! Siete mil devotos de la Virgen, motivados por la palabra del padre Amado Molina y de su párroco Ricardo Ayala, oraron por la Iglesia y sienten la confianza de que esta Iglesia, amparada por una madre tan bondadosa y poderosa como es María, no puede perecer.

Bello homenaje a la Virgen también el de Tamanique, 21 de noviembre, de la Virgen de La Paz. Allá, con los padres norteamericanos y la hermana Juanita, he sido testigo del trabajo intenso de pastoral que allá se hace.

También de grata recordación, mi viaje a Panchimalco el domingo por la tarde. Qué ambiente más bello ha hecho allá turismo, yo los felicito, pero más me alegró que, en este ambiente tradicional, un grupo de católicos recibía la Biblia para estudiar la palabra de Dios bajo la dirección celosa del padre

10 El padre Antonio Pineda Quinteros fue removido de la parroquia de Quezaltepeque, pero se negó a entregar la parroquia y se prestó a la manipulación que de este hecho realizaron los grupos de extrema derecha. *Cfr.* "Excomulgan a monseñor Romero. Párroco de Quezaltepeque acusa al arzobispo de predicar el odio", *La Opinión,* noviembre de 1977.

Pocasangre. En Santa Tecla, se preparan hoy, ayer y antier, seglares en un curso de comunidades de base, bajo la dirección del Padre Palacios. En Ciudad Arce, celebraremos hoy la bendición de la iglesia y una anticipación de la fiesta de la Purísima. En Apopa, tuvimos la satisfacción de ver un pueblo fiel a su fiesta patronal, el 25, día de Santa Catarina de Alejandría. Felicitaciones al padre Martell. Y en Amatepec, tendremos hoy una confirmación de gente grande, como yo quisiera que fueran todos los grupos de confirmación.

Cursillos de Cristiandad celebró un nuevo cursillo y, el próximo domingo, hará una concentración nacional en Santiago de María en el Colegio Santa Gema. Allá están invitados todos.

Y termino con una nota personal. Nombre fingido de una carta, Magdalena Mártir, puede sentirse satisfecha de su humilde confesión, de su arrepentimiento y de su propósito; quede tranquila. Y le agradezco también su valiente denuncia de una clínica y de un médico, aquí en San Salvador, que podíamos llamar clínica y médico aborteros. Allí se hacen abortos. No lo digo por propaganda, sino por condenación, que este es un crimen y no hay derecho que un médico y una clínica se dediquen a esto.

Estos acontecimientos de la patria, del pecado, del reino de Dios, de la Iglesia, son los que ahora, hermanos, brevemente iluminamos con las tres lecturas que han escuchado, que podíamos sintetizar en este título: la Iglesia de la esperanza. Sí, animemos nuestra esperanza. En la primera lectura, miro una meta luminosa; en la segunda lectura, San Pablo nos presenta un camino hacia esa meta; y en el Evangelio, Cristo nos presenta la gran sorpresa a donde lleva este camino.

Una meta luminosa

Isaías, en la primera lectura, unos tiempos políticos y sociales tan difíciles como los que hoy vivimos aquí, un país que duda de la alianza con su Dios y quiere hacer alianza con Egipto para defenderse del poder de Asiria. Isaías que invoca el poder de Dios y llama al pueblo a confiar en ese Dios, a no traicionar la alianza. Y entonces dice una palabra de esperanza: esta Jerusalén asediada, temerosa, es la ciudad que Dios ha escogido. Aquí brillará su luz, aquí estará firme la casa del Señor, hacia ella confluirán los gentiles, caminarán pueblos numerosos y dirán: venid suba- Is 2, 1-5

mos al monte del Señor, a la casa de Dios. Él iluminará nuestros caminos. De allí saldrá la ley que rija con justicia a los pueblos. Una doctrina que hará cambiar las armas en instrumentos de trabajo. Un desorden que se convertirá en paz, en justicia y en amor.

Parecía un iluso hablando de estas cosas y me imagino que, frente a la voz del amor del profeta Isaías, había muchos grupos violentos que querían arreglar las cosas por la espada y por la fuerza. Isaías no se cansaba de predicar su palabra de paz.

Esta es la meta hermanos, meta que señalaron los profetas, meta que sigue señalando la Iglesia. Los enemigos, los que tratan de que la Iglesia no hable, la desacreditan y dicen: "Predica violencia, predica política, comunismo"; son las distorsiones del pecado. Pero quienes, superando las fuerzas del mal, oyen a la Iglesia auténtica, oirán siempre el eco de Isaías, el eco de Cristo, el eco de los profetas.

Jamás hemos predicado violencia, solamente la violencia del amor, la que dejó a Cristo clavado en una cruz, la que se hace cada uno para vencer sus egoísmos y para que no haya desigualdades tan crueles entre nosotros. Esa violencia no es la de la espada, la del odio; es la violencia del amor, la de la fraternidad,
Is 2, 4 la que quiere convertir las armas en hoces para el trabajo. ¡Qué hermoso llamamiento podíamos hacer aquí, hermanos, cuando el trabajo abunda en nuestras campiñas, no se vaya a convertir en odios, ni en luchas ni en sangre! Desde el domingo pasado, estoy clamando para que las cortas de café, de algodón y de caña sean un canto de alabanza al Señor, no esperando leyes, sino inspirando en el amor de fraternidad que une a los dueños y a los trabajadores. Que hagamos de nuestra campiña un himno que haga tono con la generosidad con que Dios nos regala sus cosechas. Esta es la meta, hacia esa paz caminamos.

Un camino hacia la meta luminosa

Y la segunda lectura nos ofrece el camino para esa meta. San Pablo exhorta a revestirse de Cristo, a dejar las obras de las ti-
Rm 13, 13 nieblas: "No más comilonas ni borracheras ni lujurias ni desenfrenos ni riñas ni pendencias". ¿Ven como la Biblia no puede condescender con el vicio, con el pecado? Y compara al que va pasando la noche y ve que ya se acerca el día, y si la noche la ha

pasado en pecado: levántese, dice SanPablo, espabílese, surja de su lecho de pecado, que no lo vaya a coger la muerte levantándose del lecho del pecado. Que no lo vaya a sorprender el camino de la luz por los caminos de la tiniebla, revístase de Cristo. Cristo es el camino. "Yo soy el camino", dijo el Señor. Rm 13, 11 Jn 14, 6

Hermanos, cuando predicamos la palabra del Señor, no solamente denunciamos las injusticias del orden social; denunciamos todo pecado que es noche, que es sombra: borracheras, comilonas, lujurias, adulterios, abortos. Todo eso, que es el reino de la iniquidad y del pecado, desaparezca de nuestra sociedad, porque solo caminando por camino de luz, de honestidad, de santidad, revistiéndose por dentro de Cristo, convirtiéndose, aunque haya sido uno pecador, pero convirtiéndose al Señor, solo así podrás caminar hacia esa meta y construir la verdadera paz.

La gran sorpresa a donde nos lleva este camino

Y finalmente, hermanos, el Evangelio de San Mateo nos presenta al mismo Cristo que nos exhorta con una comparación terrible. Cuando iba a acontecer el diluvio, la gente se reía de Noé que estaba construyendo un arca, le consideraron como loco. Y seguían gozando la vida y casándose, dice el Evangelio; o sea, no esperaban que el fin estuviera tan próximo, cuando comenzó a llover y el diluvio comenzó a inundar la tierra. Noé, fiel a su Dios, se salva con su familia, mientras que toda una raza pecadora queda lavada con las aguas purificadoras del diluvio. Lo mismo sucederá, dice el Evangelio, cuando venga el Hijo del hombre. Mt 24, 37

Resulta que este tiempo de Adviento, que comienza con este domingo hasta la Navidad, nos quiere dar a entender lo que ya expliqué en domingos pasados: la escatología, los últimos tiempos. Isaías, siete siglos antes de Cristo, anuncia que con Cristo, Hijo de Dios que se hace hombre, va a comenzar la última etapa de la historia. ¿Cuánto durará? No lo sabemos, pero ya estamos en ella, nos dice San Pablo. Ahora estamos más cerca que cuando anunciaban los profetas. Ahora vivimos ya en la hora escatológica, porque Cristo con su encarnación y con su resurrección ha inyectado en la tierra la última oportunidad que Dios está dando a los hombres para ser salvos. Salvación que ya comienza en esta tierra. Salvación que quiere decir libertad.

Verdadera libertad del pecado, de los egoísmos, del analfabetismo, del hambre. Libertades de la tierra que nos preparan para la gran libertad del reino de los cielos.

Ya Cristo resucitado debe ser luz de los hombres que construyen la historia. Cristo tiene que ser la inspiración de todas las leyes que se dan a los hombres; no el capricho de unos poderosos, sino la voluntad de Cristo que pedirá, tal vez, conversión a los poderosos. La ley de Cristo es la escatología. Solo aquellos que vivan conforme a Cristo, ya en esta vida, serán arrancados para la vida eterna.

El Evangelio, bajo la figura de un secuestro, nos dice esta
Mt 24, 40-41 gran verdad: que al final de los tiempos —dice— dos hombres trabajarán, dos mujeres también trabajarán; pero mientras uno es dejado, otro es asumido. Es decir, en esta tierra no se ve la diferencia, todos trabajamos; sin embargo, unos serán tomados por Dios para su reino, otros serán dejados.

¡Qué triste será quedarse, quedarse marginado por el reino de los cielos! ¡Esa sí es marginación! Los que se quedan esperando: "Y ¿a nosotros, Señor?". Y la respuesta del Evangelio en
Mt 25, 41-42 una ocasión: "Apartaos, malditos, al fuego eterno, porque tuve hambre y no me disteis de comer"; es decir, no vivisteis la escatología con el sentido cristiano que yo quise al venir a la tierra a encarnarme, a hacerme hombre, morir por los hombres, resucitar para darles nueva vida y darles un mensaje de liberación. ¡Dichosos los que lo acogieron! Estos son asumidos. Mientras los otros... ¿Cuántos serán? No lo sabemos, pero es el misterio de la escatología. Pero un misterio que lo podemos resolver a nuestro favor, comenzando ya este Adviento, preparación de Navidad, llamamiento de penitencia, a convertirnos a Cristo, a revestirnos de Cristo, y poco importa, hermanos, las consideraciones humanas, cuando en la conciencia profunda se lleva la alegría de estar tratando de serle fiel a Cristo, el Salvador.

Ojalá que esta palabra, pues, de Adviento, enmarcada en una historia tan densa de esta semana, sea oída por encima de
Mt 24, 42-43 todos los murmullos de la tierra, la voz clara del Señor: vengo a vosotros, estad preparados como el vigilante que no espera aviso del ladrón, sino que atisba, vigila, porque a la hora en que menos piensa, lo puede sorprender. Vigilancia es la disposición espiritual que nos debe producir este hermoso tiempo de preparación a la Navidad. Cristo viene. No lo esperamos como los

niños para traernos juguetes; lo esperamos como cristianos que supimos que ya vino, pero que anunció desde entonces una segunda venida para sorprendernos en el camino de la vida y cogernos allí, donde caímos muertos, para entrar con Él a reinar. Ya debemos reinar con Él por la virtud y por la santidad.

Seamos cristianos de verdad, dignos de esta hora escatológica que va desde la venida primera de Cristo hasta la segunda, período último de la historia. Sepamos vivirlo como quien vive algo que no es permanente, sino que va de paso. No instalarse, no apegarse, no perder —por los bienes ni el poder de la tierra— los encantos del reino de Dios que ya viene a asumirnos; como se rapta, como se secuestra, a una persona sin que deje rastro, así seremos secuestrados, pero por el amor del Cristo que nos tomará para siempre en su cielo. Así sea.

A las madres, por sus hijos desaparecidos

1 de diciembre de 1977

[...] desaparecidos[1], en esta misa de la Divina Providencia, son el centro de nuestras plegarias; queridos hermanos sacerdotes que concelebran esta eucaristía para implorar la misericordia de Dios y el consuelo de tantos corazones; queridos fieles que en esta ocasión se solidarizan con las angustias de estas familias y con el misterio de la iniquidad que hace desaparecer gente de la sociedad:

Las tres lecturas que se han hecho han sido escogidas para esta circunstancia. La primera es el ejemplo heroico de aquella madre de siete hijos que, en tiempo de los Macabeos, fue llevada con sus siete retoños para ofrecerlos en holocausto ante un tirano que pedía adoración, como si fuera un ídolo, pero que la madre y los valientes hijos, hasta el más chiquito, se enfrentaron para defender el derecho de Dios y decirle al autor de aquel crimen que ellos entregaban con gusto la vida, ante el Dios que les había dado la existencia, con la seguridad de que ese Dios les devolvería la vida a todos aquellos que la entregan sin miedo en defensa de sus divinos derechos. Y así murieron los siete, confesando la primacía de Dios, la rebeldía ante los hombres, cuando quieren atropellar los derechos de Dios y de las imágenes de Dios, que son los hombres. 2 M 7, 1-39

La segunda lectura es del apóstol San Pablo, ese cristiano valiente que siente, como hombre, la debilidad humana, pero que siente por dentro la fuerza de la fe, de la esperanza que Dios

1 El saludo no está registrado íntegramente en la reproducción magnetofónica de la homilía.

da a quien confía en Él. El Espíritu nos anima nuestra debilidad. Y dice esta hermosa frase que yo quisiera que las madres de familia de estos seres por quienes estamos orando hoy la gra-
Rm 8, 28 baran como un lema de su vida: "A los que aman a Dios, todas las cosas les sirven para su bien". No hay desgracia, no hay catástrofes, no hay dolores, por más inauditos que sean, que cuando se sufren con amor a Dios, no se conviertan en corona de gloria y de esperanza.

Y la tercera lectura que nos presenta a la que yo quisiera que fuera el modelo de estas madres afligidas: María, con su hijo presentándolo en el templo y oyendo de un profeta el
Lc 2, 34-35 destino sangriento de aquel hijo: "Este está puesto para señal de contradicción. Por su causa, una espada traspasará tu alma". Yo siento que estas madres son madres dolorosas con el corazón traspasado. Pero aquí hemos querido tener también en esta ceremonia a la Virgen María, precisamente en el misterio de la Presentación.

Esta imagencita, que después de la misa van a venerar con cariño las madres y todos ustedes, queridos fieles, es la primera imagen de María que llegó a nuestra patria; se venera como una gran reliquia que estaba en la iglesia de San José y ahora será venerada en una nueva parroquia; pero es el tesoro más grande, no precisamente la imagen, sino la confianza en esa madre que le puede decir, a todas las madres que sufren, que nadie ha sufrido como ella, porque ninguna de ustedes, madres, ha llevado durante toda su vida una profecía como la llevó María, desde que su niño se acunaba en sus brazos. Ninguna de ustedes, madres, ha oído, en los albores de la vida de sus niños, a un profeta que les anunciaba el fin desgraciado, sangriento, de sus hijos; porque si una madre, como María, oye en la infancia de su niño que va a morir trágicamente y que por él su corazón de madre será traspasado por una espada, hermanos, toda la vida de esa madre es calvario y es sufrimiento.

María, pues, es el modelo de las madres que sufren, porque ninguna madre ha llevado durante toda su vida la espada de la incertidumbre, esperando la hora en que la tragedia se hizo tan dura realidad en el Calvario. Entonces, yo creo que esta misa que estamos ofreciendo con un sentido netamente religioso... Nadie le vaya a dar a esta misa un sentido de profanación. No hemos venido, como se nos ha acusado en tantas campañas

calumniosas, a celebrar una misa-mitin. Este es un sarcasmo, querer unir esas dos palabras. Ir a misa no es mitin. Por naturaleza, la misa es plegaria, la misa es santidad de oración, la misa es sacrificio de Cristo que se aplica a una intención concreta. En este caso, la misa es el dolor de Cristo en el Calvario, junto con María su madre bendita, que se hace signo, redención, para el dolor de estas madres y estas familias.

Presencia-denuncia

Yo quiero ver, en la presencia de estas familias que sufren, estos tres gestos de las tres lecturas. El primero es el heroísmo de aquella madre del tiempo de los Macabeos. Una denuncia valiente, la presencia de aquella mujer frente al tirano era una denuncia. Su misma presencia de madre exhortando a sus hijos a morir antes que traicionar su devoción a Dios es una presencia que está clamando contra todos aquellos que quieren arrebatar los derechos de Dios y constituirse dioses de la tierra, señores de la vida de los hombres. Nadie como una madre puede comprender lo que vale un hombre, cuando ese hombre, sobre todo, es su propio hijo: "¿Por qué me lo torturan?, ¿por qué me lo desaparecen?". Y la presencia de una madre que llora a un desaparecido es una presencia-denuncia, es una presencia que clama al cielo, es una presencia que reclama, a gritos, la presencia de su hijo desaparecido.

Como María al pie de la cruz, toda madre que sufre el atropello de su hijo es una denuncia. María, madre dolorosa, frente al poder de Poncio Pilatos, que le ha matado injustamente a su hijo, es el grito de la justicia, del amor, de la paz, de lo que Dios quiere, frente a lo que Dios no quiere, frente al atropello, frente a lo que no debe ser.

Esto es lo que significa esta presencia, hermanos, y esto no es política. Esta es la voz de la justicia, esta es la voz del amor, este es el grito que la Iglesia recoge de tantas esposas, madres, hogares desamparados, para decir: "Esto no debe ser, que vuelvan esos hijos donde los reclama el derecho de Dios, la ley del Señor". Es el grito contra el pecado. Y esto es lo que está haciendo la Iglesia, gritando contra el pecado que se entroniza en la historia, en la vida de la patria para decir que no reine el demonio, que no reine el odio, que no reine la violencia, el te-

rror; que reine el amor, que reine la paz de los hogares, que vuelva a la tranquilidad lo que ha sido causa de intranquilidad.

Todas esas injusticias se convertirán en bien para ustedes

Y en segundo lugar, queridos hermanos, la segunda lectura de San Pablo a los romanos, les decía a estas madres queridas que sufren, sea el lema de su vida y yo quisiera... Hermanos, porque cuando la Iglesia toma ese tono de denuncia, no es con resentimiento, sino desde el Evangelio clama para que se conviertan los pecadores.

Yo tengo la conciencia muy tranquila de que jamás he incitado a la violencia. Todos esos campos pagados y esas calumnias y esas voces de radio gritando contra "el obispo revolucionario" son calumnias, porque mi voz no se ha manchado nunca con un grito de resentimiento ni de rencor. Grito fuerte contra la injusticia, pero para decirle a los injustos: ¡Conviértanse! Grito en nombre del dolor, pero que sufren la injusticia, pero para decirle a los criminales: ¡Conviértanse, no sean malos!

Rm 8, 28 Es esta la voz de San Pablo también hoy: para el que busca a Dios, para el que ama a Dios, todas las cosas cooperan para el bien. Queridas madres, no se vayan a dejar seducir ustedes por la voz de la violencia. No dejen que se anide en el corazón de ustedes la serpiente del rencor, que no hay desgracia más grande que la de un corazón rencoroso, ni siquiera contra los que torturaron a sus hijos, ni siquiera contra las manos criminales que los tienen desaparecidos. No odien. Oigan a San Pablo y a Dios que les dice en esta mañana que si hay amor a Dios en el corazón, todas esas injusticias se convertirán en bien para ustedes.

En esta hora, hermanos, en que la liberación es tomada por muchas voces de hombres, la Iglesia también grita liberación pero no en el tono de odio ni de venganza ni de lucha de clases, porque eso no construye. Estamos de acuerdo en que debe de haber una lucha contra el terror. No debe de implantarse el terror en nuestra patria. Pero un terror no se quita con otro terror. Una mala voluntad no se mata con otra mala voluntad. El odio no siembra nada bueno. Por eso, la Iglesia está de acuerdo en las campañas contra el terror, con tal que se siembre esa campaña con amor, que busque la conversión de los malos, que castigue a los rebeldes, cualquiera que sea, aunque sea la mano armada;

tiene que ser juzgada si ha cometido un crimen, y tiene que reclamársele castigo contra aquel que ha hecho el mal y no se convierte hacia el bien.

Pero desde el punto de vista cristiano, la voz de la Iglesia les dice a los oprimidos, a los que sufren, a los torturados, a los desaparecidos, a los muertos criminalmente, a las madres que sufren, a los hogares, a los marginados, a los que sufren injusticia, a todos ellos les dice estas palabras: amen a Dios. Amen a Dios, que al que ama a Dios hasta esas opresiones se convierten en bien. Miren a Cristo crucificado, la figura del oprimido más grande, la del hombre que sufre la injusticia más criminal de la tierra, la del inocente que muere en una cruz y mira a su propia madre hundida en el dolor de una injusticia y desde allí clama: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen". Y desde su dolor, injustamente sufrido, se convierte en el Redentor de los hombres. Lc 23, 34

Hermanos, en esta hora, Cristo Redentor necesita dolor humano, necesita el dolor de esas santas madres que sufren, necesita la angustia de esas prisiones donde hay torturas. Dichosos los escogidos para continuar en la tierra la gran injusticia de Cristo que sigue salvando al mundo. Convirtámosla en redención. Esta hora, para mí, hermanos, es una hora bendita, porque yo estoy como inyectando el dolor de esas madres a la vida de la Iglesia. Este ofertorio, que va a seguir ahora, en que el pan y el vino representan la aflicción, la angustia, el dolor de tantos meses sin saber de sus hijos, se va a convertir en el dolor de Cristo en el Calvario, en nuestro altar. Y yo les aseguro que, este día, ese dolor santo de tantos hogares que sufren orfandad injusta es también dolor que alimenta, que inyecta de vida, de amor de Dios, a esta Iglesia que está predicando esperanza, que está predicando que no nos desesperemos, que tendrán que venir los días de la justicia, los días en que Dios triunfa sobre la iniquidad humana, la iniquidad infernal de los hombres.

María, símbolo del pueblo que sufre

Y por eso, hermanos, la tercera lectura, donde el profeta le dice a María: vas a ser víctima de una injusticia, vas a sufrir mucho, pero este niño será la salvación del mundo. Aquí está el secreto, hermanos, el dolor es inútil cuando se sufre sin Cristo, pero

cuando el dolor humano continúa el dolor de Cristo es dolor que sigue salvando al mundo, es dolor como el de María: sereno, lleno de esperanza, aun cuando todos desesperaban en la hora en que Cristo moría en la cruz, María, serena, espera la hora de la resurrección. María, hermanos, es el símbolo del pueblo que sufre opresión, injusticia, porque es el dolor sereno que espera la hora de la resurrección, es el dolor cristiano, el de la Iglesia que no está de acuerdo con las injusticias actuales, pero sin resentimientos, esperando la hora en que el resucitado volverá para darnos la redención que esperamos.

Hermanos, la Iglesia no es ilusa, la Iglesia espera con seguridad la hora de la redención. Esos desaparecidos aparecerán. Ese dolor de estas madres se convertirá en Pascua. La angustia de este pueblo que no sabe para dónde va, en medio de tanta angustia, será Pascua de resurrección si nos unimos a Cristo y esperamos de Él. Los hombres no podemos construir la liberación de nuestra tierra. Los salvadoreños, con nuestras propias fuerzas humanas, somos incapaces de salvar a nuestra patria, pero si la esperamos de Cristo el Redentor, sí, y esta es la esperanza de la Iglesia. Por eso predico, hermanos, mucha fe en Jesucristo, mucha fe en Cristo que murió para pagar todas las injusticias y resucitó para sepultar en su tumba toda la maldad y volverse redención de todos los que sufrieron y se hace esperanza y vida eterna.

Bendita sea esta hora en que, junto a las madres afligidas, la madre Iglesia quiere sembrar en el corazón de sus hijos la esperanza, la tranquilidad, la serenidad. Esta es la voz de la Iglesia, hermanos. Yo no soy pesimista y le pido a todos los hijos de la Iglesia que no sean pesimistas, que sean optimistas, pero que pongan ese optimismo en Cristo, el único que nos puede salvar, en nuestro Divino Salvador y en su madre bendita, que, junto con Él, son los protagonistas de la redención del mundo y serán, sin duda, la redención, la alegría que retorna a los hogares y a los corazones afligidos.

Vamos a celebrar, pues, esta misa con este tono de optimismo, de serenidad, de fe. Nada de resentimientos ni de rencores. Amar a Dios con todo el corazón. Aun cuando nos esté sucediendo lo peor de la historia, amarlo, porque a los que aman a Dios todas las cosas cooperan en bien. Y Cristo, el amor que se hace víctima en el altar, va a darnos una vez más esta mañana, en

esta misa de la Divina Providencia, ofrecida por intenciones tan santas como son las de las madres cariñosas que lloran a sus hijos desaparecidos, la de los hogares huérfanos, de tantas víctimas de la injusticia actual. Y junto con esas víctimas santas, también —porque el dolor santifica, aunque sea un criminal, no es derecho darle tortura; santifica el dolor, acerca a Dios—, acerquémonos, hermanos, por más pecadores que nos sintamos, a la víctima divina del Calvario que se hace presente en nuestro altar, para pedirle que su sangre caiga como lluvia de bendición y de consuelo sobre tantas necesidades de nuestra patria.

Ahora nos ponemos de pie para hacer una oración según las intenciones de este momento, y una madre de familia es la que va a expresar esta plegaria.

Cristo, centro y fin de toda la historia humana

Segundo domingo de Adviento
4 de diciembre de 1977

Isaías 11, 1-10
Romanos 15, 4-9
Mateo 3, 1-12

[...] San Pablo[1], los romanos, ha dicho las palabras que se han leído hoy en el segundo domingo de Adviento, es decir, cuando la Iglesia está reflexionando en ese inmenso amor de Dios, que nos manda a su propio Hijo para salvarnos de todos los problemas de la historia. Me ha impresionado mucho, para esta homilía, las primeras palabras de San Pablo, porque creo que esto es lo que está dando la pauta a mi modesta contribución de difundir la palabra de Dios en este ambiente tan difícil de El Salvador.

Dice San Pablo: "Todas las antiguas Escrituras se escribieron para enseñanza nuestra, de modo que entre nuestra paciencia y el consuelo que dan las Escrituras mantengamos la esperanza". Miren cómo el predicador de este tiempo tiene que hundir, por una parte, su pensamiento en la Escritura, porque no hay otra fuente del mensaje de la Iglesia que la sagrada Escritura, la palabra de Dios, por una parte; pero no es una palabra de Dios escrita hace siglos y que se queda etérea, desencarnada, teórica, sino que, por otra parte, el predicador tiene que encarnar en la realidad presente, de modo que —dice San Pablo— entre

Rm 15, 4

[1] El saludo y las palabras iniciales no están registradas en la reproducción magnetofónica de la homilía.

nuestra paciencia —aquí es el presente, la paciencia que necesitamos hoy para vivir esta hora de la historia—, empalmando con las viejas Escrituras, escritas entre esta paciencia de hoy y esas Escrituras escritas antiguamente, "mantengamos la esperanza".

Quiere decir, hermanos, que la historia actual, los acontecimientos de esta semana, de este día, no solo en un carácter nacional, sino en un carácter familiar... Cada familia ha tenido sus problemas en esta semana; más aún, cada uno de ustedes, yo mismo, hemos tenido nuestros problemas, nuestras dificultades personales, familiares, del barrio, del pueblo, de la nación, del mundo; y estas circunstancias actuales no las puede perder de vista el predicador, a no ser que quiera predicar un Evangelio que no diga nada a los hombres de hoy. Y eso es muy fácil. Por eso dicen muchas veces: "¿Por qué en tal iglesia, en tal parte, no hay problemas?". No puede haber problemas si estamos hablando de las estrellas, hablando de las cosas que no tocan los problemas que ejercitan nuestra paciencia, nuestra fortaleza, nuestro compromiso de hoy en la historia.

La palabra de Dios, pues, según San Pablo en la lectura de hoy, tiene que ser una palabra que arranque de la eterna antigua palabra de Dios pero que toque la llaga presente, las injusticias de hoy, los atropellos de hoy y esto es lo que crea problemas. Esto es ya decir: "La Iglesia se está metiendo en política, la Iglesia se está metiendo a comunista". Ya aburren con esa acusación. Ténganlo en cuenta de una vez: no se mete en política, sino que es, la palabra, como el rayo de sol que viene desde las alturas e ilumina. ¿Qué culpa tiene el sol de encontrar su luz purísima charcos, estiércol, basura en esta tierra? Tiene que iluminarlo, si no, no sería sol, no sería luz, no descubriría lo feo, lo horrible que existe en la tierra, así como también ilumina la belleza de las flores y le da el encanto a la naturaleza. La palabra de Dios, también, hermanos, por una parte ilumina lo horrible, lo feo, lo injusto de la tierra y alienta el corazón bueno, los corazones que gracias a Dios abundan, que se iluminan con esta luz eterna de su palabra divina.

Esto es predicar hoy la palabra, predicación que, como en los tiempos de los profetas, tiene que crear problemas y tiene que despertar odios y tiene que sacudir resentimientos, hasta la forma más vulgar que hemos llegado a ser el objeto. Pero, hermanos, que la basura sienta odio de la luz es gloria de la luz. Ser calumniado por quienes se sienten tocados en su injusticia es un

honor. Por eso les digo, hermanos, a mí no me aflige la calumnia. Yo les agradezco las innumerables manifestaciones de solidaridad que me llegan en estos días, pero les digo: tengan alegría y confianza, que no me afligen; al contrario, me honran.

Hechos de la semana

¿Cómo no vamos a sentir, hermanos, a la luz de la palabra de Dios los atropellos que se siguen dando en nuestra patria? Alfonso Muñoz, capturado en Tacachico, no se sabe dónde está. Inés Merino, golpeado cerca de Zacatecoluca, tampoco se sabe dónde lo llevaron. Treinta presos engañados en el cantón San Carlos Lempa, en la hacienda El Porvenir, llevados también a rumbos desaparecidos. Pedro Medina, capturado mientras salía a buscar trabajo. No se puede, hermanos, con una situación así. Los que fueron presos acusados de participación en la ocupación del Ministerio de Trabajo[2], ni en los mismos testigos del Ministerio han encontrado apoyo las acusaciones, no los han visto. No hay, pues, una razón jurídica para que sigan presos.

Ante estas cosas, hermanos, comprendemos y queremos que no haya terror. Pero ¿quiénes están sembrando el terror? Yo quiero recordar una palabra pontificia, para que no digan que es cosa mía. Al anunciar la Santa Sede el próximo día de la paz, el primero de enero, cuyo lema será: "No a la violencia, sí a la paz", el comunicado de prensa autorizado, pues, por el Vaticano dice esto, fíjense bien: "La violencia puede proceder de personas o de grupos entregados a un frenesí de dominio (poder), a un frenesí de consumo (tener), que tiende indebidamente a limitar o suprimir la vida de otras personas o de sociedades humanas, racismos, genocidios, e incluso imposición o mantenimiento por la fuerza de una estructura política o económica, injusta y discriminatoria"[3]. Son palabras de la Santa Sede. Yo aquí no invento, sino simplemente repito que existe un frenesí de poder, un

2 El edificio del Ministerio de Trabajo fue ocupado el 10 de noviembre de 1977 por miembros del Bloque Popular Revolucionario (BPR), que exigían solución a los conflictos laborales en las fábricas INCA y El León y aumento del salario mínimo. *Cfr. La Prensa Gráfica,* 11 de noviembre de 1977.

3 "No a la violencia, sí a la paz", *L'Osservatore Romano,* 30 de octubre de 1977.

frenesí de tener, una defensa de poder y de tener que, si es necesario, acaba con los que se oponen a ese poder y a ese tener, con injusticias manifiestas.

Por otra parte, no lo olvidemos también, hay que ser justo. "La violencia —sigue diciendo el documento— puede caracterizar también la manera de reaccionar de aquellos que están o se creen oprimidos, y cuyo anhelo de vida o de justicia termina por explotar: violencia de los débiles, de aquellos que están privados de ciertos derechos fundamentales" [4]. Ellos también, sobre todo aquellos que no quieren comprender la línea de la historia, del Evangelio, en sus compromisos con esta vida, cedan un poco a sus fanatismos y no nos desprecien tanto a los católicos por vivir esta vida, que no tiene nada de comunismo, sino simplemente llevar a las dimensiones históricas, temporales, sociales, los postulados, las exigencias del Divino Redentor.

Vida de la Iglesia

Quiero alegrarme y felicitar a los promotores del movimiento Fe y Alegría. Es un sistema de educación que promueve la Iglesia, sobre todo en las zonas marginales. En el Externado San José, en su capilla, ochenta y un muchachos y muchachas recibieron sus diplomas como costureras ellas, y ellos como expertos en electrónica y otras artes masculinas. Me dio mucho gusto decirles: eso es la Iglesia; no solo habla, sino que hace. Y desde las zonas donde Cristo veía, como ovejas sin pastor, a mucha gente, han surgido, gracias al trabajo de los padres jesuitas, a la colaboración de hermanas religiosas y seglares también, con un sentido evangélico de promoción, esa juventud y muchas otras obras que Fe y Alegría está haciendo en esas zonas.

Acerca de la Navidad, queridos hermanos, yo quiero tomar como guía, y proponerla a ustedes, una iniciativa de la diócesis de Santiago de María. Monseñor Rivera ha lanzado un llamamiento para que, en vez de gastar en tarjetas de felicitación, en regalos de Navidad, se deposite ese dinero en una obra benéfica para los verdaderamente necesitados. Por mi parte, ya les anuncio que me voy a economizar el gasto de tarjetas de Navidad y lo voy a poner con mucho gusto en el fondo de beneficencia, con el cual estamos socorriendo a mucha gente pobre. Por ejemplo,

[4] *Ibíd.*

aquella viuda con nueve niños, la mayorcita es de doce años, que quedó viuda y ellos huérfanos, por el crimen cometido, allá en Dulce Nombre de María, por parte de las autoridades que asesinaron a un pobre hombre[5]. Para obras así, pues, yo quisiera muy bien que, si no tienen inconveniente... No digo que lo den a la Iglesia —no demos pie a los que nos calumnian de que nos estamos robando estas limosnas—, hagan la caridad ustedes con quien quieran. Junto a su casa hay alguien que no recibe una tarjetita de Navidad, llévenle un plato de tamales, llévenle algo que le socorra. Habrá muchos niños que no reciben un juguete. No les den juguetes, menos si son de armas. No les enseñemos la violencia desde la niñez. Socorrámoslos en cosas más necesarias. He allí, pues, un llamamiento para celebrar una verdadera Navidad cristiana que no consista en comilonas, en embriagueces, en regalos que solamente pasan por las alturas, sino que llegue de veras a la pobreza de nuestro pobre pueblo.

También está abierto el concurso de Navidad. Los párrocos de las colonias son invitados para que premien y traigan a las personas favorecidas el 6 de enero, día de la Epifanía, a recibir el premio. Haremos una buena promoción de Biblias para que en todos los hogares, y sobre todo aquellos que han hecho nacimientos artísticos, cuyo centro es el Niño Jesús, la Virgen y San José, sigan meditando a lo largo del año en la palabra de Dios.

No olviden, hermanos, que el jueves de esta semana es día de la Inmaculada Concepción de María, el 8. Se celebra en muchas partes; yo lo celebraré en La Libertad. Había una costumbre que se nos va perdiendo. El 7 por la noche, en señal de alegría con la Virgen, se encendían fogatas, se iluminaban puertas y ventanas con faroles. Quien quiera alegrarse para felicitar a María, en este privilegio de su Inmaculada Concepción, allí tiene una forma folclórica, pintoresca, de hacer más bello el rinconcito de su casa. El día de la Virgen de Guadalupe se está promoviendo una procesión transmitida por radio para que lleve el mensaje de la Virgen y se celebrará, en el atrio de la basílica, una misa de campaña. Quiero avisarles también que, en La Vega, ya se comenzó hoy la novena de la Virgen de los Remedios. Una devoción muy bonita de San Salvador, que invita a visitar allá a la

5 Se refiere a José Justo Mejía, que fue capturado por la Policía de Hacienda el 9 de noviembre de 1977 y apareció asesinado unos días después.

Virgen. Por último, y de acuerdo con el párroco de esta catedral, monseñor Modesto López, vamos a suprimir la misa de 9:00, ya que esta misa, que es la principal de la diócesis, se prolonga hasta más allá de las 9:00 y estorbamos un poco a las personas que vienen a la misa de 9:00. Les pido perdón, tanto por quitarles la misa como por prolongarme demasiado.

Hermanos, ya sé que esta palabra para muchos es aburrida y me lo han dicho en famosos anónimos; pero ya les di la respuesta otra vez: el que no le gusta que apague su radio, que no venga a catedral. Pero cuando yo miro la atención de ustedes y cuando, comentando con amigos que sinceramente me dicen la verdad, me dicen que la ocasión lo exige, el momento de confusión, de calumnias para la Iglesia, oscurece tanto el ambiente, que es necesario iluminar en una forma extraordinaria, hasta donde den mis pobres alcances y mi voz, que lo hagamos. Yo les agradezco, hermanos, por muchas manifestaciones de solidaridad con esta homilía de la catedral. Su misma presencia que llena la catedral para mí es un motivo poderoso de estímulo y pensar que junto a esta muchedumbre de la catedral, que expresa atenta su aceptación, muchas comunidades en parroquias, en sus campanarios ponen las bocinas para que el pueblo oiga, o en ermitas humildes, reunidos en comunidad, meditan después, la graban y se quedan meditando qué más pueden aprender de lo que oyeron. Yo no dudo, hermanos, que no soy yo más que el humilde instrumento del Señor, y "dichosos aquellos —decía Cristo— que no se escandalizan de mí".

Lc 7, 23

Cristo, centro y fin de toda la historia humana

Porque ahora, hermanos, el mensaje de este domingo de Adviento es precioso. Para iniciarlo, yo tengo aquí unas palabras del Concilio que ponen la importancia de esta palabra ahora. Fíjense si no está reflejado aquí lo que está pasando en la conciencia de cada uno de nosotros. El Concilio, al hablarle al mundo de hoy, dice así: "Los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano [...]. Son muchísimos los que, tarados por el materialismo práctico, no quieren saber nada de la clara percepción de este dramático estado, o bien, oprimidos por la miseria, no tienen tiempo para

GS 10

ponerse a considerarlo". Ven los dos grandes males de hoy: el vivir tan cómodo, tan instalado, tan rico, que prácticamente son materialistas, no tienen tiempo, no les importa analizar la situación dramática del país y de su propia conciencia, están muy a gusto en sus jaulas de oro. Y por otra parte, la demasiada miseria no deja tiempo para ponerse a considerar. ¿Qué tiempo va a tener el pobrecito que está pensando hoy a ver si mañana encuentra trabajo y mañana muy de madrugada con su alforja sale a buscar trabajo y, en vez de trabajo, tal vez encuentra la prisión, el desaparecimiento? Los dos extremos estorban a esta hora de Navidad. Ninguno de los dos deja ver el Cristo que viene.

Otros, dice el Concilio, y fíjense bien también en esto, para que no confundan a la Iglesia con el comunismo: "Otros esperan del solo esfuerzo humano la verdadera y plena liberación de la humanidad y abrigan el convencimiento de que el futuro reino del hombre sobre la tierra saciará plenamente todos sus deseos". Esta es la ilusión de unas liberaciones que no piensan en Dios, sino que todo lo hacen consistir en la revolución, en las fuerzas de la tierra. Y es también el error de otro ateísmo práctico porque, el materialismo, el que encuentra su felicidad en las cosas de la tierra, tampoco tiene tiempo de ver a Dios y cree que aquí puede encontrar su paraíso en la tierra. Tampoco encontrarán paraíso ni lo podrán construir con leyes de represión. No se puede construir un mundo mejor solo con los brazos humanos. GS 10

"La insolencia de quienes piensan que la existencia carece de toda significación propia y se esfuerzan por darle un sentido puramente subjetivo a su vida". Esta es otra tentación de hoy. Hay muchos entre los jóvenes, la filosofía del nihilismo: si no tiene razón de ser la existencia, ¿para qué vivimos? y se acaban por tirar un tiro, por meterse veneno. La vida no tiene sentido. GS 10

A todas estas respuestas falsas de la situación dramática del momento, ¿qué dice la Iglesia? El Concilio resume así mi homilía: "Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo, a fin de que pueda responder a su máxima vocación, y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que se puede salvar, fuera del nombre de Jesús. Igualmente, cree la Iglesia que Cristo es la clave, el centro y el fin de toda la historia humana". Este es Adviento, esta es mi palabra de hoy. GS 10

Es Isaías que vuelve a clamar, mientras veía que su reino de Judá, ante las amenazas de Asiria poderosa, trataba de aliarse con Siria y con Israel del norte y después con Egipto. El profeta le dice: ¿no ves que todo eso es traición a la alianza del Señor? ¿Quieres tú poner tu confianza en los ejércitos? ¿Quieres tú decir que sin ejército no hay Judá, que sin ejército no hay república? ¿Quieres tú pensar que las fuerzas de los hombres son las que van a salvar la situación de Judá? ¿No te estás dando cuenta de que el mal está mucho más hondo? Los hombres comienzan a apostatar de su Dios, se está estableciendo la injusticia en tu pueblo, hay atropellos, todo eso es lo que estorba.

Is 11, 1 Conviértanse al Señor y verás entonces cómo brota un nuevo retoño de la casa de Jesé.

¿Saben quién era Jesé? Jesé era el papá de David. David, el rey escogido por Dios para formar de él una dinastía de la que nacerá el rey eterno: Cristo. Cuando Isaías vivía, esta dinastía de Jesé estaba acabando su esplendor. Parecía un tronco seco, como un árbol que se ha muerto. Y el profeta dice: de ese árbol muerto Dios ha prometido que saldrá un príncipe que hará justicia.

Oigan qué descripción más bella la que escucharon hoy:

Is 11, 3-4 "No juzgará por apariencias, no sentenciará de oídas. Defenderá con justicia al desamparado, con equidad dará sentencia al pobre. Herirá al violento con el látigo de su boca, con el soplo de sus labios matará al impío". Y sigue una bella descripción. Viendo este trastorno de las fieras en la selva, como una imagen poética, dice que cuando el pueblo se convierta a Dios y pongan los hombres su confianza más en Dios que en los ejércitos de la

Is 11, 6-8 tierra, en las leyes injustas de los hombres, sucederá esto: "Habitará el lobo con el cordero". Y sigue describiendo eso que parece imposible: que una pantera se tumbe con un cabrito, que un novillo coma zacate junto con un león, que un muchacho meta el dedo en la cueva de una culebra y no le pase nada. Son imágenes para decir, hermanos, que ahora el mundo parece una selva donde los hombres somos fieras para otros hombres, nos golpeamos, nos mordemos, nos comemos; pero cuando nos convirtamos, cuando dejemos que entre el reino de Dios a nuestros corazones, no habrá lobo para el lobo, no habrá león para el corderito, seremos todos, ricos y pobres, hermanos que comeremos juntos, sentiremos la paternidad del reino de Dios. Esto es la Navidad que quiere la Iglesia.

En la segunda lectura, San Pablo también nos habla de una separación, que mata hoy a los hombres, en tiempos en que él escribía: los judíos y los gentiles. Cristo ha venido por todos, Rm 15, 8-9
dice Pablo. Primero, por los judíos porque así estaba prometido; y para ser obediente a los proyectos de Dios, su misión se desarrolla en Palestina, en la Tierra Santa; pero cuando sus apóstoles comprenden que los judíos, los israelitas, el pueblo predilecto, en vez de arrepentirse y convertirse a Dios, ha hecho de su religión una falsa confianza, como si no le va a pasar nada, se convierten a los gentiles. Y Cristo salva también a nosotros, pueblos gentiles, que creemos en Dios y junto con los judíos fieles hacen el solo pueblo de Dios.

Por eso, en el Evangelio, cuando San Juan Bautista es presentado hoy ante las turbas que se acercaban para su bautismo, encontró él también a los fariseos y a los saduceos, y a ellos les dice una palabra dura: "Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a Mt 3, 7
huir de la ira del día del Señor?". Hipócritas, han apartado del reino de Dios al pueblo que debía conocer ya al Cristo que viene. Y por ustedes, dirigentes del pueblo, dirigentes religiosos —porque también los sacerdotes podemos cometer errores—, dirigentes políticos —que también pueden cometer errores—, el pueblo, que debía ser dirigido por ustedes al encuentro de Dios, se ha apartado de Dios y ha hecho una religión falsa, de exterioridades, de hipocresías. Esta es la hora, hermanos, de los profetas, de la Iglesia auténtica, de los que creen que se salvarán porque creen que son hijos de Abraham. No, les dice el Bautista, si Dios es tan poderoso que hasta de las piedras puede hacer Mt 3, 9
hijos de Abraham. Ustedes, que eran hijos de Abraham y se han hecho piedras por la dureza de sus corazones, no entrarán en el reino de los cielos si no se convierten de corazón.

Y la comparación del Bautista es hermosa: ya el hacha está Mt 3, 10-12
puesta al tronco del árbol, ya comienza Dios a cortarlo, ya estamos en la última hora de la historia. Conviértanse porque el reino de Dios está cerca. Y el Hijo del hombre, que viene detrás de mí, que es más grande que yo, yo no soy digno ni siquiera de llevarle sus sandalias, ya está como hacen los segadores, sacudiendo sus trigales, con el viento zarandeando, para que la brisa se lleve las brozas y quede el trigo de las buenas obras.

Buenas obras, corazones cristianos, verdadera justicia, caridad: eso es lo que busca Dios en la religión. Una religión de misa

dominical pero de semanas injustas no gusta al Señor. Una religión de mucho rezo pero con hipocresías en el corazón no es cristiana. Una Iglesia que se instalara solo para estar bien, para tener mucho dinero, mucha comodidad, pero se olvidara del reclamo de las injusticias, no sería la verdadera Iglesia de nuestro Divino Redentor y por eso tiene que padecer, tiene que sufrir, tiene que ser perseguida, porque muchos no comprenderán, instalados en sus comodidades. Aun sacerdotes pueden ser el estorbo de este auténtico reino del Señor.

Cristianos, esta es la palabra que la Iglesia vuelve a repetir
M 1, 3 en las cercanías de la Navidad: no habrá un continente nuevo en América Latina con solo cambiar estructuras, con solo dar leyes, con solo reprimir por la fuerza. ¡Si eso es sembrar más la dificultad! Solo puede haber un continente nuevo, un pueblo nuevo con hombres nuevos, como San Pablo nos dice hoy, renovándose desde dentro, vistiéndose a Cristo, convirtiéndose, como dice Juan Bautista e Isaías el profeta.

Aquí tenemos, hermanos, y yo siento la alegría inmensa de que mi palabra, esta mañana, en la misma línea de siempre, ha encontrado el respaldo del profeta Isaías, de Juan el Bautista, de San Pablo, del mismo Cristo, de la Iglesia auténtica que no puede perecer mientras se apoye en el auténtico espíritu del Evangelio. Y despertar en todos ustedes, hermanos salvadoreños, también en los pesimistas, también en los terroristas, también en los devotos de la represión, también en los que instalan leyes groseras contra el pueblo, a todos ustedes hermanos, cristianos y no cristianos, católicos y no católicos, la palabra de una Iglesia que desde Cristo dice que hay esperanza, que El Salvador puede salvarse, que El Salvador, si abre su corazón —como invita Isaías, el Bautista y la Iglesia— a la conversión, al amor, a la justicia, al verdadero bienestar, encontrará la paz.

Yo les invito, hermanos, a que hagamos de esta temporada de Adviento, como una preparación para el nacimiento del Niño Jesús, una revisión sincera a nuestro propio corazón, y depongamos de allí todo aquello que estorba a la venida de Jesús al mundo, porque todos estamos estorbando. Comencemos por preparar los caminos en el desierto y florecerá el tronco seco y las piedras se convertirán en hijos de Dios; y los salvadoreños, que nos hemos hecho fieras unos con otros, conviviremos la alegría de ser hermanos, hijos de Dios. Así sea.

La confirmación

Citalá, Chalatenango
5 de diciembre de 1977

Isaías 35, 1-10
Lucas 5, 17-26

Queridos fieles de Citalá:

Venir hasta ustedes es, para el pastor, un gusto muy grande; por eso quiero, una vez más, agradecer a las religiosas Oblatas al Divino Amor que de veras hacen aquí honor a su nombre, ofreciendo sus vidas al Señor en servicio de este pueblo. Quiero agradecer también a quienes han colaborado para esta ceremonia de confirmación, porque este es el objeto principal de mi venida. Como sucesor de los apóstoles, el obispo es el ministro ordinario, o sea, el que propiamente tiene la obligación de administrar ese sacramento que se llama la confirmación. Y al agradecerles esa colaboración de preparar estos niños, yo también hago un llamamiento a todas las familias de la diócesis para que secunden la voluntad de la Iglesia de confirmar a sus hijos no cuando están chiquitos que no se dan cuenta, sino ya que van entrando a la juventud, cuando se necesita esta fuerza de la confirmación, que consiste en el don del Espíritu Santo.

Al niño recién nacido sí, hay que apresurar el bautismo, porque, cuanto antes, al hijo de la carne hay que hacerlo hijo de Dios; y ese es el bautismo. Cuando Cristo le decía a Nicodemo: la carne no aprovecha; "lo que nace de la carne es carne, lo que nace del Espíritu es espíritu". Y ese es el bautismo: el hijo, nacido de la carne, y que no es más que carne, vida natural, manchado con el pecado original que todos los hombres llevamos, se limpie de ese pecado cuanto antes y Cristo le aplique su reden-

Jn 3, 6

ción por medio del bautismo para hacerlo hijo de Dios. Esto sí es urgente. Y ojalá que las familias no descuidaran el deber de bautizar cuanto antes. Hay familias muy cristianas que, casi el mismo día en que nace el niño, lo bautizan. No les voy a pedir tanto pero, por lo menos, que no se pasen meses y hasta años sin bautizar los niños. Cuanto antes el bautismo.

Pero la confirmación, que viene a ser lo que dice la palabra: confirmarlo en la fe recibida en el bautismo, eso sí tiene que ser ya cuando el niño se da cuenta, cuando por su propia cuenta quiere reivindicar, quiere ratificar su nacimiento en el bautismo por medio de ese sacramento, que es propiamente sacramento de crecimiento. Así como no basta nacer, sino que una mamá, apenas nace el niño, lo alimenta, lo hace crecer; y el orgullo de una madre es cuando ya ese niño que nació de sus entrañas es un joven, ya frente a la vida piensa en sus deberes de hombre; y entonces la confirmación corresponde a esa juventud, a ese crecimiento. Por eso me da gusto, pues, que aquí, en la ciudad, en la población de Citalá, se vaya a dar la confirmación a niños y niñas que ya se dan cuenta que van a recibir un sacramento distinto del bautismo, que los prepara para entrar a la juventud con una nueva fuerza de Dios.

Los sacramentos, vida de Dios en el desierto de los hombres

Y las lecturas de Adviento, que se acaban de hacer, son bien oportunas. La primera lectura es del profeta Isaías, que ha com-
Is 35, 1 parado la venida de Dios al mundo como cuando brota en un desierto un riachuelo y el agua comienza a hacer fecundas aquellas tierras arenosas del desierto. En el desierto no hay vegetación, el desierto es la imagen de la muerte, el desierto es la aridez, en el desierto no hay vida; pero cuando brota en medio del desierto una fuente, esa fuente comienza a hacer fecunda la tierra y, junto a ese río, el desierto se convierte en jardín, produce flores, produce frutos, ya hay sombra, ya hay vida. Esta es una imagen preciosa, hermanos, de lo que son los sacramentos. El bautismo, la confirmación, la penitencia, la comunión son los signos de que Dios ha venido al mundo; y el hombre, que por su propia naturaleza es un desierto para producir flores de eternidad, los sacramentos le dan la vegetación, la fertilidad, la fecundidad. Como decíamos antes usando la palabra de Cristo: "Lo

que nace de la carne es carne"; de nada serviría para la eternidad feliz de Dios nacer, tener muchas capacidades, ser muy hermosa una mujer, ser muy fuerte un hombre, ser muy inteligente un profesional. Todo eso vale mucho, pero frente a la eternidad, que es la vida de Dios, no vale nada. Todo eso se queda en la tierra. Los hombres, pues, por más cualidades humanas que produzcamos, no somos más que desierto. Si Dios quiere coger de nuestra vida obras que valgan para la vida eterna, necesita inyectarle vida de Dios. Solo cuando el hijo de la carne se hace hijo de Dios, comienza el hombre a producir obras que le dan la vida eterna. Para eso inventó Cristo los sacramentos. Jn 3, 6

El bautismo hace que el niño recién nacido ya sea un hijo de Dios. Y si muere, va a gozar la felicidad misma de Dios. La confirmación es darle a ese bautizado los dones del Espíritu Santo, robustecerlo con la fuerza de Dios para que produzca frutos de vida eterna. La confirmación es el sacramento de los mártires. Si no hubiera sido por esa fuerza del Espíritu Santo que los primeros cristianos recibieron de sus obispos, del Papa, en el sacramento de la confirmación, aquellos primeros cristianos no hubieran aguantado la prueba de la persecución, no hubieran muerto por Cristo.

Ahora, hermanos, la Iglesia necesita esa fuerza del Espíritu Santo, y por eso queremos que los jóvenes, los niños, lo reciban dándose cuenta. ¿De qué sirve recibir la confirmación cuando se es tierno, niño, como se ha acostumbrado, sin que nos diéramos cuenta, si no hemos tenido unos padres, unos padrinos que nos enseñen? ¿Para qué fuimos confirmados? Yo creo que ni los mismos padres de familia, ni los mismos padrinos de confirmación han sabido, muchas veces, para qué se confirma a este niño que se traía tiernito en los brazos. Y si ellos, grandes, no sabían, ¿cómo le van a enseñar a un niño, cuando va llegando a la juventud, que el sacramento de confirmación que recibió tierno, ahora es cuando lo comienza a necesitar? Si tuviéramos padres y madres de familia, padrinos y madrinas que con su palabra y con su ejemplo enseñaran a los jóvenes para qué fueron confirmados, entonces no habría inconveniente en confirmar también a los niños chiquitos. Pero es mejor que, en vez de esperar si acaso les van a enseñar sus padres y sus padrinos, mejor esperar que crezcan para que ellos mismos se den cuenta del compromiso que van a recibir.

Porque les repito, queridos hermanos, ser cristiano es cosa muy difícil. Hoy lo está demostrado la gente en nuestra tierra. ¡Qué pocos cristianos auténticos van quedando cuando ser cristiano supone ser perseguido, cuando reunirse para una reunión de la palabra de Dios, para reflexionar en la verdadera Biblia, en los compromisos del cristianismo, supone que hay mucha vigilancia, que hay prevenciones porque creen que nos reunimos para hacer política, para hacer comunismo! Están equivocados. Nos reunimos para tomar conciencia de la responsabilidad seria que supone ser cristiano. Nos reunimos para ser cristianos, que mañana no vayamos a ser traidores de esta religión.

Hay ahora muchos cobardes, mucha gente que prefiere estar bien en la tierra y no le importa el juicio de Dios que va a venir a pedirle cuenta de su vida. Ser cristiano quiere decir ser valiente y, antes que obedecer a hombres perseguidores de la Iglesia, tener el valor de obedecer a Dios. No importa que le lleven a uno a la persecución, a la tortura, a la difamación, a la calumnia. Ustedes saben, hermanos, cómo están calumniando en este momento a su obispo. Lo están llamando el subversivo número uno, lo están llamando el predicador de subversión.

Yo les agradezco a los buenos cristianos lo que me acaba de decir el querido padre Vito, en La Palma: "En esta parroquia se está haciendo mucha oración en solidaridad con la Iglesia". Porque, hermanos, ser cristiano ahora quiere decir tener valor para predicar la verdadera doctrina de Cristo y no tenerle miedo y, por miedo, callar y predicar una cosa fácil que no traiga problemas. Pero ser cristiano en esta hora quiere decir tener el valor que el Espíritu Santo da con su confirmación para ser soldados valientes de Cristo Rey, hacer reinar su doctrina, llegar a los corazones y predicarles el valor que hay que tener para defender la ley de Dios.

Todo esto, hermanos, es la confirmación. Esto es lo que nos quiere decir el profeta Isaías cuando nos dice que, cuando falta esa vida de Dios, el hombre no es más que un desierto: no hay flores, no hay frutos, no hay sombra. ¡Qué áridos somos los hombres cuando no está en nosotros el Espíritu Santo! ¡Qué crueles se vuelven los hombres cuando no los anima el Espíritu de Dios, sino el espíritu de quedar bien en la tierra!

Hermanos, ya me duele mucho el alma de saber cómo se tortura a nuestra gente, de saber cómo se atropellan los dere-

chos de la imagen de Dios que es el hombre. No debía de haber eso. Es que el hombre sin Dios es una fiera. El hombre sin Dios es un desierto: su corazón no tiene flores de amor, su corazón no es más que el perverso perseguidor del hermano. Así se explica que haya corazones capaces de traicionar a sus hermanos, de señalarlos, no importa que se los lleven a torturarlos y a matarlos. ¡Qué corazón es cuando Dios no anima en el verdadero amor al hombre, cuando se ha perdido el sentido del bautismo, el sentido de la confirmación, y los hombres se han vuelto a ser estepas, desiertos, troncos áridos!

Los sacramentos, exigencia de conversión

Lo mismo nos decía el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Es el Evangelio precioso donde nuestro Señor, en este día, ante un hombre pecador, le dice: "Tus pecados te son perdonados". Si Lc 5, 20
los hombres incrédulos blasfeman, porque para los hombres que no tienen fe ni Jesucristo tenía valor. Si Jesucristo hubiera sido el arzobispo de San Salvador en esta hora, le lloverían mucho más que a mí los insultos, las calumnias. Aquí, cuando Él, Redentor de los hombres, le dice: "Tus pecados te son perdonados", no creían en el poder perdonador de Cristo y decían: "Este blasfema, ¿quién es este para perdonar pecados?". Y Cris- Lc 5, 21
to les prueba con un milagro para que vean que puede perdonar pecados y que, para Dios, lo mismo es devolver la salud a un enfermo que devolver la gracia a un pecador; le dice al paralítico Lc 5, 24
que se levante. "Ya ven, lo he podido curar; luego, soy Dios. ¿Por qué blasfeman de mí?". Y Dios también puede decirle al pecador, aunque ustedes no lo miren, que ya están perdonados sus pecados con tal que se haya arrepentido.

Hermanos, ¡qué cosa más hermosa es el perdón de los pecados! Es convertir el desierto en un jardín. Es el alma que era fiera y que se ha hecho manso cordero para la gloria de Dios. Es el que prefería el pecado, el vicio, el desorden, pero ya ha venido arrepentido a pedirle a Dios que le perdone.

Yo, hermanos, cuando predico contra los que atropellan, contra los que abusan, contra los que cometen injusticias, contra los que denuncian a sus hermanos; yo, cuando predico contra todos esos atropellos del hombre contra el hombre, no lo hago con odio ni con resentimiento, lo hago con el amor de

Cristo, que también les dijo a los pecadores, ayer lo oíamos, el
Mt 3, 7-10 domingo, cuando Juan Bautista les dice: raza de víboras, conviértanse, no sean hipócritas; porque si no se convierten van a perecer; ya el hacha está puesta al tronco del árbol y comienza Dios a derribar el árbol de la vida, y pobre del árbol que caiga al lado del infierno, por no haberse arrepentido a tiempo. Y decía
Mt 3, 12 ayer también Juan Bautista: ya Cristo está aventando su cosecha. Como cuando se saca el café, que en la piladera queda revuelto el grano de café junto con la basura, lo avientan, les da el viento para que se vaya la basura y quede el grano de café; así hace Cristo, dice Juan Bautista, dándole viento a su trigal, ya batido, se va la broza y queda el trigo. Así será el juicio final, como una gran aventazón, como un viento tempestuoso que va a apartar la broza, la basura, todo hombre que no se ha querido convertir en trigo, y quedará el trigo, las buenas obras, la cosecha para Dios.

Por eso, hermanos, cuando la Iglesia predica hoy contra la injusticia, contra el abuso del poder, contra los atropellos, les está diciendo: conviértanse, hagan a tiempo penitencia, conviértanse en trigo, que Dios los está esperando, hagan comunidades de amor, hagan comunidades de Iglesia, que la Iglesia no es comunista ni es subversiva. La Iglesia es el reino de Dios que medita la palabra de Dios, que acoge en el corazón esa palabra que nos trae la vida divina, la gracia, los sacramentos y nos hace sentir la belleza de ser jardines en vez de ser desiertos.

Necesidad de la catequesis presacramental

Por eso, hermanos, mi palabra aquí en Citalá, con ocasión de dar la confirmación a estos niños, es para decirles también a los grandes: revivamos nuestro bautismo, tomemos conciencia de nuestra confirmación. Yo les decía a las hermanas, cuando les anunciaba que preparáramos aquí un grupo de confirmación, porque tengo la intención de que, al dar la confirmación a los que se van a confirmar, también los que ya somos confirmados, comenzando por el obispo, los sacerdotes, las religiosas, los catequistas, los padres de familia, todos los que ya somos gente grande y desde hace muchos años llevamos la confirmación, pero tal vez no nos hemos dado cuenta para qué recibimos la confirmación. Aquel Espíritu Santo que se da en la confirmación con la imposición de las manos del obispo, sucesor de los

apóstoles, es un Espíritu Santo que ha estado escondido en nosotros, muerto, tal vez; no ha producido en nosotros frutos de Espíritu de Dios, porque nosotros no hemos dejado de ser carne, hijos de la carne. El bautismo, la confirmación, la eucaristía, la penitencia que hemos recibido no ha producido.

Hermanos, esta es la gran deficiencia de nuestro pueblo cristiano que, gracias a Dios, desde el Concilio Vaticano II viene corrigiendo esta deficiencia: que habíamos dado muchos sacramentos al pueblo, le bautizábamos a todos los niños, confirmábamos a todo el que se presentaba, confesábamos, tal vez sin exigirle penitencia, dábamos la comunión a todo el que se acercaba, sacramentalizábamos, pero no evangelizábamos mucho.

Ahora, gracias a Dios, no rechazamos la sacramentalización porque los sacramentos son necesarios, son los canales por donde Dios nos da una vida divina; pero ya son unos sacramentos que ahora, con una catequesis más preparada, con una reflexión más profunda en la Biblia, sabemos que nos confesamos con más conciencia.

Se exige, antes de bautizarse, unas charlas prebautismales para instruir qué es el bautismo que pides para tu niño. No es simplemente un acontecimiento social: que tu niño tenga un padrino que le dé regalos, que tú tengas un compadre también con quien compartir la responsabilidad de tu hijo. Ahora, el bautismo no significa solamente conseguir un compadre, un padrino; significa sobre todo la conciencia que este hijo de la carne se va a hacer hijo de Dios y va a tomar un compromiso que su familia comienza por responsabilizarlo, pero que el niño lo irá tomando poco a poco.

La confirmación, el obispo ya no la quiere dar en esos montones de niños que traían cuando la visita del obispo, que ni se decía: "Viene el señor obispo", sino que: "Viene la confirma, viene la confirma"; como si lo único que viene a hacer el obispo es confirmar a niños que ni cuenta se daban, y se daba la iglesia llena de niños que lloraban y salían sin darse cuenta del gran sacramento del Espíritu Santo que habían recibido. Esos niños éramos nosotros, que recibimos la confirmación y no nos dimos cuenta, muchas veces, de la grandeza de ese momento.

Por eso ahora, hermanos, que vivimos una hora de la renovación de la Iglesia, yo les suplico, no lo tomen a mal, no tomen a mal que el padre y las religiosas exijan —tienen que exigirle y

el párroco que no exige no cumple su deber—, exigir que, antes de bautizarse, antes de la primera comunión, antes de dar un sacramento, tiene que haber una catequesis, una evangelización, para que se tome conciencia de lo que se está haciendo.

Por eso ahora, esta mañana para mí es de mucha alegría, les repito, porque voy a dar una confirmación después que las madres y los catequistas han preparado a estos niños no solo para su comunión, sino también porque ahora saben que van a recibir, en esta iglesia de Citalá convertida en un cenáculo, el
Hch 2, 1-4 Espíritu Santo, así como llovió en forma de lenguas de fuego en Pentecostés a los apóstoles; y llenos del Espíritu Santo salieron, valientes, a predicar a Cristo. No le tenían miedo a las autoridades que los querían hacer callar. Y decían aquellos cobardes de antes, ya valientes con el Espíritu Santo: si ustedes quieren que
Hch 5, 29 no hablemos de Cristo, perdonen, no les podemos obedecer, porque tenemos que obedecer a Dios que nos manda a predicar lo que hemos visto, la salvación en Cristo; nadie puede detener esa palabra. Pero eso era la fuerza del Espíritu Santo.

Los que ahora, confirmados ya, vamos a renovar nuestra gracia de la confirmación, queridos hermanos, padres de familia, comenzando por mí mismo, obispo, que esta mañana sea para nosotros, pues, como una renovación de nuestro Espíritu Santo, del valor que debemos de tener como cristianos y, si es necesario, que la confirmación se convierta para nosotros en un sacramento de martirio: estemos dispuestos también a dar nuestra vida por Cristo y no traicionemos al Señor con la cobardía de los falsos cristianos de hoy.

Por eso vamos a proceder, pues, a dar este sacramento de vida, donde Cristo Redentor que dijo: yo soy la vida, yo soy la
Jn 4, 10 fuente, soy el agua viva que convierte el desierto en un jardín, que traigo a la vida de los hombres la vida de Dios, el Espíritu de Dios, para que anime los corazones de los hombres; voy, por medio de mi ministro, el obispo de San Salvador, a darles la gracia y la fuerza del Espíritu Santo.

Revivámoslo todos, hermanos, este momento, para que seamos lo que tenemos que ser: hombres o mujeres que hemos recibido la fuerza de lo alto para dar testimonio con valentía de que Dios existe, de que Cristo es una realidad y que su Iglesia en la tierra no está haciendo el mal sino el bien, y tengamos el valor de defenderla como se defiende lo bueno.

Inmaculada Concepción de María

La Libertad
8 de diciembre de 1977

Génesis 3, 9-15.20
Efesios 1, 3-6.11-12
Lucas 1, 26-38

[...] diócesis[1] una colaboración tan valiosa como es proveernos del ministerio sacerdotal. Yo quiero aprovechar esta oportunidad, pues, para agradecer a los padres norteamericanos este servicio tan insigne que nuestra diócesis aprecia inmensamente, así como también a las hermanas de San José que, junto con ellos, los sacerdotes, están cultivando este mensaje de la palabra de Dios y alimentando con él a nuestro pueblo.

Quiero alegrarme también porque, junto a los sacerdotes y las religiosas, un grupo de hombres y de mujeres, celebradores de la palabra, catequistas, asociaciones parroquiales y católicos, que sienten la responsabilidad de la Iglesia en este momento tan trascendental de la historia de El Salvador, no desfallecen en su difícil misión de predicar este mensaje del Señor.

Celebrar la fiesta de la Inmaculada Concepción de María es tener la oportunidad de acercarnos a la fuente misma desde donde brota todo ese río que no terminará de correr hasta la consumación de los siglos. La Iglesia, con su mensaje, con su palabra, encontrará mil obstáculos, como el río encuentra peñascos, escollos, abismos; no importa; el río lleva una promesa:

[1] El saludo y las palabras iniciales no están registradas en la reproducción magnetofónica de la homilía.

Mt 28, 20 Mt 16, 18 "Estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos" y "las puertas del infierno no podrán prevalecer" contra esta voluntad del Señor. ¿Cuál es la voluntad del Señor? El misterio de la Inmaculada Concepción de María nos está ofreciendo, a la luz de esas lecturas que acaban de escuchar, cuáles son los designios de Dios para con nosotros, los hombres.

El pecado original

En la primera lectura, se nos ha recordado la gran tragedia: nuestros primeros padres, creados en gracia de Dios para transmitirnos no solo la vida natural, sino trasmitirnos también la filiación divina, pero bajo la condición de que hubieran sido obedientes a Dios, no obedecieron. Seducidos por el demonio —Eva seduce a Adán—, los dos padres del género humano pierden la amistad de Dios porque han desobedecido. Desde entonces, la humanidad ha caído en lo que se llama el pecado original, el pecado de origen, el pecado que traemos de nuestros primeros padres. Ahora se preguntan muchos: "¿Qué culpa tengo yo de que Adán y Eva hayan pecado para decir que yo soy pecador?". Distingamos, hermanos, hay dos clases de pecado: el pecado original y el pecado personal. El pecado personal es el que tú cometes con tu propia voluntad cuando desobedeces un mandamiento de la ley de Dios. Tú has pecado, tú eres responsable de ese pecado, como Adán y Eva que personalmente desobedecieron a Dios, cometieron un pecado personal. Pero ¿qué sucede cuando se comete un pecado personal? Se pierde la amistad de Dios, el pecador es un desobediente a la ley de Dios; todo el que peca rompe la amistad con el Señor, prefiere su pasión a la voluntad, a la ley del Señor.

Así, Adán y Eva prefirieron alcanzar la felicidad no por los caminos de la ley de Dios, sino por el engaño del demonio, que se rió después del engaño. Los hizo caer en pecado y ya están en la desgracia, privados de la gracia de Dios. De esa pareja, privada de la gracia de Dios, ya no pueden nacer hijos que, en el mismo momento de ser concebidos, Dios les trasmita también su vida divina. Si la han perdido y, habiendo perdido la vida de Dios, no la pueden trasmitir; solo trasmiten la vida natural. Pero la vida natural que Adán y Eva comenzaron a transmitir a sus hijos, y que esa vida ha llegado hasta nosotros a través de nuestro padre

y de nuestra madre que nos engendraron, es una vida privada de la gracia de Dios. No supone una culpa personal, supone una herencia. Supongamos una comparación. Un señor, dueño de hacienda, le dice al administrador: "Por premio y confianza que te tengo vas a ser el dueño de mis fincas, pero mientras me obedezcas. Todos los hijos que nazcan de tu familia considérense de esta hacienda, pero con tal que me obedezcan". Y un día, este administrador, creyéndose ya el dueño de todo, comienza a malbaratar la hacienda, a desobedecer a su jefe, a su patrón. El patrón le dice: "Te lo había dicho, que te lo daba con la condición de obedecerme. No me has obedecido, lo siento mucho, vete de mi hacienda, quedas desheredado". Y naturalmente, desde entonces, aquellos hijos que hubieran nacido también participantes de la felicidad de aquella hacienda nacen ya fuera de la hacienda, desheredados, desechados de su patrón.

Este es el caso del pecado original. Adán y Eva cometieron un pecado personal y Dios los arroja del paraíso, les quita la amistad divina y tienen que nacer sus hijos, nosotros, privados de la gracia. No es una culpa; el pecado original, es la falta de una herencia. Dios no está obligado a darnos su amistad divina cuando los que la perdieron ya la perdieron para toda la familia; es una herencia que se ha perdido.

La redención de María

Esto nos decía la primera lectura, de tal manera que María, hija también de Adán, tenía que nacer desheredada de la gracia de Dios, en pecado. Sin embargo, hoy estamos celebrando que María fue concebida sin pecado. ¿Cómo es esta excepción? San Pablo nos ha traído hoy la explicación. Si, ahora cristianos, nosotros tenemos la dicha de volver a encontrarnos en la gracia de Dios porque un sacerdote administró el bautismo, y el hijo del pecado original que fue el niño que nació, que fui yo, ya le borró el bautismo, por la sangre de Cristo en la cruz, el pecado original, ese niño se ha vuelto a hacer hijo de Dios, el paraíso se ha recuperado gracias a Cristo. Y si, por desgracia, yo bautizado cometo un pecado personal, una desobediencia a la ley de Dios, Cristo ha dejado un sacramento de reconciliación. El sacerdote, en el confesionario, está devolviendo el paraíso a muchas almas que han perdido la amistad con Dios.

Hermanos, si ustedes han experimentado la dicha de una buena confesión, comprenden lo que estoy diciendo: que es como retornar al paraíso. El joven, la joven, el esposo infiel, el niño que ha desobedecido, cualquiera que ha cometido un pecado siente el reproche de Dios en su conciencia, no está feliz. Los que en esta reunión estén en pecado no me engañan con su apariencia de alegría; allá en su corazón llevan un remordimiento, llevan una culpa, llevan la pérdida del paraíso, no son felices. Hasta que, arrepentidos, obedeciendo al Evangelio de Cristo se arrepienten y vuelven y le piden perdón a Dios y, en nombre de Dios, los acoge un sacerdote en el paraíso de su Iglesia; como que le han quitado una peña del corazón, como que ha salido de una tumba donde estaba sepultada en podredumbre el alma en pecado; ha vuelto el paraíso. ¿Por qué el perdón de los pecados? Por Jesucristo, nos acaba de decir San Pablo; solo Cristo es el redentor del pecado.

Por eso, hermanos, cuando los teólogos estudiaban cómo puede ser inmaculada la Virgen María, si Cristo es el redentor de todos los hombres; esta era la gran dificultad teológica. Si Cristo es el redentor de todos, si ningún pecado se perdona sin la redención de Cristo en la cruz, María tenía que ser también pecadora para ser redimida por Cristo. Y esta dificultad duró muchos siglos. Por eso, la historia de esta creencia de la Inmaculada Concepción de María es una historia de siglos. Pasaron muchos teólogos, muchos estudiosos, muchos comentaristas de la Biblia, duró la Iglesia muchos siglos, hasta el siglo pasado, el 8 de diciembre de 1854, grábense esta fecha porque un hijo católico de La Libertad tiene que saber el origen de esta fiesta de la Inmaculada Concepción.

Fue el Papa Pío IX, el 8 de diciembre de 1854, el que coronó el estudio de tantos siglos[2]. Hubo, allá en la edad media, un gran teólogo que se llamó Duns Scoto, un franciscano, que dio la clave de la solución; dijo —fíjense bien en el gran argumento—: Cristo es el redentor de todos los hombres, también María es redimida; pero hay dos clases de redención. Una redención, la que salva de la caída. Uno que ha caído y le sacan del hoyo donde cayó, del abismo donde cayó, es un redimido, y así nos ha re-

2 Se refiere a la proclamación solemne de la Inmaculada Concepción de María, mediante la bula *Ineffabilis Deus.*

dimido a todos Cristo, porque todos hemos caído en el abismo del pecado original, todos nacemos manchados con esa desobediencia de Adán. Pero hay otra segunda clase de redención que se llama una redención de preservación, una redención que consiste en no dejar caer, en decirle: antes de que caigas al abismo, te recojo en mis brazos y te mantengo elevada; como todos los que han caído, tú no has caído, pero debías haber caído; yo te he preservado por un amor especial[3].

Este es el caso de María. María, pues, es preservada del pecado; ella debía haber caído en el pecado original porque es heredera de Adán y Eva; ella también es de la raza pecadora nuestra y por eso Cristo la redime con una redención única, la redención de preservación. Es la única redimida con una redención tan lujosa que no ha caído en el pecado. Y hoy van a escuchar, dentro de un rato, cuando cantemos el prefacio de esta misa de la Inmaculada, donde la Iglesia le dice: inmaculada y pura tenía que ser la carne de la cual debía nacer el Redentor de los hombres[4]. Porque Cristo quería una madre que no tuviera la vergüenza de decir: "Fui concebida en pecado". Él le adelantó los méritos de su redención: "Te voy a preservar, madre mía, porque de tus entrañas purísimas voy a tomar carne yo, el Redentor".

Hermanos, quién de nosotros, si hubiera tenido el poder de escoger una madre a su gusto, no hubiera hecho de nuestra propia madre, la mujer más hermosa, la mujer más pura, la mujer más santa. Ninguno de nosotros ha escogido a su madre, nacimos de la mujer que el Señor nos señaló; pero Él, Dios eterno que pudo escogerse una madre a su gusto, pudo hacer con ella todo el derroche de generosidad, de redención, de amor. Por eso podemos decir, hermanos, que la Inmaculada Concepción de María, la fiesta que está celebrando la parroquia de La Libertad esta mañana, es una celebración al amor de Dios, una celebración al amor del Hijo más grande, que ha escogido la madre más bendita. Por eso, hijos y madres, alegrémonos en esta mañana porque hubo siquiera un caso en que un hijo como nosotros pudo hacerse una madre inmaculada y pura como Cristo la pudo fabricar a su antojo, a su gusto.

[3] *Cfr*. Duns Scoto, *Ordinatio* 3, d. 3, q. 1.

[4] "Purísima tenía que ser, Señor, la Virgen que nos diera al Cordero inocente que quita el pecado del mundo". *Misal romano,* prefacio de la solemnidad de la Inmaculada Concepción de María.

María, principio e imagen de la Iglesia

Ahora bien, les decía, hermanos, que acercarse a este misterio del pecado original y de la redención de María es acercarse a la fuente de la Iglesia. Así la llama María. Van a oír también, en el canto del prefacio de hoy, que María es el principio y la imagen de la Iglesia. San Pablo dice que Cristo quedó clavado en la cruz para hacerse una esposa, la Iglesia, inmaculada, sin mancha, sin arruga; esposa bella por toda la eternidad, la Iglesia. María Inmaculada es la imagen de lo que somos todos nosotros: la Iglesia. Ustedes, hermanos bautizados, nosotros, bautizados y sacerdotes, somos la Iglesia dirigida por esta palabra que predica el obispo y predican los sacerdotes y predican las religiosas y enseñan los catequistas y los celebradores de la palabra. No hacemos otra cosa que predicar esa redención de Cristo; no hacemos otra cosa que denunciar el pecado.

Miren, hermanos, si lo más grande escogía Cristo para su madre, Él hubiera pensado que la grandeza humana es la grandeza económica, la hubiera hecho la mujer más rica. Si Cristo hubiera puesto su entusiasmo en el poder político, hubiera hecho de María una gran reina dominadora de un gran imperio. Si Cristo hubiera hecho consistir la belleza en lo que la hacen consistir tantas mujeres y tantos hombres, en una cara bonita, en un cuerpo bonito, hubiera hecho de María una belleza como no hay ninguna mujer. Si Cristo hubiera hecho consistir la grandeza de María en las cosas grandes de la tierra, en sus manos estaban las bellezas, las riquezas, los poderes; sin embago, Cristo, que venía precisamente a salvar todas estas cosas que son bellas, del pecado, hizo a María sin pecado; esto es lo que interesa a Cristo y lo que le dejó como encargo a la Iglesia: ¡cuidado con el pecado! "Muero en la cruz, por haber denunciado el pecado. Muero en la cruz porque me hice responsable de los pecados de los hombres y, para que sean perdonados, Dios me castiga con este tormento espantoso de la crucifixión". Así lo dice el profeta Isaías. Él cargó sobre sus espaldas todas nuestras iniquidades y, por eso, en sus carnes benditas, castigó Dios los pecados de todos nosotros y a la Iglesia le dejó el encargo de sacudir del mundo el pecado.

Is 53, 4-5

Esta es la gran misión de la Iglesia, por eso a María la hizo sin pecado y quiere que su Iglesia sea la encargada de purificarse

del pecado y purificar al mundo del pecado. Y estos son los grandes conflictos de la Iglesia, porque denuncia el pecado; porque le dice a los ricos: no abusen, no pequen con su dinero; porque le dice a los poderosos: no abusen de la política, no abusen de las armas, no abusen de su poder, ¿no ven que es pecado?; porque les dice a los pecadores, a los que torturan: no torturen, están pecando, están ofendiendo, están implantando el reino del infierno en la tierra; porque la Iglesia condena todo lo que es pecado; por eso se levantan contra la Iglesia los grandes conflictos. Pero la Iglesia no puede callar, hermanos. Y la Iglesia será auténtica y perseguida precisamente cuanto más se una a María Inmaculada, sin pecado, y, desde su pureza que ella trata de purificar, trata también de limpiar a los demás del pecado porque no quiere condenar; como Cristo, dice: no he venido a perder quiero salvar, quiero que los hombres que manejan el dinero, que manejan la política, que manejan las armas, que manejan el poder, la belleza de la tierra, se salven; no abusando de esas cosas, sino usándolas como Dios quiere, sin pecado; porque se puede ser rico sin pecado, se puede ser político sin pecado, se puede ser hombre de armas también sin pecado; y la Iglesia quiere purificar del pecado a esos hombres que precisamente están haciendo de su oficio, muchas veces, el arte del pecado, de la grosería, de la inhumanidad.

Jn 3, 17

Y no basta el pecado, que la Iglesia lucha contra él. La Iglesia, en María, mira no solo la ausencia de pecado; lo más hermoso de María es que está "llena de gracia". Llena de gracia quiere decir que recuperó la amistad con Dios, es una mujer bendita entre todas las mujeres, es una mujer en la cual Dios como que derramó todo el perfume de su santidad divina. No hay mujer más llena de gracia que María Inmaculada. Pues esto es lo que quiere la Iglesia también con sus hombres, con sus mujeres, con sus jóvenes, con sus niños: que se promuevan. Que se promuevan no a ser esclavos, mucho menos del pecado; del pecado derivan todas las maldades y del pecado derivan todos los vacíos. El pecador no es hermoso, la pecadora no es hermosa; aunque aparentemente luzca un rostro y cuerpo hermoso, su alma es infierno, su alma no está promovida, su corazón es un vacío.

Lc 1, 28

Dígame si no —quiera Dios que no exista nadie aquí en pecado—, pero el que está en pecado dígame si está feliz con ese vacío que lleva en su conciencia. María nos reta en esta mañana a

ver quién es más feliz: si ella en gracia de Dios o el pecador gozando del mundo y abusando de las cosas de la tierra, pero en pecado. María, la llena de gracia, es la sumamente feliz. No hay felicidad más grande que la de María al sentirse tan llena de Dios y por eso, en el Evangelio de hoy, se ha cantado aquel himno, cuando la felicitó su prima Santa Isabel. María como una poetisa, como una profetisa, como una alabadora de Dios, canta su hermoso cántico: mi alma glorifica al Señor, se llena de gozo en Dios mi salvador, porque mi alma está llena del Todopoderoso, porque mi alma está llena como de un perfume que no se parece a ninguno de la tierra, el perfume del cielo.

Lc 1, 46-49

La santidad, infinita casi, de María es la belleza a donde la Iglesia quiere promover a todos sus cristianos. Cuando la Iglesia denuncia el pecado, es para decirle a los hombres: no pongan su embeleso en las cosas de la tierra, elévense, promuévanse a las cosas del cielo, gánense con las riquezas de la tierra la amistad de Dios, manejando estas cosas conforme a la voluntad de Dios. Arrepiéntanse de sus pecados y, en vez de poner la alegría en los goces del sexo, de la carne, del vicio, del aguardiente, de las cosas que hacen de los hombres unos animales y unas bestias, elévense a ser hombres de verdad, hijos de Dios, como María, que no puso nunca su embeleso en las alegrías terrenales pecaminosas, sino en las alegrías del cielo.

Esta es la promoción que la Iglesia está llevando a cabo. Por eso, hermanos, porque la Iglesia, un día como este, se asoma a la fuente purísima que es María Inmaculada, y desde esa alma bendita, sin pecado, llena de gracia, recuerda que su misión es arrancar el pecado del mundo y llenar a los hombres de la gracia, se llena de consuelo y de fortaleza. Yo les digo a los queridos sacerdotes, a las queridas religiosas, a los celebradores de la palabra, a los catequistas: mucho ánimo, adelante en nuestra gran tarea de limpiar del pecado al mundo y de llenarlo de la gracia de Dios. No hay tarea semejante a la nuestra.

Y les digo también a los que mal entienden esta misión de la Iglesia, a los que nos espían pensando que andamos haciendo subversión o comunismo, a los que nos persiguen y calumnian: fíjense bien en lo que persiguen. Fíjense bien que es Cristo que continúa predicando la redención de los hombres, no le estorben, déjenla, que es para el mismo bien de ustedes, gobernantes; que es para el mismo bien de ustedes, poderosos; que haya cris-

tianos promovidos, desde la fuente de la gracia, para arrancar todo el pecado. Habrá más honradez, no habrá terror, no habrá crímenes, no habrá vicios cuando se oiga el verdadero mensaje de la Iglesia que trabaja por el verdadero bien y la verdadera grandeza de la patria. ¡Ah! Si la comprendieran, en vez de estorbarla, le ayudarían, porque los que se benefician de este mensaje de la Iglesia son los países mismos, los gobiernos, la gente. Todos seremos felices cuando, como María, podamos ser menos pecadores y más llenos de la gracia del Señor.

Me he alegrado mucho, queridos hermanos, de transmitir desde el puerto de La Libertad un mensaje que, si a través de la radio logra llegar a toda la arquidiócesis, lleve una palabra de aliento desde el seno inmaculado de María a todos los trabajadores de la Iglesia para que sean limpios y puros en su mensaje y tengan siempre los grandes ideales de María: el ideal de alejarse más y más del pecado y evitar que entre el pecado en el mundo; el ideal de llenarse más y más de la vida de Dios, de la gracia santificante. Esto fue lo que quedó decidido el 8 de diciembre de 1854 y que todos los años, como hoy, 8 de diciembre de 1977, la Iglesia en sus comunidades, como ésta, que llena esta pintoresca iglesia del puerto, celebramos para felicitar a María y en ella inspirarnos para nuestro gran trabajo de la Iglesia.

El servicio de la palabra, del perdón y de la eucaristía

Ordenación sacerdotal
10 de diciembre de 1977

Querido monseñor Luis Chávez y González, que nos honra gratamente con su presencia en esta su catedral; queridos Jorge y Héctor, que en esta mañana van a ser asumidos del pueblo de Dios para constituirse en sus servidores sacerdotales; queridos hermanos sacerdotes, que ya hemos recibido ese don que congrega hoy al pueblo para agradecerle a Cristo sacerdote la dádiva con que ha honrado a nosotros, hombres sacerdotes; muy queridos seminaristas, jóvenes heroicos de esta hora, esperanza de la Iglesia y del sacerdocio; queridas religiosas; queridos hermanos que llenan la catedral:

¡Qué consuelo más grande! Se diría que la catedral esta mañana es la figura de la arquidiócesis que, como limpiándose las lágrimas por dos sacerdotes asesinados, siente que sus entrañas siempre fecundas van a producir esta mañana sus sustitutos, dos sacerdotes para nuestro presbiterio, Jorge Benavides y Héctor Figueroa.

Para comprender un poco el momento sublime que estamos viviendo, la palabra de Dios nos ha iluminado, y nos encontramos hoy en una de esas cumbres más altas, donde Dios dialoga con el hombre y, de su diálogo, como en el Sinaí, baja un Moisés ungido para dirigir al pueblo. Cada vez que se ordena sacerdote un hombre, y el pueblo, junto con el obispo y el presbiterio, asisten a ese gran acontecimiento, está sucediendo un diálogo fecundo entre un hombre o unos hombres que han dicho como

Jr 1, 5 Elías[1]: desde las entrañas de mi madre me llamaste, me formaste para esto, me diste cualidades de sacerdocio, hemos recorrido la infancia, la juventud, en la inocencia, en el deseo de llegar a esta cumbre, y, ahora, Señor, sentimos miedo. Como el profeta, casi dicen los nuevos sacerdotes: ¡qué difícil la misión que ambicio-
Jr 1, 6-8 naba! Mira, Señor, que soy un niño. Y el diálogo de Dios continúa: no digas que eres un niño, te voy a ungir, te voy a hacer participante de mi sabiduría, de mi revelación, de mi poder, y no digas que no puedes, porque yo iré contigo. Y entonces el obispo, representando ese poder de Dios, va a imponer sus manos, como depositando una tremenda carga sobre esas personas, carga que, al mismo tiempo, es un inmenso honor.

Cristo, el eterno y único sacerdote

Es un inmenso honor, hermanos. El personaje principal de esta ceremonia aquí no son los que se van a ordenar, ni el obispo, ni los sacerdotes que presidimos; el personaje central es Cristo, el eterno y único sacerdote. No hay más que un sacerdote que reconcilió el cielo y la tierra muriendo en la cruz y resucitando, vive eternamente cantando la gloria de Dios y salvando, por medio de su Iglesia en el mundo, a la humanidad entera.

Dios lo envió, encarnándose en las entrañas de una mujer virgen, lo ungió allí mismo, en el instante primero de su ser. De modo que la única mujer que ha dado a luz un hijo sacerdote es María. Nuestras madres nos dieron a luz simplemente hijos de la carne, después vino la unción sacerdotal que hizo a esos hijos de la carne ministros de Dios. Pero María tuvo el inmenso honor de ver que Cristo, su hijo, se consagraba en el mismo principio de su ser, dentro de sus entrañas, y cuando esa mujer, la única que puede decirse madre de un sacerdote, lo da a luz, lo comienza a cuidar, a amamantar, a hacer crecer, hasta que un día junto a la cruz, lo ve celebrar su misa. Esta es la misa única, el del Calvario[2], donde Cristo queda colgado en el dolor de la crucifixión y de la muerte para redimir, por un acto de sumisión profunda al Padre eterno, a la humanidad que, pecadora, había perdido los caminos. No hay más que ese sacerdote eterno. Pero ese eterno sacerdote quiso hacerse de sus redimidos un pueblo sacerdotal.

1 En lugar de Elías debe leerse *Jeremías*.
2 Léase: "*la* del Calvario".

En esta mañana, hermanos, además de la figura central de Cristo, único sacerdote, la figura principal aquí no son nuestros hermanos que se van a ordenar ni nosotros que presidimos, sino ustedes, pueblo sacerdotal; nosotros, digamos, porque yo también soy bautizado. Y lo más grande de nuestra vida es aquel momento en que el hijo de la carne fue asumido para hacerse miembro del pueblo sacerdotal. Todos los bautizados, todos los que formamos la Iglesia, todos ustedes, religiosas y laicos, somos el pueblo sacerdotal. El eterno sacerdote ha querido hacernos participantes de esa dignidad, de tal manera que la Iglesia vive en el mundo con una historia sacerdotal, con una acción sacerdotal. En el corazón de cada hombre, como nos acaba de decir San Pablo, llamado a diversas vocaciones —vida religiosa, matrimonio, profesionales, ricos, pobres—, todos formamos el pueblo, con diversos llamamientos, con diversos carismas para integrar entre todos, en la historia, la misión sacerdotal de Cristo.

Rm 12, 4-5

Y solo en tercer lugar, después de Cristo, el sacerdote eterno, y después del pueblo sacerdotal, ungido por Cristo en el bautismo, venimos nosotros, ministros sacerdotes, que, escogidos del pueblo, llamados de una familia, trayendo un apellido, un origen de un pueblo de El Salvador o de cualquier parte del mundo, llenamos aquel requisito de la Biblia: el sacerdote es un hombre entresacado de los hombres, entresacado del pueblo sacerdotal, precisamente para servidor; eso quiere decir ministro: servidor del pueblo sacerdotal. Esta es nuestra misión, queridos Héctor y Jorge. Ahora ustedes han sido asumidos con un apellido de su propia familia, destacados de su propio pueblo aquí representado, pueblo sacerdotal; Cristo los ha escogido a ustedes y a mí y a mis hermanos sacerdotes, lo mismo que a los seminaristas que anhelan este servicio, para dar este servicio al pueblo, el servicio de la palabra, el servicio del perdón y, sobre todo, el servicio de la eucaristía.

Heb 5, 1

El servicio de la palabra

Tenemos un mensaje que comunicar al mundo; nosotros somos los responsables. Cuando Cristo escogió doce hombres para transmitirles su sabiduría divina, terminó diciéndoles: muchas otras cosas tengo que decirles pero no son capaces de recibirlas, es tan grande el depósito de esta revelación divina; solo les

Jn 16, 12-13

ofrezco mi Espíritu divino que estará con ustedes. Ustedes, los escogidos del pueblo, tendrán una asistencia especial de Dios para que, en cada momento de la historia, prediquen mi palabra conforme a las necesidades de esa hora, encarnando esa palabra en las necesidades, en los pecados, en las virtudes del pueblo que les toque regir. Este es el gran ministerio de la palabra, tan difícil, tan incomprensible, que muchas veces el diálogo que la Iglesia quiere entablar con el mundo para iluminarlo con la palabra de Dios se vuelve del mundo en una persecución, en una ofensa, a veces tan grosera como la que está sufriendo el ministerio de la
Jn 1, 5.11 palabra en esta hora. Vino a los suyos —podemos decir—, brilló la luz y las tinieblas no la quisieron recibir. El misterio de la iniquidad, el misterio del pecado que la Iglesia trata de arrancarle al mundo y a la historia, y que la historia y el mundo tratan de sofocar a la palabra de Dios.

Por eso, hermanos sacerdotes, ustedes que llegan a la cumbre de su ordenación sacerdotal para predicar una palabra que
Jr 20, 9 quema, que, como los profetas, sienten ustedes que en sus entrañas es un fuego devorador que quisiéramos más bien rehuir, no digo este honor, sino esta carga profética de ir a anunciar al pueblo la revelación auténtica.

Queridos hermanos, que no vaya a ser falso el servicio de ustedes desde la palabra de Dios, que es muy fácil ser servidores de la palabra sin molestar al mundo, una palabra muy espiritualista, una palabra sin compromisos con la historia, una palabra que puede sonar en cualquier parte del mundo porque no es de ninguna parte del mundo; una palabra así no crea problemas, no origina conflictos. Lo que origina los conflictos, las persecuciones, lo que marca la Iglesia auténtica es cuando la palabra quemante como la de los profetas anuncia al pueblo y denuncia las maravillas de Dios para que las crean y las adoren, y los pecados de los hombres que se oponen al reino de Dios para que lo arranquen de sus corazones, de sus sociedades, de sus leyes, de sus organismos que oprimen, que aprisionan, que atropellan los derechos de Dios y de la humanidad.

Este es el servicio difícil de la palabra; pero el espíritu de Dios va con el profeta, va con el predicador, porque es Cristo que se prolonga anunciando su reino a los hombres de todos los tiempos.

El servicio del perdón

También les decía, hermanos, ustedes van a ser, como yo y mis queridos hermanos sacerdotes, servidores del pueblo para perdonarles sus pecados. Nadie de este pueblo tiene la facultad que ustedes van a recibir, la misma que Cristo dio en Pascua a sus apóstoles: "Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonareis les quedan perdonados sus pecados". ¡Qué hora más solemne aquella silenciosa del confesionario! El alma, agobiada por una culpa que ya no aguanta, oye decir al sacerdote las palabras de Cristo a la Magdalena: levántate, estás perdonada, yo te perdono. El mismo sacerdote necesita el consuelo de esa confesión. Nosotros también nos confesamos; necesitamos que otro sacerdote ejercite a nosotros ese servicio del perdón. El Papa se confiesa, el obispo se confiesa, todos nos confesamos porque necesitamos ese servidor del consuelo que no lo puede dar ninguna sabiduría de la tierra, ninguna palabra tan sana, tan llena de consuelo como la del sacerdote que dice: yo te perdono en el nombre de Cristo, el perdonador.

Jn 20, 22-23

Lc 7, 47

El servicio de la eucaristía

Y sobre todo, queridos hermanos, el servicio de la eucaristía. Nosotros, sacerdotes, llamamos al pueblo con la palabra, lo purificamos denunciando sus defectos, lo perdonamos atrayéndolo a penitencia. Nosotros mismos somos ese pueblo pecador necesitado de penitencia. Sabemos que la Iglesia es santa porque es esposa de Cristo, pero es pecadora porque está compuesta de hombres. Nosotros mismos, sus ministros, necesitamos ese esfuerzo de superarnos, de ser cada día mejores y de llegar un día a la cumbre del altar para ofrecernos, en el pan y el vino, como hostia inmaculada a Dios Padre. Gesto solemne el del sacerdote cuando, recibiendo del pueblo las hostias y el cáliz, le dice al Padre: te lo ofrecemos, es el fruto del trabajo de mis hermanos los hombres, los que se quedaron en sus profesiones mundanales, los que viven en los caminos de esta tierra, los casados, mi mismo hogar, mis hermanos, mis compañeros de trabajo allá antes de que yo fuera sacerdote, todo ese pueblo, Señor, al que yo tengo que santificar con mi ejemplo, con mi palabra, te lo ofrezco ahora en el altar de la misa. Es entonces, hermanos,

cuando toda la comunidad que cree en Cristo, comunidad sacerdotal, encuentra su expresión sacerdotal. Por eso nos obliga la Iglesia a venir a misa siquiera los domingos para que, sintiéndonos una sola cosa con el origen de nuestra sociedad sacerdotal, por medio del sacerdote ministro que eleva esas hostias y las convierte en el cuerpo y la sangre del Señor, y luego las reparte como alimento de vida eterna, el cuerpo de Cristo; amén, dice el pueblo.

¿Ven cómo el sacerdocio es un diálogo continuo entre la misericordia infinita de Dios y la miseria infinita de los hombres? Qué tremenda posición la del sacerdote, entre los dos grandes abismos: el de la misericordia infinita que anhela perdonar a los hombres que se arrepienten de sus miserias y el de las miserias humanas donde hay que proclamar las sombras que están haciendo desgraciada a la sociedad para que se conviertan y reciban ese perdón de Dios.

Y un día, nos ha dicho la lectura sagrada de hoy, todo este pueblo cultivado por el ministerio de los sacerdotes será llevado a su culminación. Un día ya no habrá misas, ya no habrá necesidad de sacerdotes temporales porque todos, mediante el trabajo de los sacerdotes, de los obispos, de los catequistas, de los celebradores de la palabra, de todo el pueblo sacerdotal de Dios, hemos logrado que la humanidad se vaya incorporando a Cristo, y Cristo será el único sacerdote formado en su plenitud histórica y eterna por todos los que fuimos naciendo en la historia y nos fuimos haciendo con Él, un solo sacerdocio, un solo ofertorio, una sola misa que durará eternamente para cantar la gloria de Dios. Este es del destino, el objetivo para el cual trabajamos los sacerdotes en la historia. Por eso, allá en la gloria eterna, hermanos, los sacerdotes junto con todo nuestro pueblo ya glorificado sentiremos la inmensa satisfacción de haber colaborado con Cristo a hacer de la humanidad el templo vivo de Dios, la imagen viviente del espíritu de Dios en la eternidad.

Dejémonos conducir por los sacerdotes. Hagámonos cada día más miembros del pueblo sacerdotal. Seamos cada día más santos y santifiquemos con nuestro ejemplo, con nuestro empuje, con nuestro reclamo, al sacerdote; que sea santo, como lo necesita el pueblo y Dios lo quiere. Hermanos, este es el objetivo hacia el cual han sido llamadas estas dos vidas y aquí, junto con mi querido antecesor monseñor Chávez y González y junto

con mis queridos hermanos sacerdotes, agradeciéndole a Dios el don de nuestra vocación y de nuestra misión sacerdotal y sintiendo que nuestras manos van a reposar con su cargada herencia sobre dos nuevos herederos, vamos a depositar con el espíritu sacerdotal, con el carácter que los unge para siempre sacerdotes, nuestra confianza, nuestra alegría, nuestra acción de gracias, al incorporar dos nuevos hombres al presbiterio de la Arquidiócesis de San Salvador.

Y valga aquí, hermanos, un llamamiento de cariño, de pastor a todos los queridos sacerdotes, a los que forman el presbiterio, y en esta hora, no pudiendo estar con nosotros físicamente, esparcidos por toda la diócesis, siguiendo una misma vocación, están trabajando, para decirles que les agradezco ese sentido de solidaridad y de trabajo, que trabajemos siempre juntos esta gloria de Dios y de Cristo. Y a los que, por desgracia, se hayan alejado de la comunión sacerdotal, ya porque han descubierto que su vocación no era esta sino otra y se encuentran felices en el nuevo destino de su vida, que sean felices pero no se olviden que van marcados para siempre; aun cuando se hayan casado o hayan escogido una vida laical, llevan la marca del sacerdocio para siempre. Y aquellos pobrecitos que no solamente se han alejado por sentir el llamamiento de la santidad en otra vocación, sino que se han alejado con sentido de rebeldía, con sentido de inconformidad, la Iglesia los sigue amando, son sus sacerdotes, y los sigue esperando para que vengan a formar, con el eterno sacerdocio de Cristo y con el pueblo sacerdotal, la gran familia de Dios que camina hacia esa glorificación del eterno sacerdocio de Cristo. Que no sean seres desprendidos de la unidad; que no estén dando el antitestimonio triste de Judas que traiciona la comunión; que sean llamados todos, hermanos; que el Señor, al recibir esta plegaria del pueblo y de los nuevos sacerdotes, tenga misericordia de nuestra unidad eclesial; que crezca cada vez más y que cada uno, en su propia vocación, sea fiel seguidor de Cristo, sacerdote eterno. Así sea.

La Iglesia de la salvación

Tercer domingo de Adviento
11 de diciembre de 1977

Isaías 35, 1-6a.10
Santiago 5, 7-10
Mateo 11, 2-11

A la homilía de este domingo la podíamos llamar: la Iglesia de la salvación, porque la misión de la Iglesia es salvar, como Cristo, y esta es su función en la historia. Y como Dios sigue salvando en la historia de los pueblos, la Iglesia no puede prescindir de la historia concreta, del ambiente en que tiene que desenvolverse. De allí que, antes de hacer un comentario a la palabra divina para iluminar nuestra historia, nuestra realidad, es bueno tener en cuenta esa realidad que vivimos.

Hechos de la semana

Yo quiero agradecer, ante todo, las felicitaciones y muestras de solidaridad con mi pensamiento que han llegado a propósito de mi comentario teológico acerca de la Ley de Defensa y Garantía del Orden Público. No he hecho más que destacar una página de nuestra teología clásica, de Santo Tomás de Aquino, e invitar desde allí, desde la teología, a los expertos en leyes para que se pronuncien acerca de un instrumento tan trascendental para la vida del país. El resumen de mi pensamiento, como me lo pidieron varias personas escrito, lo pueden leer en el periódico *Orientación*[1] que se está difundiendo esta mañana. Allí también,

[1] *Cfr.* "Teología de la ley", *Orientación*, 11 de diciembre de 1977.

en *Orientación*, pueden encontrar el llamamiento de los hombres católicos a los hombres de leyes para este pronunciamiento[2].

A mí también me llena de satisfacción la coincidencia de este pensamiento evangélico con el pensamiento diplomático. En esta semana ustedes habrán leído, en *La Prensa Gráfica,* las declaraciones de un distinguido diplomático[3] acerca de nuestra situación. Ha sido con motivo del ventinueve aniversario de la adopción de la proclamación universal de los derechos humanos por parte de las Naciones Unidas. Ayer precisamente fue ese aniversario. Y a este propósito, el diplomático en nuestro país expresa, entre otros pensamientos, que, habiendo sido aceptado por todos este pronunciamiento de los derechos humanos, ningún Estado, de los que lo adoptaron en la ONU, puede alegar que el maltrato de sus ciudadanos en cuestión es cuestión estrictamente interna; se ha comprometido internacionalmente y forma parte de un grupo de países que están todos, pues, contra las violaciones de los derechos humanos.

Tampoco "puede —dice el diplomático— un país, comprometido con las Naciones Unidas en esta proclamación, evadir la responsabilidad de cumplir, de examinar, de dar cuenta cuando ocurran torturas o injustas privaciones de la libertad en alguna parte del mundo". Lamenta que todavía, a treinta años casi de su proclamación, sea todavía un sueño, a pesar de que la mayoría de las constituciones de las naciones han aceptado esa defensa de los derechos humanos. Denuncia terriblemente que en la ONU se han recibido, el año pasado, informes de "más de veinte mil violaciones de los derechos humanos". Y luego analiza que la pretendida justificación de evitar el terrorismo es un sofisma. "Usar métodos ilegales para hacer cumplir las leyes es condenar a los gobiernos al fracaso en la lucha contra sus violentos opositores". Y, citando al secretario de Estado de los Estados Unidos, expresa que, si es cierto que no se puede perdonar el terrorismo y la violencia en nombre del disentimiento, tampoco se puede justificar la violencia sancionada oficialmente. Tales acciones

[2] Se refiere a un comunicado del movimiento arquidiocesano de Cursillos de Cristiandad. *Cfr.* "En torno a la Ley de Defensa y Garantía del Orden Público", *Orientación,* 11 de diciembre de 1977.

[3] Se trata de Frank J. Devine, embajador de los Estados Unidos de América en El Salvador. *Cfr. La Prensa Gráfica*, 9 de diciembre de 1977.

pervierten el sistema legal que es el único medio de asegurar la supervivencia de nuestras tradiciones. Y hace esta declaración que coincide plenamente con el pensamiento de la Iglesia: "El camino más seguro para derrotar el terrorismo consiste en promover la justicia en nuestras sociedades: justicia legal, económica y social. La justicia de tipo sumario socava el mismo futuro que intenta promover, produce únicamente más violencia y terrorismo. El respeto por el imperio de la ley promueve la justicia y elimina las semillas de la subversión. Al abandonar ese respeto, los gobiernos descienden a los bajos fondos del mundo terrorista e invalidan su arma más poderosa, su autoridad moral". La mejor manera de hacer cumplir las leyes y hacer respetar los derechos humanos —dice nuestro diplomático— es "ganar la confianza y la lealtad de los ciudadanos al actuar con justicia a través de las leyes, cortando de raíz la oposición violenta".

Perdonen, hermanos, la cita, pero me parece muy oportuna. Y aunque la Iglesia dice su palabra desde la perspectiva del Evangelio y no de la diplomacia, ¡cómo alegra cuando se ve que la diplomacia habla con la razón simplemente humana, con el Evangelio, que además de la razón humana cuenta con la iluminación divina! Y que, aun cuando las conveniencias diplomáticas cambiaran modos de pensar, la Iglesia se mantendría porque flota por encima de todas las conveniencias y estas verdades siempre serían las del Evangelio, no por decirlas un diplomático, sino por coincidir con la revelación de Dios que la Iglesia defiende aun cuando le cueste la vida.

En este sentido de servicio al mundo, quiero informarles también con alegría que allá en Santa Ana, en el conflicto laboral de INCA[4], han intervenido monseñor Revelo, monseñor López Sandoval y el padre Walter Guerra, y con una voluntad muy buena de parte de la parte laboral, sobre todo, se está llegando ya a un arreglo final, que los trabajos han comenzado en la fábrica el 9 de diciembre.

También en servicio de la Iglesia al mundo, anuncio con satisfacción la presencia de monseñor Aparicio en la hacienda El Porvenir, donde fueron capturados treinta hombres y mujeres, para reclamar un trato más digno, más humano, a los cuerpos de

[4] Industria Centroamericana de Nylon S.A. de C.V.

seguridad. Por su parte, nuestra oficina de Socorro Jurídico[5] interviene en las causas de aquellos prisioneros.

También al servicio del mundo, la Iglesia en la arquidiócesis aceptó la invitación de la Asamblea de Federaciones Sindicales para constituir la Confederación Unitaria de Trabajadores Salvadoreños, y quiero agradecer la efusiva acogida que los obreros dieron a la Iglesia. Sepan que la Iglesia estará siempre, desde su doctrina social, a la defensa de los derechos del trabajador, del campesino y de todo hombre que ame de veras la legalidad como servicio de bien común; y estará siempre a la denuncia de toda pseudolegalidad que solamente quiera favorecer un sector del pueblo.

Quiero informar también con alegría que el Comité Ecuménico ha seguido reuniéndose y progresando en sus reflexiones. Allí en *Orientación*[6] pueden ver los miembros de iglesias adventistas, bautistas, centroamericanas, episcopal, luterana y católica y de varios movimientos juveniles. También he recibido cartas de protestantes particulares que se expresan más o menos así; una de las cartas dice: "Los cristianos, cualquiera sea nuestra denominación, estamos obligados, si somos cristianos verdaderos, a compartir y vivir las enseñanzas de Jesucristo a pesar de todas las persecuciones. Desgraciadamente, muchos preferimos vivir una vida cómoda y fácil, sin complicaciones ni riesgos que vayan a poner en peligro nuestra seguridad".

Hermanos, no importa no ser católico, lo que interesa es ser cristiano de verdad y llevar el Evangelio de Jesucristo no solamente a una proclamación muy fácil de un espiritualismo sin compromisos con la historia, sino que lo que vale en el Evangelio es seguir a ese Cristo que no le tiene miedo a quedarse clavado en una cruz cuando se trata de la defensa de la santidad en la historia. Y aquí es donde fallamos, no solo protestantes, sino también muchos católicos que, como dice esta carta protestante, aman su vida cómoda y no quieren complicaciones. Sirva, pues, como un llamamiento para mis queridos católicos a no tenerle

5 El Socorro Jurídico fue creado en 1975 para representar judicialmente a personas de escasos recursos económicos y tenía su sede en el colegio Externado de San José. Posteriormente, monseñor Romero lo incorporó al Arzobispado de San Salvador y se convirtió en una de las principales instancias para la defensa de los derechos humanos.

6 *Cfr.* "Católicos y protestantes colaboran en favor de la paz", *Orientación*, 11 de diciembre de 1977.

miedo al Evangelio y a darse por entero, aun cuando ese Evangelio nos pida sacrificios superiores a nuestras comodidades.

En servicio al mundo, también la Iglesia estuvo presente en mi persona en el quince aniversario del grupo de Alcohólicos Anónimos, en la parroquia de Santa Anita, donde tuve la dicha de desarrollar, ante una muchedumbre de Alcohólicos Anónimos, el tema "Religión y Alcohólicos Anónimos". Aprovecho esta oportunidad para recomendar a todos los que tienen problemas alcohólicos aferrarse a esa tabla de salvación. Yo estimo mucho ese movimiento y pido al Señor que florezca y que los que tienen complicaciones y son tormentos de sus familias, de sus esposas, busquen allí una solución, que la encontrarán ciertamente. A los Alcohólicos Anónimos vaya mi saludo más cariñoso y decirles que estoy plenamente a sus órdenes.

Vida de la Iglesia

Pero esta Iglesia que sirve al mundo no se olvida de constituirse, de fortalecerse internamente, de allí que también en esta exposición de noticias y de vida de nuestra Iglesia... Hermanos, esta hora para mí es como una hora de familia. Junto con ustedes que llenan la catedral y junto con aquellas comunidades católicas de base y junto a aquellos pueblos y parroquias o junto al lecho de aquellos enfermos, donde me están escuchando, les digo, hermanos, sintámonos familia los hijos de esta Iglesia católica y vivamos los acontecimientos de esta Iglesia con la alegría y la comprensión de una verdadera familia.

Por ejemplo, llenémonos de gozo porque ayer, aquí en la catedral, dimos la ordenación sacerdotal a dos jóvenes: Héctor Figueroa y Jorge Benavides, a quienes enviamos a través de la radio un saludo de la arquidiócesis a sus pueblos de origen, donde están celebrando hoy sus primeras misas, en la alegría de sus familias; Jorge Benavides en San Miguel y Héctor Figueroa en Metapán.

Una nota triste, compartamos la aflicción y la plegaria de los queridos padres franciscanos italianos, tan abnegados servidores de nuestra Iglesia aquí en El Salvador y en Guatemala, porque el 8, día de la Inmaculada, qué bella señal de predestinación, entregó su alma al Creador un gran amigo, el padre Engelberto Mallizori. ¡Quién le iba a decir que un pueblito sal-

vadoreño, Santiago Nonualco, iba a recoger su último suspiro y su cadáver! Él, que dejó comodidades y familias de su propia patria, Italia. El Señor sabrá dar recompensas maravillosas a estos servicios. Y a nuestros queridos hermanos los franciscanos italianos, nuestra condolencia y nuestra plegaria.

Una nota de júbilo sacerdotal, el sábado próximo el padre Agustín Griseri, somasco italiano, va a cumplir cincuenta años de vida sacerdotal. Para el querido padre Agustín, junto con su comunidad somasca, sepa que toda la diócesis con su obispo están muy íntimamente unidos en solidaridad de plegarias. Para esta semana, tenemos reuniones sacerdotales muy importantes que yo encomiendo a sus oraciones. El jueves, precisamente, una de obispos y otra del clero de la arquidiócesis para evaluar el trabajo del año y proyectar nuestra pastoral para el año próximo.

Con las diversas comunidades, traigamos aquí, a este hogar de la diócesis que es la catedral, la vida de las diversas comunidades esparcidas por toda la arquidiócesis. Y en primer lugar, les trasmito la gratitud de las comunidades de Aguilares, que han recibido la ayuda de tantas comunidades cristianas. De su carta de agradecimiento, leo estas frases: "El esfuerzo de ustedes ha contribuido a que nuestras familias tengan un vestido que ponerse y algo que comer para los momentos más duros. Además, hemos logrado pagar deudas contraídas por gastos en sacar a los familiares presos, en medicinas para curarnos de enfermedades adquiridas durante los días que vivimos a la intemperie. Esto nos viene a dar una muestra clara de cómo, día a día, el pueblo va comprendiendo y viviendo junto a los necesitados y mostrando en la práctica su amor, dando un apoyo y colaboración a un pueblo que sufre". Hermanos, esta frase vale más que todos los elogios y yo les felicito a todas las comunidades que sintieron con la pobre población mártir de Aguilares y les han ayudado a sobrellevar esta terrible prueba. Ojalá este gesto sea imitado siempre que haya pueblos que sufren. Y los hay siempre.

En San Antonio Los Ranchos, el club de jardinería católico invita a una exposición de artesanía del maíz en Chalatenango, del 18 al 24 de diciembre. En la parroquia de La Palma, se celebran horas santas por la arquidiócesis, por su obispo. Yo les felicito y al padre Vito le quiero decir que siga su apostolado de plegaria y de difusión de literatura bíblica y catequística. En aquella humilde comunidad, parece mentira, se hacen cosas que no se hacen donde

hay más comodidades. Se difunde mucho la literatura de comentarios a la Biblia y de instrucción catequística en los hogares.

Tuvimos la dicha de visitar esta semana las comunidades de Citalá y las hermanas Oblatas al Divino Amor; en Tonacatepeque, con la fiesta titular de San Nicolás; en *Domus Marie*, a la convivencia de religiosas dedicadas a la pastoral directa; en el Colegio Belén, a la convivencia y estudio de religiosas carmelitanas. Y felicitamos también aquí a las religiosas y sacerdotes, seminaristas, que han estado desarrollando un curso de teología promovido por la Universidad Centroamericana. Hemos visitado también La Libertad con motivo de sus fiestas de la Inmaculada; San Antonio Abad, para impulsar un esfuerzo de unificación de sectores, allá un poco divididos; en Ayutuxtepeque, para animar la comunidad a la construcción de su casa parroquial; anoche en Santa Lucía, para confirmar a un grupo de jóvenes. Quiero felicitar al padre Astor por tratar de llevar esta pastoral de la confirmación tal como la quiere la Iglesia: unos jóvenes preparados debidamente y, después de un retiro espiritual, saber lo que van a recibir en la imposición de las manos del obispo, la plenitud, la gracia del Espíritu Santo que les confirma en su fe para llevar una juventud digna.

Hoy, en Santa Tecla, continúan las reuniones en el Colegio de Fátima para que los laicos vayan promoviendo, como ya lo están haciendo, las comunidades eclesiales de base. También este día, a las 10:00, en San Antonio, colonia América, habrá una fervorosa primera comunión. En Suchitoto, se celebra pasado mañana la fiesta de Santa Lucía; tendremos la dicha de estar con nuestro querido antecesor, monseñor Chávez y González. Así como en Tacachico, se celebra, el 14, la Inmaculada y San Pablo. El sábado, en San José Villanueva, una comunidad de religiosas pasionistas va a ir a hacerse cargo del cuidado pastoral de aquel pueblo. Por la mañana, pues, tendremos allá la dicha de llevarlas. En La Vega, el próximo domingo, la fiesta de la Virgen de los Remedios. En San Rafael Cedros, promoción de una academia de corte y confección.

Y la iniciativa que lanzamos aquí acerca de la Navidad con más sentido de caridad cristiana, queremos agradecer la acogida que ha encontrado en varias personas. Y a la vendedora de tarjetas que nos envió su aviso de que los pobres se ganan la vida vendiendo tarjetas, le digo que tiene razón; pero que si promove-

mos que, en vez de tarjetas, se regalen vestiditos, zapatitos, otras cosas a los pobres, tendrá siempre su negocio. La cuestión es cambiar de mercancía, dándole a nuestra caridad también un sentido más útil. Ya me dio mucho gusto oír una protestante que me dijo que había atendido el llamamiento y que este año, en vez de regalar regalos de Navidad, va a dar un par de zapatitos a un niño pobre descalzo.

Y finalmente, hermanos, y esta sea como la portada de la homilía más bella: la Virgen de Guadalupe. Mañana, en toda América Latina, esta Inmaculada morena que quiso hacerse nuestra, de nuestra raza, la Virgen madre de Dios, recibe el cariño filial de tantos pueblos que oyen como dicho a ellos la palabra que la Virgen en el Tepeyac dijo a Juan Diego. Y oigámoslo cada uno muy cerquita de nuestro corazón: "¿Que no estoy yo aquí que soy tu madre?". Vamos a sentirla cerquita hoy, a las 7:30 de la noche, de la iglesia de San José de la Montaña, de la parroquia de San José de la Montaña, la peregrinación hacia la basílica de Guadalupe; y allá, a las 9:00 de la noche, al llegar la procesión, celebraré la santa misa que será transmitida por esta emisora. Quiero felicitar a todos los que, aunque no se llamen Guadalupe, sin embargo son hijos muy queridos de esta Virgen morena latinoamericana.

Queridos hermanos, todo esto nos está diciendo, pues, que la Iglesia se robustece. Está trabajando en tantas partes, precisamente al servicio de la salvación. En las lecturas de hoy, yo encuentro estos tres pensamientos que son el resumen de mi mensaje: primero, solo Dios puede salvarnos; segundo, Dios salva en la historia de cada pueblo; y tercero, la misión de la Iglesia es hacer que la historia de su pueblo sea historia de salvación.

Solo Dios puede salvarnos

Esto es lo que se deduce de las lecturas, en primer lugar, que solo Dios puede salvar. Y el objeto de estas predicaciones, queridos hermanos, es repetir lo del Concilio Vaticano II ante aquellos que esperan que la solución de los problemas de la tierra va a venir del esfuerzo humano y que habrá, un día, un paraíso en esta tierra creado por los hombres. Eso —la Iglesia lo ha dicho siempre— es mentira. Los hombres no podemos dar la salvación

que la humanidad necesita. Con el Concilio Vaticano II decimos más bien: "Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo, a fin de que pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido dado al mundo otro nombre en el cual los hombres puedan salvarse fuera del nombre de Jesús. Igualmente cree la Iglesia que la clave, el centro y el fin de toda historia humana se halla en Jesucristo su Señor y Maestro". Bajo la luz de Cristo, la Iglesia sigue predicando al mundo que la salvación no puede venir de los hombres, sino de Dios. GS 10

Y si buscáramos un resumen para las lecturas de hoy, las tres nos están diciendo lo mismo. En la primera lectura, el profeta Isaías nos dice: Dios vendrá y nos salvará. En la segunda lectura, el apóstol Santiago dice: "Manteneos firmes porque está cerca la venida del Señor". Y en el Evangelio, Juan Bautista, prisionero en el Maqueronte, junto al Mar Muerto, le manda a preguntar a Cristo: "¿Eres tú el que ha de venir?". ¿Eres tú el Dios que está esperando la humanidad sin el cual no puede haber salvación? Hermanos, es que la salvación que la Iglesia predica no es una salvación a ras de tierra; por eso molesta cuando se dice que la Iglesia se hace política y comunista y subversiva. Is 35, 4 St 5, 8 Mt 11, 3

La Iglesia mira con lástima a estos liberadores que no tienen la audacia de levantar sus esperanzas hasta donde la Iglesia las puede levantar. La Iglesia desarma todas las liberaciones que puede ofrecer cualquier movimiento que no tenga en cuenta la fe y la esperanza cristiana. La liberación que la Iglesia espera y proclama es una liberación que parte de la verdadera libertad del corazón del hombre, del pecado. Por eso, tiene que esperar de un Dios que puede perdonar el pecado, la raíz de la liberación. La liberación que la Iglesia espera es una liberación cósmica. La Iglesia siente que es toda una naturaleza la que está gimiendo bajo el peso del pecado. ¡Qué hermosos cafetales, qué bellos cañales, qué lindas algodoneras, qué fincas, qué tierras, las que Dios nos ha dado! ¡Qué naturaleza más bella! Pero cuando la vemos gemir bajo la opresión, bajo la iniquidad, bajo la injusticia, bajo el atropello, entonces, duele a la Iglesia y espera una liberación que no sea solo el bienestar material, sino que sea el poder de un Dios que librará de las manos pecadoras de los hombres una naturaleza que, junto con los hombres redimidos, va a cantar la felicidad en el Dios liberador.

Qué hermoso canto de libertad el que hemos escuchado hoy en la primera lectura. El profeta Isaías se torna poeta para
Is 35, 1-2 cantar esta liberación. "El desierto y el yermo se regocijarán. Se alegrarán el páramo y la estepa —¿quién puede cambiar un desierto en jardín? Solo Dios—, florecerá como flor de narciso, se alegrará. Tendrá la gloria del Líbano, la belleza del Carmelo y del Sarón". Son bellezas de aquellos paisajes palestinos que se alejaron del desierto, pero que Dios es capaz de trasplantar otra vez y hacer florecer en belleza la naturaleza. Son imágenes que, trasladadas al ambiente humano, se convierten según el profeta:
Is 35, 3.5-6.10 "Fortaleced las manos débiles, robusteced las rodillas vacilantes. Mirad, se despegarán los ojos del ciego, los oídos del sordo se abrirán. Saltará como un ciervo el cojo. La lengua del mudo cantará. Volverán los rescatados del Señor". Es la liberación com-
Mt 11, 4-6 pleta, es la que Cristo mismo le manda a decir a Juan Bautista: los ciegos ven, decid a Juan Bautista lo que estáis viendo, los muertos resucitan, se predica el Evangelio a los pobres. ¿Qué, no son estas las señales de la venida del Mesías? ¿Por qué manda a preguntar el prisionero del Maqueronte? ¿Se ha vuelto pesimista? No, Juan Bautista quería confirmar en sus discípulos la fe en el Mesías. Y volvieron convencidos de que Cristo era el Dios que había venido ya a salvar al mundo pero con una liberación que ni Juan Bautista había concebido en toda su grandeza.

A mí me parece, según algunos intérpretes, que Juan Bautista encontró aquí una corrección a su predicación. Juan Bautista acentuaba mucho un carácter escatológico, como un día del Señor que ya viene con ira a corregir a los pecadores. Era el profeta que sentía arder en sus entrañas la injusticia que veía a su alrededor, el atropello de tanta gente y sentía que Dios no puede
Mt 3, 7.10 tolerar estas situaciones injustas y así hace decir: raza de víboras, ¿que no os dais cuenta que ya está puesta el hacha al tronco para hacer caer el árbol? Y Cristo viene con más mansedumbre. Y Cristo, a este profeta impaciente, le manda a decir: tened pa-
St 5, 7 ciencia —como dice Santiago en su carta de hoy—, la señal del Mesías es bondadosa.

Él viene a salvar también a lo que está perdido, pero desde el ámbito de su conversión. ¡Conviértanse! Como tú lo has predicado, yo también lo predico; pero predico una conversión que haga sentirse al pobre no triunfalista, sino en verdadera pobreza, que todo se apoya en Dios, y que sienta frente al rico no un

resentimiento ni un odio, sino que sienta que tiene que convertir también al poderoso para que se haga pobre de espíritu y, desde la pobreza, que siempre tiene que existir en el mundo porque desde allí lanza Dios su mensaje de conversión a todos los hombres, poderosos y ricos tienen que deponer actitudes de orgullo, de autosuficiencia, de poder, y hacerse pobres de espíritu aun cuando tengan riquezas, no importa, pero que las sepan utilizar como mendigos de Dios y que sepan sentirse pobres frente a nuestro Señor y hermanos de todos los pobres.

Ese es el mesianismo que Cristo anuncia y que la Iglesia sigue predicando. Por eso, hermanos, tiene que ser una salvación que solo Dios puede dar. Los hombres pueden sembrar rencores, los hombres pueden poner armas en las manos de los débiles. Los hombres pueden dar leyes tremendamente represivas. Los hombres pueden atropellar con armas y con poder pero, como nos dijo el diplomático que les he leído hoy, eso no trae la verdadera salvación; y no solo desde una perspectiva diplomática sino desde el Evangelio, les estoy diciendo ahora: una salvación que la cristiandad, el mundo creyente en Cristo, espera tiene que venir solo de Dios.

Por eso, en estos días de Adviento, hermanos, mucha oración: "Ven, Señor Jesús"; o como le está clamando la Iglesia en su rezo al rey que ha de venir: ¡Venid adorémosle! Lloved, oh cielos[7], como la lluvia espera la tierra reseca y de la tierra germina el brote de las nuevas cosechas, así esperamos la venida del Redentor. Esto es, queridos hermanos, el primer pensamiento de estas lecturas de hoy. Solo Dios puede salvar y en el corazón del hombre tiene que despertar una gran esperanza de que Dios nos va a salvar.

Ap 22, 20
Is 45, 8

Dios salva en la historia de cada pueblo

Pero, segundo, la salvación de Dios se hace en la historia. Dice el Concilio: "En todo tiempo y en todo pueblo es grato a Dios quien teme y practica la justicia. Sin embargo, fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente". Y sigue

LG 9

[7] *Cfr. Rorate, coeli;* antífona de Laudes, en el *Breviarum romanum,* correspondiente a la tercera semana de Adviento.

describiendo: ese pueblo fue Israel y por eso la historia de Israel no se parece a las historias de los otros pueblos, tiene una garantía muy suya, no hemos de confundir esto. La historia de Israel es una historia teocrática; Dios la va escribiendo con sus profetas, con sus hombres, con sus hechos. Los hechos, los acontecimientos históricos de Israel, tienen un sentido profético. Lo que hace Dios con Israel, quiere hacerlo con los demás pueblos. De la Biblia, de la historia sagrada, tienen que aprender los otros pueblos; es el paradigma de todas las historias. Por eso, esta primera lectura de hoy, los salvadoreños la leemos y anhelamos que, así como Judá se restaura volviendo del destierro de Babilonia y convirtiendo las calzadas del desierto en jardines y Judá vuelve a florecer en santidad y justicia, purificados los pecados sociales, así volverá a El Salvador una salvación que espera la purificación de los pecados de nuestra historia, que espera la moderación de tantos abusos, que espera la elevación de promoción de tantos marginados.

Dios quiere salvar en la historia. Los salvadoreños nos salvaremos en nuestra historia nacional. No tenemos nosotros que copiar de otras historias. Tenemos que ser autóctonos, conocer nuestras verdaderas causas del mal. Y como salvadoreños, todos sin excepción tienen el derecho y el deber de participar en el bien común de la patria. No es patrimonio de un solo partido, no es privilegio de unos cuantos que están en el poder o en las armas; es el derecho de todo salvadoreño que siente en su corazón el dolor de su patria y tiene que colaborar, encontrando cauces políticos para desarrollar su aportación personal, cívica, al bienestar de todo el país. Dios quiere salvar a El Salvador por sus salvadoreños, por sus políticos, por sus profesionales, por su gente del campo, por todo lo que se llama lo salvadoreño y todo aquello que ha venido a trabajar con lo salvadoreño.

La misión de la Iglesia es hacer que la historia de su pueblo sea historia de salvación

Por eso, hermanos, y este es el tercer pensamiento, la Iglesia sirve en cada país para hacer de su propia historia una historia de salvación. La Iglesia no es extranjera en ningún país. Si es cierto que vienen agentes de pastoral, sacerdotes como el padre Mallizori, italiano que muere en El Salvador, religiosas que

dejan la ternura de sus hogares y de su patria para venir a trabajar con nosotros, esto significa la universalidad de este mensaje que santifica todos los pueblos. El extranjero, entre comillas, que trabaja aquí en El Salvador es más salvadoreño que el salvadoreño que no respeta la idiosincrasia de los salvadoreños.

La patria se construye sobre estos designios de Dios, y la verdadera vocación de mi patria es ser una patria de salvación. La verdadera vocación de los salvadoreños está en que lleguemos un día a constituir ese reino de Dios. No solo bautizados de nombre, sino efectivamente cristianos, comprometidos a hacer de nuestros hogares, de nuestras haciendas, de nuestras fincas, de nuestros caminos, de nuestras leyes, toda una estructura de salvación, toda una estructura donde el salvadoreño se sienta verdaderamente realizado como cristiano, capaz de adorar con libertad a su Dios y con toda libertad proclamar la religión integral que Dios le manda proclamar.

Reunirse en reuniones de reflexión de la palabra, sin temor a vigilancias o a malos informes; amar a su Dios reuniéndose en sus capillas sin que se sospeche de que anda haciendo otra cosa, esta es la libertad que la Iglesia predica. Y por eso decía aquel obispo húngaro: cuando el himno de mi patria ya no se pudo cantar en las calles de la ciudad, se pudo cantar en las iglesias de mi patria. En las iglesias siempre se cantará: "Orgullosos de hijos suyos podernos llamar"[8] a nuestra patria, porque sentimos que la patria es esta: una historia donde Dios está realizando su gran trabajo de salvar a los que han tenido la dicha de nacer en este suelo. Que nadie sienta vergüenza de llamarse salvadoreño; que sintamos todos la satisfacción, el orgullo de vivir en una patria donde servimos al bien común sin temores, sin que se sospeche; y desde nuestro servicio de bien común, estamos labrándonos la felicidad de la salvación eterna.

Esta es la patria del Adviento, de la Navidad, la que Cristo nos manda ofrecer, por medio de su Iglesia, a los que tienen en sus manos las riendas, los destinos, los poderes económicos, sociales, políticos, para que construyan junto con un pueblo tan de buena voluntad, donde si es cierto que hay terrorismo y hay maldades, no será la culpa el no haberlo comprendido bien.

[8] *Himno Nacional de El Salvador*.

Hermanos, esta es la tarea de la Iglesia en la historia de cada país: hacer de cada historia, de cada país una historia de salvación.

Esos son los tres pensamientos, pues, que —como mensaje de este tercer domingo de Adviento— nos vamos a llevar para vivir la esperanza. Nadie sea pesimista, hermanos. Como Santiago apóstol, les repito: "Tened paciencia". Pero no una paciencia que es conformismo, no una paciencia que adormece. Tened paciencia, dice el apóstol, y trabajad vuestra propia perfección, promoveos, haced el bien, esperando que esta historia de nuestra patria, en la medida en que la trabajemos, será verdaderamente, no la historia de Israel que se copia aquí, sino la historia de Dios, que en Israel hizo maravillas y que las quiere hacer aquí, en El Salvador, con elementos propios de nuestros incomparables paisajes salvadoreños. Así sea.

St 5, 7

La Iglesia en América Latina

Nuestra Señora de Guadalupe
12 de diciembre de 1977

[...] está terminando[1] en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe la tradicional procesión. Una procesión que no solo se hace en esta ciudad; una procesión que recorre todos los pueblos de América Latina en pos de una Virgen que es muy nuestra. Apenas ingresado nuestro continente a la civilización, María acudió a la montaña del Tepeyac para presentarnos una presencia de la Iglesia con fisonomía muy propia. No era una mujer europea, ni una india de nuestro continente recién descubierto, es la expresión del mestizaje, la raza nueva que en aquel momento surgía en la historia. Y así, la dulce morenita del Tepeyac va a ser, desde entonces, también la que da la fisonomía propia a la Iglesia de este continente.

A mí me interesa mucho, queridos católicos, que tengamos de nuestra religión el concepto auténtico, ahora tan falseado, tan calumniado, y que tengamos la idea de un Dios que, al traernos la cruz de su Cristo a nuestro continente, quiso personificar esta religión redentora en la figura bendita de María bajo esa fisonomía propia de América Latina. Y así surge una Iglesia, principalmente, me parece a mí, con estas tres características que marcan la fisonomía propia de nuestra idiosincrasia, de una Iglesia que redime al continente latinoamericano con la potencia del Evangelio pero con característica propia; son estas tres: el espíritu de pobreza, su inserción en la historia de nuestros pueblos y el connubio inseparable entre la evangelización y la promoción.

[1] El saludo y las palabras iniciales no están registradas en la reproducción magnetofónica de la homilía.

Tratemos de explicar brevemente, en honor de la Virgen de Guadalupe, para utilidad de nuestra fe, estas tres notas que le dan la fisonomía propia al catolicismo latinoamericano.

El espíritu de pobreza

En primer lugar, digo que se caracteriza María y la Iglesia en
LG 55 América por la pobreza. María, dice el Concilio Vaticano II, se destaca entre los pobres que esperan de Dios la redención. María aparece en la Biblia como la expresión de la pobreza, de la humildad, de la que necesita todo de Dios y, cuando viene a América, su diálogo de íntimo sentido maternal hacia un hijo, lo tiene con un indito, con un marginado, con un pobrecito.

Así comienza el diálogo de María en América, en un gesto de pobreza. Pobreza es hambre de Dios. Pobreza es alegría del desprendimiento. Pobreza es libertad. Pobreza es necesitar al otro, al hermano, y apoyarse mutuamente para socorrerse mutuamente. Esto es María y esto es la Iglesia en el continente. Si traicionó alguna vez la Iglesia su espíritu de pobreza, no fue fiel al Evangelio que la quería destacada de los poderes de la tierra, no apoyada en el dinero que hace felices a los hombres, apoyada en el poder de Cristo, apoyada en el poder de Dios: esta es su grandeza. Por eso María le enseña a la Iglesia, principalmente en América Latina, entre los pueblos pobres, entre la gente descalza, entre la gente marginada, la necesidad de esa virtud para salvarse. No es que estén condenados los que tienen, sino que tienen que hacerse humildes, tienen que hacerse pobres, necesitados de Dios, si quieren encontrar el perdón y la gracia de la salvación. No hay otro camino y, en América Latina, la Virgen y la
Mt 5, 3 Iglesia marcan este grito de redención: "Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos". Le damos gracias a María por haber marcado, desde el inicio de nuestra civilización cristiana en el continente, con esa marca bendita de la pobreza evangélica, a la cual nos está invitando en esta noche para ser felices, con la felicidad del Evangelio.

Su inserción en la historia de nuestros pueblos

En segundo lugar, queridos hermanos, María es la imagen de una Iglesia que no quiere sentirse al margen de la historia, sino que

quiere estar en plenitud en la vida de los pueblos. Apenas descubierta América, María se insiere, María vive con nuestra historia. Aquí está la muestra: nuestro pueblo siente que María es algo del alma de nuestro pueblo, y así lo sienten todos los pueblos latinoamericanos. Nadie se ha metido tan hondo en el corazón de nuestro pueblo como María. María, pues, es la imagen, también un reclamo, de una Iglesia que quiere estar presente con la luz del Evangelio, como Dios la quiere, en la civilización de los pueblos, en las transformaciones sociales, económicas, políticas. No se puede prescindir de un Evangelio que nos amamantó; no podemos traicionar una Iglesia, un Dios que nos ha dado los secretos de los verdaderos caminos por donde los hombres se hacen felices.

Una Iglesia al margen de la historia no sería la Iglesia redentora de los hombres. Una Iglesia que quiere estar presente, como María, en el corazón de cada hombre y en el corazón de cada pueblo es la verdadera y auténtica Iglesia de Cristo. Por eso bendecimos a María de Guadalupe, por habernos dejado este gesto sublime de vivir tan hondo en el corazón de nuestro pueblo. Y hagamos entonces, queridos católicos, porque ustedes y yo somos la Iglesia, que la Iglesia que llevamos por nuestra fe sea luz del mundo, sal de la tierra, ejemplo en el hogar, fidelidad al deber bien cumplido; ser salvadoreños que tratan de hacer honor a su trabajo, a su honradez, a su fe para que no suceda aquello que dice el Concilio: el pecado más grave de nuestro tiempo es el divorcio entre la fe y la vida. Que esa fe de nuestra Iglesia, que llevamos desde nuestro bautismo, sea la sal y la luz en medio del mundo en que nos toca vivir.

Mt 5, 13.14

GS 43

El connubio inseparable entre la evangelización y la promoción

Y finalmente, hermanos, María es el modelo de una Iglesia que sabe conjugar la evangelización y la promoción. Una evangelización sin el amor al hombre para promoverlo sería una evangelización falsa, mutilada. Una religión que no se preocupa de promover a nuestro pueblo, de enseñar a leer a nuestros analfabetos, de incorporar a la civilización tantas marginaciones de nuestra sociedad, no sería la verdadera Iglesia redentora. Evangelizar y promover: he ahí la gran tarea; como María, que no solamente cree

y es feliz por su fe, sino que al pie de la cruz, junto al Redentor, es la colaboradora más íntima de la gran promoción de la renovación cristiana de los hombres.

Esta es la verdadera promoción, la verdadera liberación que la Iglesia aprendió de María y de los grandes cristianos, a renovar al hombre, porque no puede haber un continente nuevo sin hombres nuevos, sin corazones renovados por la redención cristiana, sin corazones y almas que sean como María, santos que al pie de la cruz saben desparramar la sangre redentora de Cristo para salvar a las sociedades de nuestro continente.

M 1, 3

Bendito sea Dios, hermanos, que la Virgen de Guadalupe es todo un signo de nuestra religión. Tratemos de imitarla, que nuestra presencia aquí no sea solamente una procesión folclórica, sino que sea una reflexión profunda para vivir como ella, insertos en la sociedad, pero llevando a ella la sal de nuestra fe y promoviendo esos cambios profundos que nuestra sociedad exige para no vivir en un ambiente de pecado, sino para convertirnos a la verdadera redención.

Vamos a ofrecer, unidos con María, la gran devota, la gran cristiana, la gran latinoamericana, la Virgen de Guadalupe presente en el alma de cada uno de nosotros, para ofrecerle a Dios el sacrificio inmaculado del cuerpo y de la sangre de Cristo que redime a nuestros pueblos.

La vida religiosa

San José Villanueva, La Libertad
17 de diciembre de 1977

Isaías 7, 10-14
Romanos 1, 1-7
Mateo 1, 18-24

[...] momento[1] de salvación el que está viviendo en este momento San José Villanueva. La palabra de Dios que va a ser leída en todos los templos del mundo desde esta tarde y mañana, cuarto domingo de Adviento, nos anuncia ese proyecto salvador de Dios que se realiza en Cristo, el cual toma un nombre que es toda una esperanza: Emmanuel, Dios con nosotros. Y San Pablo Mt 1, 23
ha comentado cómo ese proyecto de Dios está llegando hasta ustedes. Les dice a los romanos muchos años después de Cristo, Rm 1, 6
y ahora podemos decir nosotros: hasta ustedes, habitantes de San José Villanueva en esta mañana, que está llegando ese proyecto salvador del Señor.

A todos ustedes, que han tenido la bondad de venir a recibir esta comunidad de hermanas pasionistas que va a trabajar pastoralmente en este pueblo, les cabe la dicha de ser los que han recibido este anuncio de salvación para que también lo lleven a todo el pueblo. Lo mismo a todos aquellos que han venido de otras comunidades, los saludo y siento, pues, un momento misionero, un momento de Iglesia salvadora de los pueblos.

Tanto más, que ahora estas hermanas pueden decir como San Pablo ha dicho en su epístola: siervo del pueblo de Dios para Rm 1, 1

1 El saludo y las palabras iniciales no están registradas en la reproducción magnetofónica de la homilía.

anunciarles la salvación, apóstol segregado desde la misma originalidad de su ser. Para eso le había escogido el Señor, como escoge las vocaciones a la vida religiosa o a la vida sacerdotal o a la vida catequística, son verdaderas selecciones de Dios, y San Pablo se siente así agradecido y comprometido para anunciar esa palabra de salvación. Eso es ser siervo de Cristo, anunciarles ese proyecto salvador de Dios que no lo pueden comprender los
Is 7, 13 hombres. Ya oyeron en el profeta Isaías cómo el rey Acaz, bajo el pretexto de una religiosidad falsa, no quiso oír ese signo que
Mt 1, 19 Dios le mandaba. Oyeron también cómo el pobre San José se turba, se desconcierta. Cuando Dios realiza estos proyectos, los hombres sentimos el estremecimiento de nuestra pequeñez, de nuestra incomprensión. No se extrañen, entonces, que el mundo no pueda comprender este proyecto salvador de Dios y muchas veces se desaten las persecuciones contra su Iglesia; y entonces, más que nunca, cuando se obscurecen más las tinieblas, es cuando hay que ser más luz, no hay que desanimarse.

En estas circunstancias, viene esta misión de hermanas pasionistas a San José Villanueva, a hacer luz en este rinconcito de la patria y a predicar así, con su palabra sencilla, con su mensaje de pasionistas, que Dios está salvando al mundo. Me dio mucho gusto oír en la oración de hoy, que vamos a rezar mañana, cómo le pedimos los cristianos al Señor que los que hemos conocido por el anuncio del ángel la encarnación de su Hijo lleguemos por su pasión y su cruz a la gloria de la resurrección[2]. Pasión y cruz es el carisma de estas hermanas religiosas, por eso se llaman pasionistas, como los padres pasionistas que fundó un gran santo[3] en la Iglesia con este carisma: de que predicaran la cruz, de que no hay salvación fuera de la cruz, fuera de la misión dolorosa de Cristo, que sigue siendo la misión dolorosa de la Iglesia.

Hermanos, yo siento la impresión, para usar una comparación del Concilio, que hoy estamos sembrando aquí una matita,
LG 43 sembrando una semilla, porque dice el Concilio que la práctica de los consejos evangélicos vividos en la vida religiosa son como una semilla que el Señor ha plantado en su Iglesia y que la Iglesia, cuidándola con tanto cariño, ha llegado a ramificarse enormemente en muchas comunidades, muchos modos de vivir los

2 *Cfr*. Oración colecta del cuarto domingo de Adviento.
3 San Pablo de la Cruz.

consejos evangélicos. De tal manera que el árbol crece y crece y surgen congregaciones, surgen órdenes, diversas maneras de vivir los tres votos que vive una vida religiosa. Estas mujeres están consagradas a Dios con los tres votos de la vida religiosa: voto de pobreza, de castidad y de obediencia.

Pobreza

Por esos tres votos, ellas han renunciado a poseer, no son dueñas de nada. Como Cristo, pueden decir: "El Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza", porque quieren imitar a Cristo en esa libertad alegre del desprendimiento. No sentirse apegadas ni sentirse timoratas por los que tienen, por los poderosos del dinero; no nos estorban ni nos afligen; simplemente, queremos convertirlos, salvarlos desde un voto, desde una situación de pobreza. Lc 9, 58

Aquí, las hermanas viviendo su pobreza auténticamente con la gente pobre del pueblo, pueblos pobres los nuestros, no para gritar que hay que tener resentimientos y hay que tener luchas y revoluciones, nada de eso. Vivir la pobreza con la sencillez con que Cristo, con que la Virgen, con que San José, los apóstoles y todo lo bueno de la Iglesia la ha vivido: el desprendimiento. Y enseñar a todos que la vida no se instala aquí en este mundo, sino que va caminando desprendida hacia los verdaderos bienes del cielo, que ya ellas los significan, los viven ya presentes aquí en la tierra. Esa es una de las misiones de la vida religiosa: en el voto de pobreza indicar al mundo que las riquezas de la tierra tienen su valor, pero son transitorias; que los verdaderos bienes, ya ellas, desprendiéndose por su voto de pobreza, los viven en su corazón. ¡Qué mensaje más bello! Ven, hay que vivirlos, pues, en esta hora en que la pobreza no debe tornarse un motivo de revoluciones, ni de desconciertos, ni de desalientos, ni de resentimientos, sino al contrario, aceptarla con el amor con que Cristo abraza a su cruz para salvar al mundo.

Castidad

Ellas hacen también un segundo voto, voto de castidad. Es decir, ellas no pueden casarse, renuncian al matrimonio, renuncian a tener una familia aquí en la tierra, a dar apellidos en la tierra;

pero qué contraste más bonito, a cambio de esa renuncia reciben ellas el nombre de todo el pueblo: las madres, las hermanas, la familia de todos, como decía Carlos de Foucauld, el hermanito menor de la humanidad.

Esto son las religiosas, por su voto de castidad saben que el matrimonio es santo y que es necesario que haya hombres y mujeres que se casen, bajo la bendición de Dios, para que siga poblándose el mundo y dando hijos para la patria y para el cielo; pero ellas saben que el matrimonio puede convertirse también en una fuente de apegos, de amores, de cosas de la tierra, y le invitan a los casados, a las familias de la tierra, que vivan con el gran corazón del amor del Padre celestial y que en todas las familias se viva de veras esa filiación divina y ese mensaje, que ellas, con su voto de castidad, están anunciando aquello que decía Cristo: en el cielo ya no existe el matrimonio.

Lc 20, 34-36

Y dando testimonio de ese cielo, donde todos viviremos como ángeles de Dios, el celibato aquí en la tierra, renunciando a los placeres del matrimonio y de la carne, les dicen a los que se casan: es santo su matrimonio, pero mucho cuidado, no se vayan a perder por tener entre sus manos un valor que no lo saben manejar. El matrimonio para muchos casados se convierte en una fuente de pecado; para muchos hombres y mujeres, los atractivos de la carne son peligrosos, son pecaminosos, ensucian, enlodan. Mucho cuidado, jóvenes. Y qué hermoso mensaje el de las religiosas en un pueblo para decirle a la niñez inocente, a la juventud que lucha con las pasiones viles del mundo, este testimonio del celibato, este testimonio de la virginidad, de la castidad. No quiere decir, pues, que el matrimonio sea malo y por eso ya no se casan, sino decirles: el matrimonio es bueno pero hay que mantenerlo bueno con los ideales angelicales de Dios.

Obediencia

Y en tercer lugar, queridos hermanos, las religiosas son las mujeres que viven un voto de obediencia. En estos tiempos de tanta rebeldía, en estos tiempos en que también se abusa de la obediencia queriendo imponer leyes injustas, en este tiempo en que se falsifica tanto la rebeldía como la autoridad, es necesario tener conceptos claros. Ellas, las religiosas, con su voto de obediencia, han renunciado a su propia voluntad para hacer caso a

una superiora. Nosotros nos hemos entendido con una superiora para ver si quería fundar aquí en San José Villanueva. Y el estilo de la obediencia no es: "¡Vayan, allá ustedes!", sino que es un diálogo.

Hoy se va comprendiendo cada vez mejor, es un sentido de corresponsabilidad; la superiora llama a su congregación y dice: "Nos han pedido en la Arquidiócesis de San Salvador una fundación en San José Villanueva, quiénes quieren ir, qué ventajas ven, o no aceptamos". Y dialogan profundamente y, después de un diálogo, las que se comprometen... En este caso, ya las van a conocer, ya las oyeron en la lectura: son la hermana Teresa Tario y la hermana Rosa Lilian Castaneda; ellas van a decir alguna palabrita después; pero les estoy explicando que ellas han venido aquí no por una imposición.

La autoridad en la Iglesia es muy bonita. La autoridad en la Iglesia es gustosa, es ir a desarrollar su personalidad, es vivir libremente allí donde la obediencia las quiere. Cuando ellas tengan dificultades, hablan con su superiora y su superiora comprensiva ve lo que hay que hacer. Así tenemos, pues, varias comunidades en nuestra diócesis. Aquí están presentes las de La Libertad[4] también, hermanas que por amor a nuestra tierra han dejado su tierra norteamericana y vivir aquí las incomodidades, intemperies de nuestras pobrezas, por el gusto con que Cristo, también obediente a la voluntad del Padre, viene a salvar al mundo, que es el gran rebelde, y no se salvará más que por la obediencia, testimonio precioso que necesitamos mucho en este tiempo, hermanos.

Libertad santa en la obediencia que le pone a la Iglesia, también, en condición de decir a los que abusan de la autoridad: antes tenemos que obedecer a Dios que a los hombres, porque la autoridad viene de Dios y hay que ejercerla según Dios. Si una autoridad se torna abusiva, como que se endiosa, "y lo que yo mando eso se hace". ¡Cuidado! —le dice la Iglesia—, solo lo que Dios mande es lo que tú puedes mandar; si tú te pasas esos límites, ya no hay obligación de obedecerte porque ya eres simplemente un hombre que está pisoteando la ley del Señor, la ley de los derechos humanos, etcétera.

Hch 5, 29

[4] Se refiere a las hermanas religiosas ursulinas de Cleveland.

Así es que, hermanos, la obediencia como bien es una santa rebeldía, pero una rebeldía que procede de la voluntad de Dios. Nadie es tan libre como el verdaderamente obediente; por eso, estas hermanas, pues, que nos vienen a dar estos tres grandes testimonios incorporadas a la vida de la Iglesia. La diócesis tiene grandes misiones entre nosotros.

Y aquí voy a dejar la palabra a monseñor Urioste, que es el encargado de la pastoral de la diócesis, para que les diga cómo estos carismas, estos dones, estos votos, esta semilla preciosa de la vida religiosa, se va sembrando en tantas parroquias y pueblos donde no hay párrocos. ¿Con qué finalidad? He ahí el proyecto que ahora les va explicar monseñor Urioste.

Dios viene a salvarnos

Cuarto domingo de Adviento
18 de diciembre de 1977

Isaías 7, 10-14
Romanos 1, 1-7
Mateo 1, 18-24

Ya en las proximidades de la Navidad, las lecturas de la palabra de Dios nos hablan de esa cercanía que debe llenarnos de gran esperanza. Dios viene a salvarnos, podía ser el título de esta homilía de hoy. Dios viene y hemos de sentir sobre nuestros pesimismos, sobre nuestros desconciertos, que, a pesar de que el horizonte de la vida y de la historia se siente como cerrado, Dios viene y abrirá caminos de luz; solamente nos pide corresponder con fe, con confianza en Él.

A la luz de esta cercanía y viviendo profundamente esta esperanza, hemos de reflejar con esta alegría del corazón, que no es una alegría superficial, como muchos la tienen en Navidad, sino la alegría profunda de una fe, hemos de reflejarla, digo, sobre las realidades que nos circunscriben, porque somos gente que lleva sus pies en la tierra y vive una historia y no puede prescindir de sus convicciones, de sus esperanzas íntimas, cuando siente también las repercusiones de la realidad que lo circunda. Cada uno lleva sus propias realidades, sus problemas personales; cada familia también tiene su historia, y la familia de familias, que es la patria, también está construyendo su historia y el reino de Dios, que lo formamos quienes queremos humildemente seguir a ese Cristo, a ese Redentor. Tenemos que ser un pueblo luz, un pueblo fuerza, un pueblo que, como el mismo Cristo lo definió, sea levadura en la masa, luz del mundo, sal de la tierra, y

Lc 13, 20-21
Mt 5, 13.14

este es el objeto de esta predicación dominical. Yo le agradezco al Señor y a la buena voluntad de ustedes, queridos radioyentes y queridos amigos que visitan la catedral y la llenan, porque esa presencia y esa atención ya es un signo de profunda esperanza. Construyamos todos los que nos sentimos responsables, bautizados en Cristo, formando, por tanto, este pueblo redentor del mundo, construyamos un reino de Dios que sea sólido, íntimo, santo, en el seno de una comunidad para que desde allí irradie la belleza, la esperanza, la luz que nuestra patria espera.

Hechos de la semana

Así, me parece que sintoniza maravillosamente con este pensamiento de la arquidiócesis el mensaje mismo del Papa, que apenas esta semana dirigió al nuevo embajador de El Salvador ante la Santa Sede, don Prudencio Llach. El Papa, según la noticia que leemos en la prensa, elogió "el empeño del pueblo salvadoreño por mejorar sus condiciones generales de vida a partir de la visión global del hombre y de la humanidad enseñada por la Iglesia"[1]. La visión que la Iglesia tiene sobre el hombre y sobre su colectividad hay que tenerla en cuenta, dijo el Papa, para mejorar las condiciones generales de vida de nuestro pueblo. El Papa también manifestó al embajador de El Salvador: la Iglesia desea "respetar en forma permanente la competencia del poder temporal —o sea, del gobierno— y acepta un diálogo constructivo con las autoridades civiles"[2].

El Papa reivindicó para la Iglesia salvadoreña "la imprescindible libertad para predicar la fe, enseñar su doctrina moral y social y ejercer su misión entre los hombres sin ninguna traba"[3]. Ese camino, dijo el Papa, puede "prevenir males y superar un clima de violencia que, desgraciadamente, ha causado también lutos en el campo eclesial"[4]. El Papa no se olvidó de nuestras víctimas, sacerdotes y colaboradores de la evangelización de nuestra patria. También destacó el Papa la necesidad de construir "una atmósfera social en la que se enmienden evidentes

1 Discurso de Pablo VI ante el nuevo embajador de El Salvador en el Vaticano, *L'Osservatore Romano,* 18 de diciembre de 1977.
2 *Ibíd.*
3 *Ibíd.*
4 *Ibíd.*

injusticias que impiden que los bienes creados lleguen de manera equitativa a todos"[5].

Este breve resumen del mensaje del Papa, el cual va a ser publicado cuando llegue íntegro, me da una inmensa alegría, porque yo encuentro aquí los pensamientos del Papa perfectamente poniéndole base a la actitud evangélica de nuestra Iglesia arquidiocesana. No hemos dicho otra cosa distinta que la que el Papa acaba de decir. Hemos defendido la visión global del hombre que la Iglesia actual está predicando aquí en El Salvador y hemos dicho que no se confunda esa visión global con otras ideologías que no son la mentalidad de la Iglesia. También hemos proclamado el respeto al poder temporal; de parte de la Iglesia no ha habido una intromisión en el poder temporal. Y también hemos aceptado, como dice el Papa, "un diálogo constructivo". Constructivo quiere decir que sea sobre bases de hechos, de sinceridad. Estamos dispuestos, como el Papa lo augura, a un diálogo, pero en un ambiente de confianza en que van a ser no solo promesas, sino hechos y sinceridad.

Esto es hermoso, es lo que hemos defendido siempre. El Papa defiende la libertad de predicar la fe de la Iglesia sin ninguna traba y que se la deje ejercer su ministerio entre los hombres. El ministerio de la Iglesia abarca también los derechos humanos, porque ella es defensora de la ley del Señor en la tierra y todo cuanto atropella la dignidad, la libertad, es parte de la misión de la Iglesia; por eso el Papa apoya, pues, el ejercicio de esta misión de la Iglesia entre los hombres sin ninguna traba. Y lamenta el Papa que haya habido "lutos en el campo eclesial" y llama a prevenir estos males, superando un clima de violencia. También hemos gritado con el Papa contra la violencia: sea la violencia que se institucionaliza, que reprime, sea también la violencia que subvierte, del oprimido, cuando se mancha esa violencia con el pecado, con el odio, con el resentimiento. La Iglesia no puede tolerar una violencia manchada de pecado.

Y también destacó el Papa, y esta idea hay que tenerla muy clara, que se debe de construir en El Salvador una atmósfera social en que se enmienden "evidentes injusticias". El Papa señala, pues, una injusticia evidente en nuestro ambiente y pide una organización social en la patria, de manera que los bienes crea-

5 *Ibíd.*

dos lleguen equitativamente a todos. Hermanos, como ven, en esta Navidad yo siento como un gran regalo del magisterio de la Iglesia esta comprobación de que la predicación de nuestra arquidiócesis va en un sentido, verdaderamente según el Evangelio, porque el Papa es para mí siempre la piedra de toque de la autenticidad de una doctrina revelada por Dios a los hombres.

Por eso me alegra, hermanos, no todo es pesimismo. Así como hemos reprobado injusticias, leyes que no están de acuerdo con el pensamiento cristiano, me alegro de haber conocido un proyecto de ley titulado: "Ley de impuesto a los inmuebles rústicos"[6]. Los considerandos hacen honor a un gobierno que se preocupa del bienestar de los sectores de menores recursos, particularmente en las áreas rurales, en las que es necesario cumplir servicios, prestaciones, para resolver los problemas de la salud, la educación, la vivienda y otros, y que naturalmente esos recursos tienen que salir de los mismos sectores agropecuarios, sin quitar por eso el entusiasmo para seguir progresando en la técnica de esos sistemas agropecuarios. Es decir, esta es la justicia cristiana y social.

Ojalá cumpliendo el deseo del Papa tengamos también, un día en El Salvador, esas leyes que tengan en cuenta sobre todo esos sectores de menores recursos, y así veremos cómo una patria, por el mismo hecho de descartar las injusticias sociales, superará los peligros del terrorismo, desaparecerán odios, diferencias, cuando las mismas leyes nos den una institución nacional conforme al pensamiento de Dios, que lo ha creado para que todos nos sintamos hermanos. Por eso también, hermanos, a la luz de este pensamiento, yo quiero hacerme solidario de doscientos ochenta niñas, doscientos ochenta varones y sesenta adultos que frecuentan la Escuela Concha viuda de Escalón, fundada hace treinta y cuatro años y que está en peligro de sufrir un desalojo injusto. Yo suplico, pues, a quienes tienen la competencia de resolver justamente este problema. Así como espero también una justa solución, con respeto a la dignidad humana, del problema laboral surgido en la fábrica Quality y en el desalojo de campesinos de la hacienda de San Francisco de Zacatecoluca.

6 Unos días después, la Asamblea Legislativa aprobó esta ley con el nombre "Ley de Impuesto Territorial Agropecuario". *Cfr. Diario Oficial*, 22 de diciembre de 1977.

Vida de la Iglesia

Quiero alegrarme también, hermanos, en esta Navidad, en esta semana, la Iglesia ha vivido momentos muy felices. Por ejemplo, el jueves, una reunión del clero muy valiosa, en que evaluamos las circunstancias en que hemos trabajado durante este año tan complicado. Creo que podría destacar tres notas de esa reunión de los sacerdotes: la sinceridad, la solidaridad con el obispo y el optimismo.

Una sinceridad en la que no se callaron las mismas deficiencias y hasta los pecados que pudimos haber cometido en circunstancias tan raras en nuestra vida eclesial de este año. Una sinceridad que nos llevaba también a buscar medios auténticos de Evangelio para construir como colaboradores de Cristo ese reino de Dios en El Salvador.

La solidaridad con el obispo me ha conmovido profundamente, de tal manera que este domingo, cuando estoy hablando aquí yo con mi voz, siento que es todo un presbiterio, todo un conjunto de sacerdotes, religiosas y laicos comprometidos en el trabajo pastoral de la arquidiócesis que me está respaldando. No es mi voz sola, una voz que clama en el desierto; sé que en cada parroquia, en cada comunidad, hay un sacerdote, una comunidad religiosa, un grupo de fieles que está plenamente solidario con el pensamiento de aquel que indignamente ha sido escogido para ser la cabeza de la diócesis y la expresión de la vida de la Iglesia de toda esta región. Yo les agradecí profundamente. Ellos se comprometieron a solidarizarse cada vez más, de tal manera, dijeron, que me devolvían aquella frase: "Quien toca a un sacerdote toca al obispo"; los sacerdotes podemos decir: "Quien toca al obispo toca a todos los sacerdotes".

Les agradezco profundamente, queridos hermanos sacerdotes, y sepan que jamás en mi conciencia traicionaré ese profundo voto de solidaridad y de confianza. También los felicito por el optimismo, la alegría, hasta para sufrir, si es necesario, por el nombre del Señor. Un propósito así, pues, está lleno de grandes esperanzas para todo nuestro pueblo, al cual le suplico que se muestre solidario, también amigo comprensivo, del trabajo de nuestros queridos sacerdotes.

En Suchitoto, junto con todos los sacerdotes del departamento de Cuscatlán, después de celebrar a la patrona Santa Lu-

cía, tuvimos una reunión que también es todo un sentido de promesa y de solidaridad. Quiero expresar aquí ya, en público, el agradecimiento de aquella parroquia y de toda la arquidiócesis a nuestro querido monseñor Chávez y González que se ha retirado con la satisfacción de decir: ¡misión cumplida! Dios lo bendiga, monseñor, y ojalá que el Señor siga bendiciendo sus años, que el Señor le conceda como bello ejemplo de fidelidad sacerdotal al trabajo, a la jerarquía, al pueblo de Dios.

Celebramos la fiesta en Tacachico en honor de San Pablo, patrono, y de la Inmaculada Concepción. Una comunidad bella, entusiasta, alegre, acogedora. Quiero felicitar al padre párroco, el joven Jorge Salinas, por lo bien equilibrado que va llevando el ministerio en aquella parroquia. Ayer sábado, llevamos a San José Villanueva una comunidad de hermanas pasionistas. Me alegró mucho el espíritu de entrega con que ellas van y la acogida generosa que el pueblo les ha brindado. Ayer también, por la tarde, estrechamos cariñosamente al padre Agustín Griseri, que celebraba en El Calvario cincuenta años de vida sacerdotal. ¡Dios lo bendiga!

Y tres avisos para finalizar esta parte, hermanos. El primero es que mañana a las 9:00 de la mañana se va a celebrar en Quezaltepeque, en el Colegio San José de las hermanas dominicas, la fiesta del patrón San José. Varias comunidades harán acto de presencia en este acto parroquial que se celebrará, pues, en el amplio local del colegio de las hermanas, Colegio San José en Quezaltepeque. También el segundo aviso es que en la noche de Navidad, aquí en catedral, vamos a celebrar la misa a las 7:00 de la noche; movido por las circunstancias, queremos anticipar esta hora, de modo que les invito para que a las 7:00 de la noche, el 24, nos reunamos aquí en catedral. Esperamos que la misa será transmitida por esta emisora.

Al terminar la misa, las madres y esposas y familiares de los desaparecidos van a tener una reunión de familia, una cena pascual de familia —y hacen un llamamiento a todos los hogares que sufren estas ausencias— aquí en la cripta de catedral, con fin meramente humano y religioso, pidiéndole a las familias que celebrarán su cena de Navidad sin la angustia de un desaparecido que pidan mucho al Señor, que regresen al hogar esos seres queridos y que otro año encuentre los hogares más felices en esta Navidad. Por esto mismo, hermanos, qué gusto le daría a la

Iglesia si, como un gesto de esa benevolencia que el embajador de El Salvador fue a expresar al Papa, nuestro gobierno decretara con motivo de la Navidad una amplia amnistía y trajera la alegría, el consuelo a tantos hogares. Y, finalmente, el aviso de que la jornada de la paz, iniciada por Pablo VI, tendrá un eco muy grande aquí en El Salvador, en la catedral. Los días 4, 5 y 6 de enero, habrá conferencias por personajes de destacada actualidad, como monseñor McGrath, arzobispo de Panamá, que ya confirmó su presencia, y otros oradores. A todos les invito para que vivamos esos días como una oración de solidaridad, con el deseo del Papa de que haya verdadera paz en el mundo.

Y en este ambiente llega, hermanos, la Navidad. ¡Dios viene a salvarnos!, nos grita la palabra de Dios en este domingo. Yo quiero exponer estas tres ideas para reflexionarlas profundamente durante esta semana: primera idea, hay un plan de Dios para salvar al mundo; segunda idea, la Iglesia es la encargada de prolongar ese plan de Dios en la historia; y tercera idea, la reacción de los hombres, lo que Dios espera para salvar al mundo.

Hay un plan de Dios para salvar al mundo

Sí, la primera idea es que existe un plan de Dios para salvar al mundo. Nos lo ha descrito hoy con palabra inigualable el apóstol San Pablo. "Este Evangelio que yo predico —dice Pablo—, prometido ya por sus profetas en las escrituras santas, se refiere a su Hijo, nacido, según lo humano, de la estirpe de David y constituido, según el Espíritu Santo, Hijo de Dios con pleno poder por su resurrección de la muerte: nuestro Señor. Por Él hemos recibido el don y esta misión de que todos los gentiles, todo el mundo responda a esta fe". Rm 1, 2-5

¿Qué quiere decir esto? Que Dios no está improvisando; que Dios cuando previó la caída del hombre, la ruptura del diálogo que se había entablado en los orígenes de la historia, previó también una redención. Una redención en la cual Él, su Hijo, personalmente vendría a esta tierra. Y aquí la palabra de Dios nos describe, en el Evangelio de San Mateo, que ese proyecto eterno de Dios no fue una utopía, sino que un día lo anuncia como un signo, por medio de un profeta, Isaías, que se encuentra frente a un rey, Acaz, afligido porque dos reyes vecinos, el de Israel, o sea, la parte norte de Palestina, y el de

Siria, Damasco, habían confabulado ir a quitarle el trono y él buscaba el apoyo en el rey de Asiria, poderoso, para que viniera a defenderlo. Isaías le dice al rey que no confíe en los hombres, que confíe en la promesa de Dios, que ha prometido que un vástago de David... Acaz es descendiente de David y va a tener también un hijo, ya próximo, el rey que va a ser su sucesor: Ezequías. Pero la promesa no mira solamente a aquella mujer fecunda, esposa de Acaz, sino que, proyectándose en la promesa de Dios a David, le dice será una mujer extraordinaria —es un signo de la potencia de Dios—, que siendo virgen y quedando
Is 7, 14 virgen será madre de un hombre que tendrá por nombre Emmanuel, Dios con nosotros.

¡Qué bella figura en la aurora de los tiempos de María, nuestra señora! María no puede estar ausente de nuestras esperanzas navideñas. Una Navidad sin la Virgen es una Navidad sin ternura. Una promesa de salvación sin una mujer bella, virgen, encantadora, santa, no sería una redención humana como Dios quiere dar sus gracias a los hombres por medio de la ternura de una madre. En estos días de Navidad, que crezca, hermanos, en el corazón, nuestro amor a la Virgen María, la madre de Emmanuel, Dios con nosotros.

El rey Acaz no quiere una señal, confía más en el rey de
Is 7, 13 Asiria. Isaías lo reprende: casa de Judá, ¿no te aburres de cansar a los hombres, sino que estás provocando al mismo Dios?

Y cuando llegó la plenitud de los tiempos, el Evangelio de San Mateo que se ha leído hoy cuenta cómo se cumplió al pie de la letra la promesa de siete siglos atrás, Isaías. Una virgen de Nazareth recibe el saludo del ángel y la promesa: vas a dar a luz un hijo que será el perdonador de los pecados del pueblo. Cuando José, según el relato de hoy, desconcertado ante el embarazo de su mujer, que por obra de un milagro del espíritu de Dios va a tener un producto virginal, oye la promesa también que le dice:
Mt 1, 21-23 ponle por nombre Jesús, que quiere decir salvador de los pecados del pueblo. Este es el Dios que nos salva: Emmanuel.

San Pablo, en su lectura de hoy, inicia una teología que a lo largo de los siglos será el tema sabroso de todos los teólogos. Aún hoy se está estudiando como un tema de moda: la cristología, el tratado de Cristo. San Pablo pone las bases, las bases de una teología auténtica, de una cristología, un tratado de Cristo
Rm 1, 3 porque dice, por una parte: descendiente de David según la car-

ne, este Cristo es hombre, perteneciente a una dinastía de reyes. Dios lo ha prometido y, como hombre, pertenece a nuestra historia, sufre como los hombres, lleva en su corazón de hombre la angustia de todo el mundo, es humano. ¡Qué bello pensar, hermanos, que el Emmanuel, Dios con nosotros, es un hombre, es humano, me comprende, me acompaña, me consuela, me ilumina! Pero, por otra parte, dice San Pablo: según el espíritu de Dios, ungido por el Espíritu Santo en las entrañas de la mujer bendita que lo iba a tener, es Hijo de Dios. Rm 1, 4

Un día nace Cristo en Belén, ungido por el Espíritu Santo. No ha sido el producto de un consorcio carnal de hombre y de mujer; ha sido el engendro milagroso, virginal, y nace virginalmente el que va a traer una carne inmaculada para inmolarla en la cruz para la salvación de todos los hombres. Y un día, tres días después de morir, resucita. Y aquella carne de la Virgen hecha carne de Jesús va también, como Hijo de Dios, a sentarse a la diestra de Dios Padre. Y allá vive, vive eternamente, el hijo de David según la carne, hecho, por el espíritu, Hijo de Dios y desde el cielo envió su Espíritu divino, y aquí está el proyecto de salvación de todos los hombres. Ese Espíritu divino, conquistado por el hijo de David, que se hace por la resurrección Hijo de Dios, es un Espíritu que puede invadir a todo hombre que quiera dejarse arrollar por esa fuerza de redención. San Pablo, no lo olviden, está escribiendo a los romanos. Los del imperio romano eran paganos, no eran judíos, y Pablo les dice: yo que he sido escogido para predicar esta redención a los gentiles, a los no judíos, me alegro de ir a vosotros romanos, voy a llevaros la redención que Cristo trajo también para vosotros. También vosotros sois pueblo de Dios. Rm 1, 5-6

Y esto es lo que yo quiero decirles ahora a ustedes, queridos hermanos, queridos radioyentes, que a ustedes les puedo decir también lo que San Pablo decía a los romanos de su tiempo: "A todos ustedes, a quienes Dios ama y ha llamado a formar parte de su pueblo santo, os deseo la gracia y la paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo". Quiere decir que esa redención proyectada por Dios está llegando a todos los hombres, no queda excepción alguna. Todo aquel que se sienta pecador, que se sienta que sus pecados son imperdonables, quién sabe si me está escuchando aquel que tiene la mano sangrienta por haber matado al padre Grande, aquel que disparó contra el padre Na- Rm 1, 7

varro, aquel que ha matado, que ha torturado y ha hecho tantas maldades, óigalo allá en sus antros de criminal, tal vez ya arrepentido: ¡tú también estás llamado al perdón! Cuando he gritado contra la violencia, siempre he añadido el arrepentimiento de tu pecado para que te hagas hijo de Dios. Pablo predica a los romanos, un pueblo pagano donde abundaban los crímenes, las injusticias, y les dice: también a ustedes los está llamando esta redención en Cristo, pero en Cristo, en Cristo traído por la Virgen.

Hermanos, y esta redención que es del pecado, porque así le
Mt 1, 21 dice el ángel a San José: llámale Jesús porque Él va a perdonar los pecados del mundo. De allí parte la liberación cristiana. Cuando ahora luchamos por los derechos humanos, la libertad, la dignidad, cuando sentimos que es un ministerio de la Iglesia preocuparse por los que tienen hambre, por los que no tienen escuela, por los que sufren marginación, no nos estamos apartando de esta promesa de Dios: viene a librarnos del pecado. Y la Iglesia sabe que las conclusiones del pecado son todas esas injusticias y atropellos. Por eso, la Iglesia sabe que está salvando al mundo cuando se mete a hablar también de estas cosas.

Y el Papa, recogiendo el eco de los obispos en 1974, en el Sínodo, oímos —dice el Papa— el clamor de millones de hombres, traído por los obispos a Roma, pidiendo a la Iglesia una ayuda en su liberación, la Iglesia no puede ser sorda, y la Iglesia se preocupa de promover la liberación del pecado y todas las consecuencias del pecado, y dijo esta hermosa frase entonces el Papa,
EN 38 que está escrita en la *Evangelii nuntiandi*: la Iglesia acepta la lucha de los hombres por la liberación, pero la incorpora al proyecto de salvación universal.

¿Qué quiere decir? La Iglesia sigue construyendo el plan salvador de Dios, no se ha apartado y cuando ve en los hombres, en los pueblos de América, el ansia de liberación, lo incorpora esa ansia, esa lucha, a la liberación cristiana, en Cristo, y les dice, a todos los que trabajan por la liberación, que una liberación sin fe, sin Cristo, sin esperanza, una liberación de violencias, de revoluciones, no es eficaz, no es auténtica; que solamente tiene que partir de la redención en Cristo, de la redención del pecado; que de nada servirían leyes y estructuras mientras los hombres no se renovaran por dentro arrepintiéndose de sus pecados y tratando de vivir más justamente.

La Iglesia es la encargada de prolongar ese plan de Dios en la historia

Este es el proyecto de Dios, por eso les digo mi segunda idea: que este proyecto de Dios lo transmite por su Iglesia. La Iglesia hoy, en 1977 y dentro de pocos días en 1978, no está haciendo otra cosa que lo que ha dicho San Pablo: predicar "el Evangelio de Dios", el proyecto de salvar al mundo en Cristo Jesús. Rm 1, 1

Por eso le duele a la Iglesia cuando se sospecha de su misión, lastima su dignidad cuando se quieren constituir jueces de su modo de predicar. La Iglesia ha recibido de Dios el encargo y el Papa lo acaba de decir al embajador de El Salvador en Roma: que no se le pongan estorbos a esa evangelización, a esa predicación, a ese proyecto salvador de Dios que la Iglesia tiene que desarrollar también en El Salvador sin ninguna traba. Esta será la libertad que siempre clamará la Iglesia y que no se dejará encadenar aun cuando tenga que callar.

Hermanos, la Iglesia no solo somos los obispos y los sacerdotes, la Iglesia son ustedes los bautizados, la familia cristiana, los profesionales, los estudiantes, los obreros, los campesinos. Al decir aquí, pues, que la Iglesia está prolongando este plan salvador de Cristo, quiero hacer un llamamiento, hermanos, a que todos ustedes bautizados, vibren, palpiten con el entusiasmo del plan de Dios, un plan que nadie puede detener, un plan que tiene que realizarse porque Dios lo quiere, de salvar a los hombres en Cristo, dar a conocer a Cristo por medio de María, la Virgen que dio a luz al Emmanuel, Dios con nosotros. Es el gran deber, dulce deber, sacrificada obligación de todos los cristianos.

La reacción de los hombres, lo que Dios espera para salvar al mundo

Y por último, hermanos, fijémonos en esta reacción de los hombres frente al plan de Dios, que sigue siendo el proyecto de la Iglesia. Encontramos aquí personajes interesantes.

En primer lugar, encontramos un rey que, bajo el pretexto de una falsa religiosidad, dice: yo no quiero tentar a Dios, no le quiero pedir ese signo que tú me ofreces. Y el profeta lo reprende: no es por no tentar a Dios, es porque quieres seguir tus Is 7, 12

proyectos humanos, porque quieres confiar más en la potencia de las armas, quieres más al rey de Asiria que los proyectos de Dios. Y fue triste este rechazo de la promesa de Dios porque, a los pocos años, aquel que llamó Ajaz para venir a socorrerlo vino a invadirlo y a llevar presos, en el famoso destierro de Judá.

Es una manera de rechazar a Dios, es una manera de reaccionar ante los proyectos de Dios. Triste manera, el rechazo. Cuántos están rechazando en esta hora la predicación de la Iglesia en El Salvador, desprestigiándola, calumniándola. Como los
Mt 23, 13 fariseos, les puede decir Jesucristo: hipócritas, que no entran ustedes en el reino de Dios ni dejan que otros entren. Hermanos, yo apelo a la madurez de juicio de todos ustedes para que no se dejen seducir, para que no se dejen envolver por la falsa religiosidad del rey Ajaz, para que no rechacen la palabra sencilla del Evangelio, la palabra que pide sacrificios, que pide renuncias, que pide igualdad, que pide amor.

Naturalmente que duele esta palabra y es más fácil rechazarla; pero es el caso, hermanos, que las reacciones contra el proyecto de Dios también parten de los buenos. Aquí tenemos
Mt 1, 19 un caso también que es muy bueno meditarlo. San José está desconcertado, ¿cómo es posible que su esposa, tan buena, vaya a ser madre sin concurso de varón? Una tentación, mala fe de un esposo justo y santo, acerca de una esposa igualmente santa. Y la
Lc 1, 34 Virgen también se desconcierta cuando le dice al ángel: ¿cómo puedo ser madre si no tengo relación con un varón? Y, hermanos, los proyectos de Dios están muy por encima de los cálculos
Lc 1, 36-37 humanos y el ángel le tiene que contestar a María: también tu prima Isabel, anciana y estéril, va a ser madre porque para Dios
Lc 1, 38 no hay imposible. Esta es la fe, cuando la Virgen dice: "Entonces, he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra".
Mt 1, 24 O como dice el Evangelio de hoy de San José: cuando despertó de su sueño, acepta la palabra del ángel y toma, ya sin dudas ni desconfianza, a su propia esposa, María.

San Pablo también es otro ejemplo. Un hombre perseguidor que creía que el cristianismo estorbaba a su religión judía y
Hch 9, 3-4 allí lo derriba Cristo, resucitado de su cabalgadura de perseguidor, para hacerlo apóstol de los gentiles. Miren cómo, hermanos, aun en nuestra fe puede haber pruebas difíciles. ¿Por qué sucede esto? ¿Cómo Dios permite esto? Esto no puede ser de Dios. ¿No es verdad que en el corazón de todos nosotros ha

surgido esta tentación más de una vez? Es la hora de la prueba. Es la hora en que el proyecto de Dios quiere imponerse, no porque los hombres lo crean posible, sino porque nos ama y para el amor de Dios no hay imposibles. ¿Quién iba a creer que un Dios se iba a hacer hombre y quedar desprestigiado, muerto en una cruz? Pues fue tan posible que sin Él no hay salvación.

Creamos, hermanos. Esta es la reacción de Navidad. Cuando Isabel le dice a María felicitándola porque va a ser madre: bienaventurada tú, que creíste, nos está invitando a profesar esa virtud necesaria hoy más que nunca: mucha fe. La fe consiste en aceptar a Dios sin pedirle cuentas a nuestra medida. La fe consiste en reaccionar frente a Dios como María: no lo entiendo, Señor, pero "hágase en mí según tu palabra". Lc 1, 45 Lc 1, 38

Yo sé, Señor, que esta Navidad es un acercarse tuyo a nuestro pueblo salvadoreño; yo sé que nuestro gobierno, que nuestros colaboradores, que nuestra Iglesia, que están todos preocupados de un feliz porvenir, yo sé que nadie quiere sangre, violencia y desgracia. Señor, enséñanos los caminos aunque no los comprendamos, danos la señal de que tú estás con nosotros, porque el Emmanuel, Dios con nosotros, no es una promesa de algo que pasó, es un Dios que se quedó, vive en medio de nuestro pueblo y esta es la gran confianza de esta Navidad de 1977: Dios está con nosotros, Dios viene personalmente a salvarnos, no sabemos cómo, pero viene.

Mucha esperanza; hermanos, por favor, mucha oración, una Navidad de plegarias, una Navidad de súplicas: Señor, sufrimos mucho; Señor, este pueblo está desconcertado; Señor, danos paz; Señor, tú que salvas, cuenta con nuestra buena voluntad; queremos ser como Pablo, como José, como María, no queremos dudar de ti como Ajaz, queremos ser hombres y mujeres creyentes, entregados a ti, colaboradores de tu reino. Colaboradores de tu reino; hermanos, que cada uno en su profesión, en su trabajo sea un colaborador de Dios: siembre paz, siembre optimismo, siembre esperanza. Vendrá el Señor a salvarnos. Así sea.

La Iglesia, conjunto jerárquico para transmitir la vida de Cristo

Solemnidad de San José, Quezaltepeque
19 de diciembre de 1977

Queridos católicos de Quezaltepeque y comunidades que han tenido ese gesto de comunión viniendo a convivir esta fiesta patronal de la parroquia de Quezaltepeque, en honor de San José:

Que todos, católicos de Quezaltepeque, han tenido la feliz ocurrencia de celebrar el día de San José en las cercanías de la Navidad. Sabemos que en la Iglesia universal se celebra el 19 de marzo; pero aquí, Quezaltepeque, destacándolo del año, lo coloca cerquita de la cuna del Niño Jesús, el día de su patrón San José. Coincide esta idea con una idea grandiosa que tuvo el papa Pío IX, el siglo pasado, 1870, que escogió precisamente el mes de diciembre, el 8 de diciembre, para proclamar el patrocinio de San José, quiere decir, poner bajo el cuidado de San José a la Iglesia universal. Estamos, pues, como celebrando ese aniversario del patrocinio, de la protección de San José sobre esta Iglesia fundada por Cristo; y así recobra todo su bello sentido la oración que se ha dicho aquí hace un momento: "¡Oh Dios, que confiaste a San José los principios de la redención!"[1]. Esto es la fiesta de hoy: acercarnos a los principios de nuestra redención y, en esos principios de la redención cristiana, encontramos los dos personajes protagonistas de toda esa redención: Cristo y María, esos dos personajes.

Lo más grande que ha existido en la tierra son los orígenes de esa fuentecita, que en Belén comenzó a crecer como un río, que ahora es un torrente por el mundo: la Iglesia universal, que

1 Oración colecta en la solemnidad de San José.

lleva como objeto la salvación de los hombres. San José fue puesto como el cuidador de esa fuente que nacía. Justo era que en los tiempos modernos, cuando ya esa fuente se había hecho río inmenso, Iglesia universal, se recordara también a los hombres de nuestro tiempo el papel importante de San José dentro de esa Iglesia. En los orígenes, esta Iglesia se denomina con dos nombres: Cristo, María. Para los dos ellos, San José tiene una relación única, como todos sabemos. Para María es su esposo. Reflexionen aquí, los que llevan esa dignidad de esposo, lo que significa en un hogar el esposo, el padre de familia. Eso es San José no solo para la Sagrada Familia, sino para esa familia que va a crecer inmensamente, la familia de Dios.

LG 63 María, su esposa, la acaba de llamar el Concilio Vaticano II el principio y el modelo de la Iglesia. Miren qué bella descripción de esa mujer bendita: el principio y el modelo. Quiere decir que la Iglesia, que va a trabajar a lo largo de los siglos con todos los hombres que creen en Cristo, tiene que parecerse a María. María es la primera cristiana. María es el modelo de un Evangelio que se hace vida. María es el ideal de la Iglesia. Cómo quisiera la Iglesia, en su trabajo con los pueblos, hacer que todos los hombres y todas las mujeres, sobre todo, se parezcan a María, el modelo de alma que se deja redimir, el modelo de alma que
Lc 1, 38 le dice a Dios en sus proyectos de salvación: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra". Por eso, María es llevada también, en cuerpo y alma, a los cielos para constituirse allá también el principio de aquella Iglesia que nosotros vamos a ir a construir cuando nos muramos y nos salvemos, y cuando, después del juicio final, resuciten también nuestros cuerpos y se encuentren allá con el cuerpo de María, que ya está en el cielo como primera piedra de aquel edificio glorioso con que va a construir Dios su templo para toda la eternidad. María, pues, es el principio, el modelo que la Iglesia tiene delante para copiar en el corazón de todos sus cristianos, la imagen que Cristo Redentor ha querido hacer de todos sus redimidos.

María se la llama por eso *prima redenta,* la primera redimida, el modelo de los redimidos, la redimida por excelencia, la flor más hermosa de la redención, el lujo de Cristo crucificado en la cruz. La sangre de Cristo no pudo brotar de una roca más bella que María, su propia madre. Esa mujer bendita, que va a ser el principio y el modelo de todos los hombres que quieran ser sal-

vos, se le entrega a José como una esposa. Mediten aquí las que tienen esa dignidad en sus hogares: esposas, madres. Así como lo sienten las esposas nobles en su hogar, eso siente María en el hogar de los hijos de Dios: ser la consejera, la conciencia, el calor de amor, la ternura. Todo lo que vale una esposa en su hogar, una madre en su hogar, eso es María en la Iglesia, y esa es la esposa de San José.

Ahora comprendemos un poquito la dignidad de ese hombre, la confianza que Dios debió de tener a ese hombre para confiarle una mujer tan delicada, tan grandiosa, verdaderamente el lujo de la humanidad. María, lo más noble de la humanidad, se le entrega a José para que la cuide, para que la proteja. Y el otro gran ejemplar que fue puesto bajo el patrocinio de San José es Cristo, nuestro Señor.

Ayer, en las lecturas del domingo, San Pablo nos decía que Rm 1, 3-4
ese Cristo en cuanto hijo de María, descendiente de David, es un hijo de David, como declaraba el Evangelio. Pero no acaba allí la dignidad de Cristo. En cuanto ungido por aquella concepción virginal, María concibe en sus entrañas un hombre que al mismo tiempo Dios se ha hecho. Cristo es el único hijo de mujer que no tiene un padre en lo natural aquí en la tierra. ¿Cómo puede Lc 1, 34
ser esto? —dice María cuando el ángel le anunció—, ¿cómo voy a tener un hijo si no tengo relación con ningún hombre? Y el ángel le declara: no, es que el fruto de tus entrañas no es un Lc 1, 35-37
hombre cualquiera; lo que va a nacer de ti es lo santo, lo ungido por el Espíritu de Dios, será el fruto de un milagro para aquel que no tiene imposibles. Aquel que hizo posible que tu prima Isabel, anciana, estéril, pudiera ser capaz de ser madre del precursor, va a hacer que tú, sin perder tu virginidad, sin concurso de hombre, puedas tener un hijo virginalmente, porque viene ungido por el milagro de Dios. Tu hijo se llamará hijo del Altísimo, Hijo de Dios, Cristo el Redentor, el que va a perdonar los pecados de todo el pueblo.

¡Qué gloria la de María! Tener tal hijo. Y ese hijo, sin ser fruto natural de José, se llamará hijo de José. No hay elogio más hermoso para San José que aquella queja de María cuando encontró al Niño Jesús en el templo: "Hijo, ¿por qué has hecho Lc 2, 48
esto con nosotros? ¿No ves que tu padre y yo te andábamos buscando?". José y María sabían que Cristo no era hijo de José en la forma natural en que un hombre es padre de un hijo. José

sabía y respetaba aquel milagro virginal de Cristo; sin embargo, María le dice a Cristo: "Tu padre y yo". ¡Qué honor el de San
Mt 3, 17 José! Lo que el Padre eterno puede decir a Cristo: "Este es mi Hijo muy amado", lo puede decir José: es mi hijo. Y el hijo que llamó tantas veces en su oración "padre" al Padre de los cielos, me imagino yo tantas veces diciéndole a José: "papá", "padre". ¡Qué hermoso esta relación entre José y Cristo!

Pero resulta, queridos hermanos, que así como María es el modelo de toda una Iglesia que va viviendo durante toda la historia, Cristo, todavía más, es un hijo de José que se prolongará en su Iglesia. Y aquí es lo que yo quisiera que nos fijáramos. Principalmente, queridos hijos de Quezaltepeque, yo quiero que nos fijemos en este concepto sobre todo: que José, siendo el padre legal de Cristo, ve que ese Cristo se prolonga en su Iglesia y siente que todos nosotros, los cristianos, somos también hijos suyos, estamos bajo su protección, y con el mismo cariño con que cuidaba a su Niño Jesús en el taller de Nazaret nos cuida también a nosotros, su Iglesia. Este misterio, hermanos, es el que yo quisiera que se grabaran muy hondo en esta misa que estamos celebrando en su honor. Como define el Concilio Vati-
LG 8 cano II a la Iglesia, dice así: Cristo, el único mediador, instituyó y sostiene una Iglesia como un conjunto jerárquico para transmitir, por medio de ese conjunto, su verdad y su vida. Voy a repetirles este concepto, que aquí está la esencia de mi pobre mensaje: Cristo, el único mediador, instituyó y sostiene su Iglesia como un conjunto jerárquico para transmitir, por medio de ese conjunto, su verdad y su vida. Aquí hay tres cosas: la Iglesia es un conjunto jerárquico; segundo, la Iglesia transmite la verdad de Cristo; tercero, la Iglesia es el instrumento de Cristo para transmitir su vida.

La Iglesia es un conjunto jerárquico

Es un conjunto jerárquico quiere decir que la Iglesia es una sociedad visible, que tiene sus pastores, a los cuales el pueblo sigue y obedece; al pueblo servimos nosotros. Por eso, hemos querido darle a esta misa parroquial todo el sentido jerárquico; he querido estar con ustedes en mi calidad de arzobispo de la arquidiócesis, junto con mis queridos hermanos y colaboradores, los sacerdotes. Esto somos los que representamos la autoridad

jerárquica: el centro de la unidad, el instrumento que usa Cristo para transmitir su verdad y su vida. Todo aquel que quiera vivir esta vida y esta verdad de Cristo tiene que estar en comunión con este conjunto jerárquico. Cristo habla y da su vida por su predicación, que dan sus obispos y los sacerdotes en comunión con el obispo.

Cuando un sacerdote[2] se descoyunta de esta comunión con el obispo ya no es un instrumento de la jerarquía y, por tanto, ya no es un miembro vivo de esa vida que transmite la verdad y la vida de nuestro Señor Jesucristo. Mucho más grave todavía cuando no solamente ha descoyuntado la unidad sino que, haciendo un atentado contra la unidad de la Iglesia, él solo se ha excomulgado; como aquel que toca un alambre de alta tensión, nadie lo ha quemado, él solo se quemó. Así resulta que todo aquel que se desconecta y se excomulga ya no es conexión de este cuerpo jerárquico. Hermanos, naturalmente que la verdad y la gracia de Cristo se dará a toda persona de buena voluntad y así resulta que, aun viviendo en el protestantismo o en una religión falsa, se puede también ser santo y se puede salvar uno cuando de buena voluntad vive en esa religión falsa. Pero cuando no hay buena voluntad, cuando conscientemente se le está haciendo guerra al obispo y hay quien acuerpa esa guerra, ya no puede haber allí buena voluntad, ya ese grupo de hombres o mujeres que instrumentalizan un sacerdote descoyuntado de la unidad jerárquica, ya no están viviendo la verdad y la vida que Cristo ha traído al mundo, sino que están viviendo su propio capricho, su propia excomunión.

Vivamos, hermanos, esta unidad que la Iglesia trae no de sí, sino de Cristo nuestro Señor. Si la Iglesia no está dando nada de sí. La Iglesia es como un canal, como un alambre eléctrico. El canal se conecta con la fuente y así trae agua; no es el caño el que da agua, sino la fuente que usa este caño para traer el agua; no es el alambre el que da corriente eléctrica, son los dinamos generadores de donde el alambre trae la corriente para convertirla en luz de nuestros focos, en energía eléctrica de nuestras cosas eléctricas. Así también, la jerarquía del obispo con sus sacerdo-

2 Se alude aquí al conflicto intraeclesial provocado por el padre Antonio Pineda Quinteros, quien se negó a entregar la parroquia al nuevo párroco nombrado por monseñor Romero.

tes deben de estar conectados con la fuente, con los dinamos que dan la vida; y cuando ya se desconectan no es más que un caño cortado de la fuente, no es más que un alambre cortado del dinamo. Alambre sin corriente, caño sin agua, esto es el cisma, esto es separarse de este cuerpo jerárquico que Cristo quiso para transmitir su verdad y su vida. Esto es lo primero, hermanos, y por esto, en esta fiesta de San José, lo que yo pido a mis queridos católicos es que agrupemos más firmemente nuestro conjunto jerárquico, que estemos más sólidamente unidos con nuestros párrocos, así como los párrocos lo están con su obispo.

La semana pasada, tuvimos una reunión del clero y les quiero confesar, hermanos, mi satisfacción profunda cuando escuché de todos mis queridos sacerdotes una palabra tan profundamente solidaria, hasta llegar a decir: "Todo lo que es con el obispo es con nosotros". Yo les quiero agradecer a mis queridos sacerdotes aquí presentes y, en ellos, a todos los de la arquidiócesis, que esta comunión que expresaron el jueves de la semana pasada ha servido para mí de un estímulo poderoso y puedo decirles de nuevo que me siento muy unido a todos los sacerdotes que están tan noblemente en comunión con su obispo. Y así quiero sentir también de las comunidades que voy visitando, que todas ellas me van expresando su solidaridad, no por ser yo una persona humana, en eso no soy más que un caño, un alambre, sino porque este caño y este alambre está conectado o quiere estar con Cristo, y así, con todos aquellos que están solidarios conmigo, transmitirles la verdad y la vida de nuestro Señor Jesucristo.

La Iglesia transmite la verdad sobre Cristo

Y así, hermanos, la segunda idea es que esta unidad jerárquica no es para sí, sino para dar la verdad y para dar la vida. La verdad en primer lugar. La verdad solamente existe en comunión con el magisterio de la Iglesia, la verdad revelada por Dios, y por eso, manténganse siempre unidos en la verdad que la Iglesia predica. Hoy, hermanos, es muy peligroso se nos tilde que nos hemos hecho comunistas, que nos hemos hecho subversivos, que nos hemos metido en política, y así se está desacreditando la verdad de la Iglesia. Pobrecitos los que, como los fariseos, oyen de Cristo la terrible maldición: hipócritas, que no entráis vosotros

Mt 23, 13

en el reino de los cielos y estáis estorbando que otros entren en el verdadero reino de la verdad.

Mucho cuidado, hermanos, no se dejen seducir. Dios ve que ustedes tienen criterios, es decir, saben pensar. No se dejen seducir por la mentira aun cuando esa mentira esté envuelta en conveniencias políticas, en conveniencias económicas o sociales. ¡Cuántos hay que venden la verdad por un sueldo miserable que se les da por denunciar o por condenar, por desprestigiar esta Iglesia! Periódicos, transmisiones de radio bien pagadas para que desprestigien la Iglesia. No les importa vender la verdad, les importa el dinero que ganan, las treinta monedas de Judas traicionando la verdad de su Divino Maestro. Cuidado, hermanos, no quisiera en Quezaltepeque ningún traidor de la verdad, sino hombres y mujeres firmes en su verdad, como los mártires, aunque nos quiten la vida. Esta es la verdad: Dios nos dará la vida eterna a cambio de la vida que perdemos en la tierra. Dios nos dará felicidad muy superior a la que nos pueden ofrecer los poderosos de la tierra. No nos vendamos por nada. Esta verdad es muy superior y hay que conservarla. Es la fe que decía Cristo: aquellos que dan su vida por esta verdad la encontrarán; en cambio, los que se avergüencen de esta verdad la perderán.

Mt 26, 14-16

Lc 9, 24

No es una ventaja de mucho valor el de estar bien en esta tierra cuando se traiciona a Cristo y a su Iglesia; es una ventaja que se vende muy barata, porque se va a dejar con la vida. Y es terrible oír de los labios de Cristo: apartaos, malditos, inicuos, no os conozco porque yo me avergonzaré de aquel que se avergüenza de mí delante de los hombres.

Lc 9, 26

La Iglesia es el instrumento de Cristo para transmitir su vida

Y finalmente, hermanos, la Iglesia que San José cuida, conjunto jerárquico para transmitir la verdad, transmitir también la vida. Qué bonito ver aquí, delante de mí, una niña de primera comunión. Va a recibir la vida. Ya recibió la confesión, la confirmación, el bautismo. Los sacramentos que administramos los sacerdotes son la vida de Dios que se da a las almas, les alimenta a ustedes, hermanos, y en este momento estamos viviendo el sacramento de la eucaristía, Cristo presente aquí, entre nosotros, gracias al ministerio de los sacerdotes. Entonces, esa vida viva-

mosla intensamente, no la perdamos por el pecado. Y mucho cuidado también, que así como he dicho que el sacerdote mantiene su potestad sacerdotal aunque cuando se haya apartado de la Iglesia, no vamos a decir que son inválidos los sacramentos que él administra; pero vamos a decir que aquel que los recibe conscientemente de un sacerdote ilegítimo está pecando, comete ese pecado que se llama el sacrilegio, porque van a recibirlo donde no lo deben recibir, sabiendo que no lo pueden recibir de un excomulgado. Peca el que lo recibe a sabiendas; el que no lo sabe, pues, naturalmente que le vale la absolución, el perdón. Gracias porque el Señor es misericordioso y al sacerdote le pedirá cuentas: ¿por qué estás administrando ilegítimamente lo que no puedes administrar? Él dará cuenta a Dios. Pero Dios es tan bueno que aquellos que reciben su ministerio lo reciben de verdad, con tal que sea ignorantemente; pero en Quezaltepeque no se puede hablar de ignorancia cuando es un hecho que toda la república lo sabe.

Hermanos, queremos, pues, que la Iglesia que fue confiada a San José viva aquí. Y termino con este pensamiento del Concilio: la Iglesia es el cuerpo de Cristo, que es el medio eficaz "de la
LG 1 unidad del género humano". No importa que no estén todos los
LG 9 hombres, dice el Concilio; puede ser una pequeña comunidad, pero en esa pequeña comunidad está toda la fuerza de la redención, toda la fuerza unificadora de la Iglesia. Hermanos, no contemos la Iglesia por la cantidad de gente, ni contemos la Iglesia por sus edificios materiales. La Iglesia ha construido muchos templos, muchos seminarios, muchos edificios, que luego se los han quitado, se los han robado y han hecho bibliotecas y cuarteles y otras cosas, mercados también. No importa, las paredes materiales aquí se quedarán en la historia; lo que importa son ustedes, los hombres, los corazones, la gracia de Dios, dándoles la verdad y la vida de Dios. No se cuenten por muchedumbres, cuéntense por la sinceridad del corazón con que siguen esta verdad y esta gracia de nuestro Divino Redentor.

Queridos hermanos, yo auguro, pues, que en Quezaltepeque se mantenga sólida esa comunión de los verdaderos católicos con su verdadero párroco. Y quiero aprovechar para felicitar al querido padre Roberto, que ha sido fiel a mantener ese signo de unidad. En torno de él, quiero agradecer y felicitar a las hermanas, principalmente a las hermanas de este colegio, por la

solidaridad con que han sabido defender la causa del cristianismo verdadero. Lo mismo a las hermanas belgas que han sufrido en estas circunstancias, pero que están firmes en el mantenimiento de esta unidad en nuestra Iglesia. Así también a las comunidades, conscientes de su deber de bautizados, de aceptar esta unidad jerárquica expresada aquí en Quezaltepeque por su verdadero párroco, el padre Roberto. Mantengámonos unidos a él y él a su obispo, como el obispo al Papa, y el Papa a Cristo. Así es la corriente eléctrica que va trayendo hasta Quezaltepeque esa fuerza dinámica de la gracia de Dios y esa luz iluminadora de la verdad de nuestro Señor Jesucristo.

Bendito sea San José, que nos protege, y cuando nuestro Señor le confió la vida de la Virgen y de Cristo nuestro Señor, sabía San José, a lo largo de la historia, que su papel es importante: cuidar esa unidad jerárquica, cuidar esa verdad que transmite la verdad jerárquica y cuidar esa comunión de la vida para que, así como cuidó a María y al Niño Jesús en Nazaret, la Iglesia se siente protegida, querida, amparada, fuerte bajo ese patrocinio del gran obrero, del hombre sencillo. La grandeza de un hombre no se mide por su categoría social, sino por la nobleza de su corazón, y San José fue eso ante todo, el hombre de la confianza de Dios para confiarle los misterios nacientes de la redención que ahora se han convertido en la Iglesia universal. Como miembros de una Iglesia universal, miembros de las comunidades aquí presentes en la misa de Quezaltepeque, vamos a ofrecer nuestra misa en honor de San José para gloria de nuestro Señor. Así sea.

Hoy os ha nacido un Salvador

Vigilia de Navidad
24 de diciembre de 1977

Isaías 9, 2-4.6-7
Tito 2, 11-14
Lucas 2, 1-14

[...] Juan Antonio Gutiérrez[1], esta inesperada manifestación de solidaridad que trae al regreso de un viaje internacional y agradezco a ustedes, queridos radioyentes; en la expresión de este aplauso siento el palpitar, el sentimiento de una Iglesia cada día más solidaria, más unida, para ser en el mundo el testimonio de esa misericordia, de esa salvación de la cual precisamente nos habla esta noche santa.

En las lecturas que acaban de escuchar, yo encuentro estos tres pensamientos, que serán como el mensaje de la Navidad: el primero es cuando el apóstol y evangelista San Lucas, hablando de María, dice: se le llegó la hora; el segundo pensamiento es recoger de las tres lecturas las maravillosas descripciones o calificativos que se hacen a ese niño que nace en Belén; y mi tercera consideración es el llamamiento que la palabra de Dios hace a cada uno de nosotros como colaboradores en esta empresa que Dios ha mandado a realizar a su propio Hijo. Lc 2, 6

Se le llegó la hora

El primer pensamiento, pues, se refiere a explicarnos el por qué de esta alegría de Navidad. Parece como si esta noche, 24 de

1 El saludo y las palabras iniciales no están registradas en la reproducción magnetofónica de la homilía.

diciembre de 1977, por primera vez los ángeles cantaran sobre
Lc 2, 14 todos nuestros pueblos: "Gloria a Dios en el cielo y paz a los hombres". Y parece como que los hombres escuchan por primera vez, con la sorpresa de una buena noticia, lo que los ángeles
Lc 2, 10-11 anuncian en Belén: "Os anunciamos una buena nueva, hoy os ha nacido un Salvador". Es una hora solemne, hermanos, la que el
Lc 2, 6 evangelista, hablando de María, dice: le llegó su hora. No solamente la hora que llega a cada mujer cuando va a dar a luz a su hijo, sino que ese hijo, que va a brotar de las entrañas virginales de María, marca una hora tan solemne en el momento de su nacimiento que desde ese punto el mundo se divide, y la historia, en un antes de Cristo y después de Cristo.

Antes de Cristo todo era esperanza, promesa, profecía:
Lc 7, 19 "¿Tú eres el que ha de venir o esperamos a otro?", le decían a Cristo cuando ya le vieron presente; el esperado de las naciones. Era la esperanza de los viejos profetas y patriarcas la que hoy se hace realidad en el niño que nace y, a partir de Belén, toda aquella esperanza que ha llegado a la plenitud de los tiempos, a la realización de Dios, ya no puede vivir sin Cristo. Desde ese mo-
GS 41 mento, se puede decir lo del Concilio: "El Señor de la historia", y aun esa historia que era antes que Él. No ha habido un nacido de mujer del cual se haya hablado con tanta profundidad antes de nacer, como de Cristo nuestro Señor. ¿Qué es lo que viene a marcar esa hora de Cristo? Viene a marcar el gran ideal de Dios
Lc 2,14 sobre los hombres: "Gloria a Dios en el cielo y paz a los hombres que ama el Señor". No es que Dios espere de la benevolencia humana como el motivo para ser bueno con los hombres. En esto conocemos que nos ha amado tanto: en que siendo pecadores y viviendo de espaldas a Dios, Él nos ama y ha trazado un proyecto sobre nosotros los pecadores, el proyecto que el
Is 9, 6 profeta Isaías nos ha descrito esta noche como un reino que va a ser construido por ese niño, un reino con una paz sin límites, un reino sostenido, y consolidario, con la justicia y el derecho, un reino que durará ahora y por siempre; o como San Pablo ha descrito en su carta a Tito que se ha leído, se trata de que este
Tt 2, 14 Cristo viene a formarse "un pueblo purificado" de sus pecados que será su gloria no solo en el tiempo, sino en la eternidad.

Hermanos, con Cristo, Dios se ha inyectado en la historia; con el nacimiento de Cristo, el reino de Dios ya está inaugurado en el tiempo de los hombres. Desde hace veinte siglos, todos los

años esta noche recordamos que el reino de Dios ya está en este mundo y que este Cristo ha inaugurado la plenitud de los tiempos. Ya su nacimiento marca que Dios está marchando con los hombres en la historia, que no vamos solos y que la aspiración de los hombres por la paz, por la justicia, por un reino de derecho divino, por algo santo —que está muy lejos de las realidades de la tierra—, lo podemos esperar, no porque los hombres seamos capaces de construir esa bienaventuranza que anuncian las sagradas palabras de Dios, sino porque está ya en medio de los hombres el constructor de un reino de justicia, de amor y de paz.

Estamos en la plenitud de los tiempos. Desde la primera venida de Cristo que marca el origen del cristianismo hasta la segunda venida, a la cual se refiere también San Pablo diciéndonos a los que estamos celebrando la Navidad que, si hoy hay alegría en el recuerdo de aquella espera de Cristo hace veinte siglos, los cristianos deben de vivir la gran alegría, la gran esperanza del que retornará para coronar la plenitud de los tiempos, a recoger todo el trabajo de su Iglesia, a recoger toda la buena voluntad de los cristianos. Todo lo que se ha sembrado en el sufrimiento, en el dolor, lo recogeremos convertido ya en el reino definitivo que no puede dejar de cumplirse. Vendrá ese reino de justicia, vendrá ese reino de paz, no nos desanimemos, aun cuando el horizonte de la historia como que se oscurece y se cierra y como si las realidades humanas hicieran imposible la realización de los proyectos de Dios. Dios se vale hasta de los errores humanos, hasta de los pecados de los hombres, para hacer surgir sobre las tinieblas lo que ha dicho Isaías; un día se cantará también no solo el retorno de Babilonia, sino la liberación plena de los hombres: "El pueblo que caminaba en tinieblas ha visto una gran luz; habitaban tierras de sombras, pero una luz ha brillado".

Tt 2, 13

Is 9, 1

En esta noche santa, hermanos, la luz que fulgura en Belén es el signo de nuestra esperanza. No nos desanimemos ante las pruebas de nuestra esperanza, esperemos contra toda esperanza, aferrémonos a esa plenitud de los tiempos, vivamos ese ideal de Dios que tiene que realizarse. La Navidad es un mensaje de optimismo que yo quisiera clavar, muy adentro, en el corazón de cada cristiano para que esta noche marcara, como la palabra divina nos lo está haciendo, una noche que marque el principio de un reino de Dios que se espera con seguridad.

Os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor

Porque —este es mi segundo pensamiento— no lo vamos a hacer nosotros, los hombres; ese reino ya lo está construyendo Cristo. Hemos oído con qué belleza nos ha descrito el profeta
Is 9, 5-6 Isaías la bella figura de Cristo nuestro Señor: "Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado, lleva al hombro el principado y es su nombre: maravilla de consejero, Dios guerrero, Padre perpetuo, príncipe de paz, para dilatar el principado con una paz sin límites, sobre el trono de David y sobre su reino".

Cuenta la historia que, cada vez que un descendiente de David era ungido como sucesor en el trono que Dios había prometido mantener, se pronunciaban, como un ritual, estas palabras de Isaías, en las cuales no era propiamente el hombre que se coronaba en el trono de David el que iba a realizar este proyecto de Dios, sino que se pensaba en la profecía. Todos los reyes de la dinastía davídica tenían un ideal y se realizaría no con un simple hombre de la historia, sino cuando ese hombre fuera,
Is 7, 14 al mismo tiempo, un Dios, Emmanuel, Dios con nosotros. De tal manera que los reyes de Israel y de Judá sabían que ellos eran muy limitados, pecadores, imperfectos, y que ningún rey, ningún gobernante, puede realizar la plenitud del proyecto de Dios. Y la Iglesia, y el reino de Dios, será el que le toca criticar, concientizar, analizar, que a los reinos de la tierra todavía les falta justicia, les falta paz, les falta eficiencia. Y solo cuando el rey verdadero, anunciado por Dios, Cristo, sea verdaderamente el rey de todos los corazones, entonces habrá ese reinado que Dios proyecta. El rey ideal nunca se realizó en el trono de David hasta esta noche en que pudieron cantar los ángeles las palabras del profeta: ha nacido ya el niño y sobre su hombro está ya un reinado de paz, de justicia y de amor.

Solo Cristo lo puede dar; por eso también leemos en la segunda lectura, donde San Pablo define a este Cristo, esta Na-
Tt 2, 13 vidad, como "la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro: Jesucristo". En esta noche, hermanos, nos acercamos a una cuna que no es la de un niño, es la de un Niño Dios y, ante esa cuna, esta palabra de San Pablo debe ser la iluminación de nuestra fe, confesión de su divinidad: es el gran Dios y Salvador nuestro que ha nacido, Jesucristo. Y por eso también en el Evangelio, cuando los ángeles van a anunciar a los pastores al recién

nacido en Belén, lo describen así: "Os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor". Miren qué tres bellos nombres: "Os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor". Mencionar "Señor" en aquellos tiempos en que se escribió el Evangelio era dirigir un reto a los ídolos de la tierra. Para el cristiano, no hay más que un Señor, ha nacido hoy y hemos de adorarlo, al único Señor ante los hombres, ante el cual los hombres deben doblar las rodillas, ante ningún otro señor de la historia ni del tiempo; Cristo es el Señor, Cristo es el Mesías, Cristo es el salvador. Lc 2, 11

Lo que Dios espera de los hombres

Y finalmente, hermanos, si este es el proyecto de Dios y su propio Hijo es el artífice de ese proyecto, no quiere hacerlo solo. El tercer pensamiento de este mensaje navideño es traducir de la palabra divina lo que Dios espera de los hombres. Lo que Dios encuentra muchas veces es la oposición, es el desprecio de Dios. Y aquí, en la lectura de Isaías, encontramos cómo las sombras que se cernían sobre aquella región de tinieblas era precisamente el fruto del atropello que los hombres hacían. Pero ya anuncia Isaías: "La vara del opresor, el yugo de su carga, el bastón de su hombro, los quebrantaste como en día de Madián. La bota que pisa con estrépito y la túnica empapada de sangre serán combustible, pasto del fuego". No es el triunfo de la grosería ni de los hombres lo que va a prevalecer. Está profetizado que los hombres también que se oponen al reino de Dios servirán para manifestar más el esplendor de la gloria de Dios y se convertirá en combustible de incendio todo aquello que se opone al reino de Dios. Is 9, 3-4

En cambio, encontramos en la lectura del Nuevo Testamento, el Evangelio y San Pablo, cómo hasta los hombres que ignoraban a Cristo Dios los hace instrumentos de su reino. Oyeron cómo comenzó el Evangelio de hoy: "Salió un decreto del emperador Augusto y un censo que hizo Cirino gobernador de Siria". Los gobernantes, los grandes de la tierra, son instrumentos de Dios. ¿Quién le iba a decir al imperio romano que toda su grandeza iba a terminar aquí, de rodillas ante la cuna del Niño Jesús? ¿Quién le iba a decir al emperador Augusto que su orden, de irse a empadronar cada uno a su pueblo de origen, iba a ser obedecida por José desde Nazaret y María para que Cristo Lc 2, 1-2

cumpliera una profecía, nacer en Belén? Los hombres, aun sin saberlo, somos instrumentos de Dios.

Pero, cuando el hombre no se opone a Dios y no ignora a Dios, sino que se hace conscientemente instrumento de Dios: es María, es José, es el grupo de pastores, es Pablo apóstol, es la Iglesia, somos los cristianos, que habiendo recibido en el bautismo la incorporación a este pueblo santo que Cristo se está formando, para hacerlo presente en todas las horas de la historia, tenemos que escribir estas consignas que nos da San Pablo hoy: trae Dios la
Tt 2, 12-13 salvación y nos está enseñando "a renunciar a la vida sin religión y a los deseos mundanos y a llevar desde ahora una vida sobria, honrada y religiosa, aguardando la dichosa esperanza".

Hermanos, esta es la llamada de Dios en esta noche. Cómo quisiera yo ir acercándome a cada corazón para preguntarle a cuál de estos grupos humanos perteneces en esta noche santa: ¿a los que se oponen a Dios y siembran tinieblas en la tierra?, ¿a los que, desconociendo a Cristo, le sirven sin saberlo de instrumento de su reino, como el emperador y los grandes en tiempo de Cristo? Ojalá sean, más bien, como el tercer grupo, el de la Virgen, el de los pastores obedientes, el de los que acuden al llamamiento del Señor. Nosotros, los cristianos, tomemos conciencia en esta noche que Cristo no nació hace veinte siglos; Cristo está naciendo hoy en nuestro pueblo, en nuestro corazón, en la medida en que cada cristiano trate de vivir a integridad el Evangelio, la vida cristiana, las consignas de la Iglesia verdadera de Dios; en esa medida, cada uno de nosotros es como el apóstol, es como María, es como el pastor que da gloria a Dios, canta la alegría de haber conocido a Cristo y trata de llevar esa noticia a otros, como los pastorcitos de Belén. Para esto es necesario convertirse sinceramente a Cristo, convertirse al amor que nos visita, hacer eco a la bondad infinita de Dios que nos trae la redención; no rechazarla, no ser tiniebla; ser corazón abierto, como una cuna, para que nazca Cristo en cada alma esta noche y desde entonces se inunde de luz cada corazón para cantar con los ángeles el anuncio que tenemos que llevar a
Lc 2, 11 todos los hombres, a toda la sociedad, a toda la patria: "Os ha nacido un Salvador".

Hermanos, desde este mensaje de la gloria de Dios y de la paz a los hombres, quiero decirles respaldado por la palabra divina: ¡Feliz Navidad! Vamos a pronunciar ahora de manera especial nuestro credo.

Cristo, manifestación de Dios y del hombre; la Iglesia, manifestación de Cristo

Navidad
25 de diciembre de 1977

Isaías 52, 7-10
Hebreos 1, 1-6
Juan 1, 1-18

[...] a nosotros[1] la noticia del nacimiento de Cristo a través de su Iglesia. Como María —como nos cuenta el Evangelio— al irse los pastorcitos que vinieron invitados por los ángeles a adorar al Niño Jesús, María se quedó reflexionando todo esto en su corazón. Para una comunidad cristiana, la Navidad no tiene sentido si no es a base de una profunda reflexión. Por eso, para muchos cristianos, la Navidad no es más que una fiesta que se espera y que luego pasa efímera, como la pólvora que se quema, y no deja más que basura en las calles. Para el cristiano, es algo más que un cohetillo, es la gran noticia que debe reflexionarse y comprometer al hombre con este episodio en que Dios se hace hombre, no en una forma transitoria, sino para siempre, y el hombre debe también reflexionar ante el Señor. Lc 2, 19

Ese Cristo en Belén, lo podemos presentar hoy en esta homilía con este título: Cristo manifestación de Dios, Cristo manifestación del hombre y, en tercer lugar, la Iglesia manifestación de Cristo.

1 El saludo y las palabras iniciales no están registradas en la reproducción magnetofónica de la homilía.

Hechos de la semana

Por eso la Iglesia, que prolonga la encarnación, o sea, el Dios hecho hombre, no puede prescindir de la historia. Desde aquel momento, Dios ha asumido la humanidad y ha dejado ese encargo de seguir asumiendo hacia Dios a todos los hombres, a la Iglesia, la cual, por tanto, peregrina en la historia, va recogiendo, no puede dejar de vivir las circunstancias en las cuales ella va prolongando esa encarnación. Por eso, hermanos, estas noticias, en las cuales yo reflejo lo más sobresaliente de la semana, no es con el afán de hacer aquí un noticiero —lo hace mucho mejor cualquier instrumento de comunicación social—, sino que es simplemente decirles a todos mis queridos hermanos, que vivimos en esta semana, en esta hora, que esta Navidad de 1977, siendo la eterna Navidad de Cristo, se ha vivido aquí en El Salvador en estas circunstancias de las cuales no podemos prescindir.

Así es como tienen un sentido profundo, en medio de tarjetas y telegramas de Navidad, me hayan llegado cartas que son lamentos profundos, por ejemplo el de aquellas madres y esposas: "En esta celebración de Navidad que con júbilo espera todo el pueblo cristiano, nosotras expresamos no una Navidad, sino el profundo dolor de un calvario al albergar en nuestro corazón esa separación insuperable de nuestros hijos y esposos". En otra carta parecida, dice: "Estamos angustiadas y tristes por el llanto de nuestros hijitos que a cada momento que se despiertan en la noche están llamando a sus padres y de ellos no nos dan ninguna razón en los cuerpos de seguridad". Y cartas de expresión así dolorosa, pues, son muchas las que llegan. Por nuestra parte, hemos tratado de hacer todo lo que está a nuestro alcance recurriendo a recursos jurídicos y estamos dispuestos siempre, pues, a ayudar al dolor de la humanidad.

También cartas que llegan de los campos donde hoy se trabaja en cortas de café, etcétera, para denunciar anomalías, injusticias de mandadores, de caporales, etcétera, contra comida mala, a horas tardías, con la discriminación de los que van con ese nuevo título de "ayudas", maltrato a quienes van a veces a buscar trabajo.

Tampoco queremos olvidar, hermanos, en estas injusticias, la poca promoción de algunos trabajadores y queremos decir, pues, también a ellos, un reclamo de promoción. También ellos

cometen injusticias entre ellos mismos cuando se roban unos a otros, cuando malgastan su salario y descuidan sus deberes de familia. Tanto unos como otros, en esta injusticia, tengan en cuenta esta voz de la Iglesia pronunciada en el Concilio Vaticano II: "La Iglesia, a la vez que reconoce que el progreso puede servir a la verdadera felicidad humana, no puede dejar de hacer oír la voz del apóstol cuando dice: 'No queráis vivir conforme a este mundo'; es decir, conforme a aquel espíritu de vanidad y de malicia que transforma en instrumento de pecado la actividad humana ordenada al servicio de Dios y de los hombres". Si tuviéramos siempre en cuenta, en todos los trabajos, tanto los patronos como los servidores, que todo hombre trabaja para gloria de Dios y para paz de los hombres, el canto de Belén, qué hermosa sería la humanidad, el trabajo; las diferencias mismas de pobres y ricos no serían barreras de odio ni de resentimiento, sino que serían cadenas que aman en la fraternidad.

GS 37

Rm 12, 2

Lc 2, 14

Quiero también mencionar una serie de cartas de otro estilo, muy optimistas. Yo quiero agradecerles a quienes acogieron la invitación para celebrar una Navidad con un sentido de más caridad cristiana. Así, tuvimos —por ejemplo— el gusto, ayer, de recibir de la comunidad cristiana de San Antonio Abad una colecta para los hogares donde han desaparecido los hombres que los sostenían. De la comunidad de San Marcos, un sobre con setenta colones también diciendo que han hecho una cena más frugal para dejar a beneficio de más gente necesitada. Donativos para la viuda que quedó con nueve hijos en Dulce Nombre de María; grupos de empleados que entregaron parte de su sueldo y de su aguinaldo y reflexionan que el tiempo no está para lujos y gastos, sino para ayudar al necesitado.

Me llenó mucho el corazón el haber estado en un grupo de jóvenes, muchos de ellos eran protestantes, muchos católicos, pero en una fraternidad en Cristo; dijeron que querían aprender a celebrar un nuevo estilo de Navidad, en que se reflexionara en el amor inmenso de Cristo y el compromiso que pide a los jóvenes en esta hora de la historia. Esto, hermanos, es para que nos llenemos de júbilo, de que hay sentimientos muy nobles y esto ha hecho ya posible la creación de un fondo de beneficencia en nuestra arquidiócesis para necesidades de emergencia.

Finalmente, también en esta semana, hemos tenido el gusto de recibir el texto íntegro del discurso que el Papa dirigió en la

persona de nuestro embajador ante la Santa Sede, el saludo y el mensaje a todos los salvadoreños[2]. Ya nuestra radio extrañó que se hayan publicado esas noticias parciales, tendenciosas, que no reflejan el pensamiento exacto del Papa. El próximo número de *Orientación* va a publicar el discurso íntegro y verán cómo yo he calificado para mí ese discurso, un verdadero regalo de Navidad a nuestra Iglesia, ya que el Papa se sitúa, hablando al gobierno y al pueblo salvadoreño, en la línea en que hemos tratado de situar nuestra predicación: el Concilio Vaticano II, la encíclica *Populorum progressio* y todos los documentos del magisterio actual de la Iglesia.

Vida de la Iglesia

Así, en esta semana, la Iglesia ha tenido también consuelos, alegrías, como son el esfuerzo edificante de unidad cristiana entre los católicos que estaban un poco divididos allá en San Antonio Abad, y con gusto, hemos sabido que celebraron ya juntos su Navidad en el templo parroquial.

También es un testimonio de solidaridad con la unidad eclesiástica la celebración del patrón San José en Quezaltepeque. Era todo un pueblo y peregrinaciones venidas de diversas partes, que repudian aquello que por desgracia están apoyando las autoridades del pueblo, el cisma. Pero la Iglesia, que no necesita de templos materiales ni de personerías jurídicas sino que vive la realidad del cuerpo místico de Cristo en la unidad con sus verdaderos pastores, demostró en Quezaltepeque que está muy fuerte esa unidad con su verdadero párroco, el padre Roberto.

En Cojutepeque, tuvimos una reunión para laicos, donde tuvimos el gusto de ver cómo se va promoviendo este sector, el más populoso e importante de la Iglesia, que son los seglares, ustedes los laicos.

Ese mismo día, el martes, tuvimos el gusto de felicitar en su propia oficina al grupo de locutores y trabajadores de esta emisora, *YSAX*. Es el día del locutor y quisimos expresarles nuestro cariño, nuestro agradecimiento, así como ellos nos expresaron su solidaridad y colaboración.

[2] Discurso de Pablo VI ante el nuevo embajador de El Salvador en el Vaticano, *L'Osservatore Romano*, 18 de diciembre de 1977.

También, en la parroquia de Santo Tomás celebramos el 21, fiesta del patrono, sacando del Evangelio el mensaje tan oportuno para nuestros tiempos que nos da Santo Tomás, como cuando dice a los otros apóstoles miedosos de ir con Cristo a Jerusalén: "Vayamos con Él y si es necesario muramos con Él". Jn 11, 16

El movimiento ecuménico celebró esta semana una reunión para estudiar un documento de solidaridad con la Iglesia católica, yo les agradezco, lo mismo que para preparar los ocho días de oración, que por tradición se celebran del 18 al 25 de enero, por la unidad de todos los cristianos del mundo.

La vida religiosa también ha tenido una expresión muy bella en esta semana en la arquidiócesis. Una comunidad de religiosas betlemitas se prepara para ir el 6 de enero a tomar posesión de un pueblo sin párroco, El Paraíso, en Chalatenango. Y quiero alegrarme también con las comunidades de Zacamil y cantón San Roque de Ayutuxtepeque, donde unas dos noches de esta semana celebramos las alegrías navideñas y el mensaje de Cristo Dios y hombre.

Finalmente, hermanos, quiero recordarles que el 4, 5 y 6 de enero vamos a celebrar las jornadas por la paz que quiere el Papa; analizaremos su mensaje al mundo y celebraremos así en nuestra arquidiócesis y en el país el precioso lema: "No a la violencia, sí a la paz". Y este no a la violencia queremos también decirlo en esta semana cuando hemos tenido las noticias de un nuevo secuestro en el señor Safie[3], y pedimos al Señor, pues, que cese toda violencia y que impere ese imperio de paz, de confianza, de justicia, por el cual aboga nuestra Iglesia.

Y es que nuestra Iglesia, queridos hermanos, es precisamente la prolongación de Cristo encarnado en Belén. Vivamos esta reflexión de esta mañana en estos tres puntos. Primero, Cristo que nace en Belén es la manifestación de Dios ante los hombres.

Cristo que nace en Belén es la manifestación de Dios ante los hombres

Nos ha dicho hoy San Juan en ese hermoso prólogo: en el principio ya estaba la Palabra en Dios, y por esa Palabra fueron he- Jn 1, 1-3

[3] El empresario Víctor Safie fue secuestrado el 22 de diciembre de 1977, *Cfr. El Diario de Hoy*, 24 de diciembre de 1977.

chas todas las cosas. Toda la creación comenzó a existir, su existencia se la dio la palabra de Dios. De modo que esa palabra de Dios, que es Dios omnipotente hablando, ya existía y Él le dio el ser a las cosas, y en las cosas creadas, Dios se revela como cuando yo me revelo hablando, yo hoy estoy expresando mi pensamiento y cuando ustedes hablan, dicen la palabra que refleja su propio ser. Y Cristo decía: "De la abundancia del corazón habla la boca". El hombre bueno habla cosas buenas; el hombre que tiene en su corazón abundancia de maldad habla solamente cosas malas.

Mt 12, 34

Dios, que es la bondad infinita, misterio escondido, nadie lo puede ver ni oír, habla y dice: háganse las cosas. Se hace el Sol, se hace la naturaleza; y en la belleza de las cosas, en el orden, en la grandeza, en la hermosura de todo lo creado, sentimos una huella de Dios, una palabra, un eco de Dios. Por eso decía San Pablo: los romanos que no quieren creer en Dios son imperdonables porque Dios se le descubre en la creación.

Gn 1, 3ss

Rm 1, 20-22

La creación, pues, fue hecha por la Palabra, esa palabra eterna de Dios, cuando vino a hacerse hombre. Recuerdan cuando en el ángelus rezamos: "El ángel del Señor anunció a María y el Verbo, la Palabra, se hizo carne y habitó entre nosotros". Entonces, la palabra de Dios ya no es una palabra que se refleja en un mundo natural; es una palabra que viene a reflejarnos su vida más íntima, viene a decirnos que en Dios hay un Hijo y que ese Hijo, palabra eterna de Dios, toma forma humana. Y cuando lo vimos pasar por esa tierra, San Juan escribe: hemos visto la gloria de Dios en Él. Cristo es la epifanía de Dios. Cuando en la última cena un apóstol le dice: "Señor, muéstranos al Padre", Cristo le dice: "Felipe, ¿tanto tiempo he estado con ustedes y no me conocen? Quien me conoce a mí, conoce al Padre". ¡Qué hermoso es pensar que en Cristo tenemos una revelación de Dios, una revelación de la verdad infinita! Dios nos ha dicho todo cuando nos ha dado toda su palabra.

Jn 1, 14

Jn 14, 8-9

Por eso, en la epístola de hoy de los hebreos, qué elocuente comienza diciéndonos: Dios que había hablado antes por los profetas, ahora nos ha hablado en su propio Hijo. Ya no tiene nada que decirnos, ya no son mensajeros separados, como fueron los profetas, que venían a decir algún rasgo de la revelación de Dios: "Esto dice el Señor". Ahora viene el mismo Señor, su misma Palabra. Ya la verdad la poseemos en toda su integridad

Hb 1, 1-2

los cristianos que aceptamos a Cristo, aun sin comprenderlo, como cuando recibimos de un sabio una palabra que no la entendemos, pero decimos: "La ha dicho él y basta". Así también, como cuando un niño recibe de su papá una palabra, es la suprema autoridad y dice: "Lo ha dicho mi papá, mi mamá lo ha dicho". Y esta es la máxima autoridad; el amor con que se lo dice, no lo quiere engañar. Cuando Cristo aparece en Belén, la humanidad puede decir: "Nos lo ha dicho nuestro Padre, en Cristo, que es su palabra eterna, nos lo ha dicho todo". Y cuando Cristo, después de tres años de educar a sus discípulos se va a despedir, les dice: muchas cosas os he enseñado, pero tengo muchas otras cosas más que no las podéis captar, os enviaré el Espíritu de la verdad para que os vaya diciendo todas estas cosas. Y así va la Iglesia por el mundo, ella posee a Cristo y ahí lo tiene todo; pero no lo usa todo porque no lo necesita todo de un solo golpe. A medida que van llegando las circunstancias, ese Verbo le dice a la Iglesia la palabra oportuna que hay que decir ante los inventos modernos, ante los progresos de los hombres o ante los atropellos de la dignidad humana, ante las circunstancias históricas difíciles de los tiempos; allí tenemos la palabra encerrada en la Iglesia y el espíritu de Dios nos lo revela: ¿qué hay que hacer?, ¿qué hay que decir en esta circunstancia?

Jn 16, 12-13

Por eso, hermanos, yo les agradezco cuando en solidaridad con la Iglesia dicen: "Estamos pidiéndole al Espíritu Santo que le ilumine, que diga lo que hay que decir". Y cuando sentimos que en el pueblo hay un consenso, hay una alegría, hay un amor, hay una unidad, decimos nosotros: esto no puede ser otra cosa que la palabra de Dios que habla, Cristo que vive en su pueblo. Este es el gran misterio de ese Cristo que es Palabra, que es vida de Dios y ha venido a traernos su verdad, su vida, como dice el Concilio, que el misterio del Padre y del amor suyo se revela en Cristo.

DV 4

Sí, en Cristo se revela el misterio del amor, cómo nos ha amado, cuando el apóstol escribe: "De tal manera amó Dios al mundo que le dio a su propio Hijo". ¿Qué padre entrega a su hijo para que quede salvo un prisionero, un esclavo? Esto lo ha hecho el Padre eterno, nos dio a su Hijo, su Palabra, su vida, y en Cristo nosotros podemos recuperar vida de Dios. Se perdonan los pecados porque Cristo se hizo precio de nuestra deuda. Y todos podemos morir con la esperanza de un cielo porque Cris-

Jn 3, 16

to nos ha ofrecido abrirnos esa puerta del cielo aunque seamos pecadores, con tal que nos arrepintamos, que nos convirtamos y
Jn 14, 6 nos volvamos a Él: "Yo soy el camino, la verdad y la vida".

Cristo, pues, es la epifanía de Dios, la manifestación de Dios, la revelación de Dios. Cuando miramos al Niño Jesús en los brazos de María, elevemos nuestra mente, necesitamos la gran virtud de la fe. María la necesitó para ver en aquel niño que alimentaba en sus propios pechos no un niño cualquiera, sino la encarnación de un Dios, y en su Niño Jesús, María adoraba la verdad, la vida eterna, el Dios hecho hombre. Por eso María, la Virgen, tiene que ser el modelo de los cristianos que celebran la Navidad, si quieren de veras ahondar en el gran misterio del Dios, del Padre, del amor, de la vida, de la verdad, que se hicieron carne. Se hace carne, es como la antítesis más marcada, como lo más opuesto: Dios-la carne. Dios infinito, la carne limitada. Y el Dios infinito se encierra en un hombre que pertenece a un pueblo y a una historia, y quiere continuar ese misterio, como lo vamos a ver después, en cada uno de nosotros.

Cristo es la revelación del hombre

Pero antes quiero decirles mi segundo pensamiento: Cristo, así como es la revelación de Dios, es la revelación del hombre. Oía cuando entrábamos a la misa que un seminarista les estaba leyendo el número 22 del documento *Gaudium et spes,* o sea del diálogo de la Iglesia con el mundo actual, redactado por el Con-
GS 22 cilio Vaticano II. Y allí dice en ese número que el misterio del hombre ya no se puede descifrar si no es en Cristo. Cristo revela el hombre, al mismo hombre. Sin Cristo, el hombre es un absurdo. ¿Qué sentido tiene mi vida?, ¿de dónde vengo?, ¿para dónde voy?, ¿qué significa mi inteligencia, mi capacidad de amar, de ser libre?, ¿qué significan todos estos bienes que Dios ha puesto bajo mis pies?

Cuando se olvida uno de Cristo, convierte todas esas capacidades humanas —inteligencia, libertad, amor, capacidad de dominar, de organizar la tierra— en un sistema de opresión, de esclavitud, de odio, de venganzas. Cuando lo mancha el pecado, este retrato de Dios que es el hombre, no hay cosa más horrible. Pero cuando en Cristo volvemos a descubrir qué es el hombre, comprendemos lo que nos ha dicho hoy San Pablo en la carta a

los hebreos: impronta. Impronta es el sello. Un sello, que se pone en un papel, deja la misma figura del sello. Esa figura del sello es Cristo, el sello es Dios. Hb 1, 3

Él ha marcado, pues, la imagen de Dios, y cuando Dios dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen", quiso decir: el hombre sea como nuestro sello en la creación. Ya ese sello solamente se descubrirá cuando vuelva la impronta, el sello auténtico, el original de Dios, el Verbo, el que refleja la esencia divina hecho hombre; es el hombre perfecto, es el hombre de las virtudes humanas, cristianas, celestiales, en el cual cada hombre tiene que reflejarse a sí mismo si quiere ser digno de su dignidad de hijo de Dios. Ya el hombre no encuentra el sentido de su vocación sino es en Cristo. Cristo dijo: "Yo he venido, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de mi Padre que me ha enviado"; y el hombre ya no encontrará otra razón de su felicidad y de su ser sino reflejando el canto de anoche de los ángeles: "Gloria a Dios". Mi vida tiene que ser para la gloria de Dios. Yo no tengo que buscar mis ventajas políticas, sociales, económicas, esto es muy secundario; lo que tengo que buscar es que en este ambiente en que me toca desarrollar mi vida, con estas relaciones políticas o económicas o sociales, yo tengo que buscar la gloria de Dios. Y en medio de mi pobreza y de mi miseria, de mi opresión, de mi cautiverio, no debo yo olvidarme nunca que soy impronta: imagen de Dios. Gn 1, 26 Jn 6, 38 Lc 2, 14

Ahora comprenden, hermanos, por qué la Iglesia es tan celosa de los derechos humanos, de la dignidad humana, de la libertad humana; por qué grita como una madre que siente que le atropellan al hijo, cuando ve que le atropellan las imágenes de Dios que ella tiene que volver a su original belleza; por esto, porque Dios le ha encomendado a la Iglesia la prolongación de esa impronta de Dios, de ese sello del Señor. Comprendemos entonces, hermanos, nuestra propia dignidad. Se leía hoy en el precioso documento del Concilio que Dios hecho Cristo trabajó con manos de hombre, pensó con pensamiento de hombre, amó con corazón de hombre y desde entonces puedo decir yo: mi corazón de hombre ya es corazón de Dios, mi mente de hombre ya puede elevarse a categoría de Dios porque ese Dios, que vino a traerme la vida de Dios cuando se hizo hombre, quiso enseñarme cómo debo manejar mis manos, mis pies. GS 22

Hermoso el pasaje que se ha leído hoy en la primera lectura: ¡Qué bellos los pies del que va evangelizando la paz sobre las Is 52, 7

montañas, que vienen anunciando la libertad de los pueblos oprimidos! Es Cristo ese mensajero misterioso que, poniendo sus pies en la tierra, anuncia a los pueblos y a los hombres que ya Jerusalén será reconstruida y sobre las ruinas del pueblo, llevado al destierro, ya se oye el cantar de esperanza de todo un pueblo que, al oír al mensajero con los pies benditos de la paz, se llena de alegría, de esperanza, de optimismo.

Este es el canto de Navidad, el mensajero que viene con pies de hombre para posarse en la tierra y enseñarnos a caminar; con manecitas de niño que van a ser manos de un divino Maestro que un día quedarán clavadas en la cruz; con corazón de hombre que aprendió a amar, en el amor virginal de María, las experiencias humanas del hogar de la tierra y de su padre legal, San José, la honradez en el trabajo. Hombre que aprendió entre los hombres y vivió entre hombres y quiso hacerse en todo semejante a los hombres, menos en el pecado, dice claramente la Biblia. Todo lo demás que nosotros sentimos lo sintió Cristo: cansancio, tristeza, desaliento, soledad, alegría, ilusión, amistad. Todo eso que siente el corazón humano, lo ha sentido Dios en Cristo. Por eso, Cristo es la revelación del hombre al mismo hombre. Démosle gracias, hermanos, a nuestro Padre celestial y a la Virgen María que quiso ser colaboradora en esta gran empresa de hacer carne, de hacer hombre, de poner instrumento humano al amor infinito de Dios.

Hb 4, 15

La Iglesia es la manifestación de Cristo

Finalmente, quiero decirles este tercer pensamiento, porque estas cosas tan bellas no las hubiéramos aprendido nosotros ahora, a veinte siglos de distancia de Cristo, si no existiera una institución fundada por el mismo Cristo que se llama la Iglesia. La Iglesia es la manifestación de Cristo. Así como Cristo es la manifestación de Dios, la Iglesia manifiesta a Cristo a los hombres de todos los pueblos.

"Como mi Padre me envió, así yo os envío"; hay una conexión directa, en este envío secular, histórico, de la Iglesia hasta la consumación de los siglos. Gracias a la Iglesia, se presentará a los hombres de todos los tiempos la impronta de Dios en Cristo, para que los hombres descubran y vivan su verdadera grandeza, su verdadera vocación. Si no fuera por la Iglesia, este

Jn 20, 21

destello de la gloria de Dios en la noche de Belén se hubiera quedado muerto en aquella noche, a lo más, en aquellos años. Se contaría como un recuerdo que ya pasó. Pero lo hermoso es que esta liturgia de Navidad de 1977 está haciendo presente como si ahora hubiera sido. La Navidad de Cristo en Belén hoy ya no es solo Belén, es San Salvador, es todos los pueblos donde están sintonizando esta radio, es todas las comunidades, todos los cantoncitos, caseríos, casitas de enfermos donde están escuchando este mensaje de la Iglesia.

Yo tengo el inmenso honor, en esta mañana, de ser la voz de la Iglesia, anunciando el nacimiento de Cristo a los hombres de 1977, y decirles que por encima de todas las alegrías, mejor dicho, dándoles razón a todas las alegrías de Navidad, está eso que muchos no comprenden: la alegría, que hasta los incrédulos celebran en Navidad, hasta los enemigos de la Iglesia, los que han calumniado y difamado a la Iglesia en este año, se están valiendo de la Iglesia para esta alegría de Navidad. Por eso les dije, en mi saludo de Navidad[4], que en mi corazón de pastor no hay ningún resentimiento aun para las ofensas personales, sino que nadie me puede quitar la alegría de poderles decir a mis mismos enemigos: ¡Feliz Navidad!; porque no es mío este mensaje, sino que es de la Iglesia, que desde Cristo está trayendo felicidad, alegría, aun sin comprenderla.

Pero en esta mañana, yo estoy haciendo lo posible por hacerla comprender, y es que esta Iglesia, prolongación de la encarnación de Cristo, tiene una parte humana y una parte divina. Como el Niño Jesús tiene unos miembros humanos que tomó de las entrañas de una mujer, pero tiene un elemento divino que no se lo dio la Virgen; el Padre eterno envió a su Verbo, a su Palabra, para que se encarnara en esas expresiones humanas que la Virgen le dio al Niño Jesús. Y así tenemos que la Iglesia, siendo como Cristo una parte humana que le damos los hombres y otra parte divina que no le damos los hombres sino Dios, tiene que ser la conjugación maravillosa de lo imperfecto y de lo divino. Como Cristo que se cansa, que sufre, que tiene las deficiencias humanas, pero como Dios no se cansa, es infinito y es perfecto; la Iglesia también, como humana no tiene por qué avergonzarse

[4] *Cfr.* "La palabra del arzobispo. Mi pensamiento pastoral en Navidad", *Orientación* , 25 de diciembre de 1977.

de sus deficiencias humanas. Y cuando la crítica amarga de nuestros enemigos quiere sacar los trapos al sol, se queda corta, y eso es poco en comparación de lo mucho pecaminoso que tenemos en la Iglesia. Hay miserias, somos tan humanos como ustedes los enemigos de la Iglesia, capaces de odiar tanto. La Iglesia también es humana, y puede caer en el pecado también del desamor. En lo humano, la Iglesia siente lo que siente todo hombre, siente el desprecio, siente el deseo, siente las cosas de tentación, es humana. No lo olvidemos, que prolonga la humanidad, la carne de Cristo en la historia pero en cuanto divina, la Iglesia es impecable.

El Niño Jesús, como Dios, puede enfrentarse a todos los hombres y decirles: ¿quién de ustedes me puede echar en cara un solo pecado? Y la Iglesia también le puede decir a todos los hombres como encarnación de lo divino: si me pueden echar en cara muchos defectos y pecados humanos, reto a todo el mundo que me eche en cara un solo pecado como institución divina; que un día haya enseñado la mentira, el odio, la violencia, ¡jamás!, porque el amor de Dios que ella encarna es impecable, es divina, es encarnación de Cristo. Por eso la Iglesia, hermanos, seguirá proclamando su palabra de manifestación de Cristo en la historia, y por eso el Papa[5] acaba de decir a los salvadoreños, en la persona de nuestro embajador, el doctor Prudencio Llach, que aboga esa Iglesia para que se dé plena libertad al mensaje del Evangelio en El Salvador y que pueda predicar su doctrina social y moral sin ninguna traba. La Iglesia no tiene por qué ser temida, es el mensaje de Cristo el que vino en la noche de Belén.

Pero una cosa, hermanos, esta Iglesia, como Cristo, se desarrolla también en una noche de tinieblas, y así dice la lectura del
Jn 1, 9-10 Evangelio de San Juan: "Vino a este mundo y este mundo no lo conoció". Las tinieblas no lo pudieron comprender. Qué triste pensar que esta luz, que esta vida de Dios, que este amor infinito del Padre tiene en Cristo y que la Iglesia sigue ofreciendo a los hombres, los hombres no lo quieren comprender. No es que Dios haya hecho a unos capaces y a otros incapaces de comprender el mensaje de Cristo; el secreto está en la libertad de cada uno, el secreto está en la buena voluntad con que unos acogen y reciben, como María y los pastorcitos, al Jesús que nace en

5 Discurso de Pablo VI ante el nuevo embajador de El Salvador en el Vaticano, *l. c.*

Belén; mientras que otros, como Herodes, como el orgullo de Jerusalén, no se dieron cuenta que tan cerquita estaba pasando la fuente de la vida eterna.

Cuando vinieron los Magos del oriente y preguntaron al rey en Jerusalén dónde ha de nacer, el rey y sus sabios no le supieron decir, pero una estrella los supo conducir a donde los pastores y los humildes encontraban al que buscaban. También los sabios y los ricos, cuando se hacen humildes y sencillos como los Magos que venían del oriente para ofrecerles oro, incienso y mirra; las riquezas también caben junto a la cuna del Niño Jesús pero cuando son depositadas por las manos humildes de los pastores y de los Magos. Mt 2, 1-2

Queridos hermanos, hemos reflexionado pidiéndole a la Virgen María que nos haga comprender el misterio de su niño y ella nos ha resumido a través de mi humilde palabra: mi niño no es otra cosa, ni nada menos, que la manifestación de Dios a los hombres. Segundo, la manifestación de los hombres al hombre mismo: su dignidad, su grandeza de Dios, que llevan como imágenes de Dios, sepan ser dignos de esa impronta que cada hombre lleva. Y en tercer lugar, este niño en mis brazos, nos dice María, es la imagen bella de la Iglesia que se prolongará por los siglos llevando la vida de Dios entre deficiencias humanas, entre pobrezas de cuna de Belén. Dichosos los que no se escandalizan —dijo Jesucristo—, sino que saben captar la belleza de la luz por encima de todas las bellezas de la tierra. Así sea. Lc 7, 23

Todos los hombres somos instrumentos de Dios

Santos Inocentes, Antiguo Cuscatlán
28 de diciembre de 1977

1 Juan 1, 5-2, 2
Mateo 2, 13-18

Nuestra diócesis de San Salvador guarda una de esas costumbres típicas, que siendo expresión de piedad popular, nos une con el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo que se predica en todo el mundo. Se trata aquí de esta devoción que todos los años atrae gente de todas partes: la devoción de los Santos Inocentes.

Aquí al lado de la iglesia podemos ver las imágenes de niños traídos en peregrinaciones de diversos lugares. Son la fe, la devoción de nuestro pueblo expresada en esa inocencia de los niños que se identifican con el Niño Jesús en estos días de Navidad y, al mismo tiempo, hacen como en una forma plástica esa escena del Evangelio que hemos leído: la presencia de aquellos niños en torno de Belén, de dos años abajo, como los buscaba el cruel Herodes. Nos recuerdan esas imágenes aquella dolorosa situación que se creó en Belén cuando Herodes, hombre sanguinario que deseaba quitar todo estorbo, todo peligro a su afán de reinar, mandó a asesinarlos. Lo mismo aquí, junto al altar, una imagen curiosa de mujer puede representar a aquellas madres afligidas, ¡cómo gritarían las pobres para arrancar de las manos de aquellos verdugos la carne inocente de sus niños que implacablemente los mataron! Aquí la devoción popular llama a esta mujer, expresión de aquellas madres, Santa Juana.

Como ven, pues, es un conjunto folclórico que hay que conservar como esos valores típicos de nuestro modo de ser sal-

vadoreño. Yo quiero agradecer a los padres somascos que cuidan la devoción en esta parroquia. Y quiero felicitar a ellos y a ustedes, queridos hermanos, que están aquí presentes ante este cuadro también típico de los Santos Inocentes que preside la ceremonia en esta iglesia de Antiguo Cuscatlán, fieles de la parroquia o peregrinos venidos de diversas partes estamos aquí. Pero yo quisiera, hermanos, como orientador espiritual de todas estas costumbres que tienen relación con la Iglesia y con el Evangelio, decirles esta palabra que nos convierta en verdaderos creyentes del Evangelio, verdaderos hijos de la Iglesia católica; no vaya a ser que nos quedemos solamente en la superficialidad de una costumbre popular y las devociones populares.

La religiosidad popular es una ocasión magnífica para profundizar en el Evangelio, pero es también un gran peligro de que convirtamos la religión solamente en una costumbre popular, en algo folclórico, en algo artístico, en tradiciones meramente humanas sin raíces evangélicas. Por eso, quiero aprovechar yo este momento folclórico, popular, pintoresco, de la devoción a los Santos Inocentes en Antiguo Cuscatlán para que profundicemos en esta profundidad del Evangelio. Yo me permito invitarles a ustedes a reflexionar en estos tres pensamientos. El primer pensamiento es este: todos los hombres somos instrumentos de Dios; el segundo pensamiento es este: cómo la verdadera inocencia que salva es la que da Jesucristo; y en tercer lugar: cómo hasta los errores y crímenes de los hombres nos llevan al triunfo de Jesucristo y al desarrollo de los designios de Dios.

Todos los hombres somos instrumentos de Dios

En primer lugar, hemos visto pasar en el Evangelio de hoy varios personajes en los cuales podemos ver a nosotros mismos, a nuestra historia, a nuestro momento. Así hemos de leer el Evangelio, no como una novela que pasó hace veinte siglos, sino como una encarnación de Dios que se hizo hombre en un momento histórico, para que de ese momento aprendamos también a vivir el Evangelio en los momentos que nos toca vivir a nosotros. Es necesario, pues, deponer un poquito la fantasía, como quien está leyendo una novela; cuando leen el Evangelio, prescindir un poco de aquel ambiente de hace veinte siglos, o mejor dicho, trasladarlo a nuestro ambiente: El Salvador, 1977, y así es

como hemos de leer el Evangelio. En los momentos de problemas de la familia, de la patria, de la propia vida, leamos siempre el Evangelio, pero trayendo aquel momento para que me ilumine este momento de aflicción, ese momento de esperanza, esto que vivimos cada uno en su familia, en su propia vida, o en su propia patria.

¿Cuáles son los personajes que aparecen aquí en esta escena del Evangelio? En el centro, los inocentes, los niños de dos años abajo; junto a ellos, sus madres, defendiéndolos con la bravura con que una mujer defiende a su hijo cuando lo ve en peligro de muerte; capaz de dar su vida, mejor que la maten a ella pero que no muera su niño. Otro personaje: Herodes, el sanguinario. Nos cuenta Flavio Josefo, un historiador de los tiempos de los evangelistas, de los tiempos en que se escribió el Evangelio —también tenemos siglos de historia profana y una de esas historias es la de Flavio Josefo—, nos cuenta que Herodes tenía un afán enfermizo de poder y tenía como sospecha de todo mundo, cuenta que mató hasta a algunos familiares suyos porque sospechaba que le querían quitar el poder; todo lo que era sombra contra su poder le daba miedo, y así mandaba a eliminar. El Evangelio recoge ese episodio precisamente, el que temiendo a un rey de los judíos que anunciaban los Magos que venían de oriente, se llenó de terror y manda a matar a todos los niños de dos años abajo para eliminar al que es el peligro.

Aparece también un personaje simpático, San José. En sueños oye que el cielo le avisa: levántate, toma al niño y a su Mt 2, 13
mamá y llévalo a Egipto, porque Herodes lo está buscando para matarlo. Y José es instrumento de Dios para salvar al Redentor y va a Egipto; y el Evangelio hace un bonito comentario: y estu- Mt 2, 15
vo en Egipto hasta que murió Herodes, entonces volvió para que se cumpliera la Escritura: "De Egipto he llamado a mi hijo". Es una profecía que no se refiere propiamente a Jesús, se refiere al pueblo de Israel, esclavo en Egipto, a quien Dios libró trayéndolo a la tierra prometida. Pero miren en el Evangelio la bella perspectiva: Cristo que regresa de Egipto, defendido por Dios, es como la encarnación de todo el pueblo de Israel que también fue defendido por Dios de la esclavitud, de la opresión; y esta es la traslación hermosa que hemos de hacer nosotros. Cristo perseguido pero protegido por Dios, valiéndose de los hombres, sus instrumentos, como José, es otra vez regresado, incólume, a su patria.

Encontramos allí, también, personajes crueles como los emisarios, los enviados, los soldados de Herodes cumpliendo órdenes inmorales. Cuando un rey manda matar niños, matar gente, los soldados no tienen que obedecer. Es una orden cruel, inmoral, sanguinaria; sin embargo, las espadas serviles matan a los inocentes.

En fin, hermanos, un conjunto de personajes en los cuales nosotros tenemos que ver la historia nuestra, los personajes malos, para no ser como ellos. Es el pecado que la Iglesia repudia. La Iglesia es el reino de Dios que trata de copiar en los corazones lo bueno que aparece en el Evangelio, para eliminar de la sociedad, de la familia, del hombre, todo lo malo que el Evangelio también repudia. Por eso, la Iglesia, al pensar en los personajes del Evangelio en esta historia de los Santos Inocentes, tiene que anunciar el reino de Dios para decirles a todos ustedes: queridos peregrinos de los Santos Inocentes en Antiguo Cuscatlán, seamos como José, seamos como María, seamos como los hombres providenciales que Dios ocupa para sus planes de redención. De los que estamos aquí, todos cristianos, todos hemos recibido la vocación de ser buenos: buenos padres de familia, buenas madres de familia, buenos colaboradores en la implantación del reino de Dios. Todos los cristianos que están aquí presentes tienen que comprometerse, en esta mañana, a ser colaboradores con Dios. Dios necesita hombres, Dios necesita instrumentos que sean como José, que sean como los ángeles, que colaboren con Dios en desarrollar sus designios de amor, de salvación, de esperanza en la tierra. Dichosos los cristianos que saben santificar su vida con el Evangelio y se hacen como José instrumentos de la salvación de Dios.

Pero también hermanos, desde esta página del Evangelio, la Iglesia tiene que recoger la triste herencia del pecado para decirle a los hombres de hoy: no sean sanguinarios como Herodes; no sean serviles como los soldados, que a las órdenes de Herodes van a matar inocentes; no sean crueles, no torturen, no maltraten, no hagan madres que, como Santa Juana, lloren la desaparición de sus hijos que no saben dónde están; no sean crueles. El pecado no lo quiere Dios. Es necesario convertirse, es necesario dar a la patria y a nuestro ambiente más tranquilidad, más esperanza, más seguridad. Los que hacen la violencia, los que asesinan, los que hacen chorrear sangre no son queridos

por Dios mientras no dejen de hacer esas cosas. De allí, hermanos, que desde los Santos Inocentes grita la justicia contra las injusticias, la inocencia contra el pecado, grita la bondad contra la maldad.

En este Día de los Inocentes, tenemos que oír un clamor también, hermanos, desde tantos inocentes que pudieron, debieron haber nacido y no los dejaron nacer sus propias madres. El pecado del aborto, el pecado de los anticonceptivos, el pecado de Herodes se repite hoy también en esos campos donde se prostituye la facultad que Dios ha dado al hombre y a la mujer para engendrar hijos; no para el placer, no para abusar de la carne, no como Herodes solamente por egoísmo: que es rey y los demás no importan nada, aunque sean los propios hijos. El pecado del aborto es el pecado de Herodes. Hermanos, hoy venimos a rasgar las vestiduras en el Día de los Inocentes y gritamos: ¡qué cruel Herodes!, ¡qué crueles sus soldados!, pero sabemos que hoy mueren mucho más que aquel pequeño grupo de niños de Belén. Es horroroso saber que ya esos hospitales, en las clínicas, y en formas clandestinas, se cuentan por millares, millares y millares de inocentes abortados de las entrañas de sus propias madres. ¡Qué ejemplo da aquí Santa Juana defendiendo el producto de sus entrañas, contra aquellas madres que ellas mismas los mandan a matar!

Es el crimen, hermanos, en cualquiera de sus formas: en su forma institucionalizada mata el ejército, mata el que secuestra, mata también la madre que manda a abortarse. Todos estos son crímenes que claman al cielo. En el Día de los Inocentes, la voz de la Iglesia hace suya la voz de los que ya no pueden hablar, de los que fueron asesinados en formas tan crueles, tan viles, tan inmorales, para gritar ante Dios: Señor, perdónalos, porque son estas, sin duda, las culpas por las cuales vienen tantos castigos a nuestra tierra; perdónalos y haz que los pecadores se arrepientan también, para que vuelva la espada a su vaina y para que no haya más sangre y más violencia entre nosotros.

Cómo la verdadera inocencia que salva es la que da Jesucristo

Fijémonos ahora, hermanos, en la figura central, los inocentes, para decir una cosa: solo la inocencia que Cristo da es la que salva. Pueden preguntarse muchos: ¿qué mérito tenían esos ni-

ños si ni podían hablar, ni tenían conocimiento para que ahora los veneremos como santos en los altares?, ¿qué mérito tenían esos niños para que ahora estén gozando en el cielo junto con los santos que hicieron tan grandes obras y sufrieron martirios en forma más consciente?, ¿qué mérito? Hermanos, esta es la palabra que nos dice como un mensaje el Día de los Inocentes: niños de dos años abajo ya merecen en el cielo la alegría y el gozo de Dios, que esperamos nosotros, adultos, ya viejos, porque lo vamos a ganar a base de nuestras buenas obras. No, no son nuestras buenas obras solamente. Nuestros méritos personales, el esfuerzo de ser buenos, el arrepentimiento de nuestros pecados es algo humano, no tendría el valor de ser una mano que abre el cielo, imposible.

Rm 5, 1-2 Por eso dice San Pablo en su carta a los romanos que nos salvamos no por nuestras buenas obras, sino por nuestra fe en Cristo. Las dos cosas: buenas obras como condición de mérito humano para que Cristo nos dé sus méritos divinos. Lo que salva al mundo son los méritos de Cristo, el Redentor. Estamos todavía en el mes de la Inmaculada Concepción de María. María fue inmaculada, no cayó en el pecado original no por sus méritos, no tenía méritos María antes de nacer, pero dice la teología: por atención a los méritos de Cristo, Cristo la hizo inmaculada; antes de nacer la previno de no caer en el pecado original, así, también, los niños que se salvan.

Los niños deben ser bautizados porque no es el mérito personal del bautizado el que lo hace cristiano, sino que es la redención de Cristo, que se le puede aplicar a un niño aun sin tener uso de razón. Los méritos de Cristo, aplicados a los inocentes de dos años abajo, son los que han hecho posible que este martirio de inocentes se convierta en almas en la gloria. Y no nos imaginemos que allá en el cielo estos niños están a la edad de dos años. El alma, desarrollada allá en el cielo, es igual la de un niño que acaba de nacer con la de un sabio que adquirió mucha sabiduría en la tierra, porque no es la sabiduría de la tierra la que los va a hacer felices en el cielo, sino la visión de Dios que adquirimos por los méritos de nuestro Señor Jesucristo.

En este sentido, hermanos, el mensaje de los inocentes es un reproche al orgullo de los mayores. Nos creemos demasiado, creemos que todo mundo nos debe agradecer, creemos que nos vamos a salvar por nuestros mismos méritos. No, hagamos

buenas obras porque, si no hacemos buenas obras, no nos vamos a salvar, nos vamos a condenar; como dice el Evangelio: "Tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber". Todo el mal que habéis hecho, todas las obras buenas que no habéis hecho son la causa de esta maldición: "Id, malditos, al fuego eterno". Cierto, se necesitarán las buenas obras para salvarse, pero no serán las buenas obras solas, sino añadidas a los méritos infinitos de nuestro Señor Jesucristo.

Mt 25, 42

Mt 25, 41

Estaba muriendo una artista cuando llamó al confesor, al sacerdote; y llorando, aquella mujer que había ganado mucho dinero, muchos aplausos, mucha fama, le decía: "Padre, qué vacía me siento". Y se ponía a llorar. "Me duele tener que presentarme ahora con mis manos vacías ante Dios". Miren, hermanos, de nada sirve la fama de la tierra, el poder, el dinero, la gloria del mundo. ¡Qué va! Se queda con la muerte. Todos los méritos que podamos tener como hombres no valen para el cielo. Las manos están vacías si no lo hemos hecho por amor a Dios. Pero, entonces, aquel confesor, aquel sacerdote tuvo una feliz idea para consolar a aquella mujer moribunda, se quitó su crucifijo y lo puso en sus manos y le dice: "No diga que tiene sus manos vacías; ya tiene a Cristo en sus manos. Preséntese con Él al tribunal de Dios, que no nos salvamos por nuestros méritos, por nuestro dinero, por nuestros aplausos, por nuestra fama; nos salvamos por Cristo que dio su sangre por nosotros. Confíe en Él, que Él llenará el vacío que ahora siente su espíritu. Deje todas las cosas de la tierra que no valen nada y entréguese a Cristo. Llore su vacío confiando en Él y Él lo llenará".

Hermanos, qué hermoso es pensar, en este Día de los Inocentes, que lo que le da ese título a esos niños inconscientes no son sus méritos humanos, sino los méritos de Cristo que ya comienza a ser redentor desde que es niño en la cuna de Belén.

Cómo hasta los errores y crímenes de los hombres nos llevan al triunfo de Jesucristo y al desarrollo de los designios de Dios

Por eso, hermanos, mi tercero y último pensamiento es este: todo lo que sucede en la historia concurre a la gloria de Cristo, nuestro Señor. Y esto nos da un gran consuelo y una gran esperanza por más estorbo que los hombres, como Herodes y los soldados, le quieran poner al reinado de Cristo eliminándolo en

su infancia. Todo eso se madurará para el bien, porque ese Cristo huyendo hacia Egipto va a retornar a cumplir las promesas del Padre. Nadie lo puede detener. El proyecto de Dios tiene que realizarse a pesar de los estorbos de los hombres, o mejor dicho, valiéndose de los mismos crímenes de los hombres, que Dios ocupa también como instrumentos para hacer sentir en el mundo: ¡qué vacío es el mundo cuando no reina Dios! Cristo triunfará, Cristo triunfando sobre las intenciones malvadas de los que lo quisieron matar, su reino triunfará, sus proyectos son la victoria porque confían en la fe. Esta es la victoria que ha vencido: la fe, la esperanza cristiana.

Y entonces, hermanos, desde esta peregrinación a los Santos Inocentes en la iglesia de Antiguo Cuscatlán, conservando esta alegre tradición de nuestro pueblo, se convierta ya en una oración por nuestras intenciones personales, por nuestras preocupaciones de familia. Pero de manera especial, hermanos, yo les quiero pedir una oración muy especial por la querida patria salvadoreña y por nuestra Iglesia, la que nos ha dado esta fe, esta esperanza, este amor; para que en estas circunstancias de nuestra historia nacional, en vez de ser víctimas del pesimismo como si todo estuviera perdido, miremos el triunfo de Cristo sobre las ambiciones y las maldades de los hombres. Y así como Cristo niño, en los brazos de la Virgen y de José, supera las instigaciones del mal, también la Iglesia, que es la prolongación de Cristo en la historia, protegida por Dios, sepa cumplir siempre su deber de ser el instrumento bueno de salvación y sepa también ser instrumento valiente para arrancar del mundo los pecados que estorban al reino de Dios.

Celebremos así nuestra eucaristía. El Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, el Cristo que nació en Belén y que salvado por Dios va llevando adelante sus proyectos de amor y de salvación, sea también la inspiración de esta comunidad reunida en oración en esta preciosa devoción de los Santos Inocentes. Y desde aquí elevemos, pues, esta plegaria que vale, como hemos dicho, no por nuestros méritos, no por nuestras limosnas o candelas, no por nuestras devociones populares, sino porque Cristo es Dios hecho hombre y está aquí presente dándole sentido a esa limosna, a esas candelas, a esta oración. La romería de los Santos Inocentes tiene un valor divino porque nosotros tenemos fe que no es nuestra plegaria sola, sino que

Cristo, presente ya en la misa de esta mañana y en la fe de cada corazón, es el que eleva hasta Dios y le da un sentido eficaz a la plegaria y a la peregrinación que juntos hemos venido a realizar en esta mañana.

Proclamemos ahora nuestro credo. Ya nosotros podemos hablar, no como los inocentes todavía sin poder menear la boca para decir palabras; con la palabra, con el corazón y con la vida, digamos nuestra fe en Dios.

Acción de gracias y súplica de perdón

31 de diciembre de 1977

Números 6, 22-27
Gálatas 4, 4-7
Lucas 2, 16-21

Queridos radioyentes:

La comunidad que está rodeando el altar de la catedral, lo mismo que todos los que con un sentido cristiano se unen a nuestra reflexión allá a través de la radio, sintámonos herederos de aquel pueblo de Dios, el Israel que Dios escogió para depositar en él sus promesas, sus bendiciones cuando vino el prometido. Cuando las promesas llegaron a la plenitud de su cumplimiento en Cristo, nació este nuevo Israel, el pueblo cristiano, somos nosotros. Y lo que hemos escuchado en la primera lectura se refiere no solo a las relaciones entre aquel Israel del Antiguo Testamento y su Dios, sino entre este pueblo, moderno Israel, el cristianismo de 1977, que ya va a comenzar a ser el pueblo de Dios de 1978.

Las relaciones con ese mismo Dios de Israel marcan nuestro más grande orgullo, nuestra más profunda satisfacción, la razón firme de nuestra esperanza, la alegría de nuestro corazón. Así podemos comprender lo grandioso de esta noche en que muchos, olvidándose de esta relación con el Creador, Señor del tiempo y de la eternidad, se entregan a las alegrías de este mundo casi como un sarcasmo, precisamente, cuando se están dando cuenta en esta noche de que el tiempo pasa, ellos como que quisieran aferrarse, instalarse en este mundo. La reflexión cristiana

se vuelve al único eterno. Solo Dios no pasa. El tiempo pasa con todas sus cosas, como un río que se va llevando todas las arenas movedizas.

Este año se está terminando, pero cuando el tiempo pasa nosotros nos volvemos a Dios, el cual mandó bendecir así al pueblo que creía en Él: "El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti, te conceda su favor. El Señor se fije en ti y te conceda la paz. Así invocarán mi nombre sobre los israelitas y yo los bendeciré". ¡Qué promesa más bella para terminar el año! Invocar el nombre del Señor es una expresión clásica de la Biblia. Quiere decir no solamente invocarlo con los labios. Quiere decir tomar conciencia de que somos el pueblo de Dios. Quiere decir que en la historia del hombre está comprometida la Iglesia de Dios. Quiere decir invocar el nombre del Señor sobre su pueblo, que este pueblo tiene un compromiso con ese Dios y que, en su marcha por la historia, ese pueblo tiene que dar gloria a Dios no solo con la expresión de sus buenos sentimientos, sino realizando una sociedad que de verdad sea la sociedad de los hijos de Dios, donde la paz no solamente sea el equilibrio del temor, donde la paz no sea el silencio de los cementerios, donde la paz sea la alegría dinámica de un Dios de paz que, precisamente por ser un Dios de la paz, construye, se desparrama —diríamos— en bondades, realiza la pluriforme maravilla de la creación; y sus hijos tenemos que hacer lo mismo: una paz que se construye en la justicia, en el amor y en la bondad.

Nm 6, 24-27

Desde esta perspectiva, queridos hermanos, miremos el año que termina; luego, miremos hacia el año que va a comenzar dentro de pocas horas. El año que termina, si lo vemos desde el corazón de este pueblo de Dios que es la Iglesia fundada por Cristo, el heredero de todo el Viejo Testamento para transmitirlo a su pueblo cristiano, es un año que nos invita a una profunda acción de gracias y también a una súplica de perdón.

Acción de gracias

Una acción de gracias porque la Iglesia, el pueblo de Dios en esta comunidad de la arquidiócesis de 1977, marca lo que hemos llamado una hora de Pascua y de cruz. Cruz en el dolor de la persecución. Cruz en el asesinato de los sacerdotes que murieron este año; no debían haber muerto, estarían todavía trabajando con

nosotros pero ya los enumeramos de entre los difuntos, no por voluntad de Dios, sino por el crimen de los hombres. Cruz de persecución que la sentimos en los muchos puestos vacíos de sacerdotes en que nos deja este año, en el temor de las comunidades en donde se reflexiona la palabra de Dios y, como en los primeros tiempos del cristianismo, se sospecha de que el cristianismo atenta contra la paz de los hombres. Llegará el tiempo —dice Cristo— y bendiciendo ese tiempo lamentaba que los hombres pensaban hacer un servicio a Dios mientras mataban a los cristianos. Jn 16, 2

Es una hora de cruz porque también para la Iglesia es sufrimiento de su corazón los múltiples atropellos a la vida, a la libertad, a la dignidad humana. La Iglesia, encargada de la gloria de la tierra, siente que en cada hombre hay una imagen de su Creador y que todo aquel que la atropella ofende a Dios. Y tiene que clamar: Iglesia santa defensora de los derechos y de las imágenes de Dios. Ella siente que han sido también escupidas en su cara, latigadas en sus espaldas, cruz en su pasión, todo lo que han sufrido los hombres aunque no tengan fe, pero han sufrido como imágenes de Dios. No hay dicotomía entre la imagen de Dios y el hombre. El que tortura un hombre, el que ha ofendido a un hombre, atropellado a un hombre, ha ofendido la imagen de Dios, y la Iglesia siente que es suya esa cruz, ese martirio.

Pero al mismo tiempo, hermanos, esta hora de cruz de la Iglesia ha sido como la cruz del Calvario plantada en el dolor, junto a María nuestra madre: un Dios-hombre que agoniza, pero es el granito de trigo que muere para dar cosecha. Démosle gracias a Dios que, junto a esta cruz de 1977, ha florecido un trigal de esperanzas, de renovaciones, de conversiones, de vocaciones, de fe. ¡Cuántos se han acercado a la Iglesia para decir que habían perdido ya la fe y, gracias a esta cruz de 1977, han vuelto! Es cierto que también muchos se han alejado. Se alejaron los que tenían que alejarse, hojas amarillas del árbol que no soporta el vendaval tenían que arrancarse, esperando, tal vez, tiempos mejores para volver a ser lo que ansiamos: convertidos de su cobardía, de sus debilidades, de sus traiciones. Jn 12, 24

Súplica de perdón

Porque también esto, hermanos, mientras lamentábamos y gritábamos contra la persecución, mientras rechazábamos, repu-

diábamos la violencia que arrancó tanta sangre en 1977, nuestro grito jamás fue el grito de la venganza. La calumnia encuentra aquí una evidencia de su mentira. Como Cristo puedo decir: en
Jn 18, 20 público he hablado, a través de la radio se han oído mis mensajes. La Iglesia ha rechazado todos los atropellos que en este año se le han hecho a ella y a la dignidad de los hombres, pero jamás hemos invocado una violencia de venganza contra nadie. Yo reto a todos los que me oyeron a que me convenzan en este sentido de que la Iglesia sembró la violencia o el desorden. Tengo la conciencia tranquila de una Iglesia que, al mismo tiempo que rechazó la violencia, llamó a los pecadores al perdón, los llamó a la penitencia; los sigue llamando, porque seguimos viendo las manos crispadas del odio, de la venganza, de la persecución. La Iglesia no odia. Como Esteban, el mártir que celebrábamos en estos días, mientras moría bajo la lluvia de las pedradas, levan-
Hch 7, 60 taba su voz, la voz de la Iglesia: "¡No les tengas en cuenta este
Lc 23, 34 pecado!". "¡Perdónalos, Señor, no saben lo que hacen!".

Esta es la acción de gracias, hermanos, en esta noche al terminar el año, recogiendo tanto dolor, tanto sufrimiento, tanta injusticia, tanto atropello. De veras —como lo ha dicho nuestro periódico *Orientación*— hemos vivido quizá el año más trágico de nuestra historia, pero al mismo tiempo, para la Iglesia, el año más fecundo de nuestra historia eclesiástica.

Démosle gracias al Señor porque hasta las ofensas, las injurias, volvían a Cristo, ensangrentado y sucio en el Calvario, para
Lc 23, 34 volverse a su Padre: "Perdónalos, Padre, no saben lo que hacen". Y esta voz de la pasión de Cristo se ha hecho en este año la voz de la Iglesia pidiendo misericordia para los que la ofendieron. Ella también, hermanos, se vuelve a Dios para decirle: Padre, perdónanos; también como humanos dentro de nuestra Iglesia hemos cometido nuestras faltas. ¿Por qué no lo vamos a reconocer? Esto nos honra también, porque lo frágil, lo miserable, cuando es humilde, alcanza el perdón.

Y es que al volvernos hacia 1978, yo quisiera hacer un llamamiento a todas las fuerzas vivas de nuestra Iglesia: sacerdotes, religiosas, religiosos, laicos, comunidades de todas las categorías, familias que se precian de cristianas, también a los que no tienen fe en nuestra Iglesia, los hermanos protestantes, también los que no tienen fe en Cristo, pero aman la paz y desean el bien. Un llamamiento que hice ante el cadáver de un sacerdote asesi-

nado en este año[1], quiero hacerlo también nuevo en este fin de año y principio del nuevo año: el llamamiento a que todos hagamos un esfuerzo por la paz, que construyamos esa paz dinámica que arranca, desde luego, en una Iglesia que trata de ser auténtica, fiel a su Evangelio.

Y este es un motivo para darle gracias también al Señor: la fidelidad que hemos tratado de realizar a nuestro Evangelio, al Esposo santo de la Iglesia, a Jesucristo. La Iglesia tiene allí bien claro su programa: ser fiel a su Evangelio, tratar de analizar su propia vida, sus relaciones sociales, su instalación en el mundo a la luz del Evangelio, y solo lo que puede resistir esa luz del Evangelio es auténtico. Ninguna felicidad de un hijo de la Iglesia puede ser felicidad auténtica si no se funda en el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo que proclamaba: bienaventurados los que tienen libre el corazón de las prisiones de la riqueza, de los egoísmos, de las venganzas, de los rencores, de los odios. Una actitud así en la Iglesia es la que yo pido para todos mis queridos católicos al principiar el año.

Que 1978 marque, para todos los que se glorían de ser hijos de la Iglesia católica, una conversión. Todos necesitamos convertirnos, yo el primero, mis queridos sacerdotes, mis hermanas religiosas, los laicos bautizados. Una conversión a la promesa de nuestro bautismo: renuncia a todo lo malo y conversión hacia todo lo que es evangélico. El que no quiera vivir así su profundo sentir con la Iglesia sería más honrado si dijera: "Yo no creo en la Iglesia, no me cuenten más entre los bautizados".

Pero los que están fuera de la Iglesia: los cristianos, los protestantes, los que creen en Cristo a su manera, miren a Cristo no desde la Iglesia, mírenlo desde su propia conciencia, desde su propio seguimiento a Cristo. Yo me alegro, hermanos, de que en el campo protestante se está haciendo una revisión seria de vivir el Evangelio. Ya hay conflicto. ¡Bendito sea Dios!, porque cuando se pone la mano en la llaga hay conflicto, hay dolor. Y el protestantismo está poniendo la mano también en la llaga, está diciendo que no se puede ser verdadero protestante, verdadero seguidor del Evangelio si no se sacan todas las conclusiones que

[1] Se refiere al llamamiento que hizo en la homilía del funeral del padre Alfonso Navarro Oviedo el 12 de mayo de 1977. *Cfr.* Monseñor Oscar A. Romero, *Homilías*, Tomo I, San Salvador, 2005, pp. 77-78.

el Evangelio tiene para las realidades de esta tierra. Que no se puede vivir un Evangelio demasiado angelical, un Evangelio de conformismo, un Evangelio que no sea paz dinámica, un Evangelio que no sea de dimensiones exigentes para las cosas temporales también.

Y aun más allá del Evangelio, más allá del cristianismo, también pedimos para 1978, a los hombres de buena voluntad, que, por su simple hombría, por sus simples sentimientos humanos, sepamos dar a nuestra patria un rostro distinto de 1977. Una convivencia fraternal que se inspire en el sentido de una sociedad democrática —digamos— pero en verdadero sentido; no en el abuso de esa palabra, sino en el sentido en que todo hombre sea respetado en sus derechos legítimos, en sus derechos primigenios que ha recibido de su misma creación. Todo esto, hermanos, nos sugiere el mensaje que Dios manda decir: "Así invocarán mi nombre", en una sociedad que se precia de llevar la protección de Dios.

Nm 6, 27

Queridos hermanos, vamos a celebrar nuestra última misa de 1977. La misa es el sacrificio de Cristo y en Cristo ponemos toda nuestra confianza. Señor, no confiamos en nuestros méritos, nuestras manos están vacías, pero sí confiamos en los méritos infinitos de Cristo, el Señor de la historia; que al terminar el año sepa recompensar con el sacrificio de su cruz, que vamos a renovar en el altar, las muchas formas en que te hemos ofendido este año. Perdona tanta sangre derramada, perdona tanto odio, tanta injuria, tanta calumnia. Perdona, Señor, a este pueblo tan manchado, de rostro tan feo, es tu imagen, imagen de un pueblo que lleva tu nombre. Lávalo con tu sangre, purifícanos.

Y entramos entonces a 1978, hermanos, entramos con un profundo sentido de esperanza, de alegría, de optimismo. Por más pecador que haya sido un hombre, cuando escucha de Dios la palabra del perdón, ya es criatura nueva.

Eso es lo que le pedimos en este día, ya que celebramos hoy, junto al primero de enero, la maternidad divina de María, la mujer Virgen y Madre que dio ese alumbramiento del hombre que salva al mundo. Sea también el nombre de la Virgen invocado sobre nuestra patria en el primero de enero, para que ella sea también la autora de un alumbramiento, parto doloroso, de un año de sangre y de odio y de tantas maldades a un año nuevo, humanidad nueva, renovación de los corazones, dolor de con-

versión, dolor de cruz pero de esperanzas, de una cruz que redime. Que todo el dolor de 1977 sea un dolor redentor. Que hasta las manos criminales que sacaron sangre o que escribieron odio en las páginas de los periódicos —que es lo mismo matar que difamar, es matar la fama también, ¡cuántos asesinos de la fama!—, que todas esas manos criminales que han derramado tanta sangre roja y blanca se conviertan y conviertan su dolor en arrepentimiento, y sean también constructores de un mundo mejor en 1978.

"Yo tengo fe —canta aquella canción—, yo tengo fe que todo cambiará, yo tengo fe en Cristo, el Señor", que es capaz de que, contando con la buena voluntad de los hombres, podemos hacer un año nuevo, una página blanca, mejor escrita. Lavemos con lágrimas, con amor, con plegarias, con conversión de esta noche, junto a las lágrimas de Cristo en su Calvario que es el altar, lavemos todas las manchas que nos deja la historia al morir este año y abramos una página nueva; hermanos, escribámosla con más amor, con más fraternidad, con más sentido de acción de gracias al Señor.

"Así invocarán mi nombre", dice el Señor. Ojalá, Señor, haya podido interpretar lo que tú quisiste decir por medio de Moisés cuando mandaste invocar tu nombre en medio de los hombres. Yo no he querido hacer otra cosa que invocar tu nombre en medio de nosotros, los de nuestra arquidiócesis, para que sea bendito tu nombre; y nosotros, en nuestra historia, seamos gloria tuya como tú quisiste cuando nos creaste: hacernos a tu imagen y semejanza. Proclamemos así, queridos hermanos, nuestra fe en Dios.

Nm 6, 27

Gn 1, 26

La Virgen, Madre de Dios

Santa María, Madre de Dios
1 de enero de 1978

Números 6, 22-27
Gálatas 4, 4-7
Lucas 2, 16-21

[...] radioyentes[1] con el saludo bíblico que Dios mandaba cuando se dirigían a su pueblo, ya que los cristianos hoy somos el Israel espiritual de Dios, somos el pueblo de Dios, y para nosotros es este precioso augurio de año nuevo: "El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor se fije en ti y te conceda la paz". No podía hacerse un saludo más oportuno y espléndido para el año nuevo que estas palabras que la Biblia pone a nuestra consideración esta mañana y, al mismo tiempo, unir a esta buena voluntad de Dios la presencia de María, la Virgen Madre. Nm 6, 24-26

Hay una fiesta oficial de la Iglesia en honor de María y es hoy, primero de enero. Ocho días después de dar a luz al Redentor del mundo, la Iglesia quiere llamar la atención de todos los hijos de la Iglesia para celebrar la solemnidad de Santa María, Madre de Dios. Así se inicia, pues, el año, bajo la bendición directa de Dios y bajo este título que es toda una inspiración de confianza en el poder de la Virgen, por ser de Dios.

Se hace, entonces, nuestro momento en que compartimos, aquí en la catedral y a través de la radio en todas las comunida-

1 El saludo no está registrado íntegramente en la reproducción magnetofónica de la homilía.

des, el pensamiento de la arquidiócesis, se hace un pensamiento de hogar y sentimos que la Iglesia es nuestra casa y que allí hay una Madre mucho más cariñosa, más fina que nuestras mismas madres terrenales —que nos quieren tan bien que no quisieran nada malo para nosotros— pues María asume toda esa ternura de hogar, y la Iglesia, la arquidiócesis, las comunidades, deben sentirla siempre presente.

Hechos de la semana

Ahora yo la siento como que fuera nuestra madre a la que rodeamos todos nosotros, sus hijos, para comentar un poco estos días de Navidad y año nuevo como lo están haciendo en sus hogares muchas familias en torno de sus padres. Y le diré a mi Madre, la Virgen María, que bendiga siempre este esfuerzo desde la catedral a quien trata de ser el servidor de la diócesis, para dar voz a los que no tienen voz. Que este es un servicio que, sin duda, gusta a la Madre: de ver unos hijos que sufren y que no pueden, muchas veces, manifestar sus sufrimientos. Por ejemplo, la carta que recibí de las Tres Ceibas, donde desmienten las publicaciones que oficialmente se han hecho acerca de los desórdenes que allá surgieron el 24 de diciembre en la noche y el 26 por la tarde. No fueron los cristianos los que provocaron la balacera, sino elementos ebrios, dice la carta que de ORDEN[2]. Sería bueno que se investigaran estas cosas y, antes de echar la culpa a otros de cosas tan graves[3], se dedujeran las verdaderas responsabilidades.

También se quejan en Aguilares de que la casa donde viven las religiosas, el convento parroquial, se vio de repente invadido por personas de autoridad que saltaron del solar vecino, por el tapial, al convento.

Siguen llegando muchas quejas de capturas de reos sin ser sometidos a tribunales, de desaparecidos. Injusticias también

[2] Organización Democrática Nacionalista (ORDEN), organismo creado por la Fuerza Armada de El Salvador, en 1967, que bajo la dirección del general José Alberto Medrano se convirtió en una instancia de control y represión del campesinado.

[3] Monseñor Romero desmiente la versión oficial, difundida por *El Diario de Hoy,* en la que se responzabilizaba a miembros de Bloque Popular Revolucionario (BPR) de los hechos violentos sucedidos en el caserío Tres Ceibas, del cantón Buena Vista de Suchitoto. *Cfr. El Diario de Hoy,* 27 de diciembre de 1977.

que se lamentan en fábricas, en fincas, acerca de aguinaldos, de medidas, de sueldos, de prestaciones. Hermanos, yo no quiero ser más que una voz que, en nombre de Dios que nos quiere a todos hermanos, pide ese sentido de equidad, de justicia, nada más, de ley bien cumplida.

También la Iglesia, en esta reunión de familia, lamenta el misterio de aquella bomba que destruye la conocida bodega[4] y el misterio que envuelve los secuestros del señor Safie y de la señora de Chiurato[5]. Ojalá que el nuevo año nos libre de veras, nos dé un aspecto de más tranquilidad y paz, de todo lo que se ha venido lamentando en este año que ha terminado.

Vida de la Iglesia

En esta reunión con nuestra Madre, la Virgen, también nos alegramos de celebrar hoy, por voluntad del Santo Padre, la Jornada de la Paz. Pero como el día primero no es el más oportuno para esta reflexión, que quiere llamar la atención de todos los hombres de buena voluntad, la Comisión de Justicia y Paz ha organizado para los días 4, 5 y 6 de enero tres reuniones de reflexión. En ellas van a participar el señor arzobispo de Panamá, monseñor McGrath y, de los salvadoreños, el doctor Martínez Moreno a las 7 de la noche. Será aquí en catedral esta reflexión los días 4, 5 y 6.

El día 4 a las 4:00 de la tarde, ya estará monseñor McGrath y quiere ofrecer, a los sacerdotes y a los que tengan preocupaciones pastorales, religiosas y laicos, una información sobre la preparación de la tercera reunión general del episcopado latinoamericano, que va a tener lugar en Puebla de México el mes de octubre de este año, que comienza hoy. Es bueno, pues, que todos los sacerdotes —ya han sido citados y por este medio les hago llegar nuevamente la invitación para que el 4 de enero a las 4:00 de la tarde en el seminario— nos reunamos. Lo mismo invito a las personas, religiosas o seglares, que tengan interés en conocer esta actividad del episcopado de todo el continente, en

[4] Se refiere a la bodega de la fábrica de telas NEMTEX en San Salvador. *Cfr. El Diario de Hoy,* 31 de diciembre de 1977.

[5] La señora Elena Margarita Lima, esposa de Luis Chiurato, gerente de la empresa SALTEX, fue secuestrada el 6 de septiembre de 1977; ningún grupo se responsabilizó del secuestro ni se conoció que existiera algún tipo de demanda.

el cual se destaca monseñor McGrath como representante de esta zona centroamericana.

Quiero comunicarles también un saludo muy fraternal recibido ayer del señor arzobispo de Tegucigalpa, al cual habíamos invitado para la Jornada de Paz, pero no podrá venir por razones ajenas a su voluntad; pero dice que cordialmente está con nosotros y orará mucho por la paz entre estos dos países.

En el número de *Orientación*[6] de esta semana, les voy a encarecer que lean detenidamente el discurso del Papa al embajador de El Salvador ante la Santa Sede, porque las noticias parciales que salieron en los periódicos no dan la idea exacta de lo que el Papa desea de este país. Y ahí nos daremos cuenta cómo lo que la Iglesia está predicando aquí, localmente en El Salvador, es la línea que el Papa señala también en el discurso dirigido, a través del embajador, a nuestro gobierno y a nuestro pueblo salvadoreño.

En este ambiente de la línea del Papa, en que reclama la construcción de un orden más justo en El Salvador, que se enmienden evidentes injusticias y que se dé plena libertad, sin trabas, a la misión y a la predicación de la Iglesia, y otras recomendaciones del Santo Padre, digo que en ese contexto quiero presentarles también la noticia que todos ya saben: salió en la prensa de esta semana el nombramiento de monseñor Revelo como auxiliar de San Salvador. Ya he expresado mi parecer acerca de la persona de monseñor Revelo. Se trata de un verdadero amigo, aunque muchos quisieran distorsionar su manera de pensar. Yo creo que cuando el Papa, que ha dado esas líneas del proceder de la evangelización en El Salvador y al mismo tiempo nombra un obispo, es decir, expresión de su confianza para la predicación en ese país, es porque el obispo designado es un eco de esta auténtica doctrina de la Iglesia actual. Por eso yo les suplico a todos acoger con benevolencia al nuevo obispo auxiliar que el Santo Padre ha designado para ayuda de la Arquidiócesis de San Salvador, y tener en cuenta, pues, cuáles son los pensamientos del Papa a los cuales todo maestro en la Iglesia, todo obispo, tiene que atenerse para ser digno ministro de la Iglesia en aquel pueblo de Dios al cual es enviado. En este mismo sen-

6 *Cfr.* "Papa Paulo VI ilumina realidad salvadoreña", *Orientación*, 1 de enero de 1978.

tido les dije, cuando nombraron a monseñor Rivera obispo de Santiago de María, es una expresión de la confianza del Papa en aquella persona designada y, por tanto, nos da la garantía, pues, que la predicación de estos obispos es verdaderamente acorde con la doctrina actual de la Iglesia, y que todos tenemos que ponernos al día en el pensamiento de una Iglesia que quiere ser cada vez más encarnada en las realidades del pueblo.

He visitado esta semana las comunidades de San Juan Opico, de Antiguo Cuscatlán y de la parroquia La Merced en su iglesia de San Esteban. Quiero agradecerles la acogida cariñosa que allí me dispensaron y felicitarlos, a sus párrocos y a sus comunidades, por las actividades eclesiales que están llevando tan magníficamente. También felicito a las diversas comunidades cristianas que en estos días de Navidad han reflexionado mucho en el Evangelio. Es una de las características más hermosas de nuestra Iglesia: que se está haciendo más bíblica, más reflexiva en esas comunidades de base que se llaman porque son los pequeños grupos de fieles dirigidos, naturalmente, por sus párrocos o por las religiosas que cuidan esos pueblos; estamos viendo crecer en reflexión y en fe a muchos hombres y mujeres que van comprendiendo cada día más lo que es ser miembro de una Iglesia que prolonga a Cristo en la historia.

También las comunidades no católicas, los protestantes, han asumido —los que pertenecen a la comisión ecuménica— una entusiasta preparación de los ocho días de oración que desde hace muchos años se celebra este mes de enero, del 18 al 25 de enero; se llama el Octavario de Oración por la Unidad de los Cristianos. Me da verdadero gusto saber que no es la Iglesia católica sola, sino en comunión con los hermanos protestantes, los que estamos preparando estos días de oración para pedirle al Señor lo que Cristo pidió en la última cena: Padre, que todos los que creen en mí sean una sola cosa, que no presentemos al mundo el escándalo de la división cristiana, sino que seamos verdaderos seguidores del Evangelio auténtico y allí nos encontremos como un solo rebaño bajo un solo pastor que es Cristo. Jn 17, 11

Finalmente, hermanos, quiero invitarles hoy, primero de enero, como el primero de cada mes, allá en el hospital de la Divina Providencia, a las 5:00 de la tarde se tiene una Hora Santa. Una capilla muy linda que quizá muchos no conocen, invita a la oración. El primero de cada mes, allá pues, junto a los enfer-

mos, podemos al mismo tiempo que hacer un acto de fe en la presencia real de Cristo en la eucaristía y ejercitar nuestra oración por las grandes necesidades de la patria, de la Iglesia, de las familias, al mismo tiempo hacer un acto de caridad que nos manda el catecismo entre las obras de misericordia: visitar a los enfermos y ayudar a esa obra que verdaderamente tiene un nombre que no es solo nombre sino realidad: la Divina Providencia. Allí se vive de la caridad, del amor con que se llevan allá los donativos; no tiene subsidios, sino simplemente la mano de la Providencia a través de sus generosos bienhechores.

Podíamos seguir comentando, hermanos, muchos hechos de la Iglesia que va apiñando cada vez más a sus católicos en la unidad que Cristo quiere, que va también conjurando todas las tentaciones de desunión que arrecian contra nuestra Iglesia, pero ya bastan estas breves notas, a las cuales juntaría yo la historia íntima de cada uno de ustedes con quienes estamos haciendo esta reflexión: sus familias, ustedes mismos en particular, ¡cuántos problemas!, ¡cuánta historia! Todo eso quisiera que lo pusiéramos en común para reflexionar en el cariño, en la grandeza, de esta Madre bendita que la Iglesia nos ofrece hoy como centro de nuestra reflexión: la Virgen, Madre de Dios.

Lc 1, 42

De las tres lecturas de hoy, yo sacaría tres notas para enfocar en su grandeza casi divina a esta mujer "bendita entre todas las mujeres". La primera lectura es Dios que presenta su pensamiento acerca del Viejo Testamento, toda la historia de Israel. La segunda lectura, San Pablo que nos presenta el momento llegado, cuando Dios tenía que hacerse hombre necesitó la colaboración de una mujer, de la cual nace Dios hecho hombre. Y el tercer pensamiento es el Evangelio: los pastores encontraron a Jesús junto a María, María signo, camino hacia Cristo.

Dios presenta su pensamiento acerca del Viejo Testamento

Nm 6, 23

En la primera lectura veo, en esas breves líneas que hemos leído hoy, todo lo que significaba para Dios su pueblo. Habló el Señor a Moisés y le dijo: "Esta es la fórmula con que bendeciréis a los israelitas", y luego sigue la bendición que ya la hice como saludo de año nuevo. ¿Qué siente Dios para su pueblo y qué siente el pueblo de Dios para su Dios? ¿Qué es Israel, el de la Biblia? ¿Qué es el Viejo Testamento? Es toda una historia de un amor

de Dios que va preparando, con promesas santas, la redención de los hombres. Quiso prepararlo durante largos siglos a ese advenimiento del Hijo de Dios para salvar a la humanidad, para que la humanidad fuera tomando conciencia de lo que es Dios Salvador.

Pero fijémonos cómo Dios, para venir a salvar al mundo, se forma un pueblo. El sentido de pueblo es muy grandioso. Cuando decimos "el pueblo", no lo profanemos. El pueblo es el conjunto de hombres que va desarrollando en la historia una vocación de Dios. Cada pueblo tiene una vocación, así como cada hombre también tiene una vocación.

La vocación de Israel es de lo más grande: pueblo escogido entre todos los pueblos porque su fundador, Abraham, recibió de Dios una promesa. Era ya anciano y estéril y le dice: de tu descendencia voy a formar un pueblo numeroso como las arenas del mar y las estrellas del cielo. Y aquel hombre —que casi pudiera tomar como una burla, ya viejo y no teniendo hijos: ¿cómo voy a tener un pueblo tan numeroso?— cree, dice la Biblia. Creyó contra toda esperanza. Es un pueblo que se va a fundar en la fe, en la fe de Abraham. Y le comienza a prometer que de su descendencia serán bendecidos todos los pueblos.

Gn 15, 5

Gn 15, 6

Por eso, cuando se oían expresiones en el Antiguo Testamento como la que hemos leído hoy: "Invocar el nombre del Señor", era recordarle a ese pueblo el pacto hecho con Dios, las promesas de Dios a ese pueblo. Cada vez que un nacional o extranjero bendecía a Israel, le estaba recordando: tú eres un pueblo bendito, tú tienes una relación muy especial con tu Dios; hasta el punto de que, cuando ese pueblo era humillado, era el mismo nombre de Dios que se sentía también profanado; y cuando ese pueblo vencía en sus dificultades, era glorioso en sus circunstancias, era Dios el que se glorificaba. Existía entre Dios e Israel la relación que existe entre un esposo y una esposa. La esposa lleva el nombre del esposo, el apellido del esposo y la suerte de la esposa compromete al esposo. Si esa esposa es fiel, honrada, gloriosa, es el esposo el que se siente glorificado en ella; así como también, la esposa profanada, indigna, prostituida, es el nombre del esposo manchado en la conducta de su esposa. Eso era Israel, la esposa de Dios. Por eso los verdaderos israelitas, los verdaderos descendientes de Abraham, tenían tanta fe en Dios.

La expresión más bella de ese pueblo es la que nos ofrece hoy la Iglesia: María, hija de Abraham, descendiente de David. Ella encarna en su vida de virgen sencilla, modesta, desconocida, pero allí como que han venido a concluir todos los torrentes de la historia. Por eso, cuando agradecida canta su *Magnificat* al Señor que la ha escogido para ser la madre del prometido del pueblo, dice: "Acogió a Israel su siervo, según las promesas que hizo a Abraham y a su descendencia". Se sentía ella la encarnación de toda una historia. Nadie ha sido tan nacionalista como María con su nación. Es un ejemplo, hermanos. Yo quisiera que en este día de María, Madre de Dios, destacáramos esta nota: la patriota, la que amó a su pueblo, la que vibró con su pueblo, la que conocía las tradiciones, la que no traicionaba los signos patrios. Verdaderamente el corazón de una patriota. Qué signo más bello para que en esta hora, en que la nación de El Salvador necesita verdaderos espíritus patrióticos, no traicionáramos, por acomodarnos a situaciones de política o de economía o de sociedad, el verdadero interés del pueblo, la verdadera historia, la verdadera redención.

Lc 1, 54-55

Día primero de enero, ¡salvadoreños!, llamamiento de la Virgen para ser como ella: amad a vuestra patria, estudiad vuestra historia, conoced vuestra idiosincrasia, sed salvadoreños profundamente. Quizás no tenemos todos la culpa, ni toda la culpa de no amar tan entrañablemente a nuestra patria como María amó a su patria. La vemos a veces tan fea, nos sentimos tan desubicados en nuestra propia patria, que muchos prefieren mejor irse a otros lados; no sienten el hogar, no sienten la tradición, no sienten la alegría de la propia sangre, de sus propios paisajes, de la propia belleza de su tierra. ¡Y es tan bonito El Salvador! Pero María vibraba con los paisajes de Israel, con la historia de Abraham, de Moisés, de David, de las grandes mujeres. Toda la historia de Israel palpitaba en su corazón de Virgen patriota, enamorada de su tierra.

Hermanos, amemos a nuestra patria, amémosla como María, que no desconocía sus pecados y pedía misericordia a Dios por los pecados de su pueblo, pero la amaba en su grandeza de vocación de pueblo de Dios. Por eso, cuando Dios escoge una mujer de su pueblo, del pueblo de las promesas, para encarnar en las entrañas de esa mujer a su Hijo que quiere ser un modelo de hombre en la historia, escoge a aquella mujer que encarne mejor

todo el espíritu de su patria. María es escogida por su santidad y por su patriotismo. María es Madre de Cristo porque ese Cristo tiene que ser el hijo de todo un pueblo. María es la expresión de todo un pueblo. Cuando ella le dice al ángel: "Hágase en mí según tu palabra, he aquí la esclava del Señor", es todo el pueblo escogido que está hablando; para este momento había formado Dios un pueblo tan maravillosamente privilegiado por Dios. Lc 1, 38

Los milagros y toda la historia del Viejo Testamento no tenía otro objetivo que formar una historia de un pueblo bendecido especialmente por Dios, para que de él naciera el Redentor, la fuente de bendición de todos los otros pueblos de la tierra. Por eso, María realiza en su vocación de Madre de Dios, de Madre de Cristo, el designio divino de la nación entera de Israel. Muchos paisanos, compatriotas suyos, no lo comprendieron. Cuánto se desviaron los falsos israelitas, cuánto traicionaron a Dios en su designio de su vocación como pueblo los que se vendieron a poderes extranjeros, los que pusieron su afán en adorar el becerro de oro, los que pecaron ofendiendo a Dios hasta el punto de que Dios decía a su pueblo el dolor que siente un marido por su mujer que lo ha traicionado; así siente Dios los pecados de su pueblo.

Pero cuando encuentra siempre un resto de Israel, un pequeño grupo de fieles a las promesas de Dios —siempre lo hubo en Israel—, en ese resto, en ese pequeño grupo, que cuando llegó la plenitud de los tiempos era pequeñísimo de verdad... Analicen el momento en que Cristo nace. Israel ha vuelto las espaldas a Dios, pero hay un pequeño grupo, tal vez desconocido, pero allí está el alma del pueblo: María, José, los pastores que esperan al Redentor, los apóstoles que siguen a Cristo. El pequeño grupo. Este es el núcleo que Dios sigue bendiciendo aun cuando los demás se hayan hecho indignos de esa vocación.

No nos vaya a pasar lo mismo, queridos salvadoreños; que Dios tiene un designio de amor, de salvación, en nuestro país y lo está dando a través de su Iglesia. Los salvadoreños que se aferran a esta Iglesia, la aman, trabajan con ella, son el núcleo, son el reducto, el pequeño grupo de los fieles de Israel; desde allí, desde la Iglesia, quiere Dios salvar a nuestro pueblo. Seamos Iglesia, seamos como María, alma que conserva la vocación de su pueblo; que cuando vengan días mejores nos encuentre Dios que hemos sido fieles a la misma vocación de nuestra tierra.

María, instrumento de Dios para encarnar a su Hijo en la historia

El segundo pensamiento está en la segunda lectura. San Pablo a
Gal 4, 4 los gálatas les dice: "Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer". Calificaríamos esta lectura desde la fiesta de hoy, de María Madre de Dios: María, instrumento de Dios para encarnar a su Hijo en la historia. Esto es María.

Cuando llegó la hora de que aquel pueblo tenía que ofrecer una mujer para que el que naciera Hijo de Dios fuera también hijo de mujer, es decir, hombre verdadero, encontró en María la mujer adecuada; porque, como dicen los santos, María encarnó antes, en su mente, en su fe, a Dios, y solo cuando Dios se sentía encarnado en la santidad de aquella mujer, la escogió. Y el
Lc 1, 30 ángel le dice: "Has hallado gracia a los ojos de Dios". Entre los millones de mujeres que formaron el pueblo de Israel, solo tú eres la bendita entre todas, vas a ser madre del Redentor. Y María pide una explicación para salvar su virginidad y compren-
Lc 1, 35 de una orillita del misterio: lo que nacerá de ti será santo, el Espíritu Santo hará esta obra; para eso formó este pueblo, para que así como de un estéril, Abraham y Sara, nace un pueblo numeroso, de tu virginidad, sin menoscabarse en nada, quedando siempre virgen, vas a ser la madre de aquel que va a ser el centro de la historia cristiana en el mundo. María, pues, nos da la pauta para comprender quién es Cristo.

Allá por el siglo IV surgieron doctrinas erróneas acerca de Cristo. Se decía que María solamente había dado a luz un hombre, un niño cualquiera, al cual Dios asumió para hacerlo su Hijo, como nosotros que nacemos hijos de la carne pero después por el bautismo nos hacemos hijos de Dios. Entonces la Iglesia, encargada de guardar las verdades reveladas por Dios, se reunió en concilios, uno de los cuales, el más famoso, el Concilio de Éfeso, para proclamar que María había dado a luz a un Dios que ya se había encarnado en sus entrañas y que, por tanto, se le debía llamar Madre de Dios, *Theotókos,* decían en griego: la Madre de Dios. No solamente fue madre de un hombre que después se hizo Dios, sino madre de un Dios que se encarnó en sus mismas entrañas. Cristo tiene naturaleza divina porque es Dios y tiene naturaleza humana porque se formó en las entrañas de una mujer, pero solo tiene una persona, persona divina, la se-

gunda persona de la Santísima Trinidad, de modo que la naturaleza divina, como Dios, y la naturaleza humana, como hombre, confluyen en una sola persona: Dios.

Lo que hace Cristo como Dios, podemos decir, lo hace Dios; pero también lo que hace Cristo como hombre, como está unido con Dios, se dice que lo hace Dios. Por eso dice el Concilio que Dios se hizo hombre y desde entonces los hombres sentimos que nuestra naturaleza ha sido elevada en Él: ya piensa con pensamiento de hombre, pero es Dios el que piensa; ama con corazón de Dios, pero es Dios el que ama; trabaja con manos de hombre, pero es Dios el que trabaja con esas manos; y por eso, cuando muere en la cruz, su sacrificio es de valor infinito, porque no es el sacrificio de un simple hombre, sino de un hombre que al mismo tiempo es un Dios, y su dolor, su sangre, vale para salvar a todos los hombres del mundo y pagar los pecados de todos los hombres. ¡Qué grande es Cristo! AG 3

Ahora, del sesenta para acá, ha despertado en la teología una nueva inquietud para estudiar esta cristología más profundamente. Y hay dos grandes corrientes: una corriente que llama la cristología desde arriba y otra que dice la cristología desde abajo; entendiendo desde arriba, la consideración del Dios que se hace hombre y la cristología de abajo, el hombre que en Cristo se hace Dios.

Es maravilloso, hermanos, cómo quisiera yo que, en este día de la Madre de Dios, ella nos inculcara la verdadera fe que ella tenía cuando abrazaba a su Niño Jesús, o como cuando al pie de la cruz recibe su cadáver. La Madre dolorosa sabe que está acariciando el cuerpo de un Dios y que esa víctima que se ofreció en la cruz, el niño de Belén, es Dios que nació de sus entrañas hecho hombre y ella llevará para siempre ese título glorioso: Madre de Cristo, es decir, Madre de Dios.

Esta es la doctrina verdadera acerca de Cristo y acerca de María. Por eso la Iglesia quiere que esta Navidad, a ocho días de su nacimiento, el centro de nuestra reflexión esta mañana, que nos perdone un poquito Cristo pero, es María que no nos aparta de Cristo, sino que, al contrario, nos hace más accesibles a Cristo. Porque no hay duda que una Navidad que no tuviera de por medio una mujer, que es una madre con el niño en sus brazos, sería una Navidad de un Dios que se hizo hombre pero sin la ternura de una madre. Así como al pie de la cruz una víctima que

dio su vida por los pecados del mundo, pero que no hubiera tenido unos brazos de madre que lo recibieran, sería, sí, el amor infinito de un Dios que se entregó por nosotros, pero le faltaría eso que saben dar las mujeres: la ternura, el amor, la compasión. La pasión de Cristo se hace más dulce, más hermosa, cuando pensamos en la Madre dolorosa y la Navidad se hace más encantadora cuando pensamos en la Madre del Niño Jesús.

Sintamos mucha devoción a la Virgen, hermanos. Y ya que mi amistad con los hermanos protestantes me lleva a dirigirles mensajes desde nuestra grandeza y verdad católica, yo les digo, queridos hermanos protestantes, que sentimos esa nostalgia en ustedes, les falta más amor a María y hay algunos que en su fanatismo hasta la apartan del culto a Cristo. ¡Si nada le quita a Cristo María! Al contrario, María hace más simpático, más bello, más atrayente a Cristo, así como cuando el platero engarza una joya preciosísima en una montadura de oro fino, la hace más bella a la piedra por la montadura de oro. Cristo es la perla preciosa, no hay comparación: es el único Salvador entre Dios y los hombres; María no nos ha salvado, es Cristo. Pero Dios quiso escoger que, junto a Cristo, la perla preciosa, existiera esta montadura de oro. María es como el marco de oro para presentarnos Dios a Cristo nuestro Señor.

María, signo de la presencia de Jesús

Por eso hermanos, mi tercer pensamiento tomado del Evangelio
Lc 2, 16 es esta frase de San Lucas: "Los pastores fueron corriendo y encontraron a María y a José y al niño acostado en el pesebre". ¡Qué cosa más bella! Encontraron a María y, a través de ella, a Jesús. Este es mi tercer pensamiento: María, signo de la presencia de Jesús.

Así como cuando fulgura la aurora es señal de que ya va aparecer el sol, cuando se siente María es señal de que Cristo está cerca. María conduce a Cristo. Es su razón de ser. Como en nuestras noches de luna, sobre todo hoy que ya la descubrieron, la luna no es más que un inmenso cascajo de piedra, piedra muerta, pero cuando el sol la ilumina y esa piedra inmensa refleja sobre la tierra, qué bella aparece la luz, la luna. Eso es María, por naturaleza una mujer de nuestra raza, pero cuando la ha invadido la belleza de lo divino, María es la luna preciosa que

lanza su serena luz de ternura, de madre, sobre nuestras noches y nuestros días.

En María, siempre nos referimos a Cristo. María es el signo de la presencia de Cristo. Por eso, hermanos, cuando decimos que María es Madre de la Iglesia, estamos diciendo también esto: la Iglesia y María son la presencia de Cristo. Si la Iglesia salva, es porque prolonga la misión salvadora de Cristo. Si María es fuente de inspiración y de amor en nuestra plegaria, es porque trasluce el poder, la ternura, la redención de nuestro Señor Jesucristo. María, signo de la presencia de Cristo. No lo olvidemos. Cuando se va apagando la devoción a la Virgen en un corazón, tengamos miedo. Es como que se va escondiendo la estrella que conduce a los Magos hasta Cristo, nos perdemos. Cuando la devoción a la Virgen va sufriendo eclipse, se está eclipsando también la luz del sol divino: Cristo, nuestro Señor. Pero cuando en el corazón del pueblo, de la familia, de cada cristiano, hay ternura, hay confianza, hay amor que reza a María, Cristo está cerca, esa alma no está perdida.

Yo les inculco, hermanos, en esta mañana del día de la Virgen, Madre de Dios y Madre de Cristo, que si acaso, cediendo a corrientes de moda, se nos ha perdido un poco la ternura que aprendimos de nuestras madres para rezar a la Virgen Madre, hoy aprovechemos para recuperar, refrescar el corazón; que el hombre, por más grande que llegue a ser en la historia, siempre es un corazón de hijo; y ante la madre, todo hombre, por más grande que sea, se siente niño y no se avergüenza de las cosas de niño ante su mamá.

También con María que es Madre, la sencillez de nuestro Rosario, la sencillez de nuestras peregrinaciones a los santuarios de María, la visita a las imágenes de María, arrodillarnos ¿por qué no? Si no lo hacemos con sentido de idolatría, sino con la ternura con que muchas veces nos arrodillamos ante nuestra madre que está sentada para platicarle con más cariño. Todas esas cositas, cositas digo, porque así las llama la mamá: "cositas" —el caramelo que la mamá da o que el niño le trae de la fiesta—, cositas insignificantes pero que llevan toda la ternura del amor de los hijos. Yo quisiera, hermanos, que en nuestra arquidiócesis reverdeciera toda esa devoción que es tan proverbial, tan tradicional, entre nuestras familias. Ya en muchos hogares se ha dejado de rezar el Rosario, ya en muchas familias no se invoca a María y, perdonen queridas co-

munidades cristianas, hasta en comunidades cristianas he sentido con tristeza muchas veces que se saben rezar bonitas oraciones espontáneas a Dios, a Cristo, pero no se hace mención de María. Volvamos a sentirla presente, porque su presencia es señal de que Cristo está con nosotros, está cerca.

Seamos humildes como los pastores, sencillos como los ricos Magos del oriente pero que ante María se sintieron niños, también la reconocieron Madre del Redentor. Y hagamos de nuestra fiesta de la maternidad divina de María una renovación
LG 67 de nuestra fe, de nuestro conocimiento de María. El Concilio advierte maravillosamente: no exageremos, pero tampoco minimicemos. Este es el equilibrio que nos pide el Concilio; es decir, una devoción a la Virgen que no lleve al fanatismo, a exagerar como si ella fuera diosa, redentora, es falso; eso no es María. María es Madre del Redentor, criatura de Dios creador. Pero tampoco seamos tan fuertes a nuestro modo, que ya no nos hace falta María y hablamos de ella con cierto desprestigio, con cierto desamor. Ni una cosa ni otra. Ni exagerarla, porque no necesita exageraciones. ¡Es tan grande! Ni hacerla tan chiquita y tan insignificante, porque no lo es. El mismo Dios la reconoce como Madre de su Hijo y la ha querido colaboradora íntima de la redención de los hombres, dispensadora de todas sus gracias.

Hermanos, este es el mensaje de la Iglesia en el primero de enero. Yo deseo a todos, pues, que como pertenecientes a este pueblo de Dios seamos todos muy bendecidos en este año en Cristo, que fue para el pueblo de Dios como el fruto traído por María a todo el mundo, al cual pertenecemos nosotros. Tratemos de hacer, en este año, una verdadera Iglesia, tal como Dios la quiere, pueblo escogido suyo desde el cual, junto a María que es miembro de este pueblo, seamos iluminación, salvación.

No a la violencia, sí a la paz

Epifanía del Señor[1]
6 de enero de 1978

Isaías 60, 1-6
Efesios 3, 2-3a.5-6
Mateo 2, 1-12

Queridos hermanos sacerdotes y fieles, distinguidos miembros de la Comisión Nacional de Justicia y Paz, estimados radioyentes:

Esta noche, esta catedral repleta de fieles es protagonista de una procesión de siglos y de pueblos que comenzó hace veinte siglos. El profeta Isaías, en la primera lectura de esta noche, nos anunciaba cómo desde la oscuridad del mundo iban a surgir los pueblos en busca de aquella mística luz que brillaba en Jerusalén: la luz de Dios. Y con una poesía maravillosa nos ha cantado esta noche el profeta esa epifanía de un Dios que se hace presente a los pueblos, encontradizo a los que, en las tinieblas, en las dudas, en la oscuridad, buscan. Buscan la solidez de una paz, de una alegría que al fin encontraron precisamente, según nos ha contado el Evangelio de San Mateo, también esta noche aquellos Magos que fueron precisamente la primicia de esa profecía que comenzaba a cumplirse. Aquellos Magos del oriente son los que van como a la vanguardia de esa procesión de siglos y de pueblos. Y entonces comenzó a cumplirse lo de Isaías: que desde todos los confines van llegando a la cuna de Jesús a reconocerlo Dios, rey, Salvador de los hombres.

Nosotros ahora, esta noche, somos parte de esa procesión. ¡Dichosos los que con fe sienten la alegría inmensa de los

[1] Con esta celebración eucarística, monseñor Romero clausuró los tres días de reflexión de la Jornada de la Paz.

Magos de haber encontrado a Jesús! Y los que aún no tengan esta fe —que ciertamente habrá personas que dudan todavía en esas tinieblas del mundo, en esta hora de confusión— se preguntarán: ¿Y existe de verdad esa paz? ¿Y existe de verdad ese Cristo Salvador? ¿Existe, acaso, ese Dios que puede salvar estas situaciones tan horrorosas en que vivimos?

Hermanos, terminamos precisamente tres noches de reflexión. Yo quiero felicitar muy cordialmente a los laicos de la Comisión Nacional de Justicia y Paz, que han hecho eco tan profundo al magisterio de la Iglesia. Gracias a ellos, hemos escuchado en esta misma cátedra las profundas reflexiones teológicas del señor arzobispo de Panamá, uno de los grandes teólogos actuales de América Latina, enfocando el mensaje de Pablo VI no solamente en 1978, sino a lo largo de toda la historia de la Iglesia, que no ha sido otra cosa que proponer a los hombres un mensaje de paz, que se hace más enfático en estos tiempos, cuando la paz se deteriora por la violencia y se oye el grito rotundo del magisterio de esa Iglesia.

Escuchamos anoche también a un hombre[2] que, viviendo en la profesión y en el mundo, recoge la sintonía de los hombres del siglo, de los hombres que en el mundo saben que tienen que mirar a este magisterio, a esta Iglesia. Y cuando se tiene el corazón noble, la intención sana, se oye a la Iglesia; no hay prejuicio contra ella y se escucha con el corazón limpio que la Iglesia tiene razón en su grito tan actual como eterno: "¡No a la violencia, sí a la paz!"[3].

Y yo creo, hermanos, que es providencial que, junto con este regalo del mensaje mundial de Pablo VI, haya resonado también un mensaje específico para El Salvador; que junto al mensaje de los ángeles en Belén se concretara, como una homilía dirigida a los salvadoreños, aquel "paz a los hombres" en el discurso de Pablo VI al embajador de los salvadoreños ante la Sede Apostólica[4], para decirles que esta búsqueda sincera de los salvadoreños de la paz, que ha caracterizado estas noches, tiene una respuesta y que, si el corazón salvadoreño sigue esta búsqueda con sinceridad, la

Lc 2, 14

2 Se refiere al doctor Alfredo Martínez Moreno.

3 *Cfr.* Pablo VI, *No a la violencia, sí a la paz,* Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz (1 de enero de 1978).

4 Los textos entrecomillados de esta homilía, salvo cuando se indica lo contrario, son citas textuales del discurso de Pablo VI ante el nuevo embajador de El Salvador en el Vaticano, *Cfr. L'Osservatore Romano,* 18 de diciembre de 1977.

encontrará. Yo quisiera recoger toda esa esperanza de Pablo VI para sembrarla precisamente en el corazón de los salvadoreños y hacer de esta Epifanía como los Magos, nosotros, salvadoreños: encontrar a Cristo en los brazos de María, Reina de la Paz, precisamente bajo el signo más bello de Jesús: la paz, el don que simboliza todo el fruto de la redención; aquel con que saludaba resucitado, libre ya de las ataduras de los pecados que habían sido ya redimidos, libre de los cerrojos de la muerte y del infierno que ha quedado ya clausurado bajo el imperio de la redención, en una sola palabra, todo su saludo a los hombres de buena voluntad: "Paz con vosotros", "mi paz os doy, no como la da el mundo". La paz, la que sigue ofreciendo esta Iglesia. Entonces, Cristo, a quien San Pablo llama *pax nostra* —nuestra paz— porque Él reconcilió a los hombres con Dios y a los hombres entre sí y, botando con su sangre el muro de odios, de violencias, de rencores, de resentimientos, ha sembrado la condición ineludible de la paz: la justicia y el amor,"amaos los unos a los otros".

Jn 20, 19
Jn 14, 27
Ef 2, 14-16
Jn 15, 12

De eso es eco Pablo VI cuando se refiere con una visión certera a nuestra realidad salvadoreña. En su discurso, quisiera destacar yo estas tres ideas y que sean como el mensaje final de estas noches maravillosas que ustedes, queridos hermanos presentes en la catedral, han acentuado con su entusiasmo, con la acogida, con el hambre y la sed del pueblo que se expresa en ustedes, expresión de una ansia de paz; para nosotros habló el Papa.

Sin distinción alguna

La primera idea que yo encuentro en su discurso es que los salvadoreños miran a aquel centro de la Iglesia con esperanza, buscando la paz; y el Papa, al abrir sus brazos al embajador, le dijo: "Trascendiendo toda debida cortesía, queremos darle la bienvenida en usted a toda la República de El Salvador y a cada uno de sus habitantes sin distinción alguna".

¡Qué amplio el corazón del representante de Cristo! Yo creo que en esta frase, hermanos, hay toda una Epifanía, hay todo el encuentro de un pueblo con aquel que representa a Cristo en la tierra para sembrar la paz. El Papa da ese grito que ha resonado en todo el mundo: "No a la violencia, sí a la paz". Se hacía corazón salvadoreño para recibir sin distinción ninguna,

trascendiendo toda cortesía, como quien dice: rompiendo moldes para que el corazón de todos los salvadoreños, sin distinción, se sientan muy cerquita del Papa. Y le decía que pensaba muchas veces en nuestra república con la solicitud de quien ve en los salvadoreños unos hijos muy queridos.

Unas orientaciones de carácter social

Aquí el segundo pensamiento del Papa: unas orientaciones de carácter social. "Sabemos bien —le dice el Santo Padre al embajador— que la gran mayoría de los salvadoreños vive su existencia con una referencia ideal a su fe cristiana y no olvida las múltiples implicaciones prácticas que en lo personal, lo familiar y social, esa condición lleva consigo. Todo esto hace surgir un conjunto de relaciones y expectativas a los que la Sede Apostólica y la Iglesia, fieles a su deber, no pueden menos de prestar atenta reflexión. Ante todo, es de reconocer y alabar el empeño del pueblo salvadoreño por mejorar sus condiciones generales de vida, partiendo de esa visión global del hombre y de la humanidad que le enseña la Iglesia".

Hermanos, yo quiero sentirme orgulloso de ser salvadoreño esta noche y decirle a todos mis compatriotas que nos sentimos profundamente elogiados por esta palabra del Papa que hace ver nuestras inquietudes sociales a partir de una visión cristiana, que hace ver en las luchas por nuestra liberación la trascendencia de una fe, que hace ver —al revés de todos aquellos que nos han calumniado en nuestras luchas de Iglesia— que los salvadoreños no pueden romper esa relación entre sus preocupaciones sociales y sus referencias de fe, y que por eso la Iglesia, cumpliendo su deber, tiene que iluminar desde esa fe también estas realidades de la tierra, también esas preocupaciones de no tener pan, de estar marginados, de estar hambrientos, de ser pobre. La Iglesia se siente respaldada por todo el Evangelio y todo el mensaje de la Iglesia cuando el Papa ha hecho referencia a esa realidad salvadoreña.

El salvadoreño lleva su fe en el corazón y, desde su fe, ilumina las realidades de la tierra; y por eso no puede pensar en una fe desencarnada, en una fe como la del sacerdote y el levita que miran al herido y no hacen caso porque van a rezar. Una fe que solamente se concretara en ese alejamiento de las realidades

Lc 10, 29-32

dolorosas de la tierra no sería la fe que tiene relación con el dolor humano, con las situaciones difíciles de la tierra. Bendito sea Dios que el Papa ha dicho que la Santa Sede y la Iglesia no pueden renunciar al deber de orientar a este pueblo que lleva en su corazón una fe trascendental muy profunda y, desde su fe, lucha por una liberación auténticamente cristiana.

Yo hago un llamamiento también para que en esta lucha renunciemos a liberaciones meramente temporales, a liberaciones que no trascienden más allá de la historia, a liberaciones que quieren resolver las cosas con odio, con violencia y con lucha. No es ese el modo de ser de los salvadoreños, es una deformación del corazón. Cuando en el corazón de un noble salvadoreño se enciende el odio, la lucha, el secuestro, el crimen, la sangre, no es un salvadoreño auténtico, no hace honor a su patria y a su fe, es un traidor de esa trascendencia que nosotros hemos —diría— amamantado en el mismo pecho de nuestras madres.

Cuando el Papa evoca esa visión global del hombre que ha aprendido en la Iglesia, cita su propia encíclica *Populorum progressio* en el número 13 y 14, donde el mismo Papa dijo hace muchos años que la Iglesia, "tomando parte en las mejores aspiraciones de los hombres y sufriendo al no verlas satisfechas, desea ayudarles a conseguir su pleno desarrollo, y esto precisamente porque ella les propone lo que ella posee como propio: una visión global del hombre y de la humanidad". La Iglesia se siente orgullosa de poder decir esta frase: "El desarrollo no se reduce al simple crecimiento económico. Para ser auténtico debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre". Lo que cuenta para nosotros es el hombre, cada hombre, cada agrupación de hombres, hasta la humanidad entera.

PP 13

PP 14

Sepamos, hermanos, que hay quien nos comprende, quien comprende nuestras inquietudes de hombre: la Iglesia. Es humana y divina, y como humana sabe que no tiene nada humano que le sea extraño. Todas nuestras inquietudes humanas repercuten en su corazón y sabe que, como hombre, todo ser humano tiene derecho a ese desarrollo "que es el nuevo nombre de la paz". Un desarrollo que no consiste solo en tener más, sobre todo económicamente, sino en desarrollarse plenamente todo el hombre, todas sus facultades, su vocación divina sobre todo.

PP 76

Una orientación de fe en las relaciones Iglesia-Estado

Y, finalmente, este tercer pensamiento del Papa en su discurso: una orientación de fe en las relaciones Iglesia-Estado. La Iglesia —dice el Papa al embajador de los salvadoreños— "promueve y alienta esas aspiraciones, dentro del ámbito de su propia competencia específica. Por esto, mientras en ese país —El Salvador— reivindica la imprescindible libertad para predicar la fe, enseñar su doctrina moral y social, y ejercer su misión entre los hombres sin traba alguna, ella —la Iglesia— desea siempre respetar las competencias del poder temporal en su esfera propia y aceptar un diálogo constructivo con las autoridades civiles, con miras a mejor servir la vocación personal de quienes son a la vez fieles y ciudadanos".

GS 76 Cita el Papa, en este lugar, la constitución del Concilio en aquel punto en que, en su relación con el mundo, habla de las relaciones entre la Iglesia y la comunidad política. Las dos tienen como sujeto al hombre en su vocación de ciudadano de la tierra y en su vocación de fiel seguidor de Jesucristo. Por eso, no debía haber conflictos entre estas autoridades que deben procurar el bien común, la felicidad del hombre en la tierra, al mismo tiempo que respetarle su vocación eterna, sus orientaciones hacia lo celestial, su espiritualidad, el desarrollo de toda la intimidad del hombre como cristiano. Por eso, el Papa reivindica para El Salvador la libertad de la Iglesia, así como recuerda que la Iglesia respeta también la autonomía del poder civil y aboga por un diálogo constructivo, cuyo único objetivo no es sacar ventaja, privilegios. La Iglesia tiene que renunciar a ellos cuando su testimonio se empaña en esa relación; pero, en cambio, tiene que buscar el diálogo con miras a mejor servir la vocación personal de quienes son a la vez fieles y ciudadanos.

Hermanos, este es el ideal de la Iglesia: llegar a esa sana cooperación para buscar juntos —el gobierno encargado del bien común de la tierra y la Iglesia responsable de las orientaciones de la vocación eterna del hombre— una vocación que no está descoyuntada entre la tierra y el cielo, sino la vocación que unifique para felicidad del pueblo, para unidad de desarrollo de cada individuo, su vocación de ciudadano y de fiel.

Por eso termina el Papa señalando los frutos de estas orientaciones: "La Iglesia, en efecto, cree —son palabras del Papa—

que este es el camino para prevenir males, superar un clima de violencia que, por desgracia, ha causado a veces lutos también en el campo eclesial". He aquí el Papa concretando su "no a la violencia" en el ambiente salvadoreño. Si se siguieran estas orientaciones cristianas —dice— prevendríamos los males, se superaría ese clima de violencia que ha llevado el luto y tiene sumergida en luto a la Iglesia y a muchos hogares.

Como ven, el Papa no cancela el pasado, lo recuerda. Pero lo recuerda con una esperanza de que no se vuelva a repetir, que busquemos, por el camino de una concordia bien entendida, el superar ese clima de violencia. Ese "no a la violencia" para 1978 tiene que buscarse por estos caminos que el Papa acaba de señalar. Y también, será —dice el Papa— el camino para llegar a "construir una atmósfera social en la que se enmienden adecuadamente injusticias evidentes que impiden que los bienes creados lleguen de manera equitativa a todos, bajo la égida de la justicia y con la compañía de la caridad". Son palabras del Santo Padre reconociendo esta triste realidad salvadoreña: una atmósfera social donde los bienes creados por Dios no llegan a hacer felices a todos los salvadoreños. Y es necesario que, en un ambiente de justicia y de amor fraterno, sintamos que esta república tan bella, que estas tierras tan fértiles, que estos cielos tan lindos de El Salvador, sean alegría de todos los salvadoreños, que todos nos sintamos hermanos cobijados por los dones del mismo Dios para todos.

Por eso, hermanos, el "no a la violencia" tiene que estar cimentado sobre fundamentos de justicia. En Medellín, los obis- M 2, 14
pos de América Latina —aprobados por este mismo Papa— dijeron que la paz en el continente no será posible mientras no se construya un orden más justo, que la paz no es ausencia de guerra, la paz no es miedo de represión, la paz no es equilibrio de dos poderes que se tienen pavor. La paz es el fruto de la justicia, la paz será flor de un amor y de una justicia en el ambiente. Sí a la paz —dice el Papa—, sí a Dios, sí —diríamos nosotros— a la justicia, sí al amor, sí a la comprensión de todos los salvadoreños. Solo así tendremos esa afirmación neta de la paz.

Queridos hermanos, esta es nuestra Epifanía, una Epifanía
que nos ha presentado a Cristo bajo este nombre de paz. Él es Ef 2, 14
nuestra paz. Que estos inicios de 1978, bajo este augurio de la paz que tan intensamente ha resonado en esta catedral y, a través

de la radio, en muchos hogares, sea verdaderamente un llamamiento a la conversión. Que quienes no tienen sentimientos de paz porque tienen mucho egoísmo en su corazón se conviertan al amor; quienes están lejos de la paz porque tienen sus manos manchadas de sangre y de crímenes se laven en el arrepentimiento y sientan que también, para los pecadores y los criminales, hay paz cuando hay arrepentimiento y amor. Un llamamiento a tener paz en los hogares. Que haya reconciliación, que haya amor, que Cristo esté presente en toda la república y en cada uno de los salvadoreños.

La homilía —que no es mía— sobre la paz se inició en el Vaticano junto al Papa; se hizo eco grandioso a través de la Comisión Nacional de Justicia y Paz; vinieron a predicarla de otros lugares, de otras Iglesias: escuchamos la simpatía de Panamá con El Salvador, escuchamos hombres del mundo de la profesión. La paz ha sido predicada, gracias a Dios. Ahora la homilía termina donde debe terminar: un llamamiento a celebrar la eucaristía. Un llamamiento a decir: esta palabra no es simple palabra, esta palabra es vida, es Cristo en el misterio de su muerte y de su resurrección, Cristo que vive dándonos su paz, esperando que nosotros no prefiramos las tinieblas a su luz. Y que la luz de Epifanía, luz de paz, luz de amor, luz de justicia, llene los ámbitos de El Salvador.

Vamos a celebrar, hermanos, esta eucaristía. Y quiero agradecer, a los queridos sacerdotes, el darle esa solemnidad de la concelebración, y a todos ustedes, su presencia; que la convirtamos ya en una plegaria fervorosa para que en la sangre de Cristo, que vamos a adorar, y ese cuerpo, que se da por nosotros, sea el precio por el cual quede pagado todo pecado, toda iniquidad, todo lo que haya sido ofensa a la paz, y que en cambio el Señor nos repita también a los salvadoreños, esta noche, desde su altar: "Mi paz os dejo, mi paz os doy". Así sea.

Jn 14, 27

Cristo, manifestación universal de salvación

Epifanía del Señor
8 de enero de 1978

Isaías 60, 1-6
Efesios 3, 2-3a.5-6
Mateo 2, 1-12

Queridos hermanos:

Antes de hacer la homilía vamos a tener el gusto de escuchar al padre Roberto Drinan, de la Compañía de Jesús, sacerdote que nos visita; es miembro del Congreso de los Estados Unidos. Con permiso de sus superiores, está dedicado en una forma muy eficiente a la política norteamericana, ex decano de la Facultad de Derecho de Boston College. Un gran elogio de él hizo monseñor McGrath en estos días que estuvo con nosotros, cuando dijo que sus funciones políticas no han disminuido en nada su sentido sacerdotal. Y uno de los gestos sacerdotales es este que me ha impresionado mucho: ha querido él concelebrar conmigo esta mañana para expresar su comunión con la Iglesia.

Yo quiero expresar, en el padre Drinan, la gratitud de toda esta arquidiócesis presente en la misa de catedral, porque de la Iglesia hermana de Estados Unidos hemos recibido múltiples manifestaciones de solidaridad, de ayuda, de apoyo. La presencia, pues, del padre Drinan entre nosotros es la presencia de la Iglesia norteamericana, con la cual sentimos que se estrechan estos lazos de la fraternidad católica. Vamos a escuchar, pues, que él quiere dirigir un saludo a nuestra arquidiócesis. Va a interpretarle el padre Ronald.

Mensaje del padre Robert Drinan[1]

"Su excelencia, monseñor Romero, hermanos, clero, mis hermanos y hermanas aquí presentes:

Hoy recordamos la fiesta de los tres Reyes Magos que llegaron del Este siguiendo una estrella y ultimamente encontraron a Cristo en el pesebre. Y cada uno de nosotros tenemos que seguir nuestra estrella también, la estrella que nos guía hacia Cristo.

Naciones y todos los países también tienen estrellas para seguir. El Salvador hoy está siguiendo su estrella en un camino difícil. El pueblo de El Salvador reconoce que tiene derecho al respeto a su persona, a su dignidad. El pueblo de El Salvador reconoce, se da cuenta de que tiene derecho que las leyes de su país sean respetadas. El pueblo bueno de El Salvador se da cuenta que tiene derecho a sus derechos humanos, económicos y políticos. El pueblo de El Salvador no quiere marxismo ni comunismo; y cualquier persona que dice que el pueblo salvadoreño, el clero salvadoreño, está invitando comunismo aquí, esa persona, esas personas están insultando la inteligencia de todo salvadoreño. El pueblo salvadoreño quisiera tener sus derechos humanos como son proclamados por el Evangelio y en las leyes internacionales en todos los países.

Algunas personas, aquí en este país, y algunos oficiales públicos tienen miedo a la igualdad de las personas, a la dignidad de toda la gente. Y esta misma gente, estos mismos oficiales, quisieran silenciar, callar a los sacerdotes o echándolo del país, llevándolo preso, eliminándolo en una forma u otra, la gente que proclama esta dignidad, esta igualdad. Pero el pueblo, los feligreses de El Salvador, están unidos con su clero, con su arzobispo —muy dedicado— y están solidarios con todos los principios católicos.

El Congreso de los Estados Unidos quiere, con mucho vigor, que los derechos humanos lleguen a todos ustedes y a todos los pueblos del mundo. El Congreso está firmemente con el presidente Carter, Jimmy Carter, en su proclamación de que los Estados Unidos va a luchar para que en todos los países se respeten los derechos humanos. Estos derechos incluyen: no ser

[1] El texto que sigue es la transcripción de la traducción simultánea del mensaje del padre Robert Drinan, que concelebró con monseñor Romero y compartió con él la homilía.

amenazado, no ser molestado por el gobierno, por otros. Estos derechos también incluyen el derecho de tener una prensa creíble, una prensa en la cual se puede creer. Estos derechos incluyen también el derecho a comida, a trabajo, a una vivienda decente. Hace siete años entré en el Congreso con un mandato para que la gente tenga estos derechos humanos en todos los países. La lucha para la igualdad aquí en este país está vigilada cuidadosamente por el Congreso de los Estados Unidos. El Congreso tiene mucha esperanza; ofrece sus corazones, sus labores, sus oraciones.

Como todos nosotros, como los Reyes Magos, en este nuevo año seguimos nuestra estrella. Recordemos las palabras del fundador de los jesuitas, San Ignacio, que dijo: 'Cuando queremos libertad, igualdad, derechos, tenemos que rezar como si todo dependiera de nosotros. Y cuando queremos esa libertad, también tenemos que trabajar como si todo dependiera de nosotros'. Muchas gracias".

Personalmente[2] mi primera palabra es de gratitud y de admiración para este ilustre congresista de Estados Unidos que ha unido, en su mensaje al pueblo salvadoreño, la valentía de un cristiano al servicio de una política y que ha superado, sobre todos los vaivenes de la política, los valores eternos del Evangelio. Yo le agradezco porque su palabra es muy válida, nos respalda enormemente y nos confirma en eso que decía al principio: de una comunión más estrecha con las Iglesias de todo el mundo. Nos da la impresión, pues, de que nuestra arquidiócesis, en comunión con el Papa y en comunión con las Iglesias de todo el orbe, va caminando en pos de su estrella.

La expresión es bella: cada pueblo tiene su estrella, nos ha dicho el padre Drinan, y yo creo que ese es el sentido precisamente de nuestra festividad de hoy. Como los Magos de oriente siguieron su estrella y se encontraron con Jesús llenándose de inmensa alegría su corazón, nosotros también, aun en las horas de la incertidumbre, de las sombras, de la oscuridad, como las tuvieron también los Magos, no dejemos de seguir esa estrella, la de nuestra fe, la de la fidelidad de la idiosincrasia salvadoreña a esa fe que ilumina todos los pueblos. Y cabalmente, hermanos,

2 Después del mensaje del padre Robert Drinan, monseñor Romero prosigue la homilía.

yo quería que mi reflexión de Epifanía fuera en ese sentido. Yo encuentro, en las lecturas bíblicas de hoy, tres pensamientos que coinciden con este mensaje que necesita el pueblo de El Salvador: primer pensamiento es la universalidad del llamamiento de Cristo; el segundo pensamiento es la igualdad de todos los hombres, proclamada hoy por San Pablo; y en tercer lugar, el gran pensamiento de la trascendencia, es la luz de Dios que penetra hasta la renovación íntima de cada hombre, la que necesitamos.

La universalidad del llamamiento de Cristo

La primera lectura de Isaías nos describe el hermoso panorama de un reino de Dios que es presencia de Dios en Jerusalén. Y con esa presencia, Dios se hace luz; y a la luz de esa aurora, los pueblos que viven en tinieblas van caminando. Es inigualable la expresión del profeta Isaías: "¡Levántate, brilla, Jerusalén, que llega tu luz. La gloria del Señor amanece sobre ti! Y las tinieblas cubren la tierra, la oscuridad, los pueblos, pero sobre ti amanecerá el Señor. Levanta la vista, mira. Todos esos se han reunido, vienen a ti: los hijos llegan de lejos, a tus hijas las traen en brazos. Te inundará una multitud de camellos, los dromedarios de Madián y de Efá. Vienen todos de Sabá". Como que comienza una larga lista de pueblos que se van acercando en pos de los Magos.

Is 60, 1-2.4.6

Epifanía es el nombre de la fiesta de hoy. El niño que nació en Belén y que convirtió en luz la mitad de la noche más larga del año es el signo de un Dios que ya está presente y a su luz, como una aurora que despunta sobre las tinieblas, los pueblos sienten nacer una esperanza. Los Magos de un oriente misterioso son la primicia. Este día es el principio de esa larga procesión a la que se van a ir agregando pueblos y pueblos. Hoy, 8 de enero —trasladada la Epifanía a este domingo—, somos nosotros, aquí en la catedral, junto con las comunidades que con nosotros están en reflexión, esa procesión de pueblo. Nuestro salvadoreño pueblo, siguiendo su estrella, va también en pos de esa luz, de esa esperanza. Ya no solo son los dromedarios de Madián y de Efá, no solo son los reyes de Sabá, es ya todo un continente latinoamericano, África, Asia, de todas partes, convergiendo a esa unidad de la fe en Cristo.

Fijémonos, hermanos, en esta mañana, en esta Iglesia que desde nuestro puntito geográfico, El Salvador, se extiende. Y

sentimos hermanos nuestros a todos los pueblos de Centroamérica, del continente, de América del Norte, del Canadá, de Europa; y todos somos llamados a seguir esta luz.

Pero es hermoso pensar que, en esta convocación de pueblos, Dios —el Dios de las naciones— respeta la libertad, la índole, el modo de ser de cada pueblo. Porque la lectura de Isaías nos dice: "Cuando vuelquen sobre ti los tesoros del mar y te traigan las riquezas de los pueblos". Es un reino de Dios que, ciertamente, no necesita nuestros bienes materiales, pero que nosotros, al reconocer que es Dios el autor de nuestros cafetales, de nuestros cañales, de nuestras algodoneras, de nuestras riquezas y de las riquezas de todo el mundo, tiene derecho a todas estas cosas; y se las damos con la generosidad, mejor dicho, con el reconocimiento de que Él es el dueño de todo —con que los Magos depositaban a su cuna incienso, oro, mirra—, todo lo que el mundo produce es de Dios. Y la riqueza de la Iglesia, como reino de Dios, es pensar que toda la idiosincrasia de todos los pueblos del mundo son de Dios, y que Dios ha hecho en esta tierra un reino rico como no hay otro reino, porque suyas son todas las maravillas de la tierra. Todo lo que producen las culturas humanas son de Dios. Toda la riqueza y el progreso de los pueblos, Dios es quien lo promueve y a Dios hay que orientarlo. Is 60, 5

En el signo del pan y del vino, los sacerdotes de todas las latitudes del mundo le dicen al Señor que le ofrecemos, en este pan y en este vino, el trabajo de los hombres. Y cuando decimos "el trabajo de los hombres", entendemos el trabajo de todas las latitudes de la tierra. Todo se lo ofrecemos a Dios, porque sin Dios no tiene sentido la laboriosidad humana, el progreso humano. Todos aportamos a este reino de Dios.

Es la hora, pues, hermanos, en esta Epifanía, de sentirnos profundamente salvadoreños y decirle al Señor que estas riquezas que Él nos ha dado son suyas y que nosotros, como imágenes suyas en la tierra, tenemos que trabajar para que en ellas se beneficien, se hagan felices todos sus hijos. Un sentido más justo —decía el Papa al embajador de El Salvador— que enmiende las evidentes injusticias que hacen que los bienes creados por Dios no lleguen a la felicidad de todos[3]. Esta es la ri-

3 *Cfr.* Pablo VI, Discurso ante el nuevo embajador de El Salvador en el Vaticano, *L'Osservatore Romano,* 18 de diciembre de 1977.

queza de esta Epifanía: un llamamiento a que todos los pueblos, iluminados por la luz del Señor, sean hermanos y dentro de cada país sean todos también hermanos e iguales en la sustancia de su naturaleza humana.

La igualdad de todos los hombres

Este es mi segundo pensamiento, hermanos, el pensamiento de que San Pablo nos ha dicho hoy que a él, perseguidor antiguo, precisamente porque su corazón era estrecho, era perseguidor porque creía, con los judíos de su tiempo, que Dios solo existía para su clase, que Dios solo existía para su judaísmo y le parecía una profanación de lo nacional que se predicara un Cristo que anunciaba un reino para todos los hombres. Y este Pablo, estrecho de corazón cuando era judío, siente que su corazón se ensancha a las anchuras del mundo y que Dios lo ha llamado para ser el heraldo del gran designio que Dios tenía oculto en los siglos. Lo dice en su carta a los efesios: "Que también los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo, partícipes de la promesa en Jesucristo".

Ef 3, 6

Esta es la razón de nuestra igualdad. Ya no hay distinción entre judío ni gentil, ya no hay pueblo privilegiado y pueblo marginado, todos en el misterio de Cristo somos coherederos. Es decir, la herencia de nuestro Padre Dios es para todos los que somos hermanos. Cristo, el hermano mayor, el heredero de todas las promesas, nos hace hermanos suyos, coherederos. Es una palabra inventada por San Pablo. Ese "co" significa una igualdad como no se puede expresar de otra manera, que dos hermanos iguales para heredar una misma herencia, coherederos de todo lo que Dios ha prometido.

Gal 3, 28

En Cristo, todo hombre es llamado a esta riqueza del reino de Dios. Miembros del mismo cuerpo. Y San Pablo desarrolla, a lo largo de toda su teología, lo que significa esta igualdad en la que todos los hombres somos miembros de un solo cuerpo: que Dios no nos ha hecho para vivir dispersos ni para vivir separados; que unos de otros, nos necesitamos; y que la cabeza nunca le puede decir a los pies: no te necesito; y que las manos no le pueden decir al corazón: tampoco, ni el corazón a los demás miembros. Todos, cada uno en su propia función, es miembro de un cuerpo vivo.

1 Cor 12, 12-26

De allí que nuestra función como cristianos, como salvadoreños cristianos, es reconocer en este país de bautizados cuál es el puesto que cada uno tiene que ocupar para hacer una patria feliz, una patria sin violencias, una patria sin represiones, una patria en que unos se sientan con derecho a todo y otros marginados sin derecho a nada, una patria en que todos nos sintamos miembros vivos aunque seamos pie en la pobreza, pero, desde la pobreza y del trabajo, saber amar a todo el organismo, en sentido de servicio, o desde la cabeza y del corazón, no sentir ninguna superioridad, sino sentir razón de servicio a todo el organismo que se necesita mutuamente.

He ahí la igualdad que el cristianismo predica. No una igualdad de quitar cabezas para que todos sean iguales. ¡Eso es locura! ¡Eso es utópico! No una igualdad que consiste en que todos callen. La igualdad en que todos se sientan como los hijos en un hogar para aportar, para dar lo bueno de sí. Como hemos dicho en estos días de la Jornada de la Paz: la paz no es el producto del terror ni del miedo, la paz no es el silencio de los cementerios, la paz no es el producto de una violencia y de una represión que calla. La paz es la aportación generosa, tranquila, de todos para el bien de todos; la paz es dinamismo, la paz es generosidad, es derecho y es deber, en que cada uno se sienta en su puesto en esta hermosa familia que la Epifanía nos ilumina con la luz de Dios.

Y hay todavía otra comparación en la lectura de San Pablo para expresar la igualdad: que todos vosotros sois "partícipes de la promesa en Jesucristo". Cuando uno lee la Biblia, ¡cuántas promesas de amor de Dios a la humanidad!, pero a través de Cristo. Fuera de Cristo, Dios no promete nada; únicamente llama a la conversión en Cristo. Pero en Cristo, que es el resumen, el sí de las promesas de Dios, en Cristo todos los hombres tenemos esta igualdad. Que Cristo cumplirá las promesas de Dios para la felicidad de los pueblos y las esperanzas del cielo, en la medida en que aceptemos esa doctrina de nuestro Señor Jesucristo.

Ef 3, 6

Por eso me alegro haberlo oído hoy de un congresista de los Estados Unidos, un sacerdote que, prestando funciones al bien común del gran pueblo norteamericano, no ha perdido de vista la visión del Evangelio que él, por esencia y por vocación, tiene que predicar. Me da gusto —digo— haberlo oído aquí, sacerdote

y congresista, para decir que esa defensa de los derechos y de la igualdad y de la libertad de los hombres no es un asunto de política solamente. Es asunto de política pero enraizada en el Evangelio. El Evangelio es el gran defensor, el proclamador de todos los grandes derechos fundamentales del hombre. Es la igualdad que aun cuando desaparecieran las conveniencias políticas... Supongamos que mañana no le conviene a Estados Unidos defender los derechos de El Salvador; en ese sentido humano puede fallar la política, pero no fallará el Evangelio, que siempre se gritará la libertad de los hombres, la dignidad de los hombres, aun en las peores situaciones de la persecución. El Papa lo acaba de decir: que la Iglesia reivindica esa libertad sin trabas para predicar su Evangelio que es, precisamente, la defensa de los pueblos, la dignidad y la libertad de los hombres[4].

Por eso, hermanos, esta mañana de Epifanía, en esta aportación de pueblos al bien común cristiano, es muy simbólico que un hombre de los Estados Unidos, trayéndonos un mensaje en lenguaje sacerdotal, nos diga que la Epifanía no es solo recuerdo de unos Magos de hace veinte siglos, sino la aportación, el apoyo, la comunión de todos aquellos que en Cristo y en su Evangelio encontramos que somos participantes de las grandes promesas de Dios a la humanidad, para el cual no hay distinción más que todos sus hijos, miembros de un mismo cuerpo, cuya cabeza es su Hijo hecho hombre, y todos herederos de una felicidad en la tierra y de una esperanza más allá de la historia.

La trascendencia es la luz de Dios

Finalmente, queridos hermanos, no olvidemos que esta prédica de la Iglesia no tiene nada de subversivo, que esta prédica de la Iglesia no es revolucionaria. El padre lo acaba de recordar aquí con todo el prestigio de su cargo y su sabiduría de jurista: que aquellos que quieren atacar o criticar a la Iglesia de comunista insultan el pensamiento cristiano.

Es decir, lo que la Iglesia predica cuando defiende estos derechos y esta libertad y esta igualdad, es porque parte de una trascendencia. Yo quisiera que se grabara bien este mensaje de la trascendencia. Y lo hemos escuchado en la lectura de Isaías:

[4]*Cfr. Ibíd.*

"¡Brilla, Jerusalén, que llega tu luz, la gloria del Señor amanece sobre ti!". Y lo ha expresado San Pablo también cuando nos habla del Espíritu que reveló, a los santos apóstoles y profetas, el gran designio de Dios. Is 60, 1 Ef 3, 5

¿Qué es esto? El sentido de trascendencia quiere decir que nosotros en la Iglesia no predicamos una liberación a ras de tierra, una revolución que quisiera resolver las cosas con violencias, con secuestros, con represiones, con crímenes. No es esta la voz de la Iglesia. La Iglesia, siempre que predica que los hombres tienen que ser libres, iguales, dignos, se remonta a la luz de Dios. La luz de Dios brilla sobre ti. Y la dignidad que la Iglesia predica parte de la libertad del hombre que rompe las cadenas del pecado y se hace hijo de Dios. Se promueve, no en una economía, en tener más; esto es muy secundario. La promoción del hombre es a partir de su propia conciencia, de sentirse hijo de Dios, iluminado por Dios, renovado desde la intimidad de su corazón. Y en Medellín dijeron los obispos: no habrá continente nuevo solo con cambiar estructuras nuevas, mientras no haya hombres nuevos; es decir, la trascendencia de la renovación en Dios. M 1, 3

La luz de Dios es la que debe de iluminar esta lucha de la Iglesia, la renovación en Cristo. La esperanza de que el paraíso no existe en esta tierra, pero que ya hay que reflejarlo. Ese reino de Dios, que será perfecto en la eternidad, hay que reflejarlo ya en las relaciones de esta tierra porque no se va a improvisar. El ciudadano del cielo tiene que ser antes un buen ciudadano de la tierra. El que quiera ser partícipe de las promesas de la eternidad tiene que ser colaborador con Dios en la justicia y en la paz y en el amor en este reino de la tierra. De ahí, hermanos, que la lucha de la Iglesia es por sembrar más amor, por despertar más esperanza, por arrepentir de los pecados a los pecadores, por acercarlos en la conversión a Dios, por renovarnos internamente. Mientras no comprendamos este lenguaje de luz de la Epifanía, no tenemos el concepto claro de la liberación que la Iglesia predica.

Queridos hermanos, allí están esos tres pensamientos de Epifanía: la universalidad de la doctrina que estamos reflexionando, la igualdad de los hombres aprendida en esta doctrina a la luz de Cristo y la trascendencia, es decir, nuestra mirada, como la de los Magos, más allá de los horizontes de la tierra, más allá de las estrellas, cerca de la vida de Dios que nos vino para iluminarnos y hacernos verdaderamente felices.

Hermanos, junto con mi querido hermano, el padre Roberto Drinan, y junto con el querido sacerdote que también nos ha hecho tan buen servicio en su interpretación, padre Ronald, vamos a acercarnos al altar, llevando la representación de todo el pueblo. No olvidemos que esta mañana, todos, no solo los que vamos a acercarnos al altar sino todo el pueblo que representamos nosotros, ministros del altar, debe de llevar en su corazón los sentimientos de los Magos: una fe grande en el Cristo que hemos encontrado como fuente de alegría y de esperanza, y una alegría inmensa de haber conocido a Cristo, y un compromiso de colaborar con Él para que su reino, que se inició en la cuna de Belén y que ya comienza a agrandarse por los horizontes del mundo con la adoración de los Magos, tiene que ser reconocido por todos los hombres de nuestro país y de todos los países de la tierra para hacer de El Salvador y del mundo el reino de Dios en esta tierra. Así sea.

Dios salva a todos los hombres como pueblo

Segundo domingo del Tiempo Ordinario
El Bautismo del Señor
15 de enero de 1978

Isaías 49, 3.5-6
1 Corintios 1, 1-3
Juan 1, 29-34

Hermanos:

Es importante que tengamos ideas cada día más claras de lo que pretende la Iglesia al reunirnos todos los domingos. Se va desplegando, ante nuestra mirada de la fe, el misterio de Cristo. Desde el principio del año litúrgico, ese misterio se anuncia con las cuatro domingos y semanas de Adviento. Hemos seguido esas preparaciones divinas con que Dios disponía su gran proyecto de enviar a su Hijo a salvar al mundo. Hemos asistido al momento que llama la Sagrada Escritura la plenitud de los tiempos: Cristo se encarna en las entrañas de una virgencita de Nazaret y nace en Belén. La noche santa alegra aún hoy al mundo. Muchos sin comprender que el motivo de tanta alegría debía de ser para todos el gran amor de Dios, que de tal manera amó al mundo que envió a su propio Hijo para que el mundo fuera salvo. Jn 3, 16

Después de Navidad, siguen los domingos de Epifanía. De nada sirviera que ese niño nacido en Belén hubiera venido al mundo si no se hubiera manifestado. Eso significa Epifanía: manifestación. Las primicias de esa manifestación son unos Magos de oriente que recordábamos el domingo pasado, y este domingo una nueva Epifanía es la del bautismo de Cristo. En el

Jordán, Juan Bautista, inspirado por Dios, lo señala ya presente entre los hombres; ha comenzado la era mesiánica: "Allí tienen al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo". No hay salvación ya fuera de Cristo. Este domingo, pues, venimos a celebrar esa prolongación de la Epifanía. Y en el corazón de cada asistencia a misa debe de cundir una alegría, una esperanza grande, porque Cristo es Dios, redentor de los hombres.

Jn 1, 29

Durante el año litúrgico, además de este misterio de Cristo que vamos a ir desplegando, se celebran ciertas fiestas que también son evocaciones del misterio de Cristo: las fiestas de la Virgen, las fiestas de los santos, las diversas advocaciones de nuestra fe. Quiero destacar este día, por ejemplo, en la piedad popular donde el año litúrgico se hace tan asequible a las masas, al pueblo; hoy se celebra el día del Señor de Esquipulas. Es Cristo crucificado, es una Epifanía también. Es el amor de Dios tomado tan en serio que queda clavado en una cruz para salvar a los hombres. Y ese misterio de Cristo Salvador, que aquí en Centroamérica llamamos el Señor de Esquipulas, centro de atracción de todo Centroamérica, verdadero lazo de la unidad centroamericana, es la Iglesia la que posee esas fuerzas que los hombres, los políticos, no pueden realizar. La Iglesia tiene unida a Centroamérica en una sola fe. Se hace también salvadoreño ese Cristo centroamericano de Esquipulas. Y aquí, en nuestra arquidiócesis, por lo menos tres lugares están celebrando hoy como fiesta patronal el Santo Cristo: allá en San Bartolomé Perulapía, donde se va a celebrar la solemne eucaristía hoy a las 4:00 de la tarde; allá en Aguilares, bajo el nombre del Señor de las Misericordias, donde a las 11:00 de la mañana también tendrán su solemne celebración; y en Colón, donde se está celebrando también hoy al Cristo de Esquipulas.

Cristo se encarna tan profundamente en nuestro pueblo que lo celebramos así, como algo típicamente nuestro. Eso quiere ser Cristo: el Cristo de la Epifanía, el Dios que se hizo niño. Y en Navidad sentimos que ese niño es de cada familia, todos lo sentimos nuestro. Así el misterio de Cristo, que se despliega en el año litúrgico, quiere sentirse tan íntimamente unido a cada uno de ustedes, a mí, que sintamos que es para mí, como decía San Pablo: "Me amó y se entregó por mí". Por eso mi afán de presentar en cada domingo este misterio de Cristo no en una forma lejana, vaporosa, una predicación que podía ser lo mismo

Gal 2, 20

aquí en El Salvador que allá en África o en cualquier tiempo de la historia, sino el Cristo que se encarna para hoy, aquí en El Salvador, 1978. El Cristo que acompaña nuestras vicisitudes de la historia actual. El Cristo que ilumina esta semana. Esta es la Epifanía que debemos de celebrar porque Cristo se ha encarnado, se ha hecho miembro de nuestra historia, quiere acompañar a cada hombre, a cada familia, a cada pueblo y hacer, de la historia de cada cristiano y de cada pueblo, la historia de la propia salvación de nosotros.

Hechos de la semana

De allí, hermanos, que el relatarles aquí ciertos hechos no es que yo me meta en asuntos ajenos a la Iglesia, es la predicación que debe enmarcarse en estas realidades.

¿Cómo podríamos prescindir, por ejemplo, en la homilía de hoy, en el bautismo de Cristo que se manifiesta como salvador de los pueblos, que aquí en San Salvador esta semana ha sido sacudida por una especie de contraste de dos clases de publicaciones en los periódicos? Por una parte, una reacción de rechazo a la predicación y al mensaje del padre Roberto Drinan[1], a quien ustedes escucharon aquí hace ocho días; y por otra parte, una presentación de la visita de la Comisión de los Derechos Humanos de la OEA[2].

Yo llamo contraste estas dos noticias; porque mientras las declaraciones del padre Roberto provocan en muchos escándalo y en otros esperanza, el anuncio de la presencia de la OEA en El Salvador se trata de presentar manipulado por una parte y, mientras, despierta dudas, temores, por otra parte. Es decir, el padre Drinan provoca el escándalo porque toca la llaga. En la moral se habla de tres clases de escándalo: el escándalo verda-

1 En la sección de nacionales de *La Prensa Gráfica,* del 13 de enero de 1978, se publican dos noticias con estos titulares: "Interior rechaza acusación de jesuita sobre represión" y "Creen parciales juicios del jesuita Drinan".

2 La Comisión de Derechos Humanos de la Organización de Estados Americanos (OEA), integrada por el doctor Carlos A. Dunshee de Abranches, el doctor Fernando Volio y el profesor Tom J. Farer, visitó El Salvador desde el 11 hasta el 18 de enero de 1978 para investigar el cumplimiento de los derechos humanos en el país.

dero, el que provoca un pecado, una falta, el escándalo normal, el de la verdad, el del verdadero mal que produce escándalo en la gente madura, en la gente correcta; otro escándalo que se llama de los pusilánimes, un escándalo infantil, aquellos que de todo se escandalizan; y un tercer escándalo —este sí es pecaminoso—, escándalo de los fariseos, el escándalo de los que no toleraron a Cristo, el escándalo que se escandaliza cuando se trata de señalar las injusticias, los desórdenes. Ustedes pueden concluir a cuál clase de escándalo pertenecen estas publicaciones.

En cambio, tenemos en el pueblo que ha sentido en la voz de un sacerdote el valor de denunciar cosas que la Iglesia también ha venido denunciando, de señalar en el pueblo los temores que verdaderamente existen. El caso es, por ejemplo, que ha habido gente que debía de presentarse hoy a la Comisión de los Derechos Humanos y no ha tenido valor de venir porque tiene miedo. ¿Qué quiere decir eso? Que cuando el padre Drinan señala que hay temor en el pueblo, en el campesino, no está diciendo mentira, es la realidad que podemos constatar en este momento. Hay campesinos que debían de venir y no tienen valor de venir.

En cambio, digo: ¿cómo se ha presentado la visita?, ¿cuáles son los retratos que han aparecido en los periódicos como víctima de atropello de derechos humanos?[3], ¿quién se hace eco de otro sector atropellado? Se parcializan, y podíamos decir que los que están acusando al padre Drinan de haber hablado condicionado, prejuiciado, lo están queriendo hacer con la Comisión de la OEA: prejuiciarla. ¡Ojalá que, con la madurez y valentía con que habló el padre Drinan, sepan también los exponentes de los derechos humanos en Latinoamérica que están presentes ahora en El Salvador, ser superiores a toda intriga, a todo amañamiento, y sepan descubrir la verdad oyendo a quienes deben de oír. Ellos han pedido colaboración y yo también, en nombre de la Iglesia, quiero decirles que la voz del arzobispado siempre ha sido pidiendo colaboración para que relumbre la verdad y la justicia; que se han denunciado injusticias y en nombre de esa

[3] *La Prensa Gráfica,* del 13 de enero de 1978, publica una fotografía de familiares de miembros de los cuerpos de seguridad, acompañada del siguiente texto: "Víctimas del terrorismo. Familiares de agentes de la Guardia Nacional, que han muerto en acción contra elementos terroristas que operan en el país, se presentan hoy ante la Comisión de Derechos Humanos de la OEA".

denuncia preguntamos a los señores de la OEA: ¿sabrán tener una respuesta a la pregunta que se hacen tantos hogares?, ¿dónde están los desaparecidos? Simplemente eso bastaría. Una información a tantos hogares que están sufriendo para que se sepa si están ya muertos, ¿en qué situaciones están?, ¿dónde están?

Esta es la encarnación de Cristo en nuestro pueblo, en nuestra historia. Por eso, hermanos, es doloroso presentar así a la pobre patria, pero es que la culpa de un mal retrato no es la fotografía, sino el objeto que se retrata.

Tenemos también que lamentar en esta semana, unidos al pueblo de Nicaragua, el asesinato del periodista doctor Pedro Joaquín Chamorro. Ya en nuestra entrevista del miércoles manifestamos nuestra solidaridad en el dolor con la víctima y sus familiares, y con la verdad que él proclamó, así como también el rechazo a cualquier clase de crimen.

Han llegado a nuestra oficina muchas cartas de Amnistía Internacional preguntando por la situación de muchos prisioneros, pero entre ellos me conmueve mucho la pregunta en el caso de la señorita Lil Milagro Ramírez. Y cartas familiares también, como la de los familiares de Víctor Manuel Rivas y Julio Antonio Ayala. Y en esta carta se lee esta frase que a mí me llena de emoción: "Es que la voz de la Iglesia es para nosotros la voz de la justicia, la voz de los que no somos escuchados". Gracias por comprenderlo así. Hermanos, la Iglesia no quiere ser otra cosa. Más que la voz que se confunde en el barullo de la distorsión, de la confusión, del amañamiento de la noticia, quiere ser la voz de los que no tienen voz.

Vida de la Iglesia

Por otra parte, hermanos, en nombre del deseo de Cristo, que todos sean una sola cosa, anuncio con alegría la Semana de Oraciones por la Unidad de los Cristianos. Protestantes y católicos hemos preparado un programa que se publica allí en *Orientación*, y que aquí va a ser leído dentro de un rato, para celebrar desde el 18 al 25 de enero la tradicional semana de oración. Yo les suplico a ustedes católicos y a ustedes también, queridos hermanos protestantes —yo sé que me escuchan y ¡cuánto les agradezco cuando me han dicho que me escuchan con devoción! Gracias— les invito, pues, a que con toda devoción, si de verdad

Jn 17, 21

amamos a Cristo y al Evangelio, pidamos para borrar del mundo ese escándalo de la división de los cristianos. Porque la división de los cristianos es estorbo para que Cristo sea conocido; y, en cambio, la unidad de los cristianos será el gran motivo de credibilidad de esta Iglesia de Cristo. No la estorbemos, hermanos protestantes y hermanos católicos; unámonos en una sola fe como quería
Jn 10, 16 Cristo: un solo rebaño bajo el cayado divino del único Pastor.

No he tenido oportunidad de agradecer y felicitar a cuantos hicieron posible la Jornada de la Paz. Dejó ecos tan profundos, tan nobles, que ya por sí solas esas huellas valen por toda felicitación, por todo agradecimiento. Pero sí quiero recordarles, como ecos de esas celebraciones inolvidables, que no dejen de leer y reflexionar el mensaje pastoral de año nuevo que con ese motivo publicamos algunos obispos[4]. También el mensaje que los miembros de la Comisión Nacional de Justicia y Paz publicaron para comentar el mensaje de Pablo VI: "Sí a la paz, no a la violencia"[5].

Y también, hermanos, no tuve oportunidad de leerles un telegrama que llegó en esos días del señor arzobispo de Tegucigalpa, a quien hubiéramos querido tener. Lo invitamos, pero dice: "Lamento no complacerle, amable invitación. Augúroles exitosos triunfos jornadas paz". Y un gesto muy fraternal: los padres del seminario fueron a Tegucigalpa a hacer allá un cursillo de preparación para el seminario; cuando le obsequiaban a monseñor Santos, el arzobispo de Tegucigalpa, un *queique,* dijo: "Me le llevan, por favor, la mitad al señor arzobispo de San Salvador, como un signo de unidad". Otra vez lo que les decía, pues, del Señor de Esquipulas, la Iglesia vive la unidad en Centroamérica; es la política la que parte esta unidad. ¡Ojalá un día
Jn 17, 21 viviéramos esta fe que Cristo nos predicó: que sean todos una sola cosa!

Ha llegado la hora de abrirse ya los colegios, las escuelas. Y yo quiero recordar, a los colegios católicos, que tienen que meditar muy profundamente el reciente documento de la Sagrada

[4] Este mensaje fue firmado por monseñor Óscar A. Romero, monseñor Arturo Rivera Damas y monseñor Marco René Revelo. *Cfr. Orientación,* 8 de enero de 1978.

[5] *Cfr. Orientación,* 8 de enero de 1978.

Congregación para la Educación[6]. Ustedes saben que la Iglesia vigila el ministerio de los colegios católicos a través de una Congregación, diríamos, de un Ministerio. El Papa ejerce su función de maestro también a través de los colegios. Y yo quisiera recordar estas frases de ese documento: que el colegio católico es un medio de servicio de la "misión salvífica de la Iglesia"[7], un medio para la formación integral del hombre en cuanto que es un centro donde se elabora y se transmite una concepción específica del mundo, del hombre y de la historia.

Si un colegio católico quiere hacer honor a ese calificativo, tiene que estar al servicio de esa formación del juicio del hombre en la hora actual tal como la Iglesia lo promueve: su identidad. Sobre todo, hoy, cuando el cristianismo debe ser encarnado en formas nuevas de vida por las transformaciones que tienen lugar en la Iglesia y en la sociedad, particularmente a causa del pluralismo y de la tendencia creciente a marginar el mensaje cristiano[8]. Son palabras del Papa —diríamos— exigiendo a los colegios católicos no vivir unas tradiciones que lo aparten del magisterio, no vivir unas acomodaciones para quedar bien con ciertas familias, sino ser mensajeros de la verdad de la Iglesia para nuestro tiempo cambiante.

Una verdadera misión —dice el documento— por "colaborar más inmediatamente con el apostolado jerárquico, ya sea por medio de la enseñanza de la religión, ya sea por la educación religiosa más general, que trata de promover ayudando a los alumnos a lograr —este es el objetivo de un colegio católico—, lograr una síntesis personal entre la fe y la cultura, y entre la fe y la vida"[9]. Que no suframos ya esa vergüenza de que salen del colegio católico aquellos que aprendieron la fe, pero en la vida no la traducen en obras y viven las injusticias, los pecados, los desórdenes de una sociedad corrupta. Si el colegio católico quiere ser un misionero de la Iglesia, tiene que recordar que toda misión debe estar en conexión, en comunión con el magisterio de la Iglesia. Y por eso, el colegio "en cuanto a institución

6 Sagrada Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica* (19 de marzo de 1977). El texto íntegro fue publicado en *L'Osservatore Romano,* 31 de julio de 1977.

7 *Cfr. La escuela católica,* 9.

8 *Cfr. Ibíd.,* 10-12.

9 *Ibíd.*, 71.

apostólica —dice el documento— recibe un mandato de la jerarquía"[10] y tiene que estar en comunión de la jerarquía[11]. No se puede concebir un colegio católico que quiera seguir una línea distinta del magisterio de la Iglesia. Tengámoslo muy en cuenta para saber calificar un colegio si es verdaderamente católico o no.

Finalmente, hermanos, quiero alegrarme con la vida religiosa tan exuberante en nuestra Iglesia particular. En estos días, hemos instalado a las betlemitas en una misión en El Paraíso. A las religiosas de La Asunción, en Chalatenango, desde donde atenderán Potonico. Las guadalupanas irán muy pronto a Arcatao. Allá se está preparando un curso de adaptación, de capacitación para esta misión nueva que la Iglesia confía a las religiosas. Tuvimos también el gusto de saludar a superioras generales de las congregaciones que han visitado El Salvador en estos días. La superiora general de las dominicas de la Anunciata que trabajan en Santa Tecla, Suchitoto, Quezaltepeque. A la superiora general de las Oblatas al Sagrado Corazón que trabajan en el Colegio Sagrado Corazón, en Aguilares, en Lourdes, en el Dulce Nombre de María. A la superiora general de las Oblatas al Divino Amor que dirigen el Colegio La Sagrada Familia, la Escuela Católica María Dimagio y trabajan pastoralmente en Citalá.

Como ven, hermanos, hay tantas cosas en las cuales el mensaje evangélico se encarna que da gusto pensar en una Iglesia viva de verdad que prolonga el misterio de Cristo en El Salvador. De allí, que la homilía es muy fácil deducirla. De las tres lecturas que acaban de escuchar, tres preciosos pensamientos para vivirlos íntimamente como cristianos, ir aprendiendo a lo largo del año litúrgico el misterio de Cristo. El primer pensamiento sería este: Dios quiere salvar a todos los hombres. El segundo pensamiento es: San Pablo en su epístola dice que Dios quiere salvar haciendo un pueblo ya en esta tierra. Y el tercer pensamiento es: Dios salva en el pueblo quitando los pecados del mundo, el Evangelio de Cristo bautizado y presentado como el Cordero que quita los pecados del mundo.

10 *Ibíd.*, 71.
11 *Cfr. Ibíd*., 72.

Dios quiere salvar a todos los hombres

En el primer pensamiento donde el profeta Isaías nos habla, en esos pintorescos capítulos, del siervo de Yahvé. ¿Quién es ese siervo de Dios? Queda en un misterio, que puede ser un personaje misterioso, puede ser el mismo pueblo de Israel, pero en todo caso es una profecía que señala a Jesucristo, el verdadero siervo de Dios. Este siervo de Dios recibe un encargo: reunir las escasas fuerzas que han quedado al pueblo disperso en el destierro. Pero le dice Dios: "Es poco que seas mi siervo para restablecer las tribus de Jacob, te hago luz de las naciones para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra". Is 49, 6

¡Cómo nos llena de esperanza, hermanos! Nosotros, hombres de 1978, aquí en El Salvador, estamos abarcados por esa mirada universalista de Dios en Cristo. Te hago salvación de todos los confines de la tierra. He aquí el día del Señor de Esquipulas, Cristo crucificado presente en Centroamérica, en nuestra diócesis, es el siervo de Dios, es Cristo en quien creemos que nos ha reunido en esta misa, en todas las comunidades donde están reunidas meditando esta palabra. Cristo se hace presente —dice el Concilio— en la palabra del sacerdote que predica, en el misterio del altar que se celebra, en la comunión que recibimos, en los sacramentos que purifican. Es el siervo de Dios salvando todos los confines de la tierra. SC 7

Nos debe llenar de entusiasmo saber que nadie, yo, pues, no estoy excluido de la salvación, que Dios llama a todos. Y, por eso, este grito de la justicia de la Iglesia cuando rechaza la violencia, el escándalo de los fariseos, la mentira, el crimen, la persecución, no es con sentido de venganza, nunca; es con sentido de amor, llamando a los pecadores que se conviertan, que los está queriendo salvar Dios; que los que mataron, que los que calumniaron, que los que persiguieron, son invitados por Dios, son el hijo pródigo que el padre está esperando para salvarlos. Lc 15, 20

A mí me da mucho gusto, hermanos —perdonen ustedes que son fieles que me escuchan con amor, con devoción—, que les diga que me da más gusto que me escuchen los enemigos. Me están escuchando porque sé que les llevo una palabra de amor. No los odio, no deseo venganza, no les deseo males. Les pido que se conviertan, que vengan a ser felices con esta felicidad que ustedes los hijos de la parábola que siempre estuvieron con el Lc 15, 31

padre, gozaron las alegrías de su fe, sintieron como me dijo un amigo ayer con tanto cariño: "Sepa que todo lo bueno está con usted". Hermanos, yo no sé distinguir entre bueno y malo. Todos son hijos de Dios, todos los quiere el Señor. Un llamamiento universal de salvación está aquí en las lecturas de hoy.

Dios quiere salvar haciendo un pueblo ya en esta tierra

Pero mi segundo pensamiento: quiere Dios salvarnos en pueblo. No quiere una salvación aislada. De ahí que esta Iglesia de hoy, más que nunca, está acentuando el sentido de pueblo. Y por eso la Iglesia sufre conflictos, porque la Iglesia no quiere masa, la Iglesia quiere pueblo. Masa es el montón de hombres, cuanto más adormecidos, mejor; cuanto más conformistas, mejor. Y la Iglesia rechaza la calumnia del comunismo de ser opio del pueblo. Ella no quiere ser opio del pueblo. Otros son opios que adormecen y quieren masas adormecidas.

La Iglesia quiere despertar a los hombres en el verdadero sentido de pueblo. ¿Qué es pueblo? Pueblo es una comunidad de hombres donde todos conspiran al bien común. Y el bien común
GS 26 ¿qué es? El Concilio dice: es una serie de condiciones donde los grupos humanos, las familias, los individuos, viven un ambiente para perfeccionarse, para hacerse cada vez más hombres.

La razón de ser de una sociedad, de una comunidad política, no es la seguridad del Estado, es el hombre. Desde que Cristo
Mc 2, 27 dijo: "No es el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre", está poniendo al hombre como objetivo de todas las leyes, el objetivo de todas las instituciones. No es el hombre para el Estado, sino el Estado para el hombre; y el hombre, tal como lo concibe el desarrollo de la humanidad.

Quiero leerles esta incomparable página del papa Pablo VI en su encíclica *Populorum progressio* que la acaba de citar el Papa precisamente para los salvadoreños en el discurso al señor embajador. En la *Populorum progresio*, en la número 20, ustedes
PP 20 pueden leer esto: "Así podrá realizar, en toda su plenitud, el verdadero desarrollo, que es el paso, para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas, a condiciones más humanas". ¿Ven? No es un amontonamiento de gente, es el paso de cada hombre y de todos los hombres hacia condiciones más humanas.

Y el Papa las describe aquí. Tengámoslas muy en cuenta porque esto es ser pueblo, cuando no se vayan realizando en cada salvadoreño estas cosas "menos humanas: las carencias materiales de los que están privados del mínimum vital y las carencias morales de los que están mutilados por el egoísmo. Menos humanas: las estructuras opresoras, que provienen del abuso del tener o del abuso del poder, de la explotación de los trabajadores o de la injusticia de las transacciones". Estas son condiciones menos humanas. ¿No les parece aquí ver reflejadas ciertas cosas de El Salvador? PP 21

Pasar a condiciones más humanas. Y el Papa las describe: "Más humanas: el remontarse de la miseria a la posesión de lo necesario, la victoria sobre las calamidades sociales, la ampliación de los conocimientos, la adquisición de la cultura. Más humanas también: el aumento en la consideración de la dignidad de los demás, la orientación hacia el espíritu de pobreza". Es admirable que el espíritu de pobreza está puesto aquí por la Iglesia entre las condiciones más humanas. El ser pobre, vivir espíritu de pobreza, no es infradesarrollo; es desarrollo humano. Cuando más vive un hombre el espíritu de pobreza, es más humano y, cuanto más sea víctima de la avaricia, es menos desarrollado moralmente. PP 21

Más humanas —dice el Papa— "la cooperación en el bien común, la voluntad de paz. Más humanas todavía: el reconocimiento, por parte del hombre, de los valores supremos y de Dios, que de ellos es la fuente y el fin. Más humanas, por fin, y especialmente: la fe, don de Dios, acogido por la buena voluntad de los hombres, y la unidad en la caridad de Cristo, que nos llama a todos a participar, como hijos, en la vida del Dios vivo, Padre de todos los hombres". ¡Qué bella expresión de un pueblo! El día en que todos los salvadoreños salgamos de ese amontonamiento de condiciones menos humanas a situaciones personales y nacionales de condiciones más humanas, no solamente de desarrollo que se queda aquí en lo económico, sino que nos eleve hasta la fe, la adoración de un solo Dios, este es el verdadero desarrollo de nuestro pueblo. PP 21

Y aquí es donde San Pablo nos habla de una "Iglesia de Dios en Corinto". Y podríamos trasladar, de una Iglesia de Dios en San Salvador, de una Iglesia de Dios en cada pueblo, donde sacerdotes y obispo, en comunión, trabajan una promoción de 1 Cor 1, 2

los hombres, que no es subversión, que no es comunismo, que no es afán de acaparar el poder. Respetamos el poder temporal, pero sí queremos crear, en la conciencia del pueblo, un sentido de pueblo, no de masa; una promoción de individuos, un bienestar que no sea atropello de nadie, sino que sea el amor y la fe entre los hombres, hijos de un Padre de todos los hombres.

Porque la Iglesia predica esta promoción, se le ha calumniado. Donde la Iglesia no predica esta promoción, no tiene problemas. Por eso les digo a todos los agentes de pastoral —sacerdotes, religiosas, colegios católicos, movimientos pastorales—: tenemos que seguir esta línea de San Pablo que dice: hacer la Iglesia de Dios, la comunidad que Cristo trajo inspirada en su amor para ser fermento de una sociedad pluralista. No es que la Iglesia quiera que todos se hagan católicos, sino que los católicos sean verdaderamente misioneros de este mensaje de promoción y sepan ser fermento de unidad, de promoción, de luz, de crítica también. Conciencias críticas que sepan, desde los diversos modos de pensar el pluralismo, la diversidad que Dios ha querido; no cortarlos a todos con un solo criterio, sino hacer de los hombres el pluralismo que engrandece, en la belleza del pluralismo, la unidad de la patria, la belleza de nuestras propias cosas salvadoreñas.

Dios salva en el pueblo, quitando los pecados del mundo

Y por eso finalmente, hermanos, mi tercer pensamiento. Cristo presentado en el Jordán, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. "Existía antes que yo", dice Juan. Yo lo voy anunciando porque la salvación de los hombres consiste en recibir este bautismo del Espíritu que Él trae. Vida de Dios que quiere injertar en el corazón de los hombres; renovación interior del hombre; quitarle los pecados al hombre, a la familia, a la sociedad. Esta es su misión encargada a la Iglesia. Misión difícil: arrancar de la historia los pecados, arrancar de la política los pecados, arrancar los pecados de la economía, arrancar los pecados allí donde estén. ¡Qué dura tarea!

Jn 1, 30

Jn 1, 33

Tiene que encontrar conflictos en medio de tantos egoísmos, de tantos orgullos, de tantas vanidades, de tantos que han entronizado el reino del pecado entre nosotros. Tiene que sufrir la Iglesia por decir la verdad, por denunciar el pecado, por

arrancar el pecado. A nadie le gusta que le toquen una llaga y por eso salta, una sociedad que tiene tantas llagas, cuando hay quien le toque con valor: tienes que curar, tienes que arrancar eso. Cristo, cree en Él, conviértete, porque solo Él puede quitar los pecados de la sociedad salvadoreña y hacer la verdadera comunidad pueblo que sea verdaderamente orgullo de Dios, porque Dios ha creado los diversos pueblos como una familia.

¡Qué hermoso es pensar a Dios papá de los pueblos!, de unos pueblos que viven según su pensamiento y se aman con el pluralismo también de las naciones. ¡Qué diversidad de idiosincrasias! Piensen nada más en los países de Centroamérica. Cada uno tiene su fisonomía: cinco hijos de Dios. Qué hermoso sería que estos cinco países —arrancando los pecados de su historia, de su política, de su sociedad, de sus relaciones— nos presentáramos en el día del Señor de Esquipulas hermanos de Cristo, pueblos de Dios, promovidos de condiciones inhumanas a condiciones de hijos de Dios, imágenes de su presencia en este pequeño mapa de Centroamérica.

Queridos hermanos, ¿ven cómo la encarnación de Cristo que nace en Belén y se manifiesta en Epifanía tiene que ser luz concreta que ilumina nuestra realidad de El Salvador? Como salvadoreños y como Iglesia, vamos a desear estas cosas diciendo nuestro credo.

La Iglesia, germen segurísimo de unidad para el género humano

Tercer domingo del Tiempo Ordinario
22 de enero de 1978

Isaías 9, 1-4
1 Corintios 1, 10-13.17
Mateo 4, 12-23

Nos encontramos, queridos hermanos, en el tercer domingo del Tiempo Ordinario. Se llama así, Tiempo Ordinario, ese período que está entre la Epifanía y la Cuaresma. Luego, se interrumpe para celebrar el misterio de la redención, que se prepara en Cuaresma y se celebra en Semana Santa prolongándose cincuenta días de Pascua hasta Pentecostés, la venida del Espíritu Santo. Entonces vuelve a reemprenderse el Tiempo Ordinario después de Pentecostés. Total, entre este período: Epifanía-Cuaresma, Pentecostés-Adviento, hay treinta y tres o treinta y cuatro domingos y semanas que se llaman del Tiempo Ordinario. La característica, en cuanto al ornamento, es que el sacerdote sale revestido de ornamentos verdes porque quiere significar la esperanza de un pueblo que peregrina y que, a pesar de la rutina, de la habitualidad, pues, de un tiempo que para muchos puede ser como desesperante, largo, duro, como la peregrinación de la tierra, como la vida que a veces se sumerge sin sentido, pierde el horizonte, el cristiano debe de llevar siempre esa esperanza en su corazón. Esa es la característica de este Tiempo Ordinario.

Pero recién pasadas las fiestas de Navidad y de Epifanía, el Evangelio que corresponde a ese año trata de iniciar ya la predi-

cación pública de Cristo. Se van a fijar que el Evangelio en la lectura dominical de la Iglesia se ha dividido en tres ciclos: ciclo A, ciclo B y ciclo C. Tres años distintos en que se escoge como lectura para el ciclo A, el Evangelio de San Mateo. Es, hoy, este año. Estamos leyendo y leeremos durante estas treinta y cuatro semanas el Evangelio de San Mateo. El ciclo B corresponde al Evangelio de San Marcos, y el ciclo C corresponde al Evangelio de San Lucas. De aquí a dos años, estaremos en el tercer ciclo. Y el Evangelio de San Juan, tan rico en el misterio de Cristo, se coloca todos los años en esas celebraciones que podíamos llamar tiempos fuertes del año litúrgico, como son: Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua. Así tenemos, pues, que a lo largo de tres años, si hemos asistido fielmente a nuestra misa dominical, tenemos un concepto de los cuatro Evangelios.

Junto al pasaje evangélico de cada domingo, se escoge un pasaje del Viejo Testamento para ver la concordancia que existe entre el nuevo Evangelio, el Evangelio de Cristo —plenitud de los tiempos—, y el Viejo Testamento que lo venía anunciando, cómo en el Nuevo Testamento se da el cumplimiento del Viejo Testamento.

Las epístolas, o sea, las segundas lecturas, no tienen propiamente una conexión con las lecturas del Evangelio y la primera lectura, sino que se van leyendo para que, a lo largo de los tres años tengamos también una idea de las cartas de los apóstoles. En esta temporada, por ejemplo, estamos leyendo la primera carta a los corintios. Pero, si queremos, siempre encontraremos un nexo que presenta las tres lecturas como un mensaje bíblico cuya síntesis hemos de tratar de comprender para vivirla.

¿Y por qué esta predicación del Evangelio, de la Biblia? Quiere ser una lectura, una reflexión vital. Es por eso, queridos hermanos, que se ordena la homilía. La homilía, una palabra que significa el actualizar, decir a la asamblea que se ha reunido que esta palabra, aunque pertenece a tiempos muy distantes de nosotros, es hoy para nosotros, católicos que nos hemos reunido el domingo 22 de enero de 1978. Hoy, aquí y allá, donde a través de la radio están reflexionando esta palabra, a través del humilde acento humano, imperfecto acento humano. No nos fijemos en el hombre que da este acento, fijémonos en la palabra que lleva ese acento, que es palabra de Dios, mensaje de Dios para orientar, para darle vida, sentido cristiano a la sociedad de hoy, a los hombres de hoy.

Hechos de la semana

Por eso, es mi afán de que, antes de decir los pensamientos apropiados a la lectura bíblica, poner un marco histórico, decir esta palabra de Isaías, de Pablo, de San Mateo; no la tenemos que leer desencarnada de nuestro tiempo, tiene que tener una luz para los acontecimientos de esta semana, tiene que orientar y decir algo. Como dice el Concilio: el deber de un verdadero meditador de la palabra de Dios es iluminar los signos de los tiempos con la palabra de Dios para darle, a la historia y al momento que vive, el sentido trascendente que lo une con Dios y lo orienta hacia Dios. GS 11

Quién puede descuidar, por ejemplo, en un sentido bien nacional de la palabra, el acontecimiento pintoresco de esta semana: los niños con sus cuadernos y libros caminando para la escuela. Han comenzado las clases. Esto nos lleva a vivir esta semana también en una reflexión de ese acontecimiento patrio. ¿Qué piensa la Iglesia ante este espectáculo bello de una niñez, de una juventud, de unas escuelas que se abren, de unos maestros y maestras que están esperando después de sus vacaciones a los niños que vuelven?

En primer lugar, hermanos, elogiar el esfuerzo del gobierno por extender la educación a todas partes. Claro, esta es una gran obra, y ojalá hubiera escuela para todos. Pero por otra parte, la Iglesia, junto con esta alabanza y este aplauso, quiere exponer su pensamiento acerca de la educación, y dice con franqueza a través de los documentos de Medellín... Cuando mencionamos los documentos de Medellín muchas gentes se asustan, pero es porque no los saben leer. Medellín es el pensamiento de la Iglesia para el continente latinoamericano. Naturalmente que muchos han abusado de esos documentos, así como otros también los consideran como un tabú, de miedo. No es otra cosa que la inspiración cristiana a los pueblos latinoamericanos.

Un documento de Medellín se refiere a la educación y de allí saco estos pensamientos para las escuelas que hoy se abren: que tenemos que criticar que la educación, por lo general en América Latina, no corresponde a la necesidad de unos pueblos que buscan su desarrollo. Es una educación que tiene un contenido abstracto, formalista, una didáctica más preocupada de transmitir conocimientos que de crear un espíritu crítico. La M 4 M 4, 4

M 4, 4 verdadera educación debería de crear en el niño y en el joven un "espíritu crítico"; quiere decir que no se trague todo tan fácilmente, que sepa estar despierto; que a la noticia del periódico no la crea solo porque salió en el periódico; que analice, que critique; que una ley que sale sepa analizarla, sepa ser crítico de su hora, de su ambiente.

Tiene que ser una educación... Mejor dicho, actualmente es
M 4, 4 una educación orientada "al mantenimiento de las estructuras sociales y económicas imperantes" y propiamente no es una colaboración a la transformación que necesitan nuestros pueblos. Es una "educación uniforme", mientras que en América Latina se está viviendo hoy la riqueza de un pluralismo humano; tantos valores humanos en los diversos países de América, que la verdadera educación tenía que descubrir lo propio, la creatividad de cada idiosincrasia y no tratar de dar un patrón universal para todos los países.

Está orientada, por lo general, la educación en nuestros paí-
M 4, 4 ses latinoamericanos, al deseo de "tener más", mientras que la juventud de hoy exige, más bien, "ser más", en el gozo de su autorrealización por el servicio y el amor. No fomentemos una educación que, en la mente del alumno, cree una esperanza de llegar a ser rico, de tener poder, de dominar. Esto no corresponde a nuestro momento. Formemos, en el corazón del niño y del joven, el ideal sublime de amar, de prepararse para servir, de darse a los demás. Lo demás sería una educación para el egoísmo, y queremos salir de los egoísmos que son las causas precisamente del gran malestar de nuestras sociedades.

Tiene que proponer la Iglesia, entonces, una educación que
M 4, 8 haga de los hombres "sujetos de su propio desarrollo", protagonistas de la historia; no masa pasiva, conformista, sino hombres que sepan lucir su inteligencia, su creatividad, su voluntad para el servicio común de la patria; que tiene que ver que el desarrollo del hombre y de los pueblos es la promoción de cada hombre
PP 20 y de todos los hombres "de condiciones menos humanas a condiciones más humanas". Hacerle ver, en la educación, al sujeto de la educación, la perspectiva de un desarrollo en el cual él tiene que estar comprometido y no esperar que se lo hagan todo, sino ser él un protagonista, poner su granito de arena en esta transformación de América.

M 4, 8 Una educación "creadora, pues ha de anticipar el nuevo tipo de sociedad que buscamos en América Latina". Nadie está con-

tento con el tipo de sociedad que tenemos en nuestros pueblos. Si alguien finge estar contento, o es por su propia ventaja o se está tratando de engañar; pero, si somos sinceros, todos aspiramos por una sociedad mejor, un mundo mejor. Entonces, la educación tiene que anticipar en la escuela, en el colegio, la figura —aunque sea pequeñita— de una sociedad como la quisiéramos en América: unos maestros, unos padres de familia, unos niños que formen una comunidad modelo de amor, de colaboración, de corrección mutua, etcétera.

También quiere la Iglesia para América Latina una educación personalizante, una conciencia en cada niño y en cada joven de su propia "dignidad humana", de su sentido de "libre autodeterminación" y de un "sentido comunitario". Nadie vive para sí solo, como caracol, sino que debe de vivir abierto para los demás: sentido comunitario. Una educación "abierta al diálogo", en que estos conflictos de generaciones, de edades, de clases, en vez de ser barreras que nos dividen sean elementos que nos enriquecen mutuamente. M 4, 8

Un gran aprecio en la educación por las peculiaridades de cada lugar, para integrarlas "en la unidad pluralista del continente y del mundo". Es decir, el salvadoreño sepa que tiene valores salvadoreños que solo El Salvador puede aportar al gran concierto de todos los países del mundo; y cultivar esos valores nuestros, autóctonos, no con un sentido de egoísmo como si no hubiera más hombres que los salvadoreños, sino para enriquecer con nuestro espíritu salvadoreño, con nuestras cosas tan bellas, el concierto pluralista de lo que son los diversos países. ¡Qué hermosa armonía resultaría cuando todos los países, en vez de pensar solo en sí, piensen en el concierto de aquel Dios de las naciones: "Cantad al Señor todos los pueblos, porque Él es el que ha hecho maravillas"! Y capacitar a todos, hermanos, en el cambio orgánico que necesita este continente. De allí que la Iglesia sinceramente está "solidaria con los esfuerzos educativos" de los países, pero quisiera pedirles, pues, que tengan en cuenta estas realidades de nuestro continente, para que ella también sienta que su aportación es válida. M 4, 8 Sal 98, 1 M 4, 9

De allí que la Iglesia —como lo acaba de decir el Papa a nuestro embajador de El Salvador ante la Santa Sede[1]— reivindica la

[1] *Cfr. L'Osservatore Romano*, 18 de diciembre de 1977.

libertad sin trabas para que la Iglesia pueda cumplir su deber y su derecho de educar a todos sus cristianos en el desarrollo de su fe bautismal. La Iglesia no está pidiendo aquí una limosna. Ella tiene derecho a que toda la sociedad que se ha comprometido por el bautismo con Cristo sepa ser al mismo tiempo que ciudadanos de un pueblo del continente latinoamericano, son ciudadanos también del reino de Dios, y que tienen que prepararse como salvadoreños cristianos no solamente a ser útiles a la patria de la tierra, sino a vivir las grandes esperanzas y traducirlas, precisamente como cristianos, en las grandes realidades salvadoreñas.

Por eso la Iglesia predica, reúne grupos de reflexión, da catequesis y, a pesar de las malas interpretaciones, no puede callar. Es su deber enseñar el Evangelio integral, éste que está promoviendo la Iglesia en todos los países latinoamericanos. Por eso también, hermanos, la Iglesia aprovecha eso que se llama hoy la educación asistemática; es decir, aprovechar los medios de comunicación social para llegar con su mensaje educador a todas las comunidades, a los movimientos juveniles, a las comunidades de base. ¡Qué hermoso, por ejemplo, saber que en este momento yo soy un pobre maestro que estoy llevando el mensaje de la educación cristiana a todas esas comunidades!, donde sé que los parlantes, sintonizados con esta radio, a veces puestos en los campanarios de las iglesias, están llevando este mensaje a la inmensa masa de cristianos de nuestra arquidiócesis para decirles lo que Cristo quiere de cada uno de los cristianos.

Y junto a este acontecimiento de la educación, que como ven se presta a profundas reflexiones, yo quisiera invitar a estas reflexiones a los queridos maestros con quienes, gracias a Dios, guardamos muchas amistades, para que sepan traducir en sus aulas escolares —sin traicionar su propio deber de súbditos de un gobierno— a su propia conciencia cristiana, que no se trata propiamente de dar catecismo en las escuelas: se trata de que el maestro, aun desarrollando el programa del Ministerio de Educación, sepa ser un testimonio vivo, ¡su vida es la que interesa!, un cristiano que ha logrado hacer de su vida y de su profesión una síntesis entre la fe y su cultura, una síntesis entre su fe y su vida.

El maestro, la maestra que se presenta viviendo esta síntesis es muy fiel a los programas del gobierno y al mismo tiempo es muy fiel a lo que le exige su Iglesia, su Cristo, su bautismo.

Noticias y avisos de esta Iglesia

De allí que la Iglesia trata de vivir también su propia realidad de Iglesia. Y en este ambiente de familia que nos congrega en la misa de 8:00 en todas partes, les digo con profunda satisfacción las noticias y avisos de esta Iglesia.

Yo quiero expresar hoy un agradecimiento profundo a mis queridos sacerdotes, a las queridas comunidades religiosas y laicos que han firmado ese documento de solidaridad que se publica en primera página hoy en *Orientación*[2]. Les agradezco no por mi persona, que ya merece todos los desprecios, naturalmente, pero por lo que significa la persona del obispo: signo de unidad, hasta poder decir que quien toca al arzobispo toca el alma de la Iglesia. No es un sentimiento de vanidad, sino de fe, lo que me hace pensar así. Y no es por mi persona, sino por mi cargo que me duelen tantas injustas calumnias, porque despedazan a la Iglesia. Y por eso agradezco ese llamamiento a la solidaridad que les recomiendo leer y reflexionar en *Orientación*.

Quiero alegrarme también con el instituto de las religiosas de Bethania, que durante esta semana han estado cumpliendo cincuenta años de su fundación. Que el Señor las haga ser comunidad de Iglesia útil a este momento de transformaciones tan difíciles; y que todos, religiosos, fieles, sacerdotes, tenemos que comprender la necesidad de estas renovaciones para ponernos al día en el servicio de una Iglesia que quiere estar también al día, al servicio del mundo. En este sentido, también quiero anticipar ya mis felicitaciones a las religiosas guadalupanas, a las carmelitas misioneras, que están celebrando en estos meses fechas jubilares de su fundación.

Y de parte de las carmelitas, quiero ya anticipar una celebración que se tendrá aquí, en San Salvador, el día de la Virgen de Lourdes, 11 de febrero. En honor de la Virgen de los enfermos, vamos a hacer una concentración de enfermos allá, junto al colegio de la gruta de Lourdes, dirigido por las hermanas carmelitas, que en esta forma quieren celebrar su aniversario de fundación. Desde ahora, pues, hago un llamamiento a todas las

2 *Cfr.* "Tocar al arzobispo, es tocar el corazón de la Iglesia. Pronunciamiento de solidaridad del presbiterio de la arquidiócesis", *Orientación*, 22 de enero de 1978.

familias que tengan enfermos y puedan ser llevados a aquella explanada, para que allá celebremos una misa y los podamos ungir con el óleo de los enfermos para santificarles y darles un sentido más de consagración a sus enfermedades.

En la vida religiosa también quiero recordar hoy aquí, ante ustedes, una preciosa reunión que se tuvo en Chalatenango del 18 al 20 de enero, en que veinte religiosas, que ya trabajan en comunidades de aquel departamento, programaron sus actividades para el año y orientaron cada vez más, según la pastoral de la arquidiócesis, sus trabajos en las diversas comunidades de aquel departamento que hoy es todo una esperanza. Las saludamos desde aquí, esas heroicas hermanas que están trabajando en pueblos tan distantes pero con tanto fruto. ¡Que el Señor las bendiga!

Así como pido también una bendición para la reunión de religiosas que este día, con invitación a comunidades de todo el país, se está celebrando en el Colegio de la Asunción. Ha habido fiestas en las comunidades de San Antonio Abad. Muchos de ustedes habrán oído la abundancia de pólvora que se han gastado esos católicos celebrando a su patrón San Antonio Abad. También se celebró en Ciudad Delgado y en otras poblaciones al patrón San Sebastián, que entre nosotros tiene muchos devotos.

Y sobre todo, hermanos, —y lo dejaba para último, como para hacer el marco a mi homilía de hoy— en esta semana, desde el miércoles se está celebrando la Semana de la Unidad de los Cristianos. Es una experiencia verdaderamente halagadora. Hemos estado el miércoles en la iglesia del Rosario; el jueves, en el Liceo Salvadoreño, en la bonita capilla de los hermanos maristas; el viernes, en la primera Iglesia Bautista, donde fuimos acogidos por el pastor con una hospitalidad muy exquisita y por esa congregación cristiana con un verdadero sentido de hospitalidad; anoche, aquí en catedral; esta noche, aquí en catedral también; mañana, lunes, en la Iglesia Bautista Emmanuel, barrio San Jacinto; pasado mañana, martes, en la basílica Sagrado Corazón; y el miércoles les invito de manera especial para la clausura de esta semana aquí en catedral, a las 7:00 de la noche. Todas estas noches, a las 7:00, hemos expresado ese anhelo que Cristo vivió en su Evangelio: "Padre, que todos los que creen en mí sean una sola cosa para que el mundo crea que Tú me enviaste". Porque tanto protestantes de buena voluntad —y subrayo esta palabra

Jn 17, 21

porque también hemos encontrado protestantes de mala voluntad que no creen ni en la oración de Cristo que los une a todos los que creen en Él, pero todos aquellos, que son muy numerosos, hermanos cristianos no católicos, que los llamamos protestantes por designarlos con un nombre, con su buena voluntad— y los católicos que han acudido a esta invitación nos hemos confundido en una sola familia que sigue el Evangelio de Cristo para orar, para que desaparezcan las diferencias que estorban la evangelización del mundo. Somos estorbo mientras estemos divididos, pero cuando estemos unidos y presentemos el Evangelio en una sola congregación cristiana, entonces el mundo se convertirá. No lo dudemos.

Y a esto va precisamente mi reflexión de la palabra de Dios. Quisiera llamar a esta homilía: la Iglesia, germen segurísimo de unidad para el género humano. Así la llama el Concilio: la Iglesia es germen de unidad para todo el género humano. Y quiero ofrecerles estos tres pensamientos: Dios se hace presente en la historia de los hombres, en Cristo; segundo pensamiento, Cristo, presencia de Dios en la historia, llama a todos los hombres a convertirse y a colaborar; y tercer pensamiento, la desunión de los cristianos, el estorbo del reino de Cristo. De allí un llamamiento a la unidad tanto dentro de la Iglesia como de afuera de la Iglesia, a todos los cristianos no católicos.

LG 9

Dios se hace presente en la historia de los hombres en Cristo

En la primera lectura, está el primer pensamiento expresado con una elocuencia propia de Isaías: el Señor, en otro tiempo, humilló el país de Zabulón y de Neftalí, pero ahora se alegra con su presencia. Y cuando San Mateo en su Evangelio, queriendo confrontar el Viejo Testamento con el Nuevo, anuncia que Cristo predicó precisamente en esos países de Zabulón y de Neftalí —que está en la Galilea— entonces se cumplió, dice el Evangelio, lo que anunció el profeta: "País de Zabulón, país de Neftalí, camino del mar, el pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, brilló una luz". ¡Qué hermosa manera de presentar la presencia de Cristo ya en la historia! Aquel rinconcito de Palestina, las regiones tribales de Zabulón y Neftalí fueron las

Is 9, 1

Mt 4, 15-16

tribus que primero invadió Teglatfalasar III, rey de Asiria, en su afán de conquistar toda la Palestina. De modo que el imperio de un pagano en la Tierra Santa cubrió de sombra los países de Neftalí y Zabulón. Por eso el profeta habla de una humillación. Pero ese profeta, que ya preveía los tiempos de Mateo, anuncia la alegría cuando aparece otra vez la luz, la libertad sobre esos países esclavizados por la invasión extranjera.

Is 9, 2-3

Isaías describe ese momento en profecía cuando dice: "Acreciste la alegría, aumentaste el gozo, se gozan en tu presencia como gozan al segar, como se alegran al repartirse el botín —y fíjense bien en lo que sigue— porque la vara del opresor, el yugo de su carga, el bastón de su hombro, los quebrantaste como en el día de Madián". En Madián, Gedeón llevó una batalla vencida de una forma original. Muy fácil fue la victoria. Pues así —dice Isaías—: llegará el reino de Dios a quebrar "la vara del opresor". El yugo era el emblema de un pueblo subyugado, puesto bajo el yugo. Dios quebrantará ese yugo, Dios dará la libertad, el pueblo oprimido cantará la alegría de un Dios que lo ha visitado para salvarlo. Hermanos, esto es lo que produce Dios cuando llega a un pueblo: romper los yugos, las varas del opresor. Esto es lo que debe de clamar todo hombre, toda familia, todo pueblo cuando siente, como Zabulón y Neftalí, la humillación, la aflicción, la depresión. ¡Ha de tener esperanza!

Jc 7, 14-22

Y el profeta no se engaña. Cuando Cristo aparece en esos países curando enfermos, resucitando muertos, predicando a los pobres, llevando esperanza a los pueblos, ha comenzado en la tierra como cuando se tira una piedra a un lago tranquilo y comienzan a hacerse ondas que llegan hasta los confines del lago. Cristo ha aparecido en Zabulón y Neftalí con las mismas señales de una liberación: sacudiendo los yugos opresores, trayendo alegría a los corazones, sembrando esperanza. Y esto es lo que ahora está haciendo Dios en la historia.

Por eso, el afán de la Iglesia es predicar esta presencia de Dios en la historia, la alegría de su presencia. Que nadie mate esa alegría, hermanos; que vivamos todos el amor con que Dios nos visita, nos ama de verdad. Y aunque permite a veces la humillación de Zabulón y Neftalí para purificar los pecados de los pueblos, Dios no nos ha abandonado, Dios está con nosotros. Mantengamos esta ilusión profunda de nuestra fe, oremos, pidamos. A mí me da tristeza ver mucha gente pesimista, como que si ya

todo estuviera perdido; como si estuviéramos en un callejón sin salida. ¡De ninguna manera! Tal vez estamos viviendo las tinieblas de Zabulón y Neftalí, pero, como Isaías, sin haber vivido la presencia de Cristo que vino ocho siglos después. Nosotros esperamos, no ocho siglos porque Cristo ya está en la historia, esperamos otra cosa, esperamos lo que ahora quiero expresarles en mi segundo pensamiento.

Cristo llama a todos los hombres a convertirse y a colaborar

Mi segundo pensamiento es este: Cristo ha venido y comienza a llamar. ¡Miren el Evangelio qué precioso! "Entonces comenzó Jesús a predicar diciendo: Convertíos porque está cerca el reino de los cielos". Y el pasaje que se ha leído hoy nos cuenta las primeras vocaciones de cuatro apóstoles: Pedro y Andrés, hermanos; Juan y Santiago, hermanos, junto al lago pescando, Cristo los llama: vengan, déjenlo todo, los necesito; quiero hacer de ustedes más bien "pescadores de hombres". Y lo siguieron. Y en pos de esas cuatro primeras vocaciones, otras y otras, y otras más. Ha sido el llamamiento de Cristo a todos los hombres.

Mt 4, 17

Mt 4, 19

Dios ha dado la vida a cada persona para una vocación. No todos a la vocación ministerial, sagrada, la que yo tengo el honor de tener. Pero la vocación que ustedes tienen, laicos: vocación del matrimonio, vocación de la profesión, vocación de la situación económica, política, social; el cargo político también es un lugar desde donde se puede servir a Dios.

Y Cristo llama a todos, pero los llama a la conversión. Ya les expliqué un día qué significa esta palabra. Conversión es orientarse de frente hacia una parte. Los militares dan la orden: conversión a la izquierda, conversión a la derecha. Conversión, decimos nosotros, hacia Cristo. Conviértanse, dice Cristo. Esta es la condición: convertirse. La conversión es necesaria para que se realice la liberación que los pueblos esperan. De allí que la Iglesia, predicando esta conversión, tiene que señalar el reino opuesto al reino de Dios: el reino del pecado. Predicación que no denuncia el pecado no es predicación de Evangelio. Predicación que contenta al pecador, para que se afiance en su situación de pecado, está traicionando el llamamiento del Evangelio. Predi-

Mt 4, 17

cación que no molesta al pecador, sino que lo adormece en su pecado, es dejar a Zabulón y Neftalí en sus sombras de muerte. Predicación que despierta, predicación que ilumina, como cuando se enciende una luz y alguien está dormido, naturalmente que lo molesta, pero lo ha despertado. Esta es la predicación de Cristo: despertad, convertíos. Esta es la predicación auténtica de la Iglesia. Naturalmente, hermanos, que una predicación así tiene que encontrar conflictos, tiene que perder prestigios mal entendidos, tiene que molestar, tiene que ser perseguida. No puede estar bien con los poderes de las tinieblas y del pecado.

Convertirse, pues, es el llamamiento que Cristo hace y, si entre esa conversión hay hombres o mujeres que sientan más de cerca el llamamiento de Cristo, surge entonces, en el pueblo de Dios, la vocación sagrada: "¡Venid y os haré pescadores de hombres!". Es lo que están sintiendo en estos momentos los jóvenes que van a entrar al seminario; es lo que sienten los que se están preparando para el sacerdocio. Y ojalá esta palabra despertara en muchos corazones juveniles, en muchos hogares, el sentido de la vocación sagrada. La señorita, la niña que quiere consagrar su amor como el de la virgencita que celebrábamos ayer, Santa Inés, a quien quisieron casar con un pagano, pero ella ya se había desposado místicamente con Cristo; y por ser fiel a su místico desposorio con el Amor eterno, murió virgen y mártir.

Mt 4, 19

¡Cuántas jóvenes, cuántos jóvenes en este llamamiento de Cristo sienten el impulso del Espíritu de Dios que los llama! Me decía una religiosa en estos días: "¡Cómo se ven florecer vocaciones! Viera cuántas muchachas van buscando allá a ver si pueden ser religiosas". Lo mismo el padre Segura en el seminario ha sobrepasado sus esperanzas y no le caben los muchachos que han despertado a la vocación. Y se están preparando allá en sus institutos, en su familia, para cuando llegue la hora de poderlos aceptar.

Hay una inquietud inmensa, hermanos. El llamamiento de la conversión ha despertado muchos corazones que estaban dormidos en Zabulón y Neftalí, en el pecado, pensando que la Iglesia estaba metiéndose en política, en otros campos que no son los suyos. Y han comprendido, al fin, que no está haciendo más que predicar el reino de Dios, el cual señala el pecado aunque el pecado se encuentre en la política y se encuentre también en las situaciones económicas y demás situaciones de la humanidad.

La Iglesia no puede menos que ser la voz de Cristo, de decir: convertíos porque el reino de Dios está cerca y el que lo quiera aprovechar no lo logrará si no es convirtiéndose, arrepintiéndose de su pecado, acercándose a Dios. Este ha sido el clamor de la Iglesia en estos últimos tiempos: la conversión. Por eso, queridos hermanos: convertíos. Yo el primero, necesito conversión. Todos necesitamos conversión porque el Apocalipsis dice: el que es santo santifíquese más; el que es justo justifíquese más y, naturalmente, el que está en pecado póngase en gracia de Dios, renuncie a sus injusticias, a sus egoísmos, a sus atropellos, póngase amigo de Dios, eso no lo quiere Dios.

Mt 4, 17

Ap 22, 11

La desunión de los cristianos, el estorbo del reino de Cristo

Y mi tercer pensamiento entonces surge: si Cristo llama a todos a formar un solo equipo de salvación, como nos dice el Concilio, todo aquello que desune este proyecto de Cristo es pecado, la desunión es pecado.

El Concilio dice una frase muy bonita cuando habla de la Iglesia, lo llama "pueblo mesiánico". Todos ustedes, yo, somos el pueblo mesiánico. Dice así el Concilio: "Este pueblo mesiánico —y estoy pensando en ustedes— aunque no incluya a todos los hombres actualmente y con frecuencia parezca una grey pequeña es, sin embargo, para todo el género humano, un germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación. Cristo, que lo instituyó para ser comunión de vida, de caridad y de verdad, se sirve también de él como de instrumento de la redención universal y lo envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra".

LG 9

Mt 5, 13.14

¡Qué honor más inmenso, queridos cristianos! Y digo expresamente "cristianos" porque al decir hoy esta palabra, en la semana de la unidad, la palabra cristiano no solamente quiere decir los católicos, sino que quiere decir también las otras dos grandes ramas del cristianismo que se desgajaron de la unidad: una, la rama ortodoxa, allí por el oriente, en el siglo XI se apartaron de la comunión con Pedro, con la Santa Sede, por pecados mismos de los hombres vinieron las desuniones, dice el Concilio; y la otra rama que llamamos la protestante, la de la Reforma, que fue en el siglo XVI, comenzando por Lutero, de allí se disgregaron

UR 3

las diversas sectas que ahora forman, pues, el pueblo y que se llama evangélico o que llamamos también protestante.

Estos dos grandes desgajes son los que han quebrado la unidad del cristianismo. ¡Pero somos cristianos! Hay muchas cosas que nos unen. Con los del oriente, por ejemplo, ¡cuántas cosas bellas! Los primeros concilios que proclamaron la fe en la Trinidad, en la encarnación de Dios hecho hombre, fueron en un ambiente de unidad con los orientales. Es nostálgico pensar que nuestros grandes dogmas nos recuerdan precisamente aquella rama que se apartó de nosotros.

Y luego, en el siglo XVI también el protestantismo, proclamando el libre examen de la Biblia, se apartó de la autoridad del magisterio de la Iglesia para hacer una interpretación muy suya de la Sagrada Escritura. Pero ese amor a la Escritura, ese amor a Cristo, no lo han perdido, lo tienen intensamente, quizá mucho más que algunos católicos que de católicos no tienen nada de cristianos, porque no odiaran tanto, no calumniaran, no despedazaran tanto al cristianismo si de verdad fueran siquiera cristianos, no digamos católicos.

Entonces, la palabra cristiano significa para este día un llamamiento a pertenecer a esta gran familia de la unidad. Hoy está trabajando la Iglesia, unida con los protestantes, por el acercamiento, por la comunión. Pero yo quiero que se tengan ideas muy claras de esta unión que buscamos con nuestros hermanos.

UR 7 El Concilio dice que esta unión tiene que ser a base de una conversión interior. Y esto es lo que yo he sentido en estas noches: que católicos y protestantes buscamos sinceramente a Cristo en una conversión hacia el Señor.

UR 8 Habla también de una comunión en la oración, aunque no llegue a una conversión en todo lo que creemos, pero que nos separa a unos de otros.

UR 9 Pide también el Concilio un conocimiento recíproco. Hermanos, yo creo que gran parte de nuestras divisiones con los protestantes es la falta de conocimiento. Ni ellos a nosotros, ni nosotros a ellos, conocemos muchas veces su psicología, su modo de pensar; pero cuando uno se acerca, conoce tan buena voluntad en unos y en otros, como también descubrimos las fallas humanas que como hombres tienen ellos y tenemos nosotros.

UR 11 De ahí que, en este conocimiento mutuo, el Concilio pide una cosa muy importante: fidelidad a la doctrina. No vayan a

decir que, porque el arzobispo anda ya en los templos protestantes, se está haciendo protestante; o porque la catedral se abre hoy a los protestantes para que canten, a que prediquen aquí, ya no hay diferencias entre católicos y protestantes. Eso no lo hemos dicho. Estamos diciendo ahora claramente que cada uno tiene que ser fiel a su doctrina. El católico sabe que nadie le puede arrancar su fe en la confesión, en la eucaristía, su amor a la Virgen, su devoción a los santos, su obediencia al Papa. Esto, católicos, jamás lo puede traicionar un católico. El protestante tiene también que ser fiel a lo que cree en conciencia que es verdad.

Pero esta fidelidad a la propia doctrina no impide que podamos llegar a una cooperación con aquellas cosas que nos unen. UR 12
De ahí que, por ejemplo, hoy en nuestro tiempo es tan útil para los cristianos en común el trabajar por la dignidad humana, por la promoción de la paz en la justicia, la aplicación social del Evangelio, la inspiración cristiana de las artes y de las letras. Hay un inmenso campo en el cual católicos y protestantes, en vez de andar peleando, nos unamos en el amor sabiendo que hay diferencias doctrinales profundas; pero hay muchas semejanzas que, conociéndonos cada vez más, nos irán llevando a desaparecerlas para que pronto se realice de veras, sin traba alguna, lo que Cristo tanto soñó: Padre, que sean una sola cosa, con un solo Jn 17, 21
rebaño, bajo un solo pastor, que es Cristo nuestro Señor. Jn 10, 16

Queridos hermanos: este es el llamamiento de la palabra de Dios para este día. ¡Qué oportuno, en una semana de la unidad, hacer un llamamiento a todos a que oremos intensamente para que se realice la unidad que Cristo ha pedido! Y para que, formando esa presencia de Dios en la historia a través de su cristianismo, los hombres de todo el mundo encuentren nuestra Iglesia unida, el germen segurísimo de la unidad, de la esperanza y del amor. Pongámonos de pie y vamos a proclamar nuestra fe.

La Iglesia de las bienaventuranzas

Cuarto domingo del Tiempo Ordinario
29 de enero de 1978

Sofonías 2, 3; 3, 12-13
1 Corintios 1, 26-31
Mateo 5, 1-12a

La escena del Evangelio que acaban de escuchar, queridos hermanos, tiene todavía actualidad. Ese gentío que se va acercando a Jesús no ha terminado de acercarse. Somos esta mañana nosotros, los que hemos venido a la catedral o los que se reúnen en torno de la palabra de Dios en cualquier templo o ermita o reunión para reflexionar esa palabra, nos acercamos a Jesús. "Y Él se puso a hablar enseñándoles". Este magisterio de Jesús se prolonga y va tomando una actualidad, de tal manera que Jesús siempre se siente presente en el pueblo, en la sociedad, en la familia, en el grupo, en la comunidad que quiere alimentarse de esas divinas orientaciones.

Mt 5, 1

Mt 5, 2

Por eso, hermanos, para mí este momento de la misa de 8:00 en catedral, y a través de la radio en comunión con tantas comunidades de la arquidiócesis, es un momento solemne, es un momento de sermón de la montaña, es un momento en que yo siento que junto a Jesús estamos todos. Él es el maestro. Yo no soy más que su humilde repetidor; pero es Él el que a ustedes y a mí nos quiere enseñar cómo guiar nuestros pasos hacia las bienaventuranzas, hacia la felicidad. Por eso, hermanos, a mí me preocupa siempre, en la predicación de cada domingo, hacer que esa enseñanza eterna y actual de Jesús se enmarque en las rea-

lidades que vivimos. Y cada uno tiene que hacer ese esfuerzo de actualizar para él, para su familia, para su pueblo, esa eterna palabra que vale para todos pero no de igual manera, sino que a cada uno según sus necesidades, sus circunstancias. Por eso tengo cuidado de narrarles aquí por lo menos aquellos aspectos más salientes de la semana.

Hechos de la semana

De parte de la curia arzobispal, por ejemplo, esta semana ha tenido un signo de los tiempos, y ha sido su visita que le hizo el señor secretario adjunto del Departamento de Estado de los Estados Unidos, el señor Todman[1]. Estando en El Salvador, tuvo la atención de visitar al arzobispo, donde hubo una conversación muy cordial, de la cual entresaco estos pensamientos. Él dice que el celo por los derechos humanos es parte de su vida. Hay que tener en cuenta que él pertenece a la raza negra, lo cual significa, en Estados Unidos, una de las marginaciones más anticristianas. Él lleva en su vida, pues, en su raza, como muy grabado en su existencia, este derecho de la igualdad de los hombres.

También me gustó oír la coincidencia de su pensamiento con el pensamiento de la Iglesia, cuando dijo que la raíz de toda violencia, de todo terrorismo, es la injusticia social de los pueblos, y que es un deber hacer funcionar las estructuras de un país para lograr el bien de todos. Y si esas estructuras no están adecuadas para ese bien común, la obligación de cambiarlas, porque no es el hombre para las estructuras —añado yo de parte del
Mc 2, 27 Evangelio—, sino las estructuras para el hombre. Aplicando este pensamiento tan sabio, digo yo que esta es la voz de la Iglesia: la adaptación de unas estructuras políticas, económicas, sociales, en que el hombre salvadoreño se pueda desenvolver con toda esa libertad y dignidad que Dios le ha dado. Si hay unas estructuras que no funcionan en este bien común, es necesario, pues, cambiarlas. También, el señor Todman comprendió cuando personalmente le decía yo que las buenas relaciones Iglesia-gobierno

[1] El señor Terence A. Todman, Secretario de Estado Adjunto para Asuntos Interamericanos del Gobierno de los Estados Unidos de América, se entrevistó con monseñor Romero el día 27 de enero de 1978. *Cfr. La Prensa Gráfica,* 28 de enero de 1978.

no deben ser para beneficio o prestigio personal, sino para positivo servicio del pueblo. "Me gusta mucho —me dijo— oír esas frases".

Entonces, hermanos, también quiero recordar otra visita muy significativa de parte de la Solidaridad Católica de Holanda. Unos cristianos que quisieron hacer un viaje hasta nuestra patria, oír nuestras circunstancias y prometernos su ayuda, su solidaridad. Quiero agradecérselo públicamente y comunicar a ustedes, radioyentes y queridos católicos, la alegría de esta comunión. Eso es la Iglesia: comunión, de tal manera que los méritos, las alegrías, las penas de un cristiano, redundan en bien de todo el organismo cristiano. Estos gestos de solidaridad que han abundado para nosotros, Iglesia de la Arquidiócesis de San Salvador, tengámoslos siempre muy en cuenta, para que también nosotros sepamos palpitar con las preocupaciones, las angustias de otras diócesis de otros países. Esto es vivir como familia, la familia de Dios extendida por el mundo.

Ayer en la parroquia de Apopa conmemoraron que hace un año fue expulsado su párroco, padre Mario Bernal. Yo quiero aprovechar esta circunstancia para aclarar qué es lo que la Iglesia quiere respecto de estos sacerdotes echados del país o prohibidos de entrar. No es cierto que yo esté exigiendo que entren; lo que estoy pidiendo es que se revisen las causas, ¿por qué fueron echados? Esto lo exige la justicia, lo exige el prestigio de la Iglesia y el prestigio personal de cada sacerdote; para que no queden cargando con eso que fue como la falsa motivación para echarlos: "Son comunistas, son subversivos, no respetan las leyes del país". Yo solo pido que se aclaren esas acusaciones y si son culpables, que se les castigue; pero si se les ha echado simplemente y se presenta como un hecho consumado, creo que no es justa esa actitud. De modo que quede bien claro que no estoy pidiendo yo que regresen, sino que se examinen sus causas.

Vida de la Iglesia

En la vida de la Iglesia, queridos hermanos, tenemos cosas muy interesantes y consoladoras. Saludamos al nuevo párroco de María Auxiliadora, el padre Giraudo, que ha sustituido al padre Alas, quien ha pasado a ayudarle a monseñor Rivera en Santiago de María.

Una alegría muy grande para mí fue la de ayer por la tarde en Chalatenango: se inauguró allá, con un pequeño grupo de jóvenes estudiantes de bachillerato, el Seminario Menor que lleva el nombre del patrono de Chalatenango: San Juan Bautista. Es toda una esperanza aquel departamento tan fecundo en vocaciones. Teniendo ya cerca un centro de educación eclesiástica, estamos seguros que nos dará muchos consuelos sacerdotales. Queremos felicitar al padre Fabián Amaya, a todos los colaboradores que hicieron posible este sueño de un seminario en Chalatenango. También les anuncio que dentro de pocos días se abrirá el curso nuevo de San José de la Montaña que, como ya les he ido informando, estará repleto de jóvenes, tanto en el menor como en el mayor. Menor son aquellos jóvenes que están sacando su bachillerato, y mayor, pues, son los bachilleres que ya comienzan su filosofía y estudian su teología. En uno y en otro, nuestra arquidiócesis ha recibido de parte del Señor una abundante bendición de vocaciones. Les invito a que agradezcamos eso al Señor.

Y como les decía ayer en Chalatenango, hoy lo digo para toda la diócesis: yo quisiera, hermanos, que todo el pueblo de Dios sintiera como suya la obra del seminario, porque así es. La renovación del sacerdocio por los jóvenes llamados al servicio de Dios es alegría, esperanza de todo el pueblo, no solo del obispo. Y por eso necesitamos que todos oren y todos apoyen moralmente, impulsen que el joven del seminario no se sienta solo ni raro, sino que sienta que es alguien que se prepara y lo espera el pueblo con ansia, con cariño.

Manifestemos para nuestro seminario, pues, un ambiente de apoyo moral y también no me avergüenzo de pedirles el apoyo económico. Nos hemos lanzado a una tremenda aventura cuando recogemos en un verdadero internado —ya saben los maestros lo que cuesta hoy un internado—, pero todo sacrificio es poco si logramos sacerdotes según el corazón de Dios. Y para este apoyo económico, hemos pensado volver a aquella costumbre de consagrarle los terceros domingos. El tercer domingo de cada mes, la colecta que se haga en las parroquias y también donativos en víveres y en otras maneras de ayudar, por medio del párroco, háganlas llegar a los seminarios. Aquí los terceros domingos, pues, seremos mendigos del seminario para que todos puedan ayudarnos y que cada párroco, en su parroquia, recuerde

esta colaboración que generosamente nos va a dar, sin duda, el pueblo de Dios.

En la vida religiosa, quiero felicitar a las carmelitas de San José por su profesión y, sobre todo, por la abundancia de vocaciones que están teniendo. Cuando se pregunta a las jóvenes qué es lo que les atrae a esa congregación, es un bello testimonio decir: es la sencillez de su vida, es la unidad y el amor que se muestra entre ellas y, sobre todo, ese generoso servicio de Iglesia que prestan en parroquias, en centros de promoción. Gracias a Dios que no son solo las carmelitas sino que hay varias congregaciones que están en este apostolado directo con nuestro pueblo y que sin duda Dios las va a recompensar con muchas vocaciones. Las madres guadalupanas esta semana van a cumplir su centenario de vida. Las encomendamos al Señor y las felicitamos. También las carmelitas misioneras, que tienen el hospital de la Divina Providencia, invitan para mañana a las 6:00 de la tarde a una misa de acción de gracias, al cumplirse doce años de existencia y de beneficencia en ese hospital, que de verdad es obra de la Divina Providencia. Es una obra milagrosa y el que quiera palpar lo que es Dios con su providencia visite y ayude esa obra; mañana sobre todo, en su aniversario.

He visitado las comunidades de San Antonio en Santa Tecla, donde un fiel servidor de la Iglesia nos da ejemplo de perseverancia: monseñor Alvarenga, llegando casi al centenario de su vida, fiel al servicio de su parroquia que él mismo originó y ha administrado. Visité también la obra del Buen Pastor, donde hay cambio de superioras y donde se nota un generoso espíritu de amor a esta juventud que se alberga bajo sus aulas. Visité también Aldeíta, un cantón de Tejutla donde, junto con el pueblo de El Paraíso, van a constituir una nueva parroquia. Las hermanas betlemitas y el padre Gabriel Rodríguez están haciendo una obra muy hermosa de apostolado en aquella región. También tuve el gusto de ser peregrino de Esquipulas en el santuario de Santa Cruz Michapa, donde el padre Ayala y su comité muy entusiasta trabajan por la obra de aquel pueblo. En El Calvario se está celebrando este domingo la fiesta patronal del Señor del Calvario. Es un lindo crucifijo que marcha con esa comunidad, que nos remonta hasta los orígenes de esta ciudad de San Salvador.

Y, queridos hermanos, sobre todo quiero alegrarme y darle gracias al Señor por la Semana de Oración por la Unidad de los

Cristianos, que se clausuró en forma muy fervorosa, en esta catedral, el miércoles de esta semana. Los que no pudieron venir y estuvieron ofreciendo al Señor sus enfermedades, su dolor, su ausencia, son generosos bienhechores de esta obra de unidad. El precioso telegrama del padre Cortés dice: "Desde mi lecho de enfermo, participé semana unidad, escuchando y ofreciendo mi sufrimiento. Felicítole por celebración nunca vista aquí".

De veras, hermanos, el Señor nos ha bendecido con esta idea, que ha sido acogida por católicos y protestantes de buena voluntad y que saben que, mientras no logremos esa unidad querida por Cristo, seremos un estorbo para la evangelización del mundo; y que, en cambio, el día en que la unidad de todos los que creemos en el Evangelio de Cristo se manifieste al mundo entero, ya esa unidad será la más elocuente llamada al cristianismo. Todo el mundo será cristiano el día en que los cristianos de hoy compactemos nuestra unidad. De modo que, aunque haya terminado la semana de unidad, yo les suplico que sigan encomendando en sus oraciones, ofreciendo sacrificios, haciendo esfuerzos de acercamiento, católicos y protestantes, y también ortodoxos, aunque entre nosotros esta rama de la separación, los ortodoxos, no es muy numerosa. Pero todos busquemos, pues, la unidad, sobre todo dentro de nuestra Iglesia.

Y por eso, hermanos, el sentido de la homilía de hoy podría ser este: La Iglesia de las bienaventuranzas. Domina en las lecturas de hoy, en la liturgia de la palabra, esa preciosa página de San Mateo: las bienaventuranzas. Pero, para comprender un poco el sublime misterio de esas ocho normas dadas por el mismo Cristo para conocer si un hombre es verdaderamente cristiano o solo es de apariencia, es necesario tener en cuenta todo el marco litúrgico de la palabra de hoy. Remontarse hasta la primera lectura de un profeta del Antiguo Testamento, llamado Sofonías, y luego mirar la realización de esa palabra de Cristo en las primitivas comunidades cristianas, tal como nos narra hoy la segunda lectura: San Pablo a la comunidad de Corinto. Así comprendemos lo profundo de esta invitación del Divino Maestro.

Pero todavía les adelanto esto: no comprendemos toda la grandeza de las bienaventuranzas porque, desde que las pronunció Cristo, se ha desatado sobre el mundo una revolución moral que todavía no ha llegado a su cúspide, estamos en camino hacia ella y no la comprenderemos hasta que llegue a ser una realidad

esa meta: el reino de los cielos que se promete como premio de cada una de las bienaventuranzas. Son ocho caminos, pues, abiertos hoy a la humanidad, por los cuales hay que caminar llenos de fe. Para comprender esta Iglesia de las bienaventuranzas, yo quiero proponerles, como de costumbre, estas tres ideas. Las tres están tomadas del Viejo Testamento, encarnándose en el Nuevo. La primera idea es: el resto de Israel se prolonga en la Iglesia. La segunda idea es otra palabra de Sofonías: el día del Señor nos abre a perspectivas escatológicas, a la esperanza cristiana. Y tercera idea: Cristo es la fuerza de esta Iglesia que peregrina en fe y esperanza. Son tres frases de las lecturas de hoy.

El resto de Israel se prolonga en la Iglesia

El resto de Israel es la manera de describir los profetas a ese pequeño grupo de fieles que permanecen fieles a la promesa, al seguimiento de Dios. Dios ha llamado a hacer una alianza con su pueblo, el pueblo del Viejo Testamento; pero este pueblo, propenso a la idolatría, al materialismo, a la búsqueda de las cosas fáciles de la tierra, se olvida de Dios. Pero siempre queda un resto, un grupo fiel, y a estos se dirigen los profetas. Y desde ese resto de Israel se denuncian todos los abusos, todas las injusticias, todos los materialismos del Israel infiel. Por eso les digo, hermanos, que es necesario leer la Biblia teniendo en cuenta las circunstancias en que vivimos nosotros. Y San Pablo empalma este grupo cristiano que sigue a Cristo con ese grupo fiel: el resto de Israel. Por tanto, este grupo de fidelidad a Cristo tendrá que vivir en la historia de sus pueblos las mismas vicisitudes que el resto de Israel.

Es conveniente leer el Viejo Testamento, leer sobre todo los profetas y escuchar, en el acento de los profetas, las reprensiones severas, los llamamientos al orden que los profetas hacían, incluso a los reyes, a los gobernantes, a los ricos, a los que abusaban, a los que atropellaban en su pueblo. Ustedes son la causa de que Dios rompa su alianza con este pueblo, les decían los profetas. Y llamaban a penitencia: conviértanse, renuévense. Es el grito que continúa en la Iglesia, el reclamo del deseo de ser fiel a Cristo para reclamar a quienes frágiles, sí, como todos nosotros, pero no hacen el esfuerzo de secundar el llamamiento de la santidad, sino que se hacen idólatras del dinero, del poder, de las

cosas de la tierra: conviértanse, sean fieles a la alianza de su bautismo, sean fieles a su Señor.

Este es el resto de Israel, al que alude Sofonías después de describir las terribles injusticias de aquel tiempo: los orgullos,
So 3, 12 los lujos de los poderosos, para llamarlos y prometer: "En medio de ti dejaré un pueblo pobre y humilde", dice la palabra de hoy de Sofonías. Esto es lo que quiere la Iglesia: un pueblo humilde, un pueblo seguidor de Cristo, un resto. Hermanos, no son las grandes muchedumbres las que nos deben entusiasmar, sino la autenticidad, la calidad de los cristianos, la sinceridad de buscar a Cristo.

Por eso me alegra que en estas horas, en que es difícil ser fiel a Cristo, haya muchos cristianos en la arquidiócesis, en la ciudad, en el campo, en todas las categorías. Pero aquí se conoce, pues, quién es fiel, quién pertenece a ese resto de fidelidad. Que mi llamamiento, pues, en nombre de Jesucristo, llegue a los corazones y todos queramos, no ser impecables, no ser ángeles de la tierra —todos somos pecadores, todos tenemos malas tendencias—, pero que, al menos, se note un esfuerzo de autenticidad, de confesar los pecados y de luchar por no estar contentos nunca, entronizando el pecado en el mundo; que luchemos por derribarlo, llámese egoísmos, orgullos, vanidades, etcétera. El esfuerzo de un resto de Israel es no estar contento con la mediocridad del pueblo, sino ser verdaderamente un pueblo pobre y humilde. Ya vamos a explicar el sentido de esas palabras.

Pero antes, hermanos, yo quiero leerles una palabra de la encíclica *Populorum progressio*, para que vean lo que el Papa describe como ruina del espíritu de avaricia, que va contra el
PP 18 espíritu de pobreza: "Es legítimo el deseo de lo necesario, y el trabajar para conseguirlo es un deber [...]. Pero la adquisición de los bienes temporales puede conducir a la codicia, al deseo de tener cada vez más y a la tentación de acrecentar el propio poder. La avaricia de las personas, de las familias y de las naciones puede apoderarse lo mismo de los más desprovistos que de los más ricos". Tengamos en cuenta esto, hermanos, el espíritu de avaricia puede ser también el espíritu de los que llamamos pobres, pero que no son pobres porque tienen el corazón apegado a la avaricia. De modo que puede hacer víctimas tanto en la clase desposeída como en la clase rica; y lo que hace
PP 18 es "suscitar en unos y en otros un materialismo sofocante".

"Así, pues —continúa el Papa—, el tener más, lo mismo para los pueblos que para las personas, no es el fin último. Todo crecimiento es ambivalente. Necesario para permitir que el hombre sea más hombre, lo encierra como en una prisión desde el momento que se convierte en el bien supremo, que impide mirar más allá". He aquí las consecuencias: "Entonces los corazones se endurecen, los espíritus se cierran; los hombres ya no se unen por amistad, sino por interés, que pronto les hace oponerse unos a otros y desunirse. La búsqueda exclusiva del poseer se convierte en un obstáculo para el crecimiento del ser y se opone a su verdadera grandeza —y fíjense en esta frase lapidaria con que termina el Papa—; para las naciones como para las personas, la avaricia es la forma más evidente de un subdesarrollo moral". Quiere decir que subdesarrollados no solo son los que carecen de bienes materiales: también son subdesarrollados morales los que, teniendo todas las comodidades, tienen espíritu de avaricia.

PP 19

PP 19

El día del Señor nos abre a perspectivas escatológicas, a la esperanza cristiana

Por eso, hermanos, mi segundo pensamiento es abrirnos a las bienaventuranzas. La bella página que hoy domina en la liturgia de la palabra debía de ser objeto de reflexión durante toda la semana. "Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos". San Mateo añade: "de espíritu", "en el espíritu"; pero en su origen esta frase simplemente dice: "dichosos los pobres". San Lucas no agrega "en el espíritu". Y cuando el profeta Isaías anuncia que Cristo predicará el Evangelio, dice simplemente "a los pobres". Y cuando se escribía el Evangelio de Mateo en aquel mundo, judío o grecorromano, abundaba como hoy, la clase pobre.

Mt 5, 3

Lc 6, 20

Is 61, 1

Lc 4, 18

No tengamos miedo, pues, de decir que esta bienaventuranza se refiere a los pobres, pero no a cualquier pobre como acaba de decirnos el Papa, que hay pobres con espíritu de avaricia, sino al pobre que hace de su pobreza toda una ética. El pobre es aquel que no tiene suficiencia en sí mismo y hasta corre el peligro de hacerse servil, porque hay un sentimiento psicológico de incapacidad, de inseguridad. Esta inseguridad psicológica del pobre es la que Cristo quiere aprovechar para abrirlo a la esperanza del que todo lo tiene, para el que nada es imposible: Dios.

Dichosos, pues, los que aprovechan su pobreza para abrirse a la esperanza. Es una página que nos abre a la esperanza en medio de las tribulaciones, no para predicar el conformismo, ¡jamás la Iglesia es conformista!, sino para decirle al hombre que lucha en esta tierra que no lo haga, como nos acaba de decir Pablo VI, poniendo como finalidad de su trabajo el tener, la avaricia —eso es despersonificar al hombre, eso es hacer al hombre al subdesarrollo moral—, sino que trabaje, que luche por tener comodidad para él y su familia, pero que su corazón esté abierto a la esperanza y su amor al servicio de los demás.

Mt 5, 4 "Dichosos los sufridos —dice Cristo— porque ellos heredarán la tierra". Casi se oye aquí, en las palabras de Cristo, el eco
Gn 12, 1 de Dios prometiéndole a Abraham una tierra, la tierra de la esperanza, el cielo nuevo, la tierra nueva, el de la justicia, el del amor que los cristianos esperamos, no en este mundo, aunque sí se debe reflejar en este mundo, pero cuya realidad está más allá de la historia y será nuestro destino.

Mt 5, 5 "Dichosos los que lloran". Lloran porque no tienen las alegrías mundanas que otros tienen. Lloran también porque ven los pecados del pueblo y piden perdón a Dios. Dichosos los que lloran con estos sentimientos nobles porque ellos recibirán el más grande de los consuelos: el ver que Dios perdona a su pueblo, el ver que hay alegrías que no pertenecen a esta tierra.

Mt 5, 6 "Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia". Justicia en sentido bíblico es la buena relación entre el hombre y Dios. Es también la victoria de Dios sobre la maldad del hombre. Esto es lo que ansía un verdadero justo: mantener sus relaciones con Dios sin que las perturbe el pecado de la tierra; afligirse porque hay tanta gente que no tiene buenas relaciones con Dios, porque han hecho su dios en otra cosa que no es el Dios verdadero. Y la justicia por la cual Dios triunfará sobre la maldad de los hombres: dichosos los que la anhelan porque ellos quedarán saciados, verán cómo se cumple esta alegría, se llena esta hambre.

Mt 5, 7 "Dichosos los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia". Es uno de los anhelos bíblicos más profundos. El hombre no está hecho para la venganza, para el odio, para la violencia, sino para la reconciliación, para el amor, para el perdón; y en la medida en que nosotros perdonamos, así le decimos a Dios:
Lc 11, 4 perdónanos como nosotros perdonamos. Dichosos los corazones

misericordiosos, los generosos, los que son instrumentos de paz, los que van sembrando concordia donde hay discordia. Mt 5, 8

"Dichosos los limpios de corazón". Se refiere aquí el Evangelio a aquella sinceridad que hizo conflicto entre Cristo y los fariseos. Los fariseos solamente tenían una limpieza exterior, ritual, legalista; hacían consistir la limpieza en lavarse las manos, en hacer ciertas purificaciones exteriores. Y Cristo les decía: ¡Hipócritas! ¿De qué sirve lavar el plato por fuera si por dentro está sucio? ¿De qué sirve tener la tumba bien pintada por fuera, si por dentro está llena de podredumbre? Limpio de corazón es aquel que con sinceridad se limpia en su corazón; porque no es lo que entra al estómago lo que mancha al hombre comiendo con las manos sucias, sino lo que sale del corazón: los pensamientos, los malos deseos, las avaricias. Esto es lo que mancha el corazón del hombre. Es un llamado, pues, a la sinceridad. Mt 23, 25-28 Mt 15, 17-20

"Dichosos los que trabajan por la paz porque serán llamados hijos de Dios". Hermanos, esta es una hora en que Dios quiere muchos hijos suyos trabajando no por la violencia, sino por la paz, haciendo que la paz no sea simplemente apariencia, sino que sea obra de la justicia y del amor. Mt 5, 9

Y, finalmente, "dichosos los perseguidos por causa de la justicia porque de ellos es el reino de los cielos". Sin duda que San Mateo ya sentía la murmuración, la crítica, la persecución del mismo pueblo judío a los cristianos. Persecuciones que han de ser la herencia de la Iglesia a través de los siglos. Pero, entonces, es la hora de poder decir que son bienaventurados los que sufren esta persecución. Mt 5, 10

Cristo es la fuerza de la Iglesia que peregrina en fe y esperanza

Y finalmente, queridos hermanos, este tercer pensamiento que ojalá sea como la síntesis de todo: Cristo es la fuerza de la Iglesia. Y por eso, San Pablo, escribiendo a los corintios, quiere responder a lo que ha motivado las divisiones de Corinto. Las divisiones han venido porque los cristianos ya pusieron sus ojos en la sabiduría de la tierra: yo soy de Apolo, el gran predicador, yo soy de Cefas, yo soy de Pablo. Ya solo se fijan en la elocuencia de los hombres. Y San Pablo llama la atención: miren quiénes están reunidos en esta asamblea, aquí no hay gente de 1 Cor 1, 12 1 Cor 1, 26-27

mucho prestigio según el mundo, somos pobres. Ya tenía Pablo
Hch 17, 22 la experiencia de haber predicado en el Areópago a los sabios de Grecia, de haber predicado a los judíos, y tanto unos como otros lo despreciaron, lo apedrearon, lo persiguieron. En cambio aquí, a las orillas del mar, en un puerto en Corinto, gente
So 3, 12 sencilla, gente humilde, aquella que decía Sofonías: "un pueblo pobre y humilde", esto es lo que Dios escoge. Dice San Pablo:
1 Cor 1, 27-30 "Ha escogido la gente baja del mundo, lo despreciable, lo que no cuenta para anular a lo que cuenta, de modo que nadie pueda gloriarse en presencia del Señor. Por Él vosotros sois en Cristo Jesús, que ha hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención". O sea, hermanos, los grandes bienes que un cristiano espera no deben de ser lo que espera la gente que llamamos de prestigio. Si es que esa gente espera subir políticamente, socialmente, económicamente, tener más, no es eso lo que interesa a un cristiano.

Por eso un cristiano no pone su esperanza en estar bien con los poderes de la tierra. La Iglesia auténtica es la que apoya su propia debilidad, su propia pobreza, en la riqueza que ella espera. Cristo es para mí sabiduría, justicia, santificación, redención. ¿Qué más quiero? Quiero que todos sigan a este Cristo, que todos sintamos que esta es la verdadera grandeza y el verdadero apoyo de nuestra Iglesia.

Hay algunos cristianos en nuestro tiempo y en nuestro ambiente, hermanos, que casi miran a la arquidiócesis como un fracaso, como un *impasse*: "¿Qué va pasar ahora?, ¿qué va a pasar ahora?". Pues que el que tiene fe en Cristo y se apoya en Él es buen cristiano, y si esta Iglesia de la arquidiócesis se apoya en Cristo y espera en su sabiduría, en su redención, ya se está construyendo, no hay un *impasse*, estamos trabajando en sólido.

Yo quisiera, hermanos, que esta lectura de San Pablo hoy nos convenciera de que no tenemos nada que esperar si tenemos a Cristo como fundamento de nuestra construcción de Iglesia, que no estemos esperando otras circunstancias. Si vienen, como nos dijo el señor Todman, será para bien de este pueblo; pero mientras tanto, la Iglesia ya está haciendo el bien de presentar a Cristo y decirle a todos los cristianos: apóyense en esta roca, crean en esta verdad, anhelen esta sabiduría. Esta es la riqueza del corazón del que es pobre y humilde y hace consistir su felicidad no en las cosas transitorias que se quedan con la muer-

te y se las lleva el tiempo, sino en lo consistente que es la sabiduría de Cristo, su justicia, su santificación, su redención. Dichosos los pobres porque saben que aquí está su riqueza, en aquel que, siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza, para enseñarnos la verdadera sabiduría del cristiano. 2 Cor 8, 9

Por eso les dije al principio, queridos hermanos, que esta página de las bienaventuranzas no la podemos comprender plenamente. Y así se explica que haya sobre todo jóvenes que crean que no es con el amor de las bienaventuranzas que se va a hacer un mundo mejor, sino que optan por la violencia, por la guerrilla, por la revolución.

La Iglesia jamás hará suyo ese camino. Que quede bien claro una vez más. Que la Iglesia no opta por esos caminos de violencia. Que todo lo que se diga en este sentido es calumnia. Que la opción de la Iglesia es esta página de Cristo: las bienaventuranzas. No me extraña, digo, que no se comprenda porque sobre todo el joven es impaciente y quiere ya un mundo mejor; pero Cristo, que hace veinte siglos predicó esta página, sabía que sembraba una revolución moral de largo alcance, de largo plazo, en la medida en que los hombres nos vayamos convirtiendo de los pensamientos mundanos.

Revolución quiere decir eso: subvertir un orden, subvertir el orden moral que domina generalmente en el mundo. El mundo no dice: dichosos los pobres. El mundo dice: dichosos los ricos, porque tanto vales cuanto tienes. Y Cristo dice: ¡mentira!, dichosos los pobres porque de ellos es el reino de los cielos, porque no ponen su confianza en eso tan transitorio. Mt 5, 3

Y así, todas las bienaventuranzas son una subversión de lo que el mundo cree; pero está puesta, pues, la semilla de una transformación que no la contemplaremos terminada hasta que sea ya realidad esa meta que Cristo señala abriéndonos a horizontes infinitos: el reino de los cielos. Bienaventurados los que caminan, aunque les parezca que caminan a oscuras y que este camino no lleva a ninguna parte; sigamos por allí, es el de Cristo, y llegaremos a esa meta que nos señala como esperanza y perspectiva la lectura de hoy. Vamos a proclamar, pues, nuestro credo en estas verdades de Cristo.

La Iglesia cuya debilidad se apoya en Cristo

Quinto domingo del Tiempo Ordinario
5 de febrero de 1978

Isaías 58, 7-10
1 Corintios 2, 1-5
Mateo 5, 13-16

[...] radioyentes[1]:

El año litúrgico interrumpe ya con este domingo lo que llama el Tiempo Ordinario. Si se han fijado, hemos celebrado cinco domingos del Tiempo Ordinario —así se llama el de hoy: quinto domingo del Tiempo Ordinario— y se va a interrumpir esta serie de treinta y cuatro domingos para continuarla después de Pentecostés, cuando continuaremos con el sexto domingo del Tiempo Ordinario.

¿Por qué se hace esta interrupción? Porque vamos a entrar ya en el tiempo fuerte de la Cuaresma. El miércoles de esta semana es el miércoles de ceniza, día en que se inaugura ese gran retiro espiritual de la Iglesia que se llama la Cuaresma. Cuarenta días que quieren imitar los cuarenta días en que Jesús estuvo ayunando en el desierto, preparándose para su vida pública. La Iglesia nos invita a vivir esa temporada, sintiéndonos parte viva de ese Cristo, llamándonos a una penitencia, a una renovación interior del alma, del corazón, de la vida. Ya desde ahora les invito a que el próximo miércoles, como es día de trabajo, cada uno vea a qué templo puede asistir, pero no falte a esa hermosa ceremonia de la ceniza.

1 El saludo no está registrado íntegramente en la reproducción magnetofónica de la homilía.

Aquí en catedral, voy a tener la oportunidad de celebrar a las 7:00 de la mañana, para que la ceniza bendita en las primeras misas sirva para toda la gente que vendrá a lo largo del día, como se hace en todos los templos para que, en las diversas misas de todos los templos, los católicos asistan a doblar su frente humilde ante Dios y recordar el gran principio de la vida: acuérdate que eres polvo, ceniza —de allí que el nombre del miércoles de ceniza— y que en ceniza, en polvo, has de acabar. Pero mientras el cuerpo tiende a la sepultura, una vida interior del hombre tiene que robustecerse; y la Cuaresma no solo es invitación al recuerdo de la muerte, sino sobre todo al recuerdo del deber de renovarnos para ser luz, sal, brillo en el mundo.

El miércoles de ceniza es, pues, de mucha importancia para el año litúrgico. Tratemos de asistir a nuestra misa con el sentido de una inauguración solemne de la Cuaresma y nos prepara así para la celebración de Pascua, muerte y resurrección de Cristo, en Semana Santa. Pascua de alegrías que se prolongan cincuenta días, hasta que celebremos la venida del Espíritu Santo como conquistado por la muerte dolorosa y la resurrección del Señor. Y cuando celebremos, cincuenta días después de la Pascua, la venida del Espíritu Santo, volvemos a tomar el año en su Tiempo Ordinario para completar las treinta y cuatro semanas que nos van a unir ya con el principio del otro año: Adviento, preparación de Navidad.

Vean, pues, qué pintoresco y al mismo tiempo qué eficaz: la Iglesia, maestra de la vida espiritual. De allí que el año litúrgico viene siendo como un curso, una gran universidad montada en lo ancho del mundo para que todos los hombres —dice el Vati-
SC 102 cano II—, al celebrar los misterios de la salvación, se inunden en su gracia redentora. No es recuerdo de un pasado, es el presente de un misterio que salvó al mundo hasta la consumación de los siglos. Cada año litúrgico nos hace presente ese misterio de Cristo que se despliega en nuestra misa dominical sobre todo.

Este domingo, hermanos, cae también después de la fiesta de Candelaria, el 2 de febrero, en que celebramos esa presen-
Lc 2, 22-24 tación del Niño Jesús en el templo, cuarenta días después de haber nacido, para cumplir aquellas leyes de Moisés: la circuncisión del varoncito primogénito y la purificación de la madre que, aunque era inmaculada, pero nos quiso dar ese gesto de obediencia a la ley de Dios y de humildad, de acatamiento a lo

que Dios dispone. Aquí en catedral, veneramos esta preciosa imagen de la Virgen de la Presentación. Yo quisiera que todos los de la capital y todos los de la diócesis tuviéramos presente que fue la primera imagen de la Virgen que veneramos en nuestro pueblo. Fue traída por los españoles bajo ese título de la Presentación y se veneró y se le tuvo mucha confianza a la Virgen bajo ese título. Ahora en que nuestra patria necesita, pues, las grandes protecciones del cielo, no olvidemos esta Virgen que va con nuestra historia, la Virgen de la Candelaria, bajo ese título de la Presentación, que es lo mismo.

Y en este domingo, en que Cristo nos habla de la luz que debe ser todo cristiano, es bueno que recojamos en esta homilía de hoy ese símbolo de la luz y esa fiesta de la Candelaria que es tan popular entre nosotros, pero que muchos que van a los santuarios de la Virgen de Candelaria no saben todo el grandioso significado de esa candela encendida en la mano de un cristiano. Y es la plastificación de la frase de Cristo: el cristiano es luz, brille ante los ojos del mundo para que tus ejemplos, tu luz, hagan manifiesta la gloria de Dios en el mundo. Mt 5, 16

También, hermanos, junto al año litúrgico, hay una serie de festividades, más bien populares o tradicionales, que las debemos de celebrar, según el espíritu del Concilio, incorporándolas al año litúrgico. Por ejemplo, el sábado próximo entrante, 11 de febrero, se celebra una fiesta de la Virgen muy simpática: la Virgen de Lourdes, que aquí entre nosotros tiene sitios de culto muy bonitos: la parroquia de Lourdes, Lourdes de Colón y, sobre todo, quiero invitarles a la celebración del Colegio de Lourdes, de la gruta de Lourdes, donde la superiora, las madres carmelitas van a celebrar, con este acto, la participación de sus comunidades salvadoreñas en el setenta y cinco aniversario de su fundación. SC 103

El acto principal, allá en el colegio de la gruta, carretera a San Marcos, será a las 4:00 de la tarde, con una concentración de enfermos. Se hace un llamamiento, pues, de parte de las organizadoras de esta fiesta, a los hospitales y a las familias que tengan enfermos para los cuales no haya inconveniente en transportarlos, para que asistan a una misa, como un Lourdes de Francia, bendiciendo así a los enfermos y a los que deseen; les vamos a dar también la unción de enfermos, que no es un sacramento como para desahuciar a un enfermo. Unción de enfermos que ya

no se le llama extrema unción, como antes; unción de enfermos que significa consagración de esos miembros dolientes para que, unidos a Cristo crucificado, sean más eficazmente lo que Cristo quiere de cada enfermo, de cada hombre que sufre: un miembro doliente de su pasión para salvar al mundo. Es una invitación, pues, para que los enfermos consagren su dolor, su enfermedad, por medio de la Virgen Purísima de Lourdes, a la redención del mundo. Y sepan, queridos enfermos, tal vez muchos me están escuchando en sus radios, que ustedes no son seres inútiles, que ustedes son la parte más valiosa de la humanidad, los que saben que con su dolor, con su lecho de enfermos, con su incapacidad física, están dándole los miembros al Cristo crucificado que salvó al mundo precisamente cuando moría doliente en una cruz.

Vida de la Iglesia y hechos de la semana

Esta semana, hermanos, el 2 de febrero no pude estar con ustedes. Invitado por las hermanas guadalupanas, estuve en México a celebrar el centenario de su fundación. Pero el obispo nunca va solo, siempre lleva a toda su diócesis. Y junto con ustedes, al mismo tiempo que expresaba la gratitud de la diócesis a esta congregación que desde los tiempos de monseñor Belloso y Sánchez viene trabajando aquí y que últimamente se sitúa también en la línea moderna de la Iglesia con sus obras de promoción allá en la escuela parroquial de San Luis, Cuscatancingo, su academia para campesinos, y el día de Lourdes, el sábado próximo, irá también una comunidad guadalupana a una labor pastoral en el pueblo de Arcatao. Agradecer, pues, a esta congregación, era un deber de esta diócesis. Y así celebramos, presididos por el cardenal de México, catorce obispos, que también agradecen la labor de esta congregación en sus diversas diócesis, y cerca de un centenar de sacerdotes, este centenario.

Al mismo tiempo que daba esta acción de gracias a la Virgen de Guadalupe, he pedido mucho por toda la diócesis, por sus sacerdotes, sus religiosas, sus laicos; y he traído hermanos, para ustedes muchas manifestaciones de adhesión y simpatía de sacerdotes, de teólogos, de gente muy reflexiva que está mirando en nuestra arquidiócesis una manifestación espléndida del Espíritu de Dios. Cuando uno sale de los límites de su diócesis, comprende perspectivas que no se imagina; y vengo más agrade-

cido con el Señor y a invitarles a ustedes a intensificar más nuestro compromiso cristiano; porque sin darnos cuenta, hermanos de la Arquidiócesis de San Salvador, estamos siendo espectáculo, nos están observando, o como me dijo un teólogo: "Ustedes en San Salvador son inspiración de cristianismo para muchas diócesis de Latinoamérica y aun de Europa, que van siguiendo con interés lo que allí va pasando".

Me llevé la grata sorpresa de que estas modestas homilías también son escuchadas, enviadas por grabaciones, allá en México y en otros lugares de nuestro continente. Bendito sea Dios, pues, no para vanidad se los digo, sino para que seamos fieles a esta voz del Espíritu que va inspirando la vida de nuestra Iglesia. Y la verdad del Evangelio: nadie es profeta en su tierra, se cumple también aquí, donde en vez de esta admiración, encontramos la calumnia, la incomprensión, la crítica. Admitiendo, sin duda, lo imperfecto, lo humano que lleva toda obra humana, creo, hermanos, que valen más los valores positivos de esta Iglesia que se afianza en su fe, en su Evangelio, en su seguimiento sincero a nuestro Señor Jesucristo. Lc 4, 24

No quisiera decirlo, lo van a leer en el periódico, pero un deber de solidaridad con ustedes me obliga también a agradecer al Señor el homenaje de la Universidad de Georgetown. Para el 14 de febrero a las 7:00 de la noche, aquí en catedral, se me va a conferir el título de doctor en Letras Humanas *honoris causa*. Como les explico en *Orientación*[2], si fuera un homenaje a mi persona, no tuviera el valor de aceptarlo, pero por su procedencia tan noble y, sobre todo, por la solidaridad que siento con todos mis queridos sacerdotes y con todo el pueblo de Dios, creo que es un honor para toda la arquidiócesis. Y así, les suplico que me ayuden a que le demos gracias al Señor.

También, hermanos, no podemos quitar del marco de reflexiones de esta mañana, nuestro cariño fraternal, nuestra preocupación por la hermana república de Nicaragua. Yo no quiero decirlo con palabras mías, sino que enfoquemos esta situación, y una plegaria muy especial por Nicaragua, con el documento de los obispos de Nicaragua[3] que sale allí en *Orientación*, en que

2 *Cfr.* "Carta de Mons. Oscar A. Romero", *Orientación*, 5 de febrero de 1978.

3 Conferencia Episcopal de Nicaragua, *Mensaje al pueblo de Dios al iniciarse el año 1978* (6 de enero de 1978).

con un mensaje de año nuevo denuncian las muchas formas de injusticias y de atropellos de que es objeto el pueblo de Nicaragua. Y más que todo, quiero iluminar con estas palabras del papa Pablo VI en la encíclica *Populorum progressio* para que saquemos la lección. Los acontecimientos de la historia tienen que ser lección para todos los hombres. Y desde hace mucho tiempo está escrita esta página que, si se hubiera tenido en cuenta, no estuviera bañándose en sangre la hermana república. Tampoco habrá baño de sangre para El Salvador; no lo queremos. No queremos la violencia. No queremos, sobre todo, la guerra civil. Por eso clamamos, y el Papa lo decía hace muchos años y ojalá a tiempo escuchemos también nosotros esta página; dice en la *Populorum progressio*, en los números 30 en adelante:

PP 30 "Hay situaciones cuya injusticia clama al cielo. Cuando poblaciones enteras, faltas de lo necesario, viven en una dependencia que les impide toda iniciativa y responsabilidad, lo mismo que toda posibilidad de promoción cultural y de participación en la vida social y política, es grande la tentación de rechazar con la violencia tan graves injurias contra la dignidad humana". Siempre lo hemos dicho. La causa del malestar, los orígenes del terrorismo, las fuentes de la sangre están allí, en la injusticia social. El Papa lo está diciendo en esta encíclica.

Y es más grave todavía esto, que en el número 31, yo les invito a que los reflexionen. Estos documentos de la Iglesia debían de ser bien conocidos por el católico de hoy. Y no vayan a decir después que yo estoy llamando a terrorismo y otras locuras de calumnia que se dicen. Es el Papa que ha escrito esta pá-

PP 31 gina: "Sin embargo, como es sabido, la insurrección revolucionaria —viene un paréntesis muy importante—, salvo en el caso de tiranía evidente y prolongada, que atentase gravemente a los derechos fundamentales de la persona y dañase peligrosamente el bien común del país, —es la salvedad, salvo ese caso extremo en que una tiranía está atropellando los bienes del país, el bien común, la violencia— engendra nuevas injusticias, introduce nuevos desequilibrios y provoca nuevas ruinas. No se puede combatir un mal real al precio de un mal mayor".

Creo que es claro el pensamiento pontificio. La doctrina de la Iglesia admite una rebelión en el extremo último. Como la guerra es el último recurso en la defensa de un bien; como matar a otra persona en defensa propia es el último recurso, también

en el bien común, pero teniendo en cuenta no vaya a ser más grave el mal de esa rebelión que el bien que se pretende. Es un equilibrio muy difícil pero pertenece a la doctrina de la Iglesia, la cual, en cambio, en el número siguiente más bien enseña: "En- PP 32
tiéndasenos bien —dice el Papa—, entiéndasenos bien: la situación presente tiene que afrontarse valerosamente, y combatirse y vencerse las injusticias que trae consigo. El desarrollo exige transformaciones audaces, profundamente innovadoras. Hay que emprender, sin esperar más, reformas urgentes. Cada uno debe aceptar generosamente su papel, sobre todo, los que por su educación, su situación y su poder, tienen grandes posibilidades de acción", etcétera.

Aquí, pues, antes de llegar a una rebelión sangrienta, a una lucha fratricida, a un baño de sangre, mejor, hermanos, poner los medios pacíficos. Es tiempo todavía en que cada uno, sobre todo aquellos que, por educación y por situación, están con más influencia en las leyes, en la civilización nuestra, en el cambio necesario. Es urgente el cambio audaz y profundo, para no llegar después a lamentar tarde lo que no se pudo hacer a tiempo, tal vez por egoísmos.

Esta mañana vamos a dar posesión al nuevo párroco de San José de la Montaña, el padre Víctor Guevara. Y en la colonia Dolores a su nuevo párroco también, el padre Juan Antonio Gutiérrez. Encomiendo a ustedes en sus oraciones estas comunidades que son de la familia de la arquidiócesis y que hemos de amarnos fraternalmente.

Lo mismo envío un saludo de agradecimiento a la comunidad tan simpática del cantón Jardín, allá en Tejutla, donde viví el domingo pasado una escena digna del Evangelio que se anunciaba: el sermón de la montaña. ¡Qué preciosas montañas de aquellas colinas del norte y qué preciosa la acogida, de aquella gente con corazón tan noble, a la palabra de Dios! Quiero felicitar a los seglares, algunos profesionales, que fueron a colaborar en este momento de evangelización de Jardín.

Finalmente, hermanos, quiero encomendar a sus oraciones en esta misa dos promesas que he hecho: la primera por la señora de Chiurato, cuyo paradero no se ha sabido nada después de tanto misterio; encomendémosla a Dios. Y también por el eterno descanso de José Luis Martínez, que falleció precisamente el 5 de febrero en 1975.

Y en este marco, hermanos, en que toca de lleno nuestro corazón, nuestra historia, nuestros peligros, nuestras esperanzas y tantas otras cosas que ustedes tienen en su familia, en sus problemas personales, es donde hemos de enfocar la palabra de Dios que ilumina realidades. La palabra de Dios si solamente es una reflexión teórica, que no toca las realidades aun cuando duelan, no es palabra iluminadora. Y precisamente yo quiero presentar en esta homilía a la Iglesia cuya debilidad se apoya en Cristo. Este podía ser el título de esta reflexión de hoy: la Iglesia cuya debilidad se apoya en Cristo.

La Iglesia, sal de la tierra y luz del mundo

Yo quisiera que de esta reflexión de hoy, hermanos, —cuando vamos a interrumpir el año litúrgico en su Tiempo Ordinario, rutinario, monótono, y vamos a introducirnos con un sincero deseo de renovación cristiana, individual, familiar y colectiva— tuviéramos muy en cuenta este fragmento del sermón de la montaña. Seguirá siendo el tema de los domingos del Tiempo Ordinario. El sermón de la montaña, donde Cristo inmediatamente después de decirnos la bienaventuranzas, como el domingo pasado, nos apostrofa directamente y nos dice a nosotros
Mt 5, 14-15 cristianos: ustedes tienen que ser luz del mundo. Una luz no se enciende y se pone debajo de la mesa, sino en alto para que ilumine a toda la casa. Ustedes son como una ciudad iluminada,
Mt 5, 13 y una ciudad en la montaña no se oculta. “Ustedes son sal de la tierra”. La sal sirve para dar sabor, pero cuando la sal se hace insípida para qué sirve.

¿Para qué sirve una Iglesia, un cristiano, cuando su predicación, su ejemplo se ha trastornado en un servilismo, en adulación, en quedar bien con el mundo? Sal insípida, luz apagada. Qué fácil es estar bien con todo el mundo, pero qué ineficaz ser lámpara apagada. ¿Para qué sirve? La Iglesia necesita de cada uno de nosotros y de todos en conjunto. Cada cristiano tiene que ser como una antorcha y el conjunto de cristianos tiene que ser como una ciudad en la montaña.

Por eso me llena de emoción haber oído, allá en México, que nuestra Iglesia es como esa ciudad, inspiración para muchas Iglesias del continente y aun de Europa. No nos pongamos vanidosos; simplemente sintamos la responsabilidad de hacer ho-

nor a esa expectativa del mundo hacia nuestra Iglesia. Y cada cristiano, por favor, tomemos en serio este testimonio personal. Yo le doy gracias al Señor porque, en estas horas difíciles de nuestra arquidiócesis, han surgido muchos testimonios personales. Allá me decían en México, en un noviciado de sacerdotes: "Nunca habíamos tenido tantas vocaciones como este año pasado en El Salvador". Y lo mismo he oído de congregaciones femeninas. Y en el seminario, donde están ahora en ejercicios espirituales los jóvenes que van a iniciar el año, ¡cuántas bellas vocaciones! Un estudiante de medicina, allá en Aguilares, me decía: "Siento que no me llena esta carrera que había abrazado con tanta ambición; ya he pedido entrar a un noviciado, voy a ser sacerdote mejor".

Hermanos, no es que otras profesiones sean inferiores al sacerdocio, cada vocación vale allí donde Dios la quiere. Y esto es lo que yo quisiera dejar ahora, hermanos, como llamamiento en nombre de Cristo: que cada uno sea luz en su propia profesión. Mi cargo de obispo es mi vocación; la de mis hermanos sacerdotes en los pueblos y parroquias es su vocación, es su puesto; la de las comunidades religiosas en sus colegios, en sus hospitales, en sus misiones, allí está su vocación; y vocación también la de ustedes, queridos laicos: el médico, el abogado, el ingeniero, el empleado, la vendedora de mercado, el que se gana la vida cargando maletas en el mercado, el jornalero, el carpintero, cada uno vive su propia vocación.

¡Qué hermosa sería la vida en que cada uno, sintiéndose orgulloso de su profesión, no ambicionando profesarla para tener más —eso es egoísmo—, sino para ser más luz en el mundo! Qué hermosa sería la sociedad cuando los hombres pusieran el ideal no en los bienes de la tierra, enriquecerse más, tener más. Eso, lo hemos dicho ya aquí, es la expresión más elocuente del subdesarrollo moral: la codicia, el afán de tener, el frenesí de poder, idolatría. El hombre brilla cuando es más luz del Señor; cuando hace de su profesión un servicio a la humanidad; cuando como lámpara se va consumiendo mientras ilumina.

Y como comunidad, como Iglesia, hermanos, apretemos cada día más nuestra unidad de la arquidiócesis. A los queridos sacerdotes, cómo les agradezco ese testimonio de unidad con su obispo. ¡Lástima que no todos la quieran vivir! A las religiosas, cómo les agradezco esas manifestaciones de solidaridad con el

signo de la unidad que es el obispo. A las comunidades, parroquias, comunidades de base y todo lo que es vida católica auténtica, se está comprobando en esta unidad de ciudad iluminada en la montaña. Seamos cada día más dignos de estos dones preciosísimos con que el Señor nos ha regalado y que se cumple al pie
LG 8 de la letra lo que dice el Concilio de la Iglesia: "Va peregrinando, entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios". Y esos consuelos los dan ustedes a la medida en que se hacen y nos hacemos todos más cristianos. Yo no pretendo otra cosa, hermanos, sino ser cristiano, obispo, el cristiano que está desempeñando su papel de ser signo de unidad. No soy más que nadie, simplemente soy el signo de esa unidad. El que me acepta como signo, se construye en esta unidad de la Iglesia. El que me rechaza como signo, rechaza la unidad de la Iglesia y se destruye, se apaga, sal que se vuelve insípida.

Las buenas obras son el esplendor de la Iglesia

Por eso, hermanos, mi segundo pensamiento es este: que las buenas obras son el esplendor de la Iglesia. Pero fíjense qué insistencia en las lecturas de hoy: las buenas obras a partir de los
Is 58, 7 pobres. ¡Qué hermosa y elocuente la palabra de Isaías!: "Parte tu pan con el hambriento, hospeda a los pobres sin techo, viste al que va desnudo, no te cierres a tu propia carne". Como que el mendigo soy yo, es mi carne que tiene hambre, dale de comer. Como el que te viene a pedir posada, es tu carne que tiene frío, dale abrigo. Siente esta fraternidad, siente la identidad. No digo contigo solamente, sino, sobre todo, siéntela con Cristo. Todo
Mt 25, 40 lo que le hagas a él, a mí me lo haces.

¡Cómo no le va a doler a la Iglesia una civilización de egoísmos, una civilización de desigualdades tan crueles, en que el pobre, el desamparado, el hambriento, el desnudo, el sin techo, como si no fuera hombre, como si no fuera hermano! Ya hemos dicho, hermanos, que esto no es una defensa de la pereza, de la
2 Te 3, 10 holgazanería. El que no trabaja —dice la Biblia— que no coma. Pero se trata de estas situaciones que ya hicieron como una costumbre entre nosotros, como si fueran diversas clases de hombres: los ricos y los pobres. ¡Si somos la misma carne, si somos del mismo origen y tenemos el mismo destino! ¡Si a todos nos ha amado Cristo y con todos se ha identificado!

Vivir, entonces, haciendo buenas obras. ¿Qué dice el profeta?: "Entonces —cuando hagas todo esto— romperá tu luz como una aurora, enseguida te brotará la carne sana; te abrirá camino la justicia, detrás irá la gloria del Señor". Esta es la gloria que sigue a la Iglesia, al hombre que vive la justicia y vive la caridad. Por eso hermanos, en nuestra arquidiócesis, y cada uno de nosotros, tiene que ser un devoto enardecido de la justicia, de los derechos humanos, de la igualdad, de la libertad, pero mirándolos a la luz de la fe. No lo olvidemos, que es precisamente buscando que rompa en nuestro ser la luz del Señor. Es decir, no hacer el bien por filantropía. Hay muchas agrupaciones que hacen el bien, pero para salir en el periódico, para que se ponga una placa de un gran bienhechor. Hay muchos que hacen el bien buscando aplausos en la tierra. Lo que busca la Iglesia, al llamar a todos a la justicia y al amor fraterno, es el bien de la persona que hace el bien, porque se hace más bien el benefactor que el beneficiado. Is 58, 8

"Entonces clamarás al Señor y te responderá; gritarás y te dirá: aquí estoy". ¡Qué más queremos hermanos! Gozar de la presencia de Dios. Hay un criterio para saber si Dios está cerca de nosotros o está lejos, el que nos está dando la palabra de Dios hoy: todo aquel que se preocupa del hambriento, del desnudo, del pobre, del desaparecido, del torturado, del prisionero, de toda esa carne que sufre, tiene cerca a Dios. "Clamarás al Señor y te escuchará". La religión no consiste en mucho rezar. La religión consiste en esa garantía de tener a mi Dios cerca de mí porque le hago el bien a mis hermanos. La garantía de mi oración no es el mucho decir palabras. La garantía de mi plegaria está muy fácil de conocer: cómo me porto con el pobre, porque allí está Dios; y en la medida en que te acerques a él y con el amor con que te acerques o el desprecio con que te acerques, así te acercas a tu Dios. Lo que a él haces, a Dios se lo haces; y la manera como mires a él, así estás mirando a Dios. Dios ha querido identificarse de tal manera que los méritos de cada uno y de una civilización se medirán por el trato que tengamos para el necesitado y para el pobre. Is 58, 9

Queridos pobres, queridos marginados, querida gente sin casa y sin comer: la misma dignidad de ustedes les está reclamando también una promoción. Es lástima que ustedes, pobres, no se estimen como se debían estimar y que traten de ahogar en

aguardiente, en vicios, en desórdenes, una dignidad que podría ser luz, presencia del Señor en la tierra. No elogiamos la pobreza solo por ser pobreza; la elogiamos por ser signo, sacramento de Dios en el mundo. Y porque un sacramento tiene que respetarse por ser señal de Dios, los pobres tienen que respetarse, tienen que promoverse, tienen que trabajar en la medida que les dé el alcance de sus esfuerzos económicos y sociales.

No se duerman; la Iglesia, la religión, no quiere ser opio del pueblo. La Iglesia por eso sufre los conflictos, porque trata de promover al hombre y decirle: tú eres igual que todos, tú tienes los mismos derechos que tienen todos tus hermanos, y porque va promoviendo para que dejen de ser masa adormecida y se conviertan en artífices del destino de la patria. Por eso, la promoción de la Iglesia maliciosamente se la quiere confundir con ideas subversivas u otra clase de calumnias; pero lo que la Iglesia busca es esto del profeta: anunciar la promoción de los hombres sabiendo que en cada hombre está escondido Dios y que el respeto a cada hombre, así sea el más pobre e indigente, es respeto, devoción, actitud casi de adoración a nuestro Dios.

La debilidad de la Iglesia tiene su apoyo sublime en Cristo

Y finalmente, hermanos, un tercer pensamiento es este: la debilidad de la Iglesia, la pobreza de la Iglesia, las limitaciones humanas de la Iglesia tienen su apoyo sublime en Cristo, nuestro Señor. Y aquí me fijo en la lectura de San Pablo. Ya les dije en qué contexto están estas líneas: Pablo está en Éfeso de Corinto, donde ha trabajado más de un año. Le llegan noticias de que la comunidad está olvidando su trascendencia y está poniendo sus ojos en la sabiduría de la tierra; que hay muchos cristianos que se glorían de seguir a Apolo, el gran retórico de Alejandría; griegos que se escandalizan de la cruz de Cristo; judíos convertidos que también tienen la cruz como una locura y se van apartando del crucificado y van buscando apoyo en las cosas de la tierra, en el dinero, en la política, en ser tenida con ciertos privilegios en lo humano. ¡Qué fácil tentación es esta, hermanos!

Cuando la Iglesia salía de sus persecuciones y un clima de bonanza iba cundiendo su ambiente, tenemos páginas bellísimas de los historiadores. Yo leía el día de San Sebastián, preparando

una homilía, cómo el historiador —creo que Eusebio[4]— dice que, después de la persecución, el emperador nos dio cierto bienestar y no lo supimos aprovechar, y lo ocupamos para pelearnos unos con otros y buscar nuestro bienestar. Yo pienso si no serán esas las consecuencias del bienestar. Un sacerdote de mucha reflexión me decía en México: "Yo tengo miedo por México porque la Iglesia hoy está demasiado bien. Hoy tenemos más que lo que nos quitaron cuando empezó la revolución. Y me da miedo porque la Iglesia, demasiado en bienestar, ya se olvida de su trascendencia".

Por eso Pablo vuelve en la epístola a los corintios. ¡Qué hermosa carta magna para un predicador! Cómo quisiera yo decirles a ustedes, queridos católicos de la Arquidiócesis de San Salvador: "Cuando vine a ustedes a anunciarles el testimonio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre ustedes me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo y este crucificado". Yo no quisiera, hermanos, que se interfiriera en mi pobre palabra la sabiduría y la elocuencia humana porque entonces les estaría dando yo vanidad del mundo y no sabiduría de crucificado. "Me presenté a vosotros débil y temeroso". ¡Sabe Dios cuánto me costó venir a la capital a mí también! ¡Qué tímido me he sentido ante ustedes! ¡Si no hubiera sido por el apoyo que como Iglesia me han dado y han hecho de su obispo ustedes este signo del cristianismo! Hermanos, son ustedes los artífices de esta Iglesia.

1 Cor 2, 1-2

1 Cor 2, 3

"Mi palabra —dice San Pablo— y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, para que vuestra fe —fíjense la razón—, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios". Esta será mi mayor gloria. Y cuando oigo a gente que me dice: "Me he vuelto a la Iglesia, porque ya había perdido la fe, pero ahora siento que la fe renace en mi corazón", siento que no es mi palabra, ni mi actitud, ni nada mío, sino que es la fuerza del Espíritu, el poder de Dios, el único que puede llegar hasta el corazón de cada uno de ustedes.

1 Cor 2, 4

¿Qué es mi palabra? ¿Qué es la sabiduría humana, sino un ruido que llega hasta el oído externo? Pero de ese oído hasta el

[4] Eusebio de Cesarea, en su *Historia eclesiástica*, pondera la paz que el emperador romano, Constantino, dio a los cristianos. Posiblemente monseñor Romero hace alusión a una carta imperial para eliminar la división entre los obispos. *Cfr*. *Historia eclesiástica* X 5, 21.

corazón hay un camino que solo Dios puede recorrer, y dichoso el predicador que no pone su confianza en el ruido de sus palabras, aunque vayan envueltas de gran sabiduría humana. Queridos compañeros y hermanos sacerdotes, hagamos nuestra esta página de la lectura de hoy. No pongamos nuestra confianza en el poder de la tierra. Jamás he tolerado ni he consentido que la predicación del Evangelio se revuelva con el lenguaje de una revolución. Y cuando me han acusado a algún sacerdote que predica la revolución, he pedido pruebas, casos concretos. Solo así podemos proceder. Pero muchas veces es la calumnia o una información de terceros, informaciones a veces interesadas. Pero cuando he platicado con el sacerdote buscando su pensamiento, encuentro que su lenguaje no es otro que la sabiduría de Cristo, que supo reclamar también contra las injusticias y no sabía tolerar los atropellos de los pobres y necesitados.

Por eso, hermanos, nuestra Iglesia tiene que tener mucho cuidado, las queridas comunidades de base, los grupos de reflexión, para que al reflexionar en la Biblia, en la palabra del Señor, no busquen otra cosa más que la sabiduría de Cristo crucificado, no el poder de la política o del dinero. ¡A cuántos ha seducido y los ha hecho sal insípida ese apoyo frágil de las fuerzas de la tierra! Ni tampoco en el otro extremo: la respuesta de las armas y de la violencia no es el lenguaje cristiano.

Por eso hemos leído hoy, en la *Populorum progressio*, que a tiempo hay que evitar los baños de sangre; que hay que hacer transformaciones audaces que suponen la conversión del corazón, conversión de los ídolos de la tierra al único Dios a quien todos tenemos que servir y amar, y viendo desde Dios los bienes de la tierra, los organicemos para hacer una civilización de amor, la civilización de los hijos de Dios.

Hermanos, la Iglesia, pobreza que se apoya en Cristo, vivámosla intensamente. Y para que no solo sean palabras, la eucaristía está ya preparada en el altar. Celebremos esta misa en unión íntima con nuestro Señor Jesucristo y ojalá cada uno de los que estamos en esta reflexión sintieran despertar la profundidad de su cristianismo donde oye que Cristo le dice: sé luz del mundo, sal de la tierra; y, como Pablo, sepa responderle: Señor, que no me gloríe en otra cosa más que en tu cruz, y que la sabiduría que yo lleve a mis hermanos no sea más que a Jesucristo y este crucificado. Así sea.

La historia de la salvación

Primer domingo de Cuaresma
12 de febrero de 1978

Génesis 2, 7-9; 3, 1-7
Romanos 5, 12-19
Mateo 4, 1-11

[...] de esta semana[1] nos encontramos, en el año litúrgico, con una temporada densa que se llama la Cuaresma. Para comprenderla, remontémonos un poco a aquellas celebraciones cuaresmales de la era de oro de la liturgia. Allá en Roma se organizaba la gran procesión cuaresmal compuesta por tres grandes grupos de cristianos. El principal era el de los catecúmenos, o sea, de los que se estaban preparando para recibir el bautismo en la solemne noche del Sábado Santo, para resucitar con Cristo a la vida cristiana, y la Cuaresma se aprovechaba para intensificar esa preparación. El segundo grupo lo formaban los penitentes, gente que tomaba conciencia de su pecado público grave y buscaba el perdón de Dios y la reconciliación con la Iglesia, y durante la Cuaresma estaba cumpliendo la penitencia para recibir en Semana Santa la absolución e incorporarse otra vez al pueblo santo de Dios. Y el tercer grupo, los fieles, los que, gracias a Dios, a pesar de las deficiencias ordinarias humanas, no lamentaban ninguna traición a la ley de Dios en sentido grave y le pedían al Señor la gracia de la perseverancia.

[1] La *Voz Panamericana*, emisora del arzobispado, fue interferida durante la retransmisión de esta homilía, lo que dificulta la audición en algunos tramos de la misma. Además, se escuchan algunas interrupciones abruptas en la grabación magnetofónica, las que indicamos con corchetes.

Y encabezando esta procesión de catecúmenos, de penitentes y de fieles, el Papa y el clero, que también forman parte de esa humanidad pecadora. Vestidos de ceniza y de penitencia todos recorrían los diversos lugares donde se inspiraba más esta
SC 109 renovación cristiana del pueblo de Dios. Por eso, el Concilio Vaticano II nos dice que aprovechemos este tiempo cuaresmal y explotemos esos ricos elementos de la liturgia de estos cuarenta días, sobre todo esos elementos bautismales y penitenciales. Sintámonos, pues, en esa procesión de quienes se preparan para el bautismo, aunque, gracias a Dios, ya somos bautizados; pero el Sábado Santo vamos a renovar en una nueva liturgia nuestros compromisos bautismales. En la Cuaresma debemos aprovechar para estudiar e incorporamos más en este cristianismo, al cual entramos por nuestro bautismo. Y si tenemos algo que lamentar de pecados, de desobediencias a la ley de Dios, de traiciones a nuestra moral cristiana, aprovechemos la Cuaresma para purificarnos y para ser miembros vivos de este pueblo de Dios que quiere ser un reflejo de la santidad infinita de Dios. De esto vamos a profundizar un poco más a través de las lecturas que nos ofrece hoy la palabra de Dios.

Hechos de la semana

Pero antes, como de costumbre, quiero enmarcar en hechos concretos de la semana este momento precioso de la Cuaresma, del año litúrgico. En este sentido, hermanos, tengo que referirme a dos actos que sucedieron aquí en nuestra capital.

El martes, al mediodía, un grupo de obreros y campesinos, familiares la mayor parte de huelguistas del ingenio Izalco, entraron a la catedral y la cerraron y la ocuparon. Al día siguiente, miércoles por la tarde, otro grupo con la misma motivación entró a la iglesia de El Calvario y también la cerró para estar allí. Querían los dos grupos un diálogo también con el arzobispo, a lo cual les di oportunidad y conocí que los objetivos de esa acción era el apoyo a esa huelga y pedir libertad para sus parientes presos que, según ellos, también habían sido ultrajados por las autoridades.

En el diálogo expresé lo que ahora quiero expresarles a ustedes en público. Por una parte, critiqué la improvisación de estos actos y que no se jugara con acciones tan graves como es ir a

ocupar una iglesia, que es un signo que en esta forma pierde mucha eficacia y que ellos se exponían a una frustración. De hecho, les insinué que más oportuno era dejar los templos ocupados y por mi parte me comprometía, como ya lo estoy haciendo, a ser solidario con los reclamos justos que nuestro pueblo hace a veces, en voces y en formas, en signos desproporcionados. Y así fue como los dos grupos salieron pacíficamente. Soy testigo de la desocupación de los dos templos y también del respeto que manifestaron a esos lugares.

Pero yo hago también esta otra reflexión, y es también a propósito de otro acontecimiento que les quiero anunciar. Ayer, cuando fui a Arcatao a dejar a las religiosas guadalupanas que van a tener esta pastoral de aquella población sin sacerdote, hubo al final, mejor dicho, después de nuestra ceremonia religiosa, una manifestación de parte del Bloque Popular Revolucionario[2]. A propósito de estos acontecimientos, yo quiero simplemente repetir lo que ya he dicho muchas veces: que la Iglesia es independiente de cualquier grupo humano, político, que se asocia para fines a veces muy lícitos, y que la Iglesia puede apoyar no haciéndose solidaria con los objetivos e ideales de esas agrupaciones, sino porque es justo lo que allí a veces se reclama. Creo que están...

Quiero decirles que esas agrupaciones que toman iniciativas no son propiamente la Iglesia y que la Iglesia exhorta, a los cristianos que se incorporan a esos grupos, a ser fieles a lo que la Iglesia enseña. La Iglesia enseña que el legítimo deseo de liberación de los pueblos trae muchas veces consigo la tentación de la violencia, la desesperación; pero que la Iglesia no puede aprobar ni justificar, mucho menos, los actos violentos, aunque tampoco la Iglesia puede condenarlos sin hacer un análisis muy serio de las causas que provocan esas acciones. Y es aquí donde el mismo papa Pablo VI, cuando vino a Bogotá, dijo esta frase que inspira la acción de la Iglesia: que muchas crisis de la historia pudieran haber sido superadas si las reformas necesarias hubiesen pre-

2 El Bloque Popular Revolucionario (BPR) era una organización social que aglutinaba a la Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños (FECCAS) y a la Unión de Trabajadores de Campo (UTC), así como a otras organizaciones de maestros, estudiantes, pobladores de tugurios y obreros, que tuvo una fuerte presencia en las luchas reivindicativas de la década de los años setenta.

venido oportunamente, con sacrificios valientes, las revoluciones explosivas de la desesperación[3].

Es lo que siempre hemos dicho, queridos hermanos, que la Iglesia, cuando denuncia las violencias revolucionarias, no puede olvidar que existe una violencia institucionalizada y que la violencia desesperada de los hombres oprimidos no se reprime con leyes parciales, con armas ni con la prepotencia; solamente hay que prevenirlas, como dice el Papa, con sacrificios valientes, renunciando a muchas comodidades; y que, mientras no haya entre nosotros más justicia, siempre habrá brotes de revolución. Aunque la Iglesia no aprueba ni justifica las revoluciones sangrientas, los gritos de odios, sin embargo, tampoco los puede [condenar][4] mientras no vea un esfuerzo por quitar las causas que producen ese malestar en nuestra sociedad. Esta es la postura de la Iglesia, por la cual tiene que sufrir tremendos conflictos; pero por lo cual se siente fiel a la justicia de Dios, al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo.

También, hermanos, quiero hacer una aclaración muy necesaria; el señor embajador de El Salvador ante la Santa Sede me ha autorizado para decirles que en la cancillería se ha propagado una falsa especie del arzobispo, como si hubiera puesto como condición para dialogar con el señor presidente el ir a hacer este diálogo afuera del país, lo cual, yo quiero decir, hermanos, que es completamente falso. Sería una estupidez para mí, sabiendo que aquí podría tener acceso a platicar directamente con el señor presidente, poner como condición salir los dos del país. ¿Qué objeto tiene? ¿Y qué intentan con esta falsa especie? Ya se ven las intenciones de calumniar, de distorsionar las actitudes de la Iglesia. Lo que la Iglesia espera es un ambiente de confianza garantizado por hechos en servicio, en respeto de nuestro querido pueblo.

3 Aunque la cita no es literal, sí recoge fielmente el pensamiento del Papa, que dijo: " Y no olvidéis que ciertas grandes crisis de la historia habrían podido tener otras orientaciones si las reformas necesarias hubiesen prevenido tempestivamente, con sacrificios valientes, las revoluciones explosivas de la desesperación". Pablo VI, Alocución en la misa del Día del Desarrollo en Bogotá (23 de agosto de 1968).

4 Interrupción en la reproducción magnetofónica de la homilía. Aunque no se puede identificar el verbo que utiliza monseñor Romero, es muy probable que haya dicho "condenar", puesto que en el tercer párrafo de la página anterior ha expresado la misma idea con ese verbo.

Hechos eclesiales

Ahora hermanos, refiriéndome en esta Cuaresma a hechos eclesiales, quiero agradecer al Señor, con ustedes, la reunión del clero que tuvimos el martes, en la cual se analizó el trabajo de comunidades eclesiales de base. Son grupos cristianos que se reúnen a reflexionar en torno de la Biblia y que van haciendo entre nosotros una Iglesia más consciente, más humana, más de diálogo íntimo con el pueblo. Y hemos propuesto los sacerdotes celebrar este año, si Dios quiere, al final, un congreso de comunidades de base. Desde ahora, pues, felicito a todos los que están trabajando en esta forma y hago [...] del Evangelio para crear en nosotros una cultura de inspiración [...]donde esta tarde a las 6:00 le daremos posesión[...][5].

Tuve también el gusto de saludar al padre superior general de los josefinos que administran la parroquia de la Sagrada Familia en la colonia Centroamérica. Quiero aprovechar para agradecer y felicitar a los padres josefinos que tanto bien están haciendo en nuestra arquidiócesis.

Noticias de la vida religiosa. Las de la Asunción cumplieron quinces años esta semana de estar dirigiendo la escuela del barrio de Lourdes. Participé en su eucaristía para darle gracias al Señor y ver el cambio enorme que esta presencia de la Iglesia, a través de las hermanas de la Asunción y de sus colaboradores, maestros y bienhechores, han hecho en ese importante sector de nuestro pueblo.

Como ya les dije, ayer fuimos a dejar a las hermanas guadalupanas a Arcatao. Y quiero dejar constancia a través de la radio, mi saludo cariñoso y mi agradecimiento por aquella acogida. Hermanos, yo hubiera querido que todos fueran testigos de un verdadero Domingo de Ramos: era todo el pueblo y gente campesina venida hasta de tres horas de camino para estar con nosotros en un momento tan bello de Arcatao. La pintoresca población que expresó su pensamiento de adhesión al obispo y a la presencia de la Iglesia allá a través de un valiente discurso de un intérprete del pueblo: don Ernesto..., no recuerdo el apellido. También quiero felicitar y saludar a las madres que allá están haciendo acto de presencia ya en nombre de la Iglesia.

5 Interrupciones en la reproducción magnetofónica de la homilía.

Ha habido cambio de superiora en la comunidad de la obra del Buen Pastor. Ayer las carmelitas misioneras celebraron el acto con que se adhieren a la celebración del setenta y cinco aniversario de su fundación, que va a ser el 8 de marzo. Con la participación de sus ex alumnas del colegio de la gruta y de otros colaboradores, se tuvo una procesión en honor de la Virgen de Lourdes y hubo una ceremonia preciosa al terminar la procesión: una concentración de enfermos que recibieron la santa unción y el mensaje del cristianismo, de lo que vale el dolor de un enfermo. Al terminar la ceremonia, oí a personas que no eran enfermas agradecer esa voz de esperanza que la Iglesia tiene para el que sufre y le sabe decir al enfermo, al que parece un inútil para la sociedad, que su dolor y su sufrimiento, ofrecido con Cristo en la cruz, es precisamente la salvación del mundo.

A los laicos, quiero felicitarlos por su participación que tuvieron en la reunión laical de Costa Rica para preparar la participación de los laicos en la tercera reunión del episcopado latinoamericano que va a ser en octubre, en Puebla de México. También anuncio al departamento de Cuscatlán que allá está trabajando, autorizada por el arzobispo, la comisión departamental de laicos para promover la vida laical en todas las parroquias de aquella vicaría. Y en este ambiente también laical, me he alegrado mucho, al pasar por Chalatenango ayer, de la floreciente vida de las comunidades que se está impulsando principalmente a través de nuestros queridos laicos. Precisamente, del 15 de febrero al 15 de marzo, van a tener un curso más de catequesis para preparar laicos a llevar el mensaje cristiano a todas las comunidades [...].

Y ahora para terminar estos avisos, quiero referirme a algo muy importante que es la jornada del sacrificio voluntario. Aquí junto al altar mayor, están unos carteles que van a usarse durante toda esta semana para llamar a nuestro pueblo a acuerpar la campaña contra el hambre en el mundo privándose voluntariamente de algo. Aportemos, aunque sea de nuestras pobrezas, algo al hambre de nuestros hermanos. El hambre, queridos hermanos, es una tremenda realidad aún en nuestro ambiente. Y ya que el amor a Cristo nos debe de sentir a nuestros miembros sufrientes como propias las necesidades de ellos, el próximo domingo se hará una colecta especial para pedir en socorro de tanta gente que sufre hambre en el mundo.

Y finalmente, hermanos, quiero hacer una atenta y cariñosa invitación a todos ustedes, que considero mis hermanos, mis amigos, para acompañarme el martes próximo a las 7:00 de la noche, aquí en catedral, donde voy a recibir el honor del doctorado *honoris causa* de la Universidad de Georgetown, pero que, como he manifestado, no lo quiero recibir solo, quiero sentir en ese honor, el estímulo, la felicitación, no a un hombre, sino a una Iglesia particular que son todos mis queridos sacerdotes, religiosas y fieles que comparten la preocupación del magisterio actual de la Iglesia, un Evangelio que, como se me dijo ayer en Arcatao, quiere estar bien encarnado viviendo en las necesidades del pueblo. Así es como la condecoración con que me van a honrar, quiero decir que es de todos ustedes y que es el estímulo a todos los que trabajan por un orden más justo en el mundo.

Y este es, hermanos, ya el pensamiento de nuestra homilía de hoy. La Cuaresma ha cambiado el rostro del año litúrgico. Interrumpe el Tiempo Ordinario para invitar, como en una gran universidad, a todo el pueblo de Dios a hacer un curso de historia de la salvación, pero no en teoría, sino vivencial, que lo participemos. Esta historia de la salvación encuentra su culminación en Cristo, pero tuvo su origen en Adán y tiene su prolongación, de Adán y de Cristo, en nosotros. Estos son los tres pensamientos de la homilía de hoy. Dos protagonistas de la historia de la salvación: Adán, Cristo; y un objetivo: el pueblo, nosotros, toda la humanidad.

La historia de la salvación tuvo su origen en Adán

La primera lectura de hoy nos remonta a los orígenes de la historia, el primer hombre, la primera mujer, de donde procede todo el género humano. Es interesante ver aquí cómo la creación, la naturaleza, es el primer capítulo de la historia de la salvación. Es decir, la redención que después va a hacer Cristo es un segundo capítulo y nosotros somos la materia de toda esa historia. En el Génesis se ha leído hoy el amor con que Dios creó el mundo para entregarlo al hombre. El hombre es la razón de ser de la creación. El hombre, hecho a imagen de Dios, es dueño de la creación. Todas las cosas creadas son para el hombre. Este es el origen primigenio del proyecto de Dios: el hombre llamado a ser colaborador con Dios. En una forma gráfica nos presenta la

Gn 2, 7 Biblia a un Dios que sopla el espíritu de vida en el hombre que brota del barro. Es un ser creado pero con un soplo de Dios. Es imagen de Dios porque lo ha hecho inteligente, capaz de amar y le ha dicho, extendiendo su mano creadora sobre todas las cosas: todo es vuestro. No hay que olvidar este gesto de la creación. Toda la creación ha sido para el hombre y el hombre es creado por amor de Dios para ser dueño, príncipe, de todas las cosas que existen.

Lástima que la segunda parte de la lectura del Génesis nos cuenta la triste respuesta del hombre. Eva quiso encontrar el camino de la felicidad no por la obediencia a Dios, y sedujo a Adán en ese camino de desobediencia. Y entonces comienza la historia de la humanidad bajo otro aspecto: la humanidad caída, el género humano caído, pecador. Pero Adán con su desobediencia ha sido el padre de una familia, es protagonista de toda una humanidad. No hemos de olvidar este origen para comprender luego lo que vamos a decir. Pero antes, fijémonos en el otro protagonista, es el segundo pensamiento de esta homilía.

La historia de la salvación culmina en Cristo

Cristo, segundo Adán, viene, hijo de Dios encarnado en las entrañas de María, y quiere asumir toda la responsabilidad del género humano, desobediencia a Dios, comenzando por la desobediencia del paraíso; y la redención que Cristo viene a hacer no será otra cosa que un acto heroico, divino, de obediencia. Por obediencia se encarna, por obediencia va a tomar su cruz y por obediencia lo vemos hoy en el desierto. Al principio de la Cuaresma los ojos de un cristiano deben de clavarse en ese Cristo ayunando cuarenta
Mt 4, 1 días con sus cuarenta noches. "Llevado por el Espíritu", nos ha dicho el Evangelio, el Espíritu de una obediencia.

El Hijo del hombre, el representante de toda la humanidad, sabe que los hombres están en un estado de naturaleza caída y que es necesario levantarla. Viene como un gran reparador. Cristo es el gran reparador. Eso quiere decir redentor: salvador. Y para salvar al mundo, para reparar, para redimir a esta raza caída, es necesario que se cumpla la voluntad del Señor. Por eso nos presenta el Evangelio de hoy a Cristo tentado por el demonio, ya que la tentación fue la causa por la cual los hombres primeros cayeron para dejar en la desgracia a toda la humanidad. La tentación es

necesaria para que el Hijo del hombre nos dé ejemplo, que no siguiendo las voces engañosas del demonio es como vamos a ser felices, sino siguiendo la obediencia a la voluntad del Señor.

¡Qué fácil era, al poder de Cristo, convertir las piedras en pan! Él, que tenía hambre, era fácil llenar el estómago haciendo que esas piedras se convirtieran en pan. Pero sabe Jesús que su papel, su mesianismo, no es abusar del poder de hacer milagros para satisfacer una necesidad suya. Fijémonos bien en esto, que las tres tentaciones del desierto son como las tentaciones del poder contra la voluntad de Dios. Y el poder de Cristo se somete cuando dice: "Está escrito que no solo de pan vive el hombre"; que es preferible morirse de hambre antes que despreciar el alimento que viene de Dios, la palabra del Señor. Mt 4, 4

Esta es la verdadera alimentación del pueblo cristiano: la palabra de Dios. He aquí, pues, ya en el desierto y al principio del ministerio de Cristo, un homenaje a la palabra de Dios. Un aplauso del mismo Cristo para ustedes y para mí que en este momento estamos reflexionando la palabra de Dios. De esto vive el hombre, principalmente de esto. No que se descuide del pan, sino que no prefiera el pan a la palabra de Dios; que no sea idólatra de su estómago; que no vaya a traicionar, por un puesto en la sociedad o en la política, sus convicciones de fe; que no traicione. ¡Esto nos enseña el Señor!

Y el diablo lo lleva a una segunda seducción. Fijémonos que es Adán reparando a la humanidad, no buscando el camino fácil, espectacular, sino el camino de la humildad, de la reparación. Lo coloca en el pináculo del templo. Desde allá se mira hormiguear el atrio del templo magnífico de Jerusalén y le dice el diablo, con una tentación de vanidad: mira, tírate de aquí y está escrito que mandará sus ángeles para que tu pie no tropiece y te van a aclamar por hijo de Dios; mira esa muchedumbre que ya se mira aplaudiéndote cuando hagas ese gesto. Y Cristo, con la serenidad de quien es más obediente a Dios que al diablo, le dice: "También está escrito —en el Deuteronomio— no tentarás al Señor tu Dios". Mt 4, 6 Mt 4, 7 Dt 6, 13

Hermanos, los engañados por los mesianismos fáciles, los devotos de revoluciones que quieren ya establecer un orden nuevo violentando las cosas, los que afanes[6] de aplausos y espec-

6 Debe leerse "los que *por* afanes...".

tacularidades traicionan a Dios, miren aquí a Jesucristo en su gran respuesta: no hay que tentar a Dios. Más vale el camino humilde, sencillo, del deber, del amor, de la justicia. El camino de la oración, el camino de la esperanza, el camino del Evangelio, no la espectacularidad. Y aquí, Cristo denuncia y vence otra tentación del poder. El poder que quiere aprovecharse para las grandes espectacularidades, ganar votos, ganar aplausos aunque sea engañando. No es así como se redime a un pueblo, se redime no tentando a Dios, no provocando a Dios que está presente a veces en el pueblo, muchas veces y siempre.

Y finalmente, la tercera tentación de este segundo Adán, no en un paraíso, sino en el ambiente austero de un desierto, donde debe de pagar los libertinajes, las licencias que los hombres nos damos ofendiendo a Dios. Dice el Evangelio, la tercera tentación lo hace ver en un momento —como una visión cinematográfica— pasar ante Él los reinos del mundo; y el diablo le dice:
Mt 4, 9 mira, todo eso es mío, todo eso te lo puedo dar con tal que te hinques y me adores. ¡Qué tremenda tentación en la que han caído aquellos que dicen que hacen pacto con el diablo! La tentación del poder, la tentación de ver brillar los desfiles con cañones y armas, la tentación de ver las grandes muchedumbres no por convicciones sino por conveniencias, por llenar de pan el estómago muchas veces. Los aplausos baratos Cristo los desprecia; y le dice al demonio: apártate que también está escrito: solo
Mt 4, 10 a Dios has que servir y a Él has de adorar. Esta es la gran respuesta para un cristiano que quiere ser redimido contra las tentaciones fáciles del mundo: adorar al Señor. Solo tenemos un Señor, nuestro Señor, nuestro Dios, y a Él solo tenemos que servir y adorar. Su ley es la pauta de mi vida, su voluntad es el designio de mi existencia. Yo no puedo correr por otros caminos que no sean la voluntad, el servicio del Señor.

Este es el segundo protagonista y el principal de la historia de la salvación. Los comentaristas dicen que San Mateo escribió esta página mirando sobre todo el sentido simbólico para su Iglesia de Cristo a lo largo de los siglos. No es propiamente la persona divina de Cristo que va a ser tentada en esa forma tan descarada por el demonio, pero sí va a ser la prolongación de Cristo en la historia, que es la Iglesia. Ella sí va a sufrir estas tentaciones. Obispos, sacerdotes, religiosos, instituciones católicas, vamos a tener que sufrir estas tremendas tentaciones del po-

der; vamos a querer convertir nuestra misión mesiánica salvadora en la humildad, en la austeridad, en el sacrificio y quererla apoyar en el poder, en el dinero, en el bienestar. ¡Cuántas veces ha caído la pobre Iglesia en estas tentaciones!

De esa queremos salvar a la Iglesia auténtica. Que no haga consistir su prestigio en ser aplaudida, en ser apoyada por los triunfos fáciles. Queremos un cristianismo que de veras se apoye, como el de Cristo, en la palabra de Dios; que no traicione, por más que le ofrezcan ventajas, la verdad de la palabra divina; que sepa apoyar su propia hambre, su propia debilidad, su propio ocultamiento. No lo considere como un fracaso, como estar esperando días mejores. Ya los tenemos esos días. Son los que se apoyan en Cristo en la medida en que hacemos nuestra fe consistir en la palabra de Dios, y nuestro poder no en hacer milagros ni en apoyarnos en triunfalismos y espectacularidades, sino en el sencillo cumplimiento del deber, en la fe sencilla a la palabra de Dios. ¡Esa es la redención que Cristo nos ofrece!

La historia de la salvación se prolonga en nosotros

Y por eso, hermanos, el último pensamiento, la tercera idea de esta homilía: entre estos dos protagonistas, Adán y Cristo, todos nosotros. San Pablo nos ha dicho, en la segunda lectura, la solidaridad que es todo hombre, cada hombre es una doble solidaridad. Todos los que estamos aquí, capaces de entender lo que estamos reflexionando, inteligentes, libres, capaces de amar, con muchas capacidades humanas para organizar una empresa, para ser profesionales, para ser hombres de la política o del comercio, de la empresa, todos somos hombres y estas capacidades de inteligencia, de organización, de prestigio a lo mundano, nos vienen de Adán. El hombre es descendiente de Adán y sus cualidades humanas son una herencia de aquel soplo de Dios que es la vida del hombre.

Por eso, hermanos, en este sentido, muchas veces el hombre se siente demasiado orgulloso para estar solamente satisfecho de su solidaridad con Adán, con el soplo natural de Dios. Pero hay una segunda solidaridad, que pocos la comprenden: el hombre es una solidaridad con Cristo. Pablo nos ha dicho hoy: la solidaridad con Adán nos hace a todos pecadores, raza caída, raza fracasada, aunque no nos quitó la chispa de inteligencia y la capaci-

dad de nuestros dones naturales. Pero somos una naturaleza caída si no es por Cristo que se constituye cabeza de la redención. Y solamente los descendientes de Adán que se hagan también solidarios con Cristo realizan la humanidad que hoy quiere Dios: el cristianismo. Cristo es el segundo Adán y nadie puede pertenecer a la raza de Dios si no es incorporándose con este segundo Adán.

Ahora comprendemos el sentido de la Cuaresma de la Iglesia. La Cuaresma de la Iglesia, más que una rectificación de costumbres, más que una ascética, es ante todo una teología. Es la teología del hombre que quiere descubrir qué significa mi bautismo. Y la Cuaresma me va a servir para que mi bautismo sea la solidaridad de mi vida con aquel que en el bautismo me participó su muerte y su resurrección. Por eso queremos que el bautismo se confiera con un poco más de conciencia. Ya no es tiempo, hermanos, de hacer del bautismo un acontecimiento social: "Que lo bautice el padre tal, el obispo tal", "que sean sus padrinos don fulano de tal". Eso es social y está bueno, pero lo principal es que, antes de esa ceremonia, asista al humilde párroco que le explicará qué significa ser bautizado. Ese niño no vale por su padrino ni por su descendencia de Adán, vale porque el bautismo lo va a incorporar a ese Cristo que murió, y el bautismo es participación con esa muerte, y resucitó, y mi bautismo es participación de vida eterna con esa resurrección.

La Cuaresma debe servir para recordar esta gran dignidad del cristiano, del bautizado, que llevo en mi vida desde que era niño gracias a mis padres que me bautizaron niño. No lo comprendí, pero ahora que cada año la Iglesia va celebrando una Cuaresma para que yo tome conciencia de mi bautismo, ya no soy un niño, ya soy un hombre, ya soy un profesional, ya soy un profesor de universidad, ya soy un hombre en la alta política, ya soy un empresario. ¿Qué significa para mí ese bautismo? ¡Ah!, que no puedo vivir únicamente con mis cualidades que me solidarizan con Adán, sino que debo de vivir con las exigencias de pertenecer a Cristo y si no, no me salvo, por más brillante que aparezca en el mundo.

Esta es la Cuaresma, el recuerdo teológico de esa realidad que me incorpora, me solidariza con el Redentor, con Cristo, con el Hijo de Dios que trajo vida de Dios para que todo el que crea en Él sea salvo. No basta, pues, ser descendiente de Adán

aunque sintamos muy fuerte el soplo de la vida natural. Es necesario que ese soplo se solidarice, se haga una sola cosa con Cristo por el bautismo. Y si por desgracia nos hemos desprendido de esa solidaridad con Cristo, allí está la segunda realidad de la Cuaresma: la penitencia. En el grupo de los peregrinos de la Cuaresma, estamos no los que nos vamos a preparar para ser bautizados, estamos los que, ya bautizados, no hemos sido fieles a esta incorporación con Cristo y queremos lavar esta traición con penitencia, con arrepentimiento, con ayunos, con demostraciones de que no es la felicidad, la de Adán y Eva, por los caminos que no son los de Dios, sino los de Cristo venciendo las tentaciones del mundo.

Celebremos entonces, queridos hermanos, esta eucaristía del primer domingo de Cuaresma con toda nuestra buena voluntad de revivir en nuestra vida, la vida que Cristo nos ha dado y que en la próxima Pascua, la Semana Santa, muerte y resurrección de Cristo, vamos a revivir con todo nuestro entusiasmo cristiano. Nos ponemos de pie y proclamamos nuestra fe.

La Iglesia, Israel espiritual

Segundo domingo de Cuaresma
19 de febrero de 1978

Génesis 12, 1-4a.
2 Timoteo 1, 8b-10
Mateo 17, 1-9

La figura central, queridos hermanos, de esta liturgia de la palabra es un personaje muy querido de todo este pueblo de Dios: es Cristo transfigurado. Primitivamente, la fiesta de la Transfiguración era este domingo, el segundo domingo de Cuaresma. Nosotros en San Salvador nos hemos acostumbrado a celebrarlo, como el título del Divino Salvador, el 6 de agosto, fiesta que conmemora también el origen de nuestra ciudad. Y así encontramos, pues, entre nuestra historia más íntima y el Cristo transfigurado del Evangelio de hoy, una relación profunda de fe que nos invita a hacer, de la homilía de hoy, una convivencia de amor, de esperanza, de fe con el Divino Salvador y patrono de nuestra república, el que le dio nombre a El Salvador.

El Cristo transfigurado, Él es el que siempre nos habla porque el Padre nos dio esa recomendación: a Él debéis de escuchar. Mt 17, 5
Y el que predica en esta cátedra, como en todos los púlpitos de las iglesias, no hace otra cosa que ser un eco humilde de esa voz divina y orientadora: Cristo, el Maestro. El que predica no hace otra cosa que tomar esa palabra eterna e iluminar con ella nuestras realidades, por donde va peregrinando nuestra historia. Por eso mi preocupación de traer, como marco a la palabra de cada domingo, la historia de cada semana. Es una historia tan densa la de El Salvador, queridos hermanos, que nunca se agota. Cada domingo encontramos hechos que están pidiendo la luz

de la palabra del Señor. Y el verdadero cristiano en El Salvador no puede prescindir de estas realidades, a no ser que quiera profesar un cristianismo aéreo, sin realidades en la tierra; un cristianismo sin compromisos, espiritualista. Y así es muy fácil ser cristiano, desencarnado, desentendido de las realidades que vive. Pero vivir ese Evangelio, que por orden del Padre eterno tenemos que escuchar de Cristo, "a Él escuchadle", vivirlo en el marco real de nuestra existencia, eso es lo difícil, eso es lo que crea conflictos; pero es lo que hace auténtica la predicación del Evangelio y la vida de cada cristiano.

Mt 17, 5

Cada uno de ustedes, queridos hermanos, tiene su propia historia, la historia de su propia familia, de su propia comunidad. Sería imposible señalar aquí esas historias concretas; pero ese es trabajo íntimo de cada uno. Ilumine sus esperanzas, sus proyectos, sus desilusiones, sus fracasos, ilumínelos con la palabra de Dios para que viva siempre de fe y de esperanza.

Hechos de la semana

Más bien como un ejemplo, yo cito aquí casos que nos interesan a todos, por ejemplo, —aunque esto me interesa más bien a mí, pero gracias al cariño, a la amistad de ustedes, puedo sentirlo como algo de familia con todos— es mi agradecimiento por la manifestación de solidaridad y de comunión que vivimos el martes de esta semana que pasa. Es algo inolvidable en mi vida, no por el honor de un doctorado *honoris causa*[1], que francamente enaltece, sobre todo cuando se origina en un centro universitario de tanto prestigio, donde escasean estos honores. Pero lo recibí junto con ustedes y así he sentido que ha sido más bien un homenaje de comunión con mi querido pueblo, con mis queridos sacerdotes. Por eso mi agradecimiento que, ya lo he dicho, lo quiero repetir en este marco solemne de la homilía, a todas las personas que me manifestaron de una u otra forma sus senti-

[1] El 14 de febrero de 1978, en la catedral de San Salvador, el doctor Timothy Healy, presidente de la Universidad de Georgetown, Washington, confirió a monseñor Romero, en nombre de dicha universidad, el doctorado en Letras *honoris causa*,"en reconocimiento al liderazgo moral que usted ha venido mostrando para con la Iglesia de El Salvador. Su coraje y elocuencia en la defensa de los derechos humanos han ganado verdaderamente la admiración internacional", *Orientación,* 5 de febrero de 1978 y 19 de febrero de 1978.

mientos de solidaridad. De manera especial al querido señor arzobispo, monseñor Chávez, a monseñor Rivera, a monseñor Revelo, que tuvieron la bondad de compartir su presencia conmigo esta noche; al clero no solo de la arquidiócesis, sino que, en manifestaciones muy elocuentes, he recibido testimonios de solidaridad principalmente del clero de Santa Ana y de San Vicente; a los queridos jóvenes del Seminario Mayor y Menor, me han dado mucho consuelo sus palabras; una carta muy significativa del menor en que expresan sus ideales sacerdotales en comunión con su obispo; congregaciones religiosas, federaciones de colegios, comunidades parroquiales de base y muchas demostraciones individuales de diversas categorías humanas. El Señor les sabrá recompensar.

A los medios de comunicación social que se hicieron eco, principalmente a *La Crónica*, *La Prensa Gráfica*, *El Mundo*, radios *KL*, *YSU*, *Radio Internacional*, el *Canal 2*. Sé lo que les cuesta a los medios de comunicación condicionados por circunstancias tan difíciles. Por tanto, comprendo el silencio de los que no pudieron decir nada y admiro a quienes me dedicaron siquiera una pequeña gacetilla. El Señor bendiga a eso que significa un heroísmo en nuestro ambiente tan vendido a intereses.

Desde ahora también, hermanos, quiero invitarlos a la oración para el próximo 22 de febrero, en que voy a celebrar un año de servicio a esta arquidiócesis. Celebraré la misa aquí, en catedral el 22, a las 12:00 del día.

En este marco de la semana también, hermanos, una visión de nuestra historia. No puede pasar desapercibido el discurso de nuestro señor presidente en Estados Unidos[2]. Yo quiero destacar algunas frases porque son precisamente el pensamiento de la Iglesia y, por eso, me extraña que muchas veces, por expresarse así, la Iglesia sea tildada de comunista y de subversiva. Cuando dice por ejemplo: "La paz social es posible cuando existe un clima de armonía entre el sector laboral y el sector empresarial. La comprensión mutua de las justas aspiraciones de uno y de las reales posibilidades de otro, constituye el punto de equilibrio de

2 Discurso del general Carlos Humberto Romero en la Tercera Conferencia Anual Centroamericana de Comercio, realizada en Nueva Orleans, Louisiana, el 16 de febrero de 1978. Los textos entrecomillados que siguen son citas textuales del discurso. *Cfr*. *La Prensa Gráfica,* 17 de febrero de 1978.

ambas fuerzas, propicio para el trabajo que da riqueza y bienestar para todos". Parece muy genial y acertada la frase. Las posibilidades de un sector y las aspiraciones del otro sector, si se equilibraran con justicia, no habría que lamentar terrorismos ni violencias, represiones ni otras cosas que han ensangrentado tanto nuestra patria. También cuando dice: "Queremos una nación saludable, en donde la libertad del hombre siga siendo el sustento de la democracia". "Alcanzar mejores niveles de vida para los grandes núcleos de población de menores recursos económicos".

Y sobre todo cuando dice: "Un nuevo modo de vivir, en donde el régimen económico responda ampliamente a principios de justicia social que tiendan a asegurar a todos los habitantes, una existencia digna del ser humano". "Modernización del sistema de explotación y tenencia de la tierra mediante una participación más amplia de la propiedad". Es lo que la Iglesia ha dicho.

Y también este otro pensamiento: "Debemos satisfacer las aspiraciones del ser humano de participar en el gobierno, de exponer libremente su pensamiento, de tener igualdad de oportunidad de estudio y de trabajo, así como de fortalecer permanentemente sus facultades creadoras. El hombre, además de la libertad de querer gozar, también tiene el derecho a vivir con decoro y dignidad".

Lo que me da un temor es escuchar en su discurso esta palabra: "Alcanzar una mejor distribución de la población, disminuir las tasas del crecimiento demográfico". ¿Qué se encierra bajo este "disminuir" el crecimiento? ¿Será una aceptación, como condición para las ayudas, el mutilar las fuentes de la vida? Quiera el Señor que no subordinemos a un bienestar económico las leyes morales de la naturaleza y de la creación. Pero sí en cuanto a un orden más justo, un nuevo modo de vivir, nuevas estructuras y una participación en las legítimas aspiraciones de todos para colaborar en el bien común sin miedos, sin represiones. Bendito sea Dios que la Iglesia siempre lo ha dicho. Y digo: precisamente es aquí donde están los grandes conflictos de nuestra Iglesia.

Cuando se habla de un diálogo entre Iglesia y gobierno, es esto lo que la Iglesia busca, como dijo el Papa a nuestro embaja-

dor: "Un diálogo constructivo"[3], desde unas perspectivas pastorales en que busca, la Iglesia, no sus bienestares, sino el servicio auténtico a un pueblo que clama libertad, dignidad, igualdad.

Por eso, contrasta la noticia que publicaba *La Prensa Gráfica*[4], de que el Departamento de Estado de Estados Unidos entregó al Congreso un documento sobre la forma en que se respetan los derechos humanos en América Latina y, al hablar sobre El Salvador, afirma que hay una creciente presión de los insatisfechos y oposición a hacer cambios por parte de los privilegiados, lo cual ha engendrado mayor violencia. He aquí precisamente lo que la Iglesia señala en todo nuestro continente: los terrorismos, los brotes de violencia, la Iglesia no los puede aprobar; pero sí, no puede tampoco reprobarlos sin un análisis profundo de dónde proceden. Mientras una violencia institucionalizada, privilegiada, trate de reprimir las aspiraciones justas de un sector, siempre estarán las semillas de la violencia entre nosotros. Por eso, mientras no se haga efectivo un nuevo modo de vivir, no tendremos paz ni unidad ni comunión entre los salvadoreños.

También, con la esperanza de esas palabras, quiero informarles sobre una carta del sindicato de trabajadores de empresa Central Azucarera de Izalco, en que informan que ya son diecisiete días de huelga demandando la celebración de un contrato colectivo y el cese de atropellos contra trabajadores y leyes laborales. Acusan de complicidad y entreguismo al Ministerio de Trabajo al negarse a citar a la patronal para discutir el problema y la parcialidad de no querer que la patronal cumpla con los acuerdos ya tomados con el sindicato. Termina la carta solicitando la mediación del arzobispado en favor de sus objetivos y de la libertad de varios compañeros que dicen que están presos. Como siempre, nuestra respuesta es aceptar todo servicio mientras se le solicite y se acepte.

También tuvimos en el arzobispado la visita de una delegación de la Federación de Estudiantes Universitarios de Hondu-

[3] *Cfr.* Pablo VI, Discurso ante el nuevo embajador de El Salvador en el Vaticano, *L'Osservatore Romano,* 18 de diciembre de 1977.

[4] *Cfr.* "Situación de derechos humanos en Latinoamérica da Estados Unidos", *La Prensa Gráfica,* 10 de febrero de 1978.

ras. Nos pide apoyo en su gestión de libertad del compañero hondureño Luis Alberto Bonilla Contreras, detenido —según ellos— por la Policía Nacional el 18 de diciembre de 1976. No les ha sido posible visitar los cuerpos de seguridad. También quiero participar del temor que la carta de la comunidad del cantón Chilicuyo denuncia, cuando dice que un operativo militar destacó un contingente para inspección en la hacienda Formosa. Temen ellos consecuencias desagradables. Quiera el Señor que no.

Vida de la Iglesia

Finalmente, hermanos, y en forma de familia, quiero anunciarles que hoy se va a bendecir una clínica en la iglesia de Concepción. Felicitar a los padres franciscanos y a los colaboradores médicos, enfermeros, que van a trabajar allí junto a la parroquia de Concepción. Alegrarme también con la peregrinación a Tierra Santa que nos ha anunciado don Juan Francisco Rivas Canjura y pedirle que nos encomiende allá en la tierra que fue escenario de la redención de los hombres. También una oración por el eterno descanso de Hipólito Morales y Daysi Guadalupe Aguilares de Marroquín.

Y como aviso, hermanos, para este domingo, les dije que el tercer domingo de cada mes les pediría una ayuda económica para el seminario. Sostener nuestra obra máxima es trabajo de todos, sin olvidar que este domingo se clausura la Semana del Sacrificio Voluntario que iniciamos el domingo pasado. Hoy la colecta que se va a hacer, pues, tendrá estos dos objetivos: la ayuda al seminario y una ayuda contra el hambre. Hambre de Dios, hambre de cultura y hambre de pan. Para llenar el vacío que dejan estas tres hambres, necesitamos la ayuda de todo el pueblo de Dios.

Y, hermanos, ya nos encontramos, con este marco histórico real, con la liturgia de la palabra de hoy. Podíamos llamar esta homilía: la Iglesia, Israel espiritual. Y propondría estos tres pensamientos: primero, Dios salva a los hombres constituyendo un pueblo de Dios; segundo, Cristo transfigurado es el heredero de todas las promesas salvadoras de Dios, no hay salvación fuera de Él; y tercero, la epístola de San Pablo que nos recomienda traducir, en solidaridad con Abraham y con Cristo, nuestra vida cristiana. Somos el Israel espiritual.

Dios salva a los hombres constituyendo un pueblo de Dios

Dios salva constituyendo un pueblo. ¡Qué hermosa la primera lectura de hoy! Sorprendemos a la Biblia en los orígenes de Israel. Pocos pueblos, quizá ninguno, puede contar sus orígenes como el pueblo israelita. El domingo pasado, primer domingo de Cuaresma, les decía que el primer capítulo de la historia de la salvación es la creación: Adán. Y que toda la vida humana que existe en la historia es solidaria con ese primer capítulo, todos somos descendientes de Adán. Y el soplo de vida que Dios dio a nuestro primer padre es la chispa de inteligencia, de amor, de capacidades humanas que todo hombre lleva; pero que el primer hombre cayó de su dignidad de hijo de Dios porque quiso alcanzar la plenitud divina sin obedecer a su Señor, engañado por el diablo. Y comenzó a vivir el capítulo de la historia humana, la naturaleza caída. Si desde Adán hasta Abraham vemos la Biblia, verdaderamente encontramos la definición del pecado: *aversio a Deo*. Apartarse de Dios.

Uno de estos días, un joven de Santa Tecla me hizo una observación muy interesante; me dice: "¿Cómo puede ser que Adán haya sido tan perfecto y que la humanidad después de él haya comenzado como a subir desde un abismo muy hondo? ¿No será, más bien, que la humanidad fuera creada tan imperfecta que vamos caminando hacia arriba?". Le dije yo: "Eso es lo que el criterio humano nos dicta, pero a la luz de la revelación, Adán era el hombre perfecto, Adán era el ideal de Dios. El segundo Adán que iba a venir, Cristo, ya se prefiguraba en esa figura maravillosa del primer hombre. Pero ese hombre maravilloso perdió toda su grandeza sobrenatural, su amistad con Dios, y cuando un hombre ha perdido sus relaciones con Dios, aunque conserve sus cualidades humanas va decayendo cada vez más". Y la historia nos lo prueba: que todo hombre por más inteligente, por más capaz que sea, pero que no busca la amistad con Dios, no ora, no es digno de confianza.

Alguien le preguntaba a un muchacho una vez: "Si tú tuvieras cien colones para dejarlos depositados, ¿a quién se los depositarías: a un profesional que no tiene fe, que es un hombre falto de honradez, o a un iliterato, a un pobre campesino sin saber leer pero que es honrado, que reza?". "Pues, naturalmente —dice—

se los dejaba al campesino". Claro, no bastan las cualidades humanas, no basta ser un profesional, ser un empresario, tener grandes cosas humanas. El hombre degenera cuando se aparta de sus relaciones con Dios. Y estos son los primeros capítulos de la historia de la humanidad. *Aversio a Deo*, se iba apartando más y más de Dios. Recuerden los capítulos del diluvio universal, recuerden el incendio de Sodoma y de Gomorra, recuerden el crimen de Caín contra su hermano Abel. Ese es el hombre sin Dios.

Pero desde el capítulo 12 del Génesis, el Génesis cambia de aspecto. Léanlo con atención. De allí hemos tomado la primera lectura de hoy. Es un Dios que toma la iniciativa de formar un pueblo y darle a ese pueblo las promesas, las esperanzas. Esta es la gran misión de Abraham y de Israel: formaré de ti un gran pueblo, del cual nacerá el Redentor.

Abraham, de setenta y cinco años, hombre —diríamos— ya quemado; sin embargo, Dios va a hacer una nueva creación. Nace un pueblo, un pueblo que le pide a Abraham unas grandes
Gn 12, 1-3 renuncias: "Sal de tu tierra y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti un gran pueblo, te bendeciré, haré famoso tu nombre. Bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que te maldigan. Con tu nombre se bendecirán todas las familias de la tierra". ¡Qué anciano más formidable! Es un hombre —diríamos—, un anónimo, un hombre de aquellas tribus seminómadas de Ur de Caldea. A este escoge Dios, desconocido de la historia y toda su vida la pasó como un desconocido. ¡Qué curioso!

Gn 12, 4 "Abraham marchó, como le había dicho el Señor". ¿A dón-
Gn 12, 1 de? Sin rumbo. "A la tierra que te mostraré". Y pasó toda su vida peregrinando en Canaán, donde iba a ser la tierra prometida pero después de muchas generaciones. Abraham fue peregrino en su propia tierra prometida; no la conoció, podíamos decir. Dios estaba probando la fe. Y estéril, casado con una mujer
Gn 15, 5-6 estéril, le anuncia que va a nacer de sus entrañas un gran pueblo.
Gn 18, 12 Hasta la misma Sara se ríe. Pero el milagro llega cuando las entrañas fecundas de Sara dan a luz a Isaac. Pero Dios le hace
Gn 22, 2 otra prueba: sacrifícamelo, mátamelo; y Abraham, obediente a la única esperanza de su descendencia, la lleva, imagen de Jesús con su cruz a cuestas —por eso, allá en el Calvario de Jerusalén, la figura más bella es la de Isaac con su tercio de leña camino del

monte donde va a ser sacrificado—, solo que a Abraham lo detuvo el ángel: no lo mates, ya está probada tu fe. Gn 22, 12

Por eso, hermanos, este desprenderse de Abraham, este entregarse a lo imposible, esta locura de la fe es la que Dios pide. La fe es lanzarse a los brazos de Dios. La fe es creer lo que Dios dice aunque me parezca imposible. La fe es María cuando un ángel le dice que, sin perder su virginidad, va a ser madre: no lo comprendo pero hágase como tú lo has dicho. La fe pide esa entrega y por eso a Abraham se le llama no solo el padre de Israel, sino el padre de la fe. Es el modelo de la fe. Lc 1, 30-38

Cristo transfigurado es el heredero de todas las promesas salvadoras de Dios

Veamos ya cuando esa historia de Israel culmina con la plenitud de los tiempos. Es la lectura del Evangelio de hoy, es mi segundo pensamiento. Allí en la montaña de la transfiguración, aparecen personajes del Viejo Testamento descendientes de Abraham: Moisés, Elías: todo el Israel creyente, todo el Israel que espera. Moisés es el signo de la ley. Elías es el signo de los profetas. La ley y los profetas era como la constitución de Israel, lo que se había escrito como alianza entre Dios y los hombres; lo que se había escrito como voluntad de Dios siempre activa a través de los profetas. Esto dice el Señor: conserven mis esperanzas, conserven mis promesas. Y de esas esperanzas y de esas promesas vivieron todos los siglos anteriores a Cristo.

Y un día, ya Cristo está presente; ya está fundando el Nuevo Testamento, la alianza nueva y eterna; ya ha escogido a unos hombres que son el Israel de Abraham, pero que ya van entrando al Israel del cristianismo. Pedro, Santiago y Juan —ya no pertenecen al Viejo Testamento, aunque son hijos de Abraham— con Jesús y con personajes del Viejo Testamento, Moisés y Elías, aparecen en el monte de la transfiguración. Y Cristo en medio, resplandeciente su rostro como el sol, blancas sus vestiduras como la nieve. Es la figura de Dios hecho hombre, lo testifica el Padre: este es mi hijo, el amado; este es el prometido; este es el que yo dije que iba a ser fuente de bendición, descendiente de Abraham; en Él serán bendecidas todas las naciones. No se ha dado a los hombres otro nombre en el cual puedan ser salvos, fuera del nombre de Jesús. Y Jesús aparece allí como en una Pas- Mt 17, 5 Hch 4, 12

cua anticipada, como un resucitado que no tendrá ya nada que ver con la muerte y las miserias de la tierra.

Mt 17, 4 Pedro se enardece y le dice: Señor, ¡qué bueno es estar aquí! Quedémonos aquí, esto ya es el paraíso, esto ya es el destino, la

Mt 17, 9 aspiración del hombre. Y Cristo le dice: todavía no; no digan nada de esto porque tienen que venir todavía los días amargos de la pasión hasta que resucite de entre los muertos; entonces sí, anúncienlo que Cristo vive, que Cristo murió para salvar a los hombres y que sin esa muerte no hay redención. Pero no es una muerte fracaso, es una muerte condición para resucitar, es una muerte donde quedaron pagadas todas las desobediencias en el dolor de una cruz, es una muerte necesaria, amarga y difícil, para que todos los pecados de los hombres puedan ser perdonados. Lo glorioso es que de esa muerte, de esa tumba, salga resucitado. Eso es lo que se llama el misterio pascual, la Pascua que es muerte y resurrección.

Hacia esa Pascua camina la Cuaresma, camina el cristianismo. Toda su vida, toda su historia, caminando hacia la cruz y hacia la resurrección. Por eso, hermanos, no nos debe extrañar que una Iglesia tenga mucho de cruz porque si no, no tendrá mucho de resurrección. Una Iglesia acomodaticia, una Iglesia que busca el prestigio sin el dolor de la cruz, no es la Iglesia auténtica de Jesucristo.

Cristo, en la plenitud de su gloria en el Tabor, el Cristo nuestro, el Divino Salvador patrono de nuestra patria, es el sí de

2 Cor 1, 20 las promesas, dice San Pablo. Hermosa expresión. Cristo es el sí, el que le dice sí al Padre, en el que se cumplieron las promesas de perdón, de salvación. Cristo es el camino por donde los hombres caídos se convierten a Dios. Desde Abraham, pues, ha comenzado el capítulo de la conversión: *conversio ad Deum*, conversión hacia Dios. Y Cristo con su cruz y su Pascua no hace otra cosa que llamar a los hombres a su verdadera grandeza, como hombres y como sociedad. No puede haber sociedad, un nuevo modo de vivir no puede haber sin Cristo; un nuevo modo de vivir, un bienestar para todos, no lo puede haber sin la justicia de Cristo Redentor. Solo Él es el que puede inspirar, a los egoístas, el arrepentimiento; a los resentidos, el trabajo honrado y honesto; a todos, el verdadero sentido de la liberación cristiana, el redimirnos del pecado y de la muerte para ser participantes de su gloria.

La epístola de San Pablo nos recomienda traducir, en solidaridad con Abraham y con Cristo, nuestra vida cristiana

Y así viene, queridos hermanos, en la lectura de San Pablo a Timoteo, un discípulo. De Timoteo dicen que era muy enfermizo, tímido, sin embargo de mucha fe. Lo puso Pablo a cuidar la comunidad de Éfeso y le escribe esta hermosa carta: "Toma parte en los duros trabajos del Evangelio según las fuerzas que Dios te dé". No importa no tener mucha salud, lo que importa es confiar en Dios. El que predica, el que hace Iglesia, el que proclama la palabra de Dios, el que convoca al cantón para hacer una comunidad cristiana, el que educa en un colegio cristiano con verdadero sentido de Evangelio, todo aquel que quiere vivir en su familia el verdadero cristianismo, no confíe en él, confíe en Dios. 2 Tm 1, 8b

"Con la fuerza que Dios te dé. Él nos salvó y nos llamó a una vida santa". ¡Miren que hermoso eco en el cristianismo de Pablo a Timoteo, el eco de Dios a Abraham, una vocación: sal de tu parentela y busca la tierra que yo te mostraré. Esto hace Dios con cada hombre. Dichoso el que escucha ese llamado de Dios: ven, deja tu vida de pecado, deja esa situación comodona de tu dinero, de tus haciendas, de tus cosas en las cuales te quieres instalar, deja las cosas que solamente dan felicidad en la tierra y sigue el derrotero que te voy a mostrar; entrégate a la fe, entrégate al amor, vive el amor porque sin amor de nada sirve tener. El amor es lo que le da al hombre su verdadero desarrollo. La avaricia, ha dicho Pablo VI, que es la señal más evidente del subdesarrollo moral. El egoísmo es un subdesarrollo. Por eso el llamamiento a todos los cristianos en esta hora de Iglesia es el mismo llamamiento de Dios a Abraham: ven hacia la tierra que te mostraré. 2 Tm 1, 9 PP 19 Gn 12, 1

Y yo me alegro, hermanos, de que ese Israel que creó Abraham con su acto de fe y que se prolonga en el pueblo de Dios y que llega hasta 1978 en estos cristianos auténticos, que son ustedes, los que están reflexionando esta palabra, sea siempre la misma voluntad salvífica de Dios. Quiere salvar a todos, le dice Pablo a Timoteo, Él nos quiere santificar, es iniciativa suya. 2 Tm 1, 9

Queridos hermanos, la religión no es invento de hombres. Nadie se puede forjar un cristianismo a su gusto. Nadie le puede poner pautas al predicador del Evangelio según sus caprichos.

Es Dios el que nos manda predicar. Es palabra de Evangelio la que tenemos que decir. Es Dios el que toma la iniciativa de salvar al hombre. En esto está la gran diferencia entre las falsas religiones y la religión verdadera.

Las falsas religiones brotan de la voluntad de los hombres, ellos inventan cómo adorar a su Dios, cómo creer su fe, cómo organizar su vida religiosa, pero es una religión de hombres.

La religión verdadera es la de Abraham a la escucha. Ojos y oídos atentos: ¿qué dice el Señor? De allá viene la iniciativa. Y hemos de creer una fe no a nuestro gusto, sino según la voluntad del Señor. Y hemos de vivir una moral no inventada por nosotros, sino como Dios la quiere con sus mandamientos. Por eso dice Dios, mostrándonos a Cristo, su mensajero, su palabra, la plenitud de su revelación, su todo: ese es mi Hijo amado, en Él os he mandado decir todo, escuchadlo; el que lo sigue se salvará; el que quiera inventarse un cristianismo a su gusto, acomodaticio, sin conflictos, sin dificultades, perezoso, egoísta, no es mi cristianismo, no es la palabra de mi Hijo amado en quien tengo mis complacencias.

Mt 17, 5

Por eso, queridos hermanos, la Cuaresma —y de esto se trata en la liturgia de la palabra—, la Cuaresma es una revisión sincera. A propósito, en esta semana precisamente, el Papa y sus colaboradores en Roma han hecho sus ejercicios espirituales. Tenemos necesidad de revisarnos, comenzando por el Papa, los obispos, los sacerdotes, las religiosas, las instituciones y comunidades católicas. La Cuaresma es para revisarnos, porque muy fácilmente las tentaciones de Cristo en la Cuaresma son nuestras tentaciones eclesiásticas y podemos buscar un reino de Dios sugerido por Satanás y no el reino de Dios anunciado por el transfigurado, el Hijo de Dios. Cuidemos mucho en esta Cuaresma a ver cómo anda nuestro cristianismo, nuestras relaciones de familia, nuestro respeto a la ley de Dios, nuestra obediencia al Evangelio.

Queridos hermanos, esta es la liturgia de la palabra que Cristo transfigurado ha presidido hoy desde nuestra catedral. Ahora Cristo no es solo palabra, se hace hostia, se hace cáliz, se hace comunión, se hace vida. Tratemos de comulgar ahora, identificándonos en el pensamiento con Él. Vivamos nuestra eucaristía. Y ya que hoy este llamamiento del sacrificio voluntario y de la ayuda al seminario nos pone un objetivo concreto a nues-

tra fe, vamos a celebrar ya la ofrenda, el ofertorio. Seamos generosos. Compartamos nuestra pobreza con los pobres, compartamos nuestro pan con el hambriento, compartamos nuestro amor. Si no tenemos más que dar que nuestra buena voluntad, amemos; no nos cerremos en egoísmos ni en odios. La Cuaresma transfigura, la Cuaresma renueva al hombre.

Ojalá que todo el pueblo santo de Dios, al celebrar después de la Cuaresma la Pascua de la muerte y la resurrección de Cristo, sintamos que todo aquel amor que lo llevó al Calvario y toda aquella vida que exhala de todos sus poros no como un transfigurado de la tierra, sino como quien posee la plenitud de la vida eterna para darlo a los hombres, sea nuestro amor, sea nuestra vida, la de Cristo nuestro Señor, que en esto consiste ser bautizado, ser cristiano. Y la Cuaresma no es otra cosa que revivir nuestro compromiso bautismal, que nos identificó con el Cristo que por nosotros murió y que para nosotros resucitó. Proclamemos así nuestra fe.

La redención, iniciativa de Dios, Cristo la trae a los hombres

Tercer domingo de Cuaresma
26 de febrero de 1978

Éxodo 17, 3-7
Romanos 5,1-2.5-8
Juan, 4, 5-42

En esta Cuaresma, queridos hermanos, los verdaderos cristianos no olvidan que nos encontramos en una peregrinación espiritual hacia una meta bien definida: la celebración de la Pascua. Y así será de fructuosa la Pascua para nosotros —la muerte y la resurrección de Cristo— en la medida en que esta peregrinación espiritual de la Cuaresma la hayamos hecho con verdadero anhelo de redención y vida eterna. Pero así como toda peregrinación es un caminar en medio de realidades y corremos el peligro de quedamos distraídos en el camino o equivocar el camino hacia la meta, hemos de ver cada domingo la luz de la palabra que nos guía y, al mismo tiempo, las realidades que nos rodean para iluminarlas. Yo, peregrino de la Cuaresma, ¿qué debo pensar de estas realidades a mi alrededor?

Hoy, por ejemplo, al saludar con cariño fraternal a este sacerdote canadiense, el padre Guillermo Smith de la diócesis de Prull, Quebec, y recibir de parte de él un saludo fraternal del obispo de aquella diócesis de Prull, quiero sentir con toda la arquidiócesis un estímulo de solidaridad. Agradezcámosle al Señor estos gestos fraternales que han abundado en estos días de parte de obispos, de comunidades, de cristianos de otras par-

tes. Pero compartir nuestra concelebración de la misa es sentir que esta Iglesia no va sola y que vamos peregrinando con todos aquellos que sinceramente quieren sentir con la Iglesia.

Hechos de la semana

Por eso, en este marco, diríamos internacional, quiero evocar aquí dos noticias de la semana: de Nicaragua nos llega la noticia de una multa impuesta a una emisora por haber transmitido parte de la carta pastoral de los obispos que declararon que no podían callarse ante las injusticias y violaciones de los derechos humanos en aquel pueblo. Del arzobispo cardenal de París, la noticia, también por la prensa, de que no quiso celebrar una misa que le pedía el Gobierno de Argentina, en el centenario del nacimiento del general San Martín, en atención a que dos religiosas francesas han desaparecido y se quiere el esclarecimiento de este crimen. Como ven, hermanos, gestos proféticos que apoyan las actitudes de nuestra arquidiócesis queriendo ser fiel a su Evangelio. Es hermoso que los hermanos cristianos de Nicaragua están ayudando a pagar esa multa como solidarios con la voz del episcopado.

En esta semana también, hemos visto un reaccionar —esperamos que saludable y eficaz— contra esa ráfaga de incendios[1]. De parte de la Iglesia yo solo quiero recordar esto: que aquel que causa un daño en los bienes ajenos, está obligado a la restitución. No sabemos, es un misterio, el por qué de estos incendios, pero ciertamente si son voluntarios y con ello se pretende hacer daño a una persona, el criminal, el incendiario, está obligado en conciencia a restituir por el fraude o el engaño que quiso hacer con ese incendio. La moral es intransigente en esto y, para dar una absolución sacramental a un pecador que ha cometido un pecado como este, antes de absolver al pecador, le pide que restituya, y si no, es indigno de la absolución.

También se anuncia ya, para los próximos meses, un seminario sobre reforma educativa. Por las noticias sabemos que han sido invitados a participar: el presidente de la Cámara de Co-

[1] El Alto Mando de la Fuerza Armada de El Salvador convocó una reunión de emergencia para tratar este problema. *Cfr. La Prensa Gráfica*, 21 de febrero de 1978.

mercio, el presidente de ANEP[2], el rector de la universidad. Esperamos que también se tenga en cuenta la capacidad educativa de la Iglesia que tiene gran influencia en nuestro medio. La exclusión de este sector educativo podría ser fatal, porque haría muy parcial una reforma educativa que tiene que ser de mucha trascendencia para un pueblo mayoritariamente católico.

Llegan, a nuestra oficina de Socorro Jurídico siempre, muchas anomalías. No se logran arreglar los conflictos laborales en el centro de la Azucarera El Izalco ni en el Sindicato de la Unión de Trabajadores de la Construcción. Hay quejas también de campesinos buscando terrenos y quienes puedan facilitarles para subsistir, con la angustia de que ya llegan las lluvias y no tienen dónde sembrar para sus familias. Yo quiero recordar esta palabra de la encíclica de Pablo VI, *Populorum progressio* en el número 23: "Si alguno —cita aquí las palabras de la carta de San Juan— tiene bienes de este mundo y viendo a su hermano en necesidad le cierra sus entrañas, ¿cómo es posible que resida en él el amor de Dios?". Y el Papa Pablo VI comenta: "La propiedad privada no constituye para nadie un derecho incondicional y absoluto. No hay ninguna razón para reservarse en uso exclusivo lo que supera a la propia necesidad cuando a los demás les falta lo necesario. El derecho de propiedad no debe jamás ejercitarse con detrimento de la utilidad común, según la doctrina tradicional de los padres de la Iglesia y de los grandes teólogos. Si se llegase al conflicto entre los derechos privados adquiridos y las exigencias comunitarias primordiales, toca a los poderes públicos procurar una solución con la activa participación de las personas y de los grupos sociales".

1 Jn 3, 17

PP 23

Llegan también, hermanos, muchas denuncias de capturas, de desaparecidos. Quiero destacar —en una avalancha de correspondencia que llega al arzobispado acerca de Amnistía Internacional sobre desaparecidos— el caso de la señorita Lil Milagro Ramírez. Y me ha conmovido una carta de una cristiana francesa; esta, sí, dirigida en original a mí y dice: "Monseñor —es una cristiana la que le escribe y que está por la abolición de la tortura—, nosotros estamos lejos y no podemos hacer otra cosa que escribir y dirigimos a un ministro de Jesucristo. ¿Entiende usted mi llamamiento?". ¿Cómo no lo voy a entender? ¡Gracias

[2] Asociación Nacional de la Empresa Privada.

a Dios ha sido nuestra voz! Y sentimos que este apoyo internacional nos da fuerza para preguntar lo que estamos preguntando hace mucho tiempo: ¿dónde están los desaparecidos? En reunión con madres de reos o desaparecidos, hemos sufrido la angustia de quienes ven como una nube de polvo que se tienda sobre ese dolor cuando se quiere desmentir este atropello tan cruel a tantos hogares. ¡Siquiera se les informe! ¿Dónde están?

Vida de la Iglesia

Queridos hermanos, dentro del ámbito nuestro, como hogar de la Iglesia, quiero mencionar también este marco histórico de la semana. Ante todo, agradecer a mi querida arquidiócesis con sus sacerdotes, religiosos y fieles, el cariñoso homenaje del recién pasado 22 de febrero para celebrar el primer aniversario de mi episcopado en esta querida arquidiócesis. La catedral, ese día de la cátedra de San Pedro, hizo aquí una manifestación preciosa de solidaridad con su obispo y, a través del obispo, con la sede de Pedro. Esta es la unidad de nuestra Iglesia que yo quiero agradecer. De manera especial, el discurso del padre Jesús Delgado, que algunos naturalmente consideraron como ofensivo, mal intencionado. Ya sabemos, pero queremos decir aquella palabra
Mt 6, 22-23 de Cristo: si tu ojo fuera limpio, todo tu ser sería lúcido; pero como tus intenciones tal vez están compradas o son sucias, todo lo ves turbio.

De todas maneras, hermanos, yo quiero —como lo dije en aquella misma ocasión— no ser un ídolo. Jamás permitiré yo convertirme en un ídolo de muchedumbres y engañar así, por-
Jr 17, 5 que "maldito el hombre que se apoya en la carne", dice la Sagrada Escritura. Lo que dije aquí cuando me hicieron el honor del doctorado *honoris causa*: solo quiero ser un signo, como Juan
Jn 3, 30 Bautista, desaparecer la persona y que crezca la palabra eterna del mensaje de Cristo. Si en este sentido se me tributan homenajes, en lo personal ¡cómo quisiera rehuirlos!; pero cuando los enfoco hacia Cristo, el Buen Pastor, y la fe de ustedes descubre en mi pobre persona el eterno mensaje del Salvador, tengo que acogerlo y presentarlo como un ramo de rosas frescas al Divino Sacerdote, a Cristo nuestro Señor. Así, pues, el agradecimiento es de parte de nuestra fe y para invitarlos a seguir fortificando cada vez más nuestro entusiasmo y nuestra unidad con el obis-

po, para ofrecerlas juntos a aquel que es el centro de nuestra religión, nuestro Divino Salvador, Jesucristo.

En este sentido de fe también, yo les anuncio que vamos a celebrar el aniversario del asesinato del padre Rutilio Grande y de sus dos campesinos: Manuel Solórzano y Nelson Rutilio Lemus. La fecha propiamente es el 12 de marzo, pero por prudencia y para que no se miren malas intenciones, lo vamos a anticipar. El próximo domingo celebraremos una misa en el Paisnal; y aquí en la catedral, el sábado 11 al mediodía, a las 11:00, los hermanos sacerdotes del padre Grande concelebrarán una eucaristía. Tenemos, hermanos, la obligación de recoger el recuerdo de nuestros queridos colaboradores; y si han muerto bajo un signo martirial, recoger también su ejemplo de entereza, de valor, para que esa voz que quisieron acallar con la violencia no se muera, sino que siga siendo el grito de Jesucristo: no temáis a los que solo pueden matar el cuerpo, pero dejan vibrando la palabra y el mensaje del eterno Evangelio. Mt 10, 28

En este mismo sentido, también se ha solicitado la celebración de una misa en la iglesia de El Rosario, el 28 de febrero, en sufragio de los caídos en la Plaza Libertad. Que conste, queridos hermanos, no tenemos..., la Iglesia no tiene otra intención que orar por los muertos; y cuando se trata de muertos por la violencia, recoger también el mensaje de esa violencia, que lo hemos repetido aquí muchas veces: no habrá paz mientras se quiera construir la paz con la represión; solamente habrá paz cuando se respeten los derechos del hombre, entre los cuales está el derecho natural a participar en la política y en el gobierno de los pueblos para trabajar, desde los propios dones que Dios nos ha dado, al bien común de la nación. Creerse insustituibles y no querer que otros colaboren es un atropello del cual resultan —como dijo el Papa[3]— duelos que se lamentan como frutos de la violencia.

Quiera el Señor, pues, que estas oraciones por el padre Grande y sus compañeros de muerte, y también en sufragio de los otros difuntos, sean entendidos como verdaderos mensajes de la Iglesia. Que quede bien claro: que la Iglesia tiene una finalidad religiosa, y solo de esa religiosidad, de esa unión con Dios, de esa oración, derivan sus reflejos en lo social, en lo polí-

3 *Cfr.* Pablo VI, Dircurso ante el nuevo embajador de El Salvador en el Vaticano, *L'Osservatore Romano,* 18 de diciembre de 1977.

tico y en lo económico. Pero que todo grupo de liberación, todo partido político, toda agrupación que netamente busque estas finalidades terrenales no tiene que utilizar a la Iglesia en sus altas finalidades religiosas; y nadie tiene también el derecho de confundir los fines religiosos de la Iglesia cuando ellos coinciden con los fines temporales de otras agrupaciones. La Iglesia tiene una misión de transcendencia, de la cual, cabalmente, nos habla la palabra de hoy.

Pero antes quiero enviarles un saludo cariñoso a las comunidades que me dieron tan cariñosa acogida en esta semana. Los Llanitos, un simpático cantón de Ayutuxtepeque; la parroquia de Concepción, donde inauguramos una clínica con la asistencia de generosos médicos; San Matías, donde el padre Guardado nos dio una acogida con su pueblo para celebrar al patrón San Matías; Monte San Juan, pintoresca colina donde se erige un templo bellísimo, al cargo del padre Antonio Alfaro. ¡Cómo gozamos en compañía de aquella buena gente! Cursillos de Cristiandad, que en su *Ultrella* del lunes recién pasada, manifestaron propósitos de una renovación cristiana puesta al día con las exigencias actuales de la Iglesia.

También, hermanos, para pedirles una oración por la salud de nuestro querido hermano el padre Uberto Calderón, que se encuentra en la policlínica. Y pedirles mucha oración y también mucha participación en la preparación que toda América Latina está haciendo para celebrar, el próximo octubre, la tercera reunión general del episcopado latinoamericano en Puebla. Clero, religiosos, religiosas y laicos que aman de veras a la Iglesia en Latinoamérica, tienen que estar muy despiertos y aportar todo lo que puedan para que esta reunión del episcopado sea realmente la voz de las preocupaciones auténticas de la evangelización en América Latina.

Les decía, pues, hermanos, que la palabra sagrada de hoy, siguiendo un esquema desde hace muchos siglos, es como un directorio, como un esquema de escuela que se ofrece a los catecúmenos. Eran los que se estaban preparando para recibir el bautismo el Sábado Santo en la noche. Nosotros, gracias a Dios,
SC 109 ya somos bautizados, pero el Concilio Vaticano II nos invita a hacer de la Cuaresma una toma de conciencia de lo que es nuestro bautismo. Lo recibimos sin darnos cuenta, pero cada año la Cuaresma tiene que ser una conciencia nueva de lo que significa

ser yo un hombre bautizado. Y, entonces, las lecturas entresacadas de la Biblia para los catecúmenos de otros tiempos sirven para los cristianos de hoy y nos hablan del bautismo al mismo tiempo que nos van exponiendo, en una forma atractiva, la historia de la salvación.

Recordarán que hace dos domingos, primer domingo de Cuaresma, la historia de la salvación se inicia con la creación en el paraíso, y Adán y Eva en su primer pecado, y la promesa de una redención. Hace ocho días se destacaba la figura de Abraham, el hombre escogido en el pueblo antiguo para formar un pueblo de Dios, del cual va a nacer, como una promesa de redención para todos los pueblos, Jesucristo, el hijo de Abraham, el hijo de David. Y ahora surge un tercer personaje en la Cuaresma: Moisés.

Moisés, instrumento de Dios para la liberación de su pueblo

Yo les invito, hermanos, a que en esta semana ustedes mismos lean el libro del Éxodo. El Éxodo viene a ser para el Viejo Testamento —dicen los biblistas— lo que es para el Nuevo Testamento la encarnación de Cristo: el Evangelio de la encarnación. No tiene sentido el Evangelio sin aquel anuncio del ángel a María de un Dios que se hace hombre. Así también, toda la vieja historia de la Biblia arranca de aquella iniciativa de Dios: de formarse un pueblo, del cautiverio de Egipto llevarlo a la libertad, hacer con él una alianza. Y el personaje central del Éxodo, el personaje-instrumento de Dios para esta alianza, para esta liberación, para esta forja de un pueblo que se distinga con perfiles, con leyes, con institutos tan propios, es Moisés, figura gigantesca, colina del Viejo Testamento. No podemos pasar esta Cuaresma sin dedicarle a él un pensamiento, ya que la Cuaresma nos prepara para la fiesta de la redención. En la redención aparecen estos personajes presagiando ese Redentor, anunciando esa redención. Y Moisés se nos presenta en la lectura de hoy en un breve, diríamos, un relámpago, como esas fotografías que se toman a relámpago. Moisés está dando golpes con su vara a la roca de la cual brota un agua prodigiosa.

Lc 1, 26-38

Ex 17, 6

Para comprender toda la belleza de esta figura, hay que tener el marco histórico en que se leyó. Fue cuando los israelitas, huyendo de Egipto, se encuentran en el desierto sedientos y casi

blasfeman: ¿está o no está Dios con nosotros?, ¿nos vas a dejar
Ex 17, 3 morir de sed? Mejor no nos hubieras sacado de aquel cautiverio. ¡Qué difíciles son los pueblos ante los que los quieren redimir! Y Moisés se dirige a Dios —es el escape de todo profeta, orar—:
Ex 17, 4 ¡Señor! ¿qué hago con este pueblo? Me van a apedrear, me van a matar. Y Dios, con la serenidad de la omnipotencia, Él, que va guiando por pasos difíciles que parecen imposibles a los pueblos, calma a Moisés.

Hermanos, la actitud del pueblo en un desierto, muriéndose de sed y que luego se hace historia de Israel, pueblo también de estepas, de arideces; el agua tiene un lenguaje único, el agua que nuestras bocas sedientas toman con avidez. De allí toma su figura este liberador para transmitir a la posteridad cristiana, lo que ha de ser la redención.

La redención que Cristo trae al mundo

Por eso, cuando Cristo nuestro Señor quiere explicar en qué
Jn 4, 13-14 consiste la redención que Él trae al mundo, usa esa palabra: el que tenga sed, venga a mí y beba. Pero creo que entre las explicaciones de Cristo —valiéndose de esta comparación, el agua— no hay un pasaje más bello que el que se ha leído hoy en el Evangelio de la samaritana.

Es una bonita catequesis del bautismo. Si queremos comprender qué ha hecho Cristo conmigo cuando mi padre y mi madre me llevaron al bautismo, leamos el pasaje de la samaritana y tendremos una idea en esta Cuaresma, para darle gracias a Dios por ser un pueblo de bautizados. Es una lástima, hermanos, que vivimos una dignidad, una grandeza tan excelsa, ser bautizados, y no haber comprendido lo que significa ese momento que tal vez se ha quedado allá entre los recuerdos de la infancia, pero que no es para nosotros un motivo de gratitud a Dios, un compromiso con nuestro Señor.

Gracias a Dios que las comunidades actuales están estudiando y reflejando muy a fondo la responsabilidad del bautismo. Por eso, insistimos, hermanos, escúchennos bien, que hoy para bautizar a un niño es necesario que reciba unas explicaciones prebautismales. No hagamos del bautismo un acontecimiento social, solamente para hacer una fiesta en la casa, para entrar en parentesco de compadres con un personaje que tal vez nos con-

viene socialmente, políticamente. No es eso el bautismo. Es que va a crear una nueva relación con Dios el que nació hijo de sangre y de la carne. Oigamos cómo Cristo va instruyendo a esta mujer, hasta convertirla a la fe.

La primera escena parte de una necesidad fisiológica: tener sed. Una mujer que llega con su cántaro al pozo y un judío que le pide: dame de beber porque tengo sed. Es mediodía, de verdad Cristo tenía sed. Y le pedía, de verdad, agua del pozo a la samaritana. Pero el primer impulso de aquella mujer, las relaciones humanas, políticas: ¿cómo me pides de beber tú, que eres un judío, a mí, que soy una samaritana?, ¿que no ves que no nos podemos entender? Jn 4, 7 Jn 4, 9

Y Cristo parte de esta realidad mezquina, pequeña, de los hombres para orientarla a la transcendencia: ah, si supieras quién es el que te pide, tú le pedirías y Él te daría un agua viva que salta hasta la vida eterna. La mujer todavía entiende las cosas materialmente: ¿cómo me vas a dar agua tú, si no tienes con qué sacarla de este pozo?, ¿que acaso eres más grande tú que nuestro padre Jacob que nos dio este pozo? Jn 4, 10 Jn 4, 11

¡Qué pequeñas son las miradas del hombre cuando solo mira la inmanencia, las cosas de la tierra! Por eso les decía antes: no confundan la perspectiva de Cristo con la perspectiva del hombre; no confundan nunca la liberación del cristianismo con las liberaciones temporales, económicas, sociales, políticas. Lamentablemente, este es un grito de calumnia contra la Iglesia, queriendo confundir sus rectas intenciones trascendentes. Como la samaritana, se parecen los necios de hoy: "la Iglesia se mete en política", "la Iglesia es subversiva", "la Iglesia solamente predica a los pobres".

Hermanos, es la visión miope de las liberaciones de la tierra. Cuando un grupo liberador quiere manipular la Iglesia para sus fines temporales, está abusando de la Iglesia y la Iglesia no se deja. También cuando un grupo de prepotencia o de política, de dominio, quiere utilizar a la Iglesia para sus fines, se quiere manipular la Iglesia y la Iglesia no se puede dejar. Es Cristo que no quiere perder su perspectiva de eternidad que le está ofreciendo a la samaritana por una visión de sed. Prefiere sacrificar la sed de su garganta pero no traicionar la finalidad de esta sed eterna que Él está queriendo saciar en aquella mujer, que tiene sed de cosas mucho más graves que la sed de su garganta.

El hecho es que viene la segunda escena donde Cristo eleva a esta mujer, la invita a una relación de fe. Y la mujer, cuando le
Jn 4, 16 dice Cristo: "Vete a llamar a tu marido"; la mujer es franca y le
Jn 4, 17-18 dice: "No tengo marido". Cristo es franco también: "Has dicho verdad, cinco hombres has tenido y el que tienes hoy no es tu marido". ¡Qué triste es la realidad de la gente que cree que no tiene sed de cosas espirituales cuando se está muriendo en la miseria moral! Por eso, hermanos, la Iglesia se asocia a las liberaciones de la tierra, pero para darles un sentido trascendente, para decirles: no se contenten únicamente con las cosas temporales; miren más allá.

Entonces, cuando la mujer se ve sorprendida en su vida íntima, hace esta confesión: "Señor, veo que eres profeta". Y quizás,
Jn 4, 19 como quien quiere rehuir la conversación, lo lleva a un tema pro-
Jn 4, 20 fético y le dice: ya que tú eres profeta, ¿qué piensas tú de esta controversia entre judíos y samaritanos? Ustedes los judíos dicen que a Dios hay que adorarlo en Jerusalén, en el templo, y nosotros decimos que aquí. Y estaba el pozo de Jacob al pie del monte Garizim, donde, según la tradición samaritana, se erigieron los primeros altares del pueblo de Dios. Y Cristo le responde con la li-
Jn 4, 21-23 bertad de los verdaderos hijos de Dios: no te fijes en controversias religiosas, ya llega la hora, ya está aquí. Él, que es redentor, sabe que va llegando esa hora en que Dios es adorado no en esta montaña ni en Jerusalén, Dios es adorado "en espíritu y en verdad".

Dios es espíritu, no necesita templos. El templo de Jerusalén tuvo un sentido relativo, como todos los templos de la tierra. ¡Que se roben los templos de Quezaltepeque, qué importa! No es eso la religión. Que nos roben los templos materiales, de esto está llena la historia de la Iglesia. No es por eso que está la Iglesia en la tierra. La Iglesia es otra cosa, le dice Cristo. La Iglesia busca adoradores de Dios "en espíritu y en verdad"; y esto se puede hacer bajo un árbol, en una montaña, junto al mar. Donde haya un corazón sincero que busca sinceramente a Dios, allí está la verdadera religión. Esto, hermanos, que escandaliza a muchos, porque muchos han querido amarrar a la Iglesia a estas cosas materiales, y a esto llaman prestigio, a esto llaman fidelidad, a sus tradiciones, esto a veces son traiciones a la verdad de la Iglesia. Dios es espíritu y no necesita los poderes y las cosas de la tierra, busca sinceridad en el corazón. Un llamamiento a la samaritana que se convierta por encima de todas sus tradiciones

y de todas las controversias. Ya está llegando la pecadora al punto en que Cristo la quiere encontrar.

Por eso, aquel diálogo tan interesante junto al pozo termina con una inquietud de la samaritana: Señor —le dice— yo sé que Jn 4, 25
vendrá un Mesías. Cuando ese Mesías venga, él nos va a enseñar todo. Y entonces aflora la belleza del diálogo, cuando Cristo brevemente le dice en el versículo 26: "Yo soy, el que estoy ha- Jn 4, 26
blando contigo". Qué hermosa revelación, cuando un hombre llega a través de sus miserias, a través de sus miopías, a través de sus cosas de la tierra, que se ha dejado elevar poco a poco por Cristo y ese Cristo se le descubre en la satisfacción profunda de la conciencia: "Yo soy, el que estoy hablando contigo". Hoy Jn 4, 26
mismo, queridos hermanos, cada uno de ustedes, yo mismo, sentimos, si de veras hemos venido a nuestra misa con fe, que nos encontramos con Cristo. Por eso les digo: no es mi persona ni mi palabra de hombre la que interesa en mi mensaje de ministro de Cristo —como me dice la francesa—, yo no soy más que una voz de aquel ser oculto que se quiere encontrar contigo. Ojalá mi pobre palabra despertara esa inquietud de tantos y tantas que, como la samaritana, ansían redención pero la buscan en un cántaro de agua, en un pozo bajo tierra y no se elevan con Cristo a encontrarse en la belleza de aquella verdadera redención: "Yo soy, el que hablo contigo".

Y cuando la mujer siente que ha encontrado al que ha esperado todo su pueblo durante tantos siglos, deja su cántaro olvidado, ahora sí sobra el cántaro, y sale corriendo a la ciudad de Siquém y anunciando a todos: "¡Vengan a ver! ¿Será este el Jn 4, 26
Mesías? Me ha dicho todo lo que he hecho". No le avergüenzan ya sus pecados. Hermanos, la Iglesia no se avergüenza de sus pecados, sabe que es humana, sabe que está compuesta de nosotros, miserables, frágiles. Cuando los enemigos nos echan en cara los pecados de la Iglesia, no se dan cuenta que nos están elogiando en la autenticidad. ¡Si somos una Iglesia de hombres, una Iglesia de frágiles, una Iglesia de pecadores! La Iglesia de la samaritana que va diciendo a los samaritanos, sus paisanos: me ha dicho que tuve cuatro hombres y no tengo marido; me ha dicho la verdad, vengan a ver.

Cuando ese descubrimiento de nuestras miserias se recibe con humildad y se ilumina con fe, cuando hay buena voluntad, hermanos, hasta en las deficiencias de la Iglesia se encuentra a

Cristo. Pero cuando el ojo está sucio, cuando hay intenciones tan viles en los calumniadores, cuando las plumas están bien pagadas para calumniar y los locutores de radio lo mismo les da vender su voz a la verdad que a la mentira, entonces no hay sinceridad y el mismo Cristo puede hablarles y no convertirlos, porque Cristo dice: no todos reciben con buena voluntad este mensaje y esta palabra.

Entonces la samaritana se ha convertido en apóstol y como apóstol atrae muchedumbres a Cristo. Y esta es la última escena de este diálogo precioso de Cristo con la samaritana. Podíamos llamar esta última escena: la hora de la Iglesia. Ya no será Cristo el que predica personalmente, será Él a través de la samaritana, será Él a través de todos los pueblos que vayan creyendo en Él. Y venía la muchedumbre de samaritanos a convencerse y a creer.

Jn 4, 42 Y le decían a la samaritana: ya no creemos por lo que tú nos has dicho, sino que lo hemos visto y lo hemos oído y ya Él nos ha dicho: "Yo soy".

Esta es, hermanos, la resolución de todo acto de fe. Puede comenzar por el consejo de una mamá, de una esposa, de una novia, de un amigo, de un libro; a través de esa lectura, a veces sin sentido, nos inquieta algo y vamos buscando; y llega un momento en que ya no es el libro, ni la mamá, ni la novia, ni la

Jn 4, 26 esposa, sino que la voz se presenta clara: "Yo soy, el que estoy hablando contigo" en el silencio de esta oración, en el secreto de esta Iglesia, en la sinceridad de tu corazón, nos hemos encontrado, ya eres cristiano. Esta es la Cuaresma. Por eso, cuando

Jn 4, 35-36 Cristo terminaba su relato les dice a los apóstoles: levanten la mirada, miren los campos, las faldas del Garizim, los campos regados por las aguas de este pozo; ¿no dicen ustedes que hay cuatro meses entre la siembra y la cosecha?, pero yo les digo: esta siembra de Dios, estos trigales de la Iglesia, no necesitan tiempo para sembrarse y madurar, porque el mismo segador está recibiendo la paga del sembrador, es obra de Dios, la hora de la Iglesia.

Hermanos, ahora también en la arquidiócesis, Cristo nos invita a levantar la mirada. Miren cómo blanquean las mieses para la cosecha; miren, mientras las abonan aquellos que la persiguen, cómo el abono que es estiércol se convierte en cosecha, en las almas buenas perseguidas, en las incomprendidas, y están dando cosechas abundantes. Es la hora de la Iglesia.

La salvación es iniciativa de Dios

Por eso, hermanos, termino con la segunda lectura donde San Pablo nos describe el secreto de esta cosecha de Iglesia. ¿Por qué se convirtió la samaritana? ¿Por qué se convirtieron los samaritanos? ¿Por qué se convierten los hombres que hace algunos meses se habían alejado de la Iglesia y ahora están volviendo? ¿Por qué hay una conversión, una penitencia en el corazón del pecador, del hombre frívolo, de la juventud? Hermanos, qué encantador es ver que ahora jóvenes que antes dilapidaban su amor y su juventud están encontrando algo serio en aquel que los llama de la sed de las cosas de la tierra, de la sed de pasiones, de la sed de inmoralidades, a esta sed nobilísima del reino de Dios. Son comunidades de jóvenes, son comunidades de matrimonios, son cosechas de almas por todas partes que de veras están exigiendo brazos para recoger esta cosecha. ¿Por qué? San Pablo nos dice hoy: la iniciativa es de Dios.

En esto conocemos el amor infinito de Dios... Ymeditémoslo mucho, hoy que se acerca la Semana Santa; cuando miremos pasar al dulce "Nazareno de la túnica morada" —como dijo el poeta—, no lo miremos como una poesía, como algo folclórico de nuestras tierras, las bellas celebraciones de Semana Santa; recordemos en la imagen del Nazareno, en la imagen del crucificado, en el Cristo resucitado, el infinito amor de Dios que San Pablo nos describe hoy con un rasgo incomparable; dice: en esto conocemos el amor de Dios, en que siendo todavía enemigos de Dios y siendo miserables pecadores, nos mandó a su Hijo a salvarnos. Rm 5, 8

¿Quién da su vida por otro hombre? Si acaso por un hombre de bien habrá quien la dé —dice San Pablo—, pero dar su vida, y vida de Dios, por un pecador, esto es una locura de amor, la locura del amor de Dios; el que no siente asco por nosotros, los primeros pecadores, y por aquellos que nos quieren sacar los trapos al sol, siendo los más pecadores porque no miran la viga que llevan en su propio ojo, queriendo sacar la basura del ojo ajeno. Todos somos pecadores y todos tenemos que volvemos hacia Dios. Y este es el llamamiento de la Iglesia a todos, a sus hijos, aun a los más santos y a sus hijos pecadores y a los que no son de su reino, a todos los hombres. Por todos ellos quiere la Rm 5, 7 Mt 7, 3-5

Iglesia imitar en algo al Señor, que da su vida aun por aquellos que son sus enemigos y que se conviertan, el amor de Cristo.

Y queda la conversión. Y San Pablo, en la segunda lectura de hoy como que define el panorama psicológico de la samaritana. Fíjense, comparen, hermanos, con qué ánimo venía la samaritana cuando venía al pozo y compárenla, su espíritu con que va ahora de vuelta a su pueblo. Está convertida y siente lo que San Pablo nos ha dicho en la carta de hoy: "Hermanos, estamos en paz con Dios. Por Él hemos obtenido con la fe el acceso a esta gracia en la esperanza, nos gloriamos apoyados en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios". ¡Qué bella es la vida, hermanos, cuando nos hemos encontrado con aquel que viene a salvarnos! ¡Qué bella es la vida cuando se lleva paz en la conciencia y esperanza de los bienes futuros! ¡Qué valiente es la situación de un cristiano, no le tiene miedo a las armas ni a las torturas ni a los atropellos cuando lleva la paz de decir la verdad y la esperanza de recoger un premio por la fidelidad en esta tierra! Esto es lo que tenía la samaritana; esto es lo que van recibiendo todos los que se convierten.

Rm 5, 1-2

Y mi homilía de hoy, pues, hermanos, a los bautizados y tal vez a los no bautizados, a los que han sido fieles o traidores a su bautismo es para hacerles un llamamiento: acerquémonos a nuestra Semana Santa, tal vez distraídos como la samaritana, buscando agua de esta tierra pero con un ansia de encontrar el agua que salta hasta la vida eterna; recordemos, en este Sábado Santo, que el bautismo que nos dieron hace muchos años hizo brotar en nuestro interior, en nuestra intimidad, una fuente de aguas vivas. Allí la llevas, ¿por qué te estás muriendo de sed? Siéntela, vívela, hazla florecer. Esta es la Semana Santa que queremos, una Semana Santa en que florezca esa fuente del bautismo que cada uno lleva y que por la fe, por la penitencia, por la oración, por el amor, nos vuelva a Cristo que, por iniciativa del Padre, ha venido a dar su vida por nosotros. Vamos a hacer un acto de fe en estas sublimes verdades.

El bautismo, vocación y participación en la vida divina

Cuarto domingo de Cuaresma
5 de marzo de 1978

1 Samuel 16, 1b.6-7.10-13a
Efesios 5, 8-14
Juan 9, 1-41

La Cuaresma, queridos hermanos, sigue su peregrinación y encuentra un signo en Cristo, durante cuarenta días en una vida sumamente austera; y también otro signo, muy propio de nuestros pueblos: el Nazareno del *vía crucis*, Cristo con su cruz a cuestas. Vamos en pos de Él sabiendo que ese Cristo, ayunando en el desierto o perseguido con su cruz para el Calvario, no es un ser distinto, separado de nosotros, sino que su amor de Dios y su omnipotencia le inspiró hacer con nosotros una sola vida. La Iglesia es prolongación de la vida de Cristo y el pueblo cristiano en todas partes siente que en la Cuaresma camina como Cristo con su cruz a cuestas. Así encontramos, entonces, que nuestra historia, nuestro ambiente, El Salvador, nuestra manera histórica de vivir, no es separada de Cristo. También el pueblo se siente en Cuaresma, se siente camino de un *vía crucis* y, por eso, no podemos prescindir, al explicar la palabra de Dios, de la realidad histórica por donde va pasando este *vía crucis* de nuestro pueblo.

Reflexión a propósito de los aniversarios del padre Rutilio Grande y del desalojo de la Plaza Libertad

Así tenemos que en esta semana estamos llegando a aniversarios muy trascendentales. El martes se celebró, en la iglesia de El Ro-

sario, el aniversario del desalojo de la Plaza Libertad, con una misa por los difuntos. Hoy como a las diez y media, vamos a anticipar el aniversario del asesinato del padre Rutilio Grande y dos campesinos que murieron con él el año pasado. El próximo sábado 11, aquí en la catedral a las 12:00, se celebrará una concelebración para sufragio también del padre Grande y de los que cumplen años de haber muerto. La misa de hoy será en la tumba del padre, allá en El Paisnal, como a las diez y media. Ante estas celebraciones, es necesaria una aclaración porque los momentos de este pueblo se prestan a muchas confusiones y hay quienes se interesan en aprovechar la confusión para calumniar, para distorsionar la verdadera misión de la Iglesia. Tres cosas quiero decir a propósito de estos aniversarios: primero, la intención de la Iglesia; segundo, el deber del gobierno; y tercero, el deber de los cristianos.

La intención de la Iglesia, al convocar al pueblo para celebrar los aniversarios de sus muertos, en primer lugar es orar por los difuntos. Nuestros difuntos necesitan mucha oración y la Iglesia tiene organizada su plegaria, y uno de los días privilegiados para orar por sus muertos es el aniversario. Por eso, la primera intención nítida de la Iglesia es orar por sus muertos. Pero también otra intención tiene la Iglesia: consolar a los que lloran la separación de esos muertos. Esa es otra finalidad pura de la mente religiosa y evangélica de la Iglesia: consolar a los que lloran a sus muertos. Y tercero, también reflexionar y llamar a la conversión a los que han sido causa de atropellos, de asesinatos, de muerte, que han dejado en la orfandad y en el dolor a las personas que los lloran.

Y en esta reflexión no debemos de olvidar que una de las finalidades de la Iglesia es ésta, en el campo político. La Iglesia no pretende poder político ni basa su acción pastoral sobre el poder político ni entra en juego de los diferentes partidos políticos ni se identifica con ningún partido político. Pero la Iglesia tiene que decir su palabra autorizada aun en problemas que
GS 76 guardan conexión con el orden público "cuando lo exigen los derechos fundamentales de la persona humana o la salvación de las almas". Todo esto es del Concilio. La Iglesia, pues, defiende los derechos humanos de todos los ciudadanos, debe sostener con preferencia a los más pobres, débiles y marginados; promover el desarrollo de la persona humana, ser la conciencia crítica

de la sociedad. La Iglesia tiene que ser la conciencia crítica de la sociedad, formar también la conciencia cristiana de los creyentes y trabajar por la causa de la justicia y de la paz.

Una Iglesia que no cumpla estas finalidades con claridad no es la verdadera Iglesia del Evangelio. Y cumplir estas finalidades no es meterse en política, sino, simplemente, cumplir su misión evangélica de iluminar los deberes morales de la sociedad y de los hombres. De allí, queridos hermanos, que es —creo yo— muy providencial que la Iglesia disfrute de plena libertad en el cumplimiento de esta misión aun para el gobierno y para el pueblo; encontrar esta libertad donde los hombres puedan respirar, donde los hombres puedan cantar con alegría el himno nacional, donde puedan escuchar, en la voz de sus pastores, sus legítimas aspiraciones. Y esto es, gracias a Dios, lo que está haciendo nuestra Iglesia.

Por eso es peligroso tocar esta libertad de la Iglesia, porque es como cerrar otra válvula de escape y hacer más intenso y fuerte el ambiente de represión donde los pueblos no pueden tolerar mucho tiempo. Por eso quiero yo agradecerle y felicitar al padre Alejandro Peinador, que representó este papel de la Iglesia al celebrar la misa en la iglesia del Rosario y también defendió la incolumidad de las puertas abiertas de la Iglesia. También queremos en este momento pedir justicia para aquellos que han sido presos en estas circunstancias; desde luego, que no se les torture y que se les someta a un juicio justo si es necesario.

Entonces, el papel de la Iglesia, pues, en estos aniversarios, en estas celebraciones, que quede bien claro: es la voz de los derechos humanos, es la voz de la conciencia del pueblo, es la oración que trasciende hacia Dios y que desciende en consuelo para las familias que ponen en ella su esperanza; y, por eso, la libertad de creer, de amar a Dios, de invocarlo como uno quiere, es uno de los derechos más sagrados de la persona humana.

En segundo lugar, ante estas circunstancias es un deber de los gobiernos respetar y canalizar el derecho de igualdad y de participación. Las palabras que ahora voy a leer no son mías, sino del papa Pablo VI en su carta *Octagesima adveniens* que fue escrita al cumplirse ochenta años de la encíclica *Rerum novarum*, poniendo al día aquella doctrina social de León XIII. Y entre otras cosas, dice esta bella observación, en el número 22: "...se manifiesta en estos contextos nuevos [sociales y económicos y OA 22

políticos] una doble aspiración más viva a medida que se desarrolla su información y su educación: aspiración a la igualdad, aspiración a la participación; dos formas de la dignidad del
OA 25 hombre y de su libertad". "No pertenece al Estado ni tampoco a los partidos políticos que se cerrarían sobre sí mismos, el tratar de imponer una ideología por medios que desembocaran en la dictadura de los espíritus, la peor de todas [...]. La verdad no se impone más que por la fuerza de la verdad misma, que penetra el espíritu con tanta dulzura como potencia". Hasta aquí la cita del papa Pablo VI.

Como ven, pues, hay dos como signos de los tiempos y son: la aspiración a la igualdad y la aspiración a la participación de todos los ciudadanos en el bien común. El derecho y el deber del gobierno es encauzar esas justas aspiraciones, no tratando de imponer ideologías "que desembocarían —dice el Papa— en una dictadura de los espíritus". De ahí la urgencia de quitar las verdaderas raíces de las violencias, de los terrorismos. Mientras no encuentre el pueblo cauces legítimos para vivir estas legítimas aspiraciones, a participar en el bien común, siempre habrá malestares. La represión no es el camino, sino el encauzar por caminos legítimos estas aspiraciones que no se pueden contener en el pueblo y en el hombre.

Y por eso, hermanos, una tercera observación: el deber de los cristianos. Los documentos del Concilio, sobre todo *Gau-*
GS 73 *dium et spes*, número 73, y el decreto sobre la actividad de los
AA 14 seglares, de ustedes, los que están en el mundo, número 14, señala el compromiso político de todos los cristianos como un verdadero campo de apostolado. De tal manera que ningún cristiano debe decir "yo no me meto, yo no me comprometo", porque esto sería ser mal cristiano siendo también mal ciudadano. Por eso, todo cristiano tiene que participar, tiene que sentir como un campo de su apostolado cristiano el colaborar con su voto, con su capacidad política en el bien común. Esto exige lo que dijimos antes: que se canalicen las diversas opciones políticas de los hombres. No se debe de crear un solo canal para que todos vayan por allí, sino que respetar el pluralismo que es una exigencia de los tiempos nuevos.

Eso sí, aquellas personas —sacerdotes, religiosos, religiosas y también laicos— que tienen alguna dirigencia en el campo pastoral no deben de tomar funciones de militancia y de liderazgo.

Tienen derecho a expresar sus simpatías políticas, pero no a tomar bandera y ser líderes y militar en una forma de liderazgo, porque tienen que ser, ante todo, signo de unidad y de libertad evangélica. Esto para aquellos cristianos que tienen funciones de dirigencia, que están, pues, desde el lado jerárquico, orientando al pueblo. Comisión de laicos, sacerdotes, religiosos, etcétera, tenemos ya que ser en el mundo signos de unidad; no parcializamos en forma de líderes para ningún lado, para conservar también nuestra libertad evangélica y cumplir así, lo que decíamos antes, el papel de la Iglesia de ser conciencia crítica y ser severos con las faltas, vengan de donde vienen.

También, hermanos, aquí tengan en cuenta la fidelidad a la doctrina de la Iglesia, aunque no sea con papel de militancia, de dirigencia, de liderazgo; pero un cristiano tiene que tener en cuenta su fe; cuando se mete a alguna agrupación, no debe traicionar lo que le exige su cristianismo. Vuelvo a leer al papa Pablo VI, en el mismo documento *Octogesima adveniens,* en el número 26, dice así: "El cristiano que quiere vivir su fe en una acción política concebida como servicio [eso es la política, un servicio, no una ganga, la política concebida como servicio], el cristiano tampoco puede adherirse, sin contradicción, a sistemas ideológicos que se oponen radicalmente o en los puntos sustanciales, a su fe y a su concepción del hombre". OA 26

Y luego concreta en dos casos. Es el Papa que sigue hablando: ni "a la ideología marxista [ni a la ideología marxista], a su materialismo ateo, a su dialéctica de violencia, y a la manera como ella entiende la libertad individual dentro de la colectividad, negando al mismo tiempo toda trascendencia al hombre y a su historia personal y colectiva". Aquí está un resumen de la ideología marxista, que no puede ser opción de un cristiano, porque un cristiano no puede aceptar el materialismo ateo, la dialéctica de la violencia, ni concebir una libertad individual dentro de una colectividad como el marxismo la concibe, ni negar la trascendencia del hombre y de la historia personal y colectiva. OA 26

Pero por otro lado —fíjense bien— un cristiano tampoco puede optar por una "ideología liberal, que cree exaltar la libertad individual sustrayéndola a toda limitación, estimulándola con la búsqueda exclusiva del interés y del poder, y considerando las solidaridades sociales como consecuencias más o menos automáticas de iniciativas individuales y no ya como un fin y un OA 26

criterio más elevado del valor de la organización social". Aquí quedan, pues, excluidas de la opción política de un cristiano tanto del marxismo ateo como el liberalismo capitalista y egoísta que solamente tuviera una finalidad de enriquecerse y de poseer el poder para sus propios intereses.

Y otra cosa, finalmente hermanos, no tratar de identificar a la Iglesia con sus ideologías. La Iglesia cumple su deber de orientar, como lo estoy haciendo ahora; pero ninguno de los que se sientan orientados por la Iglesia tiene el derecho de decir: "Soy aquí la Iglesia; mi agrupación y la Iglesia son una sola cosa". Eso es falso. La Iglesia mantiene su autonomía, su independencia sobre todo partido, sobre toda ideología, aunque señala las materias en las cuales no se puede comulgar siendo cristiano y, al mismo tiempo, respetando las opciones que son legítimas para un cristiano. Creo que es necesario, pues, —y en este campo en que ahora está de tanta actualidad— aclaremos siempre las ideas, hermanos; sobre todo aquellos que tienen inquietudes sociales, sepan orientarlas a la luz del Evangelio.

Vida de la Iglesia

Ahora comprenden por qué, en este marco de la homilía, tratamos de ser concretos a las situaciones del país, de la arquidiócesis. Es allí donde se mueve esta Iglesia de la cual tengo también para ustedes noticias de familia.

En primer lugar, que mañana tendremos la reunión de sacerdotes, especialmente para prepararnos a dar la opinión de la arquidiócesis en la reunión de obispos que va a tener lugar en Puebla, en octubre: la reunión general de los obispos de América Latina. También mañana, aprovechando la reunión del clero, hará su presentación nuestro querido hermano, obispo auxiliar, monseñor Marco René Revelo, a quien esperamos con verdadero cariño fraternal.

Por las comunidades, quiero alegrarme también e invitarles a ustedes a una alegría cristiana con la comunidad de Zacamil, que celebró una convivencia precisamente inspirada en un tema muy espiritual: contemplación y acción. Y hemos visto la conveniencia de que haya mucha oración en nuestras comunidades para que nuestra actividad no sea activismo estéril, sino que sea verdadera acción de Iglesia. También quiero saludar y agradecer

a la comunidad del cantón Tecoluco de San Pedro Perulapán, donde celebramos al patrón San Antonio con mucha alegría de aquella gente. Felicitar a Chalatenango por su curso para catequistas, que está ya llegando a su fin. También saludar y felicitar al equipo de pastoral de la parroquia de Lourdes y Colón, que ha inaugurado este domingo su trabajo pastoral y su catequesis. Como ven, pues, se está trabajando con verdadero sentido de Evangelio y de pastoral.

Llega, en este momento, una triste noticia: que se incendió la manzana ubicada sobre la avenida Cuscatlán y octava calle oriente. Ya dijimos nuestra queja, nuestra solidaridad con los que sufren, y el reclamo de la moral de la Iglesia: todo aquel que sea culpable de daños graves, como son los incendios, peca gravemente y no encontrará el perdón mientras no restituya el mal que ocasiona con estos actos criminales.

Ahora, hermanos, habiendo muchas otras cosas, sin embargo, creo que lo dicho es suficiente para que comprendamos el bello mensaje que la Cuaresma nos da en su cuarto domingo. Saben que la Cuaresma es la preparación del pueblo cristiano para celebrar la muerte y la resurrección de Cristo que se llama el misterio pascual. La Cuaresma, un caminar hacia la Pascua. Por eso, la Pascua no termina el Viernes Santo. Quiero recalcar mucho esto, porque tenemos que derribar una tradición muy negativa entre nosotros. Para muchos católicos, toda la Semana Santa es el Viernes Santo, enterrar a Cristo en el Santo Entierro. Eso sería tener una religión de fracasados, sería creer en un muerto. Pero Cristo murió por amor, pero resucitó como Dios y eso es lo grande, que la muerte de Cristo fue rubricada por la resurrección y la resurrección es la garantía de nuestra redención. Por eso, un verdadero cristiano no se contenta a asistir al Santo Entierro, sino que debe de llegar hasta el Sábado Santo en la noche, cuando cantamos el triunfo definitivo de nuestra redención. Hacia allá camina la Cuaresma y la Semana Santa, hacia la noche santa del sábado de la resurrección. Acompañemos, seamos Iglesia hasta esa noche, que trataremos de hacer aquí una noche verdaderamente de victoria: la victoria de la esperanza y de la fe. Para este pueblo, marcado por la cruz y el camino del calvario, no le conviene terminar con un Cristo muerto. Por eso, quizás, para muchos la religión es pesimismo, es conformismo, es pérdida de valor. Pero aquel que celebre la Semana Santa

aflorando en la Pascua llena su corazón de esperanza y, aunque ahora camine con su cruz a cuestas y sea torturado y martirizado, incomprendido, atropellado, como Cristo el Viernes Santo, sabe que la historia no termina allí, que después de tres días, no sabemos cuándo, pero vendrá también para el pueblo salvadoreño la esperanza hecha realidad: la Pascua.

Por eso, hermanos salvadoreños, para darle a nuestro esfuerzo por la liberación, para hacer de nuestro pueblo redimido un pueblo de esperanzas cristianas, yo les invito a que celebremos la Semana Santa como debe ser: hasta la Pascua. Desde ahora les anuncio una noche de Sábado Santo verdaderamente victoriosa. Ya hay una juventud que está preparando esta liturgia del Sábado Santo. Y todos los jóvenes que quieran inscribirse en este canto de esperanza de la Iglesia son llamados a participar; lo mismo que todos los adultos y todos los niños, para que vean lo que la Iglesia siembra en Semana Santa, no un dolor que termina en un Santo Entierro; eso sí, para cantar gratitud al amor que tanto sufrió, pero también una esperanza para cantar aleluyas a aquel que venció y que nos promete a nosotros también vencer en esta lucha por la liberación genuina del pueblo.

Así, entonces, las lecturas de hoy nos orientan hacia la Pascua. Es una bella catequesis la que nos ofrecen las tres lecturas de hoy, precisamente para hacemos tomar conciencia del bautismo. El bautismo que antiguamente lo recibían el Sábado Santo en la noche, porque Cristo resucitado está viviendo hoy en sus bautizados, en su pueblo sacerdotal, participante de la redención por el bautismo. Entonces, las lecturas de Cuaresma eran verdaderas catequesis para instruir a los que se iban a bautizar o para recordar la conciencia de los ya bautizados, la grandeza, la esperanza, la alegría de ser cristiano. Así tenemos, hermanos, en las tres lecturas de hoy, estas tres ideas: el bautismo, una vocación; segundo, el bautismo, una participación en la vida divina; y tercero, el bautismo provoca una crisis entre el bautizado y la sociedad en que vive.

El bautismo es una vocación

¡Qué bella lección! ¡Qué actualidad tiene esto para nosotros bautizados! En primer lugar es una vocación. Dios se revela y llama al hombre. El hombre va creciendo en su fe hasta descu-

brir en Cristo a Dios que lo llama y se le entrega. Este es el sentido de la primera lectura, precisamente, cuando Dios rechaza al rey Saúl y le dice a su profeta Samuel que ha escogido otro rey según su corazón; que vaya a Belén, a la casa de Jesé y que Dios le va a inspirar cuál de los hijos de Jesé ha sido escogido para ser el rey futuro de Israel.

Samuel tiene miedo porque la represión de Saúl es terrible: me va a matar ese rey si sabe que yo ando buscando otro rey. Y 1 S 16, 2
Dios le aconseja cómo tiene que hacer. Y así va simulando que va a celebrar un sacrificio. Le dice a Jesé: muéstrame a tus hijos. Y van pasando; y cuando mira al mayor de estatura muy elegante, fuerte, Samuel piensa que aquel es el futuro rey. Y Dios le dice: no es ese, [...][1] son las apariencias, pero yo miro el corazón. 1 S 16, 7
ya te lo indicaré. Y fueron pasando los ocho hijos de Jesé y cuando acabaron de pasar y Samuel no encuentra la inspiración de Dios en ninguno de ellos, le dice a Jesé: "¿Ya no hay más 1 S 16, 11
muchachos?". "Sí —le dice Jesé— falta el más chiquito, está cuidando el rebaño". "Llámalo —le dice el profeta—, que no comeremos hasta que venga". Y cuando viene David, jovencito, ¡quién iba a pensar!, Dios le dice a Samuel: ese es el que yo he 1 S 16, 12-13
escogido para rey, según mi corazón. Y entonces Samuel, delante de su padre y de sus hermanos, unge a David; descubre su cuerno de aceite —era el signo de la unción— y lo baña en aceite: ungirlo. Y dice la Biblia: "En aquel momento el espíritu 1 S 16, 13b
de Yahvé descendió sobre David". Ya es rey. Solo esperan las circunstancias propicias para tomar posesión de su reino.

¿Qué otra cosa es el bautismo? Una elección de Dios, un Dios que por medio de un sacramento se acerca y me llama y me unge. Vamos ungidos, hermanos. Recuerdan cuando el sacerdote, también con aceite, en la coronilla de la cabeza del niño, lo unge como sacerdote, profeta y rey. Todos, ustedes y yo, somos ungidos, somos como David: nos ha llamado, tenemos una vocación. Por eso San Pablo insistía tanto: sed fieles a vuestra vocación.

Hermanos cristianos, ustedes y yo somos grandes por el bautismo, somos ungidos, somos un pueblo de reyes. Nos ha llamado el Señor. El hombre descubre a ese Dios poco a poco y

[1] Interrupción en la reproducción magnetofónica de la homilía.

este es el trabajo de nosotros bautizados: ir descubriendo en nuestra fe, que va madurando cada día más, a Dios. Y aquí voy a traer el ejemplo precioso del Evangelio. Aquel ciego que está inconsciente de lo que le va a suceder; pero Jesús, que es Dios, pasa por allí y, ante aquel ciego, se detiene y hace los gestos que ustedes acaban de escuchar. Cuando le preguntan al ciego quién lo ha curado, la primera respuesta del ciego en el versículo 11 de
Jn 9, 11 la lectura de hoy dice: "Ese hombre que se llama Jesús". Todavía es muy vago su conocimiento de Jesús. Después, cuando le preguntan si él cree que ese hombre es un pecador porque lo ha
Jn 9, 17 curado en sábado, él dice: no, para mí "es un profeta"; versículo 17. Ya avanza la confesión del hombre.

En el versículo 33, cuando los enemigos de Cristo ven en
Jn 9, 33 Cristo un pecador, el ciego dice: si este no viniera de Dios, no hubiera tenido poder para curarme a mí, ciego de nacimiento. Ya declara una relación entre Cristo y Dios. ¿Ven cómo va progresando la fe de aquel hombre? Y, finalmente, en el versículo 38, cuando se encuentra con Cristo que le pregunta si quiere creer
Jn 9, 35-36 en el Hijo del hombre, el pobrecito ciego le dice: "¿Quién es?". ¡Qué hermosa la revelación de Cristo!, como la de la samaritana
Jn 4, 26 el domingo pasado: "¡Yo soy, el que estoy hablando contigo!". Entonces, cuando el ciego que no solamente ha recobrado los ojos de la cara, sino que se ha iluminado la fe de su alma y descubre en aquel hombre al Dios que ha venido a salvar, poderoso para dar vista a los ciegos y para todo lo que Él quiera, para redi-
Jn 9, 38 mir al mundo, cae de rodillas aclamándolo: "¡Señor!". Ha llegado a su cumbre la fe.

Queridos hermanos, esto es nuestro bautismo: un caminar progresando en el conocimiento de Cristo. Ojalá ya todos los que estamos haciendo esta reflexión pertenezcamos a este grado más alto y de rodillas adoramos a Cristo porque en Él vemos no a un simple hombre, sino a un Dios que se hizo hombre.

Cuando les hablaba de la liberación, no la confundamos con las liberaciones de la tierra. Por eso la Iglesia rechaza una liberación de características materialistas, ateas, de luchas y violencias. No es la de Dios. Así como tampoco una liberación que se apoya en el dinero, en el poder, en el egoísmo, no es tampoco la paz de Dios. Es, la paz de Dios, ésta del ciego que encuentra a Cristo
Jn 9, 38 y le dice: Señor yo creo, no sé por dónde llevas la historia pero sé que tú eres el dueño de la historia, tú llenas mi corazón de

esperanza. Es el cristiano que en Semana Santa, en la noche santa de la resurrección, celebra al Cristo resucitado y le dice: Tú, el poderoso, tú, el dueño de la eternidad y de la vida, tú sabes por dónde vas a sacar de este callejón sin salida a nuestra querida patria y a nuestra Iglesia.

El bautismo es una participación en la vida divina

Por eso, hermanos, mi segundo pensamiento: el bautismo es una participación en la vida divina. Aquí en los gestos del Evangelio de hoy, según los comentaristas, San Juan está reflejando los ritos bautismales. Ustedes saben que el Evangelio se escribió muchos años después de la existencia de Cristo, cuando las comunidades cristianas reflexionaban aquella vida de Cristo a la luz de su liturgia, de su predicación, de sus reflexiones. Y sin duda, en los ritos del bautismo encontró Juan la manera de describir, bajo el símbolo de un ciego que recibe la luz, la belleza de un bautizado, un bautizado porque aquí hay —la saliva, la unción, el baño en la piscina de Siloé— elementos de un ritual bautismal.

¿Qué es un sacramento? Hermanos, un sacramento es un signo visible de una realidad invisible. No se olviden esta definición teológica. ¿Qué es un sacramento? Un sacramento es un signo visible de una realidad invisible. En todo sacramento hay un elemento visible, pero hay también una realidad significada, que no se ve. En el bautismo, los gestos de Cristo, la mano de Cristo que hace el lodo y que unge los ojos del ciego, el agua de Siloé con que se baña los ojos son cosas sensibles, como el agua de nuestras pilas bautismales y la mano del sacerdote echando el agua sobre la cabeza del niño; signos sensibles, como la hostia de trigo que allá en el altar está lista para que en mis manos de sacerdote sea signo de una presencia invisible. Cristo, que se hará presente aquí en la hora de la consagración, es el que le da gracia también a las aguas bautismales, el que puso potencia curativa a un ciego de nacimiento en el lodo de la tierra y en el agua de Siloé. Cristo es el gran sacramento del Padre, Él es visible. Jn 9, 6-7

"El hombre que me puso lodo en los ojos y me mandó lavar"; para el hombre que no tiene más profundidad, eso es Cristo. Pero cuando aquel hombre tenía fe, cayó de rodillas: tú no eres un simple hombre, en tu visibilidad de hombre se esconde la potencia de un Dios; también en cada sacramento. Jn 9, 11 Jn 9, 38

Por eso, hermanos, insistimos en que hay que recibir los sacramentos con más conciencia. De nada sirve venir a recibir la hostia consagrada si mi conciencia no ha descubierto que allí en el sabor de trigo se esconde la presencia infinita de Dios nuestro Señor. De qué sirve llevar un niño al bautisterio solo por conveniencias sociales, si no se tiene en cuenta que aquel niño, hijo de la carne, ante el signo sensible del agua y de la unción: ¿qué ha pasado en el alma de aquel niño?, ¿qué ha pasado en nosotros cuando nos han bautizado? Se nos perdona el pecado original, se nos incorpora como miembros vivos de Cristo, se nos hace miembros del cuerpo vivo que es la Iglesia. Esta es la gracia bautismal.

Hermanos, no hemos llegado a comprender todavía, hasta que estemos en el cielo, la grandeza de esta dignidad de ser bautizados. De que en el signo del agua y de las ceremonias del bautismo, Cristo mismo me ungió como, por medio de Samuel, a David para darle su espíritu y ser rey de Israel, al ciego de nacimiento para darle luz a sus ojos y hacerlo, sobre todo, con una vista muy clara en su alma para descubrir los valores de la fe. Ojalá que esta Cuaresma sirva para irnos purificando y haciendo sentir, cada vez en nosotros, la vida de Dios de la que participamos por ser cristianos. Y si, por desgracia, hemos perdido esa vida de Dios por el pecado... Porque así se pierde la vida de Dios, cada vez que pecamos corremos al Espíritu Santo y entronizamos al demonio en nosotros. Dicen que no hay posesos. ¡Cómo no va a haber posesos!, si cada pecador con pecado mortal es un poseído del demonio, porque ya no es Dios que lo posee, sino el diablo, por el pecado. La Cuaresma es un llamamiento a penitencia para que, si un bautizado que tuvo el honor de ser hijo de Dios perdió esa dignidad por preferir el pecado, se arrepienta, se convierta a Dios y, en esta Pascua de 1978, recupere el perdón y la vida que le dieron en el bautismo. Por eso hemos de ver, hermanos, en los sacramentos, gestos de Cristo.

En el diario íntimo de un pastor protestante se encuentra esta bella confesión: "Yo creía, como buen protestante, que la Iglesia era una pantalla que me estorbaba en mis relaciones con Cristo y por eso rechazaba a la Iglesia con su institución de romano pontífice, de sacramentos. Todo eso me parecía algo falso. Pero ahora que soy católico y he comprendido que la institución Iglesia, los sacramentos de la Iglesia son precisamente los instrumentos de Cristo para darme su verdad y su gracia, compren-

do la necesidad de la Iglesia y por eso me he hecho católico, para poder contar con esos sacramentos de la Iglesia y saber que en cada sacramento de la Iglesia es la mano de Cristo". Es la mano de Cristo, la del confesor que en el confesionario me dice haciendo una cruz: "Yo te absuelvo de tus pecados"; la mano del obispo que, imponiéndose sobre el joven, hace descender en la confirmación la fuerza del Espíritu Santo. La mano del sacerdote que unge al moribundo es la mano de Cristo que está ungiendo para el viaje eterno a aquel peregrino de la eternidad que ya sale de esta historia. Es cada sacramento una acción de Cristo sobre mi propia vida, participándome vida de Dios. Estimemos los sacramentos, hermanos, y estimemos, sobre todo, el gran sacramento que fue nuestro bautismo.

El bautismo provoca una crisis entre el bautizado y la sociedad en que vive

Y finalmente, hermanos, este otro pensamiento que lleva la mayoría del Evangelio de hoy: todo bautizado provoca una crisis. Como el ciego de nacimiento ya hecho vidente, comienza la reacción entre los que lo conocen: no es él, es otro. Hasta que él tiene que decirles: "¡Soy yo!". Luego, sus padres por temor a la Jn 9, 9
sinagoga, a las autoridades judías que ya decretaron que todo aquel que proclame que Cristo es Mesías lo van a expulsar, Jn 9, 22
entonces los padres del ciego tienen miedo de confesar a Cristo y dicen: sí, sabemos que es nuestro hijo, pero cómo ha recuperado Jn 9, 20-21
la vista, no lo sabemos; pregúntenselo a él que ya tiene edad. Luego, viene la crisis, sobre todo con los enemigos de Cristo, los fariseos, los que van a ser jueces para juzgar a Cristo porque ha dado vista a un ciego en sábado: no puede ser de Dios, ese es Jn 9, 16
un pecador. Si es pecador, yo no lo sé —dice el ciego—; lo que Jn 9, 25.31
yo sé es que me ha dado la vista y sé que Dios no oye a los pecadores.

La diatriba entre los fariseos y el cieguito curado es muy interesante. Reflexiónenla mucho porque allí encontrarán lo que tiene que ser un bautizado frente al mundo: dar testimonio de su bautismo, no avergonzarse de su gran bienhechor, reconocer que sin Él no tuviera vista, dar fe de que es hijo de Dios; sobre todo cuando ya lo confiesa, no puede negar esa gran verdad, tiene que ser testigo. Eso es todo bautizado, un testigo fiducial,

ocular: "Ya lo he visto, yo soy protagonista de eso que tengo que proclamar". Es la audacia del bautizado: no le importa comprometerse.

Y finalmente, la diatriba que se ha hecho a Cristo como un reo ausente. Miren, hermanos, en cada bautizado lo que se persigue es Cristo. En el ciego de nacimiento, lo que interesaba no era el ciego, sino Cristo. Así también cada uno de nosotros lleva una responsabilidad de la cual él no es dueño; uno ya es un representante de Cristo y tiene que dar fe. Un bautizado cobarde que se niega a confesar a Cristo en horas difíciles de la Iglesia, que se vende a una vida más cómoda, que traiciona su catolicismo, no se traiciona a sí solo, traiciona no solo a la Iglesia de Cristo, traiciona al mismo Cristo.

Por eso, el desenlace de este juicio de reo ausente termina cuando el reo se hace presente; y el reo presente, al final del Evangelio de hoy, se convierte en juez que les dice a sus enemi-
Jn 9, 39 gos: he venido trayendo un juicio para que todo aquel que no vea y sinceramente busca la vista la encuentre; pero también aquellos que, autosuficientes, creen que ven mejor que los demás y rechazan el humilde gesto del cieguito curado; esos se quedarán ciegos. Aludidos los fariseos le preguntan a Cristo:
Jn 9, 40 ¿entonces, quieres decir que nosotros somos ciegos? Y Cristo
Jn 9, 41 sigue con su tremenda dialéctica: yo no digo que son ciegos ustedes, al contrario, si fueran ciegos no tuvieran culpa; pero como dicen que ven, que están satisfechos de su ciencia vana, juzgan con sus criterios humanos, son culpables, son ciegos voluntarios, porque no hay peor ciego que el que no quiere ver.

Esta es la reacción, hermanos, ante el Cristo de nuestro bautismo: ser humildes y reconocer que la vista la tenemos de Cristo, y tratar de ver siempre, a la luz de sus criterios, la historia del mundo, nuestras relaciones sociales, políticas, económicas; no con autosuficiencia de fariseos, sino con humildad de quien no tenía luz pero que, gracias a la fe, Dios le está prestando su luz. Somos pobres, los que tenemos fe somos los más pobres; pero en la medida en que confesemos nuestra pobreza, Dios nos dará luz. Así como el autosuficiente, el orgulloso, el que desprecia a los demás y los considera como ciegos y se siente capaz de juzgar a todos porque él tiene la suprema verdad,
Jn 9, 39 ese ya es un ciego. He venido a traer un juicio —dice Cristo— un juicio que no necesito aplicarlo, ustedes mismos se lo están

aplicando: el que crea en mí, ya ve y recibe un juicio absolutorio; el que rechaza mi doctrina, el que me rechaza a mí, el que rechaza mi Iglesia, el que rechaza mi predicación, ya se juzga a sí mismo, está ciego.

Queridos hermanos, queremos tener vista con Cristo y nuestra fe tiene que ser nuestro mayor orgullo. Preparémonos, pues, para celebrar una Semana Santa digna. Vamos a confesar ahora, como el cieguito, nuestra fe en Dios.

Rutilio Grande como hombre, cristiano y sacerdote

Primer aniversario de la muerte
del padre Rutilio Grande
El Paisnal
5 de marzo de 1978

1 Samuel 16, 1b.6-7.10-13a
Efesios 5, 8-14
Juan 9, 1-41

Queridos hermanos:

Cristo está pasando otra vez por El Paisnal. Cada vez que se celebra una eucaristía, el Señor, como en el Evangelio de hoy, pasa por allí. Y nosotros hemos sentido este paso especial del Señor en esta mañana y queremos interpretarlo en la sinceridad de nuestra conciencia, en el cariño al padre Rutilio Grande, en la oración por él y por los dos campesinos que con él murieron hace un año.

Quisiera encontrar, hermanos, la reflexión en la misma palabra que se acaba de leer, estos tres pensamientos, para que el padre Grande sea hoy el finado con toda su grandeza con que la Iglesia se gloría de él, una grandeza que no quisiera sufrir mutilaciones, una grandeza cristiana que no quiere tergiversaciones, sino la auténtica liberación que él predicó y de la cual aquí venimos a recoger el mensaje: Rutilio Grande como hombre, Rutilio Grande como cristiano, Rutilio Grande como sacerdote. Ese es el mensaje que yo voy a recoger de su tumba esta mañana y que mis hermanos sacerdotes y religiosas y trabajadores de la pastoral, junto con todo el pueblo de Dios, queremos llevarnos para

poder continuar —como ya se dijo aquí— la misión grandiosa que él emprendió y que terminó tan gloriosamente camino de su pueblo hace un año.

Rutilio Grande como hombre

El hombre. ¡Qué hermoso es escuchar la primera lectura aquí, en El Paisnal! Cambiémosle nombre; en vez de Belén, adonde es enviado Samuel a la familia de Jesé porque Dios ha escogido un niño que va a ser grande, el rey de Israel, aquí también en un hogar, en un pueblito como el de Belén de Judea, nace Rutilio Grande con las señales de un predilecto, de un elegido por Dios en su mismo pueblo; y viene Dios y lo unge como a David; también el cristiano, y podemos decir desde aquel día: el espíritu de
1 S 16, 13b Yahvé posaba sobre él, como dice la Biblia del jovencito David. Es aquel hombre que llevó de aquí el amor a su pueblo; aquel hombre que vivió este paisaje que estamos viviendo en este momento; aquel hombre que, como los niños de hoy de El Paisnal, sintió lo polvoriento de estas calles, lo triste de esa pobreza, las dificultades de vivir en un pueblecito apartado. Y, sin embargo, aquí la riqueza moral de nuestro pueblo, la riqueza de ese hombre donde aprendió a rezar, donde él aprendió a ver a Dios y amar al prójimo, donde monseñor Chávez y González en una visita pastoral lo encuentra entre los muchachitos de la catequesis y le pregunta: "¿Quiere ser sacerdote?", y se lo lleva para el seminario. Pero aquí arranca el hijo de Jesé, el jovencito David, que aquí se llama Rutilio, para emprender el gran camino que lo ha de hacer cada día más hombre.

Y para que vean, hermanos, la grandeza del hombre no es ir a la gran ciudad, no es el tener títulos, riquezas, dinero; la grandeza del hombre está en ser más hombre, más humano. Por eso, cuando Rutilio llega a la plenitud de la humanidad suya, lo encontramos de vuelta para El Paisnal. En vísperas de un día de la fiesta patronal del pueblito, viene para acá con el cariño del hombre que ha crecido en su corazón pasando por universidades y por libros y estudios. Aquel hombre ha comprendido que la verdadera grandeza, donde lo ha conducido toda su inteligencia, su vocación, todo, no está en haberse ido de aquí para ser más rico en otro pueblo, sino en volver a su pueblo, amando a los suyos, siendo más hombres. Esto es la verdadera grandeza.

El verdadero desarrollo no consiste en tener más, sino en ser más. Y Rutilio fue lo que empezó a ser aquí; lo desarrolló, lógicamente, hasta ser el hombre que nosotros estamos recogiendo sus enseñanzas. Tan hombre que hay el peligro de confundirlo con ideologías meramente humanas; tan humano que parecería que no había más perspectivas que la de los hombres. Sin embargo, adentrémonos en su corazón y miraremos el otro aspecto: el cristiano.

Rutilio Grande como cristiano

El hombre que un día —como el ciego del Evangelio de hoy— fue ungido aquí en su iglesia parroquial. Y dice el Evangelio que Cristo le ungió con lodo hecho con saliva y con polvo, y después lo mandó a lavar a la piscina de Siloé. Todas las sugerencias de un bautismo. El bautismo hace al hombre cristiano y ese cristiano es el que ahora escucha aquí la palabra de San Pablo: "Despierta tú que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz". Jn 9, 6-7 Ef 5, 14

Rutilio como hombre hubiera muerto hace un año, pero como cristiano no puede morir. Lo ha iluminado la luz inmortal de Cristo. En su conciencia hay un compromiso que se encontró con Él, como el cieguito de nacimiento: "¿Crees en el Hijo del hombre? ¿Quién es para creer?"; y aprendió en el catecismo, en el seminario, en su vida religiosa: conocer a Cristo. Y como el ciego de nacimiento, cada día podía postrarse ante Cristo para decirle: Sí, Señor, creo en ti, te sigo a ti; mi doctrina es cristiana, mi liberación es la del Evangelio; yo no quiero que me confundan mi liberación con otras líneas meramente temporalistas; quiero ser el cristiano que entregó una esperanza del verdadero progreso de esta sociedad, que no encontrará en la tierra un paraíso, pero que ya quiere reflejar en la tierra ese paraíso hacia el cual camina: es un reino de Dios que ya se trabaja entre los hombres y que los hombres no quieren aceptar y que es necesario, aunque se muera mártir, predicarlo, anunciarlo. Jn 9, 35-36 Jn 9, 38

Este es el Cristo que encuentra este cristiano. Y San Pablo, en su epístola de hoy, como que está describiendo el alma del padre Grande: caminad como hijos de la luz, toda bondad, justicia y verdad, buscando lo que agrada al Señor. No hagas de las tinieblas sino poniéndolas en evidencia, denunciándolas. Ef 5, 8-11

Porque ¡cuántas maldades hacen los hijos de las tinieblas! Y qué duro es revelar, ponerlas en evidencia, predicar que eso es injusticia, predicar los desórdenes, los atropellos, los abusos. Y porque tuvo el valor de desenmascarar tantas cosas, ya se le buscaba para matarlo y se le mató.

Dicen que alguien, riéndose, el día del asesinato decía: "Ya comprobamos que también el pellejo de los curas es susceptible de balas". Así se rieron porque creyeron truncar toda su predicación cristiana. Lo que no se esperaban es que la muerte de un cura suscita tempestades, suscita primaveras, como la que ha vivido El Salvador cristiano desde hace un año. Lo que no sabían es que ellos ponían en el surco una semilla que reventaría en grandes cosechas, como decía Cristo: el grano de trigo muere no para quedarse sepultado. No han triunfado sobre él. La cosecha de la persecución ¡cómo ha sido abundante!, hermanos.

Jn 12, 24

Y yo quiero aquí, en este momento, agradecer a este cristiano, junto a los cristianos que con él murieron, junto a los cristianos que con él trabajaron esta siembra de primavera que estamos recogiendo ahora. Se dice que en la arquidiócesis, que en nuestra Iglesia, no había sacudido tanto su alegría de esperanza como en estos tiempos. Bendito sea Dios que es la muerte del cristiano semilla de más cristianos, semilla de vocaciones, como diría el padre general de los jesuitas. Esta es la vida de este cristiano que por el bautismo emprendió unas perspectivas tan amplias que no las podemos abarcar desde la tierra.

Yo les invito, queridos hermanos, que en esta mañana haciendo esta reflexión a la luz del Evangelio, a que sea este el ejemplo que hay que seguir, ustedes, todos, y nosotros, inquietos por una liberación de nuestro pueblo. Hermanos, no mutilemos esa liberación con liberaciones que se contentan solamente con horizontes de la tierra. No; abramos a los horizontes de la fe, creamos como creía el padre Grande, prediquemos una doctrina liberadora de la Iglesia con esas perspectivas que no se mueren cuando lo mata a uno, sino que quedan flotando sobre la muerte para seguirse encarnando en aquellos que vienen detrás. Los grandes ideales del cristiano fueron los que hicieron grande a este hombre que, ya cristiano, agigantó su humanismo, el cristianismo humano, el que se ensancha hasta Dios, el que se mueve porque vive en la esperanza.

Rutilio Grande como sacerdote

Y finalmente, hermanos, el sacerdote. Perdonen, antes que es un sacerdote, es también un religioso, un jesuita. Y yo quiero, en este momento, tributar un agradecimiento pastoral, agradecimiento de pueblo a los padres jesuitas. Aquí está con nosotros el padre provincial de Centroamérica. Aquí están compañeros del padre Grande que conocieron a fondo aquella alma religiosa que, empapada del espíritu de San Ignacio de Loyola, sabe preguntarse ante el Cristo crucificado que ha muerto por mí: ¿Qué he hecho por Cristo? ¿Qué hago por Cristo? ¿Qué debo hacer por Cristo?[1]. Y me parece que la vida de este religioso cristiano es precisamente la respuesta a esas preguntas.

¿Qué debo de hacer por Cristo? Así se explica una inspiración de una vida consagrada a Dios que lo haya hecho incansable por estos caminos polvorientos, con su alforja, como un peregrino campesino, llegar a las casitas humildes y sentirse hermano entre los pobres, entre los campesinos; sentirse el hombre más encarnado porque llevaba a Cristo en su corazón, como buen jesuita; a vivir y a sentir a Cristo que lo aprendió a vivir, como dijeron otros jesuitas expulsados de esta región: que aquí aprendieron a ser cristianos, que ustedes les enseñaron la imagen verdadera del Cristo, que Ignacio de Loyola enseña y que no se aprende únicamente en el retiro espiritual, sino conviviendo aquí, donde Cristo es carne que sufre, aquí donde Cristo es cosa, donde Cristo con su cruz a cuestas, no meditado en una capilla junto al *vía crucis*, sino vivido en el pueblo; es Cristo con su cruz camino del Calvario. Este es el Cristo que se encarnó en este religioso, en este jesuita seguidor de Jesús.

Queridos hermanos jesuitas, tenemos en El Paisnal un jesuita mártir, su tumba es gloria de la Compañía de Jesús y es gloria de la Iglesia. Yo quiero agradecerles todo lo que ustedes, como equipo, trajeron hasta acá, a enseñar a esta gente también a amar a Jesús y a darle un sentido de salvación, de liberación, de redención a su pobreza, a su sufrimiento. Pero el mayor sufrimiento del padre Grande sería no haber sido comprendido y que

1 *Cfr.* San Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales*, 53.

su mensaje liberador se mutilara. Hagámosle honor a él recogiendo su verdadero mensaje en Cristo Jesús, sin el cual no se puede comprender toda la esperanza que él llevaba en su corazón y la cual le hace vivir alegre en su cielo porque sabe que vendrán días mejores para estas tierras.

Y finalmente digo, hermanos, el sacerdote. El sacerdote que aquí recogió su vocación y que fue ungido no solamente con el óleo santo que nos ha ungido a todos nosotros ministros del altar, sino que ahora lo veneramos ungido con el aceite del martirio, con su propia sangre, como me pareció aquella noche cuando lo vi en la iglesia de Aguilares: tendido, muerto, como cuando el sacerdote se postra en el suelo para ser también ungido; para ser inmortalmente sacerdote se postra en el suelo, para ser allá un mártir, y su misa comenzaba a celebrarse ya en su cielo. Pero había vivido aquí y lo sentimos tan nuestro. Ahora que aquí, rodeando el altar sus hermanos sacerdotes, decimos que nos hace falta, sentimos que debía de peregrinar todavía con nosotros, que lo mató algo que no debía matarlo, el crimen, debía seguir peregrinando y haciendo tanto bien; estaba fuerte, estaba joven, podía hacer mucho.

El crimen es horrendo cuando se logra segar una vida que todavía da tantas esperanzas. Pero así como dice el padre provincial, somos los que vamos a recoger su herencia; y el puesto que él dejó lo vamos a tratar de llenar bien. Ya está aquí el nuevo párroco, el padre Octavio Cruz; grande responsabilidad la suya, como cuando Pablo VI se acerca a la tumba de Juan XXIII y dice: grande esta herencia, no puede quedar encerrada en esta tumba; y la recoge para continuar adelante la obra de la Iglesia.

Así, también, es un sacerdote. Es un sacerdote y, por tanto, yo quiero ver su figura en la misma figura de Cristo, que se dibuja hoy en el Evangelio sanando al ciego de nacimiento, diciendo: yo soy la luz del mundo; yo tengo que hacer las obras del que me ha enviado. Un sacerdote que, como Cristo, es juzgado en sus cristianos. Todo el odio de los fariseos contra el pobre cieguito que ha recuperado la vista, no es para el ciego, es para Jesús. Así también, la saña de la persecución no es para los hombres sino que termina en Jesús. La saña de la persecución en Aguilares y en El Paisnal termina en el retrato del padre Grande, termina en su persona; ya no lo pueden matar a él, pero lo persiguen en aquellos que siguen su doctrina. Es el compromiso que

Jn 8, 12

hemos adquirido no con él, sino con aquel a quien el sacerdote predica: con Jesucristo, el inmortal.

Es el sacerdote de quien se avergüenza la misma familia del cieguito: "Ya tiene edad, pregúntenselo a él", porque tenían miedo, porque la autoridad había decretado que había que ser expulsado de la sinagoga aquel que proclamara Mesías a Jesucristo. ¡Y ay de aquel que predique la doctrina que predicaba el padre Grande! Por miedo se han apartado muchos. Ojalá, hermanos, que este aniversario nos recuerde el gran compromiso con Cristo que tenemos todos los bautizados, no solo el padre Grande, y que su ausencia sea un estímulo para seguir siendo fieles a la doctrina de Cristo que creemos y que llevamos por el bautismo.

Jn 9, 23

Expulsado, por su causa, de la sinagoga fue el cieguito por causa de Cristo. Y el sacerdote tiene que saber que su predicación es peligrosa, que muchos alistados se apartarán de él porque no quieren comprometerse. ¡Cuántos amigos del padre Grande tal vez ahora se avergüenzan de decir que lo conocieron! Ojalá que no, porque yo sé que hay muchos valientes que siguen en pos de su predicación. Es el sacerdote, es Cristo que sale al encuentro de sus perseguidos para decirles: ¿quieres creer en el Hijo del hombre? No tengas miedo. ¿Quién es para creer? "Yo soy el que está hablando contigo". El sacerdote lleva la presencia de Jesús, anima con la presencia de Jesús, es Jesús que, haciendo actos sacramentales, convierte los corazones a la gracia y es la verdad.

Jn 9, 34b

Jn 9, 35-37

Finalmente, es el sacerdote que, junto a Cristo acusado, se convierte en juez, dice: he venido a traer un juicio a la tierra. Un juicio: hacer ciegos a los que tienen vista y a dar vista a los que están ciegos. Es una ironía aguda del Evangelio de San Juan. Los fariseos le preguntan: entonces, ¿quiere decir que nosotros somos ciegos? No —les dice Cristo—; si ustedes fueran ciegos, no tuvieran pecado; pero como se glorían de ver y de ver demasiado, que les sale sobrando el ver de Dios, por eso son ciegos. Ciegos de alma, ciegos que no comprenden el mensaje libertador verdadero, ciegos porque son autosuficientes, ciegos que desprecian a los otros pero que han comprendido poco del verdadero mensaje y la luz del Señor. Este es el sacerdote, el que se identifica con Cristo para sufrir, como el padre Grande, hasta morir si es necesario por una doctrina, como Cristo murió por la suya.

Jn 9, 39

Jn 9, 40-41

Queridos hermanos, yo les agradezco que, en el cariño de ustedes, la memoria del padre Grande viva tan entusiastamente que estemos haciendo esta concentración en su mismo pueblo. Hemos venido como Samuel a la casita de Jesé, a la tumba que es cuna también del padre Grande y sabemos que en él palpita el espíritu del Señor. Su memoria es esperanza para nuestro pueblo si la sabemos comprender en toda su dimensión cristiana y sacerdotal. Y por eso, esta memoria la estamos haciendo en la eucaristía, donde el sacerdote encuentra su centro, donde el padre Grande sintió la alegría, la esperanza, la angustia, el trabajo, los proyectos de su pastoral. La misa es el centro. La eucaristía, que es Cristo, vivámosla intensamente, hermanos, que es una hora solemne en nuestra historia, en que nos encontramos no solo con el padre Grande y su mensaje, sino con la fuente de aquel sacerdocio que es nuestro Señor Jesucristo. Así sea.

La entrada de Cristo a Jerusalén, alegría y pasión

Domingo de Ramos
19 de marzo de 1978

Isaías 50, 4-7
Filipenses 2, 6-11
Mateo 26, 14-27, 66

Hace veinte siglos, Jerusalén fue signo de todos los pueblos del mundo. La Iglesia recoge ese signo. Y así como Jerusalén vivió aquel Domingo de Ramos bajo la luz de su esperanza, sus realidades de entonces, ahora cada ciudad, cada nación, cada pueblo; este domingo encarna esa esperanza que Cristo trae en las propias realidades nacionales, en las propias realidades de nuestra vida. Esto es lo que se llama el sentido litúrgico de las celebraciones. La liturgia no es recuerdo. Aquí no estamos solamente recordando que hace veinte siglos Cristo entró a Jerusalén. La liturgia es presencia, es signo de realidades. La realidad es que hoy, este día 19 de marzo de 1978, entre este panorama de palmas de la catedral de San Salvador, Cristo está entrando aquí a nuestras realidades salvadoreñas; y donde quiera que se está celebrando el Domingo de Ramos —y yo sé que a través de la radio lo estamos celebrando en diversas poblaciones, caseríos y cantones—, allí está Cristo entrando como hace veinte siglos a Jerusalén, en la realidad de esta presencia de la liturgia de nuestra Iglesia.

Por eso, hermanos, yo les invito, desde este solemne pórtico de la Semana Santa, a vivir esta Semana Santa no como un recuerdo del pasado, sino a vivirlo con la esperanza, con la angustia, con los proyectos, con los fracasos de nuestro mundo de

hoy, de nuestra patria de hoy, para que Cristo nos cobije, así como hace veinte siglos a Jerusalén y al mundo entero que había de vivir de su redención.

Para vivir este día, recordemos los dos aspectos de la ceremonia. La primera parte, triunfal: Cristo entra a Jerusalén y un pueblo sale a su encuentro entre *hosannas* y alegrías. Pero al entrar a la catedral, como si Cristo entrara a Jerusalén, el ambiente se ensombrece y todo se torna de pasión; y acaban de escuchar, en la voz de tres seminaristas, casi dramatizar, aquí ante nosotros, la lectura de la pasión de Cristo según San Mateo.

Yo quisiera preguntar, hermanos, a la luz de esta celebración y para vivir plenamente nuestra Semana Santa, estas tres preguntas que debían de estar flotando en la conciencia de todo cristiano reflexivo de esta Semana Santa de 1978. Primera pregunta: ¿qué encuentra Cristo cuando entra a Jerusalén y qué encuentra Cristo ahora aquí? Segunda pregunta: ¿quién es el que entra a Jerusalén, y el que va a cargar con esa cruz y el que va a morir entre ignominias tan espantosas? Y tercera pregunta: ¿qué compromiso supone para nosotros, su pueblo, esa fe en ese Cristo que vive redimiendo todavía a nuestra patria y a todo el mundo?

¿Qué encuentra Cristo cuando entra a Jerusalén y qué encuentra Cristo ahora aquí?

A la primera pregunta, ¿qué encontró Cristo cuando entró a Jerusalén?, encontró visiblemente un pueblo bueno, unos niños, una juventud, una muchedumbre de peregrinos que salieron a su encuentro. Lo acabamos de representar al vivo. Ustedes son esa muchedumbre buena, ese pueblo sencillo, esas almas que acogen con esperanza a Cristo. Es el "resto" de Israel. Las promesas desembocaban, entonces, en ese pequeño pueblo que salió a recibirlo; las promesas hechas a Abraham, a Moisés, a David; toda la veta del Antiguo Testamento viene a aflorar en este Domingo de Ramos. El pueblo, que había recibido promesas de un Redentor, siente que ha llegado ese Redentor y le sale al encuentro. Hay un momento de luminosa fe, es el pueblo que acoge a Jesús. Yo veo en ustedes, querido pueblo que ha acudido a esta ceremonia y está rodeando los altares de todos nuestros templos en la patria, el pueblo que espera de Cristo y sale feliz y sencillo a su encuentro. Dios no lo puede defraudar.

Pero lamentablemente, Cristo encuentra debajo de este pueblo que se alegra, el pecado. Él viene a quitar el pecado del mundo. Él viene a enfrentarse con esa fuerza de infierno. Él va a sentir ya en su propia carne el latigazo del demonio, del pecado, por meterse a redentor. Y así encuentra un templo convertido en mercado: quitad de aquí todo esto —dice Cristo—, "mi casa es casa de oración y vosotros la habéis hecho cueva de ladrones"; encuentra Cristo unas autoridades que tergiversan su mensaje; encuentra una clase dirigente que ha torcido los destinos de ese pueblo y que lo puede orientar de este *hosanna* del Domingo de Ramos a una petición de condena el Viernes Santo.

Mt 21, 13

Mt 27, 20

¡Ah, lo que son los dirigentes de los pueblos! Si son buenos y competentes orientan al pueblo hacia el encuentro de Cristo, redentor de los pueblos; pero si son ineptos y si llevan el pecado, la ambición, el egoísmo, seducen al pueblo hacia la perdición. Así sucede que Cristo encuentra maquinaciones hipócritas para perderlo; encuentra envidias que le dicen: ¿que no miras lo que gritan esos muchachos? Cállalos, que haya orden. Y Cristo les dice: si ellos callaran, las piedras hablarán; a ustedes lo que les pasa es que tienen envidia, pero si ustedes y los hombres no quieren aclamarme, las piedras mismas me aclamarían; soy Dios que vengo a redimir al mundo y no tengo que encontrar oposiciones. ¿Qué encuentra Cristo? Una tremenda injusticia social, un pueblo del cual Él ha dicho: me da lástima esta muchedumbre porque anda como ovejas sin pastor. Esto encuentra Cristo en Jerusalén.

Lc 19, 39-40

Mt 9, 36

Y trasladando el paisaje, porque la liturgia no es recuerdo sino vivencia, ¿qué encuentra Cristo este Domingo de Ramos de 1978, aquí, entre nosotros? También, hermanos, un pueblo bueno. Yo estoy feliz de este pueblo que ha salido hoy con palmas y alegría a cantarle *hosannas* al Redentor. Yo siento la pureza de tantos niños, de tantos jóvenes, de tanta gente consagrada al Señor en la piedad sencilla, orando, pidiendo misericordia. Yo siento la presencia de un pueblo verdaderamente "resto" de fe y esperanza. Acrezcamos ese pueblo, hermanos, el pueblo que ha salido hoy al encuentro del Señor.

Pero lamentablemente, así como en Jerusalén, encuentro detrás de esta muchedumbre que llena de alegría el corazón de Cristo, encuentro también el pecado, el pecado en sus formas horripilantes, que van a matar también a Cristo en esta Semana

Santa, lo están matando. Es la Semana Santa de un tiempo en El Salvador que da lástima. Yo no sé cuántas cosas pudieran sacarse de los antros y de las tinieblas para presentarlas a Cristo, a sus divinas represiones y llamamientos de conversión. Pero yo encuentro, como lo hago de costumbre los domingos[1], estas tres cosas en estos próximos días:

Una semana post-electoral[2] de frustración. Es un pueblo que no tiene ya ilusiones en una apertura democrática para expresar lo que él quiere en política. Yo tengo el testimonio de una urna donde dice que solo se acercaron a votar el 46% de los que estaban en la lista; y ese 46%, al revisar los votos, aparece un 52% de votos nulos, votos que en vez de expresar la voluntad, expresan su represión, expresan su insulto, expresan su ofensa o simplemente se abstienen. Pecado de abstencionismo es lo que encuentra Cristo en este Domingo de Ramos. Cuántos valores que se podrían aprovechar para el bien común del pueblo no se pueden aprovechar. El derecho, que es uno de los signos de los tiempos, a participar en la construcción de la propia patria se siente frustrado; es un derecho que se ha conculcado una vez más. He aquí, pues que el Señor encuentra este pecado. El pecado de una democracia despedazada, reprimida, de unos hombres que no pueden expresar su voluntad que quisieran expresar para el bien común.

¿Qué otra cosa encuentro en esta Semana Santa? Una semana sangrienta. Dos retenes matan a dos personas: allá en Planes, José Estanislao Recinos cuyo cadáver se niega a su esposa; cerca del cine Apolo, una señorita. En el departamento de Chalatenango aparece matado, después de haber sido capturado, el mayordomo de la ermita de El Conacaste, Otmaro Guardado; era

1 En esta ocasión, monseñor Romero incluye los "hechos de la semana", como parte del primer pensamiento de su homilía.

2 En las elecciones legislativas y municipales del 12 de marzo de 1978, en las que solo compitieron el Partido de Conciliación Nacional (PCN) y el Partido Popular Salvadoreño (PPS), hubo un "fuerte abstencionismo". El Partido Democráta Cristiano (PDC), el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) y la Unión Democrática Nacionalista (UDN), que en anteriores elecciones habían coformado la Unión Nacional Opositora (UNO), después del fraude en las elecciones presidenciales del 20 de febrero de 1977, decidieron no participar en este proceso electoral. *Cfr. La Prensa Gráfica*, 13 de marzo de 1978 y Héctor Dada Hirezi, "Las elecciones de marzo en El Salvador", *ECA* 354 (1978), pp. 248-249.

un hombre bueno. Y en la capital, hace apenas tres días, se disuelve a fuerza de armas una manifestación de campesinos que acudía a la promesa de dialogar en el Banco de Fomento Agropecuario sobre rebaja de precios de arrendamiento de tierras, abonos, insecticidas[3]. Porque nuestra gente tiene hambre, necesita tierra para trabajar, necesita con quién dialogar para encontrar una solución a sus problemas. Muertos y heridos es el saldo de ese anhelo. Entre los muertos, un niño de la Escuela Rodezno, un oficial de la policía; entre los heridos, mucha gente que iba simplemente de transeúnte. Hermanos, esto es lo que encuentra Cristo en esta Semana Santa.

Y finalmente, encuentra Cristo un tercer aspecto: arbitrariedades, injusticias. Al campesino Leonardo Muñoz Pacheco, se le acusa de haber incendiado la alcaldía de El Paisnal[4] y no se dan cuenta que un día antes lo han capturado. ¿Cómo iba a estar en el incendio? Y junto con él se acusa a otros campesinos, los cuales se publican sus declaraciones, sacadas a la fuerza sin duda, y que luego sus declaraciones ante la Cámara[5], donde deben declarar ya libremente, niegan haber sido cómplices; eso no se publica y quedan manchados esos nombres con una mala fama. No importa cometer injusticias, manchar prestigios, el honor de los hombres. ¡Oh, Jesús, esto es lo que encuentras en la Semana Santa!

Funebunda Peña Bonilla, madre de cuatro hijos, y los obreros Jesús Estrada Díaz y Fermín Domínguez aparecen en declaraciones extrajudiciales como fabricantes de explosivos[6] y no se publica que niegan esos cargos cuando declaran ante la Cámara. Campesinos de San Vicente guardan prisión desde hace tres meses y no se tiene en cuenta los documentos del Ministerio de Agricultura y un depósito de seis mil colones en el Banco de Fomento Agropecuario que los favorece. ¡Qué poco importa la suerte del pobre, del campesino, cuando están otros intereses más valiosos y más respetables!

3 Unas semanas después, el arzobispado de San Salvador publicó un informe sobre estos graves hechos. *Cfr.* "Solidaridad", *Orientación,* 2 de abril de 1978.

4 *Cfr. La Prensa Gráfica,* 15 de marzo de 1978.

5 Cámara Primera de lo Penal.

6 *Cfr. La Prensa Gráfica,* 13 de marzo de 1978.

Hermanos, ante estos acontecimientos, la Semana Santa, voz de Dios, voz de un Cristo que viene a redimir, nos dice que es necesario no acallar la voz, el reclamo justo. A mí me da miedo, hermanos, cuando leyes represivas o actitudes violentas están quitando el escape legítimo de un pueblo que necesita manifestarse. Si se quitan estas como válvulas de escape... ¿Qué sucede con la caldera que está hirviendo y no tiene válvulas de escape? Puede estallar. Todavía es tiempo, es tiempo de dar a la voz de nuestra gente la manifestación que ellos desean, con tal de que haya al mismo tiempo la justicia que regula; porque naturalmente, hermanos, cuando defendemos estas justas aspiraciones, no estamos parcializándonos con reclamos terroristas. La Iglesia no está de acuerdo con la violencia de ninguna forma, ni la que brota como fruto de la represión ni la que reprime en formas tan bárbaras. Simplemente llama a entenderse, a dialogar, a la justicia, al amor. Estas son las fuerzas de la Iglesia. Y por eso, desde el amor, desde la justicia, pedimos, hermanos, oraciones y comprensión para los muertos de estas circunstancias, para los heridos, para los golpeados, para las víctimas de tantos atropellos. Pedimos respeto a la vida de los heridos y de los prisioneros. Respeto a sus vidas, que se lleven a los tribunales bajo leyes justas y se aplique ciertamente la justicia, pero no el atropello ni la grosería. Y que se haga un ambiente donde se pueda manifestar la voluntad justa de los hombres.

Acabo de estar en Costa Rica. También allá acaban de pasar las elecciones. Todavía ondean sobre los techos banderas de diversos colores y oigo la alegría de un pueblo que ha sabido discutir a sus candidatos, sus partidos; que ha ido a dar su voto con plena libertad y que está satisfecho de la voluntad mayoritaria, y que todos están dispuestos al trabajo del bien común. ¡Qué hermosa es una democracia auténtica, un sentido de justicia, de respeto a la expresión del pueblo!

Esto es lo que Cristo encuentra, hermanos; porque el Domingo de Ramos, la lectura de la pasión, nuestras procesiones de Semana Santa no quieren ser alienación, no quieren ser opio; quieren ser el fermento del Evangelio, la presencia de un Cristo que entra fustigando el pecado aunque le va a costar dentro de pocos días la muerte en una cruz. Muere por meterse a redentor, muere por la justicia, muere amando, pero en Él encontramos la esperanza de nuestros pueblos.

¿Quién es el que entra a Jerusalén y el que va a cargar con esa cruz y el que a morir entre ignominias tan espantosas?

Y este es mi segundo pensamiento: ¿quién es el que hoy entra a Jerusalén? El que hoy entra a Jerusalén lo describen las lecturas de hoy. La primera lectura del profeta Isaías nos presenta un pueblo casi desesperanzado, un pueblo abatido. Y Dios suscita un misterioso siervo al que le dice: escucha mis palabras, tú vas a ser el representante de todos los crímenes, sobre ti va a descargarse mi justicia divina; pero tú vas a aprender en tu sufrimiento a consolar, a dar liberación, a orientar a los pueblos. Y este siervo de Yahvé, que los comentarios de la Biblia no aciertan a decir con seguridad quién es, ciertamente puede ser el pueblo, pero puede ser Cristo; y más, Cristo pero no un Cristo sin su pueblo. Este misterio, que en la Biblia se conoce como personalidad comunitaria, es decir, un hombre que encarna una personalidad y una personalidad que se difunde en un conglomerado; un Cristo que se ha hecho solidario de todos nosotros y nosotros que sentimos que la suerte de Cristo es nuestra suerte. Sentimos en el Cristo de la Semana Santa con su cruz a cuestas, que es el pueblo que va cargando también su cruz. Sentimos en el Cristo de los brazos abiertos y crucificados, al pueblo crucificado pero que desde Cristo, un pueblo que crucificado y humillado encuentra su esperanza: te he enseñado a dar palabras de consuelo, has aprendido en el dolor a consolar a los demás. Is 50, 5-7

Queridos hermanos, este llamamiento de la Semana Santa, del Domingo de Ramos, no es para predicarles un conformismo; es para decirles: dénle a su sentido de tribulación un sentido de pobreza divina; dénle a su sufrimiento un sentido de redención; acepten la cruz, abrácenla como Cristo; no pasivistas pero sí con amor que construye una civilización de libertad y de amor, que aunque no la veamos aquí como el siervo de Yahvé, la alcanzaremos aunque sea a través de la muerte como Cristo. No importa la muerte cuando detrás de la muerte está el clima de libertad, de amor, de igualdad, de felicidad. Caminamos entonces hacia ese clima que el Redentor nos ofrece.

Y más elocuente, la segunda lectura, la de San Pablo. Es un himno a la encarnación, es un himno del Dios que renuncia a su categoría de Dios, deja la felicidad de su cielo y se viene a hacer hombre, hombre que no anda mencionando sus prerrogativas de

Flp 2, 7 Dios, "hombre cualquiera" —dice la Biblia hoy—, un hombre cualquiera. Un hombre cualquiera que es amarrado por la autoridad de su tiempo, llevado a los tribunales, ajusticiado. Se me ocurre pensar cuando Isaías dice, cuando San Pablo dice: "un hombre cualquiera", esas figuras que ya estamos acostumbrados a ir viendo en nuestros periódicos: el campesino desposado[7], el campesino torturado, el obrero a quien no se le reconocen sus derechos, un hombre cualquiera, así se quiso hacer Cristo.

Más todavía, humillado hasta una muerte que se prohibía a los romanos porque eran libres, pero que bien se imponía a los pueblos esclavizados. Roma crucificaba pero no a sus romanos, Roma crucificaba a los pueblos que dependían de su imperio; y como Palestina dependía de Roma —Pilatos era el representante de Roma en aquel pueblo oprimido—, Cristo tiene que ser humillado como un ser que no merece ni siquiera ciudadanía: muerto, humillado. Hasta allá lo llevó la encarnación, pero desde allí comienza a levantarse su exaltación. Y en la lectura de hoy

Flp 2, 9-11 hemos escuchado: "Por eso Dios le dio un Nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el abismo, y todos proclamen: ¡Cristo es el Señor!". Esta es la gloria de nuestro Redentor. Cuando en estas jornadas de Semana Santa lo miremos humillado bajo el peso de la cruz, no lo olvidemos, digamos desde el fondo nuestra fe: aunque se parece a mí, que va sufriendo, es el Señor; y aunque yo me parezco a Él llevando la cruz, participaré de su gloria. Él no ha pasado solo el túnel doloroso de la tortura y de la muerte, con Él va pasando todo un pueblo y resucitaremos con Él. Y hemos leído la pasión, el relato más tremendo de un hombre que ha sufrido. Como Cristo no hay otro.

¿Qué compromiso supone para nosotros, su pueblo, esa fe en ese Cristo que vive redimiendo todavía a nuestra patria y a todo el mundo?

Y finalmente queridos hermanos, a este Cristo responde, de nuestra parte, un pueblo lleno de esperanza. ¡Qué espectáculo, hermanos! Miren esas palmas. La palma es el signo de la victoria. La palma es el signo del martirio pero de un martirio que, después del tormento, es gloria. Por eso, el Domingo de Ramos es

[7] En lugar de desposado debe leerse *esposado*.

un signo bellísimo en todos los pueblos. Con sus palmas, con sus ramos, con sus flores, el pueblo le está diciendo a Cristo que está dispuesto a ir con Él al martirio y que con Él cree que ha de vencer la victoria de la fe. Esta es la victoria que vence al mundo: vuestra fe, vuestra esperanza; no el odio, no el terror, no las armas, no la represión, no la violencia. Eso no compone nada. Lo que compone es esa fe de ustedes, hermanos, la fe de la procesión del Domingo de Ramos, desfile pacífico con palmas en las manos, con una gran esperanza en el corazón, con un gran amor en el alma. Este es el caminar del pueblo de Dios.

La Semana Santa es un llamamiento para seguir las austeridades de Cristo, la única violencia legítima, la que se hace a sí mismo Cristo y nos invita a que hagamos a nosotros mismos: el que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo; violéntese a sí mismo, reprima en él los brotes de orgullo; mate en su alma los brotes de avaricias, de codicias, de soberbias, de orgullo; mate en su corazón; eso es lo que hay que matar, esa es la violencia que hay que hacer para que allí surja el hombre nuevo, el único que puede construir una civilización nueva, una civilización de amor. Mt 16, 24

Por eso, queridos hermanos, quiero avisarles, para esta Semana Santa, que participemos enteramente allá en sus pueblos, en sus cantones. Me alegra mucho que esta Semana Santa se va a celebrar no solo donde hay sacerdote, sino también donde hay comunidades de religiosas; y muchas de las comunidades de San Salvador se han desplazado también a los pueblos; y también donde hay seglares, catequistas, que se han preparado, con las lecturas apropiadas, a organizar la Semana Santa de todos los cantones y caseríos. Si esta voz está llegando a esos cantones y caseríos, les invito, hermanos, a que participen porque la Semana Santa es como un bautismo del pueblo, un bautismo en el que Cristo nos invita a incorporarnos a su pasión y a su resurrección.

¡Cuántos hombres nuevos saldrán de esta Semana Santa! Pero no se contenten con ir solo a las procesiones. Yo sé que para muchos la Semana Santa solo consiste en la procesión del silencio, en la procesión del Santo Entierro; pero cuando me cuentan que en esa procesión del silencio van borrachos, va gente abusando de la situación sagrada, cometiendo el pecado, el desorden; o cuando vienen a la procesión del Santo Entierro gente que está en paseos y vuelve, después del Santo Entierro, a seguir sus bacanales allá donde estaba, me da tristeza esa Semana

Santa. Me parece que se acercan como los judíos a profanar, a escupir al Señor. La Semana Santa que yo quiero, hermanos, es esta que les acabo de describir, la que violenta en su propia vida el vicio, el desorden; la que va a resucitar con Cristo en la alegría de la noche del Sábado Santo.

Dos actos principales son los que yo quiero subrayar: primero, el Jueves Santo a las 9:00 de la mañana, aquí en catedral, es la única misa. El Jueves Santo en la mañana no hay misa en ninguna parte; serán por la tarde en todos los templos, la institución de la eucaristía; pero el Jueves Santo en la mañana, solo en las catedrales, el obispo con todos sus sacerdotes bendice los aceites sagrados que van a servir para los sacramentos y los sacerdotes renovamos nuestro compromiso de servicio al pueblo de Dios. Queremos representaciones de todas las parroquias. Si no pueden venir los párrocos, manden, por favor, una pequeña representación de sus parroquias para que al salir de la misa puedan llevar también las anforitas de los santos óleos con que en las parroquias, en signo de unidad con la catedral, se administre el bautismo, la confirmación, la unión de enfermos, etcétera. Ese es un acto que yo les suplico tomarlo muy en el corazón, el Jueves Santo a las 9:00 de la mañana. Y el otro, de manera muy especial a los jóvenes, el Sábado Santo a las 7:30 de la noche, aquí en catedral, la resurrección de Cristo. Para mí, estos dos actos marcan lo más profundo y más bello de la espiritualidad de la Semana Santa. A celebrar la unidad de nuestra Iglesia en torno de los pastores y a celebrar la resurrección de Cristo como un canto de victoria y de esperanza en el Señor.

Queridos hermanos, aunque estamos viviendo como en un callejón sin salida, no desesperemos. En la palabra bíblica de Isaías, un poco antes de la lectura que se ha hecho hoy, dice Dios
Is 50, 2 al pueblo: ¿por qué desconfías?, ¿que acaso se ha acortado mi mano para darle bendiciones?, ¿que acaso no tengo energías para salvarte? Hermanos, respondamos a esas preguntas de Dios con un acto de fe y de esperanza. Sí, Señor, nosotros creemos que tú eres el Redentor y por eso hemos aclamado hoy con la
Mt 21, 9 alegría de los que te han recibido: "¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, *hosanna* en los cielos!".

Vamos a proseguir ahora nuestra eucaristía donde vamos a poner en el altar de Cristo todas nuestras esperanzas y nuestros buenos deseos de celebrar una Semana Santa digna de nuestra fe.

El Espíritu Santo unge al presbiterio y al pueblo de Dios

Misa crismal
Jueves Santo
23 de marzo de 1978

Isaías 61, 1-3a.6a.8b-9
Apocalipsis 1, 5-8
Lucas 4, 16-21

[...][1] en esta mañana junto con el obispo son ante el pueblo de Dios el signo más elocuente de la presencia misericordiosa del Redentor en el mundo; queridas religiosas, queridos fieles:

En la lectura del Evangelio encontramos el modelo de una homilía. Después que Cristo lee el pasaje bíblico de Isaías, dice estas palabras: hoy se cumplen aquí estas cosas. Ese es el papel de la homilía: decir que la palabra de Dios, que se ha leído, no es una historia del pasado, sino que se está realizando aquí en medio de nosotros. Y si siempre es así, que donde quiera que celebra la misa y proclama la palabra de Dios un sacerdote o un cristiano, allí se está realizando esa palabra y está iluminando esa realidad de manera especial. Hermanos, esto tiene actualidad el Jueves Santo por la mañana. Hoy se están cumpliendo aquí esas cosas. ¿Qué cosas? La maravilla del Espíritu de Dios que ha querido ungir a la humanidad con su propia dignidad y hacerlo participante de su vida divina. Esta es la misa crismal, la misa del

Lc 4, 21

[1] El saludo no está registrado íntegramente en la reproducción magnetofónica de la homilía.

santo crisma, la misa en que rendimos honor al Espíritu Santo que unge con su fuerza divina al presbiterio para hacerlo ministro de la misericordia de Dios para el pueblo, y unge también al pueblo con el carácter sacerdotal que ustedes, queridos laicos, han recibido desde el día del bautismo.

¿Que es la unción? La unción, significa una participación de los poderes divinos, de la dignidad divina, y por eso solo el Espíritu de Dios puede ungir. Esta misa en que vamos a consagrar, a bendecir aquellos aceites sagrados que son el signo de esa unción del Espíritu de Dios al mundo, a la humanidad, es el recuerdo y la realidad de tres unciones que vamos a celebrar esta mañana: la unción personal de Cristo; la unción, en segundo lugar, de nosotros los ministros, los del sacerdocio ministerial; y en tercer lugar, la unción del Espíritu de Dios a todo el pueblo de Dios.

La unción personal de Cristo

En primer lugar, es Cristo el ungido. Eso quiere decir "Cristo": el ungido, el ungido por excelencia. Pero si nosotros, hombres, para ser ungidos se nos aplica el aceite sagrado que es el signo de la unción, a Cristo no fue necesario administrarle un sacramento porque su humanidad fue ungida desde el principio de su ser. La unción de Cristo consiste en que el Espíritu Santo, como
Lc 1, 35 le anunció el ángel a María, forma en las entrañas de la Virgen un ser humano, alma y cuerpo; y a esa alma y a ese cuerpo que comienza a ser el hombre Cristo, el Espíritu Santo lo asume a la vida divina de tal manera que los miembros de Cristo son al mismo tiempo miembros de Dios. Habla el lenguaje de un hombre de la tierra, pero su lenguaje transmite directamente el mensaje de Dios. Sufre los tormentos de la pasión y no es simplemente un hombre el que está sufriendo, sino que en ese hombre está la dignidad de Dios; y por eso el sufrimiento de la pasión de Cristo tiene el poder redentor porque está, esa humanidad que sufre, ungida desde las entrañas de su Madre santísima con la potencia, con la virtud del Espíritu Santo.

Cristo, pues, es la plenitud, es la fuente de la unción divina. Si Dios ha querido comunicar su vida a los hombres, comienza por hacer Dios a un hombre que, al mismo tiempo que hombre, es Dios. Cristo, el Niño Dios, el joven, el hombre: es Dios y es

hombre. Esta es la unción substancial de nuestro Señor Jesucristo. Y ahora en la mañana del Jueves Santo, cuando vamos a adentramos a meditar en la pasión y en la resurrección de ese hombre que redimió al mundo y le devolvió la vida perdida por el pecado, qué hermoso pórtico este de la celebración de los santos óleos: la celebración de la unción. Diríamos que esta mañana es una fiesta en honor del Espíritu Santo que unge a Cristo y le venimos a decir: gracias, divino Espíritu que tuviste la potencia de hacer, en las entrañas de una Virgen, un ser humano capacitado para ser ungido con la vida de Dios.

La unción del sacerdocio ministerial

Y esa vida de Dios que Cristo recibe ya en el principio de su ser, la unción única, la plenitud de la gracia, la fuente, de allí deriva para todo hombre que quiera creer en Cristo, la unción del cristianismo. Pero para poderse hacer capaz esa fuente que es Cristo y llevar esa vida de Dios a todo el mundo, a todos los hombres, necesitaba un organismo, un canal, y eso somos los sacerdotes.

En cada diócesis, un obispo rodeado por estos colaboradores necesarios que son los presbíteros, son el instrumento —obispo y sacerdotes— para poder llevar la vida de Dios al pueblo, el perdón de Dios al pueblo que peca; el alimento de Dios en la hostia consagrada al pueblo que necesita alimentarse; el perdón de Dios al niño que nace manchado con el pecado original; la fuerza del Espíritu Santo en la confirmación que da el obispo; la santificación del amor, cuando un hombre y una mujer quieren hacer de su amor una señal del amor de Dios, allí está también un sacerdote dándole el sentido divino a ese amor del matrimonio; y cuando llega la hora de emigrar de la tierra a la eternidad, allí está también el instrumento de la misericordia de Dios, un sacerdote llevándole el viático, la última absolución, la unción del enfermo, el Espíritu de Dios que unge los miembros del enfermo para poderse hacer capaz de redimir al mundo como miembros de Cristo crucificado y tener también la fuerza para emprender el viaje a la eternidad.

Hermanos, cuando pensamos esta mañana en el Espíritu Santo ungiendo al sacerdote, ¡qué respeto nos merece este hombre!, hoy tan vilipendiado, como Cristo, el gran bienhechor de la humanidad pero incomprendido; el que predica el mensaje de

salvación y se le distorsiona porque estorba en este mundo; el que convive con el pobre, con el miserable, con el campesino y lo defiende y quiere, como Cristo nuestro Señor, predicar la liberación a los pobres, a los oprimidos, a los prisioneros, a los que sufren. Este es Cristo que está en medio de nosotros, como
LG 21 dice el Concilio, en la persona del obispo, a quien asisten los presbíteros; es Cristo que está presente para enseñar, para santificar y para gobernar, para conducir al pueblo de Dios.

Yo quiero aprovechar esta mañana sacerdotal para decirle a mis queridos sacerdotes, presentes en esta ceremonia o que no han podido venir porque precisamente están allá en los pueblos lejanos atendiendo sus ministerios, quiero decirles a mis hermanos sacerdotes: mil gracias, queridos hermanos, que Dios os pague el haber sido fieles a vuestra vocación. Y, sobre todo, el sentir que solo en comunión con el obispo, que aunque sea el más indigno de los sacerdotes, pero es el signo de la unidad sacerdotal y del cual como que depende toda la vida espiritual de la diócesis. Y por eso, el sacerdote necesita, necesita estar en comunión con el obispo. No se entiende un ministerio sacerdotal al margen del obispo; no se entiende una palabra de sacerdote dicha en un templo, que no esté acorde con la predicación, con la enseñanza del obispo; no se concibe un sacerdote administrando sacramentos si no está conectado con aquel que es como la fuente en la diócesis, como signo de esa fuente que es Cristo. Por eso, gracias, queridos sacerdotes, porque en la casi totalidad del clero, todos dan este testimonio de comunión con su obispo.

Si en algo el obispo ha ofendido a un sacerdote y por eso tal vez no exista la plena unidad con él, en esta mañana en que Cristo nos pide la unión sacerdotal como señal de su presencia, de su gracia, de su vida al pueblo, yo, queridos hermanos, les quiero pedir perdón. Yo quiero decirles que el obispo nada anhela como la unidad con su clero y que nada le aflige tanto como el cisma, la separación, la desunión de sus sacerdotes; y que el pueblo nos está reclamando esa unidad, porque el pueblo es el que sufre víctima de la desunión, si existiera; así como el pueblo es el que se beneficia en la exuberancia de una vida espiritual en la medida en que permanecemos unidos con el obispo, y el obispo y los sacerdotes tratamos de estar unidos con la fuente de la gracia que repartimos, con Cristo nuestro Señor. Por eso, hermanos sacerdotes, en esta mañana es nuestra responsabilidad sacerdotal el

objeto principal de nuestro culto. En las ánforas sagradas, que ustedes mismos van a traer para que las consagremos y que la gracia de los sacramentos siga siendo fuente de vida para el pueblo, está simbolizada nuestra ordenación sacerdotal en esta mañana de Jueves Santo.

Queridos hermanos sacerdotes, ¡qué hermoso es hacer un recuerdo de aquella mañana inolvidable en que nuestras manos tendidas ante un obispo eran ungidas con ese sagrado crisma que ahora vamos a consagrar! Y yo, como obispo, recuerdo aquel día también; fue en 1970, un 21 de junio, allá en el estadio de los hermanos maristas, ante un pueblo que veía como una catequesis la unción episcopal. El sagrado crisma, que ahora yo voy a consagrar, fue el que ungió mi cabeza para hacerme pastor, entonces colaborador del venerado anciano monseñor Chávez y González, a quien ahora tengo el honor inmerecido de estar sucediendo. Y así ustedes, queridos sacerdotes, recordarán la mañana inolvidable de su ordenación sacerdotal. ¡Qué hermoso, hermanos, fieles, muchos de ustedes familiares de sacerdotes, o pueblos, comunidades donde están siendo conducidas con tanto amor y tanta sabiduría por estos dirigentes del pueblo de Dios! Démosle gracias al Señor por haber escogido a estos hombres desde su seno materno para la gran vocación sacerdotal.

Esta mañana vamos a renovar con los queridos sacerdotes nuestros compromisos sacerdotales y vamos a pedir a ustedes, pueblo de Dios, que recen mucho por nosotros para que seamos dignos de esta unción del Espíritu Santo. Es el Espíritu Santo el que nos capacita por medio del carácter sacerdotal que ha marcado nuestra alma para siempre. Es el Espíritu Santo al que ofendemos cuando despreciamos al sacerdote. Es el Espíritu de Dios al que honramos cuando atendemos —así como el honor que me están haciendo en esta mañana ustedes de atenderme— no a una palabra de hombre, sino aquel del que pudo decir Cristo al pronunciar su homilía: el Espíritu de Dios sobre mí, a evangelizar me ha enviado. Sigue diciendo Cristo en sus sacerdotes: es el Espíritu de Dios. Yo les agradezco, hermanos, esas múltiples manifestaciones de oración, de solidaridad que han manifestado al magisterio del obispo durante este año recién pasado, año tan difícil pero año tan consolador cuando hemos visto florecer la palabra de Dios por todas partes gracias a la unidad, a la colaboración, a la fidelidad con que los sacerdotes todos estamos

Lc 4, 18

tratando de ser servidores de Dios, de su palabra, de su espíritu; para ustedes, pueblo llamado por Dios a ser también un pueblo sacerdotal.

La unción del Espíritu de Dios a todo el pueblo

Y esta es la tercera idea: la unción que celebramos esta mañana, no solo unge a Cristo en su persona, en su naturaleza humana que se hace tan íntimamente naturaleza de Dios, sino que nos ha ungido también a nosotros, los presbíteros, el día de nuestra ordenación sacerdotal; pero es todo esto en función de ustedes, hermanos, en función de ustedes hasta el punto que Cristo mismo puede decir: no he venido a que me sirvan sino a servir y dar mi vida por ustedes. Y así cada uno de nosotros, sacerdotes, sabemos que nos hemos ordenado no para nosotros, sino para ustedes. Si algo tenemos que cuidar para nosotros, no nos viene de la ordenación sacerdotal, nos viene precisamente del bautismo que con ustedes hemos recibido.

Mt 20, 28

Y esta mañana, aquí en la catedral de San Salvador, haciendo mía la palabra del famoso obispo San Agustín, puedo decirles: "Con ustedes soy el cristiano, para ustedes soy el obispo"[2]. El cristiano es un nombre que me llena de esperanza y me hace esperar la redención y la salvación mía también. El nombre de obispo es mi responsabilidad, que me hace temblar pero que al mismo tiempo me hace confiar en la potencia de Dios que me ha dado este cargo.

Así puede decir cada sacerdote también: para ustedes somos el presbiterio, para ustedes somos los servidores del pueblo y con ustedes somos los cristianos. Antes que ser sacerdotes, somos cristianos y cristianos con ustedes; creemos las mismas verdades, esperamos la misma esperanza, tratamos de amarnos como ustedes, tenemos unos y otros que amarnos también en señal de cristianismo. Antes que sacerdotes y obispo, somos cristianos, somos pueblo de Dios. Y por eso, hermanos, comprendámonos mutuamente en este sublime ministerio del sacerdocio; y ustedes, pueblo sacerdotal, sepan descubrir su grandeza, el Espíritu Santo los ungió; nosotros sacerdotes fuimos sus instrumentos cuando en la pila bautismal no solo el agua del

[2] San Agustín, *Sermones,* 340, 1: PL 38, 1483.

bautismo lavaba el pecado original, sino que el crisma, que ahora vamos a consagrar, también ungió la cabecita del niño que se bautizaba para significar que desde este momento ya es participante del Cristo sacerdote, profeta y rey.

Y así todos ustedes, queridos hermanos religiosos, religiosas y laicos, que no han recibido otro sacramento distinto del bautismo. Por el bautismo, así como nosotros bautizados, llevamos esa marca de la unción del Espíritu Santo, el carácter del cristiano, el pueblo de Dios, ungido para ser pueblo sacerdotal, pueblo profético, pueblo que debe de reinar con Cristo y hacer reinar los principios divinos del Evangelio. Pueblo sacerdotal inmerso en tantas ocupaciones en el mundo. Piensen las diversas ocupaciones que están presentes en esta reflexión, tal vez profesionales, profesores, obreros, campesinos, vendedoras del mercado, señoras de su casa, cocineras, todo eso es pueblo de Dios que está santificando todos esos ambientes del mundo. La santidad de ustedes allá en el siglo es la santidad que santifica al mundo.

Esta mañana, hermanos, Cristo, que va a morir por nosotros, nos pide la colaboración de nuestra santidad personal; que esa redención que nos salvó del pecado original y nos incorporó a su cuerpo místico para ser prolongación de Cristo en el mundo y en la historia, ese Cristo que nos hizo por el bautismo miembros suyos nos está pidiendo, hermanos, comprender nuestra dignidad, nuestra responsabilidad y hacer de nuestra vida un verdadero sacramento de la misericordia, de la gracia, de la verdad, de la justicia de nuestro Dios, un pueblo profético, un pueblo que anuncia las maravillas de Dios y que denuncia la maldad de los hombres. Un pueblo que se une en la santidad de una doctrina y que reclama en las exigencias de Dios ante los hombres que atropellan la dignidad humana, que abusan de su poder, de sus riquezas. Pueblo que tiene que proclamar la justicia del Señor, pueblo profético. Por eso no se entiende que un bautizado sea un cobarde, mucho menos un traidor, porque sería un Judas. Todos llevamos esa responsabilidad, pues, como pueblo ungido por el Espíritu Santo.

Queridos hermanos, vamos a celebrar en la consagración de las tres ánforas que ya van a ser traídas al altar, esta triple consagración: la consagración de Cristo, el sacerdote eterno, el profeta único, el rey universal; pero que ha hecho derivar a estos

queridos hermanos sacerdotes y a este indigno servidor de ustedes, su dignidad de sacerdote, profeta y rey para conducir, para guiar al pueblo de Dios en el ministerio sacerdotal; y que, en tercer lugar, ha ungido a ustedes, pueblo de Dios, para que como pueblo de Dios celebremos las maravillas de su redención en esta Semana Santa; no como algo extraño sino como algo que somos nosotros como pueblo ungido que nos identifica con Cristo. Somos los protagonistas del Cristo que va con su cruz a cuestas, el pueblo que sufre; del Cristo que muere en la cruz, pueblo acribillado; pero del Cristo que después de tres días resucita llenando las esperanzas después del sufrimiento, pueblo salvadoreño, que por el bautismo se ha hecho pueblo de Dios. Hagamos honor a esta unción que juntos, como pueblo sacerdotal, vamos a celebrar agradecidos al Señor.

La cena pascual

Cena del Señor
Jueves Santo
23 de marzo de 1978

Éxodo 12, 1-8.11-14
1 Corintios 11, 23-26
Juan 13, 1-15

Con esta ceremonia en honor de la institución de la eucaristía, se inicia lo que litúrgicamente se llama el solemne Triduo Pascual. Tres días para celebrar el acontecimiento religioso cristiano más grande de la historia y naturalmente del año litúrgico. San Agustín llamaba a este triduo: la fiesta de la pasión, la muerte y la resurrección del Señor. Esta noche, pues, es como una síntesis, como un resumen de toda la Pascua que estamos celebrando. Para comprenderlo, las lecturas de hoy nos han colocado en una historia vieja de Israel que desemboca en Cristo nuestro Señor y que Él, Cristo, la encarga a su Iglesia para que la lleve hasta la consumación de los siglos.

He aquí tres pensamientos de esta noche santísima del Jueves Santo: una historia de Israel; un Cristo que la encarna; y una prolongación eucarística hasta la consumación de los siglos.

Una historia de Israel

La vieja historia nos la ha contado el libro del Éxodo que se acaba de leer. Los judíos celebraban en esta luna llena del mes de *nisán*, un mes hebreo que coincide con nuestro marzo, abril. Este será el primer mes del año —les había dicho Dios—, celebraréis la Pascua. La Pascua era la celebración de dos grandes misterios

Ex 12, 2

del Viejo Testamento: la liberación de Egipto y la alianza con el Señor. Pascua y alianza. La Pascua era aquel momento en que los israelitas, esclavizados por el faraón en Egipto, no podían salir hasta que en la décima plaga —terrible—, que consistió en que todos los primogénitos de Egipto iban a morir esa noche y, para que se libraran las familias hebreas, Dios les dijo, por medio de Moisés, que mataran un cordero y que con su sangre marcaran los dinteles de las puertas porque esa noche iba a pasar el ángel. El paso del ángel, eso quiere decir la Pascua. El paso de Dios, que para los egipcios va a ser castigo y para Israel va a ser liberación.

Y aquella noche, mientras los egipcios lloraban a sus primogénitos que morían, los israelitas marcados con la sangre del cordero salían de la esclavitud, todas las familias, para atravesar el desierto y encaminarse hacia la tierra prometida. Todos los años celebraban —algo así como nuestro 15 de septiembre— la fiesta de la emancipación, la fiesta de la libertad, la fiesta en que Dios pasó salvando a Israel. Y al mismo tiempo que hacían actualidad esta fiesta del pasado, recordaban que había una alianza entre Dios y aquel pueblo, por la cual Israel se comprometía a respetar la ley de Dios y Dios se comprometía a proteger de manera especial a ese pueblo. La Pascua y la alianza encontraron eco en fiestas que ya se celebraban entre los pastores pero que, a través de estas revelaciones y de estos signos, tenían ya un sentido de profecía. La Pascua y la alianza iban a encontrar una personificación cuando el más grande de los judíos, el nacido de Abraham, de David, de la descendencia santa de Israel, iba a celebrar su Pascua.

Esta noche, Cristo nuestro Señor, como buen israelita, con su grupo de israelitas que eran los apóstoles formando una familia, mandaron también a matar su corderito para comerlo en la noche del Jueves Santo, como lo comían todas las familias de Israel recordando la vieja historia de la liberación y de la alianza. ¡Cómo bullían en la mente de Cristo tantos recuerdos de la historia sagrada! ¡Cómo se hacía presente en la vida del Señor, esta noche de emociones profundas, toda la historia de Israel! No ha habido un patriota con más cariño a su suelo, y a su tierra, y a sus costumbres, que nuestro Señor Jesucristo. Cuando queramos ser auténticos salvadoreños, miremos a Cristo que fue el auténtico patriota, que vivió la historia de su pueblo, que sintió como suya y como presente la esclavitud de Egipto, y vivió con

agradecimiento a Dios la libertad y la alianza entre Dios y el pueblo. Todo eso había en el corazón de Cristo esta noche de tantos recuerdos, pero que para Él significaba un misterio especial.

Cristo encarna toda la historia de la salvación

Este es el segundo pensamiento de esta noche: Cristo encarna toda la historia de la salvación. Le había dicho Cristo a la samaritana: ya llega el tiempo en que ni en Jerusalén ni en este monte se ha de adorar a Dios, porque Dios busca adoradores en espíritu y en verdad. Había dicho Cristo en estos días y había sido una de las acusaciones más graves en el tribunal de esta noche ante el sanedrín: ha dicho que va a destruir el templo y que lo va a reedificar en tres días. Y el Evangelio aclara: lo que había dicho es destruir este templo que era su cuerpo, porque su cuerpo era el templo donde se daba cita la alianza, la victoria de Dios, la libertad del pueblo de Israel. Él era templo, víctima, sacerdote, altar. Él es todo para la redención.

Jn 4, 23

Mt 26, 61

Jn 2, 21

En Cristo nuestro Señor se encarna toda la gratitud del pueblo israelita a su Dios que lo ha liberado. En Cristo nuestro Señor se encarna toda la esperanza patriótica de Israel, toda la esperanza de los hombres. Cristo nuestro Señor siente esta noche que Él es "el Cordero que quita los pecados del mundo", que es su sangre la que ya va a marcar de libertad el corazón del hombre que quiera ser verdaderamente libre. Él es el sacerdote que eleva, ya desde esta noche, la adoración al Padre y trae del Padre el perdón, las bendiciones a su pueblo.

Jn 1, 29

Mañana, Viernes Santo, cuando el tormento de Cristo culmine con su crucifixión en la cruz, ya queda aquí desde esta víspera, desde esta noche, el memorial de esa pasión. Cristo muriendo en la cruz es el Cordero cuya sangre, marcando los corazones de quienes creen en Él, serán libres, no padecerán los tormentos del pecado. Él es el que viene a quitar el pecado del mundo, el que viene a llenar de esperanza los corazones. ¡Dichosos, hermanos, los cristianos en esta noche, cuando celebramos en esta catedral, lo mismo que en las iglesias parroquiales, en las ermitas, en las comunidades de toda nuestra arquidiócesis, la cena con el Señor! Hoy formamos parte de su familia israelita para matar el cordero que es Él mismo y comer su carne que es nuestra comunión: "Tomad y comed, esto es mi

Lc 22, 19-20

cuerpo que se entrega por vosotros. Tomad y bebed, este es el cáliz de mi sangre que se derrama por vosotros para perdón de los pecados".

Prolongación eucarística hasta la consumación de los siglos

Este tercer pensamiento: la eucaristía. El cuerpo y la sangre del Señor, que se hacen presente en el altar cada vez que un sacerdote celebra la misa, es todo el sacrificio de Cristo en la cruz, es toda la historia de Israel; desemboca allí, en el altar. Más aún, en la eucaristía nos acaba de decir San Pablo: "Se anuncia la muerte del Señor hasta que vuelva".

1 Cor 11, 26

El pueblo cristiano es un pueblo que vive de un recuerdo, el del Calvario; pero no como un recuerdo, sino que se hace actual; más aún, se hace esperanza de futuro. Ese Cristo, que se hace presente en nuestra hostia de la misa, es un Cristo que volverá, es un Cristo que ha de venir a juzgar la historia, es un Cristo en el cual todos los pueblos encuentran la solución de sus problemas. La solución definitiva solo en Él se puede encontrar, porque Él es la esperanza de un pueblo que peregrina en la historia martirizado, atormentado pero con la esperanza de una liberación que ha de venir definitiva.

Por eso, hermanos, nuestra misa de esta noche tiene que ser una oración de agradecimiento al Señor, de agradecimiento porque nos ha redimido y porque todo su dolor de la cruz ha quedado prisionero en esa hostia consagrada del altar; y que, porque su sangre se rubricó la alianza entre Dios y los hombres, se hace fresca, sangre que esta misma noche está sirviendo para firmar el pacto, la alianza eterna entre nosotros y Dios. Dichoso el pueblo cristiano que más que el pueblo de Israel que rubricó con sangre de corderos su alianza con Dios, nosotros cristianos rubricamos con sangre de Dios, con sangre de Cristo, con cuerpo inmolado de Cristo en una cruz y presente en nuestra hostia, el amor que Dios nos tiene y la esperanza que nosotros ponemos en Él.

Por eso, hermanos, la Pascua cristiana que celebramos esta noche, precisamente apoyándose en los méritos del crucificado de mañana, Viernes Santo, y en la resurrección de Cristo, celebrada el Sábado Santo en la noche, esta Pascua que es pasión,

muerte y resurrección de Cristo, ha querido el Señor que la celebremos en un marco de amor y de humildad.

De amor; por eso el relato evangélico de hoy comienza con esa frase tan estupenda: "Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar —paso, pascua— de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo". A lo largo de toda la historia, nadie conoce un amor —diríamos— tan loco, tan exagerado: de darse hasta quedar crucificado en una cruz. No hay amigo que haya dado su vida por el amigo con tanto derroche de dolor y de amor como Cristo nuestro Señor. Este es el marco de nuestra Pascua. Y por eso Cristo nos dice: esta será también la señal del cristiano, este mandamiento nuevo os doy —es un mandamiento que esta noche se hace fresco en nuestra memoria y en nuestra vida—: que os améis como yo os he amado.

Jn 13, 1

Jn 13, 34

Esta es la gran enfermedad del mundo de hoy: no sabe amar. Todo es egoísmo. Todo es explotación del hombre por el hombre. Todo es crueldad, tortura. Todo es represión, violencia. Se queman las casas del hermano, se aprisiona al hermano y se le tortura, se hacen tantas groserías de hermano contra hermano. Jesús, cómo sufrirás en esta noche al ver el ambiente de nuestra patria de tantos crímenes y tantas crueldades. Me parece mirar a Cristo entristecido desde la mesa de su Pascua mirando a El Salvador y diciendo: y yo les había dicho que se amaran como yo los amo. Reflexionemos, hermanos, en esta noche en que el marco del amor es un reclamo para celebrar nuestra Semana Santa. No está celebrando su Semana Santa quien está abrigando en su corazón sentimientos de egoísmo, sentimientos de crueldad para con el hermano. Solamente celebra la Pascua con Cristo el que sabe amar, el que sabe perdonar, el que sabe explotar la fuerza más grande que Dios ha puesto en el corazón del hombre, es el amor.

Queridos jóvenes, los devotos de la violencia y del vicio, los que ya han perdido su fe en el amor y piensan que el amor no arregla nada, aquí está la prueba de que solo el amor lo arregla todo. Si Cristo hubiera querido imponer la redención a fuerza de armas o a fuerza de incendios y violencias, no hubiera logrado nada; inútil, más odio, más maldad. Pero porque Cristo puso la clave en el corazón de la redención, en esta noche nos dice: este es mi mandamiento, que os améis como yo os he amado; y

Jn 13, 34

para que veáis que no solo son palabras, esperad ya esta noche, esta noche en que voy hasta sudar sangre ante la maldad de los hombres y el dolor de mis sufrimientos; y mañana, cuando como cordero silencioso me veáis pasar con la cruz a cuestas y morir en un calvario, sabed que no llevo ningún resentimiento para nadie, que desde el fondo del alma voy gritando: "¡Padre perdónalos porque no saben lo que hacen!". Miremos, hermanos, el gesto del amor personificado. Y en nuestras tentaciones de venganzas, de resentimientos, de egoísmos, de crueldades, no miremos el ejemplo triste de los hombres que se odian; levantemos la mirada hacia el amor que se hace Cordero, que se hace comida, que se hace Pascua, que se hace alianza.

Lc 23, 34

Y Cristo nos enseña también que para llegar a esas alturas, el camino es la humildad. Y por eso obliga a los sacerdotes, más que a predicar con palabras, a predicar con un gesto que ahora vamos a desarrollar aquí en la catedral, como en todos los templos donde se está celebrando la Semana Santa. Cristo nos dice: me llamáis Maestro y Señor, y lo soy; pues si yo soy vuestro Maestro y vuestro Señor, haced lo que yo hago. Y despojándose, comienza a sentirse esclavo, postrándose ante los apóstoles para lavarles los pies. Era el servicio de los esclavos lavar los pies de los comensales, lavar los pies. Como el servicio humilde del lustrador que, ante el señor a quien le limpia los zapatos, está como un siervo; también Cristo. Más todavía: siendo Dios —dice San Pablo— se despoja de su categoría de Dios y aparece como un hombre cualquiera, como un esclavo. Esta noche, humillándose ante los pies de sus apóstoles, ante el mismo Judas; y mañana, con la muerte de los esclavos, porque la crucifixión no se daba a los ciudadanos romanos, sino a los esclavos del pueblo romano. Esclavo el que es Dios, humilde el Señor de los señores.

Jn 13, 13-14

Flp 2, 6-7

¡Qué gran ejemplo para esta hora de orgullos, de vanidades y de soberbias! Por falta de humildad, el mundo es que está como está, porque nadie quiere ser inferior a nadie, porque queremos que el mundo gire a nuestro alrededor, porque nos hemos endiosado, porque nos hemos idolatrado. Es necesario, hermanos, botar tantos ídolos, el del "yo" ante todo, para que seamos humildes y solo desde la humildad sepamos ser redentores, sepamos ser colaboradores de la verdadera colaboración que el mundo necesita. Liberación que se grita contra otros no es

verdadera liberación. Liberación que procura revoluciones de odio y de violencia quitando la vida de los demás o reprimiendo la dignidad de los otros no puede ser verdadera libertad. La verdadera libertad es aquella que se hace violencia a sí misma y como Cristo, casi desconociéndose que es soberano, se hace esclavo para servir a los demás. Estos son los verdaderos liberadores que esta hora tremenda están pidiendo a nuestra patria, corazones humildes, corazones en los cuales brille el amor como característica cristiana.

Hermanos, recojamos de nuestra Pascua, de nuestro Jueves Santo de 1978, todas estas lecciones preciosas del divino Redentor. Y ya que necesitamos la liberación de tantas esclavitudes, hoy nos hemos asomado donde está la clave para romper tantas cadenas y tantas cárceles: en el amor, en la humildad, en Cristo. Nuestra esperanza puesta en Él; un cristianismo vivido con autenticidad; una Iglesia que siga proclamando ante el mundo que solo en Cristo está la esperanza. Imitándolo a Él en el amor y en la humildad está el verdadero camino.

Asistamos, pues, ya a este gesto que indignamente voy a tratar de imitar en el divino Maestro y Señor, para predicar a ustedes, hermanos, no solo con la palabra, sino como yo les suplico que lo hagamos siempre: con el ejemplo silencioso, callado, del amor y de la humildad.

La humillación y exaltación del Hijo de Dios

Pasión del Señor
Viernes Santo
24 de marzo de 1978

Isaías 52, 13-53, 12
Hebreos 4, 14-16; 5, 7-9
Juan 18, 1-19, 42

Después de escuchar la palabra de Dios en esta tarde del Viernes Santo, narrándonos la tragedia del Calvario, mejor sería guardar silencio y con el corazón agradecido adorar al Divino Redentor. Pero es necesario, es obligación del celebrante, aplicar esa palabra eterna a los que estamos viviendo esta ceremonia. Y es que la liturgia no es simplemente un recuerdo, la liturgia es actualización.

Aquí, en la catedral, esta tarde de marzo de 1978, Cristo nos está ofreciendo la fuente inagotable de su redención a los que hemos venido con fe, con esperanza, a contemplar este misterio de la redención. Es como si en este momento lo que se acaba de leer estuviera pasando aquí ante nuestros ojos y fuéramos nosotros los que nos estamos salpicando con esa sangre que se derrama en el Calvario.

Las tres preciosas lecturas nos dan la medida, sin medida, de este gesto de amor que se llama la redención. La primera lectura nos presenta el abatimiento de Cristo hasta la profundidad de una humillación que no tiene nombre. La segunda lectura, carta a los hebreos, exalta ese personaje humillado en la cruz hasta las alturas del cielo, hecho pontífice supremo de nuestra salvación.

Y el precioso relato de la pasión que los jóvenes seminaristas acaban de hacer nos dice cómo sucedió todo esto: la humillación y la exaltación.

La ceremonia del Viernes Santo, que substancialmente dentro de unos minutos, pues, consistirá en la adoración de la cruz, no es una ceremonia triste, es una ceremonia que canta el triunfo de la cruz, es un canto triunfal a la bandera más gloriosa que se ha extendido en la historia: la santa cruz. La cruz significa la humillación de Cristo, pero también significa la exaltación del Hijo de Dios, Redentor de los hombres. Por eso, si se han fijado, con esa finura que la fe tiene, al escuchar el relato de la pasión escrito por aquella pluma mística de San Juan el evangelista, se descubre que todo parece un canto de triunfo hasta en las horas más humillantes que allí relata. Juan tiene una perspectiva de cielo, de triunfo y la proyecta sobre esa sangre y sobre ese dolor que él va narrando pero con una visión celestial: el Cordero silencioso que se humilla es el Hijo de Dios que será, y ya está desde esta misma tarde, exaltado.

El siervo de Dios cargó sobre sus espaldas las iniquidades de todos los hombres

Por eso, hermanos, el primer pensamiento de hoy tenía que ser
Is 53, 4.7 este del profeta Isaías: el siervo de Dios, "como un cordero llevado al matadero", cargó sobre sus espaldas las iniquidades de
Is 53, 2-3 todos los hombres. Y lo vimos y no parecía cara de hombre, era horroroso; se volvía el rostro al mirarlo, daba asco, daba miedo; un matado como no ha habido otro matado; un torturado que ha superado todas las torturas, una humillación hasta el abismo. El profeta Isaías, por inspiración de Dios, nos anticipa siete siglos antes lo que está sucediendo esta tarde: la humillación del Cordero.

Son palabras inigualables. Por eso decía que más que hablar, es necesario amar, meditar, mirar, si es necesario hasta con repugnancia, el rostro como ha quedado de Cristo: como un gusano que se revuelca en el polvo de la tierra, entre salivazos y sangre, entre dolores inauditos, verdaderamente un deshecho de la humanidad. No se puede describir, hermanos. Es necesario que cada uno, este Viernes Santo, vea con los ojos del alma esa víctima, cómo la han dejado nuestros pecados. Porque Cristo no

padece por culpa suya; Cristo se ha hecho responsable de los pecados de todos nosotros. El que quiera medir la gravedad de sus pecados, mire a Cristo crucificado y diga con lógica: así lo he dejado yo; yo lo he matado. Por limpiarme de mis suciedades, Él se hizo sucio; por limpiarme de mis abominaciones, Él se ha hecho abominable, hasta la palabra que parece una blasfemia, pero la dice la Sagrada Escritura: el que no tenía pecado, por nosotros se hizo pecado, maldición, castigo de Dios. Eso es Cristo: el pararrayos de la humanidad. Allí descargaron todos los rayos de la ira divina para librarnos a nosotros, que éramos los que teníamos que sucumbir porque hemos puesto la causa de la maldición cada vez que hemos cometido un pecado.

2 Cor 5, 21
Gal 3, 13

Da lástima, hermanos, que en la Semana Santa, los cristianos no lloremos con profundo dolor el haber sido la causa del sufrimiento de Cristo y que, en vez de purificarnos y de convertirnos, hagamos de la Semana Santa como una cita para el pecado. Como si no fuera suficiente ya lo que hemos cargado sobre las espaldas humildes del Redentor, seguimos cargando y pecando y ofendiendo más y más al Señor.

Pero aquí en la profundidad de esta humillación, mientras miramos a Cristo clavado en la cruz, nos invita la sagrada palabra a descifrar un misterio de actualidad. Si Cristo es el representante de todo el pueblo en sus dolores, en su humillación, en sus miembros acribillados con unos clavos en una cruz, tenemos que descubrir el sufrimiento de nuestro pueblo. Es nuestro pueblo torturado, es nuestro pueblo crucificado, escupido, humillado al que representa Jesucristo nuestro Señor para darle a nuestra situación tan difícil un sentido de redención.

No es extraño, hermanos, que al sentirse así el pueblo, humillado como Cristo, quiera sacudir sus cruces, quiera botar los clavos, los azotes, quiera liberarse. Y surgen los liberadores del pueblo pero muchos en un sentido falso. Yo quisiera, hermanos, que al mirar a Cristo crucificado en esta tarde de Viernes Santo, y mirar en sus miembros también a nuestro pueblo sacrificado, tratáramos de ver en qué consiste la redención que Cristo nos está ofreciendo en sus carnes benditas para nuestro pueblo. Y la clave es muy sencilla: basta escuchar de aquellos labios moribundos las siete palabras que, como un testamento de su espíritu, nos está dejando para que comprendamos los ideales de la liberación cristiana.

EN 30 El papa Pablo VI ha dicho que la Iglesia de nuestros días no puede ser indiferente a las ansias liberadoras del pueblo; que una Iglesia que no se ponga a sentir como propia la angustia, la pena, el sufrimiento del pueblo, no sería la auténtica Iglesia de la re-
EN 32 dención. Pero el Papa, recogiendo las voces del episcopado, ha dicho también cómo es la liberación que la Iglesia ofrece; porque si la Iglesia, en sus ansias de liberación, se dejara manipular por una liberación que no es cristiana, por una liberación de odios, de revoluciones, de violencias, perdería su fuerza, no sería la verdadera redención de Jesucristo.

Por eso, hermanos, a quienes ansían con sinceridad y con una gran sensibilidad social un mundo mejor, una patria mejor, a quienes quieren limpiar las escupidas del rostro de la patria, a quienes quieren limpiar la sangre que chorrea nuestro pueblo, le conviene escuchar de los labios del gran liberador, Jesucristo, cómo debe de ser la liberación que la Iglesia y sus cristianos ofrecen a esta patria, a este mundo, a esta situación.

Las siete palabras de Jesús en la cruz

Lc 23, 34 Oigamos la primera palabra de Cristo:"¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen!". Qué lejos está el liberador del odio, del resentimiento, de la venganza. Él, que podía desatar las fuerzas de la naturaleza y hacer añicos a los enemigos que lo han crucificado; Él, que podía liberarse haciendo polvo a sus perseguidores, no quiere violencia. Cuando un día Juan y Santiago, al ver la ingratitud de los samaritanos que no le daban posada, le pedían permiso para pedir que lloviera fuego sobre aquella ciu-
Lc 9, 55-56 dad, Cristo les dice: "Ustedes no saben de qué espíritu son; el Hijo del hombre no ha venido a perder, sino a salvar, a dar su vida para salvación de los otros". Esta es la liberación cristiana. Los cristianos de la Iglesia tienen que ofrecer su colaboración a la liberación de nuestro pueblo, pero a partir del amor, a partir
Lc 23, 34 del perdón, a partir de esta súplica de Cristo: "¡Padre, perdónalos!".

La segunda palabra de Cristo es al buen ladrón. El ladrón, que descubre que en su compañero de suplicio hay algo más que
Lc 23, 42-43 hombre, le dice: "Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino". Y el crucificado divino se vuelve al ladrón y le dice: "Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso". El liberador de los hom-

bres sabe que el paraíso no está en esta tierra, pero que un hombre acribillado con la cruz como el ladrón puede aspirar a un paraíso y lo tendrá si tiene fe. La liberación, hermanos, la liberación cristiana es trascendente. Los cristianos sabemos que en esta tierra no puede haber un paraíso. No. Tampoco queremos adormecer a nadie, porque la religión no tiene que ser opio del pueblo; la religión no es conformismo; la religión no es pereza, sino que le dice a los cristianos: desarróllense, promuévanse, supérense, pero con la esperanza de un paraíso que solo existe más allá de la historia. Tampoco condescendemos con una liberación que solamente esté esperando el cielo y que se conforme aquí en la tierra con la esclavitud. De ninguna manera. Los cristianos sabemos que el paraíso tiene que reflejarse también en esta tierra y que los que aquí trabajan por la implantación de un reino del cielo en las relaciones de los hombres, más humanas, menos opresivas, menos deprimentes, más iguales, donde nos sintamos todos hermanos, es necesario que refleje aquel cielo en esta tierra para que los peregrinos de la tierra seamos felices en esta tierra y también en la eternidad.

La palabra de Cristo viene enseguida en un diálogo amoroso con su santísima madre y con el discípulo amado: "Ahí tienes a tu madre". "Ahí tienes a tu hijo". La liberación de Cristo, hermanos, es ternura, es amor, es la presencia de una madre bondadosa: María. Y María es el modelo de quienes colaboran con Cristo para la liberación de la tierra y la adquisición del cielo. María, que en su cántico de acción de gracias proclama las grandezas de Dios y también proclama que Dios desecha el orgullo de los poderosos y enaltece a los humildes, nos enseña que el camino de la liberación verdadera, de la redención cristiana, es el camino de la humildad, el camino del amor, el camino de una entrega, como la de María, que será también para amarnos y encontrar en ella el camino blanco que nos lleva a Jesús.

Jn 19, 27

Jn 19, 26

Lc 1, 46-55

Después, Cristo nuestro Señor, sintiendo lo que sentían los crucificados: la fiebre, la sed, el desangramiento, grita con el ansia de sus fauces resecas, con una queja de verano: "¡Tengo sed!". La liberación de Cristo no rehuye las angustias fisiológicas del hombre: siente el hambre de los que no tienen lo suficiente para comer, la angustia de quienes no ganan lo suficiente, la sed. La sed de Cristo, hermanos, es la señal de que también se preocupa y siente la angustia temporal de los que peregrinamos

Jn 19, 28

en la tierra y también la redención de Cristo tiene que ver en el bienestar de la garganta, del estómago, del cuerpo humano, de la vivienda, del alfabetismo, de todas esas necesidades que hacen de la tierra el camino hacia Dios, la promoción humana. La sed de Cristo era una sed auténtica. Los místicos han querido trasladarla a una sed misteriosa de almas. Puede ser, pero ante todo era sed de verdad, sed de agua; quería agua y no había para sus
Jn 19, 29 fauces, a quienes le dieron hiel y vinagre.

Después, Cristo la angustia del espíritu la manifiesta en ese
Mc 15, 34 grito misterioso de quien siente la soledad en el dolor: "¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?". Queridos hermanos, cuando llega la hora de la prueba, cuando llega la hora en que hasta la fe parece oscurecerse, cuando se eclipsa la esperanza, cuando el pueblo parece que queda sin horizontes, no olvidemos esta tarde del Viernes Santo; también Él sintió la angustia, el misterio del abandono hasta de Dios, se sintió casi sin el amor del Padre, sin esperanza su vida. Qué extraño, hermanos, que en las horas de angustia, de torturas, de prisiones injustas, de situaciones que no tienen explicación, nos volvamos al Padre con la confianza de un hijo para decirle: Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Pero con la seguridad de que Dios solamente está sometiendo a prueba la voluntad en la obediencia y en el amor, para sacar a flote esa angustia del hombre.

Y Cristo ve que todo se ha cumplido y dice esa voz que pa-
Jn 19, 30 rece una voz de creación: "Todo se ha cumplido". Qué hermosa es la vida del hombre cuando retorna, a la hora de la muerte, a la casa del Padre y le puede decir: todos los detalles de mi vida han sido reflejo de tu voluntad divina. Qué triste, en cambio, tiene que ser la presencia de un réprobo ante Dios; la presencia de un rebelde que le quiere decir a Dios: "Señor no obedecí tus leyes, creí que era libre y que la libertad consistía en sacudir tus mandamientos. Quise buscar los caminos de la felicidad no por tus leyes sino por mis caprichos, por mis pasiones, por mis vicios". Qué hermosa la vida, hermanos, cuando a pesar de las pruebas, sabemos que toda va siendo calcada en la voluntad del Señor. Procuremos que esta tarde el mensaje de Cristo muriendo en la cruz se refleje en nuestra vida entregada a su voluntad santísima.

Y así fue como la última palabra que brota del Señor es la entrega confiada de la vida y de la muerte en los brazos del Señor. Ahora ya aflora otra vez a los labios de Cristo la confianza

filial: "¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!". Que a la hora de nuestra muerte sintamos que la presencia del Padre recoge nuestra vida, nuestro espíritu y trasciende con la satisfacción de haber dejado en la tierra una lucha inspirada en el amor y en la fe y en la esperanza; no sangre, no violencia. ¡Qué triste será dejar, hermanos, en la huella de la vida, torturados, desaparecidos, matados, terrorismo, incendios, crímenes! ¡Qué cuenta tendrán que dar a Dios esas manos manchadas de sangre que empuñaron látigos y dieron puntapiés a sus hermanos! ¡Qué triste será en aquella hora no poderle decir: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu", cuando lo que presenta en la hora de la muerte no es un espíritu que ha trabajado en la tierra el amor, la esperanza y la fe, sino la lucha sangrienta que no la quiere Dios! Lc 23, 46

Cristo no ha muerto

Y así, hermanos, ante este cadáver de Cristo, nosotros reflexionamos esa segunda preciosa lectura de Pablo: Cristo no ha muerto. Lo más bello de la Semana Santa no es esta tarde. Sí, quizá esta tarde es la más conmovedora, ver que un Dios por mi amor se hizo hombre y por mi amor se dejó matar. Pero lo bello es que esa muerte fue rubricada por la potencia de Dios y, dentro de tres días, mañana por la noche, cantaremos la victoria de la resurrección, luz y esplendor, la rúbrica de Dios, para decir: el que llevó los pecados de los hombres para clavarlos en la cruz, ha sido aceptado el sacrificio; y el hombre que quiera puede ser perdonado, solidarícese nada más con la pasión, la muerte de Jesucristo, y sepa que por más grandes que sean los crímenes y los pecados, Dios los perdonará.

Y por eso, hermanos, la liturgia preciosa de esta tarde —ya la vamos a hacer— es una oración universal. Ahora la Iglesia siente que su corazón es, como el de María, ancho como el mundo, sin enemigos, sin resentimientos, va a orar por todos, a pedir por los pecadores para que se conviertan, por los mismos que la escupen y la calumnian, para que no vayan a morir en la desgracia de odiarla, sino que se conviertan y con los que son felices, como el buen ladrón, encuentren un paraíso, aun después de haberla ofendido. Vamos a pedir por los gobernantes, instrumentos de Dios para hacer paz, justicia en el mundo y no el

atropello de la dignidad humana. Vamos a pedir por los que no tienen fe para que encuentren, en el camino de luz de la fe, la felicidad que Cristo nos ofrece, comprada con su sangre y su
Hb 4, 14 dolor esta tarde. Hermanos, es el Sumo Pontífice —dice San Pablo— que ha penetrado los cielos y que desde su cielo ahora, sin venganzas, con amor infinito, en la voz de su Iglesia que peregrina en la tierra, nos está diciendo cómo nos amó cuando murió en la cruz y cómo nos sigue amando ahora cuando peregrinamos nosotros en pos de Él. Oremos, entonces.

El misterio pascual se hace nuestro por el bautismo

Vigilia Pascual
Sábado Santo
25 de marzo de 1978

Génesis 1, 1-31; 2, 1-2
Génesis 22, 1-18
Éxodo 14, 15-15, 1
Isaías 54, 5-14
Isaías 55, 1-11
Baruc 3, 9-15.32-4, 4
Ezequiel 36, 16-28
Romanos 6, 3-11
Mateo 28, 1-10

Queridos hermanos:

La palabra de Dios, que se ha remontado hasta los orígenes del mundo en la primera lectura del Génesis y que ha recorrido algunos capítulos de la historia de la salvación, acaba de culminar con el hecho que estamos conmemorando esta noche: la resurrección del Señor. Pero no terminó hace veinte siglos, sino que el último capítulo lo estamos escribiendo aquí, nosotros. Por eso, mi pobre palabra, incorporándose a las lecturas de la palabra de Dios, es para decirles a ustedes y reflexionarlo yo mismo: ¡cómo nos ama el Señor!

De aquel origen del hombre —"hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza"— y que el hombre no supo mantener en su dignidad, sino que, ofendiendo a Dios por el pecado, desfiguró esa imagen de Dios, su Hijo divino vino a repararla y ya está consumada la obra de la reparación. Gn 1, 26

Esta noche clausuramos el solemne Triduo Pascual. Tres días, los más grandes del año, que nos han servido para considerar los tres grandes aspectos de nuestra redención: el sufrimiento, la pasión del Redentor el Viernes Santo; el silencio de la tumba donde yacía yerto el cadáver de Cristo, la esperanza del sepulcro; y esta noche, el triunfo de la resurrección. Esas tres cosas: la pasión dolorosa, el sepulcro y la resurrección, son lo que constituye el misterio pascual.

El misterio pascual, o sea, la muerte, la pasión, la resurrección de nuestro Señor Jesucristo son para nosotros un hecho que hacemos nuestro. De nada serviría todo este episodio de la vida de Cristo, definitivo para la historia, si cada uno de nosotros no lo hiciera suyo. Y este es el significado de esta noche: que aquella pasión dolorosa, aquella expectativa del sepulcro y aquel triunfo que estamos conmemorando esta noche, se hace nuestro, todo eso, por el bautismo.

A continuación vamos a celebrar la renovación de nuestro bautismo, porque esos tres aspectos del misterio de la Pascua que nos redimieron nos han marcado nuestra vida desde el día en que nuestros padres nos llevaron a la pila bautismal, como se llevaba antiguamente en esta noche del Sábado Santo a los catecúmenos para ser bautizados, para ser confirmados. Y San Pablo nos acaba de explicar qué significa ese bautismo del cristiano: ser
Rm 6, 4 sepultado con Cristo y resucitar con Cristo. Hermanos, cuando pensamos en el hombre moderno, vemos cómo congenian estos tres aspectos de la Pascua de Cristo a la vida del hombre de hoy.

El sufrimiento, la pasión del Redentor el Viernes Santo

La pasión dolorosa de Cristo, el sufrimiento. El hombre de hoy rehuye el dolor, no quiere el sufrimiento y, sin embargo, nadie como el hombre de hoy está tan convencido de que la muerte, el dolor, es invencible; que por más que se inventen medicinas, prevenciones contra el sufrimiento, contra el dolor, el dolor está reinando, el sufrimiento es herencia del hombre, quiéralo o no lo quiera. Entonces, el secreto está en darle un sentido a ese dolor. Y he aquí que el bautismo incorpora al hombre con toda su tragedia, con todo su dolor, para que el sufrimiento de su vida, su hambre, su marginación, su pena, se convierta, junto con Cristo, en un dolor de redención.

Esta noche podemos ofrecerle al divino resucitado, como incorporándolo en sus llagas gloriosas, todo nuestro sufrimiento. ¿Quién de los que estamos llenando esta catedral y de los que a través de la radio están reflexionando en esta noche santa, no tiene un sufrimiento? ¿Qué cristiano no lleva un problema en su conciencia? Esta noche nos invita Cristo a unir a su dolor, a su cruz, todos los dolores para hacerlos divinos, para iluminarlos con luz de Pascua, para llenarlos de esperanza. Una noche, hermanos, en que el mejor regalo que le podemos traer al divino resucitado es nuestro propio sufrimiento para que, unido a su resurrección, se convierta en un dolor de redención.

El silencio de la tumba, la esperanza del sepulcro

El segundo aspecto de la Pascua es el sepulcro del Sábado Santo. Sepulcro silencioso pero no pasivo, porque nuestra fe nos dice que mientras el cadáver de Cristo posó en su sepulcro desde el Viernes Santo por la tarde hasta la madrugada de esta noche, el alma bendita de Cristo estaba trabajando.

Era Domingo de Ramos al otro lado de la historia; Cristo pasó por el túnel de la muerte dolorosa y se encuentra su alma junto con las almas benditas de los bienaventurados del Antiguo Testamento. Allá, Adán y Eva, Abraham, David, los patriarcas, los profetas, todo lo santo y noble que vivió antes de Cristo y que no podía entrar al cielo porque estaba cerrado por el pecado del hombre, ese cielo se ha abierto ya. Y ese Cristo baja, como dice nuestro credo: "descendió a los infiernos"; es decir, descendió al lugar de los muertos y los antros de la muerte se llenaron de luz. Y el Domingo de Ramos también fue para los del Antiguo Testamento, que en esta noche junto con Cristo resucitado, como una procesión de espíritus, lo acompañan a todas partes, para entrar con Él en el reino de los cielos. Cristo ha venido a redimir a todos los hombres, no solo a los que nacerán después de Él, sino a los que vivieron antes de Él en la esperanza de una resurrección.

El sepulcro silencioso es la figura de nuestra esperanza. He aquí que en esta noche pascual, ese sepulcro se convierte en una tumba vacía y es el mejor monumento a la esperanza de los cristianos. Moriremos también nosotros, sucumbiremos al embate del dolor y de la muerte, envejeceremos. ¿Se dirá por eso que la

redención de Cristo no fue eficaz? De ninguna manera. Eso solo quiere decir que en la redención de Cristo hay una fase definitiva que es su persona divina. ¡Él sí ha triunfado plenamente!, pero el género humano tiene que vivir todavía de esperanza. La esperanza nos es necesaria.

Hermanos, en estas horas en que parece vivir la historia un callejón sin salida, la esperanza ilumina el horizonte de los cristianos. El sepulcro de Cristo, donde parecía que los enemigos del Señor sellaron su victoria, ahora, esta noche, rotas las cadenas y los sellos que le habían puesto sus enemigos, grita: "¡Oh
1 Cor 15, 55 muerte!, ¿dónde está tu victoria?". Y así como el sepulcro de Cristo rompe los cerrojos de la muerte, también los sepulcros de nuestros muertos y nuestros propios sepulcros quedarán también un día vacíos.

Es necesario alimentar esta esperanza, sobre todo en estas horas, hermanos, en que muchos piensan dar una solución a los problemas políticos y sociales y económicos únicamente organizando la tierra, únicamente con medidas terrenales. La redención nos habla que la verdadera liberación del hombre tiene que ser el fruto de un Cristo triunfante y de la esperanza que en Él pongan los hombres. Cuantos más graves sean nuestros problemas, más oportunidad le estamos dando al Redentor, más grande tiene que ser nuestra esperanza. Es una noche de esperanza, una noche de Pascua, una noche de sepulcro vacío.

El triunfo de la resurrección

Y por eso también, hermanos, la tercera fase de la Pascua: el triunfo. Esta es una noche de triunfo, una noche de victoria. Pero no una victoria que deja aplastados en el odio, en la sangre, a los enemigos. Las victorias que se amasan con sangre son odiosas; las victorias que se logran a fuerza bruta, son animales. La victoria que triunfa es la de la fe, la victoria de Cristo que no vi-
Mt 20, 28 no a ser servido sino a servir. Y el triunfo de su amor es este triunfo pacífico. El triunfo de la muerte no fue definitivo. Es el triunfo de la vida sobre la muerte, el triunfo de la paz, el triunfo de la alegría, el triunfo de los aleluyas, el triunfo de la resurrección del Señor.

Pero en este triunfo, hermanos, —vuelvo a repetir— hay dos aspectos, dos fases. No lo olvidemos. Una fase que ya se

coronó de absoluta victoria y es Cristo; su persona, sí, ya es el rey de la vida y de la eternidad. San Pablo nos acaba de decir: ha resucitado y la muerte no lo vencerá más. En Él la redención ha llegado a la cumbre. Pero en nosotros, esta noche, los cristianos que vamos a renovar nuestro bautismo sabemos que para nosotros la victoria todavía tiene un compás de espera. Todavía pasea sobre el mundo su bandera el sufrimiento, la muerte, el dolor, el pecado. No es que la muerte y la resurrección de Cristo hayan sido fracasados con la maldad de los hombres; lo que pasa es que esta es la hora de la Iglesia. Desde la resurrección de Cristo hasta su segunda venida, ¿cuántos siglos transcurrirán? No lo sabemos, pero sí sabemos que con la resurrección de Cristo se ha rubricado ya el pacto de victoria sobre el pecado, sobre el infierno, sobre la muerte; y que Dios le ha encomendado a su Iglesia la administración de su victoria en el corazón de cada hombre. De allí este trabajo tan tremendo de la evangelización, el trabajo de la reconciliación de los hombres con Dios, el trabajo de llevar la sangre de Cristo a todos los corazones, el trabajo de sembrar el amor del Señor sobre todos los odios, el trabajo de sembrar paz en los pueblos, justicia en las relaciones humanas, respeto a los derechos de los hombres que santificó la redención del Señor.

Rm 6, 9

Este trabajo de la Iglesia supone luchas sangrientas, conflictos dolorosos; pero son parte de la Pascua de Cristo, una Pascua que no estará cumplida plenamente sino hasta que Cristo vuelva. Esta noche es una figura de la Iglesia en espera de la madrugada. Oyeron en el pregón pascual cuando se cantaba la gloria de este hermoso cirio, esta candela gruesa con una cruz marcándolo de gloria, encendido en mitad de esta asamblea; ese cirio es la figura de Cristo, es la Iglesia que ilumina la noche con la luz de Cristo. Pero cantaba el diácono: que quede iluminando la noche hasta que el lucero de la mañana anuncie que ya no hay necesidad de este cirio, sino que el día, con su claridad, es la luz que ilumina al hombre que peregrina en la tierra. Es la figura de la Iglesia; mientras hay noche, ella arde esperando el lucero de la mañana: Cristo que volverá, el resucitado que todavía no le vemos en el esplendor de su gloria pero que ya, a través de su Iglesia, predica, perdona, santifica, guía a las almas que se quieran dejar conducir.

Hermanos, por eso vamos a terminar esta liturgia de la Palabra renovando nuestros compromisos bautismales. Vamos a

bendecir el agua que sirve para bautizar a los niños, la fuente en la cual fuimos también nosotros incorporados a este misterio de la Pascua. Y esta noche no solo es hermosa porque Cristo ha resucitado sobre el dolor y sobre su tumba, sino porque esa tumba, ese dolor, esa victoria se han hecho nuestros gracias al bautismo que Cristo inventó para que todo hombre que nace de la carne, por el bautismo, incorporado a Él, sea hijo de la redención, sea un candidato de la gloria y de la victoria eterna. Así sea.

¡Cristo ha resucitado!
¡Cristo vive!

Domingo de Resurrección
26 de marzo de 1978

Hechos 10, 34a.37-43
Colosenses 3, 1-4
Juan 20, 1-9

Cómo quisiera, hermanos, tener no solo una lengua para pronunciar palabras, sino un secreto eficaz de la gracia para llegar a cada corazón que me está escuchando y decirle, desde la profundidad de nuestra fe, de nuestra esperanza, de nuestra alegría cristiana: ¡felices pascuas! Sí, este es el saludo cristiano desde anoche.

La Pascua, dice el Concilio: "La santa madre Iglesia considera deber suyo celebrar con un sagrado recuerdo [...] la obra salvífica de su divino Esposo. Cada semana, en el día que llamó «del Señor» [*dominica*, domingo], conmemora su resurrección, que una vez al año celebra también, junto con su santa pasión, en la máxima solemnidad de la Pascua". Lleva, tan en el alma, la Iglesia este hecho de la resurrección de Cristo que no lo celebra solo hoy en la fiesta solemne de la Pascua, sino que cada ocho días, cuando llama a sus hijos a su altar, celebra la Pascua; cada domingo es una Pascua en pequeño, así como hoy es el gran domingo del año, la gran Pascua, la resurrección del Señor. SC 102

La Pascua, de una etimología difícil de traducir, pero que sustancialmente quiere decir: el paso de Cristo de la muerte a la vida. Y es el único ser de quien podemos predicar sobre su tumba vacía el epitafio que San Pedro ha escrito hoy: "Pasó haciendo Hch 10, 38

el bien"; pero Dios estaba con Él y por eso lo ha resucitado y por eso es el único hombre del cual se puede venerar su tumba, pero una tumba vacía. De los grandes hombres es un honor llegar a conocer el sepulcro donde están sus cadáveres hechos polvo, pero de este Hijo del hombre, Cristo, solamente podemos venerar el santo sepulcro. ¡Cuántos peregrinos hoy, en Jerusalén, tienen que reconocer que lo que veneran es un sepulcro vacío! Y esto es, hermanos, la fiesta de hoy.

A través de las lecturas, yo quisiera presentarles estos tres pensamientos: el primero que enfoca a Cristo y del cual nos ha
Hch 10, 38 dicho San Pedro: "Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo", Dios está con Él; el segundo pensamiento es mirando a la Iglesia, que completa en el mundo la obra de Cristo, encargada de llevar esta noticia, esta buena nueva a todos los rincones de la tierra y a todos los días de la historia; y el tercer pensamiento, mirándonos a nosotros mismos, ¿cuál es la respuesta, la responsabilidad de creer en un Redentor que murió pero que ha resucitado?

Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, Dios está con Él

Mirando a Cristo, la síntesis más bella es la de San Pedro, en esta mañana, en la primera lectura. San Pedro está sufriendo una conversión. Él, judío, va a escuchar que Cristo ha muerto no
Hch 10, 9-15 solo por los judíos, sino también por los otros pueblos. Una visión de unos animales inmundos que le ordenan comer y que él dice: nunca he comido carne inmunda, soy judío, guardo la ley. Pero la voz del Espíritu que le dice: "No llames inmundo lo que Dios ha purificado". Desde que Cristo, el Hijo de Dios, ha muerto por todos los hombres, no hay ya distinción entre los hombres. No hay razón para clases sociales, religiosas, políticas. Todos son hermanos. Todos son llamados a la salvación.
Hch 10, 19-22 Vete, que te está esperando un gentil, Cornelio, con su familia. Y va Pedro y encuentra que la misma visión ha tenido aquel gentil; y es ante esta familia no judía, sino pagana, ante la que Pedro pronuncia ese famoso discurso, que hoy se ha leído en la misa de hoy.

Hch 10, 34.36 "Ahora comprendo —dice Pedro— que para Dios no hay acepción de personas" y que Él, Jesús, ha venido por todos. Y

comienza a explicar lo que era el tema de la predicación de los apóstoles y de los primeros cristianos: que Cristo murió por todos, que Cristo es el ungido de Dios, que Dios estaba con Él salvando a todos.

Y esto es lo que debe ser nuestro pensamiento hoy, hermanos. Mirando a Cristo resucitado, cómo se debe llenar de gratitud, de embeleso, de esperanza nuestra fe, y decirle: tú eres el Dios que se hizo hombre y que, por amor a los hombres, no tuviste horror de esconder tu grandeza de Dios y pasar por este mundo como un hombre cualquiera; ninguna distinción, más aún, te confundieron con los malhechores, moriste como un asesino en una cruz, te sepultaron en el basurero de los crucificados, en el Calvario; pero de allí, de la basura, de la profundidad del abismo, del que descendió a los reinos de la muerte y de la sombra, surge ahora el divino resucitado, verdaderamente "ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo". Hch 10, 38

Es aquí donde se corona la encarnación de Cristo. Aquel Niño Dios que la Virgen tuvo en sus manos, aquel niño que acarició y amamantó en sus pechos, aquel a quien se sintieron con derecho de escupir y de golpear los enemigos, era la carne de Dios. Dios estaba allí. Dios estaba encarnado en Cristo. Era necesaria la gloria de la resurrección para que los hombres comprendiéramos que en el Cristo crucificado y humillado, que en el Cristo que por nosotros es Dios hecho hombre que nos comprende, que siente el cansancio, el sudor, la angustia del hombre, está escondida la dignidad de Dios. Ahora lo vemos. Cuando la gloria de Dios transpira por todos sus poros, cuando todo su semblante y todo su ser más parece un sol resplandeciente que un mortal, comprendemos lo que San Pablo asegura de la resurrección: lo que se sembró en ignominia, se cosecha en glorificación; lo que se sembró en un sepulcro mortal, muerto, resucita inmortal, glorioso, para no morir más. La muerte no lo dominará. El eterno joven, el eterno hermoso, la eterna primavera, la vida que no tendrá enfermedad ni ocaso, la alegría plena, la felicidad. 1 Cor 15, 42-44

Hombres de nuestro tiempo, angustiados de tantos problemas, desesperanzados, los que buscan paraísos en esta tierra, no lo busquen aquí, búsquenlo en Cristo resucitado; en Él desahoguemos nuestras penas, nuestras preocupaciones, nuestras angustias y en Él pongamos nuestras esperanzas. Él es todo para la

humanidad, es la fuente de la felicidad. El ungido con el Espíritu de Dios tiene en su aspecto humano y glorioso la respuesta para todos los hombres. No dudemos, hermanos. Como San Pablo nos decía el Viernes Santo ante el Cristo humillado, hoy con
Hb 4, 16 más razón que antier, podemos decir: "Acerquémonos con confianza al trono de la gracia", al trono de la omnipotencia, al trono de la felicidad y de la alegría; Cristo es fuente que sacia toda clase de sed para todo aquel que se acerque con fe.

Hch 10, 38 Pero este Cristo, "que pasó haciendo el bien" y en el cual Dios estaba en toda su plenitud, no solamente es ejemplo moral para seguir sus ejemplos. Más que todo, queridos hermanos, el aspecto teológico es el que más me interesa destacar en esta
Jn 14, 6 mañana. Ese Cristo es el sacramento de lo divino, es "el camino, la verdad y la vida"; solo el que camina por Él, encontrará salvación; para eso ha venido, para salvar.

Esta salvación que hoy anhelamos tanto y que en América Latina toma un nombre muy sugestivo: la liberación. ¡Qué mal se puede confundir con redenciones de la tierra! ¡Cómo se quiere confundir tantas veces a la Iglesia como si se hubiera hecho comunista, subversiva; como si no tuviera más horizontes al ofrecer la redención que las liberaciones políticas, sociales y económicas! Cierto que la Iglesia se interesa también de estos aspectos. Porque no sería Cristo Redentor si también no se hubiera preocupado de dar de comer a las muchedumbres que tenían hambre, si no hubiera dado luz a los ojos de los ciegos, si no hubiera sentido angustia por las muchedumbres marginadas que no tienen quien los ame, quien les ayuda. También la promoción, también el aspecto político y social le interesa al cristianismo. No sería completa la redención si no tuviera en cuenta estos aspectos del Cristo que quiso ser, precisamente, el ejemplo de un oprimido bajo un imperio poderoso, bajo una clase dirigente de su pueblo que lo despedazó en su fama y en su honor y lo dejó crucificado.

Pero no es solo eso lo que Cristo ofrece. Si solo fuera un para-
Lc 23, 43 raíso de la tierra no hubiera tenido nada que ofrecerle al buen ladrón en la tarde del Viernes Santo. Pero es que, aun cuando se muere víctima de un sistema en una crucifixión —como era el sistema entonces de matar a los ajusticiados—, este Cristo todavía tiene palabras de liberación. No es utopía, no es fantasía, no es un consuelo estéril; es que de verdad es el rey de la gloria

el que ofrece a los hombres la felicidad, no solo la de la tierra, sino principalmente la del cielo. Pero esto, hermanos, no es tampoco desprenderse de las cosas de la tierra en un sentido de alienación, sino en el sentido de que, sembrando en la tierra con su resurrección un sentido de gloria y de alegría, está pidiendo también a los sistemas de la tierra, a los poderosos de la tierra, a los gobernantes de la tierra, a los que sufren en esta tierra, a los oprimidos de esta tierra, que aquel paraíso, aquella gloria, aquel cielo, ya pertenece a esta tierra; que fue en esta historia de la tierra donde Él pudo presentarse glorioso, como será en la eternidad pero ya presente en la historia de los hombres.

Esta es la liberación auténtica, hermanos; la que sí se preocupa por las liberaciones de las esclavitudes indignas en que tantos están aherrojados; pero la que predica que no es todo la liberación del tiempo y del espacio, la de la tierra, sino ésta, completa, cristiana, que Cristo nos ofrece en su persona. No hay ejemplar más bello del hombre liberado, del hombre libre, independiente de todas las ataduras de los sistemas de la tierra, que este Cristo que se presenta ante el mundo completamente autónomo, independiente aun perteneciendo a una clase, a una categoría, a un mundo que se llama la humanidad. Por eso, hermanos, Cristo sabe que su redención no ha terminado con este episodio de la resurrección. Esto es algo más grande.

La Iglesia completa en el mundo la obra de Cristo

El segundo pensamiento de esta mañana quiere volverse con alegría, con agradecimiento, con fe, a la santa Iglesia de nuestro Señor Jesucristo. Cada vez, hermanos, que tenga que hablar de la Iglesia, lo hago también con un sentido de reparación porque se le está ofendiendo mucho, porque a la Iglesia se le considera únicamente como un sistema de hombres, porque a la Iglesia se le está acusando de muchas calumnias indignas.

Y es a la luz de Cristo resucitado en que la Iglesia presenta el rostro de Cristo paciente, expuesta todavía a que la escupan, a que la latiguen, a que la difamen; pero sabe que por dentro, en su corazón, lleva la esperanza, la gran misión de nuestro Señor Jesucristo, de la que nos ha dicho hoy la lectura sagrada que Cristo encomendó el encargo de anunciar su resurrección a su Iglesia.

Hch 10, 42

No lo vieron todos, como nosotros tampoco lo hemos visto, a Cristo resucitado; y por eso muchos se ríen de nosotros: "¡Pobres ilusos! Están creyendo en un resucitado, ni ha existido". Pero nos ha dicho hoy San Pedro que a los testigos, que en sus designios eternos Dios escogió continuando la línea de los
Hch 10, 42-43 profetas del Antiguo Testamento, les encargó ser los testigos, los hombres que anunciaran la resurrección del Señor y que dijeran que esa resurrección es causa del perdón de muchos pecados. "Se entregó por nuestros pecados —dice San Pablo— y
Rm 4, 25 resucitó para nuestra justificación". Y como los profetas lo anunciaron, los profetas y los apóstoles siguen proclamando que la resurrección de Cristo es como la rúbrica de la omnipotencia de Dios que marca la ruptura de las esclavitudes y que todo aquel que acepte esa resurrección y esa vida eterna será libre de sus pecados.

La Iglesia lleva este encargo de reconciliación a todo el mundo y predica este mensaje de esperanza a todos los hombres. De allí, que una de las grandes preocupaciones de la Iglesia es asegurar el hecho de la resurrección.

Si nos hemos fijado bien, ya en las lecturas del Nuevo Testamento —las tres lecturas de hoy son del Nuevo Testamento: la primera, de los Hechos de los apóstoles; la segunda, de una carta de San Pablo a los colosenses; y la tercera, el Evangelio de San Juan—, estos apóstoles, que ya reflexionaban con las comunidades originarias del cristianismo el hecho de la resurrección de Cristo, ya oían las calumnias, las difamaciones del resucitado; y por eso se empeñaban también en el aspecto apologético, es decir, probar que Cristo verdaderamente ha resucitado y que su resurrección es prueba apologética de la verdad que predican. Y
1 Cor 15, 17-19 llega a decir San Pablo: porque si lo que estamos predicando es falso, si Cristo no ha resucitado, entonces somos los más miserables de todos los hombres, somos los que vivimos de una esperanza ilusa; si Cristo ha muerto y no ha resucitado, estamos predicando una mentira y hemos engañado durante siglos a la historia.

Pero hay dos hechos, hermanos, que los mismos contemporáneos de los apóstoles, los mismos contemporáneos de los hechos del Viernes Santo no han podido refutar: un sepulcro vacío y, segundo, un testimonio innegable de quienes vieron y comie-
Hch 10, 41 ron con Él, con el resucitado. Así nos dice Pedro ahora: no lo

han visto todos, pero quienes fuimos predestinados por Dios para ser testigos de este hecho lo hemos oído, hemos comido con Él, está vivo. Y al fin y al cabo, hermanos, estos dos hechos: unos testigos fidedignos que dicen: "lo hemos visto vivo" y un espectáculo abierto a los ojos de todos, aun de los incrédulos y de los enemigos: allí está el sepulcro vacío; si se lo han robado de allí, ustedes tienen medios, cuentan con la guardia de Poncio Pilato, son la autoridad de Jerusalén, pueden catear todas las casas, todos los solares, ¿dónde está? Nadie pudo negar durante siglos que aquel sepulcro verdaderamente era un sepulcro vacío y que aquellos testigos, que predicaban descaradamente a la luz del sol que habían comido y bebido con Él, nadie les pudo echar en cara: "embusteros, mentirosos", sino que la comunidad iba creciendo en esta fe admirable de la cual vivimos también hoy nosotros: la fe del resucitado, la fe que no se apoya en hechos históricos, sino, sobre todo, en la palabra de Dios que anunció y cumplió el gran hecho de la resurrección. Mt 27, 62-66

Este será el gran trabajo de la Iglesia, llevar esta noticia, esta buena nueva que yo tengo el honor de estar anunciando en esta mañana: ¡Cristo ha resucitado! ¡Cristo vive! Hermanos cristianos, somos seguidores de un hombre redentor que murió pero resucitó y vive una vida que no morirá jamás.

¡Ah, si los cristianos viviéramos de veras la alegría y la esperanza de este sublime mensaje, no habría tristezas en el mundo! Aun las angustias más pesadas, aun los problemas que parecen sin solución encontrarían aquí una tranquilidad de Sábado Santo, en que la tumba de Cristo no predica pesimismo, sino serenidad. Ha dicho que va a resucitar, y como María, llena de esperanza, esperaríamos como esperábamos anoche aquí, en esta catedral, el bello espectáculo de la vigilia pascual cuando en la noche cerrada aparece por el portón de catedral el cirio encendido: ¡ha resucitado! Y todos, encendiendo nuestras velas, creyendo en esa luz, hicimos luz en la noche y se hizo alegría, y el cirio siguió alumbrando hasta que amanece el día, que es ese el oficio de la Iglesia.

En esta noche de la historia donde hay tantas intrigas, tantas sombras y tantos pecados, tantos crímenes que parece que se quedarán ocultos, tantos desaparecidos que parece que nadie dará cuenta de ellos, la Iglesia está alumbrando con su lucecita en la noche: brillará la verdad, brillará la justicia, volverá el

Señor y no se quedará nadie sin recibir su justa paga. La misión de la Iglesia es estar anunciando esta presencia viva del resucitado.

Y no solo eso, hermanos, misión de la Iglesia es seguir repartiendo esa vida divina que Cristo trajo al mundo. ¡Cuántos corazones han encontrado en esta Semana Santa el perdón, la paz, la alegría! ¿Para cuántos está abierto el tesoro de la redención de Cristo? Para todo el que quiera. Uno de estos días leíamos la bella página de Isaías: vosotros sedientos, los que andáis buscando saciar vuestra sed en los placeres de la carne, del vicio, del mundo, venid a la fuente, os daré el agua viva. Venid sedientos a esta fuente. Aquí está Cristo ofreciendo, en el seno de su Iglesia, la redención, la alegría, la esperanza, la vida.

Is 55, 1

Por eso, hermanos, yo quiero alegrarme en esta mañana con la Iglesia de nuestra arquidiócesis porque, si analizamos esta Semana Santa como un marco concreto en el cual está sucediendo la resurrección de 1978, encontramos muchas comunidades donde se ha vivido la Semana Santa, algunas presididas por sacerdotes. Y aquí quiero hacer honor y agradecimiento a mis queridos hermanos sacerdotes, no solo a los párrocos que por deber han tenido que atender sus parroquias, sino también a aquellos sacerdotes que, sin tener ministerios parroquiales, han dejado sus trabajos ordinarios del año para irse a las comunidades donde no hay sacerdotes, pueblos, cantones que, gracias a esa colaboración generosa, han tenido su Semana Santa presidida por el ministro de la Iglesia.

Quiero pensar también en las muchas comunidades que no tuvieron sacerdote; pero donde unos seminaristas, unas religiosas, asumiendo el papel de dirigentes, y también unos laicos, humildes campesinos o tal vez profesionales, universitarios, estudiantes, armando un equipo, se han ido a presidir comunidades. Gracias a una iniciativa de la comisión de pastoral, se publicó un folleto para la Semana Santa donde no hay sacerdotes; y hemos sabido, con alegría y admiración, los prodigios del Espíritu de Dios a través de los que no son sacerdotes, del sacerdocio ministerial, pero que por su bautismo han sabido vivir su sacerdocio allá, en medio de comunidades que han sentido de veras el paso, la Pascua del Señor, y tal vez hoy están meditando con nosotros, a través de la radio, esta digna coronación de nuestra Semana Santa.

No puedo olvidar también, hermanos, la Semana Santa de quienes la hicieron una vacación honesta. No tienen tiempo para descansar en otra ocasión y se han ido, con honestidad, con sentido de piedad, a sus lugares de reposo; que Dios los bendiga también.

Pero también hay que recordar que para muchos ha sido una semana de orgías, de vicios, de desenfrenos, de desorden. Quien ha oído el testimonio, sobre todo, de jóvenes —y no solo de jóvenes, también de viejos—, que piensan que la carne es el ídolo del hombre, ¡cómo hacen de la Semana Santa una semana de embriagueces, de comilonas, de licencias, de embriagueces de toda clase, hermanos! Yo quisiera que esa Semana Santa encontrara un perdón de Dios y que, al volver de esas vacaciones indignas, que no dicen nada de descanso, sino destrozo de su misma personalidad, encontraran la misericordia del Dios que no quiere la muerte de los pecadores, sino que se arrepientan y vivan.

También la Semana Santa de la intriga, del silencio, de la política indigna, de aquellos que la aprovecharon, tal vez, para tramar nuevas violencias, nuevas formas de ofender al hermano. Que Dios también los perdone y los llame a conversión.

Y pienso también, hermanos, —en esta misión de la Iglesia de predicar la redención de Cristo— en la Semana Santa humilde de los servidores humildes y anónimos; los que, tal vez contra su conciencia pero por necesidad de ganarse la vida, han tenido que servir, ocultos servidores de quienes tal vez ofenden a Dios o de quienes tal vez han vivido honestamente su Semana Santa ¿Quién piensa en ellos, en la humilde sirviente, en el guardián de la casa, en el sereno, en el telegrafista, en todos estos servidores? Hermanos, sería innumerable mencionar aquí, pero el Señor bendecirá el espíritu con que cada uno santifica su propia vocación, su propio trabajo, con tal que sea un afán de santificar al Señor.

Esta es la Iglesia predicando la redención, la resurrección, la alegría; la quisiera. para todos los hombres. Y por eso les decía, hermanos: quién me diera no solo una palabra aumentada por el milagro de la radio, sino sobre todo que pusiera en cada una de mis palabras una gracia del Espíritu de Dios para que llegara a cada corazón este llamamiento de la Pascua para ser de todos los hombres la alegría de los redimidos.

La responsabilidad de creer en un Redentor que murió, pero que ha resucitado

Y por eso, hermanos, mi tercer y último pensamiento es este, el que San Pablo nos ha dicho hoy: todo bautizado lleva la marca de la muerte y de la resurrección de Cristo. Anoche, aquí en la catedral, lo mismo que en todas las vigilias pascuales, vivimos esta realidad de nuestro bautismo que es sello de la pasión, de la muerte y de la resurrección. Y junto a Cristo resucitado escu-
Col 3, 1 chamos hoy nuestra gran responsabilidad: "Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, no las de la tierra".

Pero entendamos bien esta palabra. San Pablo no está aquí fomentando una dicotomía, como si las cosas de la tierra no valieran para nada y había que conformarse de cualquier modo a esperar las cosas del cielo. No quiere decir eso San Pablo. Lo que quiere decir —quien lee ese pasaje de la epístola a los colosenses,
Col 2, 16-19 lea un poquito arriba y encontrará que San Pablo está corrigiendo un error religioso que se había metido en Colosas—, de quienes creían que había unas fuerzas celestiales que dominaban y a las cuales había que rehuir porque significaban el pecado, la maldad de la tierra; y por estas cosas celestiales, mal entendidas, se desprendían también de las cosas de la tierra.

Y San Pablo está enseñándonos aquí que esta resurrección de Cristo viene a superar todos esos errores, que no existen tales espíritus, que solamente existe el rey de la gloria que se hizo hombre y redimió a los hombres y que, por tanto, hay que buscar en Él las cosas de arriba; quiere decir: las que Cristo ha traído; las que Cristo, encarnándose y viviendo en la historia, ha puesto ya en la historia; los gérmenes de las cosas celestiales. Vivir de las cosas de arriba, en esta mañana, quiere decir: la justicia, la paz, el amor, el derecho humano, el respeto al prójimo. Vivir las cosas de arriba quiere decir: la vida nueva del resucitado ya la tienen que vivir en esta tierra. No quiere decir: despreocuparse de las cosas de la tierra, sino manejar las cosas de la tierra con los criterios de la justicia del cielo.

Por eso, hermanos, yo quisiera, para terminar, leerles este precioso pensamiento del Concilio: Cristo —dice en la constiGS 38 tución sobre la Iglesia sobre el mundo actual— "sufriendo la muerte por todos nosotros, pecadores, nos enseña con su ejemplo a llevar la cruz que la carne y el mundo echan sobre los hom-

bros de los que buscan la paz y la justicia. Constituido Señor por su resurrección, Cristo, al que le ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra, obra ya por la virtud de su Espíritu en el corazón del hombre, no solo despertando el anhelo del siglo futuro, sino alentando, purificando y robusteciendo también con ese deseo aquellos generosos propósitos con los que la familia humana intenta hacer más llevadera su propia vida y someter la tierra a este fin". O sea, que la resurrección es un mensaje también de liberación de las cosas de la tierra.

Por eso, hermanos, la Iglesia no puede ser sorda ni muda ante el clamor de millones de hombres que gritan liberación, oprimidos de mil esclavitudes; pero les dice cuál es la verdadera libertad que debe de buscarse: la que Cristo ya inauguró en esta tierra al resucitar y romper las cadenas del pecado, de la muerte y del infierno. Ser como Cristo, libres del pecado, es ser verdaderamente libres con la verdadera liberación. Y aquel que, con esta fe puesta en el resucitado, trabaje por un mundo más justo, reclame contra las injusticias del sistema actual, contra los atropellos de una autoridad abusiva, contra los desórdenes de los hombres explotando a los hombres, todo aquel que luche desde la resurrección del gran libertador, solo ese es auténtico cristiano.

Por eso, la resurrección tiene que dar al hombre valentía, entereza. Lejos de toda cobardía, el cristiano tiene que estar como Cristo dispuesto a dar su cara ante Poncio Pilato, ante Herodes, ante los perseguidores y, con la serenidad de un cordero que es llevado al matadero, esperar también en el sepulcro de su martirio la hora en que Dios glorifica; no es la hora que los hombres señalan, es la hora de un Dios que es el único que nos puede salvar, pero que esperar en Él, apoyándose en Cristo, es el secreto de la verdadera liberación.

Hermanos, finalmente quiero anunciarles que a continuación vamos a dar el ministerio del acolitado a un seminarista nuestro, al joven Rafael Edgardo Urrutia Herrera, que estudia ya su último año de teología y que muy pronto lo tendremos ordenándose sacerdote. También quiero anunciar que se ha hecho una sugerencia de acordarnos hoy, en el recuerdo de los muertos, de los que murieron el 17 de marzo[1] aquí y en Apopa, y que

[1] Se refiere a la masacre, ya denunciada en la homilía del 19 de marzo de 1978, que dejó el trágico saldo de ocho campesinos muertos, siete desaparecidos y cuarenta heridos. *Cfr.* "Solidaridad", *Orientación*, 2 de abril de 1978.

ayudemos con una contribución para los heridos y familiares de los muertos, a quienes tal vez la Semana Santa nos ha hecho olvidar un poco. Quiero también denunciar que se negó la entrada al país de un jesuita en esta Semana Santa.

A pesar de estas pruebas y dificultades de la Iglesia, hermanos, vamos, sin embargo, con la alegría de quien ve retoñar en el pueblo de Dios nuevos gérmenes de vocación, la alegría de ordenar hoy, pues, en el ministerio del acolitado, ya muy próximo a su sacerdocio, a nuestro querido hermano Rafael Edgardo Urrutia Herrera. Nos ponemos de pie para esta ceremonia.

El resucitado vive en su Iglesia

Segundo domingo de Pascua
2 de abril de 1978

Hechos 2, 42-47
1 Pedro 1, 3-9
Juan 20, 19-31

"Estas cosas se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios; y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre", se ha cantado hoy solemnemente. Con este fin hemos de venir a misa y escuchar la palabra de Dios o leerla en nuestras Biblias, no con la curiosidad buscando una inteligencia humana, sino sabiendo que el Evangelio es potencia de Dios. En este momento, pues, no se fijen en la palabra humana, sino que, creyendo que Cristo es el Mesías y que Él es el que habla a través de su Iglesia, tengamos vida en su nombre. Por eso, es hermoso el pueblo de Dios. Una catedral llena como la de esta mañana y cuando uno piensa en las muchas comunidades que, a través de la radio, están también reunidas en el nombre del Señor a esta misma hora, es para decir con San Pedro en la epístola de hoy: "Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que, por la resurrección de Cristo de entre los muertos, nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva". Jn 20, 31 1 P 1, 3

Los sucesos de San Pedro Perulapán

Por eso, hermanos, meditar la palabra de Dios los domingos no es una simple práctica espiritual. Es que ese caminar concreto en la historia, en la vida de nuestro pueblo, viviendo circunstancias como las de San Pedro Perulapán, la historia es el marco con-

creto del cristianismo; y es allí donde el cristiano tiene que ser
Mt 5, 13.14 sal de la tierra, luz del mundo; con la gran esperanza viva que él lleva en su corazón, no se deja apagar su fe ni su esperanza en aquel que es vida y resurrección. Por eso acostumbro poner aquí antes de la homilía propiamente dicha, o formando parte ya de la homilía, el marco concreto en que este pueblo de la arquidiócesis quiere vivir su fe en la palabra de Dios. Una predicación que no tuviera en cuenta este marco concreto y su luz de Evangelio no iluminara las bellezas de la semana, pero al mismo tiempo el rostro feo de nuestra historia, no sería auténtico Evangelio de nuestro divino Salvador.

Y es tan grave lo que ha pasado esta semana[1] que no lo he querido confiar simplemente a mi memoria, sino que ha salido del arzobispado un pronunciamiento[2] que se ha dado orden de leer en todas las iglesias; y no solo para dar ejemplo, sino porque es útil que, a la luz del Evangelio y con esa luz, iluminemos los hechos. Permítanme leerlo y hacer algún pequeño comentario.

"El arzobispo de San Salvador, juntamente con su obispo auxiliar, y recogiendo el sentir del clero, religiosos, religiosas y fieles en general, comunica lo siguiente". Esta introducción debe dar la idea, hermanos, que, aunque yo solo sea el que hablo, es como la boca de un organismo: la boca habla pero su palabra compromete a todo el cuerpo; es todo el individuo el que está hablando por esa palabra. Aquellos que quieren aislar al arzobispo del resto de los sacerdotes o de los fieles están muy equivocados; es como quisiera estar oyendo una boca sin organismo. Por eso agradezco a los sacerdotes, religiosos y fieles que cada día se compactan más con este magisterio episcopal. En nombre de todos ellos, voy a decir lo que digo en este pronunciamiento,

1 Durante la Semana Santa de 1978, miembros de ORDEN, con el apoyo de efectivos de la Guardia Nacional, realizaron un operativo militar en varios cantones de San Pedro Perulapán, causando la muerte de seis campesinos, cuatro de ellos fueron decapitados; así mismo, catorce campesinos fueron heridos y sesenta y ocho desaparecidos. *Cfr.* "Informe de la Comisión de Solidaridad de la Arquidiócesis de San Salvador. Boletín de prensa n.º 2", *Orientación,* 16 de abril de 1978.

2 El 31 de marzo de 1978, monseñor Romero escribió un comunicado de denuncia de estos graves hechos, que leyó íntegramente en esta homilía. *Cfr.* "Comunicado del Arzobispado de San Salvador", *Orientación,* 9 de abril de 1979. Todos los textos entrecomillados de esta primera parte de la homilía pertenecen a dicho comunicado.

sintiendo que son todos ellos los que están comprometidos en esta fe y en esta realidad.

"De todos es conocida la trágica situación por la que atraviesa nuestro país, sobre todo en San Pedro Perulapán: los operativos militares, el elevado número de muertos y heridos, los desaparecidos, los que han abandonado sus casas o a quienes se las han arrebatado. Ciertamente es esta una trágica situación que no podemos silenciar como pastores y sobre la cual debemos dar, como otras muchas veces, la luz que proviene de nuestra fe de cristianos.

Como pastores que somos del pueblo de Dios, esta situación nos recuerda en primer lugar la parábola conocida del buen samaritano, quien se encontró con un herido en el camino. También nosotros nos encontramos hoy con un pueblo que yace herido en muchos caminos de la patria. Conocemos sus heridas de siempre y las que sufre ahora en la situación antes descrita. Esta patria, que está herida, es la que nos impide dar un rodeo —como lo hicieron el sacerdote y el levita de la parábola— y nos urge a acercamos como el buen samaritano a curar sus heridas". Lc 10, 29-37

Hermanos, la parábola de Cristo condenó la actitud de un sacerdote y de un levita, porque no basta llevar hábito eclesiástico o decir "yo soy católico", para ser aprobado por Dios. La caridad ante todo, el amor al prójimo. Y aunque sea obispo o sacerdote o bautizado, si no cumple con el ejemplo del buen samaritano, si como los malos sacerdotes de la antigua ley dan un rodeo para no encontrarse con el cuerpo herido —"no tocar estas cosas, prudencia, no ofendamos, más suave"—, entonces, hermanos, no cumplimos el mandato de Dios: rodeamos. ¡Cuántos rodean para no encontrarse! Y cuanto más se rodea, más se encuentran porque llevan su propia conciencia que no les dejará en paz mientras no enfrenten la situación. El compromiso cristiano es muy serio y, sobre todo, nuestro compromiso sacerdotal y episcopal nos obliga a salir al encuentro del pobre herido en el camino.

"Sin ningún interés partidista queremos, por lo tanto, en primer lugar que se aclare la verdad de todo lo que está sucediendo. Pedimos una aclaración verídica de los hechos, pues las versiones que se presentan son confusas, parciales y aun contradictorias. Una es la versión oficial, otra es la versión de los comentarios de prensa y otra es la versión de numerosos testigos

que llegan continuamente a este arzobispado[3], como lo hemos manifestado en nuestros boletines números 39 y 40[4].

La misma prensa es testigo de la confusión en la información y por ello pedimos que se busquen los mecanismos para que se lleve a cabo una investigación que garantice la presentación verídica e imparcial de los acontecimientos. En este esclarecimiento de la verdad no puede faltar la voz de los directamente implicados y acusados oficialmente. Esclarecer la verdad es un derecho que la Iglesia exige a todo hombre, pues es uno de los pilares de una convivencia social ordenada, y mucho más cuando lo que está en juego no es solo la verdad, sino la vida".

Es lástima, hermanos, que en estas cosas tan graves de nuestro pueblo se quiera engañar al pueblo. Es lástima tener unos medios de comunicación tan vendidos a las condiciones. Es lástima no poder confiar en la noticia del periódico o de la televisión o de la radio porque todo está comprado, está amañado y no se dice la verdad. Tampoco estamos diciendo que la verdad está toda del otro lado; pero nuestro arzobispado ha tenido la satisfacción —aunque lo han rodeado de policías en ciertos momentos— de que hayan llegado a declarar lo que han vivido. Les hemos dicho: "No queremos cuentos ni interpretaciones de terceros; díganos lo que usted ha visto, lo que usted ha vivido". Y es cruel, hermanos, lo que ha pasado. La prensa ni la televisión no han dicho la verdad. Ni siquiera en los juzgados, donde se debe de llevar la verdad purificada, se han presentado con toda libertad quienes han de ser tomados en cuenta, como son los mismos acusados. Yo quisiera reclamar a la Corte Suprema de Justicia una justicia más auténtica, para que la justicia tampoco sea como los medios de comunicación, solamente parcializada.

"También queremos aclarar una vez más que la Iglesia y este arzobispado no ha defendido nunca la violencia ni ha incitado a ella. Más bien, como lo recordamos en reciente mensaje de enero[5], la Iglesia dice: 'Sí a la paz, no a la violencia'. La afirmación, por lo tanto, de que la Iglesia esté instigando a la violencia es

[3] *Cfr.* "Los sucesos de San Pedro Perulapán", *ECA* 354 (1978), pp. 223-247. En este documento se presenta un análisis comparativo de las diferentes versiones de lo sucedido en San Pedro Perulapán.

[4] *Cfr.* "Arzobispado de San Salvador. Secretaría de Comunicación Social, Boletín informativo n.º 39", *Orientación*, 2 de abril de 1978.

[5] *Cfr.* "Mensaje pastoral de año nuevo", *Orientación,* 8 de enero de 1978.

falsa y calumniosa. Esto lo repetimos aun a sabiendas de que ciertos sectores no quieren convencerse de ello y buscan en la Iglesia el origen de unos males que provienen de la estructura injusta de la sociedad. Ya nuestro venerable predecesor, monseñor Luis Chávez y González, tuvo que defenderse de esta calumnia en el comunicado del 9 de diciembre de 1976 y nosotros lo hemos repetido abundantemente en nuestras homilías, mensajes y pastorales. Debe, pues, quedar bien claro que la Iglesia no quiere promover la violencia".

Es lástima también, hermanos, que hasta en comunicados oficiales, como es el del Ministerio de Defensa, se está echando la culpa a las "prédicas subversivas"; y que con una malicia bien entendida se diga que son "asociaciones religiosas" las que están provocando el desorden. Ya se ve la tendencia de echar la culpa a la Iglesia. Y por eso, desde hace mucho tiempo hemos tratado de definir muy bien lo que es la Iglesia, defendiendo los derechos humanos, las justas demandas de los campesinos, distinguiéndola de las agrupaciones, en las cuales muchos hijos de la Iglesia tienen derecho de incorporarse, pero no son la Iglesia.

Que quede bien claro esto: las agrupaciones, concretamente FECCAS, UTC[6], no son Iglesia, no son asociaciones religiosas. Si allí hay católicos, tienen derecho de inscribirse como ciudadanos en la organización que les dé la gana; son responsables de su conciencia y de sus hechos. Pero no digan que la Iglesia es la que está sembrando la violencia, la discordia, así como tampoco es Iglesia cuando los bautizados de ORDEN o de los ejércitos atropellan a otros hermanos; no es culpa de la Iglesia, aunque ellos son bautizados, no están viviendo su bautismo. La Iglesia, pues, no es responsable. Aun cuando los hombres de gobierno se proclamen católicos bautizados, no son Iglesia. La Iglesia es lo que voy a decir después; pero la Iglesia inspira su palabra, su pensamiento, y puede estar muy de acuerdo en las demandas justas, cuando la justicia social le está exigiendo a la Iglesia, en nombre del Evangelio, que haya más fraternidad, lo que ahora vamos a decir.

"Adentrándonos en las raíces reales de la violencia queremos recordar que, si no se crea una posibilidad social y política

6 Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños y Unión de Trabajadores del Campo.

en la cual los más pobres de nuestro pueblo, los campesinos, puedan exponer sus urgentes necesidades y presentar sus justas demandas, los brotes violentos aumentarán, desgraciadamente. Si a los campesinos se les cierran todas las puertas para dialogar, para organizarse en defensa de sus legítimos intereses, para manifestarse pacíficamente, entonces —como lo dijimos ya en el citado mensaje de enero[7] comentando la Ley de Garantía y Orden Público— aumentarán los incidentes violentos. Es urgente, por lo tanto, que se cree un clima social y político donde las necesidades de los campesinos puedan ser expresadas con claridad y libertad".

Hermanos, el derecho de organización es un derecho humano. Nadie lo puede restringir. La Constitución[8] ya pone los principios básicos con tal que no sean contra la moral y el orden; pero todo lo que es buscar comida para la familia, terrenos donde se pueda sembrar; abaratar los abonos, los insecticidas; preocuparse por esas cosas vitales de la vida y organizarse para no morirse de hambre, tienen derecho. Y venir a una cita que se les da en un banco donde van a estudiar el asunto y encontrar ese banco cerrado, burlándose de la cita, y el retorno de estos hombres, ser atacados de la manera que fue, el 17 de marzo, no es justo. En esto, pues, la violencia no la está sembrando la Iglesia, la violencia la están sembrando las situaciones injustas, la situación de instituciones en que, como las leyes injustas, solamente favorecen un sector y no tienen en cuenta el bien común, la mayoría sobre todo. Y aquí la Iglesia no se podrá callar porque es un derecho evangélico que la asiste y un deber al Padre de todos los hombres, que la obliga a reclamar a los hombres la fraternidad.

"Pero ni siquiera este diálogo servirá para restablecer la paz deseada si no se da la firme voluntad de transformar las estructuras injustas de la sociedad. Solo esa transformación será capaz de eliminar las violencias concretas, opresivas, represivas o espontáneas. De otra manera, como lo han dicho los obispos latinoamericanos, la violencia se institucionaliza y por ello sus frutos no se hacen esperar. La Iglesia cree en la paz; pero sabe muy bien que la paz no es ni la ausencia de violencia, ni se consigue

M 2, 16

[7] *Cfr.* "Mensaje pastoral de año nuevo", *l.c.*
[8] *Cfr.* Constitución de la República de El Salvador, 1962, Art. 160.

con la violencia represiva. La verdadera paz solo se logra como fruto de la justicia. Queremos creer que ningún hombre ni ningún salvadoreño de buena voluntad quiere la violencia, las luchas entre hermanos campesinos, los operativos militares. Pero el combatirla de verdad es ponerse a trabajar en la tarea exigente, larga y dura de compartir justamente entre todos los salvadoreños la riqueza de nuestro país y de nuestros hombres y mujeres".

Esto no es comunismo; esto es justicia cristiana. Y señalar las raíces de la violencia no es sembrar violencia, sino señalar las fuentes de la violencia y exigir a quienes pueden cambiar, que cambien, que se vea un paso positivo hacia una construcción de verdadera patria, de verdadero bien común. Solo reprimir con solo operativos militares no logramos nada más que sembrar más violencia. Ayer fue en Aguilares, ayer fue en San Pedro Perulapán, anoche ya se anunciaba en Perulapía o San José Guayabal. Pueden ir surgiendo. ¡Si la raíz está puesta! Y cuando la raíz está bien sembrada, ¿qué extraño es que broten por todas partes lo que la raíz exige?

"Por eso hacemos un llamado a todos los salvadoreños de buena voluntad a cooperar en la paz verdadera y a promover la justicia. Y condenamos de nuevo la violencia de las estructuras y aquel tipo de violencias concretas que ocasionan inevitablemente una autodefensa violenta. Ni con la violencia institucionalizada ni con una defensa que tome venganza por su propia cuenta. De otra forma no saldremos nunca de la espiral de la violencia.

Hacemos un llamado a la cordura y la reflexión. Nuestro país no puede seguir así. Hay que superar la indiferencia entre muchos que se colocan como meros espectadores ante la terrible situación, sobre todo en el campo. Hay que combatir el egoísmo que se esconde en quienes no quieren ceder de lo suyo para que alcance para los demás. Hay que volver a encontrar la profunda verdad evangélica de que debemos servir a las mayorías pobres.

Hacemos también un llamado al gobierno para que ponga los medios eficaces de pacificar el país. Creemos que uno de ellos sería una amnistía, razonable y generosa, como muestra de que en verdad se quiere la paz entre los salvadoreños. Sería un primer paso hacia el diálogo común, que conduciría a otros pasos en la construcción común de un mejor orden social".

Esta semana, hermanos, ha sido para mí muy reveladora en este sentido. Ustedes saben que, ante la situación, he organizado un comité de solidaridad. Por una generosa iniciativa de una señora, se hizo el llamamiento a todas las organizaciones que nos acordamos. Llegaron muchos, pero muchos solamente mandaron el recado: "No podemos porque no podemos tomar partido". Otro: "Porque no nos podemos meter en política". ¡Qué lástima, hermanos, que seamos tan indiferentes! Bajo el pretexto de no meterse en política, se quedan con los brazos cruzados y hacen el bien únicamente cuando hacer el bien es fácil o es glorioso, trae prestigio. Servir es sacrificarse.

Yo quiero agradecer aquí a las agrupaciones que se presentaron y nos están ayudando. Y de manera especial quiero hacer una alusión muy elogiosa a un grupo de abogados y de estudiantes de derecho que van a ayudar, no digo a la Iglesia, sino al pueblo salvadoreño, al que necesita una voz que se oiga en los tribunales, en el gobierno, donde muchas veces la voz del pobre queda apabullada por la gritería injusta de las prepotencias. Yo les agradezco, queridos hermanos abogados y estudiantes de derecho, y ojalá sea eso la señal de unas leyes, de una legislación, de unos principios constitutivos del país que sean verdadera esperanza y alegría de todo el pueblo y no más bien temor, terror, desconfianza. Mucho esperamos de los abogados cuando los anima un espíritu verdaderamente cristiano, así como lamentamos aquellos que no se pueden meter porque pierden la clientela, no tienen valor, vale más la bolsa, las conveniencias. ¡Qué lástima!

Y aquí hago un llamamiento especialmente a los que se dicen católicos; aquellos, sobre todo, que son instrumento de la Iglesia, de la pastoral. Los colegios católicos tienen que ser resonancia de la voz evangélica y enseñar, a sus alumnos y a las familias que allí se acercan, la verdadera voz de la Iglesia. Las comunidades, las parroquias, en cualquier sitio de la ciudad en que se encuentren, tienen que ser voz de la Iglesia y no rehuir como el sacerdote de la parábola del buen samaritano.

Finalmente, hermanos: "A todos les pedimos una oración, una oración por los muertos y sus familiares, para que los muertos descansen en paz del Señor y estos —los familiares— puedan reconstruir sus vidas", muchas veces ya carentes del pilar que la sostenía. Quiero aquí evocar, con cariño y tristeza, la

memoria de Miguelito Acosta, el pobre muchachito que, buscando trabajo en San Salvador, no encuentra donde dormir más que en una camioneta que se incendia, donde se carboniza. ¡Qué cuadro más terrible el de la madre y de la hermana que vienen para enterrar el cadáver del que tal vez era la esperanza de la familia! Frutos de nuestra organización social.

"Pedimos también la cooperación generosa de todos para ayudar económicamente a tantas familias de luto, sin hogar, con heridos". El comité de solidaridad está trabajando maravillosamente. En comunicación con *Cáritas* y con las instituciones católicas, está recogiendo víveres, dinero, ropa; los seguimos esperando, tanto en el arzobispado como aquí en la oficina de *Cáritas*; aquí al lado poniente de la catedral está la oficina de *Cáritas*, donde les agradeceré que lleven lo que puedan.

A este propósito, hermanos, permítanme alabar aquí en público una carta de la comunidad de Ilopango que trajo en la semana de Pascua el fruto de sus ayunos de Cuaresma. Isaías dice: ayunar es compartir el pan con el hambriento; y en aquella comunidad, adultos, jóvenes y niños se han privado de muchas cosas y han ido depositando el producto de sus privaciones; y trajeron, para ayudar estas necesidades de San Pedro Perulapán, setenta colones. Más que la cantidad, yo elogio aquí la calidad de este dinero, fruto de un sentido de fraternidad cristiana, de pobres ayudando a pobres. ¡Qué hermoso gesto! ¡Qué comunidad más bella la que tenemos en la arquidiócesis! Is 58, 6-7

"Queremos terminar con la misma consideración evangélica con la que comenzamos. Nuestro país está herido y necesita un buen samaritano. Este es el único interés que nos mueve como pastores del pueblo de Dios. Y por ello queremos que se esclarezca la verdad, que todos puedan decir su palabra, que se escuchen las verdaderas necesidades de los campesinos, que nos pongamos a crear una sociedad que pueda satisfacerlas y que de esta forma desterremos la violencia y construyamos la paz".

Ahora, hermanos, a la luz de esta verdad, qué fácil es comprender las tres lecturas que se han hecho hoy. Yo titularía este comentario de hoy así: el resucitado vive en su Iglesia. La historia de la resurrección que estamos considerando en estos días es el testimonio fundamental, esencial, de una Iglesia apostólica. La resurrección de Cristo es el título que la Iglesia muestra al público para justificar su pretensión de ser ella un instrumento

de la salvación del mundo. ¿Por qué? Precisamente lo que aparece en las lecturas de hoy: el Cristo redivivo insufla en la Iglesia naciente su Espíritu: "Como mi Padre me envió, así os envío", dice el Evangelio de hoy. Y soplando, como el soplo del Génesis cuando a aquel ser de barro Dios sopla el espíritu de vida, Cristo, que es Dios, insufla toda su misión de redención al mundo en este organismo que Él ha creado: "Como mi Padre me envió yo os envío". Y en aquel soplo, Él interpreta: "Recibid el Espíritu Santo, a los que perdonáreis les queda perdonado". La misión de la Iglesia, entonces, ha nacido como en un nuevo paraíso. Adán despierta inteligente, libre, capaz de amar, imagen de Dios; la Iglesia despierta de aquel sueño de Pentecostés como una nueva creación. Eso son ustedes, hermanos que me escuchan y meditan conmigo. Eso somos la Iglesia: el nuevo ser que lleva el soplo de una vida que no va a morir nunca, de una vida de resucitado.

Jn 20, 21
Gn 2, 7
Jn 20, 22-23

Pero para comprenderlo, distribuyo mi pensamiento en estas dos ideas: primera, Cristo vive; y segunda, Cristo vive no solo en su cielo, sino en su comunidad de creyentes en la tierra. Ojalá mi pobre palabra lograra descubrir esta belleza y que cada bautizado sintiera en esta mañana de Pascua qué grande es su vida, qué hermosa es la Iglesia, qué rica es la comunidad aunque sea de pobres campesinos, cuando sienten el soplo del resucitado.

Cristo vive

Cristo vive. Hay que ver la insistencia del Evangelio de quienes fueron testigos presenciales, como Tomás que lo tocó, que comió con Él. Cristo insiste en sus apariciones: tocadme, ved, soy yo. Tienen que comer y le dan un pedazo de pez y come, para que vean que los espíritus no comen y yo soy ser de carne y hueso, soy el mismo Cristo histórico que, pasando por la Pascua de la muerte y de la resurrección, vivo encarnado en la tierra; ahora ya no encarnado solamente como hijo de María, circunscrito a un Nazaret, ahora como hijo de la resurrección, Hijo de Dios; con una carne que se puede hacer carne de todos los pueblos y de todos los tiempos, iré comprendiendo a los salvadoreños de ayer y de hoy y de mañana, soy el Cristo salvadoreño. Cristo vive en El Salvador, Cristo vive en Guatemala, Cristo vive en África. El Cristo histórico, Dios hecho hombre, vive en todos los años de la historia y en todos los pueblos de la geogra-

fía. Esta es la característica de este Cristo vivo y presente. Este Cristo ha recibido en el Evangelio de hoy la confesión más bella que escribieron todas las páginas sagradas. Hoy, hermanos, han tenido la dicha de escuchar la página en que San Juan, el evangelista sublime, llega hasta las alturas a donde podía llegar ya un hombre por más inspirado que esté. Es cuando Tomás, dudando, se convence y cae de rodillas: "¡Señor mío y Dios mío!". Jn 20, 28
¡Este es Cristo!

Fíjense que, en la interpretación bíblica, estas dos palabras, Señor y Dios, son las que usaban los israelitas para designar al Dios de Abraham, al Dios de Jacob, al Creador, y por eso lo llamaban en hebreo Yahvé, Elohim, el Señor Dios. Pues ese Dios creador, ese Dios de la alianza del Viejo Testamento, ese Dios que acompaña a la historia de su pueblo, ese Dios que no deja perecer a quien en Él confía, así lo llama Tomás a Cristo: Señor y Dios.

Es interesante recordar que, en el tiempo en que San Juan escribía estas palabras, era el tiempo del imperio romano y que los emperadores romanos se llamaban dioses. ¡Y ay del ciudadano que llamara dioses a otra cosa que no fuera el emperador! Ante este reto, los cristianos llamaban a Cristo: Señor y Dios. ¡No tenemos otro Dios en la tierra! Es el que ha venido trayendo una misión de redención. ¡Qué hermoso el saludo de Cristo resucitado! Tres veces aparece en el Evangelio de hoy: "La paz Jn 20, 19.21.26
sea con vosotros". Ese es su regalo: la paz. Y por eso un pueblo donde se acribilla la paz —es triste decirlo— no es pueblo cristiano. El Salvador en esas zonas reprimidas, hostilizadas, donde el saludo de paz suena como un sarcasmo, es el anticristo. Ojalá, queridos hermanos de Perulapán, todos sin distinción, caigan ante el Cristo que da la única paz. No es la paz la que pueden dar los operativos militares con quienes colaboran los ejércitos de ORDEN, ni tampoco es la paz la revancha que pueda tomar una organización popular. La paz solo viene de Cristo. Solo Cristo y creyendo en Él, unos y otros, podremos tener la verdadera paz.

Y es el Cristo que ha de venir. La segunda lectura de San Pedro es hermosa. San Pedro dice: vale la pena sufrir porque 1 P 1, 5-6
estamos esperando el retorno, cuando esta fe, que ahora es como en principios, va a culminar con el gran hecho de la salvación. Los que son sensibles a la salvación y hoy sienten que esa salvación de Cristo no puede prescindir de esta liberación de la

tierra —política, económica, social—, tengan en cuenta que la Iglesia tampoco puede prescindir de esta liberación de la tierra, pero dando perspectivas de esperanza en el Cristo que ha de venir a poner las cosas en su puesto y hacer de la historia una ofrenda para nuestro Dios.

Qué hermoso será entonces encontrarse que esta fe en Cristo, que ese Cristo que ha de venir y que yo he vivido esperando, viene con el abrazo de un amigo que hace mucho tiempo que no lo veía, que lo esperaba. Más aún, la Iglesia, esposa, suspira como lo vamos a hacer dentro de poco: "¡Ven Señor Jesús!". El que está lejos y es amado y sabe que lo esperan y anhela el momento de ese encuentro, ese es Cristo y esa es la Iglesia. Por eso, hermanos, Cristo vive.

Ap 22, 20

Cristo vive no solo en su cielo, sino en su comunidad de creyentes en la tierra

Pero el segundo pensamiento es este: vive en la comunidad. Y aquí vale la pena haber escuchado hoy la primera lectura, y yo les recomiendo, sobre todo a las comunidades parroquiales, comunidades de base, comunidades religiosas, que, si quieren vivir su verdadero sentido cristiano en estos días de Pascua, lean con devoción especial el libro de los Hechos de los apóstoles. La Iglesia lo toma como libro de lectura en estos cincuenta días. Los Hechos de los apóstoles son el testimonio más bonito de cómo unos hombres, que iban encontrando ese Cristo que vivía en la fe de unos creyentes, iban siguiéndolo en esa comunidad. Hoy nos ha contado el libro de los Hechos y, reduciendo a tres categorías la comunidad, nos presenta: la comunidad de vida, la comunidad de fe, la comunidad escatológica.

Comunidad de vida. Era una vida en común hasta el punto de que vendían sus cosas y las traían a los apóstoles para que las administraran; y nadie sufría, todos eran iguales. Esto es la vida común: compartir. Estamos muy lejos de ese ideal, pero por lo menos, hermanos, en nuestra Constitución[9] hay un principio que podía ser la brecha para esta comunidad, cuando dice que la propiedad privada debe tener una "función social". Función so-

[9] *Cfr.* Constitución de la República de El Salvador, 1962, Art. 137.

cial que no solo consiste en producir más, sino en que el producto mayor redunde en el bien común de todos, con justicia, naturalmente, que todos trabajen y que todos participen. Vida común no es, pues, simplemente decir "yo los amo", sino con hechos; obras son amores y no buenas razones. Hoy es una ocasión magnífica de sentir al que sufre, al que no tiene casa, al que no tiene que comer, ayudarlo.

Esa comunidad de vida era tan simpática que su fama iba creciendo, nos ha dicho el libro de hoy, y por eso se iban agrupando. ¿Quiénes? Fíjense en la frase con que termina la lectura de hoy: se agrupaban cada día más los que iban a salvarse. Co- Hch 2, 47
munidad de salvación. Solo perteneciendo a esta Iglesia, que ya se conoce como instrumento de la vida de Cristo, puede ser salvo un hombre. Pero no basta pertenecer a la comunidad Iglesia, si lo principal es el espíritu de Cristo que debe inundar al que pertenece a esta Iglesia. Por eso habrá muchos que se titulan católicos, pero que no son cristianos porque no llevan el espíritu de Cristo; y no se salvarán porque solo salvará el espíritu del Redentor que está en esta Iglesia. Decir que una Iglesia, que su obispo y sus sacerdotes predican violencia, odio, es desconocer estos orígenes de la Iglesia, que está puesta en el mundo para predicar el amor, la comunión.

Comunidad de fe, sobre todo, hermanos. Mucho cuidado con esta palabra porque la comunidad se debe distinguir de cualquier otra organización o agrupación humana. El católico, como miembro de una Iglesia, en su comunidad Iglesia, tiene que vivir los compromisos de su fe. Si, fuera de la Iglesia, quiere llevar su luz cristiana, su colaboración a la liberación del mundo y se inserta en una agrupación, él es responsable personalmente, y no diga que sus compañeros católicos tienen obligación de hacerse como él también miembros de esa organización. ¡De ninguna manera! ¡Eso es libre! Cada uno tiene que llevar, fuera de la Iglesia, la opción concreta que él quiera, en conciencia, seguir. Pero como Iglesia, la Iglesia solo se compromete a ser una comunidad de fe.

¿Qué quiere decir? Lo que nos ha dicho hoy la página del libro de los Hechos: vivían asiduos a "la enseñanza de los apósto- Hch 2, 42
les"; era una comunidad en que se hacía mucha oración y en que se vivía la vida de los sacramentos, "la fracción del pan". Esto es la Iglesia, la que está llenando hoy la catedral con un sentido de

fe para escuchar a un sucesor de los apóstoles, que, aunque indigno, eso soy yo aquí en la arquidiócesis. El sucesor de los apóstoles en torno del cual una comunidad se agrupa para escuchar la palabra de fe. Por eso, hermanos, estaría loco o estuviera traicionando mi misión si yo les estuviera diciendo que esta fe hay que comprometerla con tal o cual agrupación. Estaría loco si yo estuviera sembrando desde aquí la revancha, la venganza, el
Jn 18, 19 odio. Nunca lo he hecho. En público he hablado—decía Cristo— y cualquiera puede decir que jamás ha escuchado de mis palabras un llamamiento a la venganza, al odio, a la lucha de clases. ¡Jamás!

La fe es la que he predicado. Y esa fe en Cristo —ahora sí— he dicho que todo hombre, iluminado por esta fe, tiene que encarnarse en la historia, la historia de El Salvador. Y allá cada uno mire en qué puesto quiere encarnarse, con tal que viva como verdadero cristiano esa encarnación. Y no le vayan a mutilar. Porque la mística de esa agrupación proclama la violencia, el cristiano ya se hace violento, ya no es cristiano; o porque el cristiano se incorpora en ORDEN y en ORDEN lo mandan a golpear y a matar, ya no es cristiano. Ni uno ni otro. El cristiano es el que es fiel a su fe, fiel asiduo oyente de la palabra de los apóstoles, de la revelación de Dios y en ella inspira su vida; y la práctica de su existencia, no la traiciona. Y si hay algún católico que duda de la palabra del obispo y va diciendo por allá a veces: "Que se defina el señor obispo". ¡Estoy bien definido, hermanos! Ustedes son los que tienen que definirse: o con la Iglesia o fuera de la Iglesia.

Otra gran fuerza de esta institución de Cristo, comunidad
Hch 2, 42 de fe: la oración. Eran asiduos en la oración. ¡Cómo me llena, hermanos, esta palabra: la oración! Y cuando lean el libro de los Hechos verán cuantas veces la comunidad se reunía en oración.
Hch 1, 24 Para escoger el sustituto de Judas, por ejemplo, a Matías, ora-
Hch 12, 5 ron; cuando Pedro estaba en la cárcel, la comunidad oraba;
Hch 13, 3 cuando iban a salir los apóstoles a sus misiones, oraban; cuando las persecuciones de los Herodes contra los primitivos cristianos hacían temblar a la comunidad, oraban; y en la oración encontraban la fuerza, porque solo Dios nos puede dar esta fuerza que el Espíritu de Cristo insufló sobre la comunidad cristiana. Yo quiero agradecer, ahora en público también, esa fuerza de oración que me llega de tantas partes. No hay cosa

más hermosa para mí que oír decir: "Estamos rezando por usted. No está solo, lo estamos acompañando con nuestra oración". ¡Bendito sea Dios! ¡Mil gracias! Y ahora les digo: hermanos, oremos por los que flaquean, oremos por los que traicionan, oremos por los que se avergüenzan de nuestra fe, oremos por nuestros pobrecitos hermanos que dudan hasta de la sinceridad del obispo, oremos para que formemos como los cristianos, aun en los riesgos peligrosos de esta misión, que tenemos que ser firmes en lo que hay que predicar y que, como aquellos primeros cristianos, algunas veces habrá que decir: antes tenemos que obedecer a Dios que a los hombres, y de Dios me vendrá la fuerza para predicar esa doctrina que es única, verdadera. Hch 5, 29

Y esta comunidad de fe vive en los sacramentos. Hermanos, los sacramentos son parte de nuestra Iglesia. Aquí nos dice el libro de los Hechos que compartían "la fracción del pan". Término precioso, misterioso, con que se llamaba la santa misa; porque en aquel tiempo se hacía la cena común, cenaban; pero después de cena —como Cristo después de la cena—, el ambiente se tornaba sagrado y el presidente de la reunión de la cena consagraba el pan y el vino, y ya no era pan, ya no era vino, era el cuerpo y la sangre del Señor. Hch 2, 42

Por eso Pablo VI dice bellamente de la Iglesia actual: la Iglesia, sacramento de salvación. La entrada en la comunidad eclesial se expresará a través de muchos otros signos que prolongan y despliegan el signo de la Iglesia. En el dinamismo de la evangelización, aquel que acoge el Evangelio como palabra que salva, lo traduce normalmente en estos gestos sacramentales. No es verdadero hijo de la Iglesia el que no aprecia los sacramentos de la Iglesia. LG 48

Si me está escuchando la persona que me preguntaba: ¿por qué dos que se aman y no se han casado por la Iglesia pero viven una vida matrimonial fiel, cariñosa, por qué se van a casar por la Iglesia? Aquí está la respuesta. Yo no digo que los amancebados sean malos. Hay muchos que llamamos amancebados que son más fieles que los que están casados por la Iglesia; eso es cierto. Pero sí es cierto que el que solamente se ha unido por un amor humano no ha recibido el sacramento. El sacramento es un signo de la pertenencia a la Iglesia de Cristo; y cuando un hombre y una mujer que pertenecen a esta Iglesia de Cristo quieren

significar que su amor es tan noble que no se avergüenzan de ser hijos de Cristo, entonces van a un sacerdote que bendiga su amor. No es que sea malo el amancebamiento humanamente, pero no está completo porque falta el signo sacramental del amor conyugal.

Por eso, también, venir a misa y no comulgar no es el signo completo. Ojalá un día, hermanos, comprendamos que la fracción del pan, Cristo invitando a esta mesa... El altar es mesa, el altar es la mesa del hogar, no lo olvidemos. Cuando venimos a misa, cuando entremos por el portón de esta catedral, sintamos que venimos al hogar y, como en el hogar la mamá espera con la mesa servida, Cristo nos espera con su mesa servida y le hacemos un desaire cuando, a la hora de comer, no tenemos hambre, no estamos preparados. El signo de la identificación con Cristo es la comunión. Hermanos, ojalá un día comprendamos la belleza eucarística de nuestra Iglesia y sintamos que la misa no solo es palabra, sino que es alimento, es comunión, es vida.

Y finalmente, hermanos, *la comunidad* de fe es *escatológica.* Ya les expliqué el otro día lo que esto significa: más allá. No se circunscribe a las cosas de la tierra; espera, estamos esperando; la comunidad de esperanza. Por eso, la aportación que la Iglesia hace a las fuerzas liberadoras de la tierra, no puede prescindir de su esperanza de otra vida y asegurarle a los liberadores de la tierra que en esta tierra no existe el paraíso, que no lo va a construir nunca el comunismo ni ninguna agrupación que prescinda de ese cielo. Pero que ese cielo hay que construirlo ya en esta tierra, que la comunidad Iglesia tiene que ser ya un reflejo de ese cielo. Y a mí me parece que esta catedral ya es un reflejo de ese cielo. Cuando miro aquí, sentados en las mismas bancas, gentes de tanta categoría, de tan diferentes rumbos, siento cómo el amor conglutina, cómo el amor une y cómo es hermoso que, sobre la comunidad humana general, se reflejara aquella vida del cielo que esperamos.

Esperamos, hermanos, y por eso no es perfecto todavía lo de esta tierra y hasta en la Iglesia encontramos deficiencias. No nos extrañemos de prelados, de sacerdotes, de matrimonios, de religiosas, de colegios católicos, etcétera, que no cumplan bien con su deber. Tenemos nuestras lacras, nuestras deficiencias. Yo les digo, en sinceridad, cada noche tengo que pedirle a Dios perdón de mis propias culpas y así lo hacemos todos. El Papa se

confiesa también de sus pecados; los sacerdotes nos confesamos porque sabemos que mientras peregrinamos en la tierra, aunque sembrando esperanza de otra vida, nuestros pies se empolvan con el polvo de la tierra y hay miserias que sacudir, también en la vida humana hasta del más santo de los cristianos.

Hermanos, vivamos ya el signo sacramental. Me he excedido enormemente, perdónenme. Pero es tan bella la lección que las lecturas de hoy nos dan y los hechos concretos de nuestra historia patria nos ofrecen, que valía la pena haber gastado estos cuartos de hora para que así, animados en la fe del Cristo que vive aquí en la comunidad, lo sintamos ya presente en el altar y, al adorarlo desde la hostia consagrada, podamos decir con la sinceridad de Tomás, no dudando, sino creyendo de verdad: "¡Señor mío y Dios mío!". Jn 20, 28

El misterio pascual

Tercer domingo de Pascua
9 de abril de 1978

Hechos 2, 14.22-28
1 Pedro 1, 17-21
Lucas 24, 13-35

El año litúrgico, queridos hermanos, no es una paralela que va con el año civil, sino que, diríamos, es como la hebra de oro que va engarzando nuestra historia concreta, nuestro año 1978. Por eso quisiera que tuviéramos muy presente el sentido, la mística, el mensaje que la Iglesia va dando domingo a domingo y que, al escuchar a través de mi pobre palabra este mensaje divino, no se tenga en cuenta, como decimos en la misa: "No te fijes en mis pecados, sino en la fe de tu Iglesia"[1]; deficiencias humanas puede haber, pero lo que interesa es que, a pesar de las deficiencias humanas, el mensaje está iluminando esta realidad; y si no ilumina nuestra realidad, será una paralela que no se encuentra nunca con la vida.

De allí que la homilía —y así se llama aunque se quieran reír de la palabra— ya es una palabra consagrada para explicar que el celebrante de la misa tiene que aplicar las lecturas que se han hecho a la situación concreta de la asamblea que se reúne para decirles: esto no es consideración histórica, esto es realidad de nosotros hoy; esta palabra que se ha leído, aunque fue escrita hace muchos siglos, es palabra de un Dios eterno hablándole hoy aquí a sus salvadoreños reunidos en la catedral o aglomerados en torno de un aparato de radio para reflexionar.

[1] *Misal romano*, Rito de la paz.

El año litúrgico se encuentra hoy como cuando el sol se encuentra al mediodía, en su cenit. El tiempo pascual son siete semanas, los cincuenta días desde la resurrección de Cristo hasta Pentecostés, que quiere decir plenitud; es la luz de la redención en su momento culminante, es el misterio pascual, es la luz del resucitado que no ha muerto, que vive en su Iglesia y que le está hablando a los que lo siguen hoy en 1978. Hoy terminan los tres primeros domingos del tiempo pascual en que la Iglesia, como esposa embelesada en el recuerdo de su hermoso resucitado, recuerda pasajes históricos de esa revelación, de esa resurrección.

Hoy se ha leído el pintoresco relato de Emaús, que ustedes cantan en una canción de comunión[2]: por la calzada de Emaús, un peregrino iba conmigo; no le conocí al caminar, pero cuando partió el pan, lo conocí; es Él, que va conmigo. Desde el domingo siguiente, cuatro domingos todavía del tiempo pascual, van a tomar enfoques sintéticos, como resúmenes del Cristo que vive. El domingo próximo es el domingo del Buen Pastor. Hermoso pensar que este Cristo que vive, me ama, me conoce por mi nombre, como lo vamos a ver el próximo domingo.

Solo quiero adelantarles este detalle: que el Papa ha querido que el domingo del Buen Pastor sea también el domingo de las vocaciones. Y por eso, ya desde ahora se los aviso para que toda la semana sea de una intensa oración por las vocaciones. El Papa expresamente ha dicho que no se trata de pedir limosna, se trata de despertar conciencia en el pueblo. El sacerdote, la religiosa, el seminarista, todas esas personas que, inspiradas por un ideal de consagración a Dios, lo buscan más de cerca, al Señor, son personas que han recibido esa inspiración de Dios, de la vocación; y que el pueblo entero está comprometido a pedir para que no falten en su servicio sacerdotes, religiosas y, gracias a Dios, seminarios como el de hoy, que se encuentran llenos de jóvenes buscando este anhelo sacerdotal. Mucha oración hermanos, la oración es la paga para comprarle —diríamos— a Dios estas gracias tan inmensas que se llama la vocación. Y si jóvenes de ambos sexos sienten ese llamamiento, esa vocación a la vida consagrada, esta es una semana muy propicia para pensar mucho en esto.

2 Monseñor Romero parafrasea el estribillo del canto *El peregrino de Emaús* (Los Perales y Rafael Jiménez), que dice así: "Por la calzada de Emaús / un peregrino iba conmigo. / No le conocí al caminar; / ahora sí, en la fracción del pan".

Las lecturas primeras durante todo este tiempo pascual están tomadas del libro de los Hechos de los apóstoles. Ese momento precioso, histórico, en que la vida de Cristo que ya terminó con la crucifixión en el Calvario, se ha convertido en una vida mística, es la Iglesia, es la historia de la Iglesia naciente. Lean mucho en esta temporada de Pascua los Hechos de los apóstoles; sobre todo, léanlos en comunidad. Queridas comunidades eclesiales de base, miren en los Hechos de los apóstoles la inspiración de esa vida eclesial de nuestro tiempo. Y las segundas lecturas, que siempre es una carta de un apóstol, está tomándola de la primera carta de San Pedro, el testigo fidedigno, el que en esta mañana precisamente aparece en las dos lecturas anunciando al pueblo el gran *kerigma*. Así se llama: *kerigma*, el anuncio, la noticia, la gran revelación, que Cristo murió bajo la maldad de los hombres, pero que Dios convirtió ese crimen en redención de todos, porque lo resucitó y resucitado vive para salvación de todo el que crea en Él. Este es el gran *kerigma* de la Iglesia, el gran anuncio que seguimos predicando, como Pedro. Los predicadores, catequistas, celebradores de la palabra no tienen que salirse de esa gran noticia: que Cristo murió por nosotros y que Cristo resucitó para restaurarnos nuestra vida. Este es el mensaje.

Hechos de la semana

Y estos domingos tan iluminadores, tan consoladores, tan llenos de esperanza y de vida en el Cristo vivo, que vive aquí en su Iglesia, El Salvador, lo va pasando en la realidad de nuestra vida salvadoreña. Y aquí es donde, hermanos, mi palabra encuentra tantos obstáculos. No es que yo sea el poseedor de la única verdad, sería un loco si yo quisiera ser el poseedor de la verdad; si quisiera que todos pensarán como yo. Gracias a Dios que tengo más apertura para buscar entre todos la verdad y recriminar cuando alguien quiere monopolizar un hecho y manipularlo a su gusto.

Quiero hacer profesión de fe solemne en este momento de mi adhesión al Santo Padre. El Papa ha sido siempre para mí una iluminación y pienso morir fiel a él. También quiero profesar mi comunión con el cuerpo episcopal del mundo y agradecer a obispos tan conspicuos, como el que en esta semana me manda

un mensajero y un mensaje especial, el cardenal arzobispo de Westminster, cardenal Hume, que expresa su admiración, su cariño para esta arquidiócesis e invita a su pastor, cuando le sea posible, ir a hacer una visita a su sede de Inglaterra. Muchas gracias por este inmenso honor que manifiesta mi comunión con el episcopado universal, así como agradezco tantas muestras de solidaridad de queridos obispos de Centroamérica, del continente y hasta de Europa, lo cual indica, pues, que el obispo de San Salvador, aunque no sea infalible porque no es el Papa ni posee toda la verdad, sin embargo, solidario con su clero, con su pueblo, va peregrinando en busca de esa verdad. Y esta presencia de la catedral llena y esa solidaridad de tantos aparatos de radio que ahora están anunciando allá sobre las plazas de los pueblos o de los cantones o de muchos grupitos, que en torno de un radio están meditando y se quedarán después meditando esta palabra, me está diciendo, hermanos, que esta palabra nunca se quedará sola, sino que es una búsqueda sincera en comunión con mi pueblo de esa verdad; y desde esa verdad, que trato de predicar y de seguir, ilumino estos hechos para que no se dejen manipular solamente de una parte y hacer, en cuanto de la Iglesia nuestra depende, la justicia, la verdad, la voz de los que no se oyen.

En nuestra radio católica, en esta semana, el vicario del departamento de Cuscatlán relató la desolación que se nota al llegar a ciertos cantones de San Pedro Perulapán: campos abandonados cuando ya va llegando la hora de la siembra, ¿quién los va a sembrar? —decía él—; animalitos huyendo como sin dueños; cuches, gallinas, que han desaparecido sus dueños, andan huyendo bajo una —que ya es común llamar en esos lugares— guerra psicológica. El temor se nota en muchos semblantes y dicen con dolor: "Nos han robado, nos han matado, nos han herido". Humillados, algunos han salido de la cárcel narrando la crueldad de esos lugares. Y, sobre todo, hermanos, al pastor le duele —ya tuvimos una reunión con los sacerdotes de aquel departamento—, nos duele, sobre todo, la siembra de la desunión y el espíritu de venganza que puede fermentar en estas circunstancias. Preguntaba el vicario de una madre esposada: "¿Qué hijo la puede ver con indiferencia?".

Ojalá, y este es el trabajo que nos proponemos los sacerdotes en esa región: el ministerio de la reconciliación. Es nuestro gran deber. Por eso me duele cuando la calumnia más burda con-

tra mi palabra es que estoy sembrando odio. No tuviera oyentes tan nobles, como los que me están escuchando, si mi siembra de la palabra fuera siembra de rencor. No sería tampoco un loco para pretender que esta catedral llena salga de aquí en una manifestación de odio y de violencia. Al contrario, yo creo que el atractivo de la predicación de hoy es porque se predica el verdadero amor, el perdón, la justicia, la paz. Pero no una paz ganada con represión, una paz que no es de cementerios, una paz que se construye sólida sobre bases de justicia y de amor. Por eso decimos que la paz que aquí predicamos es la paz de Cristo, de la que Él dijo que siembra división. La paz verdadera también siembra división porque no todos comprenden la profundidad de justicia donde están las raíces de la paz y solo quisieran una predicación muelle, suavecita, que no ofenda y que predique una falsa paz. Lc 12, 51

Ante esta situación, yo quiero anunciarles con alegría que nuestra Iglesia ha trabajado. Una comisión de solidaridad ha tomado muy en serio, sobre todo, dos aspectos, dos subcomisiones en el arzobispado. La una, para recoger testimonios y tratar de aportar algo a la verdad que todos tenemos que buscar; y segundo, la comisión de ayuda, recogiendo, haciendo propaganda, donativos —dinero, víveres, ropa, medicinas— y luego buscando la manera de hacerlo llegar pronto al que lo tiene necesitado. En cuanto a la comisión de investigación, se ha editado un boletín[3] —que no voy a quitarles el tiempo en leerlo, pero si alguno lo quiere se lo podemos proporcionar en el arzobispado— donde están recogiendo muchos informes, no a base de chismes o de terceras personas; hemos reclamado que hablen lo que ellos vivieron, lo que ellos han sentido y visto; y allí tenemos, hermanos, un resumen tremendo de unos sesenta y ocho desaparecidos, seis muertos, cuatro de ellos decapitados, catorce heridos. El boletín saca sus conclusiones, que yo tampoco las voy a leer porque coinciden con el pensamiento que muchas veces he relatado aquí en esta catedral: que mientras no haya un orden más justo, siempre estará sembrado de discordias el ambiente y así tendremos que no hay raíces de justicia y, por tanto, tendrá que haber frutos de violencia.

3 *Cfr.* "Informe de la comisión de solidaridad de la Arquidiócesis de San Salvador, Boletín de prensa n.º 2", *Orientación,* 16 de abril de 1978.

Yo traía para leerles, y es una esperanza: el presidente del Consejo Central de Elecciones, al entregar las credenciales a los diputados nuevos, les dice que piensen en unas legislaciones más modernas, que vean, sobre todo, la situación del campesinado[4]. Ojalá estos bellos augurios no sean simples promesas, sino que de verdad tengamos, entre los nuevos legisladores de la patria, gente más comprensiva de que no es con leyes represorias[5], con que se intenta justificar tanta crueldad, como se va a hacer el verdadero progreso de la patria, sino leyes, como les dijo el presidente del Consejo Central de Elecciones a los nuevos diputados, leyes que correspondan y que inspiren instituciones y relaciones entre los que tienen el capital y los que producen el trabajo. ¡Magnífico! Eso es lo que hemos clamado siempre: una justicia, unas leyes que sean cauces donde las inquietudes políticas del pueblo y de los hombres encuentren su expresión y no sean tenidas como clandestinas para ser reprimidas tan brutalmente. Si se reprimen, dénle cauces por donde salir legítimamente para que todos, principalmente jóvenes y gente experimentada, sepa aportar lo mucho que cada salvadoreño puede para el bien de nuestra patria.

En el orden también de felicitación, quiero agradecer mucho y felicitar a la comisión de abogados, diez abogados y siete estudiantes de derecho, que han tomado en serio la solicitud de una amnistía[6]. Ya presentaron —como vieron en el periódico— su solicitud a la Asamblea. Y este grupo de abogados y de bachilleres, yo le diré que es una esperanza para nuestro pueblo. Ojalá que sean nobles como verdaderos hombres del derecho. Yo espero mucho de ellos y les animo, en el nombre del Señor y del pueblo, que sepan hacer justicia y que todos sus conocimientos legales no sean para establecer legalmente atropellos, sino para legalizar posiciones que caminen hacia la justicia y que sepan ser lo que dice la Biblia: defensores del pobre, del desposeído, del que no tiene voz.

Is 11, 3-4

[4] *Cfr. La Prensa Gráfica*, 8 de abril de 1978.
[5] En lugar de represorias debe leerse *represivas* o *represoras*.
[6] *Cfr.* "Petición de amnistía", *Orientación,* 9 de abril de 1978.

Vida de la Iglesia

Desde nuestra Iglesia, tenemos que lamentar el atropello a la iglesia de Monte San Juan y a su querido párroco, el padre Toñito Alfaro[7]. Que sepan que estamos plenamente con ellos en esta hora de prueba. Quiero agradecer la acogida que me dieron en esta semana las comunidades de San Juan Opico, a donde fui a dejar su nuevo párroco, el padre Jorge Salinas. La comunidad de San Rafael Cedros, cuyo párroco, el padre Leopoldo Deras, tuvo la bondad de invitarme a un grupo de confirmación que había preparado y darme una acogida inesperada, de escuelas y de pueblo, en aquella hermosa iglesia. Y el Dulce Nombre de María, un pueblecito pintoresco allá en Chalatenango, también me dio una acogida muy fervorosa. Allá están las hermanas Oblatas del Sagrado Corazón, adonde llegaron también las carmelitas misioneras de La Laguna; y las dos comunidades compartieron un diálogo con su pastor estudiando los problemas pastorales de aquella región.

Les anuncio también con alegría que en esta semana ha quedado erigida la nueva parroquia en la colonia Miralvalle. Va a ser dedicada a Nuestra Señora de la Presentación. La bonita imagen que tenemos aquí, la primera imagen de María que se veneró en El Salvador, que estaba en la iglesia de San José y cuando se quemó la hemos traído aquí, y la llevaremos procesionalmente cuando esté la iglesia de la colonia Miralvalle, para que sea la patrona y el símbolo del cariño de un pueblo que nació para ser de María y, por María, de Cristo. Los padres agustinos han sido encargados de esta nueva parroquia, así como la colonia Miramonte está también a su cargo; les agradecemos y los felicitamos por su trabajo pastoral.

Quiero agradecer también, como un gesto de comunión, la visita que me hicieron los padres paulinos de Centroamérica; reunidos aquí de las cinco repúblicas y de Panamá, fueron a manifestarme su solidaridad y a decirme que estaban plenamente de acuerdo con esta pastoral de nuestra arquidiócesis.

[7] El padre Antonio Alfaro, párroco de Monte San Juán, Cuscatlán, fue amenazado por efectivos militares y obligado a abandonar el pueblo luego de ser conminado a entregar las llaves del convento y de la iglesia. *Cfr.* "La Iglesia en El Salvador", *Orientación*, 16 de abril de 1978.

Y todo eso, queridos hermanos, en un marco pascual que yo quisiera que fuera como el núcleo doctrinal. Me alegro mucho cuando otros, que no quieren llamarla homilía, me la llaman catequesis. Me da mucho gusto sentirme catequista de la diócesis. He aquí la catequesis de esta mañana; la llamaremos el misterio pascual. Porque todas las lecturas de hoy son un enfoque precioso del misterio pascual. El Concilio Vaticano II no se entendería, si no se tiene una idea de lo que es el misterio pascual que le ha dado origen y le da estilo a la Iglesia de todos los tiempos. La Iglesia no es más que una mensajera del misterio pascual.

¿Qué es el misterio pascual?

SC 5 ¿Qué es el misterio pascual? El Concilio lo define así: Cristo Señor llevó a cabo la obra de la redención humana y de la perfecta glorificación de Dios, que prefiguraron los prodigios del pueblo del Antiguo Testamento; esta obra, Cristo la llevó a cabo "principalmente por el misterio pascual de su bienaventurada pasión, resurrección de entre los muertos y gloriosa ascensión. Por este misterio pascual, muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando reparó la vida. Pues del costado de Cristo dormido en la cruz nació el admirable sacramento de toda la Iglesia". ¡Qué precioso texto! Me parece que es el resumen de las tres lecturas de hoy.

Y si comprendemos un poquito el misterio pascual, hermanos, tendremos también cariño y gusto para venir a misa todos los domingos y celebrar la Semana Santa como una fiesta pascual. Son los dos focos pascuales de la Iglesia: la misa dominical y la fiesta de Pascua que estamos celebrando durante cincuenta días, desde la resurrección de Cristo el Sábado Santo en la noche, hasta la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. Cincuenta días en que la Iglesia considera un solo domingo, una sola gran fiesta: la fiesta del misterio, de la bienaventurada pasión y muerte, de la gloriosa resurrección y ascensión de Cristo a los cielos. Estos dos aspectos de Cristo: sufriendo y muriendo para destruir nuestra muerte y nuestros pecados, y resucitando y subiendo al cielo para restituirnos la vida y abrirnos las puertas de la esperanza, eso es lo que llamamos el misterio pascual.

¿Por qué lo llamamos misterio pascual? Porque esta obra la realizó Cristo en un ambiente de Pascua. Fíjense bien cómo fue

una Pascua, la que Cristo llamó "su hora": se acerca mi hora, la hora en que el Hijo del hombre será glorificado, la Pascua. Y cuando llegó la hora, manda a sus discípulos a preparar la Pascua en Jerusalén. Jn 12, 23 Mt 26, 17-19

En segundo lugar, se llama pascual este misterio de Cristo porque Cristo en aquella cena, y desde que Juan Bautista lo presentó al mundo, lo llamó el Cordero pascual. Ese es el cordero que se inmola en la Pascua y que los israelitas comen para significar su protección de Dios, su sacrificio a Dios. Aquel Jueves Santo, cuando todas las familias hebreas comían el cordero pascual, Cristo también con sus discípulos comía un corderito, pero Él estaba pensando que ese cordero ya iba a terminar su misión: mañana, Viernes Santo, seré yo, colgado en una cruz, el Cordero sangriento que quita los pecados del mundo; cordero pascual. Jn 1, 29

En tercer lugar, se llama este misterio de la redención misterio pascual, porque aquella cena del Jueves Santo sirvió a Cristo para empalmar la Pascua del Viejo Testamento con la Pascua de los cristianos. Hoy, por ejemplo, estamos celebrando la misa; ese altar es el altar de la Pascua donde se inmola el cuerpo y la sangre del Señor. Él es el Cordero y yo, cuando tenga el honor de enseñárselos en la hostia, les voy a decir: "Este es el Cordero de Dios, el que quita los pecados del mundo"[8]. "Tomad y comed" —dice Cristo—. Esta es la Pascua en la cual se inmola, con la sangre divina, el Cordero que quita los pecados del mundo. Y la eucaristía quedará, hermanos, tanto como misa, como sagrario, como procesión de *Corpus*, como visita al Santísimo. Todo ese culto precioso, que nuestra Iglesia tributa a la hostia consagrada, es el amor de la esposa que ha recibido en herencia de su Esposo desaparecido, pero que aparecerá. El gran regalo de su Pascua es la eucaristía. Por eso, venir a misa es ser agradecidos; venir a misa es sentirse el Israel espiritual; venir a misa es sentarse con Cristo en los bancos de la última cena y prolongarla hasta este domingo de 1978. La misa de cada domingo, la misa de nuestros difuntos, la misa de la primera comunión, la misa del matrimonio, la misa para pedir luz y consuelo al Señor, es el sacrificio de Cristo, es la cena del Señor haciéndose Pascua en todas las circunstancias de la vida. Y por eso el Concilio acon- Mt 26, 27

8 *Misal romano*, Comunión.

SC 81 seja que a las misas de difuntos no se les dé ese tono tétrico, sombrío, como si todo se ha acabado, sino que tenga un sentido pascual. La misa del difunto ahora hasta se presenta con ornamentos blancos y hasta se cantan aleluyas porque, aunque esté llorando la familia doliente, esas lágrimas se iluminan con la Pascua de Cristo.

¿Qué es la Pascua?

¿Qué es la Pascua? Para comprender esa Pascua, que Cristo quiso traer como herencia para entregarla con su propia redención al pueblo cristiano, remontémonos hermanos. Y este es mi segundo pensamiento: la Pascua del Viejo Testamento, la Pascua que Cristo recogió.

Los historiadores encuentran que la Pascua de los judíos tiene un origen natural más antiguo al pueblo de Israel. Posiblemente, es una fiesta en una noche de plenilunio del equinoccio de primavera. Esta luna llena de la Semana Santa servía a los pastores para cantar su alegría de que ya estaban pasando los fríos del invierno y ya venía la primavera. Pascua significa paso. El paso del invierno a la primavera se celebraba con una noche de plenilunio porque en la primavera ya vamos a emigrar del desierto a las tierras donde hay pasto. También, cuando ya la era de agricultores prevalecía en Israel, se recogió otra fiesta, junto con la Pascua, que la llamaban la fiesta de los ázimos —y que Cristo también la celebraba—, la fiesta en que los agricultores recogían la cosecha de trigo y, para significar el paso de la cosecha vieja a la cosecha nueva, se comía pan sin levadura; que no participara el viejo pan, la vieja cosecha, sino que fuera todo nuevo para darle gracias a Dios por el trigo nuevo. Este es el origen de los ázimos, paso de lo viejo a lo nuevo, paso de la vieja cosecha a la nueva cosecha.

Entonces, este concepto de Pascua, de paso, fue lo que asumió Israel naciente en Egipto, cuando Dios revela, al pueblo perseguido y oprimido, que esa noche, también de un plenilunio
Ex 12, 21-27 de primavera, pasará Dios con su ángel y las puertas que estén marcadas con la sangre del cordero que van a comer las familias israelitas no van a padecer; pero aquellas puertas de los egipcios que están sin esa protección de la sangre verán con angustia que todos sus primogénitos van a morir. Y aquella noche del exter-

minio pasó Dios, la Pascua de Dios, el paso de Dios. ¡Qué terrible el paso de la justicia de Dios para poner en su puesto a un pueblo opresor, ingrato con los peregrinos de Israel! Todos los primogénitos de Israel murieron. En cambio, las familias marcadas con la sangre del cordero comían su Pascua vestidos ya de peregrinos porque aquella noche comenzó el éxodo. La Pascua es éxodo, salida, salir ya del pueblo que los tiene cautivos y esclavos para "una tierra que yo les mostraré". Y salieron. Esa noche se celebrará —les mandó decir Moisés— todos los años de la historia.

Gn 12, 1
Ex 12, 24

Significaba, pues, una noche de liberación: el paso de la esclavitud a la libertad, el paso de la opresión a una tierra de promisión, el paso también del Mar Rojo que iba a confirmar con un milagro estupendo donde pasaba el pueblo de Israel y donde quedaba sepultado el ejército de los egipcios. El paso se celebró cuando el pueblo peregrino llegaba por Guilgal, el primer sacrificio en la tierra prometida: ¡qué alegría!, ¡qué gratitud!

Ex 14, 26-31

La Pascua desde entonces se comenzó a celebrar año con año como una fiesta de independencia, como una fiesta de paso de esclavitud a salvación, una fiesta de vida, una fiesta en que se reconocía al Salvador Dios por medio de un instrumento que era Moisés. Era una fiesta de agradecimiento a la que se fueron uniendo otros elementos bíblicos, por ejemplo: la creación del hombre, la alianza, el sacrificio de Isaac. Todo esto venía enriqueciendo como un río que nació pequeñito y que llega torrencial a la plenitud de los tiempos. Cuando Cristo celebró su Pascua con sus discípulos, era toda esa historia la que venía.

Y ahora comprendemos el sentido de nuestras lecturas de hoy. La Pascua cristiana, la Pascua que Cristo celebró asumiendo todos esos símbolos del Viejo Testamento para llenarlos de la realidad redentora que Él iba a realizar con su muerte, con su resurrección y con su ascensión a los cielos. La Pascua es ese misterio de Cristo porque en ese Cristo muerto por nosotros, resucitado por nosotros, viviente por nosotros eternamente, nosotros vemos el estilo de nuestra Iglesia. No comprenderá a su Iglesia el católico que no tiene ideas del misterio pascual. Por eso he querido que en el ámbito de esta Pascua de 1978, vivida en El Salvador muy parecida a los israelitas de Egipto, recordemos que Dios va con nosotros.

¿Qué significa para los cristianos la Pascua que Cristo nos dejó?

¿Qué significa para los cristianos la Pascua que Cristo nos dejó? Y este es mi tercero y último pensamiento. La Pascua cristiana tiene estas cuatro características: una Pascua que es causa de nuestra salvación, una Pascua liberadora; segundo, una Pascua sacramental, signos que ahora encierran y ocultan realidades divinas que no vemos, eso es lo sacramental; tercero, Pascua eclesial, Pascua comunitaria, Pascua que no la tiene que vivir individualmente cada hombre, sino en pueblo, en común; y cuarto, Pascua escatológica, Pascua de esperanza.

Pascua liberadora. ¿Qué quiere decir? Es lo que nos dice hoy, en la primera lectura, San Pedro predicando su primer sermón del cristianismo: "Rompiendo las ataduras de la muerte". O cuando dice en su epístola de hoy: "Os rescataron". ¿Y de qué nos rescataron? Nos rescataron de un proceder. "Ya sabéis con qué os rescataron —dice la epístola en el versículo 18—, de ese proceder inútil recibido de vuestros padres; no con bienes efímeros, con oro o plata, sino a precio de sangre de Cristo". Esta es la redención, un rescate que no se compra con oro ni plata.

Hch 2, 24
1 P 1,18

Por eso, ahora fijémonos en el Evangelio. En el versículo 21, decían los discípulos desengañados, desilusionados, que iban para Emaús en la tarde de Pascua: "Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves, hace dos días que sucedió esto". Esta es la desilusión cuando se buscan liberaciones temporales. Hermanos, yo quiero insistir mucho en esto porque me están acusando que yo predico una liberación revolucionaria de la tierra. Nadie cree esa tontera, pero yo quiero afianzar una vez más que la liberación que yo predico no es esta que llevaba desilusionados a los discípulos de Emaús. Los mismos apóstoles, cuando iban acompañando a Cristo para su ascensión, le preguntan: Señor, ¿ya vas a liberar a Israel? Era una esperanza política, una esperanza de tierra, una esperanza miope, sin horizontes. Es la esperanza que tienen muchos movimientos liberadores de nuestro tiempo; los que no esperan con la esperanza cristiana, sino que creen que lo van a resolver todo a fuerza de violencia, de odio, de luchas de clases. Esa no es la liberación de Cristo; esa no puede ser la liberación de la Iglesia.

Lc 24, 21

Hch 1, 6

A estos discípulos que iban con esa ilusión tronchada, Cristo les dice: "¡Que necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas!". Un cristiano no puede olvidar que la verdadera Pascua que Él celebra todos los domingos en su misa, que la verdadera esperanza que Él como cristiano abriga en su corazón, es una liberación del pecado, una liberación que nos hace verdaderamente romper las cadenas que nos atan íntimamente y que nos aseguran romper también las cadenas de la muerte y del infierno y tener la santa libertad que tienen los hijos de Dios. No hay hombre más libre que el que se ha liberado del pecado, del temor de la muerte y del infierno porque sabe que ama a Dios y sigue a Cristo que está vivo y que le dará la verdadera liberación. Lc 24, 25

La verdadera liberación es la que Cristo comenzó a analizarles a los discípulos de Emaús: "¿No era necesario —les pregunta— que el Mesías padeciera todo eso y así entrara en su gloria? Y comenzando por Moisés y siguiendo con los profetas, les explicó lo que se refería a Él en toda la Escritura". La redención, la liberación que la Iglesia predica y espera, no es una liberación que desilusiona, aun cuando las cosas salgan mal, aun cuando haya que morir en una cruz, aun cuando haya que ser torturado y muerto en la indignidad de quienes no quieren el grito de la verdadera liberación. Son episodios de la guerra de Cristo salvando al mundo. Lc 24, 26-27

No olvidemos, hermanos, que la redención todavía se está haciendo y por eso morimos, por eso hay cementerios. Si Cristo triunfó de la muerte, ¿por qué mueren los hombres? Por eso, porque no está terminada la redención. Y San Pablo ya dice: la última enemiga de Cristo en ser vencida será la muerte. Esto que nos ha dicho San Pedro en su epístola de hoy: el Cordero que fue anunciado antes de la creación y que vendrá al final de los tiempos. Hermanos, ¡si vivimos en el tiempo!, ¡si estamos construyendo! Cuando se está construyendo un edificio, no queramos desilusionarnos por ver allí andamios, materiales revueltos. ¡Se está construyendo! El día de la inauguración quitaremos andamios, barreremos bien y veremos qué construcción más hermosa. Así es la liberación de Cristo: se está trabajando ahora, por eso hay escombros de muerte, por eso hay andamiajes imperfectos, por eso hay, hasta en la misma Iglesia, pecado y deficiencia, porque no es todavía la Iglesia triunfante del cielo, es la que se construye todavía entre hombres peca- 1 Cor 15, 26 1 P 1, 19-20

dores, envidiosos, mezquinos, como somos todos los hombres. Se está trabajando la redención. Por eso, no queramos esperar un paraíso, una redención que la vamos a hacer solo con brazos humanos, solo con ideologías de la tierra. La Iglesia no puede ser comunista. La Iglesia no puede ser liberadora de liberaciones terrenales solamente. Las inspira, sí, porque ella lleva una esperanza que es la fuerza que puede dar eficacia a todas las liberaciones si se quieren hacer cristianas.

Decimos que la Pascua nuestra es una *Pascua sacramental.* Es decir, ¿qué es un sacramento? Sacramento —ya les di la definición una vez— es una señal sensible que oculta una gracia invisible. Vamos a recibir la comunión, un sacramento, siento sabor de pan, pero mi fe descubre que en ese signo del pan está presente Cristo. Yo voy a levantar una hostia de pan pero ya convertida en cuerpo de Cristo y todos la adoramos porque sabemos que está oculto, sacramentalmente, en el signo del pan y del vino la presencia misma de nuestro Señor Jesucristo. Esto quiere decir, hermanos, que toda aquella fuerza liberadora de Cristo en el Calvario, resucitando y subiendo al cielo, está con esta Iglesia. Ya les leí al principio el precioso pensamiento del
SC 5 Concilio cuando dice que "del costado de Cristo dormido nació el admirable sacramento de la Iglesia". La Iglesia es un gran sacramento, es la presencia de Cristo en el mundo. Ustedes, hermanos, yo, seamos santos, transparentemos la presencia de Cristo liberador en el mundo. Esto es ser sacramento.

Sacramento, también, porque en cada sacramento que la Iglesia da, es Cristo que va presente con su fuerza, con su vida divina; quiere decir que el cielo ya está en esta tierra, que el reino de los cielos ya está en medio de vosotros. Todo aquel que cree en la vida sacramental de la Iglesia, todo aquel que lleva a bautizar un niño, el que confiesa para perdón de sus pecados sus propias culpas, todo aquel que viene a misa con una fe y una esperanza de apoyar en Cristo sus problemas, siente que Cristo resucitado y glorioso vive aquí en esta Iglesia, sigue perdonando, sigue triunfando en la muerte, está trabajando la gran liberación de los hombres.

El pasaje del Evangelio es típico, hermanos. Cristo va caminando con los discípulos camino de Emaús y —diríamos— bro-
Lc 24, 18 meando, como que les va tomando el pelo. Solo usted —le dicen— no sabe lo que ha pasado en Jerusalén. Qué raro, si todo

mundo habla. ¿De quién? —les dice Cristo haciéndose el ignorante—. De Jesús de Nazaret que era grande profeta. Había anunciado que iba a liberar a Israel; pero ya ve, son tres días. Ya se tronchó toda la esperanza. Es cierto que unas mujeres andan diciendo por ahí que lo han visto resucitado, pero a Él no lo han visto. Este es el cálculo humano cuando perdemos de vista la presencia de Cristo escondido en aquel peregrino. Y por eso, cuando llegan al castillo de Emaús, el peregrino les dice: muchas gracias por su compañía, yo sigo adelante. Y le dicen: quédate con nosotros, Señor, ¿no ves que ya es muy tarde? Se lo había ganado. Y cuando prepararon su cenita y se sentaron a cenar, Jesús debió hacer un gesto tan divino: al partir el pan lo conocieron; pero cuando lo conocieron, desapareció. Y entonces el comentario: ¿qué no ardía nuestro corazón cuando íbamos con Él y nos iba platicando por el camino? Corramos a avisar a los once. Y corrieron a Jerusalén a juntarse en comunidad.

Lc 24, 19-24

Lc 24, 28-29

Lc 24, 30-33

Esto es el sacramento. Por eso, hermanos, estamos haciendo conciencia de que los sacramentos hay que recibirlos con más conocimiento. No vale traer un niño a confirmación sin saber lo que va a recibir. O hacer una fiesta de bautismo solo por la fiesta y no saber qué es el sacramento. Va pasando Cristo disfrazado de peregrino y no lo conocemos. Como aquella bonita canción: "Soy el Señor y no me conocéis, soy vuestro Dios que está presente en la misa de domingo ¿y os aburre mi misa?". Esto es la causa por qué no somos buenos católicos ni participamos los sacramentos: porque, como los peregrinos de Emaús, vamos con Él y no lo conocemos. Solo al partir el pan, ahora sí, lo conocí. Conozcámoslo, hermanos, no es necesario verlo. ¡Bienaventurado el que sin ver cree!, le dijo el domingo pasado Cristo a Tomás y ahora les da la lección a estos dos discípulos desapareciéndose cuando ya lo conocieron. No le gusta ser visible mientras dure esta vida, que debe de ser de fe y de esperanza.

Jn 20, 29

Y por eso, hermanos, una tercera nota de nuestra *Pascua* es que es *comunitaria.* Desde Moisés, mandó: mate, cada familia, un cordero y si la familia es chiquita, llame a vecinos y entre varias familias coman la Pascua. De allí, que era una fiesta de familia que se llegó a hacer una fiesta de patria; de tal manera que para la Pascua —aún ahora— los judíos de distintos puntos del mundo procuran estar en Jerusalén, en Israel, para celebrar

Ex 12, 1-4

con sentido patriótico la Pascua. Como si nosotros el 15 de septiembre procuráramos venir donde estemos para celebrar comunitariamente la fiesta de nuestra independencia.

Hch 2, 14

Pues este sentido comunitario es el que yo veo desde el principio de la lectura primera, cuando dice: "Pedro con los once". Miren, hermanos, cómo Pedro —el Papa— con los once, con el cuerpo episcopal. Mientras un apóstol esté unido con Pedro, está significando comunión. El obispo de ustedes, hermanos, está en comunión con Pedro, que hoy se llama Pablo VI. Bien recuerdo aquellas palabras que me dieron tanto ánimo el año pasado[9]: " ¡Ánimo! ¡Ánimo! —me dijo el Papa—, usted es el que manda, usted es el que manda". Y no puedo olvidar, pues, que en la presencia de mi comunión con el Papa está también el secreto de mi palabra y de mi orientación a mi pueblo. El día en que el Papa me desconozca, no esté de acuerdo con lo que yo predico o hago, me lo hará ver. Y entonces les diré con toda humildad: "Hermanos, perdón, los estuve engañando; yo me retiro, que venga otro de más confianza del Santo Padre". Pero mientras tanto, "Pedro y los once", y yo estoy entre esos once; porque ahora ya no son once, son como dos mil y pico de obispos que estuvieron en un Concilio y que siguen gobernando la Iglesia en toda la faz de la tierra; esta comunión con el episcopado mundial es la que da este sentido de comunión de Iglesia.

Por eso, hermanos, también sientan la Pascua como una familia; sientan su misa del domingo así como están ahora. Yo quizás abuso de la bondad de ustedes al prolongarme tanto; pero cuando yo los miro a ustedes tan felices y contentos sentados en esas bancas para la misa del domingo, como que fuera una sola familia de Dios, escuchando a través de su humilde mensajero el mensaje del Padre, y cuando como ayer que anduve allá por el Dulce Nombre de María y me decían gentes humildes de los campos cómo escuchan esta palabra y les sirve de consuelo, de esperanza, de aliento, me venían ganas hasta de llorar y

Lc 10, 21

decir como Cristo: te doy gracias Padre porque ocultas estas cosas a los orgullosos y soberbios del mundo y las revelas a los pobrecitos; te doy gracias porque me das garganta y voz, porque

[9] Se refiere al encuentro con el papa Pablo VI en la audiencia general del 30 de marzo de 1977. *Cfr. L'Osservatore Romano,* 3 de abril de 1977.

pones a mi disposición una radio que ojalá se conserve para consuelo de tanta gente. Esto, hermanos, es la comunión. Vivimos esa comunión en el humilde regalo del campesino. Allá en Dulce Nombre de María, me regalaron los primeros motates, me regalaron una matatilla tejida para mí. ¿Quién no va a agradecer estos gestos bondadosos de nuestra gente sencilla para sentir que está en comunión con su pastor? ¡Gracias por manifestarme tantas veces esa comunión! Y sin comunión no hay Iglesia. Y la Pascua tiene que ser esta Iglesia. La verdadera Iglesia vive la comunión pascual.

Y finalmente, hermanos, la pascua de los cristianos es una *Pascua escatológica.* Es escatológico el acontecer, la salvación final, al final de los tiempos. San Pedro nos ha dicho hoy que 1 P 1, 19-20
Cristo era el Cordero previsto desde antes de la creación y que vendrá manifestado al final de los tiempos. Entre ese Cordero anunciado antes de los tiempos y que vendrá como juez de la historia al final de los tiempos, está la historia que vamos tejiendo. Por eso los hombres de la historia tienen que partir de aquel Cordero que vivió antes de la historia y que está como meta de la historia. No perdamos de vista esa perspectiva. Cuando luchamos por un mejoramiento sin horizontes escatológicos, estamos perdiendo la visual.

Cuando tenemos fe y esperanza en ese Cristo que ha de volver, en ese más allá que está después de nuestros fracasos y de nuestra muerte y de nuestras dificultades, mientras tengamos presente ese horizonte, es la Iglesia de la Pascua, la Iglesia de la esperanza. Y el Evangelio nos dice también este sentido escato- Lc 24, 25-26
lógico: ¡necios, insensatos!, ¿que no convenía padecer todo eso y después de eso entrar en la gloria? Hay que padecer y no deben de asustamos ni escandalizarnos los dolores, los fracasos inesperados. Cuántas veces oímos llorar, junto a un ser querido, a la familia casi blasfemando: "Si Dios ama, ¿por qué me lo quitó?". Dios te ama y por eso te lo quitó, porque ya te lo adelanta y allá te quiere encontrar con él. Y el que lucha por la liberación y ve que fracasan sus esfuerzos, le viene la tentación: "Esto no se arregla con esperanza cristiana, hay que coger la violencia". Mentira. Dios es paciente porque es eterno, espera con Él el cielo definitivo, el triunfo definitivo, la verdadera Pascua.

Por eso, hermanos, me dio risa cuando en un periódico interpretaban esta predicación mía como si fuera una subversión

a la democracia y que yo estoy proponiendo un socialismo[10]. ¡Qué tontera! ¡Si la Iglesia no puede proponer ningún sistema! La Iglesia no tiene sistemas sociales. La Iglesia no tiene partidos políticos. La Iglesia da una inspiración de esperanza, un sentido escatológico a la historia y manda a sus hijos, que son ustedes, que viven en el mundo y tienen que hacer el mundo, a construir según sus propios criterios una democracia más perfecta, un sistema social más justo. A ustedes les toca hacerlos.

Ya bastante tenemos en la Iglesia con recordar esta esperanza cristiana, que será siempre la crítica de todos los sistemas. Y por eso los critica, porque desde una perspectiva del eterno sistema de la felicidad eterna, va diciendo a cada sistema histórico: eso no está bueno, eso es injusto, eso es mejor de otro modo, eso..., porque ilumina desde la perspectiva de la esperanza la realidad de la tierra. Y esa es la misión de la Iglesia.

Hermanos, celebremos nuestra eucaristía de hoy, verdadero sacramento de la Pascua. Y yo quiero terminar leyendo estas palabras que San Pedro dirigió a la primera muchedumbre cristiana que escuchaba y les decía: "Dios lo resucitó rompiendo las ataduras de la muerte; no era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio, pues David dice: Tengo siempre presente al Señor —esta es la bonita plegaria del cristiano—, con Él a mi derecha no vacilaré. Por eso se me alegra el corazón, exulta mi lengua y mi carne descansa esperanzada. Porque no me entregarás a la muerte ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción. Me has enseñado el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia". ¡Qué bella la esperanza cristiana! Aun cuando estemos atormentados por la peor de las torturas, poderle decir al Señor: tú vas a mi derecha, tú no dejarás que mi vida perezca. Ánimo, hermanos, y con esta esperanza y esta fe pascuales, proclamemos ahora nuestra profesión de fe.

Hch 2, 24-28

10 *Cfr.* "Violencia engendrada desde el púlpito", *La Opinión,* abril de 1978.

El Buen Pastor

Cuarto domingo de Pascua
Iglesia de El Rosario[1]
16 de abril de 1978

Hechos 2, 14a.36-41
1 Pedro 2, 20b-25
Juan 10, 1-10

Este domingo, queridos hermanos, es el cuarto domingo de Pascua. Ya saben que son siete los domingos pascuales y todos constituyen una unidad: la proclamación solemne de Cristo vivo que no morirá más, despertando en el pueblo un sentido de confianza, de fe, de magnanimidad. Entre los domingos de Pascua, los primeros tres nos narraban episodios de las apariciones de Cristo resucitado; este cuarto domingo viene a ofrecernos como una síntesis preciosísima: la figura de Cristo, Buen Pastor; por eso se llama este domingo el domingo del Buen Pastor.

Por eso, el papa Pablo VI, desde hace quince años, ha querido que este domingo del Buen Pastor sea también el domingo de oración por las vocaciones sacerdotales y religiosas. Tenemos, pues, motivos muy poderosos para que nuestra plegaria, nuestra eucaristía de este domingo, sea verdaderamente un domingo de oración, intensa oración; abrirnos a la esperanza, a la fe de esta Iglesia que ahora prolonga la figura del Buen Pastor gracias a los pastores, a las almas consagradas a Él, que lo van haciendo presente de formas tan diversas en el mundo.

[1] Este domingo, monseñor Romero no pudo celebrar la misa en la catedral de San Salvador porque el 11 de abril de 1978 fue ocupada por miembros del Bloque Popular Revolucionario, como él mismo explica más adelante.

Por eso, las ideas de mi homilía tienen que engarzar todo esto. Yo presentaría estas tres ideas. La primera: las circunstancias en que se proclama la resurrección de Cristo, hay que tenerlas muy en cuenta para que el Evangelio de Cristo resucitado sea el que ilumine nuestra historia. El segundo pensamiento es este: ese mensaje de Cristo resucitado se presenta hoy bajo la figura de un pastor; hoy esta es la imagen que debemos de llevar a nuestros hogares, a nuestra sociedad, a nuestro ambiente: Cristo es el Buen Pastor, vive hoy como un pastor que ama a su grey. Y esta será la tercera idea: nosotros somos esa grey; el mensaje se dirige al pueblo como una vocación, un llamamiento, y allí encontraremos, pues, el mensaje del Papa en este año a las vocaciones.

Las circunstancias en que se proclama la resurrección de Cristo

La primera idea es esta: el mensaje cristiano se pronuncia entre circunstancias concretas. Y esto no es una modalidad de nuestros días. La homilía cabalmente eso significa. Homilía quiere decir el sermón sencillo del pastor que celebra la palabra de Dios para decirle, a los que la están reflexionando, que esa palabra de Dios no es una palabra abstracta, etérea, sino que es una palabra que se encama en la realidad en que vive esa asamblea que está meditando.

Y traigo esto —aunque todos los domingos lo recuerdo— porque hoy noto yo en las tres lecturas, cabalmente eso: que tanto el sermón de Pedro, —el primer sermón cristiano: acaba de bajar el Espíritu Santo y Pedro se asoma a la puerta del cenáculo y predica y convierte ya a los primeros tres mil—, ese primer sermón, que es una pauta de la predicación, no prescinde de las circunstancias, anuncia el gran mensaje: Cristo ha resucitado para esperanza y perdón de los que lo siguen. Pero en su sermón, Pedro, junto con estas maravillas de la redención cristiana, anuncia el gran pecado, denuncia el pecado de los hombres:

Hch 2, 36-37

¡ustedes lo mataron! Y tanto, que nos dice hoy la lectura, los corazones de aquellos hombres se sintieron conmovidos: ¿qué haremos, hermanos? Eso quiere la Iglesia: inquietar las conciencias, provocar crisis en la hora que vive. Una Iglesia que no provoca crisis, un Evangelio que no inquieta, una palabra de

Dios que no levanta roncha —como decimos vulgarmente—, una palabra de Dios que no toca el pecado concreto de la sociedad en que está anunciándose, ¿qué Evangelio es ese? Consideraciones piadosas muy bonitas que no molestan a nadie, y así quisieran muchos que fuera la predicación. Y aquellos predicadores que, por no molestarse, por no tener conflictos y dificultades, evitan toda cosa espinosa no iluminan la realidad en que se vive, no tienen el valor de Pedro de decirle a aquella turba donde están todavía las manos manchadas de sangre que mataron a Cristo: ¡ustedes lo mataron! Aunque le iba a costar también la vida por esta denuncia, la proclama. Es el Evangelio valiente, es la buena nueva del que vino a quitar los pecados del mundo. Hch 2, 36

Tienen, por ejemplo, en la segunda lectura, donde anuncia las maravillas del Cristo humilde que como oveja es llevada al matadero; sin embargo, Pedro, en esa primera carta, denuncia que la causa de esa muerte ha sido el pecado y, denuncia el descarrío de los hombres; se alegra de los que ya vinieron de sus malos caminos y están formando la comunidad de Cristo. Aquí entre nosotros, hermanos, somos pecadores, yo el primero. He ofendido al Señor; pero, gracias a Dios, escuchamos un día su llamamiento que señaló nuestro pecado y, en vez de ensoberbecernos y enconcharnos en nuestro orgullo y calumniar a la Iglesia porque me molesta, acepto mejor ese mensaje. Aquel día, esta oveja descarriada que fui yo, que pudo ser cada uno de ustedes, humildemente se acercó al Señor y le pidió perdón, gracias a que hubo una palabra que me reprendió, gracias a que hubo alguien que me echó en cara que no debía de ser así. Este es el papel de la Iglesia: no prescindir de las circunstancias y decirle a los hombres su propio pecado para que se arrepientan. 1 P 2, 25

Y, sobre todo, hermanos, el Evangelio. ¡Qué palabra más valiente la de Cristo! Está usando la comparación: "Yo soy la puerta". Solo por la puerta entran los legítimos dueños del rebaño. El que salta por otro lado es ladrón, es bandido. Miren cómo en las palabras de Cristo, de quien esperamos siempre amor, dulzura, cuando es necesario coge el látigo y fustiga a los ladrones, a los bandidos, y les dice: el que no es pastor solo entra para matar, para robar, para maltratar. El látigo de Cristo está dando duro a todos estos atropellos de su tiempo. Él siente que la sinagoga ha perdido su sentido de ser representación de la misericordia de Dios y los pastores de Israel, ya denunciados por los Jn 10, 7 Jn 10, 1 Jn 10, 10

profetas, en tiempo de Cristo también se han convertido en malos pastores. El episodio de esta comparación del buen pastor
Jn 9, 1-41 está poco después de aquel episodio del cieguito de nacimiento a quien los fariseos, en vez de alegrarse porque se había salvado de
Jn 9, 16.34 la vista, lo excomulgaron "porque te dejaste operar en sábado". Interesaban más las legalidades que la misericordia. Y a estos fustiga el Señor, para estos fariseos hipócritas, para estos pastores egoístas, para estas sinagogas sin misericordia, para estas autoridades eclesiásticas de su tiempo, el divino profeta, Cristo nuestro Señor, que fue duro contra el pecado donde quiera que se encuentre, ya sea en Herodes, en Pilatos, también en los pontífices, en los sacerdotes, Él los reprende y para ellos es la comparación, para que aprendan a ser como Él que es el Buen Pastor y para que su Iglesia sea lo que tiene que ser: una casa de la misericordia del Señor, donde los pecadores no encuentren el reproche, la excomunión, la dureza, sino la acogida, el abrazo de nuestro Señor que los llama para el perdón.

¿Ven, entonces, cómo las tres lecturas son el modelo de la predicación de la Iglesia? Anuncia las maravillas de la resurrección, pero no olvida las circunstancias concretas de pecado en que se anuncia esa maravilla. Por eso, hermanos, con esto quiero justificar el *hoy* de mis homilías. Yo no sería tampoco el predicador de la palabra de Dios si no tuviera en cuenta que esta palabra del Buen Pastor, en este domingo de abril de 1978, tiene un marco tan trágico, donde necesitamos que sobre estas sombras de sangre, de dolor, de depresión, de desolación, se destaque la bella figura del Buen Pastor. No comprenderíamos toda la ternura de Cristo en esta hora de El Salvador si no tuviéramos en cuenta *esta* hora de El Salvador. Y ¿qué es *esta* hora de El Salvador? Parece mentira, ¡qué densa es nuestra historia, hermanos, domingo a domingo! Cuando terminamos un domingo, yo pienso: y el otro domingo ¿qué voy a decir?, ya lo dije todo. Y, sin embargo, viene otro domingo y trae tanta historia, tanta densidad de historia, que de veras vivimos una patria, una hora, en que somos protagonistas de cosas muy decisivas.

Hechos de la semana

La primera circunstancia que yo quiero recalcar hoy es ésta que estamos viviendo: estamos en una iglesia que no es la catedral. Y

es, en primer lugar, para agradecer la hospitalidad de los padres dominicos que, apenas supieron mi dificultad de la catedral ocupada, me ofrecieron su hermosa iglesia. Yo les agradezco porque esto, al mismo tiempo que significa la hospitalidad de la comunidad que preside esta iglesia, le ha dado —como les dije al principio— el sentido peregrino de nuestra Iglesia. La Iglesia no es el templo de concreto, de bahareque o de cualquier material. El templo material no es más que el signo de una tienda de campaña que va caminando y se va posando con el pueblo peregrino a donde quiera que vaya. Hoy somos el pueblo peregrino aquí en la iglesia del Rosario. ¡Qué bello es pensar que con esta peregrinación va ella, la Virgen santísima, la Virgen del Rosario, tan querida en nuestro pueblo! ¡Amémosla mucho! Y en esta mañana, que las circunstancias nos han puesto bajo su manto bendito, le queremos decir que tenga piedad de este pueblo que sigue peregrinando en medio de tantas angustias e incertidumbres.

Esto mismo me lleva a otra circunstancia: no pudimos celebrar en catedral porque está ocupada; así como están ocupadas cuatro embajadas[2]. Lo que quiere el Bloque Popular Revolucionario, que se ha arrogado la responsabilidad de esas ocupaciones, es presionar la ciudadanía para que no sea indiferente a lo que está pasando en los campos de El Salvador; y también presionar a los países afectados en sus embajadas para que les ayuden a retornar a sus campos, donde ya las lluvias que asoman, piden el cultivo. "Si no, nos morimos de hambre, si no hay maíz en nuestros campos, si no fructifican en frijoles nuestras tierras". El campesino tiene razón, quiere volver a sus campos a trabajar y por eso pide, pues, el apoyo de aquellos que tienen más voz: la catedral, las embajadas, los gobiernos; que presionen esta situación y los dejen retornar en paz y encontrar paz allá. Pero no se quieren fiar de promesas, quieren seguridad, garantía; porque dicen que ha habido casos en que retornan confiados y pronto los traen otra vez prisioneros. Quiera el Señor, pues, que esta situación se componga.

Al mismo tiempo, quiero felicitar a las delegaciones diplomáticas porque, con un sentido de mucha comprensión, han dialogado con los campesinos. Las dos partes pidieron la mediación de la Iglesia y con mucho gusto la Iglesia les ha prestado

[2] Se trata de las embajadas de Panamá, Venezuela, Costa Rica y Suiza.

para sus negociaciones el local del arzobispado. Ya sé que esto será mal interpretado; pero debe de constar que, antes de dar el local del arzobispado, el arzobispado insinuó que este diálogo sería mejor en un ambiente diplomático; y los campesinos buscaron ambientes diplomáticos y no los encontraron; entonces el arzobispado, que siempre quiere dar su colaboración de Iglesia, de Evangelio, lo ha prestado de una forma imparcial. Quiero revelar también que yo personalmente he atendido a la señorita embajadora de Panamá y me extraña cuando los periódicos[3] han publicado que en el arzobispado no hubo atención para ella. He estado presente, lo mismo que el querido obispo auxiliar monseñor Revelo, en las negociaciones y hemos sido testigos de la apertura de la diplomacia, de la franqueza de los campesinos, del diálogo que se ha entablado. No sabemos dónde están las negociaciones y por qué todavía siguen las ocupaciones.

Y esto me lleva a sacar otra consecuencia muy importante, hermanos. Esta circunstancia de la ocupación de catedral que no nos ha permitido de celebrar allá la misa, gracias a Dios es un testimonio de la diferencia radical entre Iglesia y Bloque Popular Revolucionario. Ha habido una tendencia —diríamos— satánica, de querer hacer depender de la Iglesia todas las actividades que se han llevado a cabo por parte del Bloque. Que conste una vez más —y lo he dicho tantas veces— que, si la Iglesia tiene perspectivas de justicia social, de caridad, que no está conforme con el actual orden de injusticia que impera, eso no quiere decir que se identifique con todos aquellos que quisieran también el mismo cambio. La Iglesia tiene una perspectiva plenamente evangélica; es el Evangelio el que inspira su acogida al campesino que no tiene dónde pasar la noche, que tiene hambre y tiene que darle de comer. Es una inspiración de Evangelio la que la Iglesia lleva cuando quiere socorrer las necesidades y aboga por las reivindicaciones de justicia; pero no significa eso identificación con otras agrupaciones.

Que esto quede muy claro, porque la Iglesia no puede identificarse con ningún partido político ni con ninguna organización de carácter político, social, cooperativo. La Iglesia no tiene sistemas. La Iglesia no tiene métodos. La Iglesia solo tiene ins-

3 *Cfr. La Prensa Gráfica*, 12 de abril de 1978.

piración cristiana, una obligación de caridad que la urge a acompañar a quienes sufren las injusticias y ayudar también a las reivindicaciones justas del pueblo. Allí sí la Iglesia está, pero sin identificarse con los sistemas y los métodos. Esto, repito, que quede bien claro, porque yo no soy director de ninguna organización política. Yo no soy ni mis sacerdotes deben de ser líderes de estos grupos. Si hay coincidencias objetivas, son perspectivas de Evangelio la que la iluminan.

Y a este propósito sí quisiera yo lamentar, queridos hermanos, que precisamente por no confundirse con un sector, con un partido, con un método, con una agrupación, la Iglesia está en condiciones de independencia para poder criticar lo malo que se encuentre en cada organización. Y lo dirá sin ambages y lo ha dicho también cuando, tanto en las organizaciones del Bloque Popular Revolucionario como también en otras organizaciones de carácter más oficial, la Iglesia denuncia el pecado donde quiera que se encuentre.

Y uno de los pecados más grandes es este, hermanos, que a mí me duele tanto: que el sistema actual de nuestra patria ha logrado el enfrentamiento de los campesinos. La misma hambre que angustia al hombre del Bloque es la misma hambre que angustia también al hombre de ORDEN. Y pensar también que el agente de nuestros ejércitos ha salido también del campesinado. Y cuando miro policías cuidando a campesinos, campesinos cuidando a campesinos, ORDEN enfrentándose con el Bloque, digo yo: ¡qué satánico tiene que ser este sistema que ha logrado aprovechar el hambre de los hombres, ganarse el pan aunque sea persiguiendo, enemistándose, dividiéndose, cuando pertenecen a la misma pobreza! Y en vez de ayudarles en un diálogo constructivo para que unos y otros salgan a un ambiente de más respiro, de más libertad, allí los tenemos enfrentados. Los unos aprovechando las gangas que tienen por pertenecer a algo oficial y los otros, como marginados, luchando por meterse del margen también a una justa reivindicación.

Por eso digo y repito: que no son las represiones ni las violencias las que van a arreglar esta situación. Es necesario que una sana, auténtica democracia abra los canales del diálogo para escuchar qué angustia tiene el pueblo, el campo, y se le den leyes, y se le den organizaciones donde de veras se respire un ambiente de justicia y de paz. Mientras no haya esos canales,

todo lo demás son parches, y muchas veces parches violentos
Mt 9, 16 que, como decía Cristo, no hacen más que romper las telas viejas y hacer más trágica la situación de nuestro ambiente.

Vida de la Iglesia

Por eso también, queridos hermanos, en esta hora del ambiente de nuestra homilía, yo me alegro con esos gestos de solidaridad que han abundado a la luz de la Iglesia, cuando he recibido no solamente los donativos materiales, que han sido abundantes, gracias a Dios; y la comisión tanto de investigación como de ayuda han tenido ese apoyo de nuestras queridas comunidades y también de todos los hombres de buena voluntad.

A este propósito, quiero leerles este pensamiento de la carta de una persona que desde la Iglesia Bautista ha hecho llegar su socorro: "Debo lamentar —dice— que muchos de nuestros líderes en las diferentes denominaciones protestantes no estén a la altura de las circunstancias; pero puedo asegurarle, aunque usted ya lo sabe, que habemos muchos que en lo personal o colectivamente apoyamos de corazón a usted y la Iglesia que representa, porque lo que están haciendo es ni más ni menos que lo que Cristo demanda de todos nosotros".

Así también, me dio mucho gusto de la diócesis de Santa Ana, llegar un donativo y dice: "Este dinerito lo considero de oro —dice un párroco que lo manda—, veinticinco colones producto de trabajitos del mercado y otra señora con dos colones que tampoco se identificó. Me encargaron que lo saludara. Pienso que esto es un símbolo del corazón de oro de los santanecos, manifestado en esta forma". Y así muchas comunidades parroquiales, como San Marcos, y otras escuelas, colegios; que de veras les agradezco su corazón de oro, cuando la necesidad los llama.

En este sentido, también los colegios católicos dedicaron tres días, esta semana, a reflexionar sobre la realidad de nuestro país. Ya sé que muchos han tergiversado esta actividad y dicen que están socializando a los niños y a las señoritas, que los están "comunizando". Nada de eso, hermanos. Es la voz del Evangelio que quiere iluminar la educación cristiana de esta juventud para que no viva de espaldas a los problemas, sino que los enfrente y sepa dar su juicio. Esto no es socializar. A una directora de colegio le preguntaron si estaba de acuerdo con el arzobispo

y su línea, y tuvo que firmar que sí. Yo le agradezco. En cambio otro pliego decía: "¿Usted, fomenta en su colegio la socialización?". Y ella dijo: "Esa palabra es muy ambigua, yo no la puedo firmar". Y así es. No podemos acusar a los colegios de socialización porque es muy ambigua la palabra, pero sí de una concientización de justicia social, de Evangelio, de caridad de hermanos. ¿Por qué no van a saber?

Y en este sentido, yo quiero felicitar a la Escuela María Catalina Dimaggio. Me envió un casete con el resultado de sus tres días de reflexión. Les diré aquí en público, y no me avergüenzo, me hicieron llorar cuando oí señoritas, niñas de nuestras barriadas, sentir el cariño y la gratitud para su pastor y para su Iglesia, que trata de levantar y despertar la dignidad de la persona humana en su trabajo de promoción. Porque hace esto la Iglesia: promover, decirle al hombre que se promueva, que se distinga; que si es cierto que está marginado, si es por fruto de su pereza, de su holgazanería, la Iglesia no le puede aprobar esa pobreza.

Que conste también esto: que cuando decimos "Iglesia de los pobres", no decimos Iglesia de los haraganes, no decimos Iglesia de los rateros, de los ladrones, de las prostitutas que se ganan la vida en el pecado. ¡Eso no! Pero sí decimos "la Iglesia de los pobres", de aquellos que deben de aprender que su pobreza, su rancho, su campo, no es un marco para sentirse distinto de los otros hombres; que a todos nos ha hecho el Señor imagen de Dios y tenemos que respetar y promover esa dignidad. Eso no es comunismo, eso no es subversión, eso es Evangelio de aquel que vino a dar su vida por todos los hombres, sin excepción ni acepción de personas.

Por eso también me alegra la actividad de los abogados que han seguido tramitando la amnistía de los prisioneros y tratando de dar el verdadero imperio a la ley. En palabras de ellos mismos: "En nuestro país es una ley, una legalidad que está bien prostituida y que los hombres de la ley, los defensores de esa justicia, manchada de tantas injusticias, tienen que ser los que la promueven". ¡Bendito sea Dios! Un abogado que no pertenece a este grupo me dijo: "Este es un signo de esperanza para el pueblo". Así lo siento de verdad.

Quiero agradecer también y pedir que todos agradezcamos la recuperación del ingeniero Gustavo Cartagena que, después de su misterioso secuestro, ya está salvo. Bendito sea Dios.

Y finalmente, darles el aviso que por las circunstancias de catedral, pues, quedan suprimidas allá todas las actividades litúrgicas de este día y, por tanto, también las confirmaciones; no habrá esta semana. Y a propósito de confirmaciones, quiero recordar que el 14 de mayo, fiesta de Pentecostés, los colegios católicos y los grupos juveniles están preparando una hermosa ceremonia de confirmación. En los colegios católicos serán los alumnos de segundo y tercero de bachillerato. Si no están confirmados en esa edad, tienen que confirmarse. Y los que no están en los colegios, pues, jóvenes que pueden tener ya sus 16 años, serán aceptados para esa confirmación juvenil.

Quiero pedirles su colaboración en este sentido: de que ayudemos a que la Iglesia realice este sentido verdadero de la confirmación, no insistiendo en que confirmen a sus niños chiquitos. No es la edad propia de la confirmación. La confirmación es sacramento de jóvenes, sacramento consciente del que se bautizó niñito y, ya grande, quiere tomar conciencia de sus compromisos y el don del Espíritu Santo, que viene a robustecer para su juventud una situación de fe que ya la traía desde su bautismo. Por eso, pues, repito, desde Pentecostés para allá, desde el 14 de mayo, no confirmaremos niños chiquitos; se exigirá una edad y también una preparación catequística.

Cristo resucitado se presenta hoy bajo la figura de un pastor

Ahora bien, hermanos, a nuestro modo, pues, aquí en El Salvador estamos viviendo las circunstancias de hoy. Así como cuando se escribieron las tres lecturas que se han hecho, refleja todavía hoy las circunstancias pecaminosas de aquel tiempo iluminadas por la luz de la fe. A estas circunstancias de 1978, aquí en El Salvador, responde la misma luz de hace veinte siglos, la luz del Buen Pastor.

Y esta es la figura central, este es el segundo punto de mi meditación esta mañana: el Buen Pastor. Nos lo presentan las lecturas de hoy sobre un fondo de circunstancias pecaminosas. Ya no hay necesidad de repetirlas; basta que vuelvan a leer ustedes, con esta explicación, las lecturas de hoy y analicen allí cuidadosamente cuántas denuncias a cuántos pecados hace Pedro en su primer sermón, en su primera carta, y hace San Juan en su

propio Evangelio que a pesar de ser tan místico, tan elevado, tiene, sin embargo, las denuncias más concretas a los hombres más concretos de la historia. Así se explica que los apóstoles tuvieran conflictos y murieran mártires, porque nadie tolera que le echen en cara su pecado, a no ser el humilde que busca lo que busca la Iglesia: la conversión. Y con este sentido de conversión, la figura de Cristo, el Buen Pastor, o la puerta por donde se entra legítimamente al rebaño, es toda una lección, toda una inspiración...[4]. "Yo soy el buen pastor". "Yo soy la puerta". Jn 10, 9.11

San Pedro en su primer sermón dice: Dios lo constituyó por Hch 2, 36 la resurrección Señor y Mesías. ¡Qué expresiones más ricas! Quiere decir que Cristo, que mientras vivió encarnado en esta humanidad como hombre de su tiempo, no se distinguía de los hombres que iban, por ejemplo, a la sinagoga como ustedes han venido hoy a misa. Si Cristo viviera hoy, aquí estuviera entre los hombres y no lo distinguiéramos. ¿Dónde está Cristo? Era un hombre como todos los hombres.

Pero cuando llegó su hora y Él dice: ha llegado la hora de mi Jn 12, 23 exaltación, ahora lo va distinguir el Señor; primero, humillándolo como no se ha humillado otro hombre. Y allí tenemos la segunda lectura, esa hermosa carta de San Pedro, que más parece una página de Isaías: silencioso, oveja llevada al matadero; nos enseñó con su actitud humilde cómo se debe de sufrir. 1 P 2, 24 Mesías, el Mesías, que encarna todas las profecías del Viejo Testamento, cargará sobre sus espaldas los pecados de todos nosotros. Y San Pedro dice que este Cristo es nuestro Salvador 1 P 2, 21 precisamente por su sufrimiento. Mesías, el Mesías que esperaban muchos con un aire de triunfalismo y que se desilusionaban cuando, como los discípulos de Emaús, iban para sus casas por- Lc 24, 21 que ya hace tres días que lo mataron y —ya ven— acabaron con Él. Nosotros esperábamos una liberación política. Por eso Cristo los comienza a reprender: "¡Oh insensatos y tardos de Lc 24, 25 corazón! ¿Qué no era necesario que Cristo padeciera todo eso y así entrara en su reino?". Esta es la condición de Cristo. Por eso, hermanos, les digo: la Iglesia no se puede confundir con otros movimientos liberadores, ni con el Bloque Popular Revolucionario, ni con Partido Comunista, ni con nada de esta tierra.

[4] Interrupción en la reproducción magnetofónica de la homilía.

Todo lo que en este sentido se diga es vil calumnia. La Iglesia es este Cristo que dice: era necesario padecer. No hay liberación sin cruz, no hay liberadores auténticos sin esperanza de otra vida. Hay que trabajar por una tierra más justa, sí, pero no esperando aquí un paraíso. El Mesías nos habla de una liberación comprada con sangre y dolor. Y cuánta esperanza da a los liberadores de hoy esta enseñanza de Cristo, del Buen Pastor que da su vida.

Jn 10, 11

Pero el otro aspecto, Mesías y Señor, *Kyrios,* emperador, rey, no con un triunfalismo ostentoso de vanidad, pero sí con la realeza divina que lo hace omnipotente, que lo hace presente en su Iglesia, que lo hace constructor de la historia, que lo hace piedra fundamental de todos los movimientos humanos, que lo hace brújula que orienta la historia entera hacia su verdadero destino: Señor de la historia, Señor de los tiempos, Señor de la eternidad. Él es la clave que abarca el antes, el hoy y el después. Cristo siempre, decía San Pablo. Cristo Señor, Cristo vive, Cristo ha resucitado y la muerte no lo dominará más. Pero es un Cristo que se presenta como buen pastor. ¡Qué cosa más hermosa pensar que este poderoso, este rey, este hombre que lleva las marcas de todo el sufrimiento convertidas ahora en estrellas gloriosas, es nuestro gran liberador, es nuestro gran pastor!

Yo les invito, hermanos, a que no nos vayamos de nuestra misa sin arrancar del corazón esas amarguras que muchas veces nos dejan los pesimismos porque se ha perdido la esperanza. Yo les invito a que esta mañana despertemos en nuestros corazones la magnanimidad, la alegría de quien todo lo espera. Yo les invito a todos y quién me diera poder e insistir en el corazón de los que gobiernan, de los que dirigen con su capital y su dinero los destinos de nuestra patria, lo mismo que los campesinos, los pobres, los obreros, los marginados; que unos y otros dijéramos: no hay redención si no nos viene de Cristo. Y humildes, unos y otros, cayéramos, en vez de odiarnos, amándonos y esperando de Cristo, el Buen Pastor, que conduzca este pueblo; solo Él lo puede conducir, no hay otro conductor de nuestro pueblo. Si surgen otros, prescindiendo de Cristo, Cristo mismo ya lanzó su condenación contra ellos: nadie puede entrar a dirigir el pueblo sino por la puerta que soy yo; y si alguien ha entrado por otro lugar que no es la puerta, ese es ladrón y bandido; y los que han entrado con ánimo no de pastores, sino de aprovechar la situación, vienen a robar, a matar, a maltratar. Hasta al pie de la

Jn 10, 1.9-10

letra se podría decir esto de muchas personas que no tienen nada de buen pastor y que no les interesa nada del bien común; que les interesa únicamente las ventajas, la situación, y quisieran mantener esa situación a fuerza bruta que no es racional.

He aquí entonces, pues, la figura del Buen Pastor, la que debe inspirar al padre de familia, a la madre de familia, al obispo, al gobernante, al rico, al pobre. La inspiración del cristiano: el Buen Pastor, Cristo, Mesías y Señor. Qué hermosa meditación podríamos continuar haciendo, pero lo que hemos dicho es suficiente para tener una idea del mensaje central de este domingo: Jesús, el Buen Pastor.

El mensaje se dirige al pueblo como una vocación, un llamamiento

El tercer pensamiento en este: somos hijos de estas circunstancias, vivimos, protagonizamos estas circunstancias de nuestra patria, pero gracias a Dios somos cristianos y creemos en un Buen Pastor. Entonces, ¿qué? Entonces, tu responsabilidad personal. Este Buen Pastor, como nos lo representan las tres lecturas de hoy, es un pastor que llama a colaboración. Miren la primera lectura: San Pedro dice que Dios, por Cristo, nos ha dado el perdón de los pecados y el don del Espíritu Santo. Y es porque esa promesa, que Dios hizo en Cristo, vale para ustedes y para todos sus hijos y para todos los que llame el Señor. Hch 2, 38

Es hermoso, en este día de las vocaciones, pensar que la primera vocación es esa que tienen ustedes de haber venido a misa porque son cristianos, de haberlos bautizado la ternura de una madre cristiana; cuando no nos dábamos cuenta, una mujer bendita de nuestro pueblo, mi madre, me llevó al bautisterio y desde aquel día soy cristiano; me llamó el Señor, me llamó por el corazón de mi madre. Así somos todos los que estamos aquí: bautizados; hemos sido llamados, llamados a recibir esas promesas de perdón, ese don del Espíritu Santo. Es para todos nosotros, el Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo, nuestro salvador.

Y en la segunda lectura, también el concepto vocacional cuando dice: obrar el bien y sufrir es "cosa hermosa ante Dios, pues para esto habéis sido llamados, ya que Cristo también padeció". Hermanos cristianos, el que piense que el cristianismo es una clave para no sufrir, está equivocado. Aquel que ya dejó 1 P 2, 20b-21

de rezar porque le pidió mucho al Señor que lo curara de su enfermedad o le diera una mejor suerte y dice: "Si Dios no me oye. Yo sigo en la miseria, pobre y desgraciado. Ya no rezo más". No ha comprendido la dignidad de su vocación. Nos ha llamado a sufrir, y aquel que no tuvo pecado es Cristo, es el que más ha sufrido. Y ya que estamos en una iglesia de la Virgen, pensemos que junto a Cristo, el inocente, la Virgen que no tenía mancha también padeció, junto a la cruz, las siete espadas en su corazón. Porque a esto nos llama el Señor: a sufrir. Pero a sufrir mientras se hace el bien. Miren qué contraste, qué política la de Dios. De modo que el premio por hacer el bien no va a ser estar bien yo. Dice claramente hoy San Pedro en su carta: obrar el bien y sufrir. ¡Qué cosa más hermosa ante Dios! "Pues para esto habéis sido llamados, ya que Cristo también padeció".

1 P 2, 20b-21

Por eso les digo, hermanos, una liberación que no quiere ser comprada a base de dolor, de sufrimiento, es una pura mentira. No existe un paraíso en esta tierra. La liberación completa será más allá de nuestra muerte, pero ya tiene que comenzar a realizarse en esta tierra. Y es necesario, pues, desinstalarse. Me da pena, hermanos, que, en estas horas que el pueblo ya no aguanta una situación, haya tanta gente indiferente porque prefieren, como los de Egipto, muchas veces, seguir comiendo las cebollas de Egipto; y protestaban contra Moisés porque en el desierto sufrían el camino de su liberación: ¿para qué nos has sacado de Egipto?; aunque éramos esclavos, estábamos mejor, comíamos carne, teníamos ollas. Así es la situación de muchos, prefieren estar bien, ¿hasta cuándo?, y no la liberación definitiva que supone un sufrimiento, un paso por un túnel oscuro como fue la pasión de Cristo. Y San Pedro nos anima: es una pasión breve. Breve es el sufrimiento, pero hay que aceptarlo con toda la alegría con que Cristo se abraza a su cruz y camina al Calvario y cae y, en vez de quedarse caído, se levanta tres veces, hasta que lo claven en una cruz, porque sabe que solo entonces se consuma la redención. Ya todo está cumplido, hasta el agotamiento. Yo les llamo, hermanos, a que como cristianos no le tengamos miedo al sufrimiento, sino que lo sintamos como una vocación genérica de todo cristiano.

Nm 11, 5

Ex 16, 3

Jn 19, 30

Y también en el Evangelio aparece el sentido de vocación: "Yo soy la puerta; quien entra por mí se salvará". "El que entra por la puerta es pastor de las ovejas". Aquí tenemos, pues, un

Jn 10, 2.9

llamamiento general. Todo el que quiera salvarse tiene que entrar por Cristo. Sin Cristo no hay salvación. Si nosotros que tenemos el honor de ser pastores no seríamos pastores si no nos hubieran llamado por la puerta. El verdadero obispo, el verdadero párroco, el Papa auténtico y único, es aquel que haya entrado por la puerta que es Cristo. El día en que yo no esté ya en comunión —Dios me libre— yo sería un cismático, ya sería un ladrón, un asesino, un bandido, como son los párrocos que usurpan iglesias, como es aquella iglesita también del Dulce Nombre de María, donde un grupo de ORDEN se ha posesionado de ella —para que vean que no solo el Bloque se posesiona, sino también los de ORDEN han quitado muchas ermitas, para que no las ocupen los otros, como si la Iglesia fuera un juego al capricho de los hombres—; el que no entra por la puerta, que es Cristo, es un ladrón; y solamente el que entra por Cristo y en su nombre predica y anuncia su palabra, ese es pastor. Este es el criterio: entrar por la puerta de Cristo; no entrar por las ventanas ni por las rendijas.

Entonces, hermanos, aquí viene el sentido de la vocación y termino leyéndoles el hermoso pensamiento de Pablo VI para este día, dice: "Cuando Jesús habla del «pastor» y del «aprisco», se presenta a sí mismo, pastor bueno, y presenta a la comunidad de creyentes, esto es, su Iglesia como aprisco abierto para acoger a toda la humanidad. Ahora bien, para comprender el sentido y el valor de la vocación, se requiere precisamente fijar la mente y el corazón en estas dos realidades: Cristo y la Iglesia. Aquí se encuentra la luz para acoger y el apoyo para perseverar en la vocación comprendida en toda su profundidad libremente escogida, fuertemente amada. Mirad a Cristo. Lo decimos en particular a vosotros, jóvenes, con paterno afecto y con gran confianza. Mirad a Jesús de Nazaret, Hijo del hombre e Hijo de Dios, Sumo Sacerdote del nuevo pueblo de Dios, Pastor eterno de su Iglesia, que ha ofrecido la vida por su rebaño tomando la forma de siervo hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz"[5]. Después explica el Papa un profundo sentido teológico: de Cristo, que es el único sacerdote y pastor de todos los hombres, deriva su sacerdocio y su preocupación pastoral a todos los

5 Pablo VI, Mensaje para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones (1 de febrero de 1978).

hombres que son llamados a ser sacerdotes y pastores. Por eso, la vocación de los seminaristas, de los obispos, de los sacerdotes, no se entiende sin tener en cuenta al Cristo, que es el único sacerdote, ni tampoco se entiende sin comprender la Iglesia como rebaño de Cristo, donde Cristo es el pastor y nosotros solo hacemos su presencia visible en medio del pueblo.

Por eso, hermanos, ustedes que me oyen y les agradezco tanto esa atención, es a Cristo a quien ustedes le dan esa atención. Por eso el Papa termina diciendo a los jóvenes que procuren conocer estas realidades: Cristo y la Iglesia; porque si no, no comprenderán el sentido de su vida. "Debemos decir también a vosotros pastores, sacerdotes, religiosas, misioneros, educadores, a vosotros teólogos, a vosotros padres de familia, a vosotros expertos de espiritualidad, de pedagogía, de psicología de las vocaciones: haced conocer estas realidades, enseñad estas verdades, hacedlas comprensibles, estimulantes, atrayentes, como sabía hacerlas Jesús, Maestro y Pastor"[6].

He aquí un domingo, hermanos, para que oremos mucho al Buen Pastor; que su presencia valiente y orientadora siga en el mundo en la voz de sus pastores y siga siendo acogida su vocación al cristianismo por hombres que fueron bautizados y que también han perdido, tal vez ya, mucho de la garra cristiana; que sepan que ser cristianos es llamado al sufrimiento, a la cruz, pero para salvar al mundo y no tenerle miedo a la hora del sufrimiento y abrazarse fuerte a esa cruz. Que los jóvenes y las jóvenes comprendan el alto designio de que Dios los llama para usar su rostro como presencia suya en el mundo; sus manos, para manos de Cristo que regala dones y dádivas de amor; sus pies, para caminar por todos los caminos de la historia llevando la redención y la salvación. Necesita Cristo de nosotros, y en este domingo del Buen Pastor, domingo de las vocaciones, gracias a Dios que tenemos una Iglesia donde abundan y van abundando más los jóvenes y las jóvenes ansiosos de seguir a nuestro Señor Jesucristo. Unidos a Cristo, pues, el Buen Pastor, vamos a hacer nuestra la oración que el Papa hace. Y la vamos a hacer hoy como oración de los fieles. Pero antes, proclamemos nuestra fe.

6 *Ibíd.*

La Iglesia, retorno de Cristo en el Espíritu

Quinto domingo de Pascua
23 de abril de 1978

Hechos 6, 1- 7
1 Pedro 2, 4-9
Juan 14, 1-12

Queridos hermanos:

Es el quinto domingo de Pascua. Como he estado insistiendo, los cincuenta días de Pascua, desde el Sábado Santo en la noche hasta la fiesta de Pentecostés, o sea, la venida del Espíritu Santo, que será el 14 de mayo, la Iglesia lo considera como un solo domingo, el gran domingo, la gran fiesta del Señor. Yo quisiera que no perdiéramos de vista esa figura triunfante de Cristo resucitado. Es este el centro del mensaje del Evangelio.

Por eso, cuando en el marco histórico que yo trazo para anunciar ese Cristo resucitado, la atención de muchos solo se queda fija en el marco y critican como si la predicación se hubiera vuelto política, subversiva, revoltosa y todos esos calificativos que ya se han leído en diversos modos de difusión, de difamación mejor dicho, contra la persona del obispo y la figura de la arquidiócesis, cuando se fijan solo en el marco, distorsionan la verdad del mensaje. Yo les llamo la atención a que nos fijemos en el centro de mi predicación. No quiere ser otro que un eco del año litúrgico. Por eso, voy como conduciendo con ustedes esta grey de la arquidiócesis, a lo largo del año litúrgico, guiados por la presencia de Cristo. Que eso es la liturgia, presencia del misterio salvador de Cristo en la historia del pueblo donde se

reflexiona ese misterio. Por eso, lo central es el misterio mismo que salva y, desde ese misterio salvador, iluminar la realidad que nos circunscribe, para que sea un misterio que salva en este momento, a nosotros que buscamos en nuestra esperanza cristiana, en la figura central del Divino Redentor, la fuerza para dar solución a los problemas tan graves de nuestra patria.

Pero si solo nos fijamos en el enmarque y solamente escuchamos la palabra medio de soslayo y no vemos de frente el mensaje divino que nos reclama, entonces surge, pues, que en vez de atender con fe, se está escuchando como los fariseos escuchaban a Cristo: a ver en qué lo cogemos, a ver dónde está esa acusación que queremos justificar; y que, gracias a Dios, apelando al público que me escucha, les puedo decir como Cristo a sus enemigos: en público he hablado, preguntad a quienes me han escuchado a ver si es verdad lo que ustedes tratan de esconder en tanta campaña calumniosa.

Lc 20, 20

Jn 18, 20-21

Hechos de la semana

Un hecho, por ejemplo, en esta semana para meditar la palabra de Dios hoy, es que hoy podemos reunirnos nuevamente en la catedral. El domingo pasado estaba ocupada por el Bloque Popular Revolucionario. Eso me dio ocasión para distinguir netamente que la Iglesia no es el Bloque. Los signos mismos hablan. Han regresado, pues, los que ocuparon la catedral, a sus casas. Muchos dicen que no eran todos campesinos. Yo pregunto: ¿quién en El Salvador no tiene cercanías campesinas? Todos somos campesinos. Pero bien, regresaron a sus casas.

Quiero felicitar al cuerpo diplomático y a la Cruz Roja que prestó servicios tan eficientes. Pero esto mismo nos lleva, como salvadoreños cristianos, a decir: ¿por qué nuestra gente tiene que acudir a la fuerza, a la voz internacional de la diplomacia, de la Cruz Roja, para resolver el simple hecho de volver a sus casas? Se ha creado en El Salvador un nuevo género de salvadoreños: desterrados en su propio país.

Quiero también aclarar que la ocupación de la catedral y de El Calvario no hay que medirla por la caridad con que hemos ayudado a otros campesinos en otros lugares, donde la caridad del buen samaritano los ha acogido y les ayuda. El tomarse una catedral, una iglesia, es también necesitar un signo que no es el

lenguaje normal para expresar una angustia. Entiéndanme bien porque alguien que escuchó, que leyó esto en mi articulo[1] de esta semana y en mi entrevista por radio, me dijo: "¿Entonces, usted está poniendo semáforo verde a las ocupaciones de los templos?". Le digo: ¡Mucho cuidado! Yo no he dicho eso. He dicho que se han tomado los templos sin la voluntad de la Iglesia, pero que la Iglesia comprende lo que quiere ser esa expresión. Y ahora puedo decir —cuando ha pasado el conflicto— que no se debe usar la Iglesia. Es un lenguaje tan grave la ocupación de un templo, que no debe de ser ya un recurso corriente. Que quienes quieran usar la Iglesia para esta clase de presiones tampoco son amigos de la Iglesia; lo que les interesa es su propio interés y les sale sobrando la Iglesia. Por eso también, hermanos, ni con unos ni con otros; la Iglesia es Iglesia. La Iglesia quiere ser siempre el lugar de la oración, el lugar también donde se proclama con libertad la palabra y el derecho de los hombres, pero desde una perspectiva de Evangelio. Por eso por favor, pues, que no se multipliquen ni se sigan repitiendo estos acontecimientos.

Lamentamos todavía muchas denuncias de capturas: cinco estudiantes de bachillerato, un campesino allá por Cojutepeque. Y sobre todo lamentamos, hermanos, que arrecia la ola de difamaciones. Hay interés en mantener un ambiente de desprestigio para la Iglesia. Pero yo invoco al buen criterio de quienes quieren escuchar la verdadera voz de la Iglesia y sepan distinguir entre un lenguaje que quiere provocar el desorden y una voz de justicia y Evangelio que señala las llagas de una sociedad. La Iglesia no hace lo primero. Querer confundir, una especie de azuzar —como se ha dicho—, levantar al pueblo, confundirla con una voz de justicia que reclama paz pero a base de justicia, y que no puede haber paz verdadera en el pueblo mientras no se pongan esas bases de justicia... Lo uno sí es subversión, lo otro es justicia evangélica. La Iglesia tiene la voz de esa justicia evangélica y no se la quiera confundir. No se quiera tener tan mala voluntad que todo lo que la Iglesia señala como necesidad de cambio, como necesidad de un orden más justo, se le confunda con una voz revolucionaria. Que quede bien claro esto también, hermanos; la voz de la Iglesia es clamando paz, pero como lo de-

1 *Cfr.* "La palabra del arzobispo. Que quede bien claro", *Orientación*, 23 de abril de 1978.

Is 32, 17 cía aquel santo pontífice, Pío XII, *opus iustitiae pax*, la paz solo tiene que ser fruto de la justicia y no una paz ficticia, una paz que no habla.

Vida de la Iglesia

Por eso, más que este enmarque histórico de nuestra patria, yo quiero que, como reunión de familia que tiene que ser nuestra misa de la catedral, nos fijemos, queridos hermanos, miembros vivos de la Iglesia: ¿qué está haciendo la Iglesia? Construyéndose a sí misma y cómo los buenos católicos tienen que edificar esa Iglesia. Los datos que ahora les doy son datos para darle gracias a Dios porque nuestra Iglesia, a pesar de la persecución y de la calumnia, de la mala interpretación, del mal ambiente que se le quiere hacer, sabe que su avance no depende de las circunstancias exteriores. La solidez de nuestra Iglesia está en afianzarse fielmente a su Cristo, en ser fiel al Evangelio, en desempeñar su misión, que Cristo le ha confiado.

Y por eso, una de las noticias más bellas, y agradezco la acogida que se le ha prestado, es la celebración de Pentecostés. La vigilia de Pentecostés, sábado 13 de mayo, a las 8:00 de la noche, tendremos aquí una concentración de jóvenes que ya se están preparando para recibir la confirmación en esa edad, que es la propia de este sacramento. Sacramento de jóvenes, sacramento de compromiso cristiano. Son bachilleres, mejor dicho, alumnos de bachillerato de los tres cursos, o jóvenes que, aunque no estén en colegios, ya han cumplido los 16 años, los que se están preparando con una buena catequesis, para comprender que la confirmación solo se recibe cuando se tiene el propósito de seguir fielmente a Cristo, aunque cueste la vida. Si no fuera por la confirmación, no tuviéramos mártires en la Iglesia. La confirmación es el sacramento de los mártires. Por eso quiero advertirles también que estamos dando el suficiente tiempo para que nuestros queridos párrocos catequicen en sus parroquias. Que a partir del próximo año litúrgico, o sea, de diciembre, no habrá más confirmaciones de niños chiquitos, que procuren comprender que la verdadera edad es la de la juventud.

Quiero también anunciar con alegría cómo la Iglesia se construye en el dolor. Las religiosas que trabajan en nuestros pueblos han tenido un día de profunda reflexión, tres días mejor

dicho. Y uno de sus propósitos concretos ha sido organizar una misión de pacificación, de reconciliación, de amor cristiano, en aquellas zonas que han sido asoladas por el conflicto reciente. Son campesinos de corazón noble en los cuales no quisiéramos que anidara el odio ni la división y que volvieran por los caminos del mandato de Cristo: amaos los unos a los otros. Jn 13, 34

También quiero anunciar con alegría el esfuerzo que está haciendo la Federación Arquidiocesana de Centros de Educación Católica. Colegios católicos, escuelas parroquiales, están aunando criterios y esfuerzos para ser lo que tiene que ser una escuela católica: un instrumento de la pastoral diocesana. Próximamente tendrán un día de reflexión para seguir profundizando en esta pastoral colegial, que muchas veces la han querido también confundir cuando dicen una palabra muy confusa: que los colegios católicos están socializando. Mentira. Es calumnia. El colegio católico lo que está haciendo es concientizando, haciendo ver que la verdadera educación tiene que ser un reflejo del Evangelio.

Y a propósito de esta misión educativa de la escuela y del colegio, hay que estar alerta con las transformaciones educativas cuando esas transformaciones, en vez de formar criterios autónomos, individuos artífices de su propio destino, protagonistas de la historia de su patria, solamente quiere seguir formando masa, instrumentalizando juventudes, profesiones, para mantener situaciones injustas. Una verdadera reforma educativa tiene que buscar, ante todo, esto que la Iglesia viene señalando hace tiempo: la formación de criterios auténticamente libres, cristianos para saber ser artífices, los hombres y las mujeres, del propio destino de su patria.

Por eso, queridos hermanos, tendría muchas otras noticias que darles, pero quiero entrar más bien en el tema central. Este es el tema central de la homilía. Las lecturas que se han hecho hoy pueden resumirse en este título: la Iglesia, retorno de Cristo en el Espíritu. Lo repito porque aquí está la síntesis de todo mi pensamiento de esta mañana: la Iglesia es el retorno de Cristo en el Espíritu.

La Pascua, el misterio pascual, estos días de reflexión de la Iglesia, nos llevan a empalmar la despedida de Cristo de su vida temporal con la presencia de Cristo en su vida mística y celestial. En otras palabras, el fin de la vida temporal de Cristo em-

palma con el principio de la historia de la Iglesia. La Iglesia... En el Evangelio de San Juan, en estos bellos capítulos de la despedida en la última cena, se nos presenta como la constitución de la
Jn 13, 1 Iglesia: un Cristo que se despide de "los suyos"; así los llama San Juan a los miembros de la Iglesia. ¡Qué honor podernos llamar en esta mañana "los de Jesucristo", y que Jesucristo, mirando a quienes hoy asisten a la misa, los llama: "los suyos", sus discípulos! Con ellos celebra la inauguración de la Iglesia que se va a prolongar en todos los seguidores de Cristo que ahora somos nosotros.

Este retorno de Cristo en el Espíritu quiere decir, con esa
Jn 14, 1 palabra con que Cristo comienza el Evangelio de hoy: tened fe en Dios, confiad. Un consuelo de ternura ante la tristeza de quienes durante tres años han compartido día y noche los problemas, las esperanzas, las angustias, de su Divino Maestro. Les
Jn 13, 36 dice que no se van a quedar solos, que a donde Él va ahora no pueden seguirlo, ya lo seguirán después. El paso de la muerte y de la ascensión a los cielos será también de los suyos, pero Él lo hace ahora como cabeza del cuerpo místico, pero que todos lo seguirán un día. Y que retornará. Este es el tema de la homilía: que no solamente volverá al final de la historia, sino que ya, después de resucitado, volverá a convivir en una forma invisible pero real, en su Iglesia; que esta mañana, abril de 1978, Cristo vive no solo en su cielo, está aquí, hermanos, ha vuelto a "los suyos" en el Espíritu. La Iglesia es el retomo de Cristo en el Espíritu.

Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, retorna en el Espíritu

¿Y quién es Cristo, en primer lugar, para poder anunciar que, aun después de morir, volverá a vivir con nosotros? Es hermoso el diálogo. Podíamos decir: esta es la primera idea para creer en este Cristo, lo que aparece en el diálogo del Evangelio de hoy, diálogo con los dos apóstoles, con Tomás y con Felipe. Cuando le preguntan —ellos todavía ignorantes del gran misterio porque no ha retornado Cristo en el Espíritu—, no son más que hombres que han escuchado misterios tan sublimes que no los
Jn 14, 5 pueden captar. Y uno le pregunta: ¿a dónde vas, Señor? Dinos, para seguir el camino. Y Jesús le responde una frase que sinte-

tiza todo el Evangelio y toda su vida: "Yo soy el camino, la verdad y la vida". Y al otro discípulo que le pregunta: "Muéstranos al Padre y nos basta" —era el ansia de todo el Viejo Testamento: conocer a Dios—, muéstranos a Dios, la respuesta de Cristo es toda una cristología, un tratado teológico de Cristo: "Felipe, tanto tiempo he estado con ustedes y ¿no me conocen? El que me ve a mí, ve al Padre. ¿Que no creen ustedes que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?". Jn 14, 6 Jn 14, 8 Jn 14, 9-10

Queridos hermanos, mientras no tengamos esta idea de un Cristo que es verdadero Dios y verdadero hombre, no hemos comprendido nuestra Iglesia ni el misterio salvador del Señor. Para esto se hizo hombre Dios, para que, por medio de la figura de ese hombre-Dios, nos adentráramos en el misterio de lo divino. "Yo soy el camino [...]. Nadie puede venir al Padre sino por mí". Y Dios no ha venido a salvar a los hombres sino por mí. El único medianero: Cristo Jesús. Dichoso el que lo ha conocido y cree en Él. Dichoso el que sabe, aun en estas horas oscuras de nuestra historia, que Cristo vive. Vive poderoso como Dios y vive comprensivo como hombre. Es hombre de nuestros caminos, es hombre de nuestra historia, es hombre, como le canta esa canción que está de moda[2]: el Dios que aparece como obrero, como aquel que pasea por el parque, como aquel que trabaja en las carreteras y remienda llantas en las gasolineras. Dios está encarnado en cada hombre y comprende a cada trabajador, a cada hombre que quiera amarlo y seguirlo. Por eso decía: todo lo que hagas con uno de ellos, conmigo lo haces. Es el camino para conocer al hombre, así como es el camino para conocer a Dios. Nadie puede llegar a Dios sino a través de este puente, de este camino que es nuestro Señor Jesucristo. Jn 14, 6 Mt 25, 40

Ese Cristo-Dios, al que el Padre exaltó en esta hora de Pascua, es el Cristo que viene en Pentecostés. La venida del Espíritu Santo —entendámoslo bien— es el retorno de Cristo en el Espíritu, es el Espíritu de Cristo que viene a su Iglesia. Espíritu de Cristo con toda su fuerza salvadora, con todo su amor, con toda su valentía para denunciar el pecado, con toda su fuerza para decirle al hombre por dónde está el único camino por donde se puede salvar y señalarle los caminos anchos por donde se pueden perder. Mt 7, 13

2 Se refiere al canto de entrada de la *Misa campesina nicaragüense* (Carlos Mejía Godoy).

Este Cristo viene y dice en la última parte del Evangelio de
Jn 14, 12 hoy: vosotros, que creéis en mi, haréis cosas mucho mayores que yo. ¿Qué quiere decir esto? Que toda la potencia salvífica que Él trajo de Dios, la va a confiar a este grupo que ya son la Iglesia naciente y que, a través de los siglos y de los pueblos, esta Iglesia hará cosas mayores que Cristo, en el sentido geográfico, numérico. Porque Él salvó al mundo con una redención objetiva, muriendo en la cruz y dejando —diríamos— la fuente de la redención; pero sus discípulos tienen que repartir, en canales, por todo el mundo, esa obra salvífica; y Él ya mira a su Iglesia extendida por todos los pueblos haciendo cosas mayores que las que Él hizo personalmente.

Cristo no tuvo ante su presencia física esta muchedumbre que yo tengo aquí en catedral, ni este auditorio de la radio en esta hora que yo sé que es muy numeroso. Es verdaderamente Cristo que está hablando por mí y me está diciendo: tú estás haciendo cosas mucho mayores que yo, no porque seas más que yo, sino porque lo que yo dije tú lo estás repitiendo a través del milagro de la radio; en la atención de esa muchedumbre tú estas repitiendo mi palabra, estás salvando al mundo, señalando el camino; y como yo, también recibes la ofensa, la calumnia, también a mí me apedrearon, también a mí me persiguieron, también en mi tiempo hubo gente que, aunque yo le señalé con milagros la potencia de Dios, no creyeron en mí, me sentenciaron, me crucificaron, porque les estorbaba mi doctrina; así tiene que estorbar la tuya también, pero estás haciendo cosas muy grandes porque es mi obra la que tú estás continuando.Y cada sacerdote, por más humilde que sea su parroquia, está haciendo cosas más grandes que Cristo, en el sentido del Evangelio de hoy. Lo mismo el catequista, el padre de familia, el predicador de la palabra, "los suyos", sus discípulos, están llevando al mundo la obra redentora del Señor.

Cristo retorna, pues, en el Espíritu. Es el Espíritu de Cristo el que nos congrega, es el Espíritu del Señor el que todos los domingos mira sus iglesias llenas para transmitirle su verdad y su vida. ¡Qué hermosa es la Iglesia, hermanos! El retorno de Cristo en el Espíritu, Cristo está aquí. Y cuando en la hostia consagrada lo adoremos sin verlo, no dudemos, es un retorno de Cristo en el Espíritu, es el Espíritu del Señor el que me ungió sacerdote para decir las mismas palabras suyas en la última cena:

"Esto es mi cuerpo", y levantar a la vista de todos y adorar, yo también, a Cristo que está presente entre nosotros. Cristo está presente en la confirmación de Pentecostés; cuando el obispo con sus sacerdotes impongan las manos, el Espíritu de Cristo viene a posesionarse de esos jóvenes que hoy se están preparando para recibir el Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo que retorna con un Cristo no visible pero sí real, valiente, verdadero. Cristo sigue hablando con voz e inflexiones distintas, según sean sus instrumentos, pero es el mismo Cristo el que habla, y al mismo Cristo al que se atiende, y al mismo Cristo al que se ofende y se desprecia cuando se calumnia y se desprecia a su Iglesia. Lc 22, 19

Presencia de Cristo en la Iglesia como construcción, pueblo y comunidad

Por eso, hermanos, un segundo pensamiento. Esta presencia de Cristo que retorna son estas tres figuras que encontramos en las lecturas de hoy. Yo les suplico que las reflexionen mucho. Se presenta hoy como una construcción, la Iglesia como una casa de Dios; la segunda figura es la Iglesia como pueblo de Dios, como una raza elegida; y la tercera figura es la Iglesia como una comunidad de diaconía, es decir, comunidad de servicio, que eso quiere decir diácono, el servidor.

En primer lugar, una Iglesia es *una construcción de piedras vivas.* La figura es bella. Dice la lectura de hoy que Cristo es la piedra fundamental y sobre esa piedra todos ustedes cristianos son piedras vivas; no son piedras muertas, materiales. Cada hombre con sus cualidades, con sus carismas, con su grado de santidad, es una piedra viva. Estamos construyendo un templo y, cuando un cristiano muere, esa piedra es colocada en el templo de la gloria. El esplendor de Dios ilumina ese santuario hecho con hombres de las canteras de la tierra, iluminadas con luz de espíritu, con sangre de bautismo, que es sangre de Cristo. ¡Qué bello destino el de la vida humana! Cada hombre es una piedra viva. 1 P 2, 4-5

¿Hemos pensado, hermanos, que aun cuando envejecemos y enfermamos y nos sentimos inútiles, pobres, marginados, somos piedras que el divino constructor está labrando para hacerse un templo que ya comienza a esplender en esta tierra? Pero

1 P 2, 7-8 para ustedes —dice San Pedro— esta piedra que es Cristo es piedra fundamental; en cambio, hay muchos que la desecharon como inútil, como inservible para sus intereses; prefirieron las tinieblas, lo material; para ellos Cristo será piedra de tropiezo, piedra de choque. ¡Qué terrible! Este Cristo que se está ofreciendo como base para construir la vida de los hombres, muchos hombres la desechan porque quieren poner otros fundamentos, otros ídolos, otros valores y Cristo no encaja bien en esa construcción.

Así se explica que la Iglesia, construcción de Dios, no cohesiona con la construcción materialista del mundo; así como no pega —los arquitectos lo saben bien— el cemento armado con el lodo, los materiales se distancian cuando no están hechos para conglutinarse. Todo hombre que no es Espíritu de Cristo es lodo, es barro, es bahareque, es construcción endeble. No puede subsistir sobre la roca inconmovible de aquel que construye en la sinceridad, en el amor, en la verdad, en la justicia, en todo aquello que es la sinceridad. No puede construir sobre base de Cristo y Cristo le estorba al que vive de la mentira, al que vive de la hipocresía, al que deja pagar su pluma para destilar veneno y odio y difamación. No puede estar con Cristo una construcción que es de odio y es endeble como el barro.

La otra bella figura de la Iglesia es *pueblo de Dios.* En la lectura segunda, la carta de San Pedro, encontramos el eco del Viejo Testamento hablando de Israel, que se han hecho cualidades del pueblo cristiano. Hermanos, yo quisiera que se grabaran profundamente en su vida estas cuatro frases, que son como los cuatro insignes honores del verdadero cristiano. San Pablo[3] nos dice hoy a los bautizados que por el bautismo somos: primero,
1 P 2, 9 raza elegida; segundo, sacerdocio real; tercero, nación consagrada; y cuarto, pueblo adquirido para narrar las maravillas del Señor. Este es nuestro deber, esta es la misión de la Iglesia como pueblo de Dios.

Raza elegida. Es hermoso si ustedes leen la carta primera de San Pedro, que hoy se ha leído solo en un trocito; allá al prin-
1 P 1, 1 cipio, la dedica a los cristianos que están "en la dispersión". Es una frase para decir: el cristiano, por su bautismo, constituye una

3 En lugar de San Pablo debe leerse: *San Pedro*.

raza elegida; cualquiera que sea el color de su piel, cualquiera que sea su categoría social, cualquiera que sea su color político, es una raza elegida. Es como los israelitas, cuando tenían que emigrar de su nación y vivir en la diáspora; donde quiera que vivían, recordaban el origen y el destino de su historia; así, todo cristiano, donde quiera que esté, debe sentir su raza elegida: por el bautismo, me he hecho raza de Dios; por el bautismo, soy consanguíneo de Cristo, voy llevando en mi sangre, en mis venas, en mi vida, esta dinastía de Dios. ¡Qué honor!

Sacerdocio real quiere decir que este pueblo de bautizados tiene verdaderas funciones sacerdotales. Cómo quisiera tener tiempo, hermanos, para describirles en qué consiste la función sacerdotal del pueblo. Desde el día en que un niño se bautiza, se incorpora a un pueblo puesto en el mundo para dar culto a Dios. Esto es lo sacerdotal, dar culto. Y San Pedro dice que somos sacerdotes para dar culto espiritual a Dios. La vida del bautizado, cualquiera que sea su profesión, es un culto a Dios. 1 P 2, 5

Misa no solo se celebra el domingo en catedral, misa es la del hombre que hace de su vida un culto al Señor. Nunca de sus labios una mentira, nunca en su conciencia un resentimiento, un odio; en su profesión, por más humilde que sea, a la gloria de Dios. Y así, está celebrando misa el hojalatero, el carpintero, el barrendero, la señora de mercado, el estudiante, el profesional. ¡Cuántas categorías de vida que están escuchando esta palabra! Yo les digo: hermanos, todos ustedes son sacerdotes que celebran su misa en su propia profesión, en su propia vida; no pierdan el sentido divino de su existencia.

Y cuando el dolor los pruebe, ustedes, queridos enfermitos que me escuchan —sé que me están escuchando allá en el querido hospital de la Divina Providencia, como en tantos otros hospitales y en tantos lechos de enfermo—, sé que ustedes queridos enfermos, como Juan XXIII, pueden decir... Cuando le dijeron a Juan XXIII que la enfermedad era grave y que tenía que acostarse, Juan XXIII dijo: también la cama es un altar, y yo ahora soy la víctima de ese altar. ¡Qué hermoso concepto! Así puede decir también el trabajador, la empleada que va a su oficio: también mi oficio es un altar, y en ese caso yo soy la víctima sagrada de ese altar; voy a trabajar con gusto, voy a cumplir mi deber. Díganme, hermanos, si esto es subversión. Digan si esto es revolver las cosas y no ponerlas en su puesto. Decirle a los

políticos: también ustedes pueden ser hostias sagradas para Dios si cumplen su trabajo político con verdadero sentido cristiano. Decirle también al que tiene dinero y haciendas: tú también puedes ser víctima sagrada a Dios; si eres bautizado, eres hostia de un altar, si le das un sentido social de justicia, de cristianismo, de hermandad a tus relaciones con todos tus hermanos. Esto es ser cristiano, ser bautizado, ser pueblo de Dios, raza elegida, sacerdocio real.

Nación consagrada. Una nación puesta en el mundo para ir proclamando las maravillas del Señor.

Pueblo adquirido por Dios. Nos ha comprado Cristo con su sangre. No nos pertenecemos a nosotros, Cristo es nuestro dueño, es nuestro rey, y Él tiene que gobernar sobre nosotros. Si alguno no quiere que Cristo reine sobre él, haría bien, como hacen —dicen— los cristianos allá en Alemania, donde les obligan a pagar un impuesto para ayudar a su propia religión; cuando ya no quieren pagar ese impuesto, van a decir: "Yo ya no soy cristiano, bórrenme del libro del bautismo"; sería preferible, no porque no nos cobraran un impuesto, sino porque no quiero aportar a esta hora en que el pueblo de Dios tiene que ser pueblo escogido, nación consagrada, valiente comunidad para proclamar las maravillas de Dios y denunciar las injusticias del pueblo que nos circunda. Sería preferible borrarse del libro de la parroquia y no llamarse cristiano, que ser bautizado e ir arrastrando la ignominia de los paganos y pecadores, bautizados pero paganos en el corazón.

A esto viene nuestra fiesta de Pentecostés, a revivir esta conciencia cristiana de nuestro pueblo, a decirle, como San Pedro en la lectura de hoy, que recordemos nuestra dignidad de raza elegida, de sacerdocio real, nación consagrada y pueblo adquirido.

Y finalmente, hermanos, este pensamiento del Cristo que retorna en el Espíritu "a los suyos", a nosotros, y hace de nosotros *una comunidad* de servicio, una comunidad de amor, una comunidad de jerarquía, una comunidad de oración. La comunidad, la comunión, es lo característico de la Iglesia. Por eso, el
GS 30 Concilio Vaticano II nos invita a educarnos saliendo de una educación individualista: "mi alma y Dios", y entrar, en cambio, en una espiritualidad de pueblo. Somos un pueblo, una comunidad, una comunión. En griego lo decían los primeros cristia-

nos: somos una *koinonía.* Bonita palabra que hoy se ha puesto de moda otra vez cuando en las comunidades de base, en las comunidades parroquiales se va descifrando qué significaba para aquellos antiguos la *koinonía,* comunidad, una vida de familia. Y en esa vida de familia hay sus características.

¿Por qué nació el orden de los diáconos? Nos lo ha contado hoy el libro de los Hechos. Había contiendas —ya comenzaban Hch 6, 1
las divisiones en la Iglesia— entre hebreos y griegos. Decían los unos a los otros: no nos cuidan bien a nuestras viudas, se descuidan de nuestra gente. Siempre comienza por algo egoísta o materialista la división en la Iglesia. Es el primer rasgo, la primera noticia de la historia de la Iglesia en que aparece una división entre los que forman la Iglesia. No nos extrañemos, hermanos: Iglesia de hombres con mañas de hombre, tendrá que haber divisiones de hombres. No nos debe escandalizar; más bien, fijémonos cómo se superó aquella crisis.

La jerarquía, Pedro y los apóstoles, llaman a la comunidad, la *koinonía* y les dicen: ha crecido mucho la comunidad, ya no- Hch 6, 2
sotros, apóstoles, no podemos atenderlos a todos, nosotros no podemos descuidar nuestro deber principal que es la oración y el servicio de la palabra; escojan, pues, entre ustedes, siete hombres llenos del Espíritu Santo. Y escogieron siete, entre ellos el proto- Hch 6, 5-6
mártir San Esteban, y les impusieron las manos. Miren, hermanos, qué bonito gesto de Iglesia: la jerarquía propone el modo, la comunidad participa eligiendo, y los elegidos reciben el poder de la jerarquía. Otra vez, la Iglesia, la jerarquía. No olvidemos nunca, porque el día en que demos a esta comunidad solo un sentido carismático, un sentido de amor y de comunión y nos olvidemos de la autoridad que es el Papa, los obispos, los sacerdotes, estamos destruyendo la vértebra de esta comunidad.

Es diaconía otra palabra que hay que aprender en nuestro tiempo, los que quieran estar al día con la ciencia de la Iglesia. La diaconía es una palabra griega que significa también servicio. Los diáconos y toda la jerarquía es diaconía. Los obispos no mandamos con un sentido despótico. No debe ser así. El obispo es el más humilde servidor de la comunidad, porque Cristo lo dijo a los apóstoles, los primeros obispos: el que quiera ser más Mc 9, 35
grande entre ustedes, hágase el más chiquito, sea el servidor de todos. Nuestro mandato es servicio; nuestra conducción, nuestra palabra es servicio. Fíjense bien en esto de San Pedro: la

Hch 6, 4 misión principal es oración y servir a la palabra. En este momento, hermanos, yo estoy sirviéndoles a ustedes. Mi predicación es un servicio a la palabra de Dios para transmitirla al pueblo. De allí, mi empeño en preparar, lo mejor que puedo con mis pobres alcances, esta homilía, todas mis intervenciones, mis escritos, para transmitir la palabra tratando de hacerla lo más nítida posible. Y por eso me duele, ¡cómo no me va a doler!, que al servidor de la palabra, que al humilde criado de la comunidad de la arquidiócesis, los señores que reciben este servicio, en vez de agradecérselo, lo vituperen, le digan como los señores insolentes a sus pobres cocineras: "Eso no sirve".

Hermanos, yo les agradezco a ustedes tantos bellos testimonios de solidaridad, que, ya les repetí una vez, que me dan ganas de orar como Cristo, sobre todo, entre la gente humilde:
Lc 10, 21 te doy gracias, Padre, porque este servicio a la palabra, que yo trato de hacer, me lo comprenden los humildes, los sencillos de corazón; cuando, en cambio, se torna diatriba, se torna ofensa y suscita, desata calumnias para todos aquellos que se creen autosuficientes, soberbios, encastillados en su propio modo de pensar y no quieren que nadie les llegue con la doctrina auténtica del verdadero Evangelio.

Y es finalmente, hermanos, y con esto termino, un servicio, una comunidad que la resuelve todo el amor. Ágape, el amor. "En
Jn 13, 35 esto conocerán que sois mis discípulos"; esta es la señal de esta comunidad: el amor. Yo los invito a todos, para terminar esta reflexión, que tratemos de revisar nuestro propio corazón. Si hay amor aun para aquellos que nos ofenden, eres cristiano. ¡Bendito sea Dios! Si estás guardando un rencor, una rencilla contra aquel que molesta tu situación, que tú mismo sabes que no es cristiana, eso mismo te está diciendo que no eres cristiano. Si tú pagas para escribir o para hablar por radio ofensas contra tu hermano, aunque sea el obispo, no eres cristiano. Tú, que te ganas la vida, que por necesidad de tu estómago vendes tu pluma, tu lengua, para hablar por radio, servil de intereses mezquinos, no eres cristiano; pero eres más comprensible, te comprendo, tienes hambre y tienes que vender aunque sea tu fama. Cuídense, hermanos, no nos vendamos a nadie. Hemos sido comprados por Cristo y el amor suyo es el que debe de imperar entre nosotros.

Celebremos nuestra eucaristía. Qué honor también, saber que ese bautismo, que nos ha hecho raza de Dios, nos invita a la

eucaristía cada domingo para alimentar nuestra vida divina. Nuestra vida divina, que es lo más hermoso que Cristo nos ha traído; porque Cristo resucitado no se ha ido, ha retornado en el Espíritu y su vida de resucitado, su vida inmortal, su vida que no muere ya, se quiere hacer nuestra vida. Nosotros podemos hacer nuestra esa presencia, esa vida de Cristo, entre nosotros por los sacramentos, por la fe. Por eso, proclamemos ahora, pues, con una convicción profunda de que Cristo está aquí entre nosotros, el credo de nuestra misa.

Cristo vive, Cristo ha resucitado

Sexto domingo de Pascua
30 de abril de 1978

Hechos 8, 5-8.14-17
1 Pedro 3, 15-18
Juan 14, 15-21

Hermanos:

El tiempo pascual va tocando ya a su fin, que coincide con una manifestación de las más trascendentales de Dios entre los hombres. Dentro de quince días, se habrán cumplido ya los cincuenta días de Pentecostés y estaremos celebrando la venida del Espíritu Santo que corona el tiempo pascual. Por eso, estos domingos, ya desde el domingo pasado, este y el siguiente, Jesucristo quiere hablar por medio de su Iglesia acerca de ese Espíritu que prolonga la presencia del Redentor entre los hombres. Son domingos estos, pues, de mucha importancia para nuestra instrucción cristiana y, sobre todo, para vivir con esperanza, con fortaleza y alegría, nuestra vida cristiana en la tierra.

Por eso, tenemos que tener en la tierra bien clavados los pies; porque esta vida que Cristo trae a los hombres no es para arrancarlos de la historia, sino para poner en el corazón del hombre, que hace la historia, la fortaleza cristiana con que todo hombre tiene que ser un constructor de su propia historia. Un cristiano que no viva la fuerza del Evangelio entre las realidades de la tierra es lo que llamamos un cristiano desencarnado, desubicado; mejor sería un ángel que un hombre. El hombre, entre los cuales Cristo ha venido a poner su doctrina, su fe, su Iglesia, es el hombre concreto, nosotros, que estamos en esta misa o a través de la radio, estamos reflexionando en la palabra de Dios *hoy*,

en este último día de abril de 1978, *aquí*, en San Salvador o en los pueblos o cantones donde se está meditando esta palabra hoy.

Hechos de la semana

Por eso, no podemos olvidar que en nuestro ambiente se está preparando un primero de mayo, un Día del Trabajo, entre esperanzas y temores, entre logros y frustraciones. Por ejemplo, ¿quién no piensa en este día del trabajador en diecisiete obreros del ingenio de la Central Izalco, presos desde el 30 de enero por participar en una huelga que busca un contrato colectivo? ¿Quién no ve en el día del trabajador un fracaso en treinta y cinco obreros segregados de sus compañeros de trabajo en la fábrica INCA, mientras a los demás se les halaga con ventajas y privilegios para quitarles la idea de entrar en un sindicato?

La misma lucha contra el derecho de organización se manifiesta en varias fábricas, donde se está negando al obrero ese derecho humano de organizarse para defender sus propios derechos. Naturalmente que no se trata de una defensa parcial contra la parte patronal, sino que se busca un entendimiento de las dos fuerzas que hacen el progreso. Porque obreros y capital, parte laboral y parte patronal, tienen que conjugarse en el verdadero progreso.

Por otra parte, hermanos, no podemos olvidar que un grupo de abogados lucha por una amnistía y publica sus razones que le han movido a pedir esta gracia a tantos que perecen en las cárceles. Estos abogados denuncian también anomalías en el procedimiento en la Cámara Primera de lo Penal, donde el juez no permite a los abogados a entrar con sus defendidos, mientras se permite a la Guardia Nacional una presencia que atemoriza al reo, que muchas veces lleva las marcas evidentes de la tortura. Un juez que no denuncia las señales de la tortura, sino que sigue dejándose influir por ellas en el ánimo de su reo, no es juez justo.

Yo pienso, hermanos, ante estas injusticias que se ven por aquí y por allá, hasta en la Primera Cámara y en muchos juzgados de pueblos; ya no digamos, jueces que se venden. ¿Qué hace la Corte Suprema de Justicia? ¿Dónde está el papel trascendental, en una democracia, de este poder que debía de estar por encima de todos los poderes y reclamar la justicia a todo aquel que la atropella? Yo creo que gran parte del malestar de nuestra

patria tiene allí su clave principal: en el presidente y en todos los colaboradores de la Corte Suprema de Justicia, que con más entereza debía de exigir a las Cámaras, a los juzgados, a los jueces, a todos los administradores de esa palabra sacrosanta, la justicia, que de verdad sean agentes de justicia. Yo quiero felicitar a los abogados, cristianos o no cristianos, pero con gran sentido de justicia están poniendo el dedo en la llaga. Ojalá todos nuestros abogados sean de verdad una esperanza de la justicia, tan maltratada en nuestro ambiente.

Tenemos que lamentar, en esta semana también, la muerte de dos policías. Son hermanos nuestros. Ante el atropello y la violencia, jamás he parcializado mi voz. Me he puesto, con compasión de Cristo, al lado del muerto, de la víctima, del que sufre; y he pedido que oremos por ellos y nos unimos en solidaridad de dolor con sus familias. He dicho que dos policías que mueren son dos víctimas más de la injusticia de nuestro sistema que, denunciaba el domingo pasado, entres sus crímenes más grandes: lograr confrontar a nuestros pobres. Policías y obreros o campesinos pertenecen todos a la clase pobre. La maldad del sistema es lograr el enfrentamiento de pobre contra pobre. Dos policías muertos son dos pobres que han sido víctimas de otros, tal vez pobres también, y que, en todo caso, son víctimas de ese dios Moloc, insaciable de poder, de dinero, que con tal de mantener sus situaciones, no le importa la vida ni del campesino, ni del policía, ni del guardia, sino que lucha por la defensa de un sistema lleno de pecado. Lv 20, 1-5

Tal vez una perspectiva de esperanza podía ser la solemne inauguración, ayer, de la tercera fase del seminario de reforma educativa. Yo quiero felicitar la presencia de los centros católicos en ese cónclave donde hay que defender una esperanza de nuestro pueblo. Porque si una reforma educativa solamente es el solemne aparato para seguir —en la escuela, en el colegio, en la juventud, en los maestros— creando un instrumento de dominación, de alienación y no un proceso educativo en que se formen artífices de la historia de la patria, sería una de las frustraciones más espantosas, que en educación tanto hemos lamentado. Tengo el juicio de expertos en educación que dicen que ojalá principios muy valederos de la reforma de 1968 no se echen a perder, sino que se perfeccionen y se lleven a realidad. Por ejemplo, un proceso educativo en que los principales actores son el alumno y

la realidad nacional. Que se capacite a los niños y a los jóvenes a analizar la realidad de su país; que los prepare para ser agentes de transformaciones, en vez de alienarlos con un amontonamiento de textos y de técnicas que lo hacen desconocer la realidad. Así, hay muchos técnicos, muchos sabios, muchos profesionales que saben su ciencia, su profesión, pero que son como ángeles, desencarnados de la realidad en que actúan su profesión. Lo primero que debe de buscar una educación, pues, encarnar al hombre en la realidad, saberla analizar, ser críticos de su realidad. Una educación que sea educación para una participación política, democrática, consciente. Esto, ¡cuánto bien haría! Porque se están perdiendo tantos valores salvadoreños porque la educación no los ha hecho responsables de esa participación en el bien común.

También me dicen estos expertos que han estudiado la reforma del 68, que hay allá también un sentido de autonomía nacional que valdría la pena seguirlo cultivando. Descubrir en su propia realidad las fuerzas del crecimiento, del desarrollo, de la identidad nacional, así como también los malos efectos de la dependencia de otras naciones. Estamos celebrando con grandes participaciones de escolares y de colegiales el 15 de septiembre, pero ¿qué les estamos enseñando? Fiesta de la independencia, pero dependientes tremendamente. Como decía el Papa en la
PP 41 *Populorum progressio*: un imperialismo cultural, económico, mucho peor que el político. Enseñar al alumno, pues, este sentido de autonomía nacional, hacer de ellos agentes de verdadera independencia, críticos de esa dependencia, de esa esclavitud internacional.

Luego, otro principio de reforma ya anunciado el 68, es el cultivo de la ciencia y de la técnica en servicio del bien común y no solo en beneficio de unos privilegiados. Una gran energía de la técnica se va en el servicio de unos pocos y no del bien común. Y muchas veces nuestros técnicos, que han costado tanto al país, en vez de dedicarse al bien común de la patria, van buscando sus ganancias personales y familiares, y se van del país. Fuga de cerebros, fuga de capacidades que empobrecen más nuestro pobre ambiente, que necesita esos técnicos para que le den salida a tantos problemas de que estamos adoleciendo.

El fruto de una verdadera reforma educativa debía ser: maestros, escuelas, colegios que sean verdaderos analizadores críticos de la realidad nacional y sepan transmitir criterios sanos,

eficaces, a las nuevas generaciones. Quiera el Señor, pues, bendecir este esfuerzo del Ministerio de Educación y no dejarse manipular y enceguecer, sino que, al contrario, sea respuesta a una angustia y a una esperanza de estos grandes problemas de nuestro pueblo.

Ahí tienen, hermanos, de parte de la Iglesia señalando algunos respiraderos. Y lo digo así porque, hace unos domingos, un joven que escuchaba la homilía, y me decía: "¿Y qué podemos hacer, pues?". ¡Qué pregunta más interesante! La que oían los apóstoles cuando predicaban: ¿qué podemos hacer? Y le dije: la Iglesia no te puede dar una técnica, la Iglesia no posee un sistema; la Iglesia inspira cristianismo a los sistemas, a los hombres, para que ustedes, que viven en el mundo, agudicen su inventiva, busquen soluciones. Y si ya tenemos estructuras como las que acabo de señalar, una Corte Suprema de Justicia, un Ministerio de Educación, ya son dos estructuras que, si de veras se pusieran al servicio del pueblo y con sincero deseo de salir de este torbellino de violencia, yo creo, hermanos, que mucho se haría, por lo menos, pequeños pasos pero definitivos en la salida de este atolladero de la patria. Hch 2, 37

La Iglesia no es la responsable de esos campos, solo que, como predicadora del Evangelio y de la moral de Cristo, señala los pecados donde quiera que se encuentren y llama a la conversión. Porque el día en que cada hombre y cada mujer que está trabajando o viviendo en las estructuras que ya tenemos transforme su corazón en un corazón de cristiano, de veras que lo pondrá y será un agente muy eficaz en la construcción de una patria mejor. Por eso, la Iglesia lo que hace es recurrir a sus fuerzas específicas.

Vida de la Iglesia

Y aquí viene una serie de noticias y de avisos para que todos colaboremos para hacer nuestra Iglesia. Aquí, sí, ya nos ponemos en un ambiente de hogar, de familia, para que compartamos juntos estas esperanzas íntimas, intraeclesiales.

Mañana comienza el mes de la Virgen, mes de mayo. Si es cierto que no vamos a fomentar el sentimentalismo, una devoción falsa a la Virgen, yo sí quiero decirles, hermanos, que María es inspiración para todos los tiempos. Y el mes de mayo debía significar para todos, diría, no solo los católicos, sino también

para todos los salvadoreños que andan buscando una esperanza fuerte en esta hora, miren a María, alma de oración, alma comprometida con su pueblo pero, sobre todo, comprometida con
Lc 1, 38 su Dios: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra". Una invitación, pues, para hacer del mes de mayo un mes de oración, un mes de reflexión, un mes de inspiración en la Virgen María, y verán cuánto bien nos hace esto. La piedad popular —dice el papa Pablo VI— será para muchos hombres el único encuentro con Cristo y con Dios. Y, ciertamente, María es un camino seguro para encontrarse con Dios.

Mañana, primero, como todos los primeros de mes y, sobre todo, mañana, Día del Trabajo y del día del inicio de mayo, día de San José Obrero, yo quiero invitarles a un acto que yo tengo mucho gusto de celebrar todos los primeros de mes. Allá en la bonita capilla expiatoria del Hospital de la Divina Providencia, a las 5:00 de la tarde, celebramos una Hora Santa. Les invito para que hagamos este principio de mayo y en esa Hora Santa una súplica a la Divina Providencia para que tenga misericordia de este país.

En este marco de piedad popular, un recuerdo y un aviso. El miércoles de esta semana, 3 de mayo, nuestro pueblo celebra la fiesta de la santa cruz. Es una fiesta típica. Quien quiera saber una de las expresiones, de las interpretaciones más bonitas, lea la famosa poesía de Alfredo Espino[1] al 3 de mayo y verá, en el costumbrismo de nuestra tierra, esas flores de mayo, de las primeras lluvias de nuestro invierno, y esas frutas que adornan las cruces de nuestros patios; ¡qué invitación más bella para ver en la cruz de Cristo aquello que saluda la liturgia: *ave crux, spes unica*[2], salve cruz, única esperanza! Sintámosla así, hermanos, más que una fiesta folclórica, adornemos la cruz poniendo flores y frutas con una gran esperanza en el corazón.

Quiero anunciarles también que el próximo domingo, 7 de mayo, un domingo antes de Pentecostés, la Iglesia nos invita a celebrar el Día Mundial de las Comunicaciones Sociales. Comunicaciones sociales se llaman todos esos instrumentos que son la radio, la prensa, la televisión, el cine, que son maravillosos medios

1 Se refiere al soneto *La cruz de mayo. Cfr.* A. Espino, *Jícaras tristes*, San Salvador, 2001[13], p. 63.

2 *Liturgia de las horas. Himnario latino*, Himno de Vísperas, en la fiesta de la Exaltación de la santa cuz.

de comunicar los pensamientos; y si no se usan para el bien, pues, son grandes instrumentos que se manipulan para crear una opinión común falsa. En esto hemos lamentado muchas veces la falsía de nuestros medios de comunicación social. Y un llamamiento, en ese día, para que sepamos ser críticos en el uso del periódico, del cine, de la televisión, de la radio. Oigamos con crítica, busquemos la verdad. No todo lo que nos dicen es verdad. Sepamos colar tantas mentiras y sepamos sacar el poquito de verdad.

También es para que agradezcamos al Señor nuestros medios propios de comunicación. Gracias a Dios tenemos un periodiquito, *Orientación*, que cada día encuentra más ambiente; tenemos una radio a través de la cual llevamos el pensamiento de la Iglesia. No se olviden, hermanos, que es una radio manejada por hombres y que entre los hombres hay muchas imperfecciones. Sepamos distinguir también entre programas y programas. Cuando el arzobispo habla, como en este momento, es una voz oficial de la Iglesia; pero yo no soy responsable de muchos otros programas, yo no soy responsable de las canciones rancheras y de todos esos programas que allí se elaboran con un sentido de querer ser fiel, sí, al pensamiento de la Iglesia y no traicionar ese pensamiento. Y esto ténganlo por cierto, que todos los colaboradores de los medios de comunicación social de la Iglesia quieren tener una sintonía con el pensamiento de la Iglesia actual. Y por eso, antes de condenar nuestros medios eclesiásticos, sepan discernirlos y sepan más bien preguntarse si no será que el gusto de los que usan estos medios católicos esta un poco estragado, manipulado, y solo quisiera un servicio en el mismo orden de mantener una situación pecaminosa; y por eso, duele muchas veces al oído un reclamo contra la injusticia, contra el desorden.

En este mismo orden de la Iglesia, se acerca el día de Pentecostés. Y estamos preparando la confirmación de jóvenes que ya se anuncia como un éxito de la pastoral del sacramento de la confirmación. Ese mismo día de Pentecostés, celebra nuestra patria el Día del Seminario. Les voy a pedir para entonces mucha oración. El mismo acto juvenil de la confirmación será un mensaje de vocaciones, de seminario. Y no se olviden también que es necesario, tanto para los medios de comunicación social como para el sostenimiento de nuestro seminario, la ayuda material, económica del pueblo de Dios.

Quiero anunciar, también ya, que el próximo 3 de mayo va a comenzar, en la parroquia de Miramonte, el novenario para concluir con el aniversario de la muerte del padre Alfonso Navarro, 11 de mayo, que lo celebraremos con todos los queridos sacerdotes y con todas las comunidades de la arquidiócesis.

Quiero agradecer y saludar a la comunidad de San Marcos, donde el padre Mario Sanconatto y su feligresía celebraron al patrón San Marcos y me llenaron el corazón de alegría al ver una comunidad viva y palpitante.

También, hermanos, quiero recomendarles, el lunes a la 1:00 de la tarde, en nuestra emisora católica, el comentario que el padre Luis Burguet hace de esta homilía y a la cual él, con un criterio muy sano, muy científico, sabe aportar otros valores que a mí, naturalmente, se me pueden escapar.

Finalmente, quiero unirme en oración con las familias dolientes de la niña Mirtala Rivas Laguardia y don Hipólito Morales, y también pedir una oración por María Isabel Campos y por todas las necesidades de las familias y personas que tienen la bondad de estar, en esta hora, en comunión con la Iglesia del arzobispado.

Por eso, hermanos, ahora yo quiero hacer, de las lecturas que se acaban de escuchar, un mensaje al trabajador. Quiero anticipar, en mi homilía de hoy, una palabra iluminada por la palabra de Dios al mundo del trabajo. Y cuando digo trabajador, mundo del trabajo, estoy pensando no solo en los obreros, no solo en los campesinos, pienso también en las partes patronales, pienso también en el capital, en el gobierno, en los hombres de la política, en el comercio, en los que han sido víctimas de incendios, en todos los que luchan y trabajan. Todo es trabajo. También al contemplativo que en su monasterio reza, se mortifica, ayuna y se hace santo, víctima por el mundo. Todos trabajamos. Solamente deja de trabajar el vicioso, el haragán, el que no es constructor de la historia. Esos son los verdaderos marginados.

Pero todo mundo que se preocupa poniendo al servicio del bien común trabajo, capital, política, esfuerzos, somos trabajadores todos. No nos dividamos. Tratemos de buscar bajo ese título el trabajo, nuestra propia vocación. Vivir el encanto de mi vocación sacerdotal. Vivir, tú, el encanto de tu profesión de abogado, de médico, de ingeniero. Tú, obrero, sentir todo el orgullo de tu serrucho, de tu cuchara de albañil. Sentir, tú, campesino,

también el orgullo de tu machete, de tu arado, de tus bueyes. Y tú, señora del mercado, también la alegría de ganarte la vida bajo la inclemencia de sol. Allí, luchando, cada uno es un trabajador. Qué hermoso sería ver que el hombre es imagen de Dios, del Dios, que como dijo Cristo: "Mi Padre trabaja". Jn 5, 17

Dios construyó el mundo y no lo ha dejado perfecto porque lo confió a sus imágenes. Intencionalmente dejó sin concluir el mundo para que los hombres lo perfeccionen. Cuando hoy los hombres, en la técnica moderna, encuentran el secreto del átomo, la energía del sol, los secretos de la tierra y del mar, no están creando nada nuevo; la creación ya la hizo el gran trabajador, Dios, pero ha dejado a sus hijos, sus imágenes, que vayan encontrando en el átomo, en la tierra, en el mar, en los espacios, en los viajes interplanetarios... Con su trabajo humano, el trabajador hombre imita al trabajador Dios y está perfeccionando la creación y está transformando el mundo.

Cristo, por eso, es la revelación de Dios trabajador y la revelación del hombre trabajador. Fijémonos en Cristo, porque así como dice la primera lectura de hoy: "Felipe bajó a una ciudad de Samaria y les predicaba a Cristo", esto es lo que ha venido predicando la Iglesia, porque en Cristo está la gran revelación de Dios y del hombre. Precisamente, en ese encuentro que los hombres, por no interpretarlo bien, han hecho la lucha de clases, las diferencias sociales; pero que si lo interpretáramos como Cristo, que empalma el trabajo infinito de Dios y el trabajo infinito del hombre, haríamos la sociedad de la paz, de la justicia, del progreso. Predicar a Cristo en primer lugar, y este es el pensamiento central de mi homilía: Cristo vive, Cristo ha resucitado. Hch 8, 5

Cristo vive y es Dios

Cristo vive y es Dios. Nos ha dicho la segunda lectura, la carta de San Pedro: "Murió en la carne, pero volvió a la vida por el Espíritu". "Murió en la carne". Toda carne muere; toda carne envejece. La carne es la que crea las diferencias entre los hombres, entre viejos y jóvenes, entre ricos y pobres; la carne. Pero esta carne muere. Todas las cosas materiales mueren. Tienen su valor temporal, relativo. "Pero resucitó en el Espíritu". Esta es la vida que vale la cuenta tener. Tener a la vista para saber trabajar no 1 P 3, 18

por una carne que perece, no por unos bienes que se quedan con la muerte, sino teniendo a la vista al gran trabajador que murió como todos los trabajadores, pero que vive ahora en el Espíritu.

Jn 14, 16 El Espíritu vive en vosotros —les dice Cristo a los apóstoles— y está con vosotros. Si Cristo sigue viviendo hoy, hermanos, es gracias a ese Espíritu que Él nos dio. Pero ese Cristo,

Mc 6, 2-3 hombre trabajador... ¿Se acuerdan cuando lo confundían con los carpinteros de Nazaret? ¿Cómo está predicando éste si conocemos que es el hijo del carpintero? Esta es la mirada despectiva de los hombres, cuando miran en el obrero nada más que al hijo de otro obrero. Pero cuando la fe descubre que ese obrerito de Nazaret lleva encarnada la vida de Dios, entonces, hermanos,

GS 22 comprendemos esa hermosa página del Concilio Vaticano II: en el obrero Cristo Jesús, está encarnado Dios, y en Él todos los miembros humanos se han elevado a una dignidad altísima, divina. De tal manera, que todo hombre puede decir al mirar sus manos: hubo unas manos que fueron manos de Dios, y mis manos de obrero pueden ser también manos de Dios si me identifico con ese Cristo, que es Dios obrero encarcarnado en un... Dios que se encarna en un obrero.

Todas las profesiones —y vuelvo a recordar aquí que el Día del Trabajo es el día de todos los hombres— sintiéramos que aquello en que nos ocupamos para servir a nuestros prójimos y para ganarnos la vida, son los medios humanos que, como Cristo, los podemos poner al servicio de Dios; culto de Dios, como decíamos el domingo pasado cuando hablábamos del sentido sacerdotal del hombre bautizado. Mis miembros humanos, bautizados, se han hecho miembros de Cristo y, como miembros de Cristo, tienen una perspectiva divina; y el sudor del obrero, la preocupación del profesional, el trabajo sincero del político que busca el bien común se identifican con el pensamiento, con la mano, con el sudor, con los pasos de Cristo, Dios hecho hombre.

Por eso, hermanos, yo quisiera que releyéramos en la segunda lectura todo lo que significa esta inspiración de Cristo para

1 P 3, 15-16 nosotros. "¡Glorificad —dice San Pedro hoy a todos los obreros y a todos los hombres—, glorificad en vuestros corazones a Cristo Señor y estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere; pero con mansedumbre y respeto y en buena conciencia, para que en aquello mismo en que sois calumniados queden confundidos los que denigran

vuestra buena conducta en Cristo; que mejor es padecer haciendo el bien, si tal es la voluntad de Dios, que padecer haciendo el mal".

Hay dos mundos, hermanos, que lo componemos los hombres. El mundo sincero de quienes tratamos de seguir a Cristo e inspirar en Él nuestra acción y el mundo que vive de espaldas a Cristo; aquel que, en el Evangelio de hoy, dice Cristo: no ha conocido al Espíritu y por eso no os conocen tampoco a vosotros. El mundo de los que sufren por hacer el bien y el mundo de los que sufren por hacer el mal. El mundo de los que son torturados e injustamente calumniados y perseguidos, y el mundo de los que persiguen, tal vez pensando hacer un bien, atormentando y acribillando a los demás. Pero vale la pena —dice Cristo— poner la esperanza en el corazón y dar razón de esa esperanza. Jn 14, 17 1 P 3, 15

Yo creo que nuestra Iglesia en San Salvador está dando razón de su esperanza, porque no pone su esperanza en el poder ni el dinero, sino que la pone en la fuente de su esperanza que es Cristo crucificado. Es la esperanza su fidelidad al Evangelio. Su esperanza está en ser fiel a Dios. Por eso, les digo a mis queridos sacerdotes, a las comunidades religiosas, a los colegios católicos, a las parroquias, a las comunidades de base: no se dejen seducir ni por los halagos del poder y del dinero ni por el seguimiento de falsas ideologías, que tampoco allí está la esperanza verdadera. La esperanza verdadera no está en una revolución de violencia y de sangre; ni la esperanza está en el dinero y en el poder. Ni en izquierda ni en derecha. La esperanza, de la cual tenemos que dar razón y por la cual hablamos con valor, es porque está en Cristo, que aun después de la muerte, aunque sea muerte de asesinato, Él es el que reina y todos los que con Él hayan predicado su justicia, su amor, su esperanza, su paz.

Esto es, hermanos, el Cristo trabajador, el Cristo que, en miembros de un obrero, encama la dignidad infinita de un Dios. Dichosos, trabajadores, en el Día del Trabajo, si hacen consistir el reclamo, las reivindicaciones sociales que ustedes tienen derecho, no apoyándose en ideologías de la tierra, no dejándose seducir solamente por el poder de la fuerza bruta, no confrontando con otra fuerza bruta, sino con la razón, con la fe, con la esperanza, con el derecho que se apoya en el Dios, fuente de todo derecho.

¿Cuál es el dinamismo de Cristo?

Por eso, mi segundo pensamiento es este: ¿cuál es el dinamismo de Cristo? Si Cristo es el modelo y la fuente de todo trabajador, ¿dónde está su dinamismo?

Precisamente, este domingo nos prepara para recibir al Espíritu Santo dentro de quince días, y allí oímos que Cristo
Jn 14, 16-17a dice: pediré al Padre que os envíe el Espíritu; y lo llama "otro Consolador", lo llama "Espíritu de la verdad", lo llama también "consumación de la unidad". Hermanos, este lenguaje que parece como ininteligible en el Evangelio de hoy, sin embargo, es el
Jn 14, 18-20 mensaje cumbre de este domingo, cuando Cristo dice: "No os dejaré desamparados, volveré. Dentro de poco, el mundo no me verá, pero vosotros me veréis y viviréis, porque yo sigo viviendo. Entonces sabréis que yo estoy con mi Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros". Voy a repetirles esta frase que parece un enigma y, sin embargo, es la revelación más sublime de nuestro cristianismo: "Yo, Cristo, estoy con mi Padre, vosotros conmigo y
Jn 14, 21 yo con vosotros". ¡Miren qué cadena más bella! "El que acepta mis mandamientos y los guarda, ese me ama; al que me ama, lo amará mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré a él".

¿Qué quiere decir esto, hermanos? Es la revelación más sublime. Tu vida, trabajador; tu vida, pobrecito que vives en una casa de cartón o rico que vives en un palacio; tu vida no tiene sentido si no es entrando en esta corriente, identificándose con Cristo; porque unido con Cristo, tú estás con Dios y Dios está contigo. Esta es la dinámica de Cristo; ésta es la energía divina del Espíritu.

Por eso, la Iglesia después de veinte siglos con tantas persecuciones, con verdadera furia de acabar con ella, que tiempos hubiera acabado. En El Salvador, ya estuviera terminada. Pero la fuerza, el dinamismo de esta Iglesia no está en los hombres que podemos ser muy frágiles y muy pecadores. No me asusta cuando me critican de pecados, porque los tengo. Y ¿quién no los
Mt 7, 3 tiene? Y aquellos que miran la pajita en el ojo ajeno se han olvidado que llevan una viga en el suyo; y que primero debían de quitarse la viga de sus propios ojos, el estiércol de su propia mirada, para no mirar con miradas de estiércol a los demás. Es necesario que tengamos esta perspectiva. La Iglesia, por sí, humana, no consistiera, no viviera; sin embargo, la Iglesia per-

sistirá porque es compuesta por hombres que ponen su confianza frágil en Cristo, y Cristo está en Dios, y Dios está en Cristo y en nosotros. Es una corriente que va de la tierra hasta el cielo por medio de Cristo y por medio de Cristo baja del cielo a la tierra trayéndonos el Espíritu de Dios, Espíritu de verdad, Espíritu de fortaleza.

Queridos hermanos, en las vísperas de Pentecostés, en este Día del Trabajo, yo les invito a que hagamos de nuestro trabajo, cualquiera que sea, no un motivo de divisiones, de contiendas, de rivalidades. Todos los trabajos son honrados, todas las situaciones sociales son buenas cuando se dejan arrastrar por esta corriente que nos eleva en Cristo hasta Dios, y de Dios baja llena de amor a los hombres. Por eso, Cristo pone, como señal de permanecer a esta corriente, de pertenecer a esta vida de Dios, una condición indispensable: "Si me amáis, guardaréis mis mandamientos". Y al final del Evangelio dice: "El que acepta mis mandamientos y los guarda, ese me ama". Aquí está el secreto de la verdadera dinámica. Aquí está la verdadera fuerza del cristianismo: el amor.

Jn 14, 15

Jn 14, 21

Por eso, no me cansaré, hermanos, aun cuando las fuerzas revolucionarias, que solamente lo esperan todo de metralletas y de cosas que no pueden sembrar paz, sino odio y rencor, que quieran criticar a la Iglesia porque solo predica el amor; o de aquellos lenguajes que no quieren entender el amor que la Iglesia predica porque es un amor dinámico, no es un amor de muerte, no es un amor de conformismo; es un amor que lucha. Y en el primero de mayo, yo les quiero decir, a los obreros, que está bien la lucha de sus reivindicaciones, pero no las hagan consistir solo en las débiles fuerzas de sus brazos y de sus organizaciones.

Quiero leerles este pensamiento del papa Pablo VI cuando en *La evangelización del mundo actual* dice esto: "La Iglesia se esfuerza por insertar siempre la lucha cristiana por la liberación en el designio de salvación que ella anuncia". Quiere decir que todas esas luchas de liberación en las cuales están empeñados los obreros, las organizaciones, cualquier gente que se agrupa para defender un derecho humano, una liberación, la Iglesia no la mira con indiferencia. Fíjense bien, no la mira con indiferencia; pero no quiere decir que se identifique con ella. Lo que la Iglesia hace es asumir el esfuerzo liberador de los hombres e insertarlo en la salvación que ella predica; porque ella sabe que toda salva-

EN 38

ción, que toda liberación, que toda reivindicación que obreros, campesinos, gente quiera trabajar no tiene eficacia, no tendrá éxito si no se incorpora a la gran salvación que la Iglesia predica. La Iglesia es la liberadora por excelencia, porque ella predica la obra de Cristo.

La salvación de Cristo

Y este es el tercer pensamiento y último de esta homilía: la salvación de Cristo. El gran trabajador, Cristo, ha hecho una obra; obra que durará por los siglos, en la cual durarán también las obras de todos los trabajadores si se incorporan a esa obra salvadora del Señor. Allí no hay trabajo pequeño. Todo bautizado, por más humilde que sea, el campesino que se gana la vida con su machete sacando tarea es tan grande como el médico con su bisturí en una sala de operaciones, como el político, si saben hacer de su trabajo un servicio a la salvación integral de la humanidad.

Esto es lo que la Iglesia predica. Por eso, la Iglesia no se puede parcializar con ninguna fuerza liberadora de la tierra. La Iglesia no puede ser Bloque Popular Revolucionario, la Iglesia no puede ser FAPU[3], la Iglesia no puede ser Partido Demócrata Cristiano ni tampoco PCN[4] ni ORDEN. La Iglesia no puede ser nada de eso. Pero la Iglesia le dice a unos y a otros: ánimo en los esfuerzos de verdadera liberación; así como también le dice: eso es pecado, cuando abusan de su poder o cuando quieren llevar la política por caminos torcidos, o hacer de sus capitales fuerzas de explotación del hombre por el hombre. La Iglesia es libre para poder predicar a un partido y a otro, a un grupo o a otro, a una clase o a otra; la Iglesia, sin pertenecer a ninguna, tiene una autonomía para decir esto que ha dicho Pablo VI: "Ella trata de insertar siempre la lucha cristiana por la liberación en el designio de salvación que ella anuncia". La salvación que la Iglesia anuncia es la salvación que predicaba Felipe a los de Samaria, es la predicación que escribe Pedro en su carta de hoy, es la que San Juan en el Evangelio está predicando este domingo en todo el mundo.

EN 38

[3] El Frente de Acción Popular Unificada (FAPU) aglutinaba a varias organizaciones populares.

[4] El Partido de Conciliación Nacional (PCN) era, en ese momento, el partido en el gobierno.

Es, entonces, ¿cuál? La liberación, ante todo, del pecado. Cristo dice hoy claramente: "El mundo no puede recibir el Espíritu porque no lo ve ni lo conoce". El mundo del pecado. Por eso, la Iglesia siempre tendrá conflictos en el mundo porque ella predica una liberación del pecado. Y este es el designio de la Iglesia muchas veces: no quedar bien ni con unos ni con otros. Aquellos que la halagaban porque pensaban que estaba con ellos, resulta que un día les dice: "No, tú eres pecador; tampoco estoy contigo". La liberación del pecado. Jn 14, 17

La Iglesia no sería Iglesia del Evangelio si estuviera bien con una clase social sin denunciarle su pecado. La Iglesia no sería auténtico Evangelio de Cristo si se dejara manipular de una agrupación que esté con los pobres, pero enseñándoles caminos de violencia y de pecado. La Iglesia promueve al hombre en el amor. La Iglesia es amor aunque no lo quieran comprender. Claro que es un amor fuerte, un amor que, como el de los padres justos, corrige a su hijo aunque lo quiera, porque no lo quiere pecador. Por eso, la Iglesia muchas veces es tratada como que ha traicionado a las amistades; pero es porque tiene que decir la verdad aun a los amigos más queridos; porque en eso consiste su amor: en querer arrancarlos de las garras del pecado para ponerlos en camino de conversión hacia Dios. Y si no lo hace así, no sería verdadero amor.

Y la Iglesia, finalmente, es la unidad consumada en el amor. Vuelvo a recordarles la bella revelación de Cristo: vosotros en mí, yo en el Padre, y el Padre y vosotros en mí. La unidad verdadera. Por eso, la Iglesia tiene que dar esa manifestación de unidad, de comunión. Y cuando muchas veces da el escándalo de la desunión, la Iglesia tiene que pedir perdón porque no ha predicado la verdad. La desunión en la Iglesia es triste, hermanos; es el antisigno de Cristo. No es verdadera Iglesia cuando se presenta dividida, a no ser que esas divisiones sean crisis que se superan en el servicio y en el amor. Jn 14, 20

Y si esta es la Iglesia, la obra de Cristo, el gran trabajador, se presenta, hermanos, esta Iglesia trayéndonos la gracia y la verdad. Cuando el episodio de Felipe —en la primera lectura— llega la noticia a Jerusalén, la autoridad de la Iglesia, significada en Pedro y en Juan, viene a Samaria para orar, para imponer las manos y dar el Espíritu. Decíamos que el Espíritu es la energía de Cristo, y Cristo ha dejado esa energía a la Iglesia, y la Iglesia Hch 8, 14-15

la administra en su comunión, en sus sacramentos, en su vida litúrgica, en su fe. Por eso, estos momentos, hermanos, en que meditamos la palabra de Dios, ustedes y yo estamos siendo como invadidos por el Espíritu. En este momento las comunidades que están reflexionando esta palabra, ¿saben a qué se parece? Se parece a esos grandes alambres de alta tensión que van llevando la energía eléctrica desde los dinamos creadores de las fuentes del Lempa para convertirse en energía en toda la república. El gran dinamo para nosotros es el Espíritu Santo que nos dio Cristo. Cristo que vive por su Espíritu en su Iglesia. Conectados con ese dinamo, los agentes de la pastoral, las comunidades eclesiales, el cristianismo está llevando energía, Espíritu de Dios, a toda la ciudadanía.

Por eso, hermanos, ¿qué hacemos en esta hora de nuestra patria? Es muy fácil decirlo. Tomemos el Espíritu que Cristo nos ha dado; que cada cristiano trate de ser cada vez más un depositario del Espíritu que Cristo trajo cuando dijo a sus apóstoles: no os dejaré huérfanos, os daré mi Espíritu, mi dinamismo, mi verdad, mi unidad, mi amor. Y en esto os conocerán, en que me amáis y el amor a Cristo se conocerá en que guardáis mis mandamientos. Esto sí, hermanos, un cristianismo salvadoreño que no guarde los mandamientos, la ley de Dios, no es auténtico cristianismo. Un llamamiento, pues, a conversión. Que todos los hogares donde no esté la bendición del sacramento matrimonial, sea bendecido para que esté allí la presencia del Espíritu, el amor a la ley de Dios. Que todo aquel que mata y roba deje de matar y de robar, porque allí está desobedeciendo a la ley del Señor que manda no matar, no robar. Que todas las instituciones nuestras sean verdaderamente instrumentos de la ley del Señor. No necesitaríamos cambiar estructuras si todos los que viven en las estructuras cumplieran esta palabra de Cristo: amar a Cristo prácticamente, cumpliendo su ley.

Jn 14, 18

Jn 14, 15

Ex 20, 13.15

Vamos a prometerle a nuestro Señor Jesucristo —como ya en víspera del Pentecostés que estamos preparando— que, cuando venga el Espíritu Santo dentro de quince días, ojalá no encuentre corazones cerrados a la ley de Dios, familias todavía sin la bendición del Señor. Que en todas partes se pueda decir que amamos a Cristo porque tratamos de cumplir sus mandamientos. Pongámonos de pie y recemos nuestro credo.

La hora de la glorificación

Ascensión del Señor
7 de mayo de 1978

Hechos 1, 1-11
Efesios 1, 17-23
Mateo 28, 16-20

Queridos hermanos:

El año litúrgico, que vamos siguiendo domingo a domingo, está hoy en la semana culminante. La Ascensión de Cristo celebramos este domingo; y el próximo domingo, la venida del Espíritu Santo. La obra de Cristo que se anunció antes de Navidad, el gran misterio del Dios que se hizo hombre, que nos conmovió durante esos días felices de la Navidad y de la Epifanía, el misterio de un hombre-Dios que muere en una cruz y resucita por nosotros fue preparado durante toda una Cuaresma. Y desde la Pascua, Sábado Santo en la noche, hasta hoy, Ascensión y Pentecostés, cincuenta días de plenitud, de júbilo, de esperanza, llega a coronarse la obra de Cristo. Y este es el sentido de la fiesta de hoy.

Asistamos, pues, a nuestra liturgia dominical con espíritu nuevo a alentar en esta fuente de santidad, de regocijo, de alegrías profundas, nuestro caminar en la historia. Por eso, este cuidado que debe tener el predicador de la homilía, de ir iluminando con ese misterio de Cristo —que siendo el mismo porque es eterno— las realidades concretas de la historia, es un deber difícil muchas veces, porque esa luz de la redención que ilumina nuestro paso en la tierra, muchas veces, tiene que iluminar cosas muy desagradables; pero tiene que hacerlo; si no, no fuera el Evangelio la luz del mundo, la lámpara de nuestros pasos.

Vida de la Iglesia

Por eso, me alegro citar, y hacer como el ambiente de nuestra reflexión de la palabra y del misterio que celebramos, los hechos concretos en que se ha movido nuestra semana, la realidad, a veces desagradable, no siempre, pero generalmente una realidad que muchas veces choca horriblemente con los grandes designios del amor de Dios, que quisiera de nuestra patria y del mundo una ciudad iluminada por una civilización de amor, una antesala, un camino hacia ese destino que hoy, precisamente, nos marca la Ascensión del Señor. ¿Por dónde ha peregrinado el pueblo de nuestra arquidiócesis durante esta semana?

Quiero, ante todo, traer al recuerdo de esta misa, y para encomendarlo a la oración de todos, la memoria muy querida del padre Ladislao Segura. Cuando el domingo pasado predicaba aquí, todavía ignoraba el triste acontecimiento de su muerte repentina en un cuarto de la casa de la iglesia de El Carmen en Santa Tecla, donde iba a pasar siempre el sábado por la tarde y por la noche, para cumplir religiosamente ese deber de todo religioso: la vida comunitaria. Y los jesuitas, que por su trabajo muchas veces viven un poco individualmente, tienen el deber de ir a convivir cada semana o cada quince días a sus casas de comunidad. Y el padre Segura era muy fiel a esa ley y el sábado por la tarde allá estaba con sus compañeros, los jesuitas de la iglesia de El Carmen en Santa Tecla. Y la noche del sábado la ocupaba para preparar su homilía del domingo, para estudiar. Hombre que siempre se preocupó de estar al día en las ciencias eclesiásticas. En su escritorio de muerte se encontraron documentos preparatorios de la reunión de obispos en Puebla en octubre de este año y unos apuntes de su homilía para el domingo, hace ocho días, y para el Día del Trabajo, el primero de mayo. Murió, pues, mientras trabajaba, murió trabajando. Por eso se dijo en su funeral, el lunes, que era un bello símbolo del trabajo.

Yo quiero destacar, en su vida, estos tres grandes aspectos: el pescador de vocaciones, como lo llamaron los seminaristas en su programa del viernes por radio. ¡Pescador de vocaciones! Cuántos sacerdotes hoy y cuántos alumnos del seminario mayor y menor deben, a la intervención del padre Segura con sus familias, con sus párrocos, el haber encontrado y cultivado su propia vocación sacerdotal. Otro aspecto es su solicitud por la

vida religiosa. Las comunidades, sobre todo de religiosas, encontraron un sólido apoyo y orientador en el padre Segura. Y un tercer aspecto es el hombre de la doctrina sólida. Consejero de todo aquel que con preocupaciones teológicas o canónicas se acercaba y, con la prudencia del verdadero sabio, no daba la respuesta inmediatamente, sino que pedía tiempo para estudiar y consultar; y así salían esos consejos, esas orientaciones tan seguras para quien buscaba allí un apoyo doctrinal, disciplinario, canónico. Que el Señor le conceda, pues, el eterno descanso. Yo pido a ustedes que oremos mucho por él, sobre todo, a la comunidad de la colonia Dolores, donde el padre Segura, además de estas características meritorias, fue un verdadero pastor de aquel sector de nuestra ciudad.

Otro aviso para este domingo es que hoy en toda la Iglesia universal se está celebrando la Jornada Mundial de los Medios de Comunicación Social. Lamentablemente, no hemos tenido propaganda, pero baste al menos esta palabra para llamar la atención de todos los católicos acerca de un uso crítico, consciente, de los medios de comunicación social. Quiero decir que esos medios maravillosos, como son el periódico, la radio, la televisión, el cine, donde grandes masas humanas están comunicando un pensamiento, muchas veces son instrumentos de confusión. Esos instrumentos, artífices de la opinión común, muchas veces se utilizan manipulados por intereses materialistas y así se convierten en mantenedores de un *status* injusto, de la mentira, de la confusión. Se irrespeta uno de los derechos más sagrados de la persona humana, que es el derecho a estar bien informado, el derecho a la verdad. Ese derecho es el que cada uno tiene que defender por sí mismo, haciéndose crítico al manejar los medios de comunicación social. No todo lo que está en el periódico, no todo lo que se ve en el cine o en la televisión, no todo lo que nos dice la radio es verdad; muchas veces es precisamente lo contrario, la mentira.

De allí que el hombre crítico sabe depurar para no envenenarse con todo lo que cae en sus manos. Esta es la conciencia que se quiere despertar hoy en el día de la comunicación social, que tengamos lectores del periódico críticos, que sepan decir: "Esto es mentira, esto no conviene con aquello que dijeron ayer; esto es tergiversación porque yo he visto lo contrario". Ser críticos es una de las características necesarias de hoy y por esa con-

ciencia crítica que la Iglesia trata de sembrar, es por lo cual la Iglesia está teniendo conflictos muy serios. Porque los intereses, naturalmente dominadores, quisieran mantener adormecida una masa y no tener hombres críticos que sepan discernir entre la verdad y la mentira. Y yo creo que nunca como ahora había existido en el mundo, sobre todo en nuestro ambiente, una lucha —diríamos lucha a muerte— entre la verdad y la mentira. A eso se reduce el conflicto de la hora actual: la verdad y la mentira. No olvidemos que Cristo dijo esta gran palabra: "La verdad os hará libres". Busquemos siempre la verdad.

Jn 8, 32

Hay un dicho de San Agustín que me parece que es muy oportuno en nuestro tiempo: *libenter credimus quod credere volumus*, que quiere decir que con mucho gusto creemos lo que queremos creer. Por eso se hace tan difícil creer la verdad. Porque muchas veces no quisiéramos creer la verdad, molesta la conciencia. Pero la verdad, aunque moleste, hay que aceptarla y hay que querer creer en ella, para que el Señor nos bendiga siempre con esa libertad de quien ama la verdad y no vende la verdad, la pluma, la voz, el medio de comunicación, al mejor postor, al que da más dinero, al interés, al materialismo. ¡Lástima, tantas plumas vendidas, tantas lenguas que a través de la radio tienen que comer y se alimentan de la calumnia porque es la que produce! La verdad muchas veces no produce dinero sino amarguras, pero vale más ser libre en la verdad que tener mucho dinero en la mentira.

Se acerca el Día del Seminario. El próximo domingo, día de Pentecostés, será un día de juventud. Ya hemos estado anunciando que el sábado de esta semana, a las 8:00 de la noche, aquí en la catedral, tendremos la ceremonia de confirmación de jóvenes. Hay ya unos doscientos jóvenes preparándose con verdadero espíritu a recibir ese sacramento del Espíritu Santo. Invito a todo el pueblo de Dios para que renovemos entonces ese sacramento que recibimos muy chiquitos y que no nos dimos cuenta, pero que tiene tanta responsabilidad, la fuerza, el don del Espíritu Santo. Por eso, los que ya lo recibimos, vamos a renovar nuestra conciencia de ser confirmados, nuestro compromiso de defender nuestra religión: para eso se da la confirmación. Y doscientos jóvenes nos darán el ejemplo de prepararse como se debe de preparar un hombre para recibir un sacramento tan importante. Por eso, hemos dispuesto que desde Adviento, o sea, diciembre en adelante, no se dará el sacramento de confir-

mación a menores de quince años, para que con toda conciencia lo sepan recibir y sepan responder a una gracia tan singular.

Quiero avisarles con gusto que desde este domingo, primer domingo de mayo, al medio día, vamos a rezar juntos el *ángelus*, a través de la radio. Les invito, pues, a que, a las 12:00 en punto, sintonicen sus aparatos de radio en la *YSAX*, *La Voz Panamericana*, para que junto con su pastor y unidos con el Papa, que también lo hace al mediodía en Roma todos los domingos, recemos ese saludo a la Virgen, orando por tantas necesidades de la Iglesia. Será una manera de cultivar nuestra devoción a la Santísima Virgen, hoy tan necesaria. Y en mayo, de manera especial, debe caracterizar las verdaderas personas católicas devotas de la Madre de la Iglesia.

El 11 de mayo, o sea el jueves de esta semana, vamos a cumplir un año de la muerte del padre Alfonso Navarro y de Luisito Torres, allá en el convento de Miramonte donde fueron cruelmente baleados. Para eso se está preparando una concelebración el jueves de esta semana, a medio día, aquí en la catedral. Y desde el 3 de mayo, se está celebrando con mucho entusiasmo un novenario de misas patrocinados por las diversas comunidades de la capital a las 7:00 de la noche, todas estas noches, en la iglesia de la colonia Miramonte.

A este propósito, también tengo mucho gusto en anunciarles que se ha publicado un folleto de noventa y dos páginas con el título de *Testimonio*[1], en el cual se dan unos rasgos biográficos muy interesantes del espíritu que animó el sacerdocio de este joven que murió en plena floración de sacerdocio: Alfonso Navarro. Les invito a conocer su verdadera vida en esas páginas, ya que, tanto en este caso como en el caso del padre Grande, hay mucho interés en desfigurar el ministerio sacerdotal de estos dos verdaderos mártires. Porque eso significa mártir: el que ha sido matado en odio de la fe. Y no hay duda que, porque tuvieron el valor de predicar la verdad y señalar los pecados del mundo, tenemos estos dos sacerdotes acribillados por la bala criminal. Del padre Grande, también ya se publicó un folleto[2] muy inte-

1 *Testimonio, Alfonso Navarro O.,* Publicación Búsqueda, Arzobispado de San Salvador, 1978.

2 *Rutilio Grande, mártir de la evangelización rural en El Salvador*, UCA Editores, San Salvador, 1978.

resante que está siendo reproducido en las páginas de *La Crónica del Pueblo*, un periódico valiente que está haciendo este honor al padre Grande, publicado allí, por entregas, la vida de este verdadero apóstol de nuestra arquidiócesis.

Quiero avisarles, con agradecimiento a la comunidad de la parroquia de La Palma, en el departamento de Chalatenango, que he tenido una alegría muy grande cuando los visité ayer todo el día y conviví de veras con una comunidad renovada, inquieta de conocer el pensamiento de Dios en la Biblia y de asimilarlo cada vez más. Una iglesia llena y unos alrededores de la iglesia rebosantes también de gente. Alguien me decía: "Mire, esta gente ha venido de muy lejos y no la han traído en camiones, han venido por su propia cuenta y con qué gusto están aquí pasando el día, y hasta muy noche tendrán aquí su vigilia. Y si puede quedarse a la vigilia —lástima, ya no tenía tiempo— usted sentirá esta noche, comunidades que vienen, más todavía, a cantar canciones piadosas, muy propias, inspiradas en la realidad en que la Iglesia peregrina, aquí, en estas pintorescas alturas cubiertas de pinos de La Palma, en el norte de Chalatenango".

También, no podía faltar mi palabra para congratularme con monseñor Luis Chávez y González, que ha sido declarado por nuestra Asamblea Legislativa..., se le ha concedido —dice textualmente— "[...] la calidad de ciudadano meritísimo de la República de El Salvador por sus servicios relevantes prestados a la patria". ¡Cómo no nos va a alegrar el triunfo de un hermano, sobre todo, de un predecesor por el que guardo tanto respeto y tanta admiración! Y precisamente porque lo quiero mucho y lo admiro mucho, hubiera querido para él un homenaje más limpio de intenciones. ¿Qué se esconde en este título? Hubiera querido un homenaje más lógico en sus antecedentes, porque soy testigo de sus lágrimas y de su dolor en los últimos días de su arzobispado. Hasta me dijo: "¡Véngase pronto a tomar esto, porque esto está terrible!". Se le estaban expulsando sacerdotes, no se le atendía por teléfono. Fueron los últimos días del arzobispado de monseñor, muy dolorosos. Por eso, creo que el honor que ahora se le hace, si no es una verdadera reparación, es una falta de sinceridad si no se lleva a sus consecuencias el homenaje de un hombre que proclamó con mucha valentía la situación social de nuestro ambiente. Y, por eso, nuestra radio católica ha comenzado ya a poner en actualidad —ya que la

Asamblea nos ha autorizado— toda la doctrina y la línea pastoral de monseñor Chávez que tanto se le criticó y que, sin embargo, es la que está dando la pauta para seguir un camino que yo recibí —como se lo dije— como rica herencia que trataré de cuidar y cultivar. Por eso, al declararlo "ciudadano meritísimo", creo que se canoniza, también por la Legislativa, su proceder, su doctrina, su línea pastoral y, por tanto, se ratifica el camino por donde vamos siguiendo lo que él nos dejó.

También creo que sería lógico, con su defensa del pobre y del que sufre, que la Asamblea acelerara la amnistía que un grupo de abogados ha pedido y que derogara la Ley de Orden Público, que está autorizando tantos atropellos. Eso no está de acuerdo con monseñor Chávez. Y sería bueno que, si ahora vuelve a la actualidad este gran pastor de nuestra arquidiócesis, se tuviera en cuenta que la causa de sus sufrimientos está en pie y que su título de "ciudadano meritísimo" vale la pena que se le considere para quitar las causas de tantos ciudadanos, hermanos de él, que sufren la marginación y otros atropellos.

Este es el marco histórico de nuestra Iglesia y de nuestra sociedad para ver ahora a Cristo en este triunfo glorioso que se llama la Ascensión. Yo titularía mi homilía de hoy, con este nombre: Cristo..., mejor dicho, la hora de la glorificación. Sí, hoy es la hora de la glorificación para Cristo. Poco antes de morir, el Jueves Santo, Cristo dijo esta plegaria: "Padre, te he glorificado en la tierra cumpliendo la obra que me habías encargado. Ahora tú, Padre, dame junto a tí la misma gloria que tenía a tu lado antes que comenzara el mundo". Cristo sintió, el Jueves Santo en la noche, que su hora de glorificación había llegado. Para Cristo, la pasión humillante que lo llevó hasta la cruz y su resurrección gloriosa que lo lleva hasta estar sentado a la derecha del Padre es la glorificación completa, una Pascua que sale de una tumba dolorosa, una cruz humillante que florece en esplendor de gloria. Un cristiano no puede olvidar que la gloria de Cristo tiene una base dolorosa: la cruz. Y por eso, el sufrimiento de la Iglesia y el dolor de los cristianos siempre tiene una perspectiva de gloria y de esperanza. No lo olvidemos. Y yo quiero ver, en las palabras de hoy, tres aspectos de esta glorificación: Cristo es glorificación de Dios; segundo, Cristo es glorificación del hombre; y tercero, Cristo es glorificación del universo. Así se presenta en una perspectiva universal, profunda, bellísima, la Ascensión del Señor.

Jn 17, 4-5

Cristo es glorificación de Dios

Mirémoslo, no nos cansemos de contemplar esa figura que nos
Mt 28, 18 presenta el Evangelio. Acercándose a ellos les dice: "Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra". Y la primera lectura nos describe también este momento glorioso de la vida de Cris-
Hch 1, 9 to: "Lo vieron levantarse hasta que una nube se lo quitó de la vista". Este es el panorama que no debe de desaparecer de nuestra mirada todo este día. Contemplémoslo así, hermanos. Si no hiciéramos otra cosa que, como los apóstoles, mirarlo de hito en hito camino del cielo, repitiendo: todo poder se me ha dado en el cielo y en la tierra, y encumbrarse hasta estar sentado a la derecha del Padre, este domingo marcaría nuestra vida en una hora de contemplación. No hay belleza más grande que un Cristo glorificado. No hay pensamiento más noble para el cerebro del hombre, no hay amor que ennoblezca tanto el corazón del hombre y de la mujer, como el pensamiento y el amor que se lleva en pos de sí este Hijo del hombre, en el cual Dios habitó en toda su plenitud.

Ese Cristo que sube al cielo —digo en primer lugar— es gloria del Padre, gloria de Dios, gloria en el Espíritu Santo. Por eso, la segunda lectura, en que San Pablo analiza esa glorificación de Cristo, nos invita a rezar mucho. Pedimos a Dios —dice—que
Ef 1, 17 os ilumine, "os dé espíritu de sabiduría y de revelación para conocerlo". Hermanos, yo les digo con toda confianza, en esta mañana, que lo que más le pido a Dios en mi pobre oración y lo que yo suplico a mi pueblo cuando dicen que rezan por mí es que me haga instrumento de esta revelación. Yo no quiero predicar otra cosa más que el conocimiento de Cristo nuestro Señor. Si de ese conocimiento de Cristo tengo que iluminar las realidades de mi patria, no es lo principal el peregrinar de la tierra, sino la visión de Cristo; que ilumine nuestro peregrinar, eso sí, pero que no perdamos de vista —y yo llamo otra vez la atención a mi querido auditorio, el auditorio sobre todo que me escucha para pesquisarme, para ver en qué caigo—, que se fijen que lo principal de mi predicación quiere ser presentar la revelación de Cristo; que este es mi deber: predicar a Cristo. Y le pido, como
Ef 1, 17 San Pablo, "el espíritu de sabiduría y revelación" para que ustedes y yo lo conozcamos cada vez más y en Él conozcamos —di-
Ef 1, 19-20 ce San Pablo— la "fuerza poderosa que Dios desplegó en Cristo

resucitándolo y sentándolo a su derecha y en el cielo, por encima de todo".

En Cristo, Dios es glorificado. No tenemos una idea exacta de Cristo mientras no comprendamos que Él es el hombre que encarnó la relación con el Padre celestial y hacer lo que Él hacía: orar mucho, darle gracias al Padre, hacer depender de Él todo cuanto el hombre tiene. Esto es la gran revelación que Cristo trajo: enseñarmos las relaciones del hombre con Dios. Por eso, cuando en el momento culminante, en que se desenlaza toda su vida de pobreza y de sacrificio, Dios lo glorifica, lo resucita y lo "sienta a su derecha" —una expresión bíblica para decir que lo hace participante íntimo de su poder—, entonces vemos que Dios es glorificado en Cristo como Él pidió en la última cena: Padre, te he glorificado; ahora dame tú mismo la gloria que tenía antes de la creación. Antes que el mundo fuera creado, Cristo ya existía como Dios. Como hombre, comenzó a vivir en las entrañas de una mujer, en la Virgen; pero como Dios, dice San Juan en el prólogo de su Evangelio: "En el principio ya existía"; un pretérito imperfecto que nos está diciendo su permanencia eterna: ya vivía en el seno de Dios, glorificado en Dios. Si por amor a los hombres vino a vestirse de hombre, ahora la Ascensión lo que hace es glorificar esa humanidad. Esa alma y ese cuerpo creados el día de la encarnación, en las entrañas de la Virgencita de Nazaret, es lo que ahora es envuelto en la gloria de aquel Hijo que vivía en la eternidad: glorifícame con la gloria que tenía antes de la creación. Y todo aquel esplendor de la eternidad envuelve la gloria del cuerpo y del alma de Cristo. Allá en el cielo, a la derecha del Padre, participando el poder de Dios, hay un hombre con manos como nosotros, cabeza como nosotros, que piensa como nosotros, un hombre glorificado; esta es la Ascensión.

Ef 1, 20

Jn 17, 5

Jn 1, 1

Jn 17, 5

En ese hombre, Dios ha ostentado su poder. Poder de Dios es ver a Cristo crucificado, es el poder del amor; y saliendo de la tumba, venciendo a sus enemigos, el poder de Dios que vence; y subiendo a los cielos y glorificándolo y haciéndolo depositario de toda su potencia de Dios. Cristo es la gloria del Padre, Cristo es la gloria de la divinidad, es el hombre que atesora la riqueza de Dios.

¡Hermanos, si con solo esto tengo yo para predicar, qué voy a buscar yo cosas mezquinas, pequeñas de la tierra! ¡Qué va a andar buscando la Iglesia rivalidades con el poder de la tierra, con las riquezas de la tierra, si poseemos a aquel que existía antes

que existieran los hombres y existieran las cosas, si poseemos al que es todo y en el que se ostenta la potencia de Dios! El que no comprenda a Cristo, no podrá tener una voz liberadora ni podrá tampoco sentir la grandeza que todo hombre debe sentir por encima de todas las pequeñeces de la tierra. Esto es Cristo: gloria del Padre, gloria de Dios que se refleja en Él. Por eso, San Pa-
Ef 1, 17 blo pide al Señor que les dé a sus cristianos la gracia de conocerlo y de conocer el poder con que Dios ostentó sus maravillas en nuestro Señor Jesucristo.

Por eso, ese Dios que tiene designios de amor y de salvación para los hombres quiere que las historias de los pueblos coincidan con su historia de salvación. No es lo mismo, pero sí se vale de la historia de los pueblos para inyectar su historia de salvación. Él quiere salvar, con su potencia de salvador ostentada en Cristo, a los hombres de todas las naciones, viviendo ellos una historia limpia de pecado. Y esto lo vemos en la primera lectura de hoy cuando los apóstoles se acercan a Cristo para hacerle esta
Hch 1, 6 pregunta un poco insolente: "¿Es ahora cuando vas a restaurar la
Hch 1, 7-8 soberanía de Israel?". Y Cristo contesta: "No toca a vosotros conocer los tiempos y las fechas que el Padre ha establecido con su autoridad. Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos". O sea, van dos historia: la historia de Dios que no coincide con las fechas y los cálculos de los hombres, y la historia de los hombres que debía de estar preocupada de insertarse en la historia de la salvación, creer en Dios. A pesar de las negruras de nuestra historia, Dios tiene su historia y hará resplandecer su gloria sobre la oscuridad de nuestra historia patria.

No coincide con nuestra preocupación su designio salvador. Él salvará a aquellos que esperan en Él, a aquellos que se entregan a sus designios, a aquellos que aman a su Cristo sin preocuparse de las fechas, de las horas, de los proyectos, de la política que los hombres construyen. El político cristiano, el sociólogo cristiano, el técnico cristiano, eso sí, debe tener la preocupación de hacer coincidir con la política de su patria, con la historia de su patria, con la técnica de su suelo, el gran proyecto de Dios, para elevar lo salvadoreño hasta lo divino, para darle a nuestra historia fuerza de salvación. No habrá salvación para los salvadoreños si no ponen su esperanza y su fe en aquel que es el Señor de la historia, aquel que es la clave de la salvación de todos los problemas.

Por eso, el Concilio Vaticano II dice que no hay que confundir progreso temporal y crecimiento del reino de Dios. Es cierto. Una cosa es el progreso temporal, que haya bellos edificios en San Salvador, que haya buenas carreteras en la patria, aeropuertos, etcétera, pero sí —dice— se preocupa de que todo este progreso temporal coincida con el reino de Dios; porque cuanto mejor progresa un pueblo humanamente, también se dispone para ser materia que Dios salva. Por eso, mientras vayan en una descoyuntura tremenda el progreso material del pueblo y los designios de Dios para salvar al mundo, no estamos haciendo lo que Dios quiere. Mucho progreso, sí, pero poca moral. Se olvida que el hombre y Dios es lo principal del progreso. GS 39

Podíamos decir muchas cosas más, bajo este capítulo: Cristo, gloria de Dios; pero quiero pasar al segundo aspecto de esta glorificación de Cristo.

Cristo es glorificación del hombre

Cristo, glorificación del hombre. En la oración de la misa de hoy, expresaba esto; en latín se dice mucho más lacónico y más expresivo: *Quo procesit gloria capitis, eo spes vocatur et corporis*. Quiere decir que a donde ha llegado ya la gloria de la cabeza, hacia allá tienden en esperanza los miembros del cuerpo. Es como una cabeza que ha entrado ya en la gloria y que en pos de sí va arrastrando a todos sus miembros, todos sus cristianos. Cristo ha subido a los cielos no solo para ser glorificado Él, sino para que todos los hombres se glorifiquen en Él. Los que van muriendo, si mueren amigos de Cristo, unidos a su gracia y su verdad, incorporados a Él, su cielo ya está seguro. La Ascensión no ha terminado; cada vez que muere un cristiano hay ascensión.

Esta mañana, ha muerto una gran colaboradora que yo tenía en San Miguel, la niña Choncita Asturias; yo pido para ella una plegaria; pero sé que ella, en este domingo de Ascensión, es un miembro, humilde mujer del pueblo, pero que ahora es gloria en Cristo. Y el padre Segura, yo decía en la misa del lunes pasado: la hora de la glorificación de Cristo no ha terminado; cada vez que muere una persona, como el padre Segura, hay glorificación de Cristo, es un ser humano que se glorifica de esa gloria del subido a los cielos.

Pero al mismo tiempo que nos llama en esperanza al cielo, Cristo se ha quedado con nosotros. Así como la cabeza es vida del cuerpo y del pie, aunque el pie tenga su planta en el suelo, es la misma vida de la cabeza. Y esto debe llenarnos de alegría; cuando la Cabeza nuestra ha subido a los cielos, nosotros, sus pies que todavía peregrinamos en la tierra, sentimos que Cristo está presente. Esto lo encuentro también hoy en las lecturas y podía decir: hay una transformación de la presencia de Cristo. Ya no lo verán los apóstoles con aquella presencia física que los llevaba a tocarlo, a comer con Él, que conocían su mirada, su modo de caminar. No nos dejaron ni siquiera un retrato de Cristo. ¿Cómo era Él? No lo sabemos. Pero quizás es providencial que no lo conociéramos físicamente porque, este día de la Ascensión, Cristo transforma su presencia en el mundo. De una presencia física, se hace una presencia que llamaríamos mística. Cuerpo místico de Cristo se llama esta Iglesia porque Él vive aquí, en nosotros.

El Evangelio de hoy dice, repitiendo las palabras de Cristo:
Mt 28, 20 "Sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo". ¡Qué consuelo este más grande! "Yo estoy con vosotros". Pero un joven me preguntaba: "¿Dónde está? Yo lo quisiera ver". Sí lo ves —le digo—, es la Iglesia, es el predicador, es el confesor que absuelve pecados, es la mano del sacerdote que bautiza, es la palabra y el consejo, la presencia de un cristiano, de un pueblo en misa; es Cristo el que está aquí en la catedral y en todas las comunidades donde hoy la fe de los cristianos los une en torno del altar, Cristo que está en la hostia que voy a levantar para que la adoremos. "Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del mundo".

Y hay otra cosa más bella todavía. ¿Cómo es esa presencia mística de Cristo aquí en el suelo, en la tierra? Yo les invito a que esta semana lean con cariño la segunda lectura de San Pablo y vean allí, en los versículos 17 al 19, donde Pablo pide el conocimiento de la fe para los cristianos para que conozcáis —fíjense
Ef 1, 18b-19 estas palabras— "cuál es la riqueza de gloria que da en herencia a los santos y cuál la extraordinaria grandeza de su poder para
Ef 1, 18 a nosotros" y "comprendáis cuál es la esperanza a la que os llama".

A Cristo ya no lo vemos caminar por esta tierra con sus pies físicos, pero Cristo sigue caminando y su presencia entre nosotros es todo esto: esperanza, riqueza de gloria, grandeza de po-

der. La Iglesia, por eso, va tan confiada. No se apoya, la Iglesia, en los poderes de la tierra, en las riquezas de los hombres; se apoya en Cristo que es su esperanza, la riqueza de su gloria, la fuerza de su poder.

Cristo vive aquí, no con una presencia física limitada a un pueblecito de Palestina; Cristo vive ahora en cada cantón, en cada pueblo, en cada familia donde haya un corazón que ha puesto en Él su esperanza, donde hay un afligido que espera que pasará la hora del dolor, donde hay un torturado, hasta en la cárcel está presente, en el corazón del que espera y ora. Cristo está presente ahora con una presencia mucho más viva que cuando peregrinó treinta y tres años entre nosotros. Cristo vive, hermanos, y vive en su Iglesia, glorificado a la diestra del Padre, presente, hecho esperanza y fuerza entre sus peregrinos de la tierra. Esta es la glorificación del hombre en Cristo. ¿Qué aflicción puede haber, entonces, para este Cristo, para nosotros que somos el Cristo de la historia?

Y yo veo también esta presencia, hermanos, y me llena mucho el corazón recordarla entre ustedes en la primera lectura, cuando los ángeles bajan a avisarle a los apóstoles que se han quedado estáticos contemplando aquel Cristo que se los arrebató una nube, como diría el gran poeta español fray Luis de Granada[3]: la nube envidiosa que le arrebató a la mirada de los hombres la belleza de ese Cristo. No lo veremos más; mejor dicho, los ángeles dijeron una gran palabra que inauguró una historia: varones de Galilea, ¿qué estáis contemplando al cielo? Ese Jesús que así ha subido hoy a los cielos, volverá. Hch 1, 11

Volverá, qué bella palabra que inspira toda la mística de la esperanza: la Iglesia peregrina al encuentro del Señor. Volverá. Ella sabe que volverá, no a padecer ni a ser humillado, volverá como juez de la historia, volverá a llenar de realidad la esperanza del que confió en Él, volverá lleno de amor para abrazar en un amor eterno al que vivió amándolo a Él. Vale la pena ser cristiano, porque Cristo volverá.

3 En realidad los versos a los que se refiere monseñor Romero pertenecen a fray Luis de León, quien escribió el poema *En la Ascención* que termina así: "¡Ay!, nube envidiosa / Aun deste breve gozo. ¿Qué te aquejas? / ¿Do vuelas presurosa? / ¡Cuán rica tú te alejas! / ¡Cuán pobres y cuán ciegos, ay, nos dejas!". Fray Luis de León, *Poesía completa*, Madrid, 1990, p. 212.

Desde la Ascensión del Señor, se ha inaugurado la fase última de la historia. Ya estamos en ella desde hace veinte siglos. Tanto era así, que los primeros cristianos pensaban que esa *parusía* —así se llama la aparición final de Cristo, el retorno de Cristo que estamos esperando—, los primeros cristianos pensa-
1 Ts 5, 1-2 ron que era inminente. Y San Pablo tiene que corregirlos: no; si no sabemos cuándo será, pasarán siglos; pero es cierto que ya se inauguró el fin del mundo. Desde que Cristo subió a los cielos y ha dejado a los hombres en la esperanza de su retorno, la historia vive su última hora, la fase definitiva, la hora de la Iglesia. Es la Iglesia la encargada de mantener en los hombres esa espera. Por eso dentro de poco, allí ante la hostia consagrada vamos a decir esa palabra del que espera: "¡Ven, Señor Jesús!". Esta es la esposa amada que espera al Esposo que retorne del viaje para abrazarse y vivir juntos en la alegría que no tendrá fin. Hacia allá camina nuestra Iglesia peregrina, hermanos. Y por eso termino con esta consideración, Cristo quiso hacer de la Iglesia...; perdón, me falta este último pensamiento.

Cristo glorificación del universo

Cristo glorificación del universo, porque en los últimos versículos de la lectura de San Pablo, dice que Dios desplegó en Cristo
Ef 1, 20-21 su poder, "sentándolo a su derecha en el cielo por encima de todo principado, potestad, fuerza y dominación y por encima de todo nombre conocido no solo en este mundo, sino en el futuro". Quiere decir, hermanos, que Cristo es la clave no solo de la
Col 1, 16 historia universal, es la clave del universo entero. "Todo cuanto existe fue creado por Él y para Él". No olvidemos que Cristo es la explicación última de todo cuanto existe. Y por eso la redención que Cristo vino a operar no solo es para salvar del pecado a los hombres, sino para salvar de la esclavitud del pecado a la
Rm 8, 22 creación entera que, como dice San Pablo, está gimiendo bajo el pecado de los hombres.

El dinero es bueno, pero los hombres egoístas lo han hecho malo y pecador. El poder es bueno, pero el abuso de los hombres ha hecho del poder algo temible. Todo ha sido creado por Dios, pero los hombres lo han sometido al pecado. Y, por eso, la Ascensión de Cristo anuncia que la creación entera será también redimida en Él, porque Él dará la explicación de todo cuanto

Dios ha creado y pondrá a los pies de Dios, al final de los tiempos, en el juicio final —que en eso consistirá el juicio final, el gran discernimiento entre el bien y el mal—, el mal para ser eliminado definitivamente y el bien para ser asumido en la glorificación eterna de Cristo. O sea, que la Ascensión del Señor marca también la glorificación del universo.

El universo se alegra, el dinero se alegra, el poder se alegra, todas las cosas materiales, las fincas, las haciendas, todo se alegra porque vendrá el día en que el juez supremo sabrá redimir del pecado, de la esclavitud, de la ignominia, todo cuanto Dios ha creado. Y el hombre lo está utilizando para el pecado, para la ofensa de su propio hermano. La redención está ya decretada y Dios ha llevado en el poder suyo a Cristo nuestro Señor. Y es un testimonio de la justicia final esta presencia de Cristo subido a los cielos.

Decía, finalmente hermanos, que esta glorificación de Dios, del hombre y del universo, operada en Cristo, la ha encomendado Cristo en la historia, a su Iglesia. Y por eso, nos dice San Pablo al terminar la lectura de hoy: "Lo dio a la Iglesia, como Cabeza sobre todo. Ella —la Iglesia— es su cuerpo, plenitud del que lo acaba todo en todo". Ef 1, 22-23

La Iglesia es como la plenitud de Cristo. Nosotros estamos haciendo presente a Cristo porque somos su Iglesia. Y su Iglesia —diríamos— que es la zona, la zona donde la gloria de Cristo, que es gloria de Dios, gloria del hombre y gloria del mundo, se realiza ya en esa zona. Aunque no sea la más destacada del universo, aunque sea un pequeño puntito en la historia, el pueblo de Dios que Cristo ha constituido por el bautismo forma el depositario de esta gloria de Cristo, y por eso la Iglesia predica el reino de Dios ya en esta tierra. Porque ustedes, queridos hermanos, y yo, hombres de la historia con pies en el polvo de tierra, con aflicciones de nuestras situaciones sociales, políticas y económicas, somos los hombres concretos, somos la creación concreta que Cristo está salvando en su Iglesia. Y la Iglesia tiene que predicar ese reino de Dios, esa glorificación de Cristo ya en la historia, ya en el mundo.

Por eso, les invito, pues, a que terminemos estas consideraciones fomentando en el corazón un pensamiento magnánimo: colaboremos con Cristo a hacer un mundo mejor. Hagamos del progreso de nuestra patria un progreso que sea pedestal de la

gloria de la creación, haciéndolo cristiano. Trabajemos con espíritu cristiano. Amémonos mutuamente, construyamos una sociedad basada en una paz que se cimente en la justicia, tal como Dios lo quiere y nuestra fe lo va a proclamar ya. Pongámonos de pie y proclamemos nuestra creencia en Dios y en Cristo.

Un llamamiento a la unidad, a la verdad y a la santidad

Primer aniversario de la muerte
del padre Alfonso Navarro[1]
11 de mayo de 1978

Efesios 6, 10-20
Mateo 5, 1-12

[...] La voz del padre Alfonso Navarro se sigue escuchando, aun cuando hace un año cayó desfigurado por la bala criminal de quienes lo mataron [...]. Da la impresión de que esta catedral, presidida por tantos hermanos sacerdotes y llena de comunidades cristianas, son un signo de la fe, el peregrinar de la Iglesia, que somos una comunidad que la muerte no puede detener, sino que la muerte le regala precisamente esos horizontes [...] y la estimula para seguir hasta el final. Hemos de recordar también, con cariño fraternal, a nuestro hermanito Luis Torres, que, junto con él, caía bajo las viles balas que ciegan vidas inocentes.

Sería bueno que recordara la conferencia a la que iba el padre Navarro Oviedo y Torres, pero para el cristiano, la muerte no es inspiración de condolencia, más bien nos acercamos a esta doble tumba y miramos en el sacerdote que lleva de la mano a un niño camino de la eternidad, una inspiración. Y yo quisiera que

[1] No disponemos de la reproducción magnetofónica de esta homilía, por lo que seguimos la trascripción de la primera edición. *Cfr.* Monseñor Oscar A. Romero, *Su pensamiento,* Tomo IV, San Salvador, 1981, pp. 223-227. En dicha edición, se advierte que los puntos suspensivos indican partes inaudibles debido a una "mala grabación" de la homilía.

recogiéramos, cuánto la Iglesia necesita de esos tres testimonios que me parece recoger en los labios desfigurados que Alfonso Navarro derramó a sus testigos [...], que penetra hasta lo profundo del corazón: un llamamiento a la unidad, un llamamiento a la verdad, y un llamamiento a la santidad.

Un llamamiento a la unidad

[...] fue quizá el sacerdote, en aquella histórica reunión, cuando se iniciaba en su humilde servicio aquí en la arquidiócesis [...], él podía repetir que teníamos que estar unidos siquiera por un sentido de ética profesional y que la desunión entre nosotros equivalía a un suicidio. Alfonso Navarro repetía esta frase: "La desunión es un suicidio".

Yo quiero recoger ahora esa palabra obsesionante del padre Navarro, para repetirla a mis queridos hermanos sacerdotes y a todos ustedes, queridos fieles: que en la comunidad de la Iglesia tenemos que ser el testimonio, sobre todo, de la unidad, máxime cuando ya Alfonso Navarro nos habla desde el destino eterno de esta Iglesia peregrina, parece la desunión más criminal; y la belleza de la unidad, más luminosa, cuando sabemos que todos somos peregrinos de ese destino y cuando sabemos que todos formamos la comunidad peregrina hacia ese destino.

Que el aniversario de su muerte sea para nosotros una inspiración de unidad. La perspectiva escatológica de la Iglesia, ese último momento hacia el cual camina el reino de Dios, y, sobre todo, el ser testimonio de ese destino, de ese origen y de esa comunidad Iglesia que Cristo señaló en su última palabra, cuando
Jn 17, 21 iba también Él a morir: Padre, que todos sean una sola cosa como tú y yo, para que el mundo crea que tú me has enviado.

Precisamente, recibía yo una carta de un hermano obispo de Guatemala, de la diócesis de Verapaz, donde se ha tenido una semana de estudios pastorales, y el señor obispo Gerardo Flores recibió el encargo de transmitir un testimonio de fraternidad de aquella diócesis para la nuestra. Y yo no encuentro cauce más apropiado para hacerlo llegar a todos ustedes, queridos hermanos sacerdotes y fieles, que este testimonio precisamente, como un llamamiento a esta unidad y a este trabajo. Dicen nuestros hermanos de Verapaz: "Nuestra semana se caracterizó por un deseo muy claro de todos los participantes de encontrar los

caminos para vivir a plenitud la fidelidad al Evangelio. Los participantes en esta semana de pastoral me pidieron expresamente que enviase, a usted y a su comunidad, un mensaje manifestándole nuestra solidaridad y nuestra admiración por el testimonio válido, valiente y evangélico que la Iglesia de San Salvador está dando a toda la Iglesia universal. Hemos seguido con gran atención y admiración todo el sufrimiento de esa Iglesia hermana y hemos tratado de aprender mucho y tenemos la esperanza de poder ser capaces de imitar, aunque de lejos, tan digno ejemplo de fidelidad y de valentía cristiana. Durante nuestras celebraciones eucarísticas, muchas veces nos acordamos de nuestros hermanos salvadoreños y pedimos para ellos la fortaleza en la hora de la prueba. Pero también nos sentimos animados a implorar la intercesión de los santos que sufren persecución por la justicia en esa hermana república, en favor de nuestro pueblo y de nuestro trabajo pastoral". Entre estos mártires de nuestra fe, destacamos esta mañana el ejemplo de Alfonso Navarro, que, como dije hace un año, sigue siendo la mano tendida en el desierto de esta tierra para señalar el camino de nuestro peregrinar unidos como hermanos. Marchemos al encuentro del Señor.

Un llamamiento a la verdad

La segunda lectura de hoy nos ha hablado de esa verdad que nos hace libres. La lectura de San Pablo a los efesios nos invita a ser valientes, a no ser cobardes, a vivir esa novedad del hombre cristiano que ha entrevisto, entre las maldades de la tierra, la belleza de la verdad de Dios que es muy peligroso anunciar, proclamar; y desde ella, denunciar las injusticias, los desórdenes, los abusos, tan peligrosos. Que si Alfonso Navarro no hubiera hablado, no estuviera muerto.

Pero él es el testimonio de lo que él decía tomándolo del Evangelio: sólo la verdad hace libres. La verdad, dicha con esa valentía que nos acaban de recordar nuestros hermanos de Guatemala, es la que llevó al padre Alfonso Navarro a ser una personalidad discutida, ser una personalidad peligrosa; tan peligrosa que muchos todavía no se convencen de la belleza de su verdad. Y, sin embargo, fue la verdad la que lo ha hecho libre de las ataduras mismas de la tierra y de todas las cosas que atan en cobardía, en traición, en mentira a tantos hombres en la tierra.

Jn 8, 32

He aquí, pues, que la muerte de Alfonso Navarro es para nosotros un llamamiento a tener valor en la proclamación de la verdad. Ojalá, hermanos, que el recuerdo de este día sea para todos nosotros una inspiración de valentía. Alguien me decía hace poco: "Es que se nota que, en la hora actual, la lucha es entre la verdad y la mentira". Y no hay campo medio, porque aquel que quiera andar entre la verdad y la mentira ya es un mentiroso, no da testimonio de la verdad. Y el Padre Alfonso Navarro ha muerto dando el testimonio de la verdad. Que él sea, en esta mañana en que lo recordamos con admiración, todo este bello testimonio que se ha recogido en el precioso folleto[2] que ya está siendo del conocimiento de todos, es el testimonio de la verdad.

Quienes lo escucharon, quienes compartimos con él sus inquietudes sabemos que, a pesar de la fragilidad de la carne que es todo hombre, a pesar de las limitaciones y de los defectos, no los vamos a negar, cabalmente ellos son también testimonio de la verdad. Nunca la Iglesia había sido tan verdadera como cuando en el Concilio Vaticano II se proclama santa, pero necesita de penitencia; santa, pero buscando más la perfección. El que predica la verdad no es porque se sienta superior a los demás. Si algo hace bella a nuestra arquidiócesis, es porque todos vamos buscando, con la sinceridad de un camino que se busca, la verdad que sabemos que solo la posee Cristo. Y que encontrar a Cristo es encontrar la verdad y ser fiel a su Evangelio, a su presencia en el mundo, y tratar de dar testimonio de esa presencia a pesar de nuestras miserias humanas. En eso consiste el testimonio sincero de una verdad que todos buscamos y todos seguimos porque la encarnamos en la belleza de Cristo. Y en esta hora de confusiones, es este seguimiento de Cristo el que nos da el valor de seguir proclamando ese testimonio de la verdad.

LG 8

Un llamamiento a la santidad

Y finalmente, queridos hermanos, la página del Evangelio que se ha escogido para recordar a un año de distancia el asesinato del padre Alfonso Navarro, la página de las bienaventuranzas es la

[2] *Testimonio, Alfonso Navarro O.*, Publicación Búsqueda, Arzobispado de San Salvador, 1978.

inspiración de la santidad. Cuando el santo de los santos, Cristo, el único santo, abrió sus labios para hablar a la humanidad, de Él brotaron, como perlas para el mundo sediento de bondad, esas bienaventuranzas que terminan proclamando la bienaventuranza del que sufre, que terminan diciendo: "Bienaventurados seréis cuando por mi causa os persigan y calumnien", que termina diciendo el trastorno que el Evangelio viene a operar en el mundo. Mt 5, 11

Porque solo siguiéndolo, aun cuando se nos llame locos, cuando se nos llame subversivos, comunistas y todos los calificativos que se nos dicen, sabemos que no hacemos más que predicar el testimonio subversivo de las bienaventuranzas, que le han dado vuelta a todo para proclamar bienaventurados a los pobres, bienaventurados a los sedientos de justicia, bienaventurados a los que sufren. Y por ese camino es por donde Alfonso Navarro entró a la felicidad del cielo que ahora disfruta para decirnos, entre aquella "nube de testigos" que dice el Concilio, que el Evangelio no miente, el Evangelio dice la verdad. Es el mundo, mentiroso y sensual y pecaminoso, injusto, el que no dice la verdad. ¡Pobrecitos los que viven en la mentira y bienaventurados los que viven en la verdad! Mt 5, 3-11 LG 50

Esta santidad del padre Alfonso Navarro que nos proclama el Evangelio tiene muchos riesgos, y el riesgo más grande es el que él corrió: el martirio. Pero escuchen, hermanos, cómo nos señala la Iglesia de nuestros días el camino por donde Navarro se fue para la eternidad junto con Luisito Torres. Dice el Concilio Vaticano II hablando del llamamiento universal a la santidad a todos los hombres, a todos los estados, a todas las situaciones: "El martirio, en el que el discípulo se asemeja al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, y se conforma a Él en la efusión de su sangre, es estimado por la Iglesia como un don eximio y la suprema prueba de amor. Y, si es don concedido a pocos, sin embargo, todos deben estar prestos a confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle, por el camino de la cruz, en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia". ¡Qué bella página para ponerla como epitafio sobre la tumba de Alfonso Navarro, si una frase más bella no la hubiera sustituido! LG 42

Es el camino de la cruz, es el camino del martirio, es una gracia muy singular. No la concede el Señor a todos, pero todos

la ansiamos. Y todos los que tratamos de seguir al Señor, sabemos que no lo podemos seguir sin un gran amor en el corazón. Amor que esté dispuesto a dar su vida por Él. ¡Dichoso Alfonso Navarro! ¡Dichoso el padre Grande! ¡Dichosos los que han muerto por la persecución del reino de Cristo! ¡Dichosos los que, en odio de la fe, han sido masacrados! Dichosos porque, a través de esas manos ensangrentadas y criminales, Dios ha dado la perla más preciosa que podía dar a nuestra comunidad.

Yo recojo, hermanos, con respeto, con admiración, con agradecimiento, con cariño de hermano, la vida y el ejemplo del padre Alfonso, en esta mañana, para decirle: esta perla es gloria de nuestra comunidad, corona la belleza de nuestra diócesis, es luz que nos invita al testimonio de la santidad, de la verdad y de la unidad.

Celebremos, entonces, aquella eucaristía que alimentó a Alfonso Navarro hasta el último momento. Esta mañana yo celebré en el altar donde Alfonso Navarro celebró su última misa, y me emocionó, de veras, saber que el hombre sacerdote, cuando celebra su última misa en la tierra, es porque la vida sacramental de la Iglesia ya no tiene razón para él. Ya el sacramento que envolvía en cosas materiales, en figura de pan y de vino, la presencia sonriente de Cristo, ya no es necesaria. Para Alfonso Navarro, se rompieron ya esos envases sacramentales para dar lugar a la esencia purísima de la presencia más bella de Cristo que ahora él disfruta. Ojalá que mientras nosotros, peregrinos todavía, tenemos que buscar en la presencia sacramental de nuestra fe peregrina, medio ciega, la belleza de Cristo, él, desde su cielo, siga alimentándonos en el camino que tenemos que seguir; no lo perdamos, y en pos de él un día también gozaremos la alegría que ahora estamos celebrando en el aniversario de aquel cielo que comenzó para Alfonso Navarro el 11 de mayo de 1977.

Hacemos una oración por la comunidad, por la Iglesia universal.

El sacramento de la confirmación

Vigilia de Pentecostés
13 de mayo de 1978

Génesis 11, 1-9
Romanos 8, 22-27
Juan 7, 37-39

Queridos hermanos sacerdotes, queridos jovenes que van a recibir hoy la plenitud de su iniciación cristiana, queridos hermanos:

Esta presencia de juventud en la catedral y el recuerdo que el Evangelio nos acaba de hacer se completan. Era el día más solemne de la fiesta de los Tabernáculos, cuando una procesión de jóvenes llevaban ánforas de agua de la piscina de Siloé hacia el atrio del templo, para significar el ansia de agua pidiendo al cielo la lluvia para nuestra tierra. La tierra luego germinaba, brotaba la naturaleza bajo la fecundidad del agua.

Y Cristo asume esa ceremonia, esa liturgia de su pueblo, para traducirla en la bella realidad que Él trae al mundo. Así como la tierra reseca anhela la lluvia, el agua, así la humanidad sin la vida del Espíritu de Dios es desierto, es árida. Y por eso, grita en medio de la fiesta, en medio de aquella juventud con los cántaros de agua: "El que tenga sed, venga a mí y beba". Y hablaba del "Espíritu —dice el Evangelio— que habían de recibir los que creyeran en él". Todavía no había venido el Espíritu —comenta San Juan— porque, para que el Espíritu de Cristo glorificado viniera a continuar su misión de ser agua fecunda en el mundo, era necesario que esa humanidad de Cristo fuera glorificada en la ascensión a los cielos.

Jn 7, 37
Jn 7, 39a
Jn 7, 39b

Diez días después que Cristo subió a los cielos, sobre Jerusalén se vio llover el Espíritu Santo, que venía a fecundar al mundo con la presencia mística de aquel Cristo que es agua que fertiliza a los corazones. Y desde aquel Pentecostés que inició la vida de la Iglesia, continuación de la vida de Cristo en el mundo, continúa la Iglesia dando el Espíritu de Cristo a quienes creen en Él. Y todo aquel que cree en Cristo y, como ustedes, queridos jóvenes, se acercan a recibir el Espíritu de Cristo son tierra fecunda. Y como dice el Concilio, hablando del sacramento de la confirmación, ustedes, esta noche, van a identificarse más con ese Cristo, van a incorporarse más íntimamente a esa Iglesia ,y con el don del Espíritu Santo, se capacitan con una nueva fortaleza para defender y difundir el mensaje que como agua fecunda necesita el mundo.

LG 11

Bendito sea Dios que este sueño de renovación litúrgica ha realizado entre nosotros —gracias a la colaboración de los colegios católicos, de las comunidades parroquiales, de las comunidades juveniles, de las comunidades de base— esta noche, la renovación del sacramento de la confirmación. No un sacramento dado a chiquillos que no entienden lo que reciben, sino un sacramento cuando unos jóvenes que saben, como aquella procesión de Jerusalén, que el agua es necesaria para la tierra y piden a Dios la gracia del agua; ustedes van a recibir el don del Espíritu Santo, el agua fecunda del Espíritu que necesita el mundo para ser más fecundo en el amor, para que el mensaje de Cristo, llevado por ustedes que desde esta noche quedan más incorporados, más comprometidos con este reino y con este mensaje, tienen que llevar a ese mundo como torrente de vida, su propio testimonio, su propia palabra.

El sacramento que ustedes van a recibir ahora es el sacramento de los mártires. Mártir quiere decir testigo. Testigo de una vida que el mundo no conoce. Testigo de una vida que el mundo no conoce y que por eso la persigue y la calumnia. El confirmado tiene que ser un joven, una mujer, valiente para dar su cara por Cristo, como los mártires. No tuviéramos las gloriosas páginas del martirio en la Iglesia de Cristo si no hubiera sido por este don del Espíritu Santo que ustedes van a recibir.

Quién le pudo dar fortaleza a los jóvenes, a las virgencitas de aquel tiempo, para morir entre las fieras o bajo la cuchilla de los verdugos, sino la fuerza del Espíritu Santo que les hacía, con-

firmados en esa fe, morir antes que traicionar su cristianismo. ¡Cuánto necesitamos esta valentía en esta hora de cobardes, de traidores, de vendedores de su fe!

Jóvenes, en ustedes la Iglesia se renueva, en ustedes el Espíritu de Dios es como agua fecunda para la humanidad de esta arquidiócesis que vive, como en esta noche, un Pentecostés no solo en su catedral, sino en todo el ámbito de sus fronteras gracias a que ha habido mártires que han sido nobles, profesionales de su confirmación, de su bautismo, de su eucaristía, de su fe en Cristo.

Que ustedes sean ese reverdecer. La juventud siempre es un signo de renovación. La juventud no es tanto una edad como una situación. Porque la juventud muchas veces se encuentra hasta en gente madura porque siempre renueva su fe. Así como el desierto, tierra sin agua, no solamente es aridez de la naturaleza, sino que también en los corazones se muere la vida cuando hay cobardía, cuando no hay valentía de defender esta fe de martirio que Cristo va a entregarles en esta noche.

Yo me alegro de ser el ministro, junto con mis hermanos sacerdotes, de este don del Espíritu Santo en este Pentecostés de 1978. Solo les pido a ustedes, queridos jóvenes que van a ser confirmados, y a todos ustedes, queridos cristianos ya confirmados desde hace mucho tiempo, así como a nosotros sacerdotes y obispo, que en esta noche renovemos todos la conciencia de que el Espíritu Santo ha venido a su Iglesia, que somos nosotros. Y como los apóstoles, que de cobardes se convierten en valientes para llevar el reino de Cristo bajo el impulso del Espíritu a un mundo pagano que luego se convierte en adorador de Cristo, seamos, en esta hora definitiva de nuestra historia, los apóstoles que, saliendo de este cenáculo del Pentecostés moderno, sepamos dar testimonio de nuestra fe y de nuestra esperanza cristiana. Vamos a proceder, entonces, a este hermoso momento en que la catedral es un verdadero cenáculo.

Pentecostés, cumpleaños de la Iglesia

Pentecostés
14 de mayo de 1978

Hechos 2, 1-11
1 Corintios 12, 3b-7.12-13
Juan 20, 19-23

Queridos hermanos:

Hoy es el cumpleaños de la Iglesia. Ese es el día fulgurante más hermoso de todo ese ciclo litúrgico que paso a paso hemos ido siguiendo. Hoy es Pentecostés. Hoy se corona la Pascua. Hoy el Cristo glorificado se perpetúa en un pueblo que lo quiera seguir. Cristo vive, hoy más que nunca, en Pentecostés. Este podía ser el título de esta homilía: Pentecostés, cumpleaños de la Iglesia. Y como buenos hijos de la Iglesia en el cumpleaños de nuestra madre, alegrémonos con la alegría de un hogar donde se celebra festivo el cumpleaños de la reina del hogar. Hoy es el cumpleaños de la Iglesia. Y voy a tratar de desarrollar mi pensamiento en estas tres ideas: primero, la Iglesia es siempre acontecimiento; segundo, el Espíritu de Dios es el que hace de la Iglesia una nueva creación; y tercero, el Espíritu Santo, renovación del mundo actual.

La Iglesia es siempre acontecimiento

En primer lugar, digo que la Iglesia es acontecimiento, es noticia. Han pasado veinte siglos desde el hecho que se ha leído en el libro de los Hechos de los apóstoles; y así como aquel primer

Hch 2, 2-3

día en que el ruido de un huracán y una lluvia de lenguas de fuego cayó sobre Jerusalén y atrajo a todos los peregrinos que en Jerusalén estaban para la fiesta de Pentecostés venidos de todos los rincones del mundo conocido, ahora también la Iglesia sigue siendo noticia, acontecimiento. Siempre es acontecimiento que atrae a los hombres a escuchar las maravillas del Señor y a denunciar, desde su posición evangélica, seguidora fiel de Cristo, el pecado del mundo donde quiera que se encuentre. Por eso siempre es noticia, porque siempre los hombres necesitamos oír las maravillas de Dios y siempre los hombres, sobre todo los más pobres, los más sufridos, los que parece que viven sin esperanza, tienen necesidad de oír esa voz del Espíritu que alienta las esperanzas y que denuncia las injusticias que los oprimen.

¡Quién me iba a decir que hoy, en este Pentecostés de 1978, iba a funcionar, como el huracán de Jerusalén, atrayendo la atención de todo mi querido auditorio! Precisamente la Corte Suprema de Justicia, con su despliegue en la publicidad a toda la república, ha hecho interesante este día de Pentecostés en la catedral de San Salvador. Yo sé que es grande la expectativa: ¿qué va a decir el arzobispo ante el emplazamiento de la Corte Suprema de Justicia? Por de pronto, quiero decirles que la Suprema Corte ha sido hoy el signo de Dios para atraer la atención del pueblo, y que le está sirviendo como el huracán y las llamas de Pentecostés para ser interesante la noticia eterna que es la Iglesia.

Siempre será Pentecostés en la Iglesia, pero mientras la Iglesia haga su rostro transparente a la belleza del Espíritu Santo. Cuando la Iglesia deja de apoyar su fuerza en esa virtud de lo alto que Cristo le prometió y que le dio en este día, y la Iglesia quisiera apoyarse más bien en las fuerzas frágiles del poder o de la riqueza de esta tierra, entonces la Iglesia deja de ser noticia. La Iglesia será bella, perennemente joven, atrayente en todos los siglos, mientras sea fiel al Espíritu que la inunda y lo refleje a través de las comunidades, a través de sus pastores, a través de su misma vida.

La Iglesia, gracias a Dios, en nuestra arquidiócesis trata de ser fiel a ese Espíritu. Y por eso creo que tenemos que agradecerle al Señor esta hora de Pentecostés, que no solo es el domingo 14 de mayo de 1978, sino que es un Pentecostés que ya se prolonga entre dolores de *vía crucis,* pero entre Pascuas de resurrección. Es una alegría profunda que se vive en el corazón del

pastor, de las comunidades. A donde quiera que voy, Pentecostés transpira en nuestra arquidiócesis. Yo solo quiero pedir a los queridos sacerdotes, a las queridas comunidades religiosas, a todas las instituciones que se glorían del nombre de católicas —como son los colegios, las asociaciones, las comunidades, etcétera— y, más aún, a todos aquellos cristianos que más allá de los límites del catolicismo se han mostrado solidarios con la actitud, que trata de ser evangélica, de esta Iglesia de Cristo que peregrina en los cuatro departamentos de la arquidiócesis; quiero decirles, hermanos católicos y cristianos: tratemos de ser fieles al Espíritu; tratemos de ser el reflejo inmaculado del Espíritu Santo; tratemos de ser eso ante todo: esperanza en el Espíritu de Dios, fidelidad a la santidad del Espíritu que inunda este reino de Dios en la tierra. Yo felicito a todos aquellos pastores, catequistas, celebradores de la palabra, comunidades, etcétera, que están colaborando con el Espíritu de Dios para renovar cada día más la belleza de la arquidiócesis con el rostro genuinamente reflejando la hermosura, la luz, el fuego, el viento, el huracán del Espíritu Santo.

El Espíritu de Dios es el que hace de la Iglesia una nueva creación

Pero en segundo lugar, yo digo: el Espíritu es el que hace que esta Iglesia sea una nueva creación. Fijémonos ahora en el pasaje evangélico. Cristo resucitado el mismo día de la Pascua, en la noche, se abre puerta en el cenáculo y ya está en medio de sus discípulos que, tímidos por miedo a los judíos, por miedo a la persecución, están escondidos. Y Cristo les dice con la serenidad de una vida que ya no tiene ocaso: "Paz a vosotros".Y en un gesto solemne, que nos evoca la primera página de la Biblia cuando Dios creó al hombre a su imagen y semejanza que sopló sobre el barro de la tierra para darle espíritu de vida, Cristo, que es hombre y es Dios, sopla, alienta, sobre el rostro de sus apóstoles. Se diría que es el Creador creando en el barro de la carne humana una nueva creación. "Así como mi Padre me envía, así os envío yo". "Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonáreis los pecados, les quedan perdonados; y a quienes lo retuviéreis; les quedan retenidos."

Jn 20, 19
Gn 2, 7
Jn 20, 22
Jn 20, 21
Jn 20, 22b-23

Como Adán, cuando despertó del primer sueño que ha tenido un hombre y ve reflejarse en todo su ser el soplo de Dios

que lo hace comprender con inteligencia la maravilla de la creación, y debió de caer de rodillas para adorar —el primer gesto del hombre de rodillas ante Dios—, así me imagino que en la conciencia de los apóstoles, simples hombres, cobardes, escondidos por miedo a la persecución, cuando reciben este Espíritu de Cristo... Ya que el Evangelio de San Juan quiere unir, en un solo acto de Cristo, su resurrección y su Pentecostés porque las dos fiestas, separadas por cincuenta días en nuestro año litúrgico, no son más que una sola realidad: es la glorificación de Cristo, es el hombre-Dios que está convertido en un creador para crear, de aquellos apóstoles, el origen de una nueva creación. Así se entiende que aquellos apóstoles, como un nuevo Adán, no con la simple vida de la naturaleza que le dio el Creador, sino con la vida del Espíritu Santo que es vida de Dios traída a su Iglesia, abren atónitos sus ojos y se sienten omnipotentes, casi como Dios. En sus manos, la misión de Cristo de ir por todo el mundo. En sus manos, el poder de Dios para perdonar. En las manos de la Iglesia, la Pascua florida para hacer de ese sector del mundo que se llama la Iglesia, la irradiación de la vida de Dios a toda la humanidad. El germen, el fermento, la luz, la levadura —que Cristo comparaba a su Iglesia en medio del mundo— allí queda creado. ¡Esta es la creación de la Pascua!

Por eso, Pentecostés es el cumpleaños de la Iglesia, porque este día nació la Iglesia. La Iglesia es el grupo de hombres creyentes en Cristo que reciben el Espíritu de Cristo, que reciben ese soplo omnipotente del Mesías, del Redentor, para convertir a todo su pueblo en redentor y mesías. Todos nosotros, queridos cristianos, somos la creación nueva. El mundo ya no se renueva sin nosotros y nosotros somos los responsables de la renovación del mundo. Desde aquel día, Cristo ha puesto en medio de la humanidad su reino; y el reino de Dios ha de comenzar a construirse ya en esta tierra. Haber predicado una Iglesia con solo esperanzas más allá de la muerte, ha sido falsear el reino de Dios. El reino que Cristo predicó y constituyó es precisamente aquel, el de su soplo, el de estos hombres concretos que van peregrinando por la historia con la responsabilidad de hacer de la historia la transformación del reino de Dios. No es que ambicionemos poderes temporales. A la Iglesia le salen sobrando cuando ella tiene la gran responsabilidad de santificar todas las instituciones humanas. Ella no necesita quitar el poder, quitar el

dinero, quitar a nadie sus ídolos. La Iglesia solo necesita corazones que se conviertan a Cristo, que se purifiquen como vasos limpios para que sobre ellos descienda la nueva vida que quedó inaugurada en la misma resurrección y en Pentecostés.

Desde hace veinte siglos, pues, la Iglesia sigue siendo noticia y sigue celebrando su cumpleaños año con año. Un año más agregamos hoy a la vida de la Iglesia en este Pentecostés. Y podemos decir que en 1978, cuando la Iglesia universal, a la que se une esta bella Iglesia de mi arquidiócesis, está celebrando su onomástico, su día natalicio; está tan joven, tan bella, más hermosa, más extendida, más fuerte, más fiel a su Espíritu. ¡Bendito sea Dios! Vale la pena, hermanos, pertenecer a esta nueva creación y dejarse inundar por esa fuerza del Espíritu que nos identifica con la misión de Cristo, que trajo como misión traer la paz, destruir el pecado, hacer justa la humanidad.

Sería aquí la oportunidad —si hubiera tiempo— de hacer una bella catequesis sobre lo que a través de las páginas de la Biblia se va descubriendo: el Espíritu de Yahvé, el Espíritu de Dios. En hebreo, la palabra original, bíblica, es *ruah*, que en griego es *neuma* y en castellano, espíritu. ¿Qué quiere expresar la Biblia con ese *ruah*, que por primera vez lo encontramos en la boca de Dios frente al barro que va a convertirse en hombre? Desde luego es vida, vida de Dios que se puede comunicar a un hombre. Gn 2, 7

La Biblia, como ustedes saben, tiene muchas expresiones antropomórficas; es decir, que quiere comparar a Dios con un hombre, eso quiere decir antropomórfico. Y comparando a Dios con los gestos materiales del hombre, la Biblia menciona muchas veces ese *ruah* de Dios, ese soplo de Dios, ese espíritu, esa exhalación de Dios como un poder que da la vida, como un poder que transforma el pecado en una moral. A veces ese soplo de Dios se convierte en huracán y la Biblia interpreta que Dios está resollando fuerte. A veces es suave como una brisa y entonces la Biblia interpreta que es el aliento suave de Dios como la brisa. Pero siempre es un poder creador y lo llama santo. Así como llama también santo el brazo de Dios, otra figura antropomórfica porque Dios no tiene brazo; pero la Biblia habla del brazo santo de Dios para significar su poder. Así, dice también el espíritu, el *ruah*, el *neuma*, el aliento santo de Dios, como una emanación de Dios en el orden natural. Y cuando Cristo vino, lo eleva al orden sobrenatural. Y toda la literatura del Nuevo Testamento, trayendo toda esa he- Is 52, 10

rencia del Espíritu de Dios, lo eleva hasta la gran revelación de Cristo, que nos dijo que el espíritu de Dios no es simplemente un resuello de Dios, sino que es una persona: la tercera persona de aquella Trinidad beatísima donde un Padre engendra eternamente un Hijo y donde un Padre y un Hijo se aman tan profundamente, se exhalan su ser tan profundamente que constituye un amor personal. El Espíritu de Dios es el amor, la tercera persona de la Santísima Trinidad. Es lo que se llama en teología una hipóstasis, es decir, una persona, persona como el Padre, persona como el Hijo. Así, el Espíritu Santo lo envía Cristo cuando Él es glorificado, como un testimonio de que Dios ha aceptado la redención y de que viene al mundo a tomar posesión de todos los que creen en Cristo.

Jn 16, 7 Si yo no me voy —les dijo Cristo en la última cena— no podré enviaros al otro consolador, al otro abogado. ¿Ven cómo Cristo habla de otro ser tan divino como Él, tan amoroso como Él, tan potente, tan verídico como Él? Ya a Cristo, como persona de Dios encarnada en un hombre, ya no lo veremos en los caminos de la tierra; pero por los caminos de la tierra veremos los pies de muchos hombres y de muchas mujeres que, siguiendo a Cristo en el Espíritu Santo, son guiados por la fuerza divina de la redención, ya que el Espíritu que Cristo mandó de su seno y del Padre, a esta Iglesia que peregrina en la tierra, es el otro abogado, el que predicará a través de sus ministros, el que seguirá siendo vida de la Iglesia.

Si yo tuviera tiempo, hermanos, analizara el número cuarto de la constitución de la Iglesia del Concilio Vaticano II. Pero a quienes son católicos que se han preocupado de conocer el Concilio, yo les invito a que en este día abran el texto del Concilio en esa constitución dogmática, *Lumen gentium,* que habla sobre la Iglesia, y que en el número cuarto habla de la acción del Espíritu Santo en la Iglesia. Vean qué síntesis más bella hace allí

LG 4 el Concilio de la función del Espíritu Santo en su Iglesia. Dice que el Espíritu Santo la conduce a la plenitud de la verdad. Dice que el Espíritu Santo la renueva en la santidad de sus miembros. Dice que el Espíritu Santo la enriquece en sus dones y en sus carismas, en todas sus comunidades, como nos ha dicho San Pablo en la segunda lectura de hoy, que es otra síntesis bellísima de la función del Espíritu Santo en medio de los hombres. Él es el que suscita las vocaciones, los dones jerárquicos y carismáticos,

el que da perseverancia, fortaleza, a esta misión de la Iglesia a pesar de todas las tribulaciones.

Por eso, en este día del cumpleaños de la Iglesia, hemos de implorar mucho la fuerza del Espíritu para que esta Iglesia, concretamente en la Arquidiócesis de San Salvador, tenga muchos sacerdotes, religiosos, religiosas, catequistas, seglares comprometidos, comunidades que de veras se dejen conducir por la fuerza del Espíritu Santo. Pero baste cuanto se ha dicho para que quede bien claro en nuestra fe y en nuestra esperanza, en nuestra alegría pascual, que nosotros tenemos la dicha de pertenecer a esta Iglesia que es, en medio del mundo, el signo eficaz de una nueva creación. Y entonces tratemos, católicos, si de verdad tenemos fe en el Espíritu Santo, de dejamos renovar, ser hombres nuevos, de esos que necesitan las estructuras nuevas y hacer de nuestra patria una patria nueva, y hacer de todos los pecados de El Salvador y de todas sus instituciones también el objeto de nuestra misión: destruir el pecado y, en cambio, construir el reino de Dios.

Si de veras somos el pueblo que ha invadido el Espíritu Santo —y en El Salvador tiene que ser el católico salvadoreño un germen de renovación—, si la Iglesia es la depositaria de aquel soplo creador del Redentor para hacer de todos sus seguidores liberadores auténticos de la verdadera libertad del pecado y para la verdadera promoción de la vida en gracia de Dios, hacer hijos de Dios, ciudadanos del cielo, no permitamos que este país, tan gloriosamente llamado el del Divino Salvador, que así se podía llamar todo el mundo porque todo el mundo que cree en Cristo es una prolongación de su divina salvación..., pero nosotros, salvadoreños, con mayor empeño, hagamos de nuestro bautismo, de nuestro compromiso, de nuestro Evangelio, verdaderamente una promesa fiel. A pesar de todo, de que hemos de trabajar impulsados por el Espíritu, lo sentimos todos, pero no todos somos fieles a Él. Sentimos que nos reprocha nuestras cobardías, pero no somos capaces de superar esas cobardías. Sentimos que sopla fuertemente para hacernos más valientes y somos cobardes y hasta traidores y mentimos, cuando Él es el Espíritu de la verdad. No debían llamarse cristianos aquellos que han recibido el Espíritu Santo y lo están tratando a bofetadas porque solo viven de la mentira, de la injusticia, de la calumnia, de la violencia y de todo aquello que es reprimir la vida del Espíritu. Ojalá

nuestra Iglesia fuera, de veras, la nueva creación en medio de todas las circunstancias de nuestra historia.

El Espíritu Santo, renovación del mundo actual[1]

Finalmente, hermanos, mi tercer pensamiento es que el Espíritu Santo renueva a nuestro mundo actual. Y yo aquí me voy a concretar a tres acontecimientos de este Pentecostés glorioso de 1978.

El primer acontecimiento fue el de anoche, la confirmación de los jóvenes. Doscientos jóvenes llenaban esta catedral en la vigilia de Pentecostés. Con sus padrinos, con sus padres y madres hicieron una promesa al Espíritu Santo de recibirlo en el sacramento augusto de la confirmación y de ser fieles a su inspiración. Cuando terminaba la ceremonia, un joven estuvo en este mismo ambón donde ahora predico y dirigió a la juventud un mensaje[2] muy conmovedor. Yo quiero subrayar sus dos grandes iniciativas.

Le dijo a todos los jóvenes, principalmente a los doscientos que se confirmaban anoche, que siguieran reuniéndose para meditar en la palabra de Dios, que organizaran pequeños grupos de reflexión. Ya sabemos, hermanos, lo peligroso que esto constituye hoy en nuestro ambiente, cuando la reflexión de la palabra, el estudio de nuestra religión que trata de concientizar al hombre desde la palabra de Dios, que increpa al cobarde y que no quiere conformismos y que quiere justicia y que quiere verdadero orden y no quiere atropellos. La palabra de Dios es conflictiva y, por eso, reunirse en torno de la palabra de Dios para meditarla es un reto no subversivo, sino constructivo. Y la juventud se ha comprometido anoche a reflexionar en esa palabra de Dios.

Y la otra iniciativa fue que, desde anoche, la juventud que se confirmaba en catedral de San Salvador ha lanzado una invitación, que casi diría un reto, a toda la juventud de la arquidiócesis para que se preparen ya desde ahora a celebrar en la Semana Santa de 1979, en la noche del Sábado Santo, una Pascua de ju-

[1] Monseñor Romero reúne bajo este título su acostumbrada sección dedicada a comentar la vida de la Iglesia y los hechos de la semana.

[2] *Cfr.* "Celebrando nuestra vida. Mensaje de la juventud", *Orientación,* 21 de mayo de 1978.

ventud, una Pascua que en la juventud salvadoreña proclame que Cristo vive, que Cristo ha resucitado y que el mejor argumento de su vida perenne no es el sepulcro vacío, sino la vida de los jóvenes que encarnan el entusiasmo, la alegría, la sinceridad, el espíritu de renovación de Cristo.

Este hecho, para mí, ha constituido el gesto más hermoso que el Espíritu Santo nos ha regalado en este Pentecostés de 1978. Yo quiero felicitar y agradecer a los colegios católicos, a las parroquias, a las comunidades que colaboraron con esta hermosa iniciativa de la confirmación de la juventud. Y queda así también confirmada nuestra voluntad de que la confirmación no tiene que ser sacramento de niños inconscientes, tiene que ser de jóvenes. Y que desde el primer domingo de Adviento, o sea, desde diciembre, noviembre de este año, ya no se permitirá confirmarse a los niños chiquitos. Traten de comprendernos, hermanos; se trata del bien de esos mismos niños. Es muy distinto ser confirmado sin darse cuenta, que ser confirmado como anoche en plena juventud, cuando se siente en el corazón el batir de nuevas pasiones, de nuevas circunstancias en el mundo, cuando el bautizado de niño comprende, al llegar a la juventud, que necesita una nueva fuerza del Espíritu Santo. Por eso, fue grande nuestro Pentecostés, porque doscientos jóvenes conscientemente han abierto sus manos y su corazón para decir: ven, Espíritu Santo, a llenar la alegría de mi juventud.

El segundo acontecimiento es que hoy es el Día del Seminario. Este acontecimiento que El Salvador une con Pentecostés debe hacernos reflexionar muy bien no solo para enviar un saludo de admiración y de cariño a los jóvenes que han intuido el llamamiento de Dios para el sacerdocio en una hora en que ser sacerdote o es estar loco o es ser un héroe. No se da medio. Sacerdotes mediocres, sacerdotes a medias, sacerdotes en componendas con Dios y con el diablo, no son auténticas vocaciones. Saludamos y admiramos a los jóvenes que llenan hoy el seminario y que saben que comprometerse con el sacerdocio, si no están locos, es porque anhelan un gran heroísmo; y vale la pena ser protagonistas con Cristo mediante su espíritu de fortaleza, para predicar un reino en medio de tantas idolatrías del mundo.

A todos nos interesa, queridos hermanos, tener un aprecio muy grande del seminario. San José de la Montaña no solo es un

monumento de cemento armado a los pies de San José, San José de la Montaña, sino que es una escuela del sacerdocio de la Iglesia al que debe de converger, como a un símbolo de esperanza, toda la vida de la diócesis para apoyarlo con oraciones, con apoyos morales; a no desanimar a nuestros jóvenes sino, al contrario, decirles desde el mundo cómo son los sacerdotes que estamos esperando de ese seminario. Y, sobre todo, hermanos, comprender que en una hora de transformaciones tan profundas —como lo estaba diciendo el seminarista aquí antes de la misa— la figura del seminarista de hoy no puede ser la figura de las viejas tradiciones sin llegar a ser un guerrillero, porque el seminario no es una escuela de guerrilleros aunque así lo hayan querido calumniar. El seminario es una escuela de promoción de jóvenes, de un sacerdocio joven, de un sacerdocio como lo necesitan los pueblos de hoy, de un hombre que, siendo verdaderamente un hombre de oración, muy comprometido con Dios, sepa también ser un hombre del pueblo, en medio del pueblo, voz del pueblo, sintiendo con su pueblo sus angustias y sus esperanzas. Y, gracias a Dios, estos son los seminaristas que abriga hoy San José de la Montaña.

Y también, hermanos, no olvidemos que la condición humilde de las familias de donde procede la mayoría de las vocaciones necesita la comprensión, no la limosna, sino la responsabilidad de que es todo el pueblo de Dios el que necesita esos sacerdotes. Y que si hay familias que, aunque muy pobres, han dado a su propio hijo para el sacerdocio, justo es que otras familias a las que Dios no les ha querido dar una vocación sepan hacer suyo ese honor ayudando generosamente al seminario. Hoy, hermanos, cuando el pretender ser sacerdote encuentra tantos obstáculos y no encuentra la facilidad económica, no importa; nuestra fuerza está en el Espíritu Santo que sabrá suscitar en el pueblo generoso la ayuda que está haciendo posible mantener un seminario repleto de vocaciones.

Yo quiero hacer honor aquí y felicitar al equipo de jóvenes sacerdotes que, representando a la Iglesia de todo El Salvador, están formando con mucha seriedad a estos jóvenes. Yo quisiera que el pueblo los conociera para que tuviera una idea exacta de que esos sacerdotes que forman a nuestro futuro clero no tienen nada de esas falsas acusaciones que muchas veces quieren desprestigiar la obra del seminario.

Quiero también tributar, en este marco del seminario, un voto de admiración y de gratitud profunda a aquella figura inolvidable que se nos fue, el padre Ladislao Segura; pero que el seminario, en un gesto de agradecimiento entrañable, recogió su cadáver para guardarlo junto al Santísimo Sacramento y a la Virgen donde los seminaristas oran; allí estará siempre en oración el cadáver de un hombre que consumió, diríamos, toda su existencia sacerdotal, oculta como la violeta, al servicio de este apostolado al que me estoy refiriendo.

Y finalmente, hermanos, un tercer acontecimiento de este Pentecostés es una proclamación evangélica de la justicia en medio de las realidades de nuestro país. Hace quince días en este mismo lugar, yo expresaba textualmente estas palabras:

"Hermanos, no podemos olvidar que un grupo de abogados lucha por una amnistía y publica sus razones que le han movido a pedir esta gracia en favor de tantos que perecen en las cárceles. Estos abogados denuncian también anomalías en el procedimiento de la Cámara Primera de lo Penal, donde el juez no permite a los abogados entrar con sus defendidos, mientras que se permite a la Guardia Nacional una presencia que atemoriza al reo que muchas veces lleva las marcas evidentes de la tortura. Un juez que no denuncia las señales de la tortura, sino que sigue dejándose influenciar por ella, en el ánimo de su reo, no es juez justo. Yo pienso, hermanos, ante estas injusticias que se ven por aquí y por allá hasta en la Primera Cámara y en muchos juzgados de pueblos, ya no digamos, jueces que se venden[3]. ¿Qué hace la Corte Suprema de Justicia? ¿Dónde está el papel trascendental en una democracia de este poder que debía estar por encima de todos los poderes y reclamar la justicia a todo aquel que la atropella? Yo creo que gran parte del malestar de nuestra patria tiene allí su clave principal: en el presidente y en todos los colaboradores de la Corte Suprema de Justicia, que con más entereza deberían de exigir a las Cámaras, a los juzgados, a los jueces, a todos los administradores de esa palabra sacrosanta, la justicia,

[3] Esta denuncia provocó la reacción de la Corte Suprema de Justicia que emplazó a Monseñor Romero a presentar los nombres de estos jueces. Monseñor Romero preparó minuciosamente por escrito la respuesta, que leyó en este momento de la homilía. *Cfr.* "Monseñor Romero responde a la Corte Suprema", *Orientación*, 21 de mayo de 1977.

que de verdad sean agentes de justicia. Yo quiero felicitar a los abogados, cristianos o no cristianos, pero con gran sentido de justicia, que están poniendo el dedo en la llaga. Ojalá todos nuestros abogados sean de verdad una esperanza de la justicia tan maltratada en nuestro ambiente". Esto fue lo que dije hace quince días[4].

El secretario de la Corte Suprema de Justicia me ruega "de la manera más respetuosa, expresar los nombres de los jueces venales" a que me referí en la citada homilía[5]. A propósito de esta honrosa comunicación, debo aclarar, principalmente en atención a la posible confusión de la opinión pública provocada por la publicación de la Suprema Corte de Justicia y por los comentarios de la prensa nacional[6], que, ante todo, agradezco y me alegra la oportunidad que la Corte Suprema de Justicia me ofrece para ampliar lo que dije en mi homilía pronunciada el 30 de abril del corriente año en la misa de la catedral. Y lo agradezco y me alegro porque, al fin, después de tanto tiempo de estarse denunciando estas cosas, la Corte Suprema de Justicia declara públicamente su intención de empezar a sanear lo que está malo en ese supremo poder tan trascendental para la paz de nuestra vida nacional.

Segundo, que el atento llamado de la Suprema Corte de Justicia no significa un emplazamiento jurídico, ya que obviamente no responde a figura alguna regulada por las leyes y que, por tanto, mi respuesta es una espontánea reafirmación de mi compromiso pastoral en defensa de la justicia, de la verdad y del pueblo.

También declaro que la respetuosa nota de la Secretaría de la Corte Suprema de Justicia ha mutilado la palabra y deformado el espíritu de mi citado mensaje, pues intenta constreñirme a que exprese los nombres de los "jueces venales" a que entonces me referí, siendo así que yo no he usado textualmente ese término "venal" citado entre comillas por la nota. Y, si ciertamente mencioné en mi homilía "jueces que se venden", se trata de un término meramente incidental en todo el contexto de mi mensaje

[4] *Homilía* del 30 de abril de 1978, pp. 448-449 de este tomo.

[5] Nota de la Secretaría de la Corte Suprema de Justicia, *La Prensa Gráfica,* 8 de mayo de 1978.

[6] En una nota periodística de *La Prensa Gráfica*, del 9 de mayo de 1978, se afirmaba que monseñor Romero podría ser procesado judicialmente.

que denunciaba irregularidades más generales que atañen a todo el sistema de la administración judicial. Poner un énfasis exclusivo en ese término incidental, sin mencionar el contexto general que lo enmarca, es un procedimiento ilógico e injusto, por no sospecharlo malicioso, pues con ello la Corte Suprema de Justicia da la impresión de que quiere ocultar o distraer la opinión pública, del punto central de mi mensaje que —repito— fue y sigue siendo denunciar un mal social enraizado en las instituciones y procedimientos que están bajo la responsabilidad de ese honorable tribunal.

Tercero, por lo demás, es un hecho bien conocido que la prueba de los actos de venalidad, que la Suprema Corte me invita a presentar, es una de las más difíciles de aportar, por la sencilla razón de que el delito alcanza al funcionario que se vende, como a la persona que lo compra y a todos aquellos que han colaborado en la negociación; por ello, resulta muy difícil que quien ha estado involucrado en tales hechos quiera testificar respecto de ellos.

Cuarto, debo también aclarar que mi perspectiva de pastor cuando predico mis homilías es de carácter teológico y no jurídico. Muchas veces lo he repetido, que el lenguaje y la actitud de la Iglesia no invade los campos de la técnica humana o de la política, sino desde una competencia evangélica que la obliga a denunciar el pecado donde quiera que se encuentre. Es, por tanto, como pastor que yo expreso, con ánimo de que se corrija, esas anomalías, el clamor del pueblo oprimido por el pecado y la injusticia del mundo. A la Corte Suprema de Justicia toca, como institución que en una auténtica democracia debe vigilar el cumplimiento de las leyes y denunciar el abuso de los demás poderes del Estado, "proceder al enjuiciamiento de la ley y deducir responsabilidades correspondientes", como lo expresa con elocuencia la nota que de ella tuve el honor de recibir.

No soy yo, pues, el indicado para expresar unos nombres que la Suprema Corte puede investigar teniendo en cuenta, por ejemplo, las conocidas agrupaciones de madres o familias de reos políticos o desaparecidos o desterrados y tantas denuncias de venalidad publicadas bajo la responsabilidad de los medios de comunicación social no solo en el país, sino también en el extranjero. Por lo demás, el concepto de venalidad creo que, por lo menos desde mi perspectiva teológica, lo llena cualquier funcio-

nario que recibe del pueblo un salario para que administre justicia y, en cambio, se hace cómplice de la injusticia estimulado por complacencias pecaminosas; y este fenómeno puede investigarlo con más facilidad quien tiene, junto con los instrumentos adecuados, la misión y el deber grave de hacerlo.

Pero —quinto—, sin duda alguna, de mucha mayor gravedad que los casos de venalidad, son aquellos otros que sí demuestran un desprecio absoluto de la honorable Corte Suprema de Justicia por las obligaciones que la Constitución Política le impone, la cual todos sus miembros se han obligado a cumplir. Esa honorable Corte no ha remediado estas situaciones, tan contrarias a las libertades públicas y a los derechos humanos, cuya defensa constituye su más alta misión. Tenemos, pues, que los derechos fundamentales del hombre salvadoreño son pisoteados día a día, sin que ninguna institución denuncie los atropellos y proceda sincera y efectivamente a un saneamiento en los procedimientos.

a) Se consagra que —artículo octavo de los Derechos Humanos— "toda persona tiene derecho a un recurso efectivo, ante los tribunales nacionales competentes, que la ampare contra actos que violen sus derechos fundamentales reconocidos por la Constitución o por la ley". Concretamente en nuestro país, el artículo 164 de nuestra Constitución dice: "Toda persona tiene derecho al *habeas corpus* ante la Corte Suprema de Justicia o Cámaras de Segunda Instancia, cuando cualquier autoridad o individuo restrinja ilegalmente su libertad". Varios jueces ejecutores, en actitud honesta y valiente, han informado a la Corte Suprema de Justicia sobre las imposibilidades que se encuentran en los cuerpos de seguridad para llevar a cabo su sagrada misión constitucional.

b) Reza la Constitución Política en el artículo 164: "Ninguna persona puede ser privada de su vida, libertad, ni de su propiedad o posesión, sin ser previamente oída y vencida en juicio con arreglo a las leyes; ni puede ser enjuiciada dos veces por la misma causa". Cabe señalar, y esta situación ha sido para mí especialmente dolorosa, que hemos recibido a tantas madres y esposas de personas que se encuentran desaparecidas. Algunos, desde acontecimientos que son del dominio de todos los salvadoreños; otros, en situaciones bien especiales que hacen presumir la intención con que se dan estos desaparecimientos. Varias

madres, esposas e hijos, que de extremo a extremo, en todo el territorio han recorrido el triste calvario de la búsqueda de aquel ser querido, sin encontrar absolutamente ninguna respuesta. Nos consta que existen cerca de ochenta familias con algún miembro que ha sido capturado, sin que hasta hoy hayan sido consignados a ningún tribunal. Manifiesto ante esta gravísima situación, que día a día rasga dolorosamente el corazón de estas madres, esposas e hijos, una sola máxima del artículo noveno de la Declaración de los Derechos Humanos: "Nadie podrá ser arbitrariamente detenido, preso ni desterrado".

c) Reza la Declaración Universal de los Derechos Humanos, artículo 13: "Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso del propio y a regresar a su país". Recuerdo también este derecho, contemplado en la Constitución, que protege a todos aquellos salvadoreños que se encuentran en angustioso exilio. Artículo 154 de la Constitución: "No se podrá expatriar a ningún salvadoreño, ni prohibírsele la entrada en el territorio de la República, ni negársele pasaporte para su regreso u otros documentos de identificación". Se declara esto oficialmente y, por otro lado, no se escucha la denuncia de aquellos salvadoreños que no pueden ingresar al país.

d) "Toda persona tiene derecho a dirigir sus peticiones por escrito, de manera decorosa, a las autoridades legalmente establecidas; a que se le resuelvan, y a que se les haga saber lo resuelto" (artículo 162 de la Constitución). No podemos olvidar, entonces, que varios abogados, así como algunos ciudadanos en el ejercicio de sus derechos, han presentado respectivamente, una petición de amnistía para todas aquellas personas involucradas en los acontecimientos de San Pedro Perulapán y un recurso de inconstitucionalidad de la Ley de Defensa y Garantía del Orden Público. Hasta este momento, después de varias semanas desde su presentación, no hemos escuchado ninguna resolución por parte de quienes compete dictarlas.

e) La prensa ha divulgado varias situaciones anómalas que dejan un tremendo malestar en el pueblo. Se denuncia a funcionarios administrativos y judiciales, y a pesar de que estas posibles irregularidades son del dominio público, no hemos notado un interés delicado y justo por parte de las autoridades competentes. No es mi intención especificar detalles acerca de estos hechos. Estoy convencido que si verdaderamente existiera un

interés social en el manejo de la cosa pública, los hechos serían investigados exhaustivamente con el fin de lograr un verdadero y auténtico bienestar social, así como sentar precedentes.

f) Tanto la Declaración Universal de Derechos Humanos, como nuestra ley fundamental —como lo he dicho—, consagran el sagrado derecho a la libertad, el que ha sido violentado de diversas formas. "Ningún poder, autoridad o funcionario podrá dictar órdenes de detención o prisión si no es de conformidad con la ley, y estas órdenes deberán ser siempre escritas"[7]. Contrariamente, hay personas que son capturadas por los cuerpos de seguridad y puestos a la orden del tribunal después de transcurridos más de ocho días, sin observar las prescripciones constitucionales; personas que han sido detenidas ilegalmente y retenidas en los cuerpos de seguridad hasta por más de treinta días. Estas situaciones son del dominio público, vertidas en noticias periodísticas y, en ocasiones, dolorosas, como las sucedidas en Aguilares, El Paisnal, San Pedro Perulapán, San Marcos Lempa. Ante esto, de conformidad con articulados de la Constitución y de la ley penal, sé perfectamente que hay términos legales que tienen obligación de cumplir los cuerpos de seguridad para consignar a los reos que custodian, y que existen disposiciones penales para que esa custodia no sea violenta, atemorizadora para la persona detenida. ¿Y cuántos reos no han sido presentados ante los tribunales con evidentes marcas y señales de malos tratamientos?

g) Los obreros, de conformidad al artículo 191 de nuestra Constitución "tienen el derecho de asociarse libremente para la defensa de sus respectivos intereses, formando sindicatos". Este principio: a "fundar sindicatos y a sindicarse para la defensa de sus intereses" —artículo 23 y 4 de los Derechos Humanos[8]— es vulnerado en diversas formas: desde el hecho de restringir la libertad de dirigentes obreros, hasta otorgar sutilmente prebendas y concesiones a aquellos laborantes que rechacen la organización sindical. Ya no digamos el derecho que "tienen los trabajadores a la huelga" (artículo 192 de la Constitución Política). Esta medida utilizada en caso extremo por el obrero salvadoreño ha sido reprimida y tergiversada a mansalva. Se dice que la

[7] Constitución de la República de El Salvador, 1962, Art. 166.
[8] En realidad se trata del artículo 23, inciso 4.

mayoría de las huelgas son "subversivas", "que obedecen a consignas internacionales", a pesar de que, como medida legal, son puestas en práctica por el trabajador para defender contratos colectivos de trabajo, salarios, días de vacaciones reconocidos en la ley laboral y para proteger sus intereses profesionales. Conforme a la Declaración Universal de los Derechos Humanos y a nuestra Carta Magna, la sindicalización está consagrada como un derecho social. Es imposible, entonces, entender todas las inconveniencias, trabas y obstáculos pormenorizados que se le presentan al jornalero agrícola para lograr la práctica de esa facultad elemental.

Sexto, finalmente, ante todas estas situaciones del dominio público, nos parece que el poder judicial, generalmente, se ha replegado en su intervención, la que, como manifesté en la homilía aludida, es básica e importante. ¿Dónde está —pregunté entonces—, el papel trascendental en una democracia de este poder que debería velar y reclamar justicia a todo aquel que la atropella? Esta denuncia que se inspira en un positivo *animus corrigendi* y no en un mal espíritu de maledicencia, la creo un deber hacerla en mi condición de pastor del pueblo que sufre la injusticia; me lo impone el Evangelio por el que estoy dispuesto a enfrentar el proceso y la cárcel aunque con ello no se haga más que agregar otra injusticia.

Quiero terminar agradeciendo sinceramente a las innumerables personas, especialmente a los amables profesionales y estudiantes del derecho que se han dirigido a mí, haciéndose solidarios de esta franca preocupación de la Iglesia por la justicia en nuestro país. Lo agradezco, sobre todo, porque esta colaboración es una positiva construcción de la paz. Pues esta Iglesia, hermanos, del Espíritu Santo viene proclamando desde los lejanos tiempos del profeta Isaías, y hoy lo repite con la renovada juventud de este Pentecostés de 1978, en medio de la dramática realidad de nuestro pueblo, que la paz solo puede ser el producto de la justicia. "*Opus iustitiae pax*" (Isaías 32, 17).

Proclamemos ahora nuestra fe...[9]. Muchas gracias por esa rúbrica que han puesto en mi pobre palabra. Y ahora, llenos de fe y esperanza en el Espíritu que anima esta Iglesia, digamos: Creemos en un solo Dios...

[9] El pueblo ovacionó a monseñor Romero con un prolongado aplauso.

El Dios de nuestra fe

Santísima Trinidad
21 de mayo de 1978

Éxodo 34, 4b-6.8-9
2 Corintios 13, 11-13
Juan 3, 16-18

Queridos hermanos y estimados radioyentes:

Con el domingo recién pasado culminaba el Tiempo Pascual, y aquellas semanas que llamamos del Tiempo Ordinario, que se interrumpieron cuando comenzó la Cuaresma, vuelven ahora a retomarse. Quedamos allá en el domingo sexto y comenzó el primer domingo de Cuaresma y siguieron los domingos de Pascua hasta Pentecostés; el tiempo más luminoso del año: la Pascua. Ahora continuamos en el domingo séptimo, tocaría hoy; pero como la Iglesia quiere presentarnos como una síntesis de todo ese año litúrgico en este domingo, se coloca aquí, junto con el domingo séptimo, la fiesta de la Santísima Trinidad. Como quien ha recorrido un río hacia arriba y ahora se encuentra con la fuente de donde nace ese torrente, que es nuestra redención: el misterio de Cristo. Toda esta vida de fe que nos congrega todos los domingos, toda esa religión del corazón del hombre, toda esa ansia en la búsqueda de Dios encuentra este domingo su respuesta. Repito, como quien tiene la dicha de encontrarse allá donde nace el río que se convierte en torrente, torrente que hace brotar energías, vida, fecundidad por todas partes. Por eso, podemos llamar esta homilía de hoy: el Dios de nuestra fe.

Este Dios de nuestra fe es un fenómeno que, en muchos hombres y sociedades, se ha degenerado. De allí que hoy tene-

mos necesidad de tomar una conciencia clara de ese Dios tal como nos lo presenta la fe iluminada por la palabra del mismo Dios, que bondadosamente se ha querido revelar y que en las tres lecturas de hoy nos ofrece una imagen muy exacta.

Los falsos conceptos del Dios de nuestra fe

Pero antes de presentar esa imagen, fijémonos en las caricaturas de Dios que se han fingido los hombres. Algunas no son caricaturas, son abstracciones, elucubraciones, pero que dejan frío el corazón y no conmueven con la ternura de un Padre que nos da la vida y que está con nosotros.

Así, tenemos el Dios de los filósofos, el Dios metafísico, el Dios que se descubre a través de las criaturas. Esto es legítimo y Dios se revela en las criaturas. Y cuando uno mira el esplendor del sol, la fecundidad de las cosechas, la belleza de un atardecer en el mar, la majestad de un volcán, la tranquilidad de una laguna, Dios se revela. Pero estas elucubraciones, estas deducciones filosóficas que nos llevan a eso que llamaban y llaman los filósofos "el primer motor", el gran pensamiento que rige la creación, no llena las angustias, las vivencias, las esperanzas íntimas del corazón. Y así, tenemos que, teniendo a la mano esos argumentos de la creación, el Dios que allí se revela no nos parece un Dios íntimo; y para muchos, precisamente esa metafísica, esa filosofía, les seca el corazón y el cerebro y hasta los lleva a veces al ateísmo, al materialismo.

Y allí tenemos uno de los fenómenos más dolorosos de nuestro tiempo: el ateísmo o, por lo menos, la indiferencia frente a Dios. Este Dios desconocido o despreciado o negado, del cual hasta se ha llegado a decir "la muerte de Dios", "Dios ya murió", ciertamente es un Dios que no llena, es un Dios fingido, un Dios que es el producto, a veces, del vacío moral de las personas. Queridos hermanos, el ateísmo, la negación de Dios, casi siempre va junto con un vacío moral del hombre o del pueblo.

Un pueblo, un hombre, donde la ternura de Dios se ha disipado, donde interesa que no exista Dios para hacer injusticias, para cometer el pecado que Dios castiga, es inspiración de un ateísmo práctico. Y por eso, ateo no solo es el marxismo, ateo práctico es también el capitalismo. Ese endiosar el dinero, ese idolatrar el poder es poner ídolos falsos para sustituir al Dios

verdadero. Vivimos, tristemente, en una sociedad atea; o porque unos favorecen una revolución sin Dios queriendo resolver los problemas simplemente a fuerza humana, o porque se está demasiado bien y se idolatra, como si fuera un dios, el bienestar, las riquezas, las cosas de la tierra. También eso es materialismo ateo.

Hay otra forma falsa de Dios y es aquella que fustigó nuestro Señor Jesucristo cuando se encontró en el mismo templo donde el hombre debe ir a encontrarse con Dios. Se encontró una religión superficial, legalista, utilitaria: los fariseos. ¡Qué latigazos morales los del Divino Maestro que dice: a Dios no se le adora en un templo o en otro, a Dios se le adora en todas partes en espíritu y en verdad. Porque ese espíritu y esa verdad se habían disipado en un enrredijo de leyes, una casuística, un conjunto de prácticas exteriores: un Dios, fruto de una legalidad, como que si estuviera contento con solo ver que se lavaban las manos; como si estuviera contento con aquellos fariseos de vestimentas raras en las plazas proclamando a Dios. Y Cristo les dice: "¡Hipócritas, parecen sepulcros blanqueados por fuera, pero por dentro llenos de podredumbre!".

Jn 4, 21-24

Mt 23, 27

¡Cuántas fachadas de piedad por dentro no son más que ateísmo! ¡Cuántas formas de rezar, cuántas prácticas religiosas meramente exteriores, rituales, legalistas, no son el culto que Dios quiere! Y aquí no importa que arrasemos en esta acusación a nosotros mismos, los ministros sagrados, que muchas veces hemos hecho de nuestro culto un negocio y puede entrar el Señor con el látigo en el templo: "Mi casa es casa de oración y ustedes la han hecho cueva de ladrones".

Mt 21, 13

Este Dios ritualista, este Dios de exterioridades, este Dios de beaterías, este Dios que, en el fondo del corazón de quien le está diciendo que lo ama, está recibiendo el ultraje más grande de quien desobedece a su ley y ha hecho consistir su religión, su voluntad santísima, en cosas meramente legalistas y humanas. ¡Qué cuidado tenemos que tener nosotros, queridos hermanos sacerdotes, religiosos, religiosas, seglares piadosos, asociaciones piadosas! ¡Cuántas veces nos creemos los buenos, y los otros son los malos! ¡Cuántas veces frente a Dios nos parecemos al hombre de la plegaria que se acercaba atrevido hasta el altar para decirle: yo no soy como los otros hombres, adúlteros, pecadores, injustos, ni como ese publicano que está allí golpeándose el pecho! Y Cristo dice después de esa oración hipócrita: salidos

Lc 18, 11

del templo los dos; y el publicano humilde, el que no se reconocía digno ni de levantar la mirada a Dios, salió justificado. No el otro, el fariseo, el hipócrita, el soberbio, el beato que despreciaba a los otros, "porque el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado".

Lc 18, 14

Otra forma falsa de un Dios, queridos hermanos, parecida a la anterior, es el Dios espiritualista, es el Dios desencarnado, es el Dios del sacerdote y del levita que pasaron cuando vieron herido al pobre judío y no le hicieron caso. Es el Dios de aquellos que dicen: "¡Ah, la Iglesia ya se metió a política, solo habla de socialismo, solo habla de cosas terrenales!". Y es porque ellos quisieran que no se hablara de esas cosas, que no se le hiciera caso al hombre herido. ¡Eso no es religión para ellos! Religión es ir como el sacerdote y el levita al templo a orar y no tener tiempo para atender las necesidades materiales de la tierra. Y se olvidan que Cristo no justificó esa piedad falsa que se desentiende del hombre. Y, en cambio, alabó como verdadero prójimo al samaritano que, sin ser sacerdote ni levita ni gloriarse de piadoso, se bajó de su cabalgadura y le hizo el bien al herido sin fijarse a quién. Este es prójimo, dice Cristo, haz como él.

Lc 10, 29-37

Este es el verdadero Dios. Por eso, cuando a Cristo le preguntaron: ¿cuál es el principal mandamiento de la ley? Él juntó los dos preceptos: "El primero es este: amarás al Señor tú Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con todo tu ser. Y el segundo es semejante a este: amarás a tu prójimo como a ti mismo". Cuando la Iglesia predica un Dios desencarnado, cuando los predicadores del Evangelio decimos que no tenemos que ocuparnos de las cosas de la tierra para alabar solamente a Dios, cuando unas sectas protestantes predican un Evangelio y critican a la Iglesia católica porque reclama los derechos humanos, es el falso modo de adorar a Dios, aunque sea en templos católicos.

Mt 22, 36-39

El verdadero culto a Dios tiene que ser este: el que encarna ese temor, ese amor, esa adoración, esa fe a lo absoluto, a lo trascendente, en la historia del tiempo, en el momento que se vive. Y desde la fuerza de Dios que trasciende nuestra debilidad, se hace omnipotente la voz de la Iglesia para fustigar, para no dejar pasar el pecado de los hombres que ofende a Dios. Sería falso Dios aquel que predicara a Dios y lo elogiara y no le importara que los hombres injustos pecaran contra Él. Estos son falsos conceptos del Dios de nuestra fe.

¿Cuál es el verdadero Dios de nuestra fe? En las tres lecturas de hoy, hay tres conceptos bellísimos que yo les suplico, hermanos, no se fijen tanto en esta parte negativa, repugnante, odiosa. Solamente la he dibujado así, a grandes rasgos, para que no caigamos en un falso culto a Dios, para que estemos alerta en esta hora de confusiones y no nos dejemos seducir por falsos conceptos religiosos que son muy utilizados para mantener situaciones muy pecaminosas. Sí fijémonos, más bien, en el Dios de Moisés, en el Dios de Cristo, en el Dios de Pablo. Son las tres grandes palabras de hoy.

El Dios de Moisés

Moisés, en uno de los capítulos más bellos del Éxodo, el capítulo 34... Yo les invito a que lo lean en sus propias Biblias este día, no solo el pequeño pasaje que se ha extraído hoy, sino todo el capítulo. Es un bellísimo momento del pueblo de Israel que siente la presencia de su Dios, que a veces se aleja por la mala conducta de los hombres. En este pasaje de Moisés, del Éxodo, por lo menos estos dos conceptos se descubren y se destacan: es un Dios monoteísta y, segundo, es un Dios vivencial.

¿Qué quiero decir? Monoteísta, un solo Dios. El Antiguo Testamento no conoció la Santísima Trinidad. El Antiguo Testamento conoció al Dios único. La Santísima Trinidad nos la vino a revelar después Cristo. Pero el Antiguo Testamento, que trataba de educar la religión de un pueblo que vivía en medio de un politeísmo espantoso... Politeísmo se llama ese fenómeno de muchos dioses; poli —muchos—, teísmo: un sistema de muchos dioses. A cualquier fenómeno se le erigía un dios: el dios de la tormenta, el dios de la fecundidad, el dios de la ira, etcétera. Tantos eran que en el panteón de Roma, donde los romanos recogían los dioses de todos los pueblos conquistados, ya no cabían tantos dioses. Y este era el peligro que Moisés, capitaneando el pueblo de Israel que salía precisamente de Egipto politeísta, de un Egipto donde había muchas formas de dioses, él, que ha recibido del Dios verdadero el encargo de educar en el monoteísmo, en un solo Dios, Dios le reveló esta forma cuando le pregunta Moisés: si mi pueblo me pregunta cuál es el Dios que me ha enviado, ¿qué le voy a responder? Y por primera vez en la historia sonó el sagrado nombre: Yahvé. Dirás al pueblo de Israel: "Soy el que soy." Ex 3, 13 Ex 3, 14

¿Qué quiere decir esta frase? Hay dos corrientes que explican. Una corriente filosófica cómo quisiera presentar la esencia misma de Dios, el ser. Pero hay otra corriente más simpática y hoy tiene mucha simpatía en el mundo, la explicación histórico-salvífica, es decir: Yo soy el que estoy en medio del pueblo, yo soy la esperanza, la actividad, la protección. No soy un extraño a ustedes, estoy en medio de ustedes. Este es el Dios de Moisés. Por eso digo un Dios monoteísta, un solo Dios a quien los ju-
Dt 6, 4 díos en su famosa oración del *semá* clamaban día y noche: "Oye Israel, uno solo es el Dios, lo amarás con todo tu corazón, con toda tu mente, con todo tu ser". Hasta el israelita más niño sabía repetir esa fórmula del monoteísmo: uno solo es el Señor.

Pero ese Dios uno y único es un Dios vivencial. Un Dios que vive la historia, un Dios que no es un absoluto lejano, un Dios que el pueblo lo siente en las vicisitudes de la historia y él sabe, ese pueblo, que tiene su propia historia, que Dios lo ha escogido como un padre a su primogénito. Así se llama Israel en la Biblia, el pueblo primogénito, el más querido, el que siente a Dios como un padre, el que va con él en todas las situaciones difíciles o gloriosas de la historia.

Miren, hermanos, cómo ha pasado todo ese concepto a nuestra hora actual. He aquí unas palabras del Concilio Vaticano II en que, ni más ni menos, el Dios de los cristianos de 1978 es este Dios monoteísta y vivencial. Y por eso, quisiera que esta homilía despertara en el corazón de los hombres, principalmente de los más alejados, de los más pesimistas, de los más injustos, de los más pecadores, la conciencia que debió despertar Moisés cuando reclamaba la adoración y el cariño, la gratitud, el amor, la obediencia, a este Dios que no es un extraño, sino que va con
GS 11 nosotros. El Concilio Vaticano II dice esto: "El pueblo de Dios, movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia y de los planes de Dios. La fe todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre. Por ello orienta la mente hacia soluciones plenamente humanas". ¡Qué preciosa teología de los signos de los tiempos! Los mismos signos de los tiempos, lo estamos viviendo los que tenemos fe en Dios y los que no tienen fe en Dios. El Salvador,

este pequeño país, está compuesto de crédulos y de incrédulos, de hombres de fe y de hombres sin fe. Unos y otros viven los mismos signos; unos y otros viven las realidades de las cuales voy a hablar al final; unos y otros han sentido en esta semana los secuestros, las violencias, las injusticias. Pero mientras para el que no tiene fe, esto supone un callejón sin salida, un fracaso de la historia, para quienes tienen fe —dice el Concilio— sabiendo que al pueblo creyente lo va conduciendo el Espíritu de Dios, lo hace interpretar en una forma más humana los acontecimientos de la historia.

Este es el Dios verdadero, el Dios vivencial, el Dios de Moisés, el Dios de la historia, que no solamente salva en la historia de Israel, sino que salva en la historia de El Salvador. Y ha puesto una Iglesia para que proclame esa fe en el Dios verdadero y purifique del pecado la historia y santifique la historia para convertirla en vehículo de salvación. Esto quiere la Iglesia en El Salvador: hacer de nuestra historia patria, no una historia de perdición, no una historia de ateísmo, no una historia de abusos y de injusticias; hacer una historia que corresponda a los ideales de Dios que ama a los salvadoreños.

Si Moisés hubiera sido salvadoreño en 1978, hubiera oído, junto a la zarza ardiendo, la misma voz del Yahvé que escuchó cuando lo mandó a sacar al pueblo de la tiranía del faraón: soy el Dios que está con vosotros. Hermanos, llenémonos de esta gran confianza en este día en que nuestra Iglesia nos invita a ir a las fuentes de nuestra esperanza, de nuestra religión; encontrarnos con el Dios verdadero, el Dios que nos ama como padre a su familia.

Ex 3, 14

El Dios de Cristo

No es difícil, entonces, pasar al segundo pensamiento. Como dice San Pablo, una frase pintoresca, bellísima: "El Dios de nuestro Señor Jesucristo". Repitámoslo mil veces en nuestra meditación y sepamos que ese Dios de mi pueblo es "el Dios de nuestro Señor Jesucristo". Para eso vino Cristo al mundo. Y aquí tenemos la tercera lectura de hoy, el Evangelio, en que el mismo Cristo nos está diciendo la gran revelación: "Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo, para que no perezca ninguno de los que creen en Él, sino que tengan vida eterna". Para

Ef 1, 17

Jn 3, 16

esto viene el mensajero de la vida eterna, el Hijo único de Dios, aquel que en su esencia divina ha recibido en calidad de Verbo, de Hijo, toda la naturaleza eterna de Dios, toda la vida que no tiene fin, la luz de todas las tinieblas, la solución de todos los problemas, el amor de todas las desesperanzas, la alegría de todas las tristezas. Quien tiene a este Hijo de Dios no le falta nada.

Lc 17, 21 El reino de Dios ya está dentro de vosotros —decía Cristo— si lo aceptáis. Por eso la tremenda palabra con que termina

Jn 3, 18a hoy el Evangelio: "El que cree en Él, no será condenado"; pero el que no cree —óiganlo bien hermanos— el que no cree en este Hijo de Dios, el que no cree en este Cristo, el que no cree en esta Iglesia que es su esposa y su prolongación, ¿qué sucede con él? No habla en futuro: que será condenado; sino que aquí traslada el futuro del que será condenado ya con una condenación

Jn 3, 18b presente, dice: "El que no cree ya está condenado porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios". Ya es un infierno el corazón del hombre incrédulo. No sé cómo pueden vivir los hombres sin fe. No sé cómo pueden vivir los materialistas. No sé cómo pueden vivir los idólatras de las idolatrías de la tierra, los que por defender estas cosas mezquinas, pasajeras del mundo que han de dejar con su muerte, dejan de amar y de creer a aquel que trajo la vida eterna y nos pide, como condición para dárnosla, que creamos en Él y que nos demos, así como el Padre en señal de amor nos entrega —fíjense qué palabra, es palabra

Gn 22, 2 sacrificial: "entregar"—; como cuando Dios le pide a Abraham que le sacrifique a su hijo Isaac, Abraham se lo entrega; como cuando una persona enamorada le pide a otra persona objeto de su amor: "Si me quieres entrégame tal cosa", y a veces: "Entrégate a tí mismo". Esa entrega, ese darse, Dios lo ha realizado: de

Jn 3, 16 tal manera amó Dios al mundo que entregó a su Hijo para que salvara al mundo.

Jn 3, 18a Pues así también dice Cristo en respuesta: "El que cree en Él". Creer es entregarse, creer no es solo asunto de cabeza. Las verdades eternas sí hay que creerlas, pero no basta. Dice San-

St 2, 19 tiago: también el diablo cree que Dios existe y, sin embargo, no se salva nunca. Creer no es solo cosa teórica. Creer es un acto de

Lc 1, 38 voluntad. Creer es María cuando le dice al ángel: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra". Eso es fe: entregarse. Fe es la del niño cuando el papá poniéndole las manos le dice: "¡Tírate!". Y el niño se lanza al vacío con la seguri-

dad de que las manos de su padre no lo dejarán caer. Esto es fe. Esto es lo que dice Cristo: "El que cree en mí, no será condenado". Jn 3, 18a El que se entrega, el que no desconfía, el que aun en las horas más difíciles cree y espera, no será condenado; pero el que no cree, el que no quiere dar el brinco a los brazos de Cristo porque está más aferrado a sus cosas terrenales, el que no cree, el que no tiene confianza en Dios, el que no cree que Dios va con nuestra historia y nos va a salvar, ya está condenado, ya su vida es un infierno. Por eso, quizás, hay tanto infierno en nuestro ambiente, porque son acciones diabólicas las que estamos viendo día a día cuando falta la entrega y la fe en el corazón de los salvadoreños.

¿Qué otra cosa es el Dios de nuestro Señor Jesucristo? El Dios de nuestro Señor Jesucristo no es un Dios único y solitario. Aquí viene la gran revelación que le da nombre a la festividad de este domingo, domingo de la Santísima Trinidad. Fue Cristo el que nos vino a hablar de que Él es Hijo de un Padre; y que con el Padre nos enviará después de su muerte y su resurrección, un Espíritu Santo que vendrá a enseñarnos la verdad y a Jn 14, 26 fortalecer esta Iglesia. He aquí la revelación grande. Dios no es un ser solitario, Dios es tres, Dios es familia, Dios es comunión, Dios es amor que participa con tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Allá en el Jordán, cuando Juan Bautista bautiza a Cristo, el Evangelio nos hace esta gran revelación, la voz del Padre que se oye: "Ese es mi Hijo muy amado"; y la presencia del Mt 3, 17 Espíritu que exhala el amor del Padre y del Hijo en forma de una paloma blanca que posa sobre la cabeza del bautizado divino, el Mt 3, 16 Espíritu Santo. Lo mismo fue en el Tabor, el Padre y la nube luminosa que es como el Espíritu y el Hijo envuelto en esa nube Mt 17, 5 de amor y de gloria: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

A Cristo le debemos la gran revelación de que Dios puede ser amor porque no es un gran egoísta solitario; es amor porque se transmite y se entrega. Toda su naturaleza divina, sin perderla, el Padre la da al Hijo y al Espíritu Santo; sin perderla, el Hijo la da al Padre y al Espíritu; y sin perderla, el Espíritu la da al Hijo y al Padre. El gran misterio que solamente cuando Dios nos conceda en la gloria lo que los teólogos llaman el *lumen gloriae* —la luz de la gloria— para comprender las cosas sobrenaturales, veremos qué inmensa fuente de luz, de alegría, de amor, tiene que ser la Santísima Trinidad. Tal vez el nombre, un poco feme-

nino, no nos dice toda la majestad y la belleza de ese Dios trino y uno, de ese Dios majestad y poder, de ese Dios amor y sabiduría, de ese Dios creación de todo cuanto existe. Allí sí vendría bien, a la luz de este amor trinitario, comprender la belleza de la creación. Solo cuando vemos al Dios de nuestro Señor Jesucristo iluminando nuestras auroras y nuestros mares y nuestros volcanes, entonces sí comprendemos que Dios haya creado un mundo por amor para darlo a sus hijos, con quienes quería entablar una comunión de familia. Y así, la tierra, se comprende que
Rm 8, 22 gima bajo el peso del pecado, porque los hombres no han sabido comprender que todo cuanto se ha creado es para la felicidad de todos los hombres y no para instalarse cómodamente en esta tierra.

El Dios de San Pablo

Y finalmente, queridos hermanos, el Dios de San Pablo —y aquí sintámoslo, ya nosotros una sola cosa con Pablo, el gran cristiano—, el Dios de nuestra comunidad. Es la segunda lectura, donde se contiene uno de los pasajes más nítidos de las funciones de esa Santísima Trinidad en relación con los hombres. Y si nuestro Dios es un Dios vivencial, un Dios de nuestra historia, un Dios de nuestra Iglesia, aquí tenemos, hermanos, para profundizar qué está haciendo este Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. No solamente conversando y siendo felices allá en su cielo y olvidándose de la tierra, como tres grandes señores que, sumamente felices, no les importa la caravana de peregrinos que ha creado. No, al revés. Ese Dios como que vuelca toda su capacidad de Dios sobre esta comunidad que quiere ser la Iglesia; y la Iglesia, fermento de la comunidad de toda la humanidad.

2 Cor 13, 13 Miren lo que dice San Pablo: "La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre y la comunión del Espíritu Santo esté siempre con vosotros". A mí me parece esta palabra como la
Ex 34, 5 de la primera lectura cuando nos dice: "El Señor bajó en la nube y se quedó con Moisés allí y Moisés pronunció el nombre del Señor". Esto es la Iglesia, un Sinaí donde Dios ha bajado y se queda con nosotros. ¡Ah, si lo sintiéramos, hermanos! ¡Ah, si sintiéramos esa presencia divina como la sentía Moisés en la cumbre del Sinaí! La Iglesia es el Sinaí donde ha bajado la Trinidad Santísima en esas tres grandes donaciones que San Pablo menciona hoy:

"La gracia de nuestro Señor Jesucristo". El Hijo, en primer lugar, porque Él fue el mensajero y por Él conocimos lo primero. Él nos dio la gracia. Gracia quiere decir el perdón de sus pecados. Gracia quiere decir el habernos hecho hijos de Dios. Gracia quiere decir el bautismo que hizo de tu niño, de un hijo de la carne, un hijo de Dios. Gracia quiere decir la mano del confesor que tú, agobiado de pecados, sientes que te quita toda la carga: "Yo te absuelvo de tus pecados". La gracia de nuestro Señor Jesucristo es mi mano cuando, dentro de un momento, les voy a dar la comunión, el cuerpo de Cristo, la vida de Dios. Mi palabra no es mía, sino palabra de Dios, y si llega al corazón de muchos que necesitan luz, consuelo, alegría, esperanza, no es virtud mía, es Dios que por mi medio está comunicando la gracia de nuestro Señor Jesucristo. 2 Cor 13, 13a

"El amor de Dios". El amor del Padre, de allá arrancó todo. "Tanto amó Dios al mundo". Hermanos, no nos hemos redimido porque haya existido un solo hombre que haya sido digno de atraer de Dios su perdón, su reconciliación. Todo arrancó de una iniciativa divina, no lo olvidemos. Cuando nos sintamos mejores que otros, no nos enorgullezcamos, porque todo procede de Dios. El que tú no hayas caído en crímenes que criticas, se lo debes a Dios que no te ha dejado caer. Y el pecador que ha caído en los abismos más profundos sepa que su redención no depende de él, sino de Dios; pídale misericordia. Por eso decimos al principio de la misa: "Dios tenga misericordia de nosotros"[1]. Que la iniciativa de Dios de donde arrancó el deseo de enviar a su Hijo... ¡Todo fue una iniciativa de Dios! El amor del Padre. 2 Cor 13, 13b Jn 3, 16

Y cuando el Padre envió al Hijo y el Hijo redimió al mundo muriendo en la cruz y retornando al cielo, de aquel cielo viene —dice San Pablo— "la comunión del Espíritu Santo". Comunión, una vida común, un lazo que une la vida de Dios y la vida del hombre, una corriente que circula de Dios a la humanidad y de la humanidad a Dios; esto es la religión, esto es la Iglesia. 2 Cor 13, 13c

Por eso, en la Iglesia están estas energías: la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo. Miren cómo la Trinidad Santísima logra entonces hacer de los hombres la comunión, la comunidad. Y esto es la

1 *Misal romano*, acto penitencial.

LG 1 Iglesia. La Iglesia —dice el Concilio desde su primera línea— es el sacramento que une a los hombres con Dios y une a los hombres entre sí. Ahora sí quiero fijarme, queridos hermanos, cuando yo pienso en esta comunidad de hombres y, concretamente, de nuestra querida arquidiócesis, la siento tan divina, que siento aquí la iniciativa de Dios que nos congrega, la gracia de Jesucristo que nos da fe y la comunión en el Espíritu Santo que nos conglutina, que nos eleva, que nos alegra, que nos consuela. Pienso en este instante, en esta comunidad arquidiócesis, peregrina en estos cuatro departamentos, tan bonita, tan encantadora en sus comunidades de base, donde los hombres, los jóvenes, las mujeres se conocen cada vez más íntimamente y sienten que, en su corazón que los une, está el amor del Padre, la gracia del Hijo y la comunión del Espíritu Santo. Por eso insisto tanto, queridos hermanos, en que haya más y más comunidades de base. No es un invento de nuestros últimos tiempos; es la gran necesidad de que los hombres cristianos se conozcan, se amen, vivan juntos concientizándose en esta energía divina.

Vida de la Iglesia

Es aquí donde yo quisiera ahora alegrarme con esta comunidad que ha vivido en esta semana momentos muy felices, como fue el Día del Seminario. El resultado ha sido mucha oración por los seminaristas y también mucha ayuda, aunque no toda la necesaria; pero de manera especial quiero agradecer a la Jornada del Sacrificio Voluntario que, por medio de la señorita Refugio Álvarez, entregó como fruto de sus sacrificios mil colones para el seminario.

En este mismo ambiente y como un signo sensible de esta comunidad que es la diócesis, se levanta este templo, la catedral, que, precisamente, por ser el signo de la Iglesia, tiene que ser el blanco de las contradicciones, objeto de muchas murmuraciones, pero también objeto de mucha generosa colaboración. Yo les invito a mirar hacia arriba cuando salgan de la misa y se den cuenta de lo avanzado que van los trabajos de nuestra cúpula y que nos animemos a ayudarla. Que la construcción de una iglesia tiene que ser el producto de todos; no tiene que ser solamente la ayuda, el subsidio, la cosa oficial, sino que tiene que ser el esfuerzo —aunque pequeñito— de todos los que nos sentimos miembros de esa Iglesia significada en su catedral.

Me quiero alegrar también al hablar de esta comunidad que el Espíritu de Dios ha creado en nuestra tierra, mi visita inolvidable a La Laguna, a Comalapa, a La Junta. Tres pintorescas comunidades en aquellas pintorescas lejanías del departamento de Chalatenango. ¡Qué amor del Padre hay en aquellos corazones, qué gracia de Jesucristo hay en la santidad de aquella gente y qué comunión en el Espíritu hay en aquel amor que hacía sentir un solo corazón y una sola alma en las misas que allá celebré y, sobre todo, en las reuniones que luego tuvimos con los agentes de pastoral!

Igualmente, sentí esta comunión en el Espíritu, anoche, cuando estuve en la colonia Morazán junto con las religiosas de la Asunción y los que allá patrocinan la co-familia de Dios. Zona muy pobre, pero que el amor la hace feliz. Hablando también de estas misioneras, alma del trabajo en aquella zona chalateca, las carmelitas misioneras, a quienes felicito de todo corazón. Y una felicitación también a las franciscanas de la Inmaculada, que ayer celebraban cincuenta años de vida en El Salvador desde que monseñor Belloso y Sánchez las instaló en Zacatecoluca y que ahora florecen con muchas vocaciones en todo Centroamérica.

Esta comunidad arquidiócesis quiere también avisar para que celebremos con mucho entusiasmo nuestro *Corpus,* que va a ser el próximo domingo. Propiamente, sería el jueves de esta semana; pero, como ya lo hemos dicho, estas fiestas importantes se trasladan al domingo. Y el domingo a las 4:00 de la tarde, aquí en catedral, les espero a todos para que celebremos nuestra solemnidad de *Corpus,* como un homenaje a aquel Cristo que es alma de nuestra Iglesia.

Hechos de la semana

Ahora bien, hermanos, desde esta comunidad animada por el espíritu de Dios, como Israel en Egipto o en su peregrinar por el mundo, sentimos también que va pasando nuestra peregrinación por horas muy difíciles. Y aquí quiero mencionar atentados terroristas de esta semana: se ametralla la Corte Suprema de Justicia[2], se secuestra a don Ernesto Sol Meza, a don Luis Méndez

[2] El atentado, que fue realizado el 15 de mayo de 1977, causó daños materiales y se lo atribuyó la organización guerrillera Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). *Cfr. El Diario de Hoy,* 18 de mayo de 1978.

Novoa[3] y al señor Fujio Matsumoto[4]. Y una vez más tenemos que decir no a la violencia y recordar, ante estos tres nombres y estas tres familias que están sufriendo esta situación, la palabra y el recuerdo del papa Pablo VI que, precisamente en estos días, ha pronunciado otro "no a la violencia" a propósito del secuestro y asesinato del político y cristiano Aldo Moro. Por falta de tiempo, no les leo el precioso mensaje[5] escrito con su propio puño y letra del papa Pablo VI a los secuestradores para decirles: no los conozco, pero sé que deben tener un poquito de sentimiento humano con alguien que no merece esa suerte, que es digno de todo nuestro aprecio. Podemos decir, hermanos, la violencia no se puede justificar, siempre es inútil, siempre hace mucho mal. Y sí, es cierto que en la moral católica hay situaciones de guerras justas, pero es cuando se han agotado todos los medios razonables, pacíficos.

Y por eso también, en esta señalación de represiones y de violencias, mencionemos la toma de la Cruz Roja por el comité de madres de presos políticos[6].

Mencionemos el ejército reprimiendo una manifestación de campesinos en Zacatecoluca —y como consecuencia, dos muertos[7]—, perseguidos hasta el cantón El Espino.

Recordemos también que hace un año fue ocupada y ultrajada la población de Aguilares, profanada la parroquia, expulsados tres sacerdotes que nos ayudaban tanto en aquella región.

3 Se trata de dos importantes empresarios secuestrados, el 14 de mayo de 1978, cuando salían del hotel *El Salvador Sheraton*. Ernesto Sol Meza era accionista y ejecutivo de varias empresas, entre ellas embotelladora *La Tropical,* y Luis Méndez Novoa, comerciante. *Cfr. La Prensa Gráfica,* 15 de mayo de 1978.

4 Ciudadano japonés y presidente de Industrias Sintéticas de Centroamérica (INSINCA), que fue secuestrado el 17 de mayo de 1978. *Cfr. La Prensa Gráfica,* 18 de mayo de 1978.

5 *Cfr.* "Carta del Papa a los «hombres del Brigadas Rojas» pidiendo la libertad del estadista Aldo Moro", *L'Osservatore Romano*, 30 de abril de 1978.

6 El 17 de mayo de 1978, el Comité de Madres y Familiares de Reos Políticos y Desaparecidos de El Salvador se tomó la sede central de la Cruz Roja y emprendieron una huelga de hambre para exigir la liberación de los presos políticos y el esclarecimiento de los desaparecidos. *Cfr. La Crónica del Pueblo,* 17 de mayo de 1978.

7 Las víctimas fueron Óscar Gabriel Caminos Rojas y José Natividad Arévalo Rodríguez. Esta manifestación fue relizada por FECCAS y UTC el 17 de mayo de 1978, con ocasión del primer aniversario de la ocupación militar de Aguilares. *Cfr. La Crónica del Pueblo,* 17 de mayo de 1978, y *El Diario de Hoy,* 18 de mayo de 1978.

He de mencionar también, en este ambiente de violencia, el ultraje de que fue víctima el querido sacerdote Francisco Mejía[7]; recordándoles que todo aquel que pone manos violentas en un sacerdote queda por el mismo hecho excomulgado; y aunque no se crea en la excomunión, es un hecho que Dios margina de la comunión de su amor en el Espíritu a aquel que comete pecados tan graves.

También en esta semana, se terminó la última etapa del seminario sobre la reforma educativa, y quiero felicitar a los representantes de la Iglesia que hicieron oír la voz de sus criterios. Y espero que una representación tan conspicua, como fue la de la Iglesia aquí en San Salvador, sea tenida en cuenta por las autoridades de educación, ya que la Iglesia habla con un sincero amor al pueblo, por el cual se ha tenido ese seminario.

También se entregó, como se había prometido, el nombramiento de "ciudadano meritísimo" a nuestro querido monseñor Chávez y González. Como yo tenía que andar en aquella misión por los pueblos de Chalatenango que ya mencioné, no pude estar con él. Mi criterio al respecto ya lo dije en una homilía hace quince días.

También quiero decirles que monseñor Revelo bendijo el principio de un edificio para ayudar a los damnificados de los incendios. Ha sido una presencia de la Iglesia con una clase de gente que merece el apoyo de nuestra Iglesia. Por eso les suplico, pues, que en este gesto, miren eso: la presencia de una Iglesia que no puede desentenderse de aquellos que sufren.

Esto es, hermanos, la realidad de nuestro peregrinar actual por la vida; pero, ante todo, que no se nos olvide que este peregrinar de nuestra historia en medio de tantas vicisitudes va acompañada de aquel Dios de Moisés, de aquel Dios de nuestro Señor Jesucristo y de este Dios que está presente en nuestra comunidad. porque es "el amor del Padre, la gracia de nuestro Señor Jesucristo y la comunión en el Espíritu Santo". Nuestra fe, proclamémosla ahora, pues, limpia de toda falsa idea de Dios, para creer y con amor agradecer al Dios presente en nuestro pueblo. El credo será cantado.

2 Cor 13, 13

8 El padre Francisco Mejía fue capturado y torturado por la Guardia Nacional en Cinquera. *Cfr.* "Notas al margen. Sigue la persecución", *Orientación,* 11 de junio de 1978.

Cristo, el pan vivo que da vida al mundo

Cuerpo y Sangre de Cristo
28 de mayo de 1978

Deuteronomio 8, 2-3.14 b-16a
1 Corintios 10, 16-17
Juan 6, 51-59

Queridos hermanos:

El jueves de esta semana era la fecha propia para celebrar el *Corpus* en el calendario oficial y mundial de la Iglesia; pero los obispos de El Salvador, como los episcopados de otros países, han pedido el permiso a la Santa Sede de trasladar estas fiestas muy importantes del Señor al domingo siguiente, a fin de que todos los que asisten a misa el domingo y no pueden asistir entre semana disfruten el precioso mensaje de esas fiestas litúrgicas. Esta fiesta litúrgica, pues, que se ha trasladado a este domingo, se llama la fiesta del cuerpo y de la sangre del Señor. Lo que ordinariamente decíamos la fiesta de *Corpus*, palabra latina que significa "el cuerpo". Siendo, pues, hoy la fiesta del cuerpo y de la sangre del Señor, vamos a llamar a esta homilía con este título: Cristo, el pan vivo que da vida al mundo.

Porque eso es la eucaristía. ¿Qué es la eucaristía? Es el sacramento o misterio de la presencia de Cristo bajo las apariencias del pan y el vino. Sacramento es un signo sensible que puede caer bajo el dominio de nuestros sentidos, como es el pan y el vino, que lo palpamos, lo saboreamos; nuestros sentidos captan la realidad de un signo; pero luego viene la fe y descubre un elemento interior, lo significado por ese signo. Así como cuando

vemos que sale humo detrás de una pared, solo vemos el humo, es el signo; pero luego, el conocimiento dice: allá hay fuego, allá se está quemando algo. La realidad es el fuego, el signo es el humo. Así también, el signo es el pan y el vino. El gusto, el oído, los sentidos —dice Santo Tomás[1]— perciben sabor de pan y sabor de vino, pero tu fe cree firmemente que en ese sabor de pan y de vino ya no está presente lo que los filósofos llaman la substancia, es decir, lo que le da subsistencia a ese pan, a esos sabores, sino que solo han quedado las cosas accidentales, pero que lo substancial se ha transformado en la presencia verdadera del Señor.

El cuerpo y la sangre del Señor son la realidad que se oculta, que se encierra en ese signo visible. Por eso, cuando el sacerdote consagra el cuerpo y la sangre del Señor, se realiza lo que en teología se llama la transubstanciación. Quiere decir que, en vez de la substancia, de la subsistencia del pan y del vino, se ha colocado en su lugar la presencia real, y Cristo queda verdadera, real, sustancialmente presente en esa hostia que sigue teniendo sabor de pan, en ese cáliz que sigue teniendo sabor de vino, pero que ya no se trata como pan y como vino, sino que ya está presente el Señor. Este es el misterio que celebramos hoy.

Y ojalá, queridos hermanos, que al hacer estas reflexiones a la luz de la palabra de Dios, nuestra fe en la eucaristía crezca esta mañana y que nuestra asistencia a misa no sea simplemente un acto rutinario. No venir por costumbre, no venir por curiosidad, sino venir verdaderamente movidos porque venimos cada domingo a encontrarnos con el gran misterio de la presencia del Señor. Y cuando salgamos de misa, ojalá como Moisés, cuando bajaba del Sinaí, que hasta su rostro sensiblemente se había transformado en luminoso porque había estado en la presencia del Señor. Yo les suplico, pues, que pongan todo empeño, a pesar de que allá afuera se empeñan en turbarnos nuestra tranquilidad, que reflexionemos en que de verdad cada domingo tenemos esa dicha. Y a eso nos convencen las tres lecturas de hoy.

Ex 34, 29-30

La primera lectura del Viejo Testamento prefigura en las intervenciones de Dios, a través de la peregrinación del desierto, la realidad que en el cristianismo vivimos: la eucaristía. Ya está presagiada en aquella histórica peregrinación del desierto. La

1 *Cfr.* Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, 3 q. 75 a. 5.

segunda idea será esta: esa prefiguración, esa profecía del Viejo Testamento se realiza plenamente en Cristo, presente en la hostia; y de esto nos habla la segunda lectura y, sobre todo, el Evangelio de San Juan. Y en tercer lugar, el tercer pensamiento que sacamos de estas lecturas es que esta eucaristía, que nos ha congregado y nos congrega siempre a los cristianos, es el alimento y la fuerza de cohesión de esta comunidad que se llama la Iglesia. Y al hablar de esta comunidad que es nuestra Iglesia en San Salvador, mencionaré los hechos históricos por donde va pasando la peregrinación en esta semana, así como el peregrino de Israel atravesaba esas circunstancias históricas durante cuarenta años.

Las intervenciones de Dios a través de la peregrinación del desierto prefiguran la eucaristía

En primer lugar, el capítulo 8 del Deuteronomio, de donde está tomada la primera lectura, es un momento solemne en la historia del Éxodo. Moisés, después de hacer la alianza entre Dios y el pueblo, allá en el monte Horeb, peregrinó cuarenta años por el desierto; y ya nos encontramos en otra montaña: el Moab. Y desde el Moab, Moisés le recuerda a su pueblo las tentaciones, las dificultades que ha atravesado durante cuarenta años y, mirando al futuro ya para entrar a la tierra prometida, le exhorta a ser fiel a ese Dios que los ha acompañado. Este es el momento solemne en que Moisés, viendo hacia atrás el largo recorrido del Éxodo, mira hacia el futuro de la historia de Israel y allí es donde se manifiesta, en esta nueva alianza del Viejo Testamento, el recuerdo de las tentaciones y las razones por que Dios tentaba al pueblo; y, finalmente, las intervenciones de Dios en favor de ese pueblo.

Las tentaciones. Moisés le recuerda al pueblo cómo ha salido de una esclavitud. Era esclavo del faraón, era un pueblo sometido a las humillaciones, y ese pueblo sometido a la esclavitud es sacado por Moisés gracias a intervenciones divinas: las ocho plagas de Egipto para convencer al faraón —que así son los tiranos, cuesta convencerlos—, hasta que llega el máximo castigo de la muerte de los primogénitos de Egipto; entonces sí sale el pueblo y comienza una peregrinación bien difícil. Allí le recuerda ahora en las lecturas, Moisés, al pueblo: ¿recuerdan cuando sintieron hambre y ustedes hasta blasfemaban y suspiraban por Ex 16, 3

volver a comer las cebollas de Egipto? Como que les parecía mejor la esclavitud. ¡Qué le costó a Moisés convencer a un pueblo que va, precisamente, hacia su liberación, pero que le duele sufrir las condiciones de esa liberación! ¿Recuerdan también —les dice Moisés—, la sed que sintieron y cómo también ustedes pusieron a prueba al mismo Dios cuando casi blasfemaban contra Él?:
Ex 17, 3 ¿para qué nos sacaste de Egipto?, ¿para que muriéramos de sed en el desierto? ¿Y recuerdan, sobre todo, el duro desierto por donde hemos pasado? ¡Qué sequedal, sin una gota de agua!
Dt 8, 15 ¡Qué alimañas del desierto: alacranes, serpientes! ¡Qué difícil ha sido todo esto! Son las tentaciones, las dificultades de la peregrinación. Y Moisés les da una razón a estos peregrinos que ya han pasado esa tribulación. ¿Por qué permitió Dios todo esto? Les
Dt 8, 2 dice: "Para afligirte, para ponerte a prueba, para conocer tus intenciones, a ver si eras fiel a sus preceptos".

Hermanos, no olvidemos. Esta palabra de hoy es la respuesta a muchas inconformidades, a las situaciones difíciles de la historia. Como Moisés, preguntémonos cuando hay tribulaciones en la sociedad, cuando nos encontramos —como en estos días— como en un callejón sin salida: ¿por qué lo permite Dios? Y Moisés les re-
Dt 8, 2 cuerda al pueblo: "Para afligirte, para ponerte a prueba, para conocer tus intenciones". Son las dificultades las piedras de toque en que se conoce el oro fino de los verdaderos hombres, de los verdaderos cristianos, así como también es, en esas circunstancias, cuando los hombres blasfeman, cuando los hombres critican contra Dios y su reino, contra Moisés que los guía, y prefieren vivir en sus comodidades aunque sea como esclavos.

¡Qué cuesta comprender que las pruebas de Dios, las dificultades del camino, son las monedas con que se compra la libertad, la dignidad, la alegría de ser libres! Y recuerden —les dice Moisés finalmente— que esas pruebas, con esas intenciones divinas, fueron aminoradas, fueron al fin un recuerdo del que
Dt 8, 14b Dios vino a protegernos también. Y entonces les recuerda Moisés cómo los sacó de Egipto, es una realidad, ya salimos de aquella esclavitud; y cómo cuando en el desierto sufríamos la angustia de la soledad, de la intemperie, el hambre, la sed, allí estaba Dios con nosotros.

Y aquí vienen los preciosos signos sacramentales. Miren cómo se bosqueja ya la presencia de Dios bajo signos sacramentales. Moisés les menciona cuatro:

El primero, la nube que los defendía del sol. Cuenta el Éxodo que una nube en la que Dios iba, refrescaba los ardores de aquel sol del desierto. Ex 13, 21

Les recuerda Moisés: cuando teníamos hambre, amaneció junto a nuestros campamentos una cosa misteriosa que hizo preguntar en hebreo a los israelitas *man hu,* que quiere decir "¿qué es esto?". El maná es un interrogante, un alimento misterioso que Dios mandaba a nuestra hambre. El maná un signo sacramental. Ex 16, 15

Y cuando nos moríamos de sed, Dios me mandó golpear con la vara misteriosa la roca y de la piedra salió agua en la que apacentaron su sed todos ustedes y hasta todos los animales que traíamos. Y según una leyenda de los rabinos, aquella piedra iba siempre acompañando al pueblo peregrino y, cada vez que había sed, Moisés golpeaba la roca y brotaba el agua. Era signo también sacramental de una presencia de Dios en medio del pueblo. Ex 17, 6

Y el otro signo es el mar. El mar se abre de par en par para dejar pasar al pueblo que va de su cautiverio mientras que, al pasar Israel, se cierra otra vez sobre los ejércitos de Egipto, que perecen. Mientras, Moisés canta al otro lado: cantemos al Señor que ha hecho maravillas, ha liberado a su pueblo. Ex 14, 21-22 Ex 15, 1

Aquí ven las señales sacramentales. Lo que importa para la Biblia no es la nube, ni el maná, ni el mar, ni la roca; lo que importa es algo más grande: la presencia de Dios. Y por eso, el Deuteronomio comenta la palabra que Cristo usó también en sus tentaciones del desierto: "Para que aprendieras que no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios". Este texto es clásico en la Biblia, tan clásico que aquí se expresa toda la teología de la palabra de Dios. Cuando el lector en este ambón lee la Biblia, termina diciendo: "Palabra de Dios". Y Moisés en este lugar, al narrar la protección de Dios en el hambre de los israelitas, haciendo llover maná, pan misterioso, es cuando dijo esa palabra: ya ven que no solo de pan vive el hombre. No solo las comidas de Egipto, no solo las comidas que amasamos con nuestras manos. Dios tiene una palabra creadora, una palabra que hace brotar pan y que podía convertir en pan las piedras del desierto, una palabra omnipotente, una palabra que, cuando se hace persona divina, es el Hijo de Dios, el Verbo, la Palabra que se encarna y es Jesucristo. Esto es lo que interesa: que en esos sacramentos está la palabra omnipotente, encerrada, de Dios. Dt 8, 3 Jn 1, 14

La prefiguración del Viejo Testamento se realiza plenamente en Cristo, presente en la hostia

Por eso, el segundo pensamiento lo saco de la segunda lectura. San Pablo, escribiéndole a los corintios, trata de explicarles, precisamente, lo que Moisés predicaba a Israel. Pero Moisés no conoció a Cristo más que en promesas; Pablo tampoco conoció personalmente a Cristo porque lo perseguía, pero ya convertido ha descubierto quién es Cristo, y en su preciosa epístola a los
1 Cor 11, 23 corintios dice: yo les voy a contar lo que he recibido de aquellos que tuvieron la dicha de comer y beber y platicar y andar con Él, que Él inventó este sacramento, que el pan se convierte en su cuerpo y el vino en su sangre.

Y todo esto que pasó Moisés con su pueblo, cuando atrave-
1 Cor 10, 6 só el desierto, sucedía en figura; figura, preanuncio, profecía, promesa. Ahora, en cambio, los cristianos ya tenemos el cumplimiento de esa promesa y de esa profecía. Y aquí San Pablo nos enseña que, sobre todo, en los dos signos del desierto —la piedra que hace brotar agua Dios, y el hambre que queda saciada con el maná— están los dos signos prefigurativos de este gran sacramento que es la eucaristía.

En el pan y el vino de nuestras misas, que ya la celebraba San Pablo... Pablo vivió unos treinta años después de Cristo; escribía esta página. Tengan en cuenta esto. Treinta años después que Cristo celebró la eucaristía, Pablo escribe con el recuerdo tan fresco que nos enseña que, ya desde los primeros tiempos, los cristianos, como este domingo 28 de mayo de 1978, se reunían. Naturalmente, no había templos, pero ya había seguidores de Cristo. Y Pablo les enseña a aquellas comunidades qué es lo que sucede cuando nos reunimos a celebrar la eucaristía.

En primer lugar, nos alimentamos con la palabra de Dios. La eucaristía siempre se celebró después de una lectura de la Biblia y de una homilía en la cual el apóstol, el obispo, el sacerdote preparaba el espíritu para luego celebrar esa palabra que se hace presencia de Dios: la eucaristía. Y han escuchado, en la carta de San Pablo hoy, cómo está evidente la presencia de Cristo en la
1 Cor 10, 16 hostia. "El cáliz de nuestra acción de gracias —dice la lectura de hoy—, ese cáliz ¿no nos une acaso a todos en la sangre de Cristo?". ¡En la sangre de Cristo! "Y el pan que partimos —la hostia de trigo— ¿no nos une a todos en el cuerpo de Cristo?". Qué

palabras más evidentes de que ya San Pablo enseña que en el signo sacramental del cáliz y de la hostia está presente la sangre, el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. Tan presente que San Pablo, en ese capítulo que hemos leído, nada más un pasaje... Yo les invito, como siempre, a leer entero el capítulo 10 y el capítulo 11 de la primera carta de San Pablo a los corintios, donde describe maravillosamente lo que es la misa.

Dice que aquellos corintios que se habían convertido del paganismo, de adorar falsos dioses, que antes ofrecían sacrificios a los ídolos y que, después de ser cristianos y asistir a misa, querían volver a participar de aquellos sacrificios, cometían una horrenda idolatría. ¿Por qué? Porque el que ha comido de la carne de Cristo que se ofreció en la eucaristía es participación de la vida de Cristo, porque Cristo está presente allí; y que después de eso, ir a participar del altar idolátrico es también hacerse participante de los ídolos; y como los ídolos son dioses falsos inspirados por el demonio, comer carne sacrificada a los ídolos es sentarse a la mesa del diablo, dice San Pablo. 1 Cor 10, 21

Qué preciosa aplicación podíamos hacer, hermanos. Hoy no existen aquellos ídolos de los corintios, de oro, figuras de animales, de mujer, de estrellas, de soles; pero hoy existen otros ídolos que tantas veces los hemos denunciado. Y un cristiano que se alimenta en la comunión eucarística donde su fe le dice que se une a la vida de Cristo, ¿cómo puede vivir idólatra del dinero, idólatra del poder, idólatra de sí mismo, el egoísmo? ¿Cómo puede ser idólatra un cristiano que comulga? Pues, queridos hermanos, hay muchos que comulgan y son idólatras. Y en nuestro siglo XX, en este mismo año, San Pablo podía repetir a muchos cristianos de San Salvador y de las comunidades que están meditando esta palabra: si de verdad creen que Cristo está presente y se unen con Él en el momento de la comunión, ¿cómo es posible que después vivan tan inmorales, tan egoístas, tan injustos, tan idólatras?, ¿cómo es posible que pongan más su confianza en las cosas de la tierra que en el poder de Cristo que se hace presente en el gran sacrificio?

Esta presencia de Cristo sigámosla analizando en las lecturas de hoy. Para Cristo mismo, en el Evangelio, es una presencia de su vida que trae del Padre. Así como yo vivo por el Padre —hay una corriente de vida entre Dios Padre y Dios Hijo, que soy yo— así, todo aquel que come esta eucaristía vive por mí. ¡Que maravilla la Jn 6, 57

de la eucaristía! Cuando vayamos a comulgar hoy, oigamos esta palabra de Cristo: en este momento, tú que recibes la hostia consagrada, te estás alimentando de mi misma vida y esta vida mía la recibo del Padre; de modo que el Padre, yo y tú somos una sola vida; y así como, para venir a comulgar y hacerse digno de esta vida divina, tuviste que purificarte de tus pecados, liberarte de tus pecados, mi presencia eucarística es la gran fuerza liberadora.

No lo olvidemos, queridos hermanos, hoy cuando hay tantas fuerzas que luchan por la liberación temporal de los hombres, nuestra liberación cristiana parte de aquí: de la eucaristía, de la fuerza redentora de Cristo. Una liberación que, ante todo, quiere vernos libres del pecado. Si no hay libertad del pecado, si un hombre no se ha identificado con la fuerza divina de Cristo que lo une al Padre, al Creador, no puede ser un liberador eficaz. Por eso, la Iglesia identifica su liberación, sus denuncias, sus anuncios, desde esta perspectiva de fe de la vida de Dios. Y si un cristiano mutila esta liberación y prescinde de estar en gracia de Dios y de vivir la comunión con Cristo, no es un liberador cristiano.

En esta presencia de Cristo hay otro aspecto, un aspecto sacerdotal. Cristo se hace presente en la hostia como sacerdote de la humanidad. Lean, por ejemplo, el Apocalipsis o la carta a los hebreos, ¡qué preciosas descripciones del culto que Cristo, en nombre de toda la humanidad, tributa al Padre! ¿Desde dónde está Cristo ejerciendo su sacerdocio aquí en la tierra? Desde allí, de la eucaristía. Es precisamente esa hostia consagrada de nuestra misa la que une al pueblo peregrinante que todavía va entre la sequedad del desierto, entre las serpientes y los alacranes del desierto del Éxodo, pero va peregrino de la tierra prometida; y al altar de nuestra misa como que se asoma el Cristo glorioso con nuestros hermanos que ya están en la tierra prometida.

¡Qué hermosa es la misa, sobre todo cuando se celebra con una catedral llena como la de nuestros domingos o cuando se celebra también humilde en las ermitas de los cantones, con una gente llena de fe que sabe que Cristo, el rey de la gloria, el Sacerdote eterno, está recogiendo todo lo que le traemos de la semana: penas, fracasos, esperanzas, proyectos, alegrías, tristezas, dolores! ¡Cuántas cosas le trae cada uno de ustedes, hermanos,

en su misa dominical! Y el eterno Sacerdote las recoge en sus manos y por medio del sacerdote, hombre que celebra, las eleva al Padre. Es el fruto del trabajo de toda esta gente. Unido a mi sacrificio presente en este altar, esta gente se diviniza y ahora sale de la catedral a seguir trabajando, a seguir luchando, a seguir sufriendo, pero siempre unida con el eterno Sacerdote que queda presente en la eucaristía para que lo sepamos encontrar el otro domingo también. Hermosa la misa como sacrificio, no inventado por los hombres, sino presencia inventada por Cristo, tal como nos lo enseñan las lecturas de hoy.

Está allí también como alimento y como comunión. Cristo es alimento. Más, les dice Cristo a los que lo escuchaban en Cafarnaún... El precioso capítulo sexto de San Juan, aquel sermón que Cristo pronunció después de la multiplicación de los panes, cuando la muchedumbre lo buscaba para hacerlo rey, Cristo les Jn 6, 27
dice: no me busquen por el pan que perece. Yo soy el pan que da la vida eterna. Esa hambre y esa sed que ustedes sienten y que la quieren resolver con medios meramente humanos, a veces crueles, violentos, políticos, no son esos los caminos. Yo les ofrezco la verdadera vida; la que tendrá, para ser eficaz en su trabajo, el político, el sociólogo, el empresario, el profesional, el estudiante, el jornalero; yo les doy la verdadera vida. "Yo soy Jn 6, 51
el pan que ha bajado del cielo, el que come de este pan vivirá eternamente".

Cristo tuvo mucho cuidado de no ser mal entendido porque había mucho sentido de antropofagia cuando le preguntaron: ¿Cómo podemos comer su carne? No somos antropófa- Jn 6, 52
gos, no comemos gente. Cristo les dice: no se entiende así. "Yo soy el pan vivo", yo voy a resucitar, yo voy a transformar este cuerpo mortal en un cuerpo espiritual, yo voy a estar presente en las comunidades cristianas no repartiendo así, físicamente, carne de hombre, sino dándoles, en el misterio de la eucaristía, una presencia que sí es corporal, es mi cuerpo; pero no un cuerpo entendido así, materialmente, con ojos meramente de carne; es un cuerpo espiritual, es el misterio del cuerpo místico. Pero es cierto que cuando recibimos la hostia, recibimos a Cristo, todo entero —dice el catecismo—, glorioso como está en el cielo. Cristo resucitado, Cristo vida, Cristo pan vivo que desciende del cielo: este es el que nos alimenta en este sentido, haciéndonos verdadera comunidad.

La eucaristía, alimento y fuerza de cohesión de la comunidad

Y ya estoy tocando el último punto de esta reflexión. Cristo es el alimento y la fuerza que da cohesión a nuestra comunidad.
1 Cor 10, 17 Dice San Pablo en la lectura segunda hoy: "El pan es uno y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo porque comemos todos del mismo pan". ¡Qué preciosa evocación de la unidad de los cristianos!

Nuestra unidad, queridos hermanos, no se basa en ideales de la tierra. Si ya en esta tierra los hombres, cuando logran exponer bien un ideal y preguntan: ¿quién me quiere seguir para realizarlo?, siguen muchos ese ideal, pero viven de un ideal a veces de un hombre; y cuando ese hombre o ese ideal desaparecen o es traicionado, todo se desbarata. Pero Cristo puso una fuerza mucho más vigorosa, una fuerza divina que nadie la puede destruir: su cuerpo y su sangre, su presencia de resucitado, su vida de Dios. Dichoso el pueblo que llega a tener fe y a descubrir que Cristo es su razón de ser. En Cristo pone toda su esperanza y comulga. Y todos los que vamos a comulgar esta mañana sentiremos esta realidad: aunque somos muchos y tal vez ni nos conocemos, venimos de distintos rumbos, vivimos en rincones y en lugares muy apartados, sin embargo, somos un solo cuerpo porque nos alimentarnos de un mismo pan.

Los antiguos gozaban mucho en esta comparación. Decían que así como los granitos de trigo, recogidos de las diversas montañas, amasados, hacían un solo pan que luego se convertía en un solo Cristo, así también los hombres, recogidos de diversos países, de diversas razas, de diversas categorías, no somos más que granitos de trigo; y recogidos en nuestra fe, amasados en el amor y en la esperanza, unidos a Cristo-eucaristía ya no somos dispersos, ya somos un solo pueblo, el pueblo de Dios alimentado con la presencia del Señor.

Y esta presencia la llega a traducir para los hombres de hoy, y precisamente para ustedes los laicos, los que no son sacerdotes ni religiosos. Ustedes, señores y señoras casados, ustedes profesionales, ustedes que viven en el mundo oigan este texto
LG 38 del Concilio Vaticano II a los laicos, *Lumen gentium* 38: "Cada laico debe ser ante el mundo un testigo de la resurrección y de la vida del Señor Jesús y una señal del Dios vivo. Todos juntos y

cada uno de por sí deben alimentar al mundo con frutos espirituales y difundir en él, el espíritu de que están animados aquellos pobres, mansos y pacíficos, que el Evangelio llama bienaventurados. En una palabra —concluye el Concilio citando un texto de los primeros siglos del cristianismo—, en una palabra, 'lo que es el alma en el cuerpo, esto han de ser los cristianos en el mundo'".

Hermanos, hoy van a salir ustedes de la catedral con la fe iluminada por la presencia de Cristo en nuestro altar, y los que han comulgado van a salir también repletos del Espíritu de Cristo. ¿Cuándo será el día en que todos los que vienen a misa están tan unidos a Dios, tan lejos del pecado, de las pasiones, de las locuras de la tierra, que se identifican tanto con Dios que, al salir de la catedral o de la iglesia parroquial o donde quiera que se celebra la eucaristía, van a ser en el mundo almas del mundo, a poner fermento de eucaristía en la familia, en la profesión, en el trabajo, en la vida social? Nos faltan muchos cristianos de esos que vivan de verdad la eucaristía.

El *Corpus* viene a recordar, precisamente, nuestro deber de este punto de fe. Si creemos de verdad que Cristo, en la eucaristía de nuestra Iglesia, es el pan vivo que alimenta al mundo, y que yo soy el instrumento, como cristiano que creo y recibo esa hostia y la debo llevar al mundo, tengo la responsabilidad de ser fermento de la sociedad, de transformar este mundo tan feo. Eso sí sería cambiar el rostro de la patria, cuando de veras inyectáramos la vida de Cristo en nuestra sociedad, en nuestras leyes, en nuestra política, en todas las relaciones. ¿Quién lo va a hacer? ¡Ustedes! Si no lo hacen ustedes, los cristianos salvadoreños, no esperen que El Salvador se componga. Solo El Salvador será fermentado en la vida divina, en el reino de Dios, si de verdad los cristianos de El Salvador se proponen a no vivir una fe tan lánguida, una fe tan miedosa, una fe tan tímida, sino que de verdad como decía aquel santo —creo que San Juan Crisóstomo—: cuando comulgas, recibes fuego[2], debías de salir respirando la alegría, la fortaleza de transformar el mundo. Hermanos, ojalá que la comunión de este *Corpus* de verdad sea para transformarnos en fuerza de Dios.

2 *Cfr*. Juan Crisóstomo, *Homilías sobre el Evangelio de San Mateo*, 82, 5.

Vida de la Iglesia

Y ahora sí, siendo que esta es la vida de nuestra comunidad, yo quiero pasar brevemente una revista por esta comunidad que vive de esta eucaristía.

Y me da mucho gusto haber recibido, de comunidades lejanas, telegramas como este de Las Flores de Chalatenango: "Celebramos *Corpus* solemnísimo, concurridísimo. Varias peregrinaciones pidiendo Dios, lluvia. Gran demostración de fe, amor hacia Santísimo Sacramento". Hemos tenido noticias del fervor de la eucaristía en los pueblos. Yo mismo he sido testigo.

Esta semana, el seminario celebró también su *Corpus* el jueves. Y celebraron deteniendo la procesión del Santísimo en varios altares donde los jóvenes desarrollaron estos pensamientos: "La eucaristía, vida de Dios en nosotros", "pan de fraternidad", "alianza nueva", "sacrificio-sacramento", "pan de los pobres", "compromiso social". He citado esto, hermanos, para que se vea qué es lo que se enseña en el seminario. Esta, la fe que esos futuros sacerdotes han de ir a predicar. Y hay que decirlo muy claro cuando hay tendencias tan criminales para decir que el seminario es una escuela de guerrilleros[3]. El seminario es escuela de apóstoles donde han de llevar a predicar esta gran verdad de que nuestra fuerza está en Cristo. Y esta semana han tenido una vivencia muy hermosa en esa educación cristiana.

Yo también he visitado otras comunidades, donde en torno del altar de la misa hemos vivido el fervor de aquellas comunidades. No es cierto, hermanos, que se está muriendo la fe. Hoy, más que nunca, se vive una eucaristía, un compromiso con Cristo que no es beatería ni tradiciones superficiales. Por ejemplo, el 16 de mayo, yo celebré la Virgen de los Desamparados, en el cantón El Zonte de Chiltiupán. ¡Qué fervor el de aquella comunidad!

Yo celebré, el 23 de mayo, la eucaristía en El Carmen de Cuscatlán, bendiciendo un templo renovado y saludando allí un testimonio de lo que es un sacerdocio fiel hasta la vejez. El querido padre Miguel Rodríguez, rodeado de jóvenes sacerdotes y de otros, ofrecía al Señor, con qué alegría, un templo y con qué

[3] Un comunicado firmado por el *Comité de Apoyo a la Nueva Iglesia Católica* acusó a monseñor Romero de apoyar las ocupaciones de templos y embajadas desde el Seminario San José de la Montaña. *Cfr. La Opinión,* abril de 1978.

respeto y cariño acogía con su pueblo al obispo, que junto con el pueblo ofrece al Señor una eucaristía sabiendo que este es el centro y la fuerza de una unidad. Yo quiero agradecer sobre todo a los maestros y alumnos, a la juventud y a las asociaciones cristianas, a los del comité de la parroquia, por ese esfuerzo de mantener siempre entusiasta la fe eucarística.

También celebré en la parroquia de María Auxiliadora, el 24 de mayo. Y he disfrutado aquel espíritu de Don Bosco que compaginó en su corazón de santo estos tres grandes amores que él llamaba las tres blancuras: la blancura eucarística, ¡cuánta comunión!, ¡qué fervor eucarístico el de aquella Iglesia! La blancura de la Virgen, bajo el título de María Auxiliadora, qué imán más poderoso para atraer la Santísima Virgen María; sobre todo, cuando en la mañana celebraba, miles de jóvenes asistiendo y alimentándose con la eucaristía en honor de la Virgen María Auxiliadora. Y la blancura del Papa, la fidelidad al Papa es también un signo de nuestro catolicismo, que estamos también tratando de vivirlo lo más intensamente posible.

Y siempre en esta línea eucarística, yo quiero recordarles que el primero de cada mes, y por tanto en esta misma semana, a las 5:00 de la tarde, siempre es *Corpus* en la linda capilla del Hospital de la Divina Providencia, donde se celebra una hora santa de expiación por las necesidades de nuestra arquidiócesis y del mundo. Yo les invito, el primero de junio a las 5:00 de la tarde, en la capilla del Hospital de la Divina Providencia.

Y en la blancura del Papa, queridos hermanos, también quiero invitar a la diócesis entera a que nos preparemos a celebrar como verdadera fiesta de Iglesia, el día del Papa. El día del Papa es el día en que coronan al pontífice que reina en ese tiempo. Nuestro papa, Pablo VI, fue coronado el 30 de junio. Ya desde ahora, les aviso que todas las parroquias y todas las comunidades han de ser invitadas, y son ya; vayan preparando una participación entusiasta en la celebración del día del Papa, que será el 30 de junio. Ya iremos dando más detalles.

En el amor a Cristo se destaca esta semana, y lo aviso a la comunidad que cree en Cristo, la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. Ya saben que en San Salvador tenemos un monumento de nuestra devoción al Corazón de Jesús, es la basílica del Sagrado Corazón allí en la calle Arce, donde el viernes 2 de junio a las 6:00 de la tarde, vamos a celebrar la eucaristía. Ojalá veamos

llena aquella gran iglesia de la basílica para celebrar en honor del sacratísimo Corazón de Jesús.

Y también en honor de la Virgen, la blancura inmaculada de María nos invita esta mañana a las 10:30, a todos los legionarios de María, en la basílica para celebrar la reunión anual que se llama ACIES[4] de la Legión. Y por mi parte, hermanos, yo invito a toda la comunidad de la arquidiócesis a rendir un homenaje de clausura del mes de mayo, el miércoles de esta semana, 31 de mayo en la misa de 12:00, aquí en catedral, para honrar a la Virgen con una corona de fervor en este mayo que yo sé que se ha distinguido en muchas comunidades cristianas. El amor a la Virgen, la devoción a nuestra Señora, está muy lejos de pasar de moda, es una devoción cada vez más fresca, más tierna, y lo vamos a demostrar entonces el próximo miércoles.

Esta Iglesia que está viviendo estas vivencias tan bellas, tan animadoras, es el "Israel de Dios" —así lo llama San Pablo— , el Israel espiritual, el pueblo de Dios, que al mismo tiempo va pasando por el sequedal del desierto, por las tentaciones del hambre y de la sed, por las pruebas de la vida.

Gal 6, 16

Hechos de la semana

Y así, tenemos también que señalar nuestro camino a través del mundo. Los tres secuestros, en misterioso silencio[5]. Unido a los reclamos, también manifestaciones de reclamo de otras agrupaciones.

[4] *Acies* es una voz latina que significa "ejército puesto en formación de batalla", que la *Legión de María* utiliza para designar su principal celebración anual, en la que sus miembros renuevan su consagración a la Virgen María.

[5] Monseñor Romero alude a los secuestros denunciados en la homilía anterior. En realidad, el "silencio" no era total, porque el 24 de mayo, las Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional (FARN) se atribuyeron, mediante un comunicado, el secuestro del señor Fujio Matsumoto y exigieron para su liberación el cumplimiento de las siguientes demandas: la libertad de treinta y ocho presos políticos, derogación de la Ley de Defensa y Garantía del Orden Público y amnistía general. *Cfr. La Prensa Gráfica*, 24 de mayo de 1978.

Respecto de las otras dos personas secuestras, Ernesto Sol Meza y Luis Méndez Novoa, sí existía un hermetismo total que se rompió el 22 de junio de 1978, cuando las Fuerzas Populares de Liberación (FPL) se atribuyeron el secuestro de ambos empresarios, a quienes dejaron en libertad luego de cumplidas sus exigencias, que eran el pago de una fuerte suma de dinero y la publicación de un comunicado en los principales diarios de Centroamérica. *Cfr. La Crónica del Pueblo*, 22 de junio de 1978.

Ha sido una semana también de difamaciones, muy mal, tendenciosas. Quiero repudiar los ataques contra mi hermano en el episcopado, monseñor Aparicio. También quiero hacerme solidario, repudiando las sospechas tendenciosas vertidas contra ciertos sacerdotes que trabajan en comunión conmigo. Y también, lamentar la tortura de que fue objeto el padre Francisco Mejía Alvarado y otros atropellos causados en el convento de Cinquera por parte de la Guardia Nacional. Allá se evocaba que el padre ya no era cura porque estaba suspendido. Quiero decirles que un sacerdote, aun cuando esté suspendido, mantiene su carácter sacerdotal y que la suspensión es una pena disciplinaria que depende de la responsabilidad de su propio obispo. Pidamos a Dios para que pronto se resuelva este problema de nuestra hermana diócesis de San Vicente[6]; pero los sacerdotes son sacerdotes y los guardias que tocaron al padre Francisco quedan excomulgados, porque todo aquel que pone manos violentas en un sacerdote cae, por el mismo hecho, en excomunión.

También otra noticia tendenciosa, del joven Estefan Turcios[7], a quien se señala como seminarista ya próximo a la ordenación y que ha sido sorprendido en actos terroríficos o subversivos. Ya hemos declarado que fue seminarista hasta 1972 y que lo que con él se está cometiendo es una injusticia sea o no sea seminarista, porque se le capturó el 14 de abril mientras recogía ayuda para los damnificados de San Pedro Perulapán —eso era lo que andaba haciendo— y se le dejó en prisión hasta casi un mes cuando se le pasó a los tribunales, torturado bárbaramente. Los mismos periódicos publicaron que necesitaba diez días de curación. Esta es la verdad.

6 El 7 de marzo de 1978, un grupo de trescientos sacerdotes de todo el país escribieron una carta al nuncio del Vaticano en El Salvador, monseñor Emmanuele Gerada, donde se cuestionaba su actuación poco solidaria con la Iglesia y el pueblo salvadoreño. Entonces, monseñor Pedro Arnoldo Aparicio Quintanilla, obispo de San Vicente y presidente de la Conferencia Episcopal de San Salvador, suspedió de sus cargos como párrocos a diez sacerdotes de su diócesis, que habían firmado la carta al nuncio. Uno de estos sacerdotes suspendidos es el padre Francisco Mejía Alvarado, quien eventualmente ofrecía su servicio pastoral en Cinquera, Cuscatlán. *Cfr.* "La Iglesia en El Salvador", *Orientación,* 16 de marzo de 1978.

7 *El Diario de Hoy,* el 23 de mayo de 1978, publica una nota periodística con este título:"Capturan a seminarista acusado de terrorismo".

La publicación de ORDEN contra el terrorismo es difamatoria contra la Iglesia[8]. Y queremos repetir que la Iglesia, por señalar las raíces de nuestros males y por defender los derechos de los hombres, no es terrorista ni está en connivencia con terroristas, sino que, simplemente, está cumpliendo su deber evangélico. Y aquellos grupos que quieran manipular a la Iglesia, sea para difamarla o sea para ampararse en ella, están abusando de la misión de la Iglesia. La misión de la Iglesia puede coincidir con los reclamos de justicia que hacen otras agrupaciones, pero que son independientes de la vida de la Iglesia. La perspectiva de justicia de la Iglesia es desde la luz del Evangelio. Y yo quiero recordar a todas las agrupaciones, a todos los grupos políticos, subversivos o también gubernamentales, que no manejen la Iglesia para sus fines, que mantengan el respeto a la autonomía de la perspectiva evangélica de la Iglesia.

El señalamiento de la Iglesia acerca de la causa de nuestros males me da mucho gusto verla coincidir con unas palabras del mismo señor embajador de Estados Unidos, en su discurso a los rotarios en esta semana, cuando dice esto: "Si el cambio ha de venir, es prudente que tratemos de canalizarlo de una manera positiva y constructiva. Simplemente con resistirlo no se logra nada positivo. Una resistencia inmutable al cambio inevitable, trae consigo el riesgo de forzarlo a resultados violentos y destructivos. Cuando esto sucede, todos salimos perdiendo"[9]. Estamos de acuerdo con el señor embajador y esta es la posición de la Iglesia: que si señala la necesidad de cambios es porque hay muchos sordos que no quieren oír la necesidad del cambio; pero que el cambio, que es necesario, no se va a hacer "aguantándolo"

[8] En un comunicado titulado "Frente a la violencia: nuestros principios y la patria", la Organización Democrática Nacionalista (ORDEN) expresaba, entre otras cosas, lo siguiente: "Porque es intolerable que esta ola de violencia haya encontrado «caldo de cultivo» en algunos sacerdotes que utilizan la prédica para fomentar el odio, en lugar de evangelizar; en lanzar hermano contra hermano, en lugar de promover la comprensión. Por eso es reprochable que curas como Fabián Amaya, Rutilio Sánchez, Benito Tobar, David Rodríguez, Barahona y otros, influenciados por la «teología comunista» y tolerados increíblemente por la alta jerarquía eclesiástica, utilicen el púlpito para divulgar a gritos la mesiánica postura del marxismo-leninismo, que pretende la destrucción de la religión". *La Prensa Gráfica,* 25 de mayo de 1978.

[9] Discurso de Frank J. Devine, embajador de Estados Unidos en El Salvador, en el Club Rotario de San Salvador, *El Diario de Hoy,* 25 de mayo de 1978.

o diciendo "esperen", y mucho menos con fuerzas represivas, que la violencia llama violencia, sino, como dice el señor embajador, constructivamente.

Por eso, queremos también hacernos solidarios, al mismo tiempo que agradecemos el apoyo de la Universidad Centroamericana, hacer nuestro este llamamiento: "Un llamamiento a todos los profesionales, instituciones culturales, asociaciones civiles y comunales para que realicen una seria reflexión sobre el compromiso social y moral que tenemos de no aceptar, por irracional y antihumana, la institucionalización del uso de la fuerza y aunemos esfuerzos para contribuir a la solución de los problemas del país"[10].

Terminamos, hermanos, donde quería terminar precisamente después de mencionar, como Moisés, por dónde hemos pasado esta semana, por qué sequedales del desierto, entre escorpiones y culebras, pero Dios va con nosotros, la presencia de la eucaristía.

Vamos a celebrar nuestra misa con aquel amor y confianza con que el pueblo de Israel vio, al mismo tiempo que sentía hambre, que sentía sed, que sentía el sol del desierto, la desesperación a veces, la tentación de blasfemar, la duda contra Dios. Puede ser natural en nosotros también todo eso, pero siempre oigamos a la Iglesia en el signo de la protección de Dios, de la roca que echa agua, del pan que Dios da por milagro, del mar que se abre, de la nube que cubre y, sobre todo, de nuestra eucaristía, pan y vino, que nos da la presencia de Cristo. Celebremos, digo, nuestro *Corpus* renovando en nosotros la confianza de esta Iglesia que no se va a apoyar en las fuerzas de la tierra, en las idolatrías, sino en la fuerza del Señor que no nos defraudará en nuestra confianza.

Con estos sentimientos de *Corpus*, invito a toda la comunidad hagan lo posible de venir a las 4:00 de la tarde para tributar honores muy especiales a nuestro Señor, presente en el Santísimo Sacramento. De pie, por favor.

10 Pronunciamiento de los docentes e instructores de los departamentos de Economía, Letras, Filosofía y Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA), el 11 de mayo de 1978. *Orientación,* 28 de mayo de 1978.

Índice de citas bíblicas

Antiguo testamento

Génesis
1, 3ss: 144
1, 26: 147, 169, 361
2, 7: 268, 388, 491, 493
12, 1: 242, 282, 285, 407
12, 1-3: 282
12, 4: 282
15, 5: 177
15, 5-6: 282
15, 6: 177
18, 12: 282
22, 2: 282, 514
22, 12: 283

Éxodo
3, 13: 511
3, 14: 511, 513
12, 1-4: 411
12, 2: 345
12, 21-27: 406
12, 24: 407
12, 25-27: 26
13, 21: 527
14, 21-22: 527
14, 26-31: 407
15, 1: 527
16, 3: 428, 525
16, 15: 527
17, 3: 296, 526
17, 4: 296
17, 6: 295, 527
20, 13.15: 462
34, 5: 516
34, 29-30: 524

Levítico
20, 1-5: 449

Números
6, 23: 176
6, 24-26: 171
6, 24-27: 164
6, 27: 168, 169
11, 5: 428

Deuteronomio
6, 4: 512
6, 13: 269
8, 2: 526
8, 3: 527
8, 14b: 526
8, 15: 526

Jueces
7, 14-22: 226

1 Samuel
16, 2: 311
16, 7: 311
16, 11: 311
16, 12-13: 311
16, 13b: 311, 320

2 Macabeos
7, 1-39: 41

Salmos
98, 1: 221

Isaías
2, 1-5: 35
2, 4: 36
7, 12: 119
7, 13: 104, 116
7, 14: 116, 136
9, 1: 135, 225
9, 2-3: 226
9, 3-4: 137
9, 5-6: 136
9, 6: 134
11, 1: 56
11, 3-4: 56, 402
11, 6-8: 56
32, 17: 434, 505
35, 1: 60
35, 1-2: 94
35, 3.5-6.10: 94
35, 4: 93
45, 8: 95
49, 6: 211
50, 2: 336
50, 5-7: 333
52, 7: 147
52, 10: 493
53, 2-3: 354
53, 4-5: 72
53, 4.7: 354
55, 1: 374
58, 6-7: 387
58, 7: 256
58, 8: 257
58, 9: 257
60, 1: 201
60, 1-2.4.6: 196
60, 5: 197
61, 1: 241

Jeremías
1, 5: 78
1, 6-8: 78
17, 5: 292
20, 9: 80

Sofonías
3, 12: 240, 244

Nuevo testamento

Mateo
1, 19: 104, 120
1, 21: 118
1, 21-23: 116
1, 23: 103
1, 24: 120
2, 1-2: 151
2, 13: 155
2, 15: 155
3, 7: 57
3, 7-10: 64, 94
3, 9: 57
3, 10-12: 57
3, 12: 64
3, 16: 515
3, 17: 126, 515
4, 1: 268
4, 4: 269
4, 6: 269
4, 7: 269
4, 9: 270
4, 10: 270
4, 15-16: 225
4, 17: 227, 229
4, 19: 227, 228
5, 1: 233
5, 2: 233
5, 3: 100, 241, 245
5, 3-11: 483
5, 4: 242
5, 5: 242
5, 6: 242
5, 7: 242
5, 8: 243
5, 9: 243
5, 10: 243
5, 11: 483
5, 13: 254
5, 13.14: 101, 109, 229, 380
5, 14-15: 254
5, 16: 249
6, 22-23: 292
7, 3: 458
7, 3-5: 301
7, 13: 437
9, 16: 422
9, 36: 329
10, 28: 293
11, 3: 93
11, 4-6: 94
12, 34: 144
15, 17-20: 243
16, 18: 68
16, 24: 335
17, 4: 284
17, 5: 275, 276, 283, 286, 515
17, 9: 284
20, 28: 342, 364
21, 9: 336
21, 13: 329, 509
22, 36-39: 510
23, 13: 120, 128
23, 25-28: 243
23, 27: 509
24, 37: 37
24, 40-41: 38
24, 42-43: 38
25, 40: 256, 437
25, 41-42: 38
25, 41: 159
25, 42: 159
26, 14-16: 129
26, 17-19: 405
26, 27: 405
26, 61: 347
27, 20: 329
27, 62-66: 373
28, 18: 470
28, 20: 68, 474

Marcos
2, 27: 212, 234
6, 2-3: 456
9, 35: 443
15, 34: 358

Lucas
1, 26-38: 295
1, 28: 73
1, 30: 180
1, 30-38: 283
1, 34: 120, 125
1, 35: 180, 338
1, 35-37: 125
1, 36-37: 120
1, 38: 120, 121, 124, 179, 452, 514
1, 42: 176
1, 45: 121
1, 46-49: 74
1, 46-55: 357
1, 54-55: 178
2, 1-2: 137
2, 6: 133, 134
2, 10-11: 134
2, 11: 137, 138
2, 14: 134, 141, 147, 186
2, 16: 182
2, 19: 139
2, 22-24: 248
2, 34-35: 42
2, 48: 125
4, 18: 241, 341
4, 21: 337
4, 24: 251
5, 20: 63
5, 21: 63
5, 24: 63
6, 20: 241
7, 19: 134
7, 23: 54, 151
7, 47: 81
9, 24: 129
9, 26: 129
9, 55-56: 356
9, 58: 105
10, 21: 412, 444
10, 29-32: 188
10, 29-37: 381, 510
11, 4: 242
12, 51: 401
13, 20-21: 109
15, 20: 211
15, 31: 211

17, 12: 30
17, 21: 514
18, 11: 509
18, 14: 510
19, 39-40: 329
20, 20: 432
20, 34-46: 106
22, 19: 439
22, 19-20: 347
23, 34: 45, 166, 350, 356
23, 42-43: 356
23, 43: 370
23, 46: 359
24, 18: 410
24, 19-24: 411
24, 21: 408, 425
24, 25: 409, 425
24, 25-26: 413
24, 26-27: 409
24, 28-29: 411
24, 30-33: 411

Juan
1, 1: 471
1, 1-3: 143
1, 5.11: 80
1, 9-10: 150
1, 14: 144, 527
1, 29: 204, 347, 405
1, 30: 214
1, 33: 214
2, 21: 347
3, 6: 59, 61
3, 16: 145, 203, 513, 514, 517
3, 17: 73
3, 18a: 514, 515
3, 18b: 514
3, 30: 292
4, 7: 297
4, 9: 297
4, 10: 66, 297
4, 11: 297
4, 13-14: 296
4, 16: 298
4, 17-18: 298
4, 19: 298
4, 20: 298
4, 21-23: 298
4, 21-24: 509
4, 23: 347
4, 25: 299
4, 26: 299, 300, 312
4, 29: 299
4, 35-36: 300
4, 42: 300
5, 17: 455
6, 27: 531
6, 38: 147
6, 51: 531
6, 52: 531
6, 57: 529
7, 37: 485
7, 39a: 485
7, 39b: 485
8, 12: 324
8, 32: 466, 481
9, 1-41: 418
9, 6-7: 313, 321
9, 9: 315
9, 11: 312, 313
9, 16: 315
9, 16.34: 418
9, 17: 312
9, 20-21: 315
9, 22: 315
9, 23: 325
9, 25.31: 315
9, 33: 312
9, 34b: 325
9, 35-36: 312, 321
9, 35-37: 325
9, 38: 312, 313, 321
9, 39: 316, 325
9, 40: 316
9, 40-41: 325
9, 41: 316
10, 1: 417
10, 1.9-10: 426
10, 2.9: 428
10, 7: 417
10, 9.11: 425
10, 10: 417
10, 11: 426
10, 16: 208, 231
11, 16: 143
12, 23: 405, 425
12, 24: 165, 322
13, 1: 349, 436
13, 13-14: 350
13, 34: 349, 435
13, 35: 444
13, 36: 436
14, 1: 436
14, 5: 436
14, 6: 37, 146, 370, 437
14, 8: 437
14, 8-9: 144
14, 9-10: 437
14, 12: 438
14, 15: 459, 462
14, 16: 456
14, 16-17a: 458
14, 17: 457, 461
14, 18: 462
14, 18-20: 458
14, 20: 461
14, 21: 458, 459
14, 26: 515
14, 27: 187, 192
15, 12: 187
16, 2: 165
16, 7: 494
16, 12-13: 79, 145
17, 4-5: 469
17, 5: 471
17,11: 175
17, 21: 207, 208, 224, 231, 480
18, 19: 392
18, 20: 166
18, 20-21: 432
19, 26: 357
19, 27: 357
19, 28: 357
19, 29: 358
19, 30: 358, 428
20, 19: 187, 491
20, 19.21.26: 389
20, 21: 148, 388, 491
20, 22: 491
20, 22-23: 81, 388, 491
20, 28: 389, 395
20, 29: 411
20, 31: 379

Hechos de los apóstoles
1, 6: 408, 472
1, 7-8: 472
1, 9: 470
1, 11: 475
1, 24: 392
2, 1-4: 66
2, 2-3: 490
2, 14: 412
2, 24: 408
2, 24-28: 414
2, 36: 417, 425
2, 36-37: 416
2, 37: 451
2, 38: 427
2, 42: 391, 392, 393
2, 47: 391
4, 12: 283
5, 29: 66, 107, 393
6, 1: 443
6, 2: 443
6, 4: 444
6, 5-6: 443
7, 60: 166
8, 5: 455
8, 14-15: 461
9, 3-4: 120
10, 9-15: 368
10, 19-22: 368
10, 34.36: 368
10, 38: 367, 368, 369, 370
10, 41: 372
10, 42: 371
10, 42-43: 372
12, 5: 392
13, 3: 392
17, 22: 244

Romanos
1, 1: 103, 119
1, 2-5: 115
1, 3: 116
1, 3-4: 125
1, 4: 117
1, 5-6: 117
1, 6: 103
1, 7: 117
1, 20-22: 144
4, 25: 372
5, 1-2: 158, 302
5, 7: 301
5, 8: 301
6, 4: 362
6, 9: 365
8, 22: 476, 516
8, 28: 42, 44
12, 2: 141
12, 4-5: 79
13, 11: 37
13, 13: 36
15, 4: 49
15, 8-9: 57
17, 11: 175

1 Corintios
1, 2: 213
1, 12: 243
1, 26-27: 243
1, 27-30: 244
2, 1-2: 259
2, 3: 259
2, 4: 259
10, 6: 528
10, 16: 528
10, 17: 532
10, 21: 529
11, 23: 528
11, 26: 348
12, 12-26: 198
15, 17-19: 372
15, 26: 409
15, 42-44: 369
15, 55: 364

2 Corintios
1, 20: 284
5, 21: 355
8, 9: 245
13, 13: 516, 521
13, 13a: 517
13, 13b: 517
13, 13c: 517

Gálatas
2, 20: 204
3, 13: 355
3, 28: 198
4, 4: 180
6, 16: 536

Efesios
1, 17: 470, 472, 513
1, 18a: 474
1, 18b-19: 474
1, 19-20: 470
1, 20: 471
1, 20-21: 476
1, 22-23: 477
2, 14: 191
2, 14-16: 187
3, 5: 201
3, 6: 198, 199
5, 14: 321
5, 8-11: 321

Filipenses
2, 6-7: 350
2, 7: 334
2, 9-11: 334

Colosenses
1, 16: 476
2, 16-19: 376
3, 1: 376

1 Tesalonicenses
5, 1-2: 476

2 Tesalonicenses
3, 10: 256

2 Timoteo
1, 8b: 285
1, 9: 285

Tito
2, 12-13: 138
2, 13: 135, 136
2, 14: 134

Hebreos
1, 1-2: 144
1, 3: 147
4, 14: 360

4, 15: 148
4, 16: 370
5, 1: 79

1 Pedro
1, 1: 440
1, 3: 379
1, 5-6: 389
1, 18: 408
1, 19-20: 409, 413
2, 4-5: 439
2, 5: 441
2, 7-8: 440
2, 9: 440
2, 20b-21: 427, 428
2, 21: 425
2, 24: 425
2, 25: 417
3, 15: 457
3, 15-16: 456
3, 18: 455

Santiago
2, 19: 514
5, 1: 79
5, 7: 94, 98
5, 8: 93

1 Juan
3, 17: 291

Apocalipsis
22, 11: 229
22, 20: 95, 390

Índice del magisterio de la Iglesia

Documentos del Concilio Vaticano II

Lumen gentium
1: 130, 518
4: 494
8: 126, 256, 482
9: 95, 130, 225, 229
11: 486
21: 340
38: 532
42: 483
43: 104
48: 393
50: 483
55: 100
63: 124
67: 184

Dei Verbum
4: 145

Gaudium et spes
10: 54, 55, 93
11: 219, 512
22: 146, 147, 456
26: 212
30: 442
37: 141
38: 376
39: 473
41: 134
43: 101
73: 306
76: 190, 304

Sacrosanctum Concilium
5: 404, 410
7: 211
81: 406
102: 26, 248, 367
103: 249
109: 262, 294

Apostolicam actuositatem
14: 306

Ad gentes
3: 181

Unitatis redintegratio
3: 229
7: 230
8: 230
9: 230
11: 230
12: 231

Magisterio de Pablo VI

Populorum progressio
13: 189
14: 189
18: 240
19: 241, 285
20: 212, 220
21: 213
23: 291
30: 252
31: 252
32: 253

41: 450
76: 189

Octagesima adveniens
22: 305
25: 306
26: 307

Evangelii nuntiandi
30: 356
32: 356
38: 118, 459, 460

Alocución en la Misa del Día del Desarrollo en Bogotá (23 de agosto de 1968)
:264

No a la violencia, sí a la paz
Mensaje para la Jornada de la Paz
(1 de enero de 1978)
:185-192

Mensaje para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones (1 de febrero de 1978)
:429-430

La caridad operante de la Iglesia
Catequesis (21 de septiembre de 1977)
: 385

Sagrada Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica* (19 de marzo de 1977):
9: 209
10-12: 209
71: 209, 210
72: 210

Magisterio de América Latina
Documentos de Medellín
1, 3: 58, 102, 201
2, 14: 191
2, 16: 29, 384
4, 4: 219, 220
4, 8: 220, 221
4, 9: 221

Mensajes de conferencias episcopales
Conferencia Episcopal de Nicaragua, *Mensaje al pueblo de Dios al iniciarse el año 1978* (6 de enero de 1978)
: 251-252

Índice de nombres

Acosta, Miguel: 387
Aguilares de Marroquín, Daysi Guadalupe: 280
Aquino, Santo Tomás de: 27, 28, 29, 85, 524
Alas, padre: 235
Alejandría, santa Catarina de: 30, 35
Alfaro, padre Antonio: 294, 403
Alvarenga, monseñor: 237
Álvarez, Refugio: 518
Amaya Torres, padre Fabián: 236
Aparicio, monseñor Pedro Arnoldo: 87, 537
Arévalo, Efraín: 31
Asturias, Choncita: 473
Ayala, Julio Antonio: 207
Ayala, padre Ricardo: 34
Ayala, padre: 237
Belloso y Sánchez, monseñor José Alfonso: 250, 519
Benavides, padre Jorge: 77, 89
Bernal, padre Mario: 235
Bonilla Contreras, Luis Alberto: 280
Bosco, don: 535
Boyle, padre Pablo: 31
Breen, padre: 32
Campos, María Isabel: 454
Calderón, padre Uberto: 294
Cartagena, Gustavo: 423
Carter, Jimmy: 194
Carter, padre: 31
Castaneda, Rosa Lilia: 107
Cesarea, Eusebio de: 259
Chamorro, Pedro Joaquín: 207
Chávez y González, monseñor Luis: 77, 82, 91, 114, 277, 320, 341, 383, 468, 469, 521
Cortés, padre Cristóbal: 238
Crisóstomo, san Juan: 533
Cruz, padre Octavio: 324
Delgado, padre Jesús: 31, 292
Deras, padre Leopoldo: 403
Diego, Juan: 92
Domínguez, Fermín: 331
Drinan, padre Robert: 193, 194, 195, 202, 205, 206
Duns Scoto: 70
Espino, Alfredo: 452
Estrada Díaz, Jesús: 331
Figueroa, padre Héctor: 77, 89
Flores, monseñor Gerardo: 480
Foucauld, Carlos de: 106
Giraudo, padre: 235
Granada, fray Luis de: 475
Grande, padre Rutilio: 117, 293, 303, 304, 319-326, 467, 468, 484
Griseri, padre Agustín María: 90, 114
Guarato, padre Vito: 62, 90
Guardado, Otmaro: 330
Guardado, padre: 294
Guerra, padre Walter: 87
Guevara, padre Víctor: 253
Gutiérrez, Juan Antonio: 133, 253
Hipona, San Agustín de: 28, 342, 345, 466

Heaky, monseñor: 31
Hume, cardenal Basil: 400
Juan XXIII: 324, 441
Juanita, hermana: 34
León XIII: 305
Lemus, Nelson Rutilio: 293
López, monseñor Modesto: 54
López Sandoval, monseñor: 87
Loyola, San Ignacio de: 195, 323
Lima de Chiurato, Elena Margatira: 173, 253
Llach Schonenberg, Prudencio: 110, 150
Lutero: 229
Mallizori, padre Egelberto: 89, 96
Martell, padre: 35
Martínez, José Luis: 253
Martínez Moreno, Alfredo: 173, 186
Matsumoto, Fujio: 520
McGrath, monseñor Marcos: 115, 173, 174, 186, 193
Medina, Pedro: 51
Mejía Alvarado, padre Francisco: 521, 537
Méndez Novoa, Luis: 519-520
Merino, Inés: 51
Molina, padre Amado: 34
Morales, Hipólito: 280, 454
Moro, Aldo: 520
Muñoz, Alfonso: 51
Muñoz Pacheco, Leonardo: 331
Navarro, Padre Alfonso: 117-118, 454, 467, 479-484
Pablo VI: 115, 186, 187, 208, 212, 242, 252, 263, 285, 291, 305, 306, 307, 324, 356, 393, 412, 415, 429, 452, 459, 460, 520, 535
Palacios, padre Rafael: 35
Peinador, padre Alejandro: 305
Peña Bonilla, Funebunda: 331
Pío IX: 70, 123
Pío XII: 434
Pocasangre, padre: 35
Portillo de Arévalo, Iris Idalia: 30
Pineda Quinteros, padre Antonio: 33
Ramírez, Lil Milagro: 207, 291
Recinos, José Estanislao: 330
Revelo, monseñor Marco René: 32, 33, 87, 174, 277, 308, 420, 521
Rivas, Víctor Manuel: 207
Rivas Canjura, Juan Francisco: 280
Rivas Laguardia, Mirtala: 454
Rivera Damas, monseñor Arturo: 32, 52, 175, 235, 277
Rodríguez, padre Gabriel: 237
Rodríguez, padre Miguel: 534
Rodríguez, padre Nicolás: 33
Ronald, padre: 193, 202
Ruiz, padre Astor: 91
Safie, Víctor: 143, 173
Salinas, padre Jorge: 114, 403
Sanconatto, padre Mario: 454
San Martín, general: 290
Santos, monseñor Héctor Enrique: 208
Segura, padre Ladislao: 228, 464, 465, 473, 499
Sol Meza, Ernesto: 519
Solórzano, Manuel: 293
Smith, padre Guillermo: 289
Smith, padre Simon: 31
Tario, Teresa: 107
Todman, Terence A.: 234, 244
Torres, Luis: 467, 479, 483
Turcios, Estefan: 537
Urioste, monseñor Ricardo: 108
Urrutia Herrera, Rafael Edgardo: 377, 378
Valle, César: 30
Van Den Henden, padre Roberto: 34, 130, 131, 142

Índice de temas

Abogados: 27, 386, 402, 423, 448, 449, 469, 499, 500, 503

Aborto: 35, 37, 157

Aguilares: 90, 172, 204, 210, 255, 324, 385, 504, 520

Alcoholismo: 89, 258

América Latina: 31, 58, 92, 99, 100, 186, 191, 219, 220, 221, 279, 294, 308, 370

Amor: 36, 44, 63, 90, 101, 121, 145, 176, 182, 187, 191, 242, 243, 245, 285, 287, 349-350, 365, 376, 381, 401, 444, 459, 461, 484, 510, 515, 517

Amnistía: 115, 385, 402, 423, 448, 469, 499, 503

Anticonceptivos: 157

Arquidiócesis de San Salvador: 31, 33, 75, 77, 83, 88, 89, 90, 107, 110, 112, 113, 114, 126, 128, 141, 143, 164, 169, 170, 172, 174, 183, 193, 195, 204, 222, 224, 232, 235, 236, 240, 244, 250-251, 253, 255, 257, 259, 265, 277, 289, 290, 292, 300, 308, 332, 347, 374, 380, 386, 392, 400, 403, 431, 444, 454, 464, 468, 469, 480, 482, 486, 490-491, 493, 495, 496, 518, 519, 535, 536

Armas: 36, 53, 73, 95, 96, 120, 260, 264, 270, 302, 331, 335, 349, 459

Asamblea Legislativa: 28, 402, 468, 469

Ateo, ateísmo: 31, 55, 307, 308, 508, 509, 513

Autoridad: 34, 87, 106, 107, 126-127, 145, 172, 230, 323, 332, 373, 377, 443, 461, 472, 402, 504

Autoridades: 53, 66, 110, 142, 190, 262, 315, 329, 418, 503, 521

Ayuno: 273, 387

Bautismo: 59-60, 61, 63, 64, 65, 69, 138, 158, 167, 180, 203-204, 205, 214, 222, 240, 261, 262, 272, 273, 294, 295, 296, 297, 302, 310-317, 321, 322, 325, 335, 342-343, 344, 361-366, 374, 376, 383, 411, 427, 439, 440-441, 442, 444, 477, 487, 495, 515

Biblia: 27, 34, 36, 53, 62, 65, 70, 79, 90, 96, 100, 148, 154-155, 164, 171, 176, 177, 199, 218, 230, 239, 256, 260, 265, 268, 281, 295, 311, 320, 333, 334, 379, 402, 468, 491, 493, 511, 512, 527, 528

Bien común: 28, 88, 96, 97, 190, 199, 200, 212, 234, 253, 278, 293, 306, 330, 332, 384, 385, 391, 427, 450, 454, 456

Café, cortas del: 36, 64, 140

Cambio: 102, 221, 253, 278, 420, 433, 538

Campesinos: 88, 112, 119, 206, 250, 262, 281, 282, 291, 304, 319, 323, 331, 334, 340, 343, 374, 383, 384, 385, 387, 388, 419, 420, 421, 426, 431, 432, 433, 435, 449, 454-455, 460, 520

Capitalismo, capital: 306, 308, 426, 448, 454, 460, 508

Carismas, dones: 61, 79, 108, 191, 254, 272, 292, 430, 439, 494

Cartas al arzobispo: 35, 88, 90, 140, 141, 172, 207, 277, 279, 280, 291, 387, 422, 480-481, 534

Catequesis: 64-66, 222, 266, 296, 309, 310, 320, 340, 404, 434, 493

Catequistas: 64, 66, 67, 72, 74, 82, 307, 335, 399, 404, 438, 491, 495

Catedral: 26, 30, 54, 77, 89, 90, 110, 114, 115, 163, 171, 173, 185, 187, 191, 193, 196, 224, 229, 233, 236, 246, 247, 251, 262, 267, 277, 286, 292, 293, 302, 327, 328, 336, 342, 347, 350, 352, 361, 373, 376, 379, 387, 391-392, 394, 397, 400, 401, 418, 419, 420, 422, 432, 434, 438, 441, 466, 467, 474, 479, 485, 487, 490, 496, 500, 518, 519, 530, 531, 533, 536

Caridad: 53, 57, 91, 92, 141, 176, 191, 213, 229, 257, 381, 420, 421, 423, 432

Celebradores de la palabra: 67, 72, 74, 82, 399, 491

Celibato: 106

Cisma, cismático: 32, 126, 142, 340, 429

Clamor del pueblo: 118, 157, 377, 501

Clases sociales: 368

Colegios católicos: 208, 209, 214, 386, 394, 422, 424, 435, 457, 486, 497

Compañía de Jesús: 31, 52, 193, 195, 322, 323, 378, 464

Compromiso cristiano: 249, 381, 434

Comunidades eclesiales de base: 35, 89, 91, 175, 222, 256, 260, 265, 277, 390, 399, 443, 457, 462, 486, 518

Comunión con el obispo: 33-34, 83, 127-128, 255-256, 340, 399-400, 403, 412-413, 429, 442-443, 461

Comunismo: 36, 52, 55, 62, 74, 212, 214, 385, 394, 423

Comunistas: 32, 50, 64, 93, 128, 200, 235, 277, 370, 410, 425, 483

Confirmación: 59-66, 91, 315, 339, 411, 424, 434, 439, 453, 466-467, 485-487, 496-497

Conflictos laborales: 87, 112, 262, 291, 448

Consejos evangélicos: 105-108

Contemplación: 308, 470

Conversión: 38, 44, 63, 94, 95, 167, 192, 199, 201, 227-229, 230, 260, 284, 301, 302, 304, 330, 374, 423, 425, 451, 461, 462

Corte Suprema de Justicia: 382, 448, 449, 451, 490, 499-505, 519

Creación: 144, 145, 164, 168, 267, 268, 278, 281, 282, 295, 358, 388, 407, 409, 413, 455, 471, 476, 477, 489, 491-496, 508, 516

Cristo: 45, 78, 117, 134 , 136-137, 143-146, 146-148, 180-181, 182, 199, 204, 211, 226, 241-243, 243-245, 268-271, 283-284, 303, 312, 313, 323, 332, 333-334, 338-339, 346, 347-348, 349, 350, 354-356, 356-359, 359-360, 362-363, 363-364, 364-366, 368-371, 388-390, 404-405, 410, 411, 417-418, 424-427, 428, 429, 436-439, 455-457, 470-473, 473-476, 476-477

Cristología: 116, 181, 437

Cristianismo: 32, 62, 120, 131, 135, 163, 165, 168, 199, 209, 229, 230, 231, 238, 251, 259, 260, 266, 269, 272, 276, 283, 284, 285, 286, 297, 307, 322, 339, 342, 351, 370, 372, 380, 408, 427, 430, 442, 451, 458, 459, 462, 487, 524, 531

Democracia: 168, 330, 332, 414, 421, 448, 499, 501, 505

Deporte: 27

Derechos humanos: 29, 86, 87, 107, 111, 118, 147, 194, 195, 200, 205, 206, 234, 257, 279, 290, 293, 304, 305, 365, 376, 383, 384, 465, 502-505, 510

Desaparecidos: 30, 41-47, 51, 114, 140, 141, 156, 172, 207, 257, 290, 291-292, 359, 373, 381, 401, 501, 502-503

Desarrollo: 189, 212, 213, 219, 220, 253, 285, 304, 321, 450

Desigualdad: 36, 256

Desprendimiento: 100, 105

Diaconía, diáconos: 439, 443

Diálogo: 80, 106, 110, 111, 146, 190, 221, 262, 264, 265, 278-279, 384, 385, 403, 419-420, 421

Dignidad humana: 28, 111, 112, 118, 145, 147, 165, 166, 194, 200, 213, 221, 231, 234, 252, 257-258, 278, 279, 306, 343, 351, 360, 423

Dios: 92-96, 121, 134, 156, 164, 177, 180-181, 197, 198, 215, 225-227, 257, 267-268, 270, 282, 286, 298, 301, 33-334, 347, 358, 359, 369, 389, 406-407, 437, 455, 456, 493, 507-518

Dinero: 58, 73, 100, 105, 129, 159, 239, 258, 260, 271, 312, 320, 387, 401, 426, 442, 449, 457, 466, 476, 477, 493, 508, 529

Dirigentes: 57, 329, 341, 374, 504

Economía: 178, 101, 129, 147, 201, 214, 220, 228, 234, 297, 316, 370, 477

Ecumenismo: 32, 88, 143, 175, 207-208, 224-225, 229-231, 237-238

Educación: 52, 112, 209-210, 219-222, 253, 290-291, 306, 422, 435, 442, 449-451, 521

Egoísmo: 36, 38, 157, 167, 192, 213, 214, 220, 221, 229, 240, 253, 255, 256, 285, 287, 312, 329, 349, 350, 385, 529

Ejército: 54, 56, 157, 383, 407, 421, 520, 527

Elecciones políticas: 330, 332, 402

Emigrantes: 178

Enfermos: 89, 149, 175, 176, 223-224, 226, 249-250, 266, 336, 441

Escatología: 37-39, 239, 241, 390, 394, 413-414, 480

Escuelas: 112, 118, 208, 210, 219, 221, 222, 250, 265, 331, 403, 422, 423, 435, 449, 450

Esperanza: 58, 121, 135, 159, 160, 163, 168, 201, 226, 242, 270, 324, 326, 332, 334-335, 348, 351, 358, 363-364, 369, 394, 408, 413, 414, 426, 449, 452, 456-457, 469, 474, 475, 490, 512

Espíritu Santo: 61, 62, 145, 180, 337-344, 388, 427, 437, 439, 443, 456, 458, 461-462, 485-487, 489-505

Espiritualidad: 32, 190, 336, 430, 442

Estados Unidos de América: 86, 193, 194, 195, 199, 200, 234, 277, 279, 538

Estructuras: 51, 58, 97, 118, 201, 211, 220, 234, 278, 383, 384, 385, 451, 462, 495

Eucaristía: 42-43, 57-58, 81-82, 176, 348-351, 379, 393, 394, 404, 405-406, 412, 438-439, 441, 444-445, 523-533

Evangelio: 32, 88, 154-155, 167-168, 200, 222, 231, 276, 380, 416-417, 420, 422, 423, 447, 457, 461, 463, 482, 483

Evangelización: 66, 99, 101-102, 110, 119, 174, 225, 238, 253, 294, 365, 393, 459

Excomunión: 32, 34, 127, 418, 521, 537

Explotación: 213, 349, 460

Fe: 46, 101, 120, 121, 129, 158, 169, 177, 181, 188-189, 208, 209, 222, 229, 257, 259, 271, 283, 286, 307, 312, 334, 358, 373, 377, 381, 391-394, 472, 487, 512, 513, 514, 532, 533

Felicidad: 28, 55, 61, 68, 69, 74, 93, 97, 100, 129, 141, 147, 149, 167, 190, 197, 199, 200, 211, 233, 244, 268, 273, 285, 333, 358, 360, 369, 370, 371, 414, 483, 516

Fraternidad: 36, 141, 169, 193, 256, 383, 384, 387, 480, 534

Gobernantes: 28, 74, 137, 239, 359-360, 371, 427

Gobierno (de El Salvador): 32, 110, 112, 115, 121, 142, 174, 190, 195, 219, 222, 233, 278, 293, 304, 305, 306, 383, 385, 386, 454

Gracia: 157-159, 517

Guardia Nacional: 30, 448, 449, 499, 537

Guerra: 191, 252, 400, 520

Guerrilla: 245

Guerrillero: 498, 534

Hambre: 36, 38, 118, 159, 256, 266, 269, 280,

331, 357, 362, 370, 384, 418, 420, 421, 444, 525, 526, 527, 528, 531, 536, 539

Historia: 95-96, 100-101, 109, 140, 159, 178, 252, 275-276, 312, 346, 348, 362, 371, 376, 379, 380, 388, 389, 392, 397, 413, 414, 418, 426, 431, 447, 449, 454, 472, 475, 477, 492, 510, 512, 513, 515

Hombre nuevo: 335

Homilías (Ver predicación)

Huelgas: 262, 279, 448, 504-505

Humanismo: 322

Humildad: 100, 248, 269, 271, 299, 316, 349, 350, 351, 357

Idolatría: 183, 239, 255, 269, 350, 449, 497, 508-509, 514, 529, 539

Iglesia:
—Qué es la Iglesia: 58, 64, 123-131, 148-151, 156, 160, 383, 388, 390-395, 404, 410, 414, 439-444, 474, 477, 486, 489-491, 491-496, 516, 518
—Misión de la Iglesia: 72-73, 165, 214, 245, 293-294, 298, 371-375, 388, 440, 457, 476, 477, 513, 538
—Unidad de la Iglesia: 229-231, 235, 292, 461, 480-481
—Iglesia en América Latina: 31-32, 99-102
—Iglesia y liberación: 118, 263, 297-298, 356, 370, 390, 408, 410, 460, 461
—Iglesia de los pobres: 244, 258-259, 423
—Iglesia y política: 263, 293-294, 304-305, 370, 414, 420-421, 460
—Iglesia y conflicto: 73, 214-215, 258, 276, 278, 365, 461, 466
—Iglesia y Estado (gobierno): 190-191, 234-235, 278-279, 284, 475
—Iglesia y organizaciones populares: 263, 383, 391, 420-421, 425-426, 432-433, 460, 538
—Iglesia y reino de Dios: 227, 228
—Pecados de la Iglesia: 271, 299, 394, 409

Igualdad: 120, 198-200, 234, 257, 278, 279, 305, 306, 333

Independencia: 450

Indiferencia: 385, 428, 508

Infierno: 62, 68, 73, 186, 329, 363, 365, 377, 409, 514, 515

Injusticia: 29, 37, 44, 88, 111, 112, 118, 140, 141, 157, 166, 172, 197, 206, 209, 234, 252, 377, 421, 448, 449, 453, 490, 495, 501, 508, 513

Insurrección: 252-253

Jóvenes: 27, 55, 56, 106, 141, 245, 301, 310, 336, 349, 375, 402, 429, 430, 434, 435, 439, 450, 453, 466, 485-487, 496-497

Jueces: 448, 449, 499-505

Justicia: 112, 157, 173, 187, 191, 206, 211, 242, 243, 257, 264, 270, 305, 332, 365, 373, 376, 382, 383, 385, 391, 400, 401, 402, 420, 421, 423, 433, 434, 448, 449, 455, 477, 483, 496, 499, 500, 505

Laicos: 91, 142, 186, 227, 253, 255, 266, 306-307, 335, 374

Leyes: 27-29, 38, 55, 56, 58, 85-86, 87, 97, 106, 112, 118, 173, 253, 264, 279, 332, 384, 386, 402, 421, 423, 469, 500-505, 509

Liberación: 44, 93-94, 102, 118, 189, 201, 226, 263, 284, 294, 295, 297, 310, 312, 319, 321, 322, 323, 325, 333, 340, 346, 348, 350-351, 355-356, 356-357, 364, 370, 371, 377, 389-390, 391, 394, 407, 408-411, 413, 425, 426, 428, 459-460, 461, 530

Liberalismo: 307-308

Libertad: 29, 37-38, 86, 93, 97, 107, 110, 111, 118, 119, 147, 148, 150, 165, 174, 190, 195, 200, 201, 222, 226, 234, 257, 262, 278, 279, 280, 305, 306, 332, 333, 346, 347, 351, 358, 377, 384, 407, 409, 421, 466, 495, 502, 504, 526, 530

Limosna: 53, 160, 398, 498

Liturgia, año litúrgico: 25-26, 203-204, 210, 217-218, 247-249, 261-262, 309-310, 327-328, 335-336, 345, 353, 359, 367, 397-398, 404, 406, 415, 431-432, 447, 463, 486, 507, 523

Lucha de clases: 44, 392, 408, 455

Madres: 30, 41-47, 114, 125, 140, 153, 155, 156, 157, 181, 183, 189, 292, 427, 501, 502-503, 520

Maestros: 219, 221, 222, 265, 449, 450, 535

Magisterio de la Iglesia: 112, 128, 142, 175, 186, 209-210, 230, 252

Mártires: 30, 61, 90, 129, 166, 228, 321, 323, 324, 425, 434, 443, 467, 481, 486, 487

Martirio: 66, 158, 165, 293, 310, 324, 334-335, 377, 483, 486, 487

Marxismo: 307, 308, 508

Materialismo: 54, 55, 238, 240, 307, 466, 508, 509

Matrimonio: 79, 106, 227, 302, 393, 394, 462

Medios de comunicación social: 30, 129, 140, 142, 169, 174, 205, 222, 277, 300, 381, 382, 431, 444, 452-453, 465-466, 467, 468, 500, 501

Medellín, documentos de: 191, 201, 219

Ministerio de Defensa: 383

Misa (Ver Eucaristía)

Movimientos apostólicos:
—Cursillistas de Cristiandad: 35, 294
—Legión de María: 536

Miseria: 54, 55, 147, 213, 298, 428

Muerte: 33, 37, 78, 154, 158, 186, 245, 248, 284, 293, 304, 322, 332, 333, 334, 350, 358, 359, 363, 364, 365, 369, 375, 376, 377, 404, 408, 409, 410, 413, 414, 417, 427, 449, 454, 456, 464, 467, 479, 480, 482, 483, 508

Mujer: 43, 61, 71, 72, 87, 106, 124, 153, 155, 157, 159, 178, 180, 181, 182, 297, 298, 299, 427, 473, 486

Niños, niñas: 53, 59, 153, 155, 157-158, 159, 219, 221, 320, 329, 422, 450

Obispo, pastor: 33, 44, 59, 62, 63, 64, 65, 66, 78, 81, 90, 113, 119, 126, 127, 128, 130, 174, 175, 223, 250, 255, 256, 259, 270, 286, 340, 341, 342, 381, 392, 400, 412, 427, 429, 430, 431, 443, 444, 453, 487, 535

Obreros: 31, 88, 262, 334, 343, 426, 437, 448, 449, 454, 456, 457, 459, 460, 504-505

Opresión: 29, 46, 93, 146, 147, 155, 384, 407

Oración: 95, 115, 121, 160, 175, 183-184, 207, 257, 270, 300, 304, 305, 308, 359, 386, 391, 392-393, 415, 428, 430, 444, 452, 453, 464, 467, 470, 471, 475, 509, 510

Organización: 111, 271, 308, 383, 384, 386, 389, 391, 392, 420, 421, 448, 459, 504

Organizaciones y organismos:
—Amnistía Internacional: 207, 291
—Alcohólicos Anónimos: 89
—Asociación Nacional de la Empresa Privada: 291
—Bloque Popular Revolucionario: 263, 419, 420-421, 425, 429, 432, 460
—Cámara de Comercio: 290
—Cáritas: 387
—Comisión Nacional de Justicia y Paz: 173, 185, 186, 192, 208
—Comité de Madres y Familiares de Reos Políticos y Desaparecidos de El Salvador: 520
—Confederación Unitaria de Trabajadores Salvadoreños: 88
—Consejo Central de Elecciones: 402
—Cruz Roja: 432, 520
—Fe y Alegría: 52
—Federación Arquidiocesana de Centros de Educación Católica: 435
—Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños: 383
—Federación de Estudiantes Universitarios de Honduras: 279
—Frente de Acción Popular Unificada: 460
—Organización Democrática Nacionalista: 172, 383, 389, 392, 421, 429, 460, 538
—Organización de los Estados Americanos: 205, 206, 207
—Organización de Naciones Unidas: 86
—Sindicato de la Unión de Trabajadores de la Construcción: 291

—Socorro Jurídico: 88, 291
—Unión de Trabajadores del Campo: 383
—Vivienda Mínima: 30

Parusía: 475

Papa: 29, 33, 110, 118, 119, 174, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 195, 197, 200, 209, 212, 213, 221, 240, 241, 306, 356, 394, 398, 399, 400, 412, 416, 429, 430, 450, 467, 535

Palabra de Dios: 27, 49-50, 80, 254, 269, 271, 379, 417, 496, 527

Partidos políticos:
—Partido de Conciliación Nacional : 460
—Partido Demócrata Cristiano: 460

Pastoral: 34, 90, 91, 96, 108, 113, 214, 224, 250, 263, 304, 306, 309, 319, 323, 326, 374, 386, 403, 429, 435, 453, 462, 469, 500, 519

Paz: 115, 143, 147, 164, 167, 185-192, 199, 208, 231, 243, 279, 293, 305, 312, 365, 376, 384-385, 387, 389, 401, 419, 421, 433-434, 455, 459, 477, 493, 505

Pecado: 43, 68-69, 156, 214, 215, 227, 240, 281, 314, 329, 355, 461, 476

Perdón: 63, 70, 76, 81, 82, 100, 116, 130, 163, 165-166, 168, 242, 261, 284, 309, 314, 339, 340, 347, 348, 356, 372, 374, 375, 394, 401, 410, 416, 417, 418, 427, 461, 517

Persecución a la Iglesia: 29-30, 58, 62, 73, 74-75, 80, 88, 104, 164-165, 166, 211, 228, 235, 243, 244, 256, 258-259, 300, 324, 325, 377, 392, 403, 433, 434, 457, 458, 483, 484, 486, 491, 492

Pobres: 94, 141, 188, 240, 241, 244, 245, 256, 257, 260, 287, 297, 304, 316, 323, 331, 340, 381, 384, 385, 386, 387, 388, 402, 412, 426, 427, 458, 461, 469, 483, 490

Pobreza: 53, 94, 95, 99, 100, 105,147, 199, 213, 240, 241, 242, 244, 258, 287, 316, 320, 323, 333, 421, 423

Poder, poderosos: 31, 32, 38, 39, 43, 51, 52, 64, 72, 73, 74, 94, 95, 96, 97, 100, 105, 110, 111, 129, 147, 155, 159, 179, 190, 191, 213, 214, 220, 228, 239, 240, 244, 253, 255, 259, 260, 269, 270-271, 291, 298, 304, 307, 308, 312, 343, 357, 370, 371, 443, 448, 449, 457, 460, 471, 475, 476, 477, 490, 492, 499, 500, 501, 502, 505, 508, 529

Policía: 280, 331, 382, 421, 449

Política: 227, 228

Pluralismo: 214, 215, 220, 306

Predicación: 37, 49-50, 54, 62, 63-64, 79-80, 94-95, 111, 113, 119, 120, 127, 157, 200, 201, 204-205, 214, 218, 227-228, 233-234, 242, 251, 254, 259-260, 275-276, 285, 286, 299, 322, 325, 337, 340, 369, 380, 383, 392, 393, 395, 397, 399, 401, 404, 412-413, 413-414, 416-418, 431-432, 438, 439, 444, 454, 463, 470, 492, 501, 510, 528

Presidente (de El Salvador): 264, 277-278

Producción: 391

Profetas: 36, 50, 57, 80, 95, 144, 239, 283, 343

Progreso: 141, 145, 197, 321, 402, 448, 455, 473, 477

Promoción humana: 52, 74, 96, 99, 101-102, 140, 201, 213-214, 220, 236, 2252, 257, 258, 358, 370, 423

Propiedad privada: 291, 390-391

Protestantes: 32, 88, 127, 141, 166, 167-168, 175, 182, 207, 208, 224-225, 229-230, 231, 238, 314, 422

Puebla: 173, 266, 294, 308, 464

Pueblo: 46, 105, 109, 113, 138, 145, 168, 177, 178, 179, 194, 196, 198, 212-215, 226, 240, 264, 265, 266, 267, 270, 279, 303, 305, 306, 309, 310, 320, 322, 323, 326, 328, 329, 330, 332, 333, 334, 340, 344, 348, 355, 356, 381, 386, 389, 400, 402, 403, 419, 421, 423, 428, 431, 442, 449, 451, 498, 500, 501, 503, 505, 512, 521

Pueblo de Dios: 57, 117, 162, 164, 171, 176, 261, 278-281, 295, 337, 342-344, 379, 438, 440-442, 477, 512, 532, 536

Reconciliación y penitencia: 25, 38, 60, 63, 64, 65, 69-70, 81, 166, 192, 239, 242, 246, 261, 262, 273, 301, 302, 314, 482, 365, 372, 400, 435, 517

Reino de Dios: 35, 39, 56, 57, 64, 80, 95, 109, 110, 113, 120, 134-135, 136, 137, 156, 160, 196, 197, 198, 201, 202, 222, 226, 227, 228, 229, 286, 301, 321, 473, 477, 480 491, 492, 495, 514, 533

Religión: 57-58, 62, 97, 99, 101, 102, 127, 138, 154, 209, 257, 258, 286, 293, 298, 309, 357, 442, 466, 496, 507, 509, 510, 511, 513, 517

Religiosas en pastoral: 91, 210, 224, 237, 263, 265, 434-435

Religiosidad popular: 154, 204, 452

Represión: 29, 58, 199, 201, 278, 279, 293, 305, 306, 330, 332, 335, 349, 351, 384, 385, 389, 401, 402, 421, 504, 539

Revolución: 55, 105, 118, 200, 201, 238, 245, 252, 259, 260, 264, 269, 351, 356, 408, 433, 457, 459, 509

Ricos: 28, 55, 56, 73, 79, 94, 95, 141, 151, 220, 239, 240, 245, 256, 320, 427, 442, 455, 458

Riqueza: 74, 95, 105, 151, 167, 197, 320, 343, 385, 471, 474, 490, 509

Romero, monseñor Óscar A.:
— Ya me duele mucho el alma de saber cómo se tortura a nuestra gente: 62-63
— Si Jesucristo hubiera sido el arzobispo de San Salvador: 63
— Jamás en mi conciencia traicionaré ese profundo voto de solidaridad: 113
— No soy más que un caño, un alambre: 128
— En mi corazón de pastor no hay ningún resentimiento: 149
— Para dar voz a los que no tienen voz: 172
— Me da más gusto que me escuchen los enemigos: 211
— Me duelen tantas injustas calumnias: 223
— Si fuera un homenaje a mi persona no tuviera el valor de aceptarlo: 251
— No soy más que nadie: 256
— Qué tímido me he sentido ante ustedes: 259
— La condecoración con que me van a honrar es de todos ustedes: 267, 276-277
— Jamás permitiré yo convertirme en un ídolo de muchedumbres: 292
— Estaría loco si yo estuviera desde aquí sembrando la revancha: 392
— ¡Estoy bien definido!: 392
— Sería un loco si yo quisiera ser el poseedor de la verdad: 399
— El Papa ha sido siempre para mí una iluminación y pienso morir fiel a él: 399
— Esta palabra nunca se quedará sola: 400
— Me da mucho gusto sentirme catequista de la diócesis: 404
— Me venían ganas hasta de llorar: 412, 423
— Yo no soy director de ninguna organización política: 421
— De allí, mi empeño en preparar lo mejor que puedo esta homilía: 444
— Me he puesto, con compasión de Cristo, al lado del muerto, de la víctima: 449
— Esta denuncia creo un deber hacerla en mi condición de pastor del pueblo que sufre la injusticia: 505

Rosario: 183

Sacerdocio: 33, 77-83, 228, 236, 255, 326, 339-342, 374, 429, 440, 441-442, 467, 497-498, 530, 534

Sacerdotes: 33, 57, 58, 64, 77-83, 110, 113, 119, 127-128, 164-165, 167, 194, 223, 235, 236, 255, 260, 270, 286, 293, 306-307, 324, 336, 337-344, 350, 374, 380, 381, 391, 394-395, 398, 400, 418, 421, 430, 438, 441, 443, 454, 457, 467, 468, 479, 480, 497, 498, 509, 520, 537

Sacramentos: 60-66, 129-130, 313-315, 336, 339, 341, 391, 393-394, 410, 411, 462

Salarios: 141, 173, 502, 503

Salvación: 37-38, 85, 92-98, 115-121, 158, 159, 193, 211-215, 267-273, 281-287,

298-302, 340, 344-348, 356, 368, 370, 389, 391, 429, 459, 460-462, 472, 513

Santidad: 37, 39, 73, 74, 83, 88, 179, 180, 239, 262, 343, 439, 479, 482-484, 491, 494, 519

Satanás, demonio: 43, 68, 268, 269, 270, 286, 314, 329, 497, 514, 529

Sectas protestantes: 230, 510

Secuestro: 143, 157, 173, 189, 201, 423, 513, 519, 520, 536

Seguimiento: 88, 109, 167, 240, 271, 285, 286, 323, 333, 335, 370, 377, 409, 434, 436-437, 447, 457, 482, 483, 484, 489

Seminario: 228, 236, 255, 277, 280, 320, 321, 398, 453, 464, 466, 497-498, 518, 534

Seminaristas: 77, 79, 91, 236, 374, 430, 464, 497-499, 518, 537

Signos de los tiempos: 219, 234, 306, 330, 512-513

Sindicato: 279, 291, 448, 504

Socialismo: 414, 510

Solidaridad: 113, 206, 222, 309, 386, 387, 401, 422, 444, 449

Soldados: 156, 157, 159

Subversión: 62, 64, 74, 87, 92, 128, 200, 214, 235, 245, 258, 277, 297, 370, 383, 413, 423, 431, 433, 441, 483, 496, 503, 505, 537, 538

Sufrimiento: 45-46, 165, 166, 172, 250, 266, 323, 325, 333, 344, 355, 356, 362-363, 365, 371, 389, 425, 426, 427-428, 430, 457, 469, 483

Terrorismo: 58, 86-87, 97, 112, 234, 252, 278, 279, 306, 332, 359, 519, 538

Tierra: 291, 331

Tortura: 31, 43, 45, 47, 62, 63, 73, 86, 118, 156, 165, 257, 291, 302, 305, 310, 334, 349, 354, 355, 358, 359, 409, 414, 448, 457, 475, 499, 537

Templo: 34, 82, 124, 130, 142, 298, 329, 347, 419, 439, 507, 510, 528

Templos, ocupación de: 262-263, 419-420, 429, 432-433

Trabajo: 36, 51, 55, 81, 101, 121, 140, 141, 194, 197, 242, 278, 279, 284, 375, 387, 402, 448, 454-455, 456, 457, 459, 460, 464, 505

Trascendencia: 188, 189, 200-201, 258, 307

Trinidad: 181, 230, 494, 507, 511, 515-517

Unción de los enfermos: 249-250, 266

Universidades: 91, 251, 267, 291, 539, 539

Vaticano II: 26, 63, 92, 100, 124, 126, 141, 142, 146, 248, 262, 294, 404, 404, 442, 456, 473, 482, 483, 486, 494, 512, 532

Verdad: 129, 206, 214, 300, 302, 306, 381, 373, 382, 387, 399, 400, 401, 453, 461, 465, 466, 467, 481-482, 483, 500

Vida: 43, 51, 52, 55, 110, 165, 188, 212, 278, 324, 332, 384, 449, 479, 502

Vida religiosa: 103-108, 143, 210, 224, 237, 265, 320, 464

Violencia:
— Rechazo de la violencia: 36, 44, 111, 118, 143, 150, 156, 157, 166, 185-192, 201, 211, 242, 243, 245, 252, 260, 263, 293, 307, 312, 332, 335, 349, 351, 356, 359, 375, 382-383, 385, 387, 401, 408, 413, 421, 449, 451, 457, 461, 495, 520, 539
— Raíces de la violencia: 234, 252, 264, 278, 279, 306, 383-384, 385, 401
— Clases de violencia: 51-52, 264, 279, 384, 385
— La violencia de Cristo: 335, 351

Virgen María: 34, 42-43, 45-47, 53-54, 67-75, 92, 99-102, 116, 119, 120, 121, 123-126, 134, 139, 146, 148, 151, 158, 168-169, 171-172, 178-179, 180-184, 187, 223, 248-250, 266, 283, 338, 339, 357, 359, 369, 388, 403, 419, 428, 451-452, 467, 499, 514, 534, 535, 536

Vocación: 104, 227, 228, 255, 310, 320, 375, 398, 427-430, 464, 497-498